



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN GEOGRAFÍA

EL SOBERBIO ORINOCO, VIAJES, CIENCIA E IMAGINACIÓN GEOGRÁFICA
1799-1951

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTOR EN GEOGRAFÍA

PRESENTA:

Mtro. LUIS MANUEL CUEVAS QUINTERO

DIRECTOR DE TESIS

DANIEL HIERNAUX-NICOLÁS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA MÉTROPOLITANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX, MÉXICO, ENERO DE 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

JURADO DICTAMINADOR.

Dr. Daniel Hiernaux-Nicolás

(Universidad Autónoma Metropolitana- Universidad Autónoma de Querétaro)

Director de Tesis

Comité Tutorial- Sinodales

Dra. Carmen Valverde Valverde

(Universidad Nacional Autónoma de México)

Dra. Liliana López-Levi

(Universidad Autónoma Metropolitana)

Dra. Marielena Figueroa Díaz

(Universidad Nacional Autónoma de México)

Dra. Carmen Imelda Gómez González

(Universidad Autónoma de Querétaro)

Índice

Introducción	6
Agradecimientos.	26
Primera parte. Cómo leer espacios y tiempos. Razón científica, experiencias e imaginación geográfica. Aspectos generales para su estudio	28
Capítulo I. El río y el borde. Las metáforas del movimiento y el lugar en las perspectivas de una historia de la ciencia geográfica posible.	29
1.1. El río y el borde como metáforas de movilidad del conocimiento.	30
1.2. El trabajo del geógrafo. ¿Qué imagina, qué fabrica?	37
1.3 Operación geográfica y experiencia del espacio y el lugar. Prácticas, traducción y textos.	42
Capítulo II. Imaginación, cronotopías geográficas y altergeografías. El entrecruce del viajero y el paisaje.	55
2.1. Imaginación geográfica y cronotopía geográfica. El viaje, dispositivo del movimiento y la escritura.	57
2.1.1. Imaginación y cronotopía geográfica	58
2.1.2. El lugar del viaje.	68
2.2 Altergeografías y comunicación del espacio.	75
2.3. El paisaje como campo de interacciones.	81
Segunda Parte. El Soberbio Orinoco: viajes, ciencia e imaginación geográfica, 1799-1951	86
Capítulo III. Teología natural y ciencia ilustrada. La naturaleza local y global de un saber geográfico en los espacios tropicales del río Orinoco	87
3. 1 El Orinoco entre Ciencias. Teología natural y ciencia ilustrada	87
3.2 Misioneros, exploradores y viajeros ilustrados. Los saberes geográficos, cobertura espacial y tensiones en el siglo XVIII	95
3.2.1 El Delta del Orinoco. Humedad y medio de vida.	107
3.2.2 El río como vía de comunicación.	114
3.2.3. La conexión entre las cuencas del Orinoco y el Amazonas y el problema de las fuentes del río Orinoco	117
3.2.4. La angustia por los orígenes. Las fuentes del Orinoco.	124
3.2.5. Mitogeografías del Orinoco.	130
3.2.6 Albores de una geografía humana y geoestratégica en el Orinoco.	134

3.3 El giro discursivo. La cartografía de Cruz Cano y Olmedilla y el Diccionario de Geografía de América de Antonio Alcedo.	141
3.4 El Cronotopo río/selva de la Guayana y la mirada geográfica en transición y ruptura	148
Capítulo IV. Poder e imaginación geográfica. El Orinoco un espacio para la ciencia.	154
4.1. El Orinoco, laboratorio natural del Cosmos. El viaje de Humboldt y la tradición humboltiana (1799-1905)	159
4.2 Lo que dice un mapa. Los problemas geográficos del río Orinoco en la cartografía de Humboldt.	174
4.2.1 La importancia de una anomalía fluvial. El río Casiquiare.	184
4.2.2 La trifluencia Orinoco, Atabapo, Guaviare y el emplazamiento geoestratégico de San Fernando de Atabapo	197
4.3. Las fuentes del Orinoco en el horizonte científico del siglo XIX	200
4.4. El río Orinoco y la hidrografía mundial. Juegos de escalas y cargas semánticas de identificación global y nacional.	221
4.5 Entre lo salvaje y lo pastoril. El Orinoco dentro del esquema trizonal.	246
4.6. La ciencia hace lugares. Los trabajadores científicos del Orinoco y la imaginación fluvial.	257
Capítulo V. Poder e imaginación geográfica.	
El Orinoco un espacio para la guerra 1816-1841	263
5.1. Fundar la República, el Orinoco como espacio bélico (1811-1841)	264
5.1.2 El Orinoco en el cronotopo de la imaginación geográfica revolucionaria 1816-1841	265
5.2 El Orinoco Bélico. Espacio paratáctico y geografías del horror y la promisión.	269
5. 3 El Orinoco y su cuenca en la cartografía bélica.	278
5.4 Tiempo de posguerra. La Pedagogía geográfica y los “nuevos” discursos de la abundancia.	287
Capítulo VI. Perspectivas y travesías de la experiencia espacial en el río Orinoco: El cronotopo de las paradojas, estética del paisaje y discurso del progreso.	298
6.1 Orden visual, sensibilidades y materialidad del Orinoco	301
6.2 Desbordar lo conocido, abrirse al progreso. El cronotopo de las paradojas en el paisaje del río Orinoco.	314
6. 3 El viajero como nómada furtivo. La imagen narrativa, pictórica y fotográfica del Orinoco (1799-1905)	326
6.3.1. Paisajes del Orinoco. Narraciones.	331
6.3.2 Inscribir el río en el paisaje nacional, articular el río con el mundo.	345
6.3.3 El río como bastidor.	354
6.3.4 La fijeza y el movimiento de la imagen en el Orinoco, la emergencia del género fotográfico	365

Capítulo VII. Cronotopías geográficas en la literatura sobre el Orinoco. El aquí y el allá	376
7.1 El viaje literario de la geografía. Los juegos del <i>aquí</i> y el <i>allá</i> .	376
7.2 El viaje fluvial o de cómo los europeos y americanos imaginaron el Orinoco en el siglo XIX.	382
7.3 1898, <i>El soberbio Orinoco</i> de Julio Verne y <i>La ciudad del oro</i> de Emilio Salgari, ficción y espacio del deseo	388
7.3.1 Las tramas.	389
7.3.2 La atracción de las fuentes, el río y el espacio público	391
7.3.3 Las utopías de la selva	398
7.3.4 Polifonías del paisaje	405
7.3.5 El <i>topoi</i> de la naturaleza. La emergencia de actitudes conservacionistas y la denuncia del progreso.	412
7.4 Cronotopías y metáforas geográficas del Orinoco profundo en el siglo XX.	415
7.4.1 Espacio, paisaje e identidad en Canaima de Rómulo Gallegos.	428
7.4.2 El Orinoco, cronotopo y metáfora espacial de América, desplazamiento e inversión del <i>aquí</i> y del <i>allá</i> en Los pasos perdidos de Alejo Carpentier.	434
7.4.3 Travesías y poéticas de la imagen fluvial. Andrés Eloy Blanco, Luz Machado Ardao y Juan Liscano.	441
7.5 Geograficidad y cartografía literaria del Orinoco, las cargas semánticas y la transmisión de las imágenes.	451
Capítulo VIII. En busca de las fuentes: la expedición Franco-Venezolana y el descubrimiento de las fuentes del Río Orinoco, 1950-1951	458
8.1 Orinoco <i>terra incognita</i> . Ciencia y expediciones previas. 1905-1949	460
8.2 La expedición al Alto Orinoco de 1950-1951	482
8.3- La producción de textos narrativos, fotográficos y cartográficos sobre las fuentes del río Orinoco	491
8.4- El paisaje y las fuentes: imaginación geográfica y espacio del deseo	506
8.5- El hallazgo de las fuentes. ¿El final de una <i>terra incognita</i> ? ¿Cierre y apertura cognitiva de la imaginación geográfica?	509
CONCLUSIONES	515
FUENTES IMPRESAS Y DIGITALES	533
REFERENCIAS BIBLIOHEMEROGRÁFICAS	549
INDICE CARTOGRÁFICO, FOTOGRÁFICO Y DE ILUSTRACIONES POR CAPÍTULOS	587

“La historia de la geografía no es un largo y tranquilo río cuyas aguas nunca dejan de hincharse. Está hecho de discontinuidades...”

(Claval, “¿Como construir a história da geografia?”, 2013)

Dibujaré con líneas de guijarros
mi nombre, la historia de mi casa
y la memoria de aquel río
que va pasando siempre y se demora
entre mis venas como sabio arquitecto.
Con piedra viva escribiré mi canto
en arcos, puentes, dólmenes, columnas,
frente a la soledad del horizonte,
como un mapa que se abre ante los ojos
de los viajeros que no regresan nunca.

(Eugenio Montejo, “Escritura”)

Subyacentes al espacio social están los territorios, las tierras, los dominios geográficos, los asentamientos geográficos reales del imperio y también la contienda cultural. Pensar acerca de lugares lejanos, colonizarlos, poblarlos y despoblarlos; todo ocurre a causa de la tierra, y de ella trata.

(Edward Said, *Cultura e imperialismo*, p. 139).

Introducción

“La vida de los ríos obra poderosamente sobre los hombres...”

Élisée Reclus. *El hombre y la tierra*. T.I, p. 103

- ¿De qué geografía se habla?

La geografía no es un campo aparte del conjunto general de las ciencias, por su naturaleza híbrida es una encrucijada de encuentros, conexiones y partidas que acontecen en el espacio, produciendo formas y valores con relación a un espacio concreto que podemos conocer como un texto que remite a localizaciones, redes de conexión y flujos de ideas y representaciones mediadas por las grafías que dan cuenta de estas dinámicas y estructuras.

Cuando el investigador se pregunta por los sentidos, y cuando esta investigación sobre el río Orinoco y su cuenca pregunta por el espacio físico y sus fenómenos, o por las representaciones que dan cuenta de ellos, imagina una historia en el borde cuya interrogante no se reduce a datos —que pueden ser importantes, de hecho, lo son en el campo de la geografía euclidiana y paratáctica—. Cuando esta investigación se desplaza del canon hacia el borde las preguntas se sitúan en torno a: ¿cómo las imágenes cambian el sentido de un mismo espacio? Y más allá, ¿las funciones que cumplen dichas imágenes y los correlatos narrativos, científicos, cartográficos y estéticos que la integran? Pregunta a consecuencia de ello —y como un momento previo—, por un trabajo y unas prácticas espacializadas, por el poder de transmisión de una observación, de una experiencia que se juega entre ciencia y estética cuyas formas apelan a los poderes movilizadores y organizativos de la imaginación y de sus metáforas geográficas mediadas por las operaciones geográficas, es decir, por una escritura que imprime sentidos a la relación hombre-naturaleza¹.

Lo geográfico se alimenta de la gama de alteridades, de las altergeografías no necesariamente académicas, esto claramente mueve el campo normativo y en consecuencia somete a cuestionamiento la autoridad del decir y del hacer. La pluralidad de voces que

¹ El trabajo sobre la categoría de operación geográfica surge como veremos en los capítulos dedicados al marco teórico de esta investigación de una reflexión sobre las tesis de Michel de Certeau (2006, 1996) y Bajtin (1981, 1982), junto a las reflexiones de Yi-Fu Tuan (1991, 1978) y Blumenberg (2016, 2003, 2000), en torno al lenguaje, la escritura y las metáforas ligadas al espacio y a los fenómenos físicos.

surgen del contacto con los espacios geográficos permite al investigador realizar un trabajo dialógico, cuya reducción no siempre es fácil. Las otras voces que emergen de las prácticas espaciales nos devuelven una percepción y una imagen geográfica que debemos leer y comprender como una operación de traducción e invención, como mensaje que informa y que construye una idea del entorno y de un espacio del deseo, hacia el cual se dirigen los focos de atención de los sujetos y las comunidades científicas o interpretativas.

De esta forma el espacio, y sus formas y objetos concretos: los lugares, los paisajes y los fenómenos geográficos, van cobrando legibilidad en el movimiento del conocimiento que se juega en la repetición y en la diferencia. Los objetos e imágenes geográficas aparecen y desaparecen, cobran importancia o pierden relevancia. Se reproduce entonces un tipo de conocimiento, un nexo que privilegia determinados puntos de vista mientras oculta otros; inclusive, silencia otros aspectos de los lugares y los paisajes.

En la repetición perceptiva se va forjando una imagen estable cuya función general agrupa el resto de las imágenes construyendo una síntesis geográfica. No obstante, su función no es *ad aeternum*, por el contrario, las imágenes tienen duración, están sujetas a fuerzas contingentes y modificadoras que tienen en la experiencia del viaje y en la formación de nuevas interrogantes el motor que impulsa el establecimiento de diferencias. Ellas son expresión de una fuerza sígnica y semántica que habla de la consolidación, debilitación o emergencia de las teorías y percepciones geográficas asociadas a la producción de imágenes y a las operaciones geográficas del conocimiento.

Al instituirse, es decir, al convertirse en texto espacial legible, la imagen cumple una función cronotópica que ilustra, que enlaza la experiencia del espacio y de sus lugares, que traslada y conecta, pero que también privilegia, recorta, silencia.

En este punto y para esta investigación, interesa el movimiento, éste no es sino la imaginación del espacio del deseo hacia el cual se proyecta el *pathos* (emoción), y los intereses, que dirigen tanto a las empresas científicas como a los sujetos (amateurs) que van por su cuenta impregnados de un sentimiento de la naturaleza que los impele a viajar.

Este espacio del deseo, esta *terra incognitae*, se va al borde, dibuja un itinerario que transita el viajero o el explorador. Entre el espacio organizado, conocido, y otro espacio situado más allá —como, por ejemplo, el de las últimas fronteras geográficas vinculadas a lugares extremos usualmente ubicados en las geografías profundas—, se crea un espacio

novedoso, cuya condición es el producto de la movilización que va ligada al espacio imaginado.

El sujeto de la experiencia geográfica individual o colectiva abre la *episteme* y la *doxa* a la consideración de la imaginación concebida como facultad creadora y organizadora. Ésta en el régimen de viajes que va del siglo XVIII a mediados del XX se percibe como un viaje, una travesía hacia la *terra incognitae*, se proyecta a lo profundo de los continentes, imagina el confín que se caracteriza en el entrecruce del sujeto y el objeto signado en este estudio, por el Río Orinoco y sus fuentes.

Este horizonte de lo posible permite observar las prácticas y operaciones geográficas que ligan a la producción del saber académico y las percepciones diletantes o amateurs, al régimen de la geografía heroica y de campo (Dardel, 1952). Se entiende entonces que una consideración de estos aspectos, subviertan los modos de enfoques tradicionales e interpelan la historia geográfica de un modo diferente, conectando la producción del conocimiento con el proceso que antecede al texto dado, a la imagen que habitualmente se asume sin comprender el trabajo geográfico y las prácticas sociales y culturales que la producen y la hacen legible.

Se hace importante comprender la situación que envuelve la experiencia del espacio y el lugar, de su relación con el lenguaje que hace el lugar (Tuan, 2008 [1977]; 1991), de los fenómenos geográficos que constituyen la relación del hombre y la tierra, esto en términos de la práctica del viaje de exploración que es fundacional de diferencias, pero también, de una historia compleja que expresa la dialéctica y la tensión del conocimiento geográfico, de sus características genealógicas y acumulativas que ofrecen un conocimiento más o menos estable, pero también, de las emergencias y rupturas que producen giros en los modos de considerar y valorar el conjunto de los problemas geográficos.

El título de la tesis; *El soberbio Orinoco, viajes, ciencia e imaginación geográfica 1799-1951*, contiene un conjunto de ideas de las cuales se desprenden una serie de problemas e interrogantes que pretendemos examinar con respecto a la formación, construcción y producción de imágenes geográficas del Río Orinoco y su cuenca, un área con vertiente Atlántica que abarca gran parte de la Guayana, el Amazonas venezolano, y los Llanos de Venezuela y Colombia.

El patrón radial de preguntas y proposiciones que se siguen, gira en torno a la construcción de una imagen geográfica y su organización discursiva en el cronotopo geográfico, cuyos espacios pueden considerarse dentro de las dimensiones materiales y las representaciones que la conforman. En ella se cruzan, no solo la mirada disciplinaria emergente o ya constituida a lo largo de una historia de la ciencia, sino otras voces que se disponen como una polifonía o caleidoscopio que, interconectadas, responde a escalas diversas.

Esto supone un cambio de posición que transita hacia los bordes de la ciencia, de las posibilidades que brinda la geografía cultural y humanística, que interactúa con una concepción de la historia cultural que se monta sobre la idea de una fascinación sobre el río Orinoco y lo que ello autoriza en términos de tejidos espaciales (textos); que no son estáticos, son el producto de una movilidad corporal, epistémica e imaginativa tanto del acto que conduce a su producción como de su circulación en el campo de las ideas y de las imaginaciones geográficas.

En tal sentido, para ubicarnos en un primer plano, la idea de que la ciencia se mueve en los confines o en los bordes disciplinarios tiene una historia de la cual, muchas historias disciplinarias parecen no percatarse, esta idea para no ir muy lejos flotaba en el ambiente de los geógrafos. J. Constantin (1893) y J. Brunhes (1955 [1910]), lo habían apreciado claramente.

La geografía —si se asume desde esta perspectiva—, es una ciencia de bordes, siendo observable esta especial situación de movilidad epistémica, incluso, en sus dos grandes “hemisferios” o matrices de dominio que podemos reducir a los tradicionales campos de la geografía: la física y la humana. Campos que, luego de una primera distinción y una creciente especialización de corte analítico, pueden, no obstante, entrecruzarse sintéticamente en una imagen general de la ciencia geográfica que pregunta por la relación del hombre y la Tierra dentro del giro crítico que han tomado los más recientes enfoques en geografía humana y física (Recca Lave et al, 2013) o dentro de una unidad mayor que vincula imaginación y territorio en un enfoque crítico de las vertientes geográficas (Turco, 2016). Relación que no se reduce a un campo u otro, sino que remite a la condición de estar y de ser en el espacio-tiempo y en los lugares, que implican una segunda condición hermenéutica necesaria para comprender el sentido de lo geográfico en su condición existencial, no en un más allá de la materia, sino en relación con esta, con el mundo físico.

El conocimiento se mueve en tensiones e interacciones entre los centros estructurados del pensamiento y los bordes innovadores de las preguntas que producen desequilibrios y sobresaltos. Esta inquietud, esta condición de movilidad, no sólo está limitada a un ejercicio de la razón científica, sino que se reparte en el resto de la sociedad, de suerte que *doxa* y *episteme* aun cuando distinguen sus dominios diferentes, conforman, sin embargo, el campo polifónico que organiza a su vez las experiencias del mundo. Una historia de la geografía posible debe preguntar por el lugar constitutivo de estas voces plurales en la formación de la imaginación geográfica.

En tal sentido, un trabajo cuyo propósito es mostrar, explicar e interpretar un problema geográfico no escapa a esta situación dialéctica, sobre todo si la pregunta central para organizar el resto de los problemas “colaterales” se plantea en las formas de ¿cómo se organiza un espacio geográfico? y ¿cuáles son las operaciones geográficas que emergen del proceso de traducción de la experiencia del espacio y los lugares? ¿Qué dispositivos se activan en la relación fenoménica del hombre con los ríos y con las selvas?

Al respecto es importante mostrar un campo que se organiza en torno al valor del agua y dentro de ella, al valor de los ríos. Así es posible trazar grosso modo una formación de un conocimiento geográfico que va desde las antiguas historias geográficas de los Jesuitas referidas al Orinoco y al Amazonas, pasando por los estudios geográficos del siglo XIX ligados al estudio de los ríos Humboldt (1972 [1808] y (1991 ([1816/1831]), Reclus (1859 y 1912 [1869]); Crevaux (1883), Metchnikoff (1889). En su segunda forma de modernidad estos estudios tienen sus formas sintéticas en una gama de abordajes que muestran la complejidad que ha ganado el campo en Febvre (2004 [1935]); Núñez (1943); Pablo Vila (1952); Tuan (1968), Zinck (1982); Bethemont (1999), Magris (2004); Wohl, E., and D. J. Merritts (2007); Tyree, E. (2012; Tvedt y Coopey, (2010); T. Tvedt (2015) y los estudios colectivos de Sioli (ed. 1984), Mauch y Zeller (2008), Brebbia (2013, 2015, 2017); y la monumental *History of Waters* coordinada por Terje Tvedt en nueve tomos (editados entre 2006 y 2010)

En otro plano el trabajo de investigación puede entenderse como un ejercicio crítico para preguntar por los lugares y fenómenos que son integrados en esta organización de conocimientos espaciales por parte de los hombres y la sociedad. La enunciación de la expresión polifónica que surge de las experiencias múltiples asume a la geografía como el

resultado de modos de practicar, conocer y percibir el espacio, los lugares y los fenómenos que lo integran.

En un plano de la observación de observaciones, observación de segundo orden, siendo el que se corresponde con el marco de este trabajo, se realiza un doble movimiento sobre el objeto geográfico. El primero parte de una distinción entre exterioridad y texto. Entre materia y conocimiento. En términos físicos, el espacio geográfico se corresponde a un fenómeno geográfico: el río Orinoco, y en cierto modo al espacio articulado por este, su cuenca. En términos humanos, que se corresponde con el acto del conocer y saber, se circunscribe a la experiencia sobre ese espacio geográfico; traducido en un texto espacial cuya cronotopía geográfica, está integrado por diversos modos de conocer y de expresar el espacio en distintas formas y géneros.

Las relaciones entre el mundo físico y sus representaciones no son dimensiones excluyentes, ambas forman parte de un tercer espacio que llamamos la realidad. En tal sentido, E. Soja (1997) señalaba, al adelantar una provocadora reflexión sobre la geografía humana, que la imaginación como parte del espacio vivido (experiencial e imaginario), junto al espacio percibido (material) y el concebido (mental), configuran la dialéctica de la espacialidad, la cual intercepta a su vez con la dialéctica del ser (espacialidad, socialidad e historicidad). Este esquema complejo de interacciones y simultaneidades se resuelve en un tercer espacio, el cual no admite una disposición binaria o dual, sino que funda un espacio donde se articulan y se disponen dialécticamente las voces, lo vivido en términos espacio/temporales y la materia estructuradas en una totalidad relativa.

La realidad del tercer espacio, como cualquier conjunto o sistema, muestra elementos en interacción, en los cuales la articulación entre los campos de lo material y no material es la que importa cómo sentido. Esto conlleva varios niveles de complejidad sobre los cuales es difícil establecer un orden, y el trayecto puede convertirse en deriva. Sin embargo, al asumir un trabajo que considera estos espacios inestables, se orientará ciertos modos de abordaje en la investigación; resumidos en el enunciado: *El soberbio Orinoco, viajes, ciencia e imaginación geográfica (1799-1951)*.

El primer segmento, “El soberbio Orinoco”, estructura una imagen, un cronotopo que personifica un atributo humano en un río, el cual habla de lo magnificante, pero también, de lo peligrosamente irreductible. Esta metáfora que connota a un fenómeno fluvial, tiene su origen en el siglo XVIII y fue introducida por vez primera por el jesuita Joseph Gumilla en *El*

Orinoco Ilustrado y defendido, y se despliega en el siglo XIX específicamente en la novela geográfica de Jules Verne, *El Soberbio Orinoco*, para transformarse en la primera mitad del siglo XX en un nuevo espacio de promisión gobernado por la idea de la fuente como última *terra incognitae*.

El segundo segmento articula tres problemas relativos a la experiencia y las operaciones geográficas (“ciencia, viaje e imaginación geográfica”). Cada una de ellas muestra los complejos movimientos del proceso de penetración, experiencia, construcción y producción del espacio y de los lugares. Cada operación es parte de un complejo movimiento del conocimiento que se juega en el contacto con la geografía física y con la imaginación, emergida de ese contacto bien sea material o de orden representacional.

Cada operación, toma consistencia en un proyecto de historia geográfica posible en referencia a un régimen de geograficidad e historicidad de la producción de conocimientos geográficos que abarca, en nuestro caso, desde mediados del siglo XVIII a la mitad del siglo XX. Lapso que parece interrumpir el marco cronológico que hemos establecido para el estudio del río Orinoco, es decir, 1799-1951. No obstante la referencia al siglo XVIII se hace necesaria por cuanto muestra el contraste entre los regímenes históricos y los regímenes geográficos gobernados por ideas y por imaginaciones geográficas diferentes, pero también, porque se dejan ver como un trabajo incesante sobre un objeto de estudio: el río y su cuenca, cuya imagen es la resultante de una amplificación y una innovación que tiene en el viaje, y en la experiencia corporal directa de los diversos actores que participaron, un motor muy importante en la organización del saber geográfico que acontecía en los centros de cálculo hacia los cuales fluían los informes y narraciones geográficas.

Este trabajo, que se vincula a la producción de conocimientos, es expresión de una tensión que también se pretende mostrar y someter a crítica. Esta tensión que se considera esencial, se mueve en una suerte de poner en cuestión el *aquí* y el *allá*, problema que se observa en los cuestionamientos de las tradicionales relaciones centro periféricas, que fundan un modo nuevo de orientar las maneras de cómo se construyen esas formas de orientación entre lo distante y lo cercano.

Es así que, la percepción del *aquí* y el *allá* dejan de ser inocentes y se transforman en expresión de un poder, de un dominio que se hace en lo distante, pero que también se subvierte en lo cercano. Todo remite a una experiencia del espacio y de los lugares. La lejanía y la cercanía, la relación del hombre con el mundo de los objetos y con la materia, son parte

de la operación geográfica que tienen en la categoría imaginación, y “geographical imagination”, una dimensión interpretativa de los procesos del pensamiento y la práctica geográfica (J. Kirtland Wright, 1947; Bajtin, 1981; (2000 [1976]), Gregory, 1994, 2009; Gilley, 2010) y en su concepto conexo, “imaginario” (Debarbieux, 2015; 2012; Gregory, 2009), un gran angular que favorece la comprensión, o si se quiere, autoriza un trabajo de hermenéutica espacial que remite a un régimen que tiene en las *terra incognitae* un polo de atracción y en los fenómenos geográficos como el río y la selva un dispositivo para la comprensión realista del medio y su enlace o traducción al mundo de las representaciones y su condición metafórica. En tal sentido, el *aquí* y el *allá* son relativos y cambian según se modifican las experiencias del espacio y según se imponen o disuelven las formas del poder, del dar cuenta de un espacio geográfico, pero también de darle sentido al estar en un lugar.

El viaje configura un movimiento no solo del cuerpo del explorador o del viajero, también se traduce en un cambio en las percepciones y lecturas de los espacios practicados, de suerte que se da un entrecruzamiento entre el vidente y lo percibido (Merleau Ponty, 1986); entre la representación, cultura y naturaleza (Cosgrove 2006; 2008); entre el sujeto, los espacios y los lugares (Tuan, 2008 [1977]); entre el viajero, el texto y la topografía; los cuales integran formaciones espaciales del conocimiento (Cosgrove, 1994; Gregory, 2000). De esta forma se pretende mostrar el proceso de construir una experiencia, que toma consistencia en la comunicación que puede, a su vez, entenderse como producción de un texto geográfico que resulta de diversas operaciones de la imaginación geográfica y de las estrategias de escritura y producción icónica.

El desplazamiento del observador obedece a diversos intereses, entre ellos destaca el científico que se mueve a lo largo del río y observa, anota, mide, mapea, traduce. Todas estas operaciones cobran consistencia en el ejercicio de la facultad imaginativa que logra enlazar los datos dentro de un texto espacial de carácter geográfico.

El viaje directo o en la distancia del ejercicio de escribir, pintar o fotografiar imaginativamente los lugares -que comparten por cierto los novelistas, pintores y los científicos del gabinete-, también configura una experiencia literaria y estética que contribuye a la creación de un texto espacial que se mueve en dos sentidos: funda un *allá* que es el trópico o las tierras equinocciales; también un *aquí*, que emerge de un giro frente al discurso hegemónico del tropicalismo invirtiendo el sentido de enunciación. Ambas posturas se visten de diversas formas, sobre todo en la construcción de imágenes paisajísticas que envuelven un

sentimiento de la naturaleza, o también teje utopías y espacios de identidad en la geografía del Orinoco.

Ambas instancias podemos inscribirlas en dos actitudes: la de la ciencia y la de la literatura y el arte cuyas funciones estéticas no son inocentes y contribuyen a la formación de una imagen geográfica. Según se propone en el título de este trabajo, están mediadas por la imaginación geográfica la cual se dispone en un tejido de imágenes que fueron articulando significaciones y sentidos del espacio geográfico del Orinoco.

A los fines prácticos de la escritura de este trabajo hemos dispuesto dos partes:

I-Cómo leer espacios y tiempos. Razón científica, experiencias, e imaginación geográfica. Aspectos generales para su estudio.

II- El Soberbio Orinoco: viajes, imaginación y ciencia geográfica, 1799-1951.

La tesis en su conjunto, la integran ocho capítulos, dos dirigidos al campo teórico y metodológico correspondientes a la primera parte; y seis para el despliegue de una interpretación, explicación y descripción densa de la imagen geográfica del Orinoco bajo distintos puntos de vista: ciencia teológica e ilustrada en el siglo XVIII; ciencia y escritura humboltiana en el siglo XIX en relación a la conversión del espacio geográfico del río en un laboratorio del conocimiento situado y la formación de redes de saber; el espacio bélico y paratáctico del Orinoco, la cronotopía geográfica del paisaje y la literatura en la función estética del conocimiento y finalmente la tensión e interacción entre los espacios paratácticos y liminares que conducen al cierre cognitivo de la imagen del Orinoco gobernada por el problema del confín y de las fuentes.

La distinción entre ambas partes es sólo analítica y metodológica, pues en conjunto se interrelacionan en torno al problema de fondo, la del lugar disciplinario que trata el problema del espacio y la espacialidad en términos de una totalidad y de un texto geográfico; que se corresponde además con un doctorado en geografía desde el cual hablamos. Un espacio académico que se abre a los contactos disciplinarios, permitiendo, a su vez, construir un lugar para el hacer y el decir geográficos. Sólo que este lugar se asume bajo los supuestos de apertura que los bordes y las consideraciones a otras geografías estimulan.

Desde este punto se deriva otro, el de la domiciliación a un problema, el Orinoco. El estudio de este fenómeno físico y cultural reconstruye, al menos es nuestro propósito, el

proceso de articulación de imágenes y el cronotopo que se vincula a ella y las hace posibles en el plano de los sentidos y de las legibilidades.

En tal instancia, la polifonía contenida en el cronotopo (Bajtín, 1981) funciona, por un lado, como una narrativa cuyo texto intercepta tiempo y espacio para organizar el sentido; y, por el otro, en la politopías (Mathey, 2008) que la propia narración construye en relación a una naturaleza externa concreta en un primer nivel, cuyo paisaje físico se modela y se construye en la subjetividad y se registra de varias maneras en los textos que transportan contenidos geográficos. De ese modo el concepto de cronotopo que proviene de la física y de la literatura se domicilia como una cronotopía que se hace geográfica.

La geografía otra, es decir, la que orienta hacia las diferencias que se propone estudiar, se inscribe dentro de un campo amplio que reúne varias preocupaciones. Una de ellas por ejemplo la expresa Paul Claval al entender que las formas de comprender geográficas implican revisar los procesos de construcción de la alteridad, pero también comporta una nueva dimensión que hoy busca acercarse a esta de un modo diferente, de allí que, “La inclusión de la alteridad por los geógrafos: [sea] un desafío cada vez renovado” (Claval, 2008: 18). Ahora bien, esta visión se amplía en un texto anterior de este pensador francés; bajo la consideración del giro cultural, otras voces son apreciadas en la geografía abierta. En tal sentido, el “ojo del geógrafo se junta con las miradas de los demás” (Claval, 2011: 16).

La emergencia de la pluralidad que sostiene no significa un empobrecimiento ni una pérdida del valor de la disciplina como *episteme*, implica, por el contrario, un enriquecimiento de carácter dialógico de la ciencia. No es casual esta tendencia a preguntar por las voces plurales,

Estas preocupaciones que hablan de una apertura, hunde sus raíces en la geografía anarquista imaginada por Reclus como un trabajo de apoyo mutuo que integra a una multitud de trabajadores de la Tierra, y más recientemente, en la historia contemporánea tiene su expresión, en el movimiento de la geografía humanística impulsado por Lowenthal (1961), Tuan, (2008 [1977]), Buttimer y Seamon (1980). Cercano a ellos, el último Milton Santos (2000) que se detiene a reflexionar sobre la complejidad de las relaciones espaciales, el geógrafo brasileño por cierto, se pregunta por el valor de lo concreto, por los lugares y por las emociones que surgen del estar en ellos. Todo dentro de un cuestionamiento de la imagen simple o dada de lo global, que desconoce los distintos puntos multifocales que terminan por

tejer esa globalización que no es, precisamente, sin los lugares y más acá en el entrecruce fenoménico, sin las gentes que lo habitan.

Esta perspectiva, vinculadas a otras en esta investigación, no disuelve el objeto geográfico, sino lo sitúa en distintos niveles, en donde las otras voces que interactúan con el espacio (producción y construcción) también importan. Para continuar con Claval el objetivo se ha desplazado a los sujetos. “Es importante entender cómo las personas confieren un sentido al lugar en el que viven a través de las representaciones que tienen de ella, las prácticas que se desarrollan y los planes que tratan de poner en práctica” (Claval, 2011: 16, Cfr. Tuan (2008 [1977]), De Certeau, 1996, Casey, 2001; Berdoulay, 2010)

Esta apreciación que habla de un posicionamiento de la geografía humana actual es muy útil para considerar las voces del pasado, pues los entornos fueron experimentados y traducidos a escrituras y otros dispositivos de lenguaje de formas distintas. Uno de ellos, tal vez el que presenta mayor resistencia en ciertos lugares disciplinarios, sea el de la relación entre narración y entorno, entre verdad y ficción y las funciones que estas cumplen.

Un llamado de atención sobre los límites naturales de la ficción en relación con los entornos a que refiere, permite releer en un contexto relacional a la escritura y la naturaleza. Las ficciones literarias recurren a metáforas o construyen lugares a partir de elementos realmente existentes en la naturaleza expresados en una compleja relación entre palabra y tierra, entre texto y lugar, entre la sensibilidad que emerge de la práctica espacial y la construcción de formas de valoración (Howarth, 2001; Tuan, 1978; Cunill, 2007; Debarbieux, 2012). En esta conjunción se organiza el tercer espacio en el cual la cualidad semántica es producida o construida, provocando un espacio en el cual objetos materiales, fenómenos físicos y representaciones se encuentran presentes y se abren como condiciones de posibilidad.

Ello obliga a definir el sentido de la conexividad entre el texto y el entorno. Obviamente, en un trabajo de geografía como el que abordaremos teniendo como centro el fenómeno fluvial del Orinoco, la relación espacial no recae en una autonomía del valor estético y de la ficción, sino que asume un más acá de la lectura situándola en relación con el paisaje y el territorio, con el tiempo-espacio (cronotopo), el cual organiza el tercer espacio cuya experiencia de producción de un saber, forma parte —al menos en el régimen ligado a

las exploraciones en el Orinoco y la escritura literaria— del lenguaje pictórico y la cartografía, de un esfuerzo mediado por procesos de imaginación geográfica.

En la conjunción o entrecruzamiento de los problemas de la ciencia y las otras narrativas, las fuentes utilizadas dentro de un amplio rango temporal que va de mediados de siglo XVIII hasta mediados del XX, aproximadamente unos 200 años, permiten situar la problemática espacial y temporal que rige el trabajo a partir de dos límites metodológicos ligados a la modernidad: el viaje de Humboldt en 1799 antecedido por los discursos geográficos de los misioneros exploradores jesuitas, capuchinos y franciscanos junto a los de los funcionarios españoles, y el hallazgo de las fuentes del Orinoco en 1951, por parte de la expedición franco-venezolana.

El trabajo se inscribe además dentro de una preocupación triple que ha motivado mis líneas de investigación: a) vinculada a aspectos de reflexión teórica del espacio-tiempo-sujetos; b), El tema de estudio que tiene en el elemento agua y en los ríos el foco de atención y c) los aspectos concretos de la geografía del Orinoco y sus juegos de escalas en la formación de redes de conocimiento que ligan a la producción, permanencia y cambios en la imagen geográfica..

Son parte de este programa de investigación los trabajos siguientes que enumero retrospectivamente: *Como el río que fluye: los jesuitas en el Orinoco, producciones de espacialidad y experiencia de lugares en el siglo XVIII*, (Tesis de Maestría presentada en 2012 en la Universidad Iberoamericana); *Percepción y discurso geográfico sobre la Orinoquia: La invención del espacio en Joseph Gumilla*, (Universidad de Los Andes, trabajo de ascenso presentado en 2006); *Hombre, Naturaleza, Cultura e Historia en Joseph Gumilla: ideas. Imaginarios y mentalidades*, (Tesis de Licenciatura en Historia, en la Universidad de Los Andes, 2000). Más recientemente, “Navegando en el mar de los gentiles. Metáforas del espacio sagrado en el discurso jesuita del Orinoco (Siglo XVIII), (2017)

En el marco de este rango de preocupaciones, la elaboración de discursos y representaciones geográficas científicas, cartográficas, literarias, iconográficas, locales y universales gobiernan las producciones del sentido de un espacio geográfico como el del Orinoco. Estos son objeto de consideración y de interrogación, de suerte que la polifonía contenida en los vastos *corpus* recolectados y consultados se transforma en un problema de reducción que dificulta la propia estructuración del trabajo, cuestión de la que estamos conscientes y que aspiramos resolver.

Es indudable que tratamos de mostrar en el presente trabajo, diversos planos: general, de borde y específico. De esta manera, la ciencia transita diversos campos, organiza un conocimiento estable, pero también se desestabiliza en las fronteras de los campos de estudio. Esa “perturbación” afirmamos, es saludable, pues renueva la producción de conocimientos e insta a releer los fundamentos de la ciencia. Todo se mueve entre lo general y lo específico, entre el valor de las preguntas nuevas y lo que se admite en un momento del desarrollo de un campo de conocimientos. Desde ese orden de ideas, al mirar la historia de la producción de conocimientos geográficos, sus procedimientos u operaciones cobran sentido al disponerse en estos planos.

Una ciencia abierta, una ciencia de borde, una ciencia que medita sobre sus espacios y tiempos es una ciencia en movimiento. Una ciencia que amplía el abordaje de su desarrollo disciplinario a los contextos que la hicieron posible es una ciencia de “gran angular” y se abre a una concepción dialógica y por tanto polifónica.

Los giros más recientes de la crítica del conocimiento, que envuelven los giros lingüístico, cultural, historiográfico y espacial, muestran que los contactos interdisciplinarios y la transdisciplinariedad crean condiciones de apertura a través de nuevos caminos y nuevas preguntas. También han posibilitado los abordajes de documentos considerados hasta ahora marginales o sencillamente dejados de lado en una particular práctica investigativa. Es así como las literaturas y el arte en general se incorporan a una reflexión histórica de la formación de una imagen geográfica, y de allí a la construcción y producción de un saber y un conocimiento del espacio que organiza el texto del saber y el decir.

Las disciplinas se encuentran entonces en una encrucijada vital para la reflexión sobre su estatus y para su innovación. Los flujos de información y las diversas maneras de enfrentar el espacio, cuya metáfora más representativa es la del río, y los modos de organizar e interrogar dichos espacios y flujos justifican los intercambios, se bifurcan entonces los caminos de la ciencia.

Paralelamente la geografía que pregunta por su estatus, se abre a un estudio del espacio cuyo dominio no solo le corresponde a ella, esto en términos disciplinarios o de institución de un conocimiento normado en torno a un objeto exclusivo. Los giros de la geografía humana, como señalan Lindón y Hiernaux (2010), admiten otras voces, no solamente institucionales, sino que consienten otros modos de conocer la geografía y de tratar temáticas que en una perspectiva amplia deben ser estudiados por los geógrafos.

De esta forma la ciencia geográfica institucionalizada se coloca junto al conocimiento geográfico de los otros como ya hemos señalado, rescata al sujeto de la experiencia geográfica y lo incorpora a las reflexiones del pensamiento geográfico y de la formación de comunidades científicas e interpretativas. Impulsado por la geografía humanista, el espacio se “democratiza”. Este esfuerzo se corresponde con un replanteamiento de la relación hombre-entorno, del problema humano del espacio que se recorre, o de la imaginación geográfica que cobra forma y sentido en diversos lenguajes.

El valor que poseen las percepciones y experiencias de la gente común en la estructuración del espacio se constituye en campo de estudio. Esa gente común tiene una historia espacial, distintos géneros dan cuenta de esos momentos de contacto. En este trabajo estos aspectos son tomados en cuenta y se desarrollan a través de varios ejemplos que parten del supuesto de que muchos de los registros que ayudan a comprender la historicidad de la formación de un saber del Orinoco; y de las imágenes plásticas, narrativas y cartográficas sobre este río, fueron elaboradas por sujetos cuya clasificación como geógrafos “puros” sería difícil de sostener. Ello toca al propio Alexander Von Humboldt para quién el sentimiento de la naturaleza junto al problema de la observación científica y las especulaciones y preguntas derivadas de ellas, expresan los entrecruzamientos de ciencia e imaginación, del abordaje científico y el estético con funciones que trataremos de develar en el trabajo a partir de la espacialización de la mirada y la experiencia. En este punto, cabe entonces preguntar qué tipo de historia de la geografía se está comenzando a esbozar en un horizonte que propicia más preguntas que respuestas. Que somete a revisión ciertos supuestos más ligados a la visión anecdóticas o simplemente descriptivas que a problemas centrales del pensamiento geográfico como lo ha mostrado recientemente Tuan al referirse al problema de la geografía romántica (2013), Cunill (2007) al tratar los aspectos ligados a la función de los sentidos “geosensibilidad” en la producción de imágenes geográficas.

Mostrar las prácticas operativas mediante las cuales se forman los saberes geográficos y sus imágenes ya socializadas, requieren de otra concepción de lo histórico que atraviesan todos los capítulos de la segunda parte.

Tradicionalmente en las “guerras” de la ciencia suele olvidarse el tipo de enfoque que se está exigiendo a una disciplina, en este caso la histórica. Largo sería explicar este prejuicio. Sin embargo, apoyemos nuestra perspectiva en la aseveración de un geógrafo de singular importancia para la historiografía de la geografía. “La geografía tiene diferentes significados

para personas y pueblos diferentes en tiempos diferentes y en diferentes lugares (D.N. Livingstone, 1992: 7). ¿De qué geografía se habla?

El giro es evidente, se trata de considerar “el espacio y el lenguaje de los otros” como diría Michel Foucault. Esos otros organizan el espacio, lo imaginan, lo practican, lo viven. Sus registros aun no teniendo una intención expresamente geográfica pueden contener -como lo trataremos de mostrar- experiencias del espacio y los lugares en momentos diferentes. Una historia de la geografía posible que muestre sus distintos presentes en los cuales se organizaron los conocimientos geográficos, no puede enfocarse solamente en la institución, no puede estar limitada por la “pureza” disciplinaria. Y, sin embargo, debe mantener su lugar disciplinario he allí una paradoja que moviliza al pensamiento crítico.

La paradoja radica que la autoridad del decir y el hacer geografía debe entablar un diálogo con las otras voces que también poseen experiencias del espacio y el lugar una preocupación, cuya emergencia en el campo geográfico se inicia en la segunda modernidad de la geografía con el seminal trabajo de Wright (1947) y de Dardel (1952); y se continúa hasta nuestro tiempo con David Lowenthal (1961), Yi-Fu Tuan (2008 [1977]), Dereck Gregory (1994), Harley (2005), E. Casey, (2000; 2001), Beatrice Collignon (2004), Cosgrove (2006; 2008), entre otros que ya hemos mencionado al principio de esta introducción.

En tal sentido, negar la historicidad del conocimiento geográfico es negar su dinámica y su producción. Situar históricamente un proceso es vincularlo a un espacio. Leer en el espacio y el tiempo como ha apreciado Schlögel (2007), partiendo de una frase paradigmática de Ratzel, refiere a esta condición de temporalidad que atraviesa el espacio y deja sus marcas. Pero también podemos —como apreciaba Soja— ubicar la interrelación con el espacio vivido y la imaginación. Este problema se articula con la condición de geograficidad (Dardel, 1952), que supone una situación existencial que surge del contacto con el medio físico.

En otras palabras, y en esta orientación epistémica se inscribe este trabajo, no se trata de producir una inseguridad ontológica al interior de la disciplina, sino de movilizar su construcción de identidad en el diálogo con otras disciplinas. Esto significa no perder su objeto eje que es el espacio y son los lugares y fenómenos físicos, con los conceptos y representaciones que se articulan alrededor de él, cuyas perspectivas se amplían y enriquecen con los aportes de otras disciplinas y con el examen de documentos diversos, que contengan problemas geográficos o refieran a las relaciones con los espacios.

En este punto, los campos que se abren al contacto interdisciplinario, pueden verse como las piedras angulares, que siendo tan simples terminan por definir la estructura de una casa o el equilibrio necesario para que esta no se derrumbe.

Al decir tipos de espacios, suponemos un plural, y, en consecuencia, el trabajo de organización debe enfrentar el problema tipológico. Cada problema suscita entonces una serie de preguntas y todas confluyen en un problema central, la explicación del hombre en un mundo que está espacializado y temporalizado. La explicitación de una perspectiva espaciotemporal de las relaciones del hombre y la Tierra. La domiciliación de este problema en un espacio geográfico concreto, el río Orinoco y su cuenca, y la referencia continua a los lugares y fenómenos que lo integran dentro de una vasta red de flujos del conocimiento.

La producción de imágenes no es un vacío sino un texto trabajado por las experiencias del espacio y sus lugares, es un proceso instituyente en contextos espacio temporales que se juegan en giros y dialécticas entre la tradición y la modernidad con respecto a un referente, el río Orinoco. Toda la segunda parte está destinada a mostrar este problema.

Al referir a una multiplicidad y a una unicidad de la imagen geográfica, la investigación que sigue, se desdobra en múltiples objetos y significados para recomponerse en una unidad general. En este caso la semántica se abre y hace estallar los límites en el plano general y vuelve a organizarlo. En el caso de imágenes espaciales, si nos referimos a un contexto geográfico, en este caso el Orinoco y su cuenca, el articulador es un fenómeno, un río, pero el área que organiza posee hacia el interior distintas cualidades que se organizan en torno a los paisajes y a los valores que se les atribuyen.

En conjunto las imágenes devenidas en texto construyen tejidos de significaciones que organizan un cronotopo que, domiciliado en la escritura de la geografía, orienta el sentido o los sentidos que se reconstruyen en cada lectura que acontece en la recepción.

Los viajeros que se dirigieron al trópico no expresan un único modo de conocer, en su movilidad espacial, es posible reconocer distintos patrones de acercamiento a la realidad con formas y contenidos distintos que se despliegan entre la ciencia y la estética. La movilidad del viaje configuró, como se demuestra en el decurso de los capítulos de este trabajo, todo un régimen de producción de conocimientos científicos asociados a los espacios periféricos o a las geografías interiores. Estos espacios según se demostrará, brindaban oportunidades de poner a prueba lo sabido, pero también, de quebrar los viejos prejuicios y afinar hipótesis y teorías sobre el espacio geográfico, sobre el conocimiento de la superficie de la tierra.

¿Qué significados comportaba acercarse al Orinoco en el siglo XIX-XX? ¿Qué papel juegan los lugares (el río, la fuente) en un momento de globalización del conocer y el saber que emergen de la movilidad de la imaginación geográfica y los viajes?

Es pretensión de este trabajo situar el conocimiento geográfico en función de las diversas miradas que lo producen. Existe un ser viendo y sintiendo que se define en el lugar. También existe un conocimiento que se define tanto en la distancia al lugar como en la experiencia *in situ* que produce el desplazamiento entre lugares y su conexión en tanto que tejido de la imaginación geográfica que lo globaliza, que lo inscribe en horizontes de sentido más amplios.

Desorientación para el lector, no, sobre todo, si este lector deja el confort de lo asumido como dado y busca cruzar el umbral y se va hacia el borde que le permite dialogar con otros regímenes de historicidad y de geograficidad, también con otros dispositivos de producción de conocimiento geográfico. En este punto, viene al caso el ejemplo del movimiento del sujeto en el espacio, de su corporalidad frente a los artefactos geográficos como el mapa y el globo.

La única geografía posible es la geografía de los puntos de vista, de los lugares. La diferencia real entre un mapa y un globo es ésta; si tienes un mapa de frente, es el mapa quien te dice como debes mirarlo y desde que punto. Te impone su propio punto de vista. Pero si tienes un globo, el sujeto se mueve, habita un lugar y luego se va. (Franco Farinelli, 2013 cit. p. B. Lladó p. 7)

Aquí la situación es importante, aquí la pregunta vuelve sobre diversos dispositivos que transportan una imagen y una idea de lo que era el río Orinoco. Esos dispositivos conformados por mapas, diarios de viajes, pinturas y fotografías, por geografías, catecismos geográficos, Atlas y diccionarios, son el producto de operaciones geográficas que no se presentan de forma estática a los lectores, sino que se ofrecen, —y este es un punto sumamente importante—, a la constitución de una imaginación geográfica del río, no en un dispositivo aislado, sino que se conecta con la imaginación geográfica universal y global.

Tal problema permite a su vez observar y luego marcar una distancia de observación. Las contradicciones y las afirmaciones que se derivan de esta experiencia pueden causar una cierto extravío y confusión para el lector que solo está acostumbrado a lecturas lineales, pero lo que está en juego, es la colocación de distintas visiones y cómo éstas traducen y narran una

determinada experiencia del espacio y de los lugares, y como éstas pueden ser integradas dentro de una imagen geográfica.

El diálogo se vuelve doble, en un primer momento remiten al presente de la producción o construcción del texto, en un segundo momento, remiten al diálogo sucesivo de este texto a través del tiempo. Ello nos incluye como parte de lo que yo he venido llamando hermenéutica espacial, es decir, una forma dialógica de carácter fenoménico y dialéctico que pregunta por nuestra relación con la Tierra en términos de un tercer espacio que se abre y que se apoya sobre las tesis de Reclus, Bajtin, Buber, Wright, Tuan y Soja (Cuevas, 2014).

Cuando se medita sobre la frase de Reclus que se usó como epígrafe en esta introducción, explicitamos un valor, el de los fenómenos físicos que integran el espacio y que influyen el habitar humano, pero también al entrecruzamiento que se produce cuando el hombre vuelve sobre el fenómeno, lo traduce y lo convierte en texto, produciendo un tercer espacio en el cual la imaginación geográfica conecta los diversos modos de experimentar los lugares y de imaginar el mundo.

El principio fundamental de la síntesis global de la geografía que termina por correlacionar al hombre y la Tierra —una idea del siglo XIX que hoy vuelve a resurgir ante el problema ambiental—, no se explica sin los lugares y los fenómenos geográficos (bióticos y abióticos) que lo integran, sin los hombres que lo recorren, lo observan y perciben; y practican, lo habitan y lo sienten.

El Orinoco como un problema geográfico se inscribe en estas correlaciones, y la investigación que se sigue intenta responder a estas problemáticas sin agotar el tema. Se abre a los flujos, fluye en ese río que es metáfora del mundo que imaginó Heráclito de Éfeso. Este río, es condición para una meditación del hombre y los fenómenos físicos, que es revisión de las formas de cómo conocemos y practicamos el espacio, de cómo imaginamos geográficamente ese tejido de relaciones, pero también, cómo se teje incesantemente a velocidades diferentes. De suerte que el espacio del deseo, la *terra incognitae* estimula la imaginación, moviliza el cuerpo a través del viaje, contacta, traduce, transporta.

Las misteriosas fuentes del río Orinoco se convierten entonces en una parte importante de esta investigación, marca el contrapunto o la tensión entre los espacios liminares y paratácticos (Turco, 2010), entre la ciencia racional y la imaginación geográfica, abre las miradas y las operaciones geográficas a un tercer espacio que es el de los orígenes. El

hallazgo exacto de del nacimiento del Orinoco en los confines de la sierra Parima en 1951, no liquidó la imagen geográfica del río, cerró cognitivamente un modo de deseo, una pulsión de travesía vinculada al régimen de la imaginación geográfica articulada por las *terra incognitae* para abrirse a otro régimen de la producción de imágenes.

Surge entonces otra geografía de orden paratáctico ligada a la idea de una modernidad centrada en las políticas del Estado y más tarde, en la historia global más reciente, un espacio gobernado por las imágenes contradictorias de la minería, la conquista del sur, la gran Guyana, el eje Apure-Orinoco, las Zonas Bajo Régimen de Administración especial, los parques nacionales, las reservas ecológicas, los territorios indígenas, y hoy, en este momento terrible, el decreto de explotación del llamado Arco Minero del Orinoco que amenaza con destruir esos espacios y sus paisajes.

Por todo ello, y como advertencia al lector, este trabajo se muestra como un vasto tejido de soportes y tiempos, por lo tanto, debe leerse como una gran metáfora que habla de los flujos del río y de las imágenes cambiantes.

- **Sobre las fuentes bibliográficas, cartográficas y hemerográficas utilizadas.**

Las interrogantes propuestas en el trabajo se desdoblan de problemáticas que remiten a ciertas orientaciones y consideraciones de fuentes y documentos que solo la geografía humanista, la geografía cultural y la fenomenología entendidas como entrecruzamiento del hombre y el mundo de objetos, del espacio, que se vive y se practica, permiten abrir.

En tal orden, dicha complejidad radica en tratar de mostrar en un movimiento doble, de distinción y de conexión la constitución de un problema geográfico y de su tratamiento y estatus. Las distinciones entre los discursos netamente geográficos y los discursos que refieren a lo geográfico, según Pierre George (1973), son válidas metodológicamente, pues permite un abordaje más riguroso de las fuentes, sobre todo en relación a la espacialidad a que remiten, o a la que construyen las fuentes literarias o iconográficas con un referente que se altera en la traducción o en la construcción del valor geográfico, no solo limitado a los espacios de producción o de simple hábitat, sino a un registro del paisaje que articula emociones y formas de interactuar con los fenómenos físicos.

En consecuencia, las fuentes que abordamos a lo largo del trabajo son de géneros distintos, sin embargo, contienen directa o indirectamente referencias a la geografía

orinoquense. Una serie de discursos científicos, políticos, de viaje o narraciones literarias que incluyen poesía, cartografías, ilustraciones, pinturas y fotografías, fueron dando legibilidad al Orinoco dentro de un periodo que hemos fijado entre 1799, fecha de la llegada de Humboldt, y 1951, fecha de la exploración y hallazgo de las fuentes del río Orinoco en el sur del macizo guayanés (formación orográfica del Parima) por parte de la expedición franco-venezolana. Dicho criterio cronológico no es absoluto pues extiende como ya se señaló, un espacio de transición en sus límites de abordaje, pero si marca un contrapunto interesante del despliegue de un proceso que, teniendo como eje el río Orinoco, organizó una serie de prácticas y de construcción de saberes que instituyeron las diversas imágenes que se fueron elaborando a lo largo de ese periodo de larga duración.

Estas fuentes bibliográficas, iconográficas y cartográficas (además de los textos teóricos y metodológicos), provienen de una serie de bibliotecas que fueron consultadas, entre ellas, las Bibliotecas de la Escuela de Geografía de la Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales, y de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes en Mérida, Venezuela; las Bibliotecas de la Universidad Nacional Autónoma de México, en especial la del Instituto de Geografía y el Instituto de Investigaciones históricas; la Biblioteca de la University of Texas at Austin especialmente la Netti Lee Benson Latinoamerican Collection y su sección Rare Books; la Biblioteca Nacional de Venezuela en Caracas, la Biblioteca Arango de Colombia, y el fondo cartográfico del Instituto Geográfico Simón Bolívar. También se colectaron y revisaron materiales en las bibliotecas virtuales, Archive.org, Project Gutenberg, HathiTrust Digital Hispánica, y las colecciones de cartografía de la David Rumsey Collection. La Biblioteca Nacional de Brasil, la Biblioteca Nacional de Portugal y la Biblioteca Digital Hispánica así como los fondos fotográficos de la Biblioteca Nacional de Francia disponibles en *Gallica*. Además de ellas, mi biblioteca privada.

En su conjunto y para mayor facilidad en la constatación por parte del lector de las fuentes consideradas y seleccionadas, hemos organizado el *corpus* en dos estrategias de presentación: al final en la bibliomerografía se identifica como fuentes impresas y digitales a los diversos textos que en función de la pregunta y rango temporal se consideran primarias; y aparte, también al final, se decidió hacer un índice de mapas, ilustraciones y fotografías por capítulos también para facilitar la identificación y procedencia de estos materiales o textos de la representación.

Agradecimientos.

Dos instituciones hicieron posible en términos de las condiciones materiales y espirituales este trabajo, por un lado, la Universidad Nacional Autónoma de México, que me acogió y apoyó a través del programa CONACYT durante estos años de investigación, y por el otro, la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela, Institución autónoma de la cual soy profesor en permiso para cursar estudios de posgrado. academia duramente golpeada por el neo totalitarismo que se ha desatado en mi país. A ambas instituciones mi más profunda gratitud y compromiso ético con el pluralismo de las ideas y los enfoques.

Por otro lado, y en un plano más personal, es difícil dar cuenta de la cantidad de personas a las que debo agradecer, es aún más difícil deslindar los afectos que el acercamiento yo-tú tal y como lo propone Martin Buber y Mijail Bajtin producen pues en el fondo, nuestra incompletud, nos impulsa a un diálogo, que es siempre deseable siendo constituyente del apoyo mutuo. Dicho esto.

Debo agradecer el apoyo académico y la solidaridad recibida por parte de la Coordinadora del Posgrado Carmen Valverde Valverde, sobre todo en el momento más difícil por las que atravesó el trabajo de investigación cuando en el mes de octubre de 2016 y ya por terminar las correcciones de la tesis y de los dos últimos capítulos, el manuscrito junto con otros objetos personales fue sustraído de mi domicilio por unos ladrones. Un mal momento cuyo exorcismo me costó tiempo además de ponerme en la decisión de reducir o no el proyecto inicial de escritura.

En un contexto positivo, también debo agradecerle a la Dra. Carmen Valverde haber permitido una especial conexión para tratar de vencer las petrificaciones e inercias académicas que son el producto de prácticas y tradiciones que ha perdido el vigor renovador. De fondo queda un horizonte para una comunidad en construcción que podría imaginarse de forma diferente.

También debo agradecer infinitamente el apoyo del Dr. Daniel Hiernaux Nicolás que, siendo fiel a los postulados anarquistas, me dio la total libertad de decir y hacer con los

riesgos que esto supone y que son exclusivamente en lo que sigue de mi absoluta responsabilidad.

También debo agradecer al Dr. Gerardo Bustos Trejo quién solidariamente también apoyó algunas tomas decisión de carácter ético en los primeros semestres, así como, la de transmitir un efecto de emoción por el trabajo que se iniciaba.

Es importante resaltar la agudeza de observaciones que la Dra. Liliana López Levi hizo sobre el texto, especialmente sobre los aspectos de riesgo que implican moverse en un borde con cierto rigor, pues los extravíos a veces suceden y en consecuencia si el lenguaje es un poder, debe usarse para generar claridad en medio de los laberintos cognitivos que se asemejan a un delta fluvial.

También es importante agradecer al personal del posgrado: la Lic. Socorro Auddifred, Abril, Penélope Baroccio, y el Mtro. Macario. También a la Lic. Luz Mercado, del Instituto de Investigaciones Históricas y a los bibliotecarios Antonia Santos (Toñita) y Luis Iturbe del Instituto de Geografía quienes me apoyaron en algunas búsquedas digitales.

En otro plano no menos importante, debo agradecerles a mis padres, José Cuevas Zambrano y Tulia Quintero Guerrero, dos cosas importantes: los valores en los que fui educado, y la presión de esos valores que motivaron ciertas desobediencias, también, y esto en modo sublime, el valor de leer dentro de la geografía de una biblioteca que para todo niño es un fascinante Delta bifurcado y sorprendente.

Agradezco también los apoyos de lectores como la Mtra. Laura Cuevas de Zerpa y al Dr. Marcos Ramírez V. quiénes revisaron algunas partes del trabajo, así como la de la Lic. María Fernanda Martínez Merlín quién diagramó las imágenes y el texto. Cualquier imprecisión fue producto de mí aprehensión.

También debo agradecer infinitamente a mi esposa Mary Elizabeth que siempre en las tormentas propias de todo proceso investigativo estuvo a mi lado, debo agradecer además el ponerme en espera por nueve meses para el regalo más lindo que es un don de los dos... a ti Manuel Eduardo. En el apoyo mutuo...Luis Manuel.

A Rufo mi hermano perro *in memoriam*.

En México, Colonia Roma, bajo un caluroso mes de junio de 2017 y luego del sismo de septiembre.

Primera parte.

**Cómo leer espacios y tiempos. Razón científica, experiencias e imaginación geográfica.
Aspectos generales para su estudio**

CAPÍTULO I

El río y el borde. Las metáforas del movimiento y el lugar en las perspectivas de una historia de la ciencia geográfica posible.

“En los mismos ríos entramos y no entramos, [pues] somos y no somos [los mismos]”.

Heráclito. Diels-Kranz, *Fragmente der Vorsokratiker*, 22 B12

La interrogante que delinea el campo de esta investigación se ubica dentro de una concepción amplia fundamentada a partir de tres suposiciones generales: La primera envuelve dos metáforas ligadas al sentido del conocimiento surgido de los desequilibrios e interacciones entre concepciones y prácticas. La segunda refiere al sujeto ligado a la producción y construcción de un tipo singular de saberes y al ejercicio de la imaginación. La tercera se relaciona directamente con las dos anteriores, refiere a la práctica y a la traducción de la experiencia del saber a un texto y a un sistema de relaciones internas y externas del conocimiento.

Estas proposiciones se consideran operativas dentro de un estudio que trata de abordar la relación entre ciencia, viaje, geografía e imaginación geográfica como ideas nucleares que permiten comprender la construcción de imágenes, discursos y cronotopías geográficas² referidas al Río Orinoco. Estas proposiciones se explican también en los contextos de geograficidad (Dardel, 1952) y de historicidad (Hartog, 2007) que muestran la tensión entre los procesos de permanencia y diferencia de la producción o construcción de conocimientos y representaciones del espacio y de su movimiento en el tiempo, de las formulaciones de preguntas y formas de identificación, traducción y explicación de problemas, así como de su circulación en los contextos sociales de la ciencia.

En conjunto, los elementos heterogéneos que enfrenta una investigación de borde permiten colocar en suspenso la historia lineal de la ciencia geográfica y cuestionar la concepción de un modo de hacer historia fundamentada solamente en resultados y en lo dado más que en los procesos y los contextos en los cuales, los sentidos del espacio son construidos y producidos. Se trata de superar la propensión “ahistórica” que considera los problemas geográficos de una forma simplista y anecdótica y no como el producto de la constitución de

² El concepto de cronotopía geográfica será trabajado en el siguiente capítulo.

un campo de sentido y de comunicación ligado al lenguaje y las prácticas espacializadas de la ciencia. El enfoque histórico se domicilia en la ciencia geográfica que da cuenta del problema de las interacciones espaciales que nacen de la experiencia concreta y de las facultades imaginativas, de la relación del hombre con los fenómenos y sus lugares. Estas suposiciones sirven de marco referencial para la exploración y estudio de la formación de un conocimiento geográfico sobre el río Orinoco y su cuenca. De tal modo, explicaremos de forma somera cada una de ellas, ya que un desarrollo más extenso, escaparía a los objetivos de esta investigación.

1.1. El río y el borde como metáforas de movilidad del conocimiento.

Las metáforas no cumplen en este estudio una función retórica, no se limitan a una persuasión a través de las palabras, implican un problema de sentido y un problema de relación que surge del traslado, del desplazamiento entre el objeto y la palabra.

Tal vez por ello, geógrafos como Tuan (1978) que planea la relación entre el signo (físico) y la metáfora y Dematteis (1985) que habla de su poder cognoscitivo, han reflexionado sobre la importancia de la metáfora. Este último, ha llamado la atención sobre la función crítica que estas suponen en un campo de amplio espectro que paradójicamente se contiene en el fin último de los principios geográficos: la síntesis y la asociación de escalas y problemas.

Una geografía crítica (geografía crítica) y una geografía libre tratan de multiplicar metáforas y categorías conceptuales. No trata de mirar al mundo desde un punto de vista, sino que se vuelve a su alrededor sabiendo muy bien que no puede representarlo todo de una vez por todas y que la representación no debe excluir el descubrimiento

(Dematteis, 1985:165)

La metáfora dice, habla de una relación que atraviesa la materia y la representación. Conforman un espacio que contiene el movimiento, en este caso, el movimiento del conocimiento dentro de un campo de sentido que le da orientación, estabilidad y consistencia, pero que también lo hace consciente de la crisis que las nuevas experiencias producen y que lo enmarcan dentro del campo de la dialéctica.

En este sentido, el río puede entenderse como una metáfora del conocimiento que es movimiento y es borde. Ambas metáforas, la del río que fluye y la del borde como un lugar de intercambio, permiten establecer un conjunto de situaciones dinámicas y de condiciones de

historicidad de la ciencia en la que se inscribe esta propuesta dirigida al estudio de la formación de conocimientos geográficos y de las imágenes geográficas que organizan un sentido y significación del espacio. También, al poder de la imaginación que se expresa en un primer momento como metáfora de anticipación al trabajo de la ciencia.

Desde los tiempos de Heráclito de Éfeso, la representación fluctuante del conocimiento ha sido un río. Este pensamiento se opone al universo estático, inmóvil, homogéneo, imaginado por Parménides. El río como expresión del movimiento que se reparte en mil brazos es en principio metáfora que enlaza el signo con la representación que lo traduce en una imagen de lo fluctuante. Ya Élisée Reclus, en *El Arroyo*, recreó, en cierto modo, el estudio de un fenómeno físico. Su historia geográfica expresaba el circuito de las aguas que fluían sobre el espacio en un juego constante que desafiaba toda regularidad (Reclus, (1912 [1869]: 102). Los desplazamientos complejos del arroyo culminaban en el océano y suponían, para la imagen del movimiento natural que proponía Reclus, la idea de una totalidad sintética cuya verdad estaba en la naturaleza y en las relaciones que el hombre establecía con ella; juego de imágenes y realidades físicas que el saber debía atender pues, “Este gran circuito de las aguas ¿no es la imagen de toda la vida? (*Ibidem*: 212).

Imaginado como metáfora del conocimiento, el río y sus despliegues previstos e imprevistos, es conexión entre el fenómeno físico de las aguas, materialidad externa y, la incesante producción de saberes y sentimientos que lo explican y se articulan en interacción con ese cuerpo como si visualizáramos el proceso con una vista cuyo panorama es el de una cuenca hidrográfica alimentada por múltiples afluentes.

Los cambios suscitados de estas interacciones son expresión de la dialéctica (pensamiento-naturaleza, saber geográfico-espacio geográfico, cuerpo y geografía, materia e imaginación) concebida como campo relacional, en el que sujetos y objetos aun siendo diferentes, forman parte de un todo que se va tejiendo, cuya explicación sintética, nunca como señalaba Lefebvre es definitiva (1970: 55, 76). El río y su disposición sistémica en una configuración de cuenca, se presenta de manera irregular y con fricciones que pueden tomar direcciones diferentes. De este modo el conocimiento sometido a procesos de invención e imaginación, de correcciones, explicaciones e interpretaciones, se abre pluralmente a las posibilidades que surgen de toda experiencia en el espacio/tiempo.

La condición metafórica del río muestra cómo apreció el historiador de la ciencia, A. Koyré, la existencia no de un solo desplazamiento lineal, sino de muchos y variados cursos según las disposiciones de cada ciencia. Sin embargo, el problema radica en “proseguir todos estos caminos en su realidad concreta [...] escribir historias de las ciencias antes de poder

escribir la historia de la ciencia en la que estas vendrán a fundirse como los afluentes de un río se funden en este” (Koyré, 1977:386). En resumen, el estudio particular de una ciencia no excluye su encuentro dentro de un campo mayor, el de la ciencia y la filosofía en relación con la sociedad y con la naturaleza en las cuales, la relación entre unicidad y pluralidad toma un sentido de escala más amplio. Señala la búsqueda de una interacción entre una gran historia de la ciencia y una serie de historias afluentes (las disciplinas). La geografía es uno de esos afluentes cuya relevancia da cuenta del juego de escalas espaciales en las que se mueve el conocimiento.

Junto a la metáfora del conocimiento como un río o como un sendero, un método (*méthodos*, camino) se agrega al borde como una representación de un margen alejado del centro en el cual se pone en contacto el límite de lo conocido y practicado con un espacio que se intuye fuera de él, del cual no se conoce nada – pese a que la imaginación, el deseo y la curiosidad lo anticipe-, y que se desea practicar. La situación de borde marca un punto de contacto y tensiones entre las certezas e incertidumbres; abre un espacio para la emergencia de lo imprevisto y establece una relación de orden práctico.

El borde desplaza el problema del conocimiento a una situación de carácter abierto o poroso entre dos espacios, el conocido y el que refiere a un ámbito de lo posible en función de las nuevas experiencias que comienzan a abrirse e imaginarse. Esta disposición del pensamiento y trabajo que lo habilita, desplaza a una situación liminal la relación del sujeto con el mundo de los objetos. La expresión resultante de esta interacción muestra una tensión que contiene a su vez a la tradición y a las nuevas expectativas, como también supone una apertura a las contingencias y giros. Estas consideraciones autorizan una historia que fija su atención en el borde de la producción de saberes, en una frontera en la cual el intercambio es condición de emergencia del trabajo de inteligibilidad que esta diferencia requiere para ser comprensible.

Una teoría del conocimiento que pregunta por la fundamentación de la ciencia como ámbito de saber y por su proceso de movilidad histórica, no puede situarse solamente en una simple descripción de los fenómenos, sino que explica el momento de su producción, idea que Serres coloca en los bordes del encuentro entre lo nuevo y la tradición, entre el objeto de estudio y su sujeto.

El viejo problema de las condiciones y los límites del conocimiento no debe ya tratarse en lo objetivo puro y simple o en lo trascendental del sujeto, sino en los bordes fluctuantes del orden y del desorden; donde siempre está puesto entre paréntesis el borde común al sujeto y al objeto. Lo nuevo arropa a lo viejo. (Serres, 1991: 56)

En este sentido, el ejercicio de la crítica que proponemos se desplaza del centro dogmático de saber y de su zona de confort hacia espacios periféricos, mostrando la relevancia de las relaciones, aunque sin negar las tensiones entre subalternidad y hegemonía³. De este modo, es posible guardar una distancia con respecto a la institucionalización y a su estructura aparentemente inamovible y unívoca vinculada a una perspectiva lineal y evolutiva sin los sobresaltos de la dialéctica.

Lo fluctuante del conocimiento acontece en el borde que propicia su carácter inestable. El espacio se convierte en dimensión privilegiada de la experiencia del conocimiento, de allí que el desarrollo reflexivo del giro espacial en la comprensión de las prácticas científicas (Shapin y Ophir, 1991; Warf y Santa Arias, Edited, 2009) abra horizontes más complejos para la explicación e interpretación de las prácticas de saber. En palabras de Serres, “La crítica es efectivamente una ciencia de los bordes” (1991: 58). Una idea que por cierto tenía su genealogía en el campo de la geografía. La idea de que la ciencia se movía en los confines o en los bordes disciplinarios flotaba en el ambiente de los geógrafos, J. Constantin (1898), y J. Brunhes (1955 [1910]) lo habían apreciado claramente⁴. Más recientemente, los trabajos de reflexión sobre el problema de situar y localizar geográficamente el pensamiento en términos de producción, lectura o recepción ligadas a los espacios en sentido amplio de una vasta red de saberes e intercambios pueden rastrearse en Latour (1992); Livingstone (2002; 2004); Bleichmar (2008); Howlet y Morgan (2011).

Así, el tránsito de lo simple a lo complejo, el incremento de conocimientos, el ensayo y error, las tensiones entre lo nuevo y lo viejo referidas al borde como una parte de la

³ En este sentido es importante resaltar el debate que se viene dando sobre el valor de la ciencia americana y la revisión de los prejuicios y supuestos que una visión hegemónica de la ciencia produjo y que autorizaron un dominio del decir y el hacer sobre América como un espacio de saber solo dependiente de los centros de saber europeos o de una concepción a-espacial, siendo que el espacio americano y los lugares fueron determinantes de la experiencia primaria o fundacional de los saberes científicos. De este esfuerzo se puede destacar el trabajo de Fernando Coronil Hartman, “Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories” (1996), y el impulso crítico que la revista Quipu y sus cuadernos han realizado dentro de un proyecto impulsado por Saldaña desde el número inicial de Quipu, *El perfil de la ciencia en América* (1986), un texto que reúne una labor que se inscribe en un contexto de crítica que cuestiona un tipo de relación vectorial cuyo sistema de referencia se limita a una linealidad de Europa-Periferias (América, Asia y África). Dentro de este campo crítico se pueden resaltar el trabajo de González-Stephan y García Canclini; comp. (1996) junto al de Walter Mignolo (2003) que abren una situación nueva para la crítica de la construcción de conocimientos en la tensión centro-periferia dándole un lugar importante al enfoque espacial sobre todo en función de las categorías de territorio y los lenguajes del poder.

⁴ Joan Vilá Valentí hace referencia a estas apreciaciones en el punto dedicado a las ciencias afines o auxiliares en su canónico trabajo *Introducción al estudio teórico de la geografía* (1983:218). Por otro lado, es de resaltar, que Constantin venía de las ciencias biológicas, en especial la geografía botánica, y Brunhes quién había acuñado el término de geografía humana había resaltado el papel activo del hombre en los “horizontes de elección” de la tierra que se disponían para su interpretación, ocupación y uso, así como mostraban, el poder del lugar en la configuración de nuevos desafíos a la ciencia. Hemos revisado las versiones originales.

dimensión espacial; dan como resultado nuevas concepciones de la ciencia, la cultura y las relaciones con el entorno que le proporcionan contenido tanto en el campo de las ideas, como en el campo concreto de la experiencia material del mundo. Mediados todos estos por un tercer espacio donde la imaginación actúa como un dispositivo clave para la comprensión y explicación de la potencia y de la acción del hombre en el espacio⁵.

La preocupación geográfica se inscribe en una orientación del pensamiento cuyas coordenadas son indefectiblemente las de espacio y tiempo. Ahora bien, las condiciones de historicidad (Hartog, 2007) y de geograficidad (Dardel, 1952) se organizan en varios planos que se derivan de un ejercicio de pensar en estas dos dimensiones que enlazan el discurso y la realidad formulando preguntas en el tejido de la temporalidad y la espacialidad; de percibir el medio y de explicar y producir imágenes ligadas al espacio. Estos son, el plano de la ciencia en tanto que campo de una teoría general o de rango medio, y el plano de la domiciliación concreta de algunos problemas de la ciencia en el campo de la geografía.

Al respecto David Livingstone en “The history of science and the history of geography: interactions and implications” (1984) al plantear la necesidad de restituir el pensamiento geográfico y sus tradiciones a sus condiciones de historicidad, impulsó un redireccionamiento de las relaciones entre historia de la ciencia e historia de la geografía. Dos campos que tradicionalmente habían construido sus marcos de estudio de forma refractaria. Para él, la historia de la geografía poseía una concepción historiográfica desfasada y en consecuencia desactualizada. Mientras que la historia de la ciencia tenía sobre sí el “pecado de omisión” de lo que la geografía hacía, dos barreras que según él, estaban cediendo al plantearse el problema del pensamiento y de las prácticas geográficas, en atención a los paradigmas Kuhnianos o a las implicaciones mutuas entre internalismo y externalismo. Y, en un segundo nivel más concreto, entre teoría científica, práctica social e intereses científicos, políticos y religiosos (Livingstone, 1984: 272-273; 292).

La relación entre la teoría de la ciencia y domiciliación con una disciplina específica permite situar un campo de sentido de la historia ligada a la construcción del espacio geográfico y de imágenes que le dan sentido en un proceso de operaciones prácticas. Las cuales transcurren en la experiencia del campo y en el trabajo de una escritura o formas de expresión del conocimiento geográfico; todo ello fundamentado en procesos de racionalización y de emoción ligada a la imaginación científica que prefigura o que se

⁵ Este es uno de los puntos de observación que nos ayudan a entender junto a la imaginación geográfica el doble acercamiento que proponemos en esta investigación y del cual hablaremos en el capítulo II.

desprende del proceso de investigación creadora (Holton, 1985; Wagensberg, 1990; cfr. Jean Paul Sartre 2006 [1936], 1948 [1940]).

Sin mayores pretensiones de exhaustividad y solo buscando orientar la teoría que permite construir un lugar de observación en esta investigación, la relación entre geografía e historia se desplaza a una posición de borde, marcando una distancia relativa con el problema del internalismo o externalismo de una ciencia como único fundamento de la constitución de una disciplina. Se trata pues de mover el problema de la ciencia a una interacción entre las prácticas espaciales y el trabajo de la escritura ligada a un estilo y a la imaginación geográfica. Se pone así en cuestión ciertos prejuicios que asumen la realidad histórica de la ciencia en términos de hechos y procesos causales sin atender al problema que la espacialización del saber y la experiencia espacial comportan en la interrogación constitutiva que se formula sobre un campo empírico atravesado por la imaginación geográfica y las experiencias del espacio y los lugares.

La condición de historicidad del conocimiento y la condición de geograficidad, definen claramente la referencia empírica sobre la que construimos interrogantes y reflexiones ligadas al conocimiento geográfico. En este caso, se intenta estudiar la producción de un conocimiento que pensamos tiene, en un modo particular de abordaje del espacio, su horizonte de expectativas.

La valoración de estas condiciones, permiten en un plano más directo comprender a la ciencia geográfica como ciencia de encrucijadas y síntesis de enfoques (Claval, 2010; 2011), metodológicamente heterogénea (George, 1973) y sometida a giros (Lindón y Hiernaux, 2010), o como campo de expansión históricamente situada (Livingstone, 1984; Barker, Gregory, 2010; Claval, 2013). Susceptible, en consecuencia, a las fuerzas de las turbulencias de un nada apacible campo de saberes que se enlaza con las dificultades locales y globales junto a la necesidad epistémica de la síntesis o unidad propia de la pregunta geográfica por la unidad sistémica. “Esta unidad [geográfica] puede buscarse en el modo de llevar el estudio de las relaciones: en tal caso se convierte en una filosofía de la naturaleza y del medio ocupado por el hombre (*oikumené*)...” (Ibídem: 7).

La ciencia transita entonces entre las prácticas situadas en los lugares, en el campo y las construcciones de sentido a través de un espacio que distingue, por un lado, el espacio empírico que se trata de explicar o conocer y el espacio de constitución de un pensamiento geográfico que habla de las formas cambiantes de relación entre la naturaleza y la cultura, entre el hombre y la Tierra. Tal pretensión se mueve entre un campo normativo de la producción de conocimientos que se vuelven canónicos, estructurando así una visión del

mundo y la bifurcación del saber en los procesos “evolutivos” o de emergencia. Todo ello se traduce en cambios cualitativos y de expansión del campo a estudiar, dinamizando como un río, el flujo de nuevos modos de conocer el espacio geográfico que apela a las otras voces que lo dotan de significados y sentidos. De allí que, el espacio que practicamos es para introducir una nota borgiana, “El otro, el mismo”, el de lo conocido que se reproduce, y el de lo no conocido que se abre a la distinción y la diferencia.

En consecuencia, la reflexión que se expone a continuación tiene como fin orientar el proyecto y dejar en claro su inscripción dentro de un campo de investigación al margen de los supuestos tradicionales de la ciencia. Se sitúa, sobre todo, en los procesos de construcción y producción de conocimientos. En un plano horizontal del saber, restituye el problema de la ciencia a los contextos en los cuales esta se produce; vale decir, a las condiciones de geograficidad e historicidad que gobiernan los desplazamientos de la observación y la experiencia espacial en el viaje, el trabajo de campo y sus lenguajes.

Considera así, los flujos vectoriales de diversas maneras de conocer y construir un saber del Orinoco en relación con movimientos conectados por escalas que terminan por producir una afectación entre centro y periferia, observados dentro de un juego de relaciones complejas constitutivas del sistema mundo. En tal relación, es posible observar el viaje inverso de la influencia periférica en la producción de conocimientos con sus consiguientes ampliaciones, emergencias y reducciones de la mirada y los objetos. Igualmente, remite a un presente desde el cual interrogamos a esos otros pasados que registraron observaciones de carácter geográfico y construyeron imágenes cambiantes y fluctuantes sobre un mismo espacio geográfico definido o articulado por el río Orinoco, tema de estudio en esta investigación

Toda esta problemática es difícil de representarla sin la ayuda de la condición metafórica del conocimiento. Ella permite, como aprecia Blumenberg (2003a y b), situar nuestra relación con lo real en términos de juegos de imágenes aglutinantes que no son ilusiones, sino expresión de un sentido de la realidad en la que va el hombre y la naturaleza guiados por una necesidad de conservación. El río y el borde contienen esa condición de posibilidad cuyo horizonte plantea no una metafísica, sino una perspectiva que orienta los procesos de producción y construcción de los conocimientos de un espacio geográfico y de los fenómenos que le dan una especial característica. Obviamente, se plantea una apertura hacia la hermenéutica del espacio pluridimensional. De allí que la polisemia a que remite se organice al menos bajo la condición de legibilidad que las metáforas proponen al cuestionar la univocidad del conocimiento y su despliegue lineal. Desde este punto de vista, la imagen

geográfica cosificada del conocimiento como expresión de un poder/saber asumido como dado, cede ante las interrogantes que la dimensión instituyente de las relaciones espaciales y sus posibilidades abren a la investigación de una geografía polifónica.

1.2. El trabajo del geógrafo. ¿Qué imagina, qué fabrica?

Comencemos por una afirmación: Lo que produce el geógrafo está mediado por un encuentro del sujeto en el espacio, por una producción de espacio, por un detenerse a observar los lugares, por una afección que deriva de ese encuentro. En otras palabras, y siguiendo a Tuan (2008 [1977]), por una experiencia del espacio y del lugar. Vale decir, por una interacción entre las condiciones materiales, físicas, y las condiciones que el ejercicio de la cultura no material (campo de la imaginación y de lo imaginario) y las relaciones objetivas y subjetivas, proponen en un vasto tejido de representaciones y percepciones.

En consecuencia, el ejercicio de la producción y/o construcción de conocimientos geográficos se abre a la experiencia. Es decir, a un proceso de contacto del hombre con el espacio y a las traducciones, explicaciones y producciones de sentido que se encuentran en un nivel del conocimiento ligado a un desarrollo histórico vinculado a la ciencia emergente que, en un amplio periodo de su historia moderna, al menos entre los siglos XVIII y XIX, estuvo en cierto modo, indiferenciado y ligado a diversas prácticas y saberes⁶.

El trabajo del geógrafo se mueve en dos niveles, en la experiencia espacial y del lugar, lo que habitualmente llamamos campo; y el trabajo de traducción a un lenguaje que parte de la descripción y la explicación en atención a la insuficiencia que otras explicaciones han producido sobre el entorno. Las prescripciones de Koyré (2000 [1962]), Shapin y Ophir (1991), y Livingstone (2002, 2004) guían un planteamiento que gira en torno a una ciencia que espacializa el saber, y que se construye en relaciones de tipo espacial, principalmente en la relevancia de los lugares y de los fenómenos situados en el proceso de construcción, producción y/o difusión de los saberes.

⁶ Una de estas relaciones es la de ciencia y fe, otra la de ciencia y filosofía sobre todo en lo referente al lugar del hombre en el mundo. Varios trabajos paradigmáticos para solo referirnos en el campo de la historia de la geografía son los de Glacken, (1996 [1967]), Tuan, (1968), Livingstone (1984) y Capel (1985). Godlewska (1999) habla de la geografía que todavía no es, esto en términos de la institucionalización y su largo proceso de emergencia y consolidación que, en muchos lugares, estuvo inicialmente ligado a la formación de sociedades o formaba parte de discusiones entre las ciencias matemáticas o naturales hasta llegar a entrar en la institución universitaria.

Asociado a este proceso de producciones concretas, el problema de la construcción del espacio remite a otra experiencia del mismo y del lugar regido por la imaginación. Esta posee una fuerte carga de movilización como lo demostró en un trabajo fundacional J.K. Wright (1947); forma parte de la experiencia humana en el espacio D. Lowenthal (1961), y es condición de creación y conocimiento (Casey, 2000[1976]).

La producción de conocimiento geográfico está ligada a una serie de prácticas, las cuales no se limitan a cumplir una función solipsista de la ciencia en términos de conocimientos que se refieren a un ámbito epistémico gobernado por ejercicios de la razón, la técnica y la lógica científica unidimensional. El conocimiento al formar parte de los procesos de socialización, o al inevitablemente tomar sentido en el campo dialógico de una comunidad científica, establece relaciones de poder con las esferas políticas, económicas, culturales y sociales. Cumple en consecuencia otras funciones ligadas a la guerra, la invención, la ocupación y el control de territorios (Foucault, 1976; 2006; Lacoste, 1977; Claval, 1982; Anderson, 1993; Said, 1996; Ortega Valcárcel, 2000; Driver, 2001) o el de la construcción de valores del entorno (Tuan, 1990 [1974]). Estos saberes se organizan dentro de un campo que los valida a partir de ciertos paradigmas, métodos y conceptos, pero también en su despliegue histórico y en sus conexiones espaciales que abren a la imaginación geográfica un lugar que liga existencia material y pregunta por el sentido del lugar del hombre en el mundo o más acá, por el lugar concreto que hace posible las producciones humanas.

Ahora bien, la concepción de la imaginación no significa un ámbito de la abstracción o un ejercicio de la fantasía. Visto en conjunto, los estudios sobre el papel de la imaginación han abierto un campo en el cual esta deja de ser concebida como una ficción o una parte falsa de las narrativas espaciales, para convertirse en un factor importante en la dotación de sentidos y significados que se construyen con respecto a los espacios y lugares propios o extraños. La percepción y el discurso espacial construyen imágenes a través de las cuales una sociedad se orienta en el espacio. Pensamientos, creencias, representaciones, organizan un complejo particular de saber-poder (Gregory, 2008) y de opinión que gobierna desde un punto de vista cualitativo – pero con incidencia e interacción material- ese espacio geográfico⁷. La imaginación geográfica es para Gregory, “Una sensibilidad hacia el significado de lugar y espacio, el paisaje y la naturaleza con implicaciones en la constitución y la conducción de la

⁷ Esta relación con la materia amplía el proceso de la formación de imágenes más allá de las consideraciones de que la imaginación es solamente "capacidad de formar imágenes mentales, especialmente de las cosas de las que no se ha sido directamente testigo o que no han sido experimentadas" (Cosgrove, 2008: 8). Aunque en otros trabajos, este geógrafo expondrá la tesis de la incidencia de la imaginación en los cambios materiales del valor de un lugar o de un paisaje (Cosgrove, 1994, 2006). La imaginación en tanto que facultad de la mente no está separada taxativamente del mundo de los objetos y de las cosas.

vida en la Tierra” (Gregory, 2009: 283). Una definición más permite enmarcar el campo de esta investigación. En tal aspecto, Gilley señala las interacciones entre pensamiento y espacio, este último considerado en su multidimensionalidad.

La imaginación geográfica es una manera de pensar acerca del mundo que tiene en cuenta la importancia relativa de los lugares y las relaciones entre "nuestros" lugares y “otros” lugares. El término abarca una variedad de significados, incluyendo las imágenes mentales e individuales, y los discursos socialmente producidos sobre las culturas, espacios y diferencias. Cómo las personas ven el mundo, y cómo están influenciadas por muchos factores, incluyendo la clase social, la educación y filosofías personales y políticas, así como los momentos particulares de la historia en que las personas viven, y que juegan un papel importante en la forma en que ven el mundo que les rodea (J. Gilley, 2010: 1221).

La imaginación geográfica, es un producto cultural hecho a partir de relaciones espaciales cuya función es dar coherencia a un mundo en apariencia fragmentado. Pero también, y allí radica la paradoja como concepto complejo, de recortarlo o de ampliarlo en función de los filtros y pulsiones que la propia cultura habilita. El esfuerzo por conectar las cosas depende del sistema cultural que lo organiza en una serie de perspectivas que las imágenes autorizan.

En ciertas épocas, como aprecia Dardel (1952) la geografía ha transitado desde las geografías míticas pasando por la geografía heroica y de campo hasta llegar a una geografía científica. Sin entrar en una explicación de mayor detalle, esta investigación considera las fases de la geografía heroica y de campo junto a la científica como un periodo clave, pues la geografía que contemplamos en este estudio se despliega en un abordaje cronológico cuya delimitación va de 1799 a 1951. Periodo de larga duración que se inscribe en el juego de las interacciones que la exploración, el descubrimiento, y el reconocimiento del espacio geográfico imponía en el proceso de construir una imagen del mundo que respondiese a las relaciones y a una conciencia del hombre y la Tierra. De modo que la historia del pensamiento geográfico no se reduce solo a la institucionalización, pues una historia de las prácticas permite restituir la historia de la geografía a sus condiciones de posibilidad y de divergencias. Al respecto, Claval señala que junto a la enseñanza geográfica como nicho de profesionalización están las prácticas que la han constituido. Estas envuelven una referencia al campo en donde transcurre el viaje, la recolección de datos, el trabajo cartográfico y el pensamiento (teorías) que asisten lógicamente y experiencialmente, todo el conjunto que pregunta por el espacio. Todo ello sin excluir otras formas de conocer el espacio geográfico (Claval, 2010). No obstante, si delimitamos la distinción del pensamiento geográfico como campo

ordenado de descripción y explicación, Claval propone tres aspectos indispensables para el estudio de la historia de la geografía.

La geografía es conocimiento del Globo y su historia comprende la de las grandes exploraciones. Este conocimiento de la Tierra únicamente es eficaz si se pueden representar los descubrimientos, lo que explica la importancia atribuida a la evolución de la cartografía. Finalmente, la historia de la geografía desemboca en la historia del pensamiento geográfico (Claval, 1974: 15).

En tal sentido, la geografía de la curiosidad, del descubrimiento y surgimiento de una noción sobre ciertos objetos espaciales; expresa el proceso de la experiencia del espacio y de la emergencia de modos de dar sentido, mediados por la imaginación geográfica que afecta las dos grandes vertientes del pensamiento geográfico: la física pues transcurre en relación con la Tierra, y la humana que han definido sendos campos de trabajo. En una perspectiva de síntesis estas vertientes pueden ligarse a un tercer espacio.

Así pues, E. Soja (1997) señalaba al adelantar una provocadora reflexión sobre la geografía humana que la imaginación, como parte del espacio vivido, junto al espacio percibido (material) y el concebido (mental), configuraban la dialéctica de la espacialidad que se interceptaba a su vez con la dialéctica del ser (espacialidad, socialidad e historicidad). Este esquema complejo de interacciones y simultaneidades se resolvería para Soja, en un tercer espacio que no admite una disposición binaria o dual entre imaginación y materia, sino que funda un espacio en el que se articulan y se disponen dialécticamente las voces, lo vivido en términos espacio/temporales y la materia estructurada en una totalidad. No obstante, la realidad del tercer espacio, como cualquier conjunto o sistema, muestra elementos en interacción. En ellos se observa una distinción, pero impera una visión amplia que liga la articulación entre los campos de lo material y lo no material, bases del sentido que toma el espacio como dimensión abierta a posibilidades diferentes.

En este orden de ideas, el trabajo del geógrafo y de otros actores que producen un conocimiento o unas observaciones que se pueden considerar geográficas, transitan cada una a su modo. De ellas se desprende un conocimiento que orienta nuestra percepción del mundo pero que toma características distintas según las prácticas de escritura que establecen condiciones de lo que se puede decir con respecto a un objeto observado o con respecto a una experiencia que se traduce en conocimiento.

La producción de conocimientos se traduce en textos geográficos, es decir, en obras, diccionarios, manuales, memorias, planos y mapas. De aquí se desprende otro campo que refiere al paisaje considerado en una doble condición: la material, objeto de preocupaciones de índole instrumental, y la simbólica gobernada por modelados culturales que contienen

valores simbólicos y estéticos que se encuentran contenidas en fotografías e iconografías. Estas no se restringen solamente a un abordaje de la interpretación del proceso de la imaginación geográfica, sino que también muestran relaciones objetivas que dan cuenta de las prácticas en el espacio que las hicieron posibles. Ambas esferas remiten a un ejercicio de imaginación que se contiene en la propia descripción que dibuja un horizonte de lo posible, tanto en términos de explotación, como en términos de goce estético con funciones claras en el disfrute de lo bello que pregunta inevitablemente por su conservación o su registro.

De esta forma, tenemos que la producción del geógrafo se inserta en una comunidad científica o interpretativa que hace posible la función del conocimiento en términos de lo que es posible comunicar y poner a circular. Pero también, condicionan el ejercicio de la imaginación al limitarla o al desbordarla a través de nuevos horizontes.

Estos actos de producción se condensan en lo que he llamado “operación geográfica”. Para ello, hemos partido de las tesis historiográficas de Michel de Certeau referidas a la “operación historiográfica” que sitúa los problemas en tres esferas: lo que fabrica, el objeto que trabaja y la producción de un conocimiento. La teoría y la práctica refieren en el modelo propuesto por De Certeau a la construcción de un lugar disciplinario. En este caso, la operación remite a un conjunto gobernado por las relaciones entre un lugar (medio u oficio), procedimientos de análisis que dan forma a una disciplina y la construcción de un texto (2006: 68).

Hemos desplazado el concepto de operación vinculado a la historia y a la cuestión geográfica concebida como un campo que enlaza el discurso de lo geográfico y la producción con una base empírica, el medio o entorno. La “operación geográfica” permite considerar un tipo de escritura que posee en sí misma un sentido vinculado a un campo de objetos que se va delimitando y le dan forma. Permite también considerar otros discursos que, sin tener un lugar de enunciación estrictamente geográfico, remiten a la geografía. En el caso que nos ocupa, la operación geográfica se inscribe en función de un objeto general, el espacio o la tierra y en función de categorías conexas. En tal sentido, los fenómenos físicos (ríos, montañas) y otros fenómenos como (climas, vientos y paisajes) junto a la idea de territorio; delimitan un campo de trabajo para la práctica de observación, recolección de datos, descripción de entornos y explicación del medio. En el siguiente apartado trataremos de naturalizar de forma más concreta la operación geográfica como un trabajo que envuelve al sujeto, a la sociedad y al entorno.

1.3 Operación geográfica y experiencia del espacio y el lugar. Prácticas, traducción y textos.

La geografía remite en un concepto básico, a una relación primaria del hombre con una superficie, con un espacio gobernado por necesidades materiales, relaciones de apropiación, dominio y control. En un segundo nivel no menos importante, remite a una relación de modos de conocer y de afecciones más amplias referidas a la acción fundante del hombre con la Tierra y con el Mundo, concebida esta como una relación de cosmovisión. Ambas relaciones con el espacio constituyen un campo que ha sido trabajado por la imaginación geográfica y una serie de operaciones ligadas a las maneras de dar sentido y significación al espacio.

Estas operaciones definen una práctica que nace de la experiencia espacial y de lugares, precisados por un movimiento del cuerpo y por la apertura relacional que produce la facultad de imaginar. El viaje y el trabajo de campo son en esencia movimientos del cuerpo y movimiento de los modos de conocer relativos a una práctica concreta en el cual todos los sentidos son puestos a prueba. Pero también hay un lugar en el que el cuerpo en contacto directo se sublima y es sustituido por una relación corporal indirecta que se dirime en los gabinetes de trabajo, en los espacios de las academias y en los textos espaciales.

La complejidad de una interrogante sobre la operación geográfica radica en esta doble condición de los lugares donde se concentra una actividad de la imaginación que remite a ciencia y a estética con funciones claras en la configuración del mundo y de los procesos de socialización y circulación de las ideas, las descripciones y las imágenes.

Pensando en esto, nos detendremos en dos apreciaciones que ayudan a sostener lo señalado. La primera, remite a la concepción del espacio y el lugar como ámbito de una experiencia humana. La segunda, remite a pluridimensionalidad de los otros lugares en donde el conocimiento es sometido a un trabajo que establece múltiples relaciones con el espacio y con la vida.

El primer punto, remite a una experiencia del espacio y el lugar, al respecto Tuan ha señalado que el hombre mantiene con su entorno correlaciones significativas. El movimiento vectorial que va del hombre al entorno está gobernado por el concepto de experiencia, para Tuan, “La experiencia es un término que incluye diferentes formas a través de las cuales las personas conocen y construyen la realidad. Estas formas varían desde los sentidos más directos y pasivos como el olfato, paladar y tacto, hasta la percepción visual activa y la manera indirecta de simbolización” (Tuan, (2008 [1977]: 8).

La experiencia no juega un papel solamente reactivo frente a un conjunto de fenómenos u objetos físicos o entorno con el cual establece un contacto o transcurre su vida y sus desplazamientos. Jugando así un papel activo que tiene su esencia en el movimiento doble del cuerpo y de la mente, como señala Tuan, “El espacio es experimentado directamente cuando hay un lugar para moverse” (Ibídem: 12), mientras que el lugar, remite a una fijación, a un anclaje que orienta la memoria del sitio y lo resignifica como experiencia de vida sobre las que se tejen afecciones.

En el plano de la ciencia, la cuestión funciona en la conversión de un espacio y un lugar en las dimensiones privilegiadas para el ejercicio de una observación y de una escritura, de una especie de laboratorio natural que se abre a modos de experiencia.

La experiencia del lugar describe, ordena y explica. En ese acto de experiencia, cuyo vehículo constituye lo percibido y su conversión en las palabras, las cosas adquieren identidad, tesitura, matiz. Se diferencian en el dominio del ver que se ajusta a lo conocido y el ver que interroga por el caos y se ajusta a lo nuevo; repetición y diferencia constituyen nuestros modos de observar, de traducir y explicar. Esta dimensión dual con respecto al espacio afirma o desestabiliza la gramática y el discurso (Cuevas, 2012:96)

Por otro lado, y como complemento de estas secuencias del proceso de operación geográfica, David N. Livingstone (2002) propone una sugestiva perspectiva para localizar los saberes en sus respectivos espacios. El enunciado, “Making: place of production” (2002: 13-25) elaborado por este geógrafo, invita a situar el proceso de acción humana en la concreción de los espacios que son los lugares. En este sentido, los lugares en los que transcurre la producción de conocimiento no son un factor estático, sino por el contrario, constitutivo de la propia práctica de hacer “pensamiento”. En él operan distintas prácticas de racionalidad. Según Livingstone, “Todo esto implica que uno puede hablar coherentemente de la espacialización (spatialising) de la epistemología” (Livingstone, 2002: 25), es decir, que el conocimiento posee un lugar desde el cual construye sus experiencias y dominios y que no puede obviarse. Una situación que según Pimentel (2003: 16) ayuda a entender que historiadores y científicos “no hablan (sólo) de cosas, sino más bien y fundamentalmente desde ellas, a su través, en su lugar”

Siguiendo el esquema de Livingstone, estos espacios también operativos serían: el *espacio de manipulación*, concebido como el laboratorio en el que transcurre la intervención experimental de manipular el orden natural a través de la búsqueda de una visión objetiva. Este lugar poseería una importancia epistémica que se conecta luego con el espacio público en el que adquiere su *estatus* (2002:17). *El espacio de expedición* (2002:18-19), que refiere a la

producción de conocimiento en el campo. Los lugares en el que transcurre el viaje y la observación, en especial la geográfica, adquirirían un sitio privilegiado a la hora de preguntar por el factor físico en la propia constitución de los saberes. *El espacio de presentación* remite a aquellos lugares donde se disponen las colecciones que han sido arregladas y clasificadas para los espectadores, este establece relaciones espaciales entre el nodo y sus periferias (2002: 20-22) y finalmente, vendrían *los espacios de circulación*, referidos a sitios de producción de conocimiento y su relación con los flujos de información. Su presentación como un circuito permite observar los intercambios que se dan entre centro y periferia, una relación entre la colección de información y su reorganización mediante la imagen global de visión científica constituyente del conocimiento (2002:23-25).

En este sentido, si preguntamos por la naturaleza del conocimiento geográfico como *episteme* y *praxis*, Livingstone aprecia sin duda alguna que “la práctica geográfica es una *performance* localizada” (2002: 40)⁸

En un plano de mayor concreción, la producción de un conocimiento geográfico es el resultado de un contacto con un referente que existe o adquiere existencia, y que siendo entorno es percibido y practicado, pero también, se asocia con un acto de imaginación que lo estiliza y lo modela en un campo del lenguaje que lo hace posible de diversas formas, entre ellas, las referentes al orden de las cualidades, de lo simbólico y lo metafórico organizadas por el lenguaje que surge y refiere a espacios y lugares (Tuan, 1991). En este sentido, la traducción de lo experimentado y observado a un sistema de signos, a un lenguaje es clave, ella cumple un proceso de relación entre el mundo de los objetos y el mundo de la escritura o el lenguaje en el que esos objetos toman valor, es decir, significan y adquieren un sentido cuya paradoja implica una superación de lo mimético conteniéndolo.

La aspiración de dar un conocimiento especular puede llegar a mostrar imágenes de la memoria de un lugar, pero no explican los actos de producción y construcción ligados a procesos de imaginación, observación, explicación e interpretación. La conformación de un tercer espacio se explica en la condición de los intercambios e interacciones en el que materia e imaginación como observó muy bien Soja, son parte constitutiva de un todo que construye una tercera forma de espacialidad, un tercer espacio en el que se mueve el trabajo del geógrafo y las operaciones diversas que la práctica autoriza dentro de panorámicas muy amplias de los acores de la operación geográfica.

⁸ Una idea que nos conecta con las tesis que ya de Certeau (1996), Tuan (2008), Creswell y Merriman (2011), expresaban sobre el papel del cuerpo en la construcción del espacio como un producto del recorrido.

La traducción de la experiencia espacial y de las observaciones en campo y en las líneas de la espacialización del saber, se concreta en un texto (tejido de significaciones). Este texto también se domicilia singularmente en torno a un problema, el espacio geográfico. Esa singularidad no remite en modo alguno a una supresión de relaciones, sino a una reconfiguración de las relaciones multifactoriales que gobiernan la realidad. La singularidad radica en que el tejido de relaciones refiere al espacio entendido como el ámbito de ejercicio de un conocimiento y el espacio entendido como producto de una serie de operaciones que le dan un *estatus* de objeto en términos de la apertura de preguntas, los límites de lo abordable y sus posibles explicaciones, pero también en las contingencias que en el decurso de la historia producen cambios o rupturas en las valoraciones del lugar, espacio y construcción de imágenes.

La relación ciencia-sociedad, vista como un proceso de comunicación con ciertas condiciones entre productor y lector, implica preguntar por lo que se espera acerca de un texto y de una idea que se considera científica. En tal sentido, Nicolás-Obadia propone una serie de valores comunes tales como la verificabilidad, la referencia al hecho real que se disponen alrededor de normas explícitas e implícitas, cambiantes según el contexto histórico que las define. “Una obra científica debe, por lo tanto, contener un discurso racional universalmente comunicable y verificable, siendo la universalidad y la verificabilidad los valores propios de este discurso” (1991:12).

Sin embargo, la estructuración del todo y sus partes implica para la geografía una serie de problemas. Nicolás-Obadia las llama contradicciones dialécticas y las reduce a tres formas básicas: la primera es la contradicción entre dos racionalidades, “la racionalidad discursiva (pregonada) de su discurso relativo a la superficie de la Tierra y la racionalidad intuitiva de los espacios terrestres con ayuda del mecanismo todo-partes”; la segunda forma dialéctica, estaría entre “la obligación de reflexionar racionalmente para comunicar conscientemente y, la necesidad de colocarse en resonancia afectiva para corresponder inconscientemente con y acerca del objeto de investigación, las partes diferenciadas del todo terrestre”; la última forma, se referiría a “...el deseo de asegurarse el control efectivo del espacio vivido y la ilusión de conseguirlo con ayuda de un discurso sincrético-literario o analítico-teórico planteado como normativo” (1991:293). Estas formas marcarían los caminos entre arte y tecnologías, lo humano y la naturaleza y la exigencia de la racionalidad y normatividad científica con relación a una sociedad que demanda soluciones concretas⁹. De modo que el objeto

⁹ Sobre este campo, se mueve el nuevo realismo, que, a la vez de relativizar las cosas, no renuncia al debate sobre la verdad y la objetividad como partes de la realidad, y reflexiona sobre las consecuencias concretas de

geográfico ha sido el resultado de un trabajo que ligado al referente y a las observaciones y explicaciones de ese referente, también supone la construcción de un sentido relacional del mundo y la vida, está claro el doble sentido de existencia de la tierra y de los hombres.

¿Cómo se ha construido un objeto de estudio?, o como dice Shapin, ¿cómo se ha construido su límite, su dominio interpretativo y explicativo sobre la realidad?, impulsa la pregunta por su condición de historicidad en la que subyace el movimiento dialéctico que observa las ganancias y pérdidas obtenidas en la experiencia histórica de cada disciplina. Este es un balance que conduce a una pregunta por el sentido de la historia según apreciaba Blumenberg (2003b:113) con relación a los futuros ya transcurridos que abren las expectativas situadas históricamente. Esta diversidad de la ciencia se comprende mejor al domiciliar las narrativas históricas en los desarrollos disciplinarios. Sí atendemos el enfoque “naturalista” que propone Guilaumin, por ejemplo, al naturalizar la filosofía en la biología, en la historia de la ciencia, etc. se contaría con bases empíricas concretas que controlarían las especulaciones dentro de un marco referencial (Guilaumin, 2005: 236). A partir de la domiciliación o naturalización concreta de la relación teoría práctica, escritura, podemos plantear mejor la relación entre geografía e historia de la ciencia en función de la evidencia que presentan y con la que sostienen sus planteamientos y explicaciones¹⁰ cuyas normativas, se proyectan en la larga duración pero no son eternas, pues están sometidas a la contingencia de la historia¹¹ y al proceso dialéctico del conocimiento que es inexplicable sin ellas y sin sus contextos en los que transcurre el trabajo del geógrafo en dos tiempos complejos: el de la experiencia en campo de una producción de conocimientos, y el de la escritura de ese proceso en los marcos de una nueva forma de estudiar la historia de la geografía en tanto que producción científica imaginada, construida y producida.

Finalmente, enfocar una historia de la ciencia hacia problemas con filiación espacial como territorio, paisaje, ambiente, entorno; conduce en especial a los planteamientos del conocimiento del espacio geográfico y pregunta por su saber científico. Un proceso que muestra una diversidad de maneras de construcción entre el espacio y el texto, entre la mirada del científico y el espacio geográfico, entre las interacciones surgidas al observar los

estas relaciones, en este sentido, es importante el debate iniciado por Maurizio Ferraris en el “Manifiesto por el Nuevo Realismo” (2012) cuyo desplazamiento al campo de los debates geográficos está por hacerse.

¹⁰ Vid Guilaumin, (2005: 244-245) sobre el papel de la evidencia y la explicación como paso previo al consenso y no en el sentido inverso que plantea la historiografía constructivista.

¹¹ Como aprecia Vicedo, “Nuestros valores epistémicos y nuestro entendimiento del mundo son el resultado de los hechos contingentes de la historia. Esto explica por qué la historia de la ciencia es pertinente para la filosofía de la ciencia. Después de todo, en la historia podemos encontrar razones que la lógica sola no puede mostrarnos” (Vicedo, 2005:234).

fenómenos naturales y el proceso de darles sentido y significado en función de prácticas científicas, literarias, políticas o estéticas. Todas y no solo la ciencia “pura”, como veremos en el próximo capítulo, forman un tejido complejo de saberes que es conveniente no dejar de lado pero que debe establecer la distinción de lo que se juegan en torno a la *doxa* o la *episteme*.

La dialéctica suscitada entre historiadores intelectuales y de prácticas científicas¹² nos conduce a la complementariedad e intercambio no artificial de estos ámbitos –sometidos a revisión crítica-, en los bordes disciplinarios. Campo que permite preguntar, como señala acertadamente D. N. Livingstone, (1984) por cuál concepto de historia toma para sí el dominio de un campo de la observación al interrogar la formación de tradiciones de pensamiento geográfico. Este punto es crucial tanto para entender la condición de historicidad de la ciencia en general como producción de conocimientos diferenciados de la *Doxa*, como también del campo específico de las disciplinas cuyos procesos continuos y discontinuos revelan unicidad y diversidad de varias tradiciones que emergen de nuevas preguntas realizadas en algunos casos sobre un mismo objeto.

De este modo, la historia que centra el tratamiento de nuestro objeto de estudio pregunta por las prácticas, entre ellas la del viaje, la observación y la escritura ligadas directamente con los cuatro espacios instituyentes del conocimiento que señaló Livingstone como ya hemos explicado. En este sentido, la operación geográfica implica la construcción de un lugar social vinculado a comunidades y a instituciones cuyo desarrollo se muestra en la larga duración y atraviesa varias etapas constitutivas. Implica también una construcción de una idea y de un sentido del espacio en los cuales se ha producido una nueva situación que transforma modos de percibir o conocer.

La historia también pregunta por los productos en los cuales los conocimientos se contienen. En el caso de la Geografía, la historia pregunta por las obras científicas y los diarios de viajes en los cuales se contienen imágenes verbalmente construidas, así como por el despliegue de descripciones y explicaciones. También, pregunta por la iconografía que da cuenta de las prácticas, vale decir por ilustraciones, alegorías geográficas, mapas, fotografías que cumplen una función de autoridad.

¹² Esta confrontación se ha dado entre concepciones positivas y negativas de las tradiciones heredadas del proyecto y contra el proyecto ilustrado (Christie, 2005), internalismo y externalismo (Shapin, 2005, Rachel Laudan, 2005; Suárez, 2005, Mikulinsky; 1989 [1977]), posmodernidad y modernidad (Cao, 1998; Harvey, 2008), realismo y antirealismo (Ferraris, 2012, Lyotard, 2004); ideas y prácticas (Larry Laudan, 2005); verdad inmóvil y verdad en movimiento (Lefebvre, 1970, Serres, 1991, Buttimer, 1983) o entre explicación lineal e interacción (Nickles, 2005) o finalmente como un producto con múltiples actores en una compleja relación espacial entre centros de cálculo y la experiencia científica en las periferias (Latour, 1992; Livingstone, 2002; y Bleichmar, 2008).

Así, todos ellos contienen un valor muy importante pues dan cuenta de los modos donde un campo de saber organiza sus objetos de trabajo. Para ilustrar nos referiremos solo a dos productos. Primeramente, al texto de geografía entendido como una escritura que empieza a delimitar el campo, remitiendo a obras científicas en las que se dirimen problemas referidos a la explicación de fenómenos geográficos y localización de problemas. Todos estos vinculados a un espacio global y a las diferencias internas que plantean el estudio de lugares y fenómenos físicos. En conjunto, la relación de las escalas muestra conexividad, pero también muestra las diferencias. Ambas relaciones de conexión y diferencia constituyen el problema de la unicidad y diversidad que traspasa la concepción de lo geográfico, un nudo cuyos enlaces siempre atraviesan al ejercicio de la ciencia geográfica.

El segundo producto lo constituye la iconografía integrada por ilustraciones, fotografías y mapas que cumplen una función de concreción de las prácticas en el espacio. Vale decir, la representación que se desprende de ellos o que las hace posible no puede explicarse sin la materia o el espacio físico que permite localizar los fenómenos. Su función de autoridad se funda en la cultura visual que sitúa al objeto o al observador del objeto en un campo de experiencia de lo real asociado a efectos de presencia y a concepciones estéticas de los lugares y los paisajes.

Más allá de su carácter instrumental, el mapa histórico y temático que resulta del estudio de rutas y seguimiento de los relatos de penetración en las fronteras, “dice”. El mapa cuenta a su vez una historia de los procesos de representación del mundo, lugares, fenómenos geográficos y humanos. Así, en conjunto, configuran un correlato de descripciones, narraciones y otros dispositivos culturales que se han tejido en el espacio. Conformando también un texto cuyo lenguaje es el de las imágenes que poseen una dimensión icónica y muestran una relación del cuerpo con el espacio que remite a lo visual. Pero, como señala Carla Lois (2009), es necesario interrogar eso que vemos en función de las prácticas sociales que constituyen los actos de construir y ver – más allá de ser “simples espejos”-. El mapa es un modelador de representaciones que guían los procesos de construcción territorial y los modos de relacionarse espacialmente por diversos actores e instituciones que tienen en los mapas sus referentes o que modelan sus conductas en función de estos. Una de ellas, según se propone en la investigación, implica la relación de las *terra incognitae* con la imaginación y el deseo, espacializados por ejemplo en la proyección de la fuente del Orinoco, el brazo del Casiquiare y otros fenómenos que estimularon la imaginación geográfica.

Es conveniente ajustarnos en esta propuesta de investigación a un concepto de cartografía. Perkins define la cartografía en una doble concepción: utilitaria y cargada de

teoría. Es decir, de ideas del mundo y como representación del mundo. La cartografía sería un conocimiento plagado de diferentes fuentes filosóficas constituidas con relación al espacio, “una manera de relacionar el mundo de afuera (*world outside*) con un lenguaje universal” (Perkins, 2009:385). Una definición de esta naturaleza permite observar los vínculos de significación y sentido que surgen entre los mapas y la realidad. Un poco más acá, entre los mapas y los individuos y sociedades.

Esta problemática toma mayor profundidad en el contexto de emergencia de la operación cartográfica, John. B. Harley introdujo en los estudios cartográficos, unas definiciones que apuntan a un giro en la concepción del mapa y en la comprensión de sus condiciones de historicidad. Para Harley, el mapa sería

Una construcción social del mundo expresada a través del medio de la cartografía”. Lejos de fungir como simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescubren el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales. Lo que leemos en un mapa está tan relacionado con un mundo social invisible y con la ideología como con fenómenos vistos y medidos en el paisaje. Los mapas siempre muestran más que la suma inalterada de un conjunto de técnicas. (2005 [1990]:61)

Preguntar por estas historias, no refiere solamente a los procesos internos de configuración técnica o cultura de cartógrafos a espaldas de otros procesos históricos. Como bien se sabe, los mapas – al menos aquellos ligados a los procesos de expansión-, siguieron las líneas del comercio y colonización.

Esto se observa, sobre todo, en aquellos mapas que fueron producto de sucesivas fases de expansión moderna en el mundo occidental. Los procesos de expansión impulsados por la modernidad capitalista provocaron, como es de suponer, una aceleración de producción de mapas; sobre todo, a partir de los descubrimientos geográficos que estimularon la expansión hacia los océanos Atlántico, Índico y Pacífico y los espacios continentales.

El vértigo que producía la cantidad de información proporcionada por los viajes causó un impacto que forzó a cambiar la mirada del planeta y sus escalas de medición y representación; creando a la vez condiciones de movilidad. El viaje, como dispositivo asociado al mapa, ocupaba una práctica clave, al decir de Ítalo Calvino, “El mapa geográfico, en suma, aunque estático, presupone una idea narrativa, es concebido en función de un itinerario, es Odisea” (2002: 30-32). En tal sentido, un lado de la elaboración del mapa se ajusta al ímpetu de la experiencia espacial vinculada a la geografía heroica y de descubrimientos.

Sin embargo, y vistos en conjunto, los mapas viejos y nuevos registran itinerarios, rutas, proyecciones, así como cambios; lo cual genera “cierta angustia” al investigador. (Schlögel, 2007: 85-91). Sobre todo, cuando en una revisión histórica, las fuentes muestran las cambiantes localizaciones y toponimias, la existencia de lugares maravillosos o la posición exacta de un fenómeno geográfico cuya investigación y descubrimiento expresó una movilidad cartográfica e innumerables desacuerdos.

Mapas y diarios de viaje, textos de ciencia e ilustraciones fueron creando los puentes necesarios para orientarse en un espacio geográfico cada vez más amplio y diverso. Pronto se convirtieron en artefactos para la toma de posesión o contacto con los otros espacios que iban apareciendo como signaturas o grafías. Estas acercaban las distancias en términos de un intento de visualización del mundo mediante escalas que reducían y hacían manejables los espacios geográficos. Junto a la aspiración de “pureza” científica, se dispone el campo de la cuestión ideológica que es un factor importante en elecciones cartográficas y en los sentidos que proponen, en lo que dicen y callan cuando utilizan lenguajes para comunicar (Schlögel, 2007: 99-110). Se abre así, una perspectiva territorial que es condicionada por “la nacionalización de la imagen del mapa” (*Ibidem*: 197) como un saber socialmente compartido en términos de un territorio sobre el que se ejerce control y un territorio sobre el que se construye una relación de pertenencia, cuestión que ha mostrado Susan Schulten (2001) y que Benedict Anderson (1993) ha observado, otorgándole a la cartografía, un papel importante en la imaginación construida colectivamente y al servicio de los proyectos nacionales e imperiales.

De tal modo, la calidad de los documentos cartográficos actúa como registro y dispositivo de las prácticas espaciales de conocimiento. El esfuerzo de traducción que los hace posible coloca al productor y al observador en procedimientos de diseño y representación, cuyos lenguajes abren diversos modos de lectura y orientación en un espacio que se mueve en una realidad material. Es decir, es traducción de lo visible pero también de lo imaginario que es expresión de valores y de emociones.

El documento cartográfico abre una dimensión de producción de conocimientos científicos que consolidan a la ciencia geográfica en función de los lugares, entre ellos, el río Orinoco. Pero su diseminación es más amplia, afecta otras relaciones sociales que autorizan más interrogantes. El tal sentido, es acertado lo que señala Carla Lois.

Los mapas pueden ser interpelados como parte de una cultura visual si sus formas visuales son recuperadas como algo más significativo que una “superficie gráfica” o, su contracara, la mera expresión de otros discursos que los atraviesan. Los mapas parecen animarse cuando sus formas y su “cuestión

visual” son reinstaladas en la red de instituciones, saberes, prácticas, tradiciones, políticas educativas, sentido común geográfico, sentimientos nacionales, estrategias geopolíticas que los hacen comprensibles para una sociedad (Lois, 2009: 26-27)

Distintos ángulos permiten ampliar el valor que los mapas históricos y temáticos poseen en la construcción de la imagen geográfica. Muestran así los procesos de operación geográfica en términos de producción de un artefacto que representa el espacio y constituye un campo para la operación geográfica, ligada a preguntar por el proceso de historicidad y de geograficidad de esas producciones. Entender estas vastas problemáticas que envuelven al trabajo del geógrafo, admite inscribir la investigación en estas condiciones, en un más acá de lo que se asume como dado. Supone entonces ubicarnos dentro del razonamiento dialéctico que tiene en el espacio su eje de organización. Ello permite situar los juegos de cambios alrededor de dos grandes problemas de enfoque no excluyentes:

A) El proceso de emergencia de un conocimiento que surge de la experiencia en el espacio y en los lugares practicados e imaginados

B) La traducción de esa experiencia a una cultura cuya relación puede observarse de dos formas: como pasado no cosificado que ayuda a entender su forma causal y, como la formación de las tradiciones e imágenes geográficas que organizan un momento de la relación con la Tierra y sus lugares. Esto en función de sus discontinuidades y rupturas que son producto de la contingencia o de lo intempestivo de la historia.

Así pues, las perspectivas desplazan las concepciones de la historia. Massimo Quaini, desde una perspectiva que él denominó de humanismo “subversivo”, lanzó en la década de los ochenta un texto provocador, *La construcción de la geografía humana* (1981). Su planteamiento partía del principio radical de no dar por supuesto los relatos que habían constituido una cierta manera de ver la historia de la disciplina geográfica y, en particular la geografía humana al margen de la historia cultural y de la ciencia. Quaini, en consecuencia, establecía dos consideraciones no excluyentes en referencia a la geografía humana, una en términos de “ciencia en construcción” centrada en problemas teóricos y metodológicos y otra, concebida como historia crítica hecha a partir de “una concepción de la historia de las formaciones culturales y científicas” (Quaini, 1981: 23, 27).

La concepción cultural deslizada a una “cultura geográfica” que envuelve prácticas concretas en relación con el espacio y a la mediación de la imaginación, ayuda a explicar los contextos de emergencia y desarrollo de la disciplina geográfica y su inserción como conocimiento en el vasto campo de la episteme y de sus sentidos socialmente constituidos. La

relación compleja que se deriva de este posicionamiento sitúa a un lado el modelo analítico de segmentación del estudio de la ciencia en partes que ya criticaba Quaini, y amplía las perspectivas que teóricos como Shapin (2005) y Livingstone (1990, 2002) enfocan en campos de interrelaciones, o mejor aún, como Steven Johnson ha denominado, “perspectivas de gran angular” (2010).

En esta disposición del conocimiento concurren múltiples factores para explicar un proceso de construcción no limitado solamente a aspectos de orden institucional, sino que pone el acento en el momento relacional del sujeto con el espacio y los lugares. Esta ampliación del abordaje abre el campo a otros factores. Anne Buttimer en *The Practice of Geography* (1983), integró otros niveles de reflexión para superar las falsas dicotomías entre la creatividad y el contexto, el pensamiento y práctica; cuestión que resolvía a través de una serie de problemas derivados de esta relación; significación-sentido, metáfora y medio, creando una triangulación que pregunta por las relaciones constitutivas del trabajo del geógrafo¹³

El giro espacio-cultural de la ciencia sobre el cual se apoya esta propuesta de borde y flujo, asume el carácter interdisciplinario y transdisciplinario que pregunta por la producción de conocimientos científicos y saberes geográficos. Y, del mismo modo incorpora el campo de las imágenes geográficas dándole un lugar privilegiado a la imaginación como un ejercicio operativo del conocimiento. Esto nos sitúa dentro de una encrucijada teórica, en el entendido de que la frontera del saber supone movilidad y construcción en un conocimiento que fluye como un río y cambia de curso en los bordes.

En esos flujos y bordes es precisamente donde constituimos nuestro punto de observación. Un campo, cuya riqueza de debates, desafía toda postura dogmática e impulsa a una reflexión sobre la propia disciplina renovada en el movimiento dialéctico que admite un acoplamiento entre historia, filosofía y ciencia con respecto a la comprensión de un proyecto de historia de la geografía. Este último se inscribe en la perspectiva de la modernidad/posmodernidad, concebidas dentro de un campo de extensiones lógicas e históricas de la crítica.

Inevitablemente polisémicas, estas relaciones constituyen a su vez campos de reflexión y de partida para la historia de la ciencia geográfica en un nuevo régimen de historicidad. El plano resultante, no exento de polémicas, nos habla del paso de una razón

¹³ Esta problemática es vuelta a retomar en el primer capítulo de su monumental *Geography and the Human Spirit* (1993).

científica que excluía otros modos de conocer, a una nueva actitud científica que comparte el campo de los saberes como un conocimiento de interacciones con muchos actores. Esta “vuelta de tuerca” epistémica es válida en un campo tan complejo como el estudio del espacio geográfico, en el que según proponemos, concurren una serie de miradas, prácticas y escrituras que tejen un inmenso “texto espacial” (Cuevas, 2012) que hace legible a la geografía.

La espacialización del conocimiento, invita a repensar la disciplina de la geografía desde la significación e importancia de los lugares en los que transcurre la formación del conocimiento geográfico.¹⁴ Una obviedad si entendemos que la geografía es, según sostenemos, una ciencia del espacio. Sin embargo, el retorno a la cuestión epistemológica del espacio y sus lugares en términos de una práctica o trabajo que se hace en y desde el espacio, invita precisamente a revisar esta categoría no sólo como una exterioridad física, sino operativamente como la construcción y producción de saberes-lugares en los que se delimita un dominio de una disciplina y sus sentidos a través de los cuales nos orientamos en el mundo y lo imaginamos.

Vistas a distancia y en conjunto, las posiciones aun siendo en algunos casos inconmensurables, son formas de conocer y producir espacialidades que revelan interacciones y movimientos dialécticos en el que se disputa un saber poder y una apropiación del espacio (Claval, 1982; Gregory, 2008; Foucault, 1976, 2009). Dispuestas en un campo de difícil estabilización, la búsqueda de la verdad y la explicación de lo real con pretensiones de universalidad, se mueven en procesos dinamizados por los flujos y las interacciones entre los centros de cálculo y las periferias en las que el conocimiento también se dinamiza, esto se traduce en aumentos de información y en incremento del trabajo correctivo, una labor que envuelve a múltiples actores (Latour, 1992), pero que también y he aquí una facultad y una dimensión como la de la imaginación, juega un papel activo en un plano de creación, de corporalidad y producción de lo geográfico en tanto que conocimiento con varias cargas semánticas como aprecian Casey (2000 [1976], Tuan (1989) y Gregory (1994). Cada una expresa los momentos de institución y construcción de estas formas de conocer en función del lugar geográfico y de sus formas de concebirlo, practicarlo y pensarlo.

Dado que el conocimiento científico es producido de manera diferente en distintos espacios, ya que se enfrenta de manera diferente en diferentes

¹⁴ En (Cuevas, 2012), se reflexiona sobre la relación del observador con el espacio en el que transcurre su experiencia, y la relación comunicación-espacio derivada de esta llamada texto espacial.

ámbitos, y porque emigra de un lugar a otro, es lógico pensar a las empresas científicas como geográficamente constituidas (Livingstone, 2004:140)

Bajo la condición de la diferencia que cuestiona lo normado por el centro, el estudio histórico de la geografía en el plano científico implicó un esfuerzo heterogéneo por convertir el espacio practicado y visto en un espacio de saber, en un campo sobre el cual producir explicaciones e interpretaciones. En cierto modo se produjo una construcción de inteligibilidad del espacio que llevó en sí misma la carga de dos tipos de prácticas: la del viaje, expedición o la exploración, y la práctica de un tipo de escritura y otras expresiones de un lenguaje donde el objeto geográfico y sus operaciones fu imaginado orientando al hombre en el mundo.

Finalmente, se fue constituyendo un objeto geográfico que se mueve en la diferencia del espacio y sus lugares, y en su apropiación instrumental, existencial y emotiva (Dardel, 1952, Lowenthal; 1961; Tuan, 2008 [1977], y Santos, 2000) cuyo punto de encuentro y emergencia acontece en el espacio y los lugares que se viven y en los que se da un trabajo.

La amplitud de estas prácticas articula el campo de la ciencia con el mundo y con los movimientos espaciales que dibujaron la trama de la tierra cuya amplitud y perspectiva de conocimiento, se contienen en las metáforas del flujo del río y del borde, movilizand la experiencia constitutiva de un tercer espacio que articula materia e imaginación como un campo de *poiesis*. Es decir, de creación en el ámbito de las relaciones del hombre con la pluridimensionalidad del espacio y con la metáfora del mundo y el cosmos que organiza la posibilidad de conocer, de hacer ciencia e imaginar y transformar dentro de los campos de sentido que la geografía posible produce.

CAPÍTULO II

Imaginación, cronotopías geográficas y altergeografías.

El entrecruce del viajero y el paisaje.

“Every image and idea about the world is compounded, then, of personal experience, learning, imagination, and memory. The place that we live in, those we visit and travel through, the world we read about and see in works of art, and the realms of imagination and fantasy each contribute to our images of nature and man”

David Lowenthal, “Geography, Experience and Imagination: Towards a Geographical Epistemology”, pp. 243-244

El río y el borde como se ha explicado en el capítulo anterior son metáforas de la movilidad del conocimiento y de la contingencia que desafía el mundo dado y conocido. Estas metáforas permiten inscribir la investigación en un esfuerzo por entender y comprender los procesos vinculados a la producción y construcción de campos de sentido representados en un espacio geográfico. Refiere a formas de organización del espacio y a las dinámicas que envuelve ese acto de organización. La metáfora que articula este estudio, no se limita a dar al lenguaje del espacio una figura literaria o ficcional separada de la condición material del mundo físico y de sus fenómenos geográficos. En tal sentido, es conveniente no olvidar que Anne Buttimer (1993) le ha dado a la misma una función fundamental para la comprensión del conocimiento geográfico. La metáfora condensa una serie de discursos en una imagen eje. Desde su imperfección, si bien aspira a lo absoluto, no puede escapar a la condición de finitud pues se renueva en cada giro histórico. Organiza el sentido de las relaciones del Hombre y la Tierra dándoles contenido sintético y abriendo un nuevo lugar para observar y explicar las interconexiones.

En un plano de interacción entre imaginación y materialidad, la condición metafórica del fenómeno fluvial convoca un gran texto espacial que es producto de una serie de relaciones hombre-medio. Aproximarse a estas interacciones y a sus productos y construcciones concebidas como texto espacial, es otro de los propósitos de este trabajo cuyo campo de preguntas podemos reducir del siguiente modo:

¿Qué sucede cuando preguntamos por el papel del espacio geográfico en los discursos que fundamentan no solo la ciencia vinculada a instituciones y normas, sino cuando remite a un contexto amplio que construye un sentido del espacio e imaginación geográfica polifónica? ¿Esta imaginación ya no dependiente de una disciplina sino diseminada en la sociedad en su

conjunto no se hace más abierta teniendo en el sujeto o en los individuos a su actor último? ¿La convocatoria de voces permite ampliar el rango y escala de la propia pregunta por la construcción del espacio geográfico? ¿Son las fronteras *episteme/doxa* un espacio de intercambio? Y finalmente, ¿Este campo no científico de la experiencia geográfica quedaría excluido de una historia de la geografía posible?

La imagen de un espacio geográfico no es inmutable, está gobernada por bifurcaciones. Esto en el entendido de que sobre un mismo espacio se tejen imágenes que construyen un valor sobre el espacio, dotando de sentido a su práctica y orientando los usos.

La imagen del río Orinoco y de los sucesivos tejidos de miradas, prácticas, escrituras y representaciones que lo constituyen en la experiencia del viaje, expresan sensibilidades y modos de percibir el entorno, pero también abren un campo a aquellos viajes ligados a un espacio de escritura que, sin apelar al desplazamiento físico, también organizaron vectorialmente una proyección imaginaria de esos otros espacios imprimiéndoles otro sentido. Esto sucede con ciertas literaturas e imágenes poéticas en las cuales la utopía, la memoria del lugar o las construcciones de identidad territorial se hacen presente.

En tal orden de ideas, se trata de someter a estudio los procesos fenoménicos de relación entre los videntes y lo objetos (Merleau Ponty, 1986 [1964]; 1994 [1954]), es decir, entre diversos actores o videntes tales como los viajeros, escritores de viaje, pintores y fotógrafo y su objeto (el paisaje, el entorno) o lo que es igual, de lo visible y lo legible en relación con el proceso de entrecruce con el mundo material referido al espacio geográfico del Orinoco. Estos procesos se fijan en textos que hemos denominados espaciales, los cuales como se verá más adelante, se relacionan al cronotopo (Bajtín, 1981) que es el ámbito narrativo que habilita una relación compleja de la representación con la materia.

Los desplazamientos en el espacio cuyos productos no se limitan solo al campo de la ciencia, muestran otras caras poliédricas de la realidad geográfica atravesada por el ejercicio de la imaginación situada que relaciona el espacio con el entorno practicado, y con el paisaje considerándolo, no como simple expresión que opone lo material y las representaciones, sino como un ejercicio de las relaciones estéticas y materiales que forman parte del tercer espacio en el cual el medio adquiere un sentido. El paisaje como inscripción concreta comporta dimensiones ligadas a lo paratáctico y a lo liminar (Turco, 2010). El conjunto de este complejo proceso también se explica en la condición de geograficidad y de historicidad. Bajo estas condiciones distintas voces tejen un texto sobre el espacio practicado e imaginado.

En tal orden de ideas, los actores de este proceso, sus descripciones, narraciones y observaciones, y sus productos en relación con una materialidad del entorno; configuran un campo que completa una visión íntegra de una historia geográfica posible. Esta no se limita solo al ámbito de la institucionalización de una ciencia, o al de estudiar las prácticas que han producido diferentes tipos de conocimiento relativamente objetivos, sino que contempla la

consideración de otras formas de hacer geografía y otros actores distintos al científico que también participan en el diseño de una imagen del mundo.

En consecuencia, nuestro propósito en este capítulo es mostrar la polifonía constitutiva de la imagen geográfica, campo privilegiado de observación de distintas operaciones que la traducción, descripción, explicación e interpretación de los fenómenos geográficos suscitan. La imaginación geográfica se abre a otros lugares de observación y de enunciación que también contribuyen a dar forma y contenido al espacio. Estableceremos entonces una distinción en tres aspectos que se desprenden del enunciado del capítulo:

A) Imaginación y cronotopía. Que remiten a una condición de explicación contenida en lo geográfico.

B) Las altergeografías. Esferas que ligamos al viaje y a la polifonía. El basamento concreto de estas categorías se vincula a la percepción del paisaje y las evidencias que dan cuenta del proceso, habilitando una hermenéutica del espacio que toma sentido en las condiciones de geograficidad e historicidad de un producto que centramos en una visión amplia del paisaje del Orinoco y su cuenca.

Y C) El Paisaje como campo de interacciones paratácticas y liminares.

Estos aspectos son concebidos como formas y partes del proceso de experimentar, ver, construir y producir la realidad. Esta distinción no implica suponer la existencia de opuestos irreconciliables, estos en el movimiento dialéctico que organiza los marcos de estudio de esta investigación, cobran, por el contrario, una dimensión de conjunto, una síntesis donde las interacciones producen imágenes que organizan las representaciones, los discursos y las prácticas sociales que se disputan la autoridad del saber sobre el espacio y los lugares de producción del conocimiento. Este por supuesto no está limitado a una sola voz (la de la disciplina normada por el lugar social de la ciencia), sino que remite a las experiencias de espacio que viven y construyen los sujetos; remite también, a considerar sus productos y formas de expresión que hablan de otra historia de la geografía que envuelve la emergencia de una cultura geográfica en la que el medio inspira formas narrativas que, a su vez en la interacción, lo modelan.

2.1. Imaginación geográfica y cronotopía geográfica. El viaje, dispositivo del movimiento y la escritura.

Junto al campo de los problemas generales del pensamiento científico, hay otra dimensión que queremos mostrar ligada a un ejercicio de la imaginación geográfica vinculada a otros géneros como el literario, el pictórico y el fotográfico. Históricamente situadas, las imágenes visuales y verbales que forman parte de la operación de imaginar giran en torno a

preguntas y percepciones suscitadas por los espacios y su naturaleza. A partir de aquí, se impulsan nuevas formas de orientarse y apropiarse de un espacio geográfico cada vez más amplio y diverso cuyo texto espacial es el producto de las prácticas del viaje y de prácticas operativas que organizan un cronotopo. Esto en el entendido de que la práctica de construir un sentido del espacio se liga íntimamente a una representación espacio/temporal relativa, a un mundo material y a un mundo de la imaginación dispuestos en un tercer espacio.

2.1.1. Imaginación y cronotopía geográfica

A) Imaginación e imaginario. Distinción, función y articulación de dos conceptos polémicos.

En un sentido y dentro del espíritu de orden de los conceptos, las categorías de imaginación e imaginario provenientes de tradiciones distintas como lo son la inglesa y la francesa connotan momentos diferentes de la relación del hombre con las imágenes ligadas a la construcción en un momento dado, y a la organización de algo que se comparte. No obstante, estas categorías podrían asociarse en tanto a la forma como se presentan las representaciones, a lo que connotan y a los referentes que designan.

Debarbieux (2015) al estudiar las semánticas de los lenguajes académicos de ingleses y franceses y la escisión epistemológica de los usos de los términos imaginación e imaginario, señala que la apuesta de los ingleses por la imaginación, termina por rendir cuenta a un intento por buscar la autonomía del individuo en su facultad de imaginar, mientras que del lado francés, que apuesta a lo imaginario, implica colocar la mirada o foco de atención en las bases inconscientes de esta actividad humana. Sin embargo, este geógrafo se decanta por un concepto de lo imaginario apoyándose en las tesis de Castoriadis, Taylor y Warner que intentan superar la escisión al articular lo imaginario y la imaginación (sobre este esfuerzo volveremos más adelante).

Debarbieux termina por señalar que lo imaginario social es un plan de esquemas de pensamiento y acción sociales compartidas en torno a un sentido de lo colectivo. Lo imaginario participa de la institución social y es cuadro que explica su funcionamiento, para este geógrafo, más que designar al imaginario como geográfico, prefiere hablar de otras cualidades y condiciones de lo imaginario vinculadas a una tipología de imaginarios del espacio, imaginario de la naturaleza, territorio, paisaje o tiempos, todo con la intención de "...decir que el espacio, la naturaleza, el territorio, el paisaje y los tiempos, son formas de objetivación que son parte de esta institucionalización social". La distinción opera entre un imaginario social cuyos campos de designación remiten a la sociedad el Estado y el grupo y,

estas tipologías que remiten al ámbito de lo concreto. La objetivación es entonces un proceso de constitución del sentido del objeto. Sin embargo, si bien, Debarbieux intenta superar las escisiones, no queda claro el lugar de la autonomía del individuo en su relación con los lugares.

Para entender esta problemática conviene observar la reflexión de Gregory, para él, “geographical imaginary”, implica una construcción “más o menos inconsciente o irreflexiva” referida a colectividades, pero también, liga al orden espacial con una serie de imaginaciones geográficas con funciones ligadas a las facultades de la mente (2009: 282)¹⁵. Sin embargo, para precisar someramente este debate, lo imaginario se concibe entonces como un campo de creación incesante, como *poiesis* (Castoriadis, 1983 y 1997). Este campo que hace posible las cosas, liga al concepto de imaginación considerada como facultad y acción de la mente. El mismo Castoriadis, establece una distinción relativa entre el imaginario concebido como campo y la imaginación “radical” concebida como una función que él atribuye al “alma” o al “cerebro” que “transforma en cualidad a la masa y a la energía”.

Sin entrar en polémicas sobre la distinción o interacción entre imaginación e imaginario, la facultad imaginante se juega en dos sentidos claves, por un lado como autonomía sensitiva del desplazamiento físico del individuo y la traducción de su emoción, por otra como un lenguaje que se organiza en un imaginario cuya condición cultural y social es innegable pues el sujeto se forma en ella pero también y gracias a ella, puede convertir el legado y la forma de representación aceptada en condición para una negación crítica de las condiciones imperantes o de los prejuicios, algo que solemos ver por ejemplo en las utopías. Pero también y en esto nos auxilia Humboldt, hace pensable la relación del conocimiento en un momento de la experiencia del espacio y de los lugares. Estos en relación con el hombre, son en definitiva los que autorizan a hablar del *Cosmos*, de la “Descripción física del mundo”. Humboldt, concibe el trabajo de la ciencia como un esfuerzo constantemente renovado por la formación y profundidad del pensamiento, del sentimiento y de la “imaginación creadora”. Para él, “el rigor de la ciencia” no estaba reñido con el “soplo vivificador de la imaginación” (1944[1848-1858]), 13-14). Aquí la imaginación cumplía un trabajo de transportar un efecto de la naturaleza y un modo de conocer una relación con el vasto conjunto del Cosmos.

En esta perspectiva, el imaginario geográfico podría considerarse como un campo en el cual la creación social toma consistencia, y la imaginación geográfica en uno de los

¹⁵ Sobre el punto es importante remitir a las apreciaciones de D. Gregory (2009); Claval, (2012); Zusman, (2013).

sentidos de esta investigación, trataría de la acción de anticipación y de diseño representacional de la relación entre el hombre y su medio, de sus posibilidades en el plano de una significación en potencia y en acción ligada, por un lado, a una sensibilidad o a una identidad espacializada y organizada desde la polifonía y las altergeografías (Dardel, 1952; Tang, 2008; Gregory, 1994; Cosgrove, 2006; 2008).

Los registros provenientes del proceso de producción de la imaginación geográfica son entonces artefactos con funciones específicas. Se presentan como signaturas o grafías que favorecen la comunicación de lo distante, reducen o amplían la escala para crear un efecto de control o de totalidad tanto cognitivo, geosensitivo y de poder; así como también de territorialización. La imaginación geográfica es pues condición en potencia de toda cobertura espacial, pero también un producto de la situación liminar que se deriva de ese contacto o encuentro a través de la acción que los viajes propician, esto al menos en la vinculación que se quiere establecer.

En un sentido complementario, la imaginación geográfica no es una abstracción, liga con su materialidad; es decir, con una relación que articula el proceso de la representación con el entorno y con el mundo de los objetos, con una materialidad que está atravesada por la imaginación y las metáforas e imágenes visuales y verbales como figuras de la facultad imaginativa espacializada (Soja, 1997; Reynolds, 2004; Popa, 2009), dirección a la que apunta Gregory cuando señala que, “Como tal, los imaginarios geográficos son más que representaciones o construcciones del mundo: están implicados vitalmente en lo material y en el proceso sensual de hacer mundo” (Gregory, 2009: 281). Debarbieux (2008; 2012) también termina por relacionar el mundo de los fenómenos físicos con el proceso de lo imaginario, deja expuesta una orientación análoga al mostrar las dificultades relacionales de la representación. Para ello, considera el valor de la naturaleza como materia y fenómeno sobre la que se produce una construcción imaginaria del espacio geográfico.

Luego de estas apreciaciones sobre dos conceptos que considero afines aun cuando respondan a una suerte de posiciones académicas esquemáticas, conviene que nos detengamos para profundizar un poco más en la imaginación en términos referidos a una operación de la escritura ligada al orden de lo topográfico y lo temporal. Collingwood al respecto, prescribe una serie de reglas que gobiernan la tarea de la imaginación (histórica) y la diferencian de la literatura (esto en su esquema). Así, la primera regla refiere a que “la imagen tiene que estar localizada en el espacio y el tiempo”, la segunda se refiere a la coherencia que es producto de las relaciones que descubrimos (topográficas y cronológicas), y la tercera regla, supone que la imaginación mantiene una relación peculiar con algo, el testimonio histórico; y en relación

con él, la pregunta o la afirmación se ajusta o se justifica (1980 [1946]: 239). En geografía hablaríamos del doble espacio, el físico y el representacional que establece los vínculos entre el entorno y las imágenes producidas o construidas que le imprimen sentido.

Si estas reglas se asocian a los procedimientos de la operación geográfica entendida como traducción y como producción de relaciones espaciales, podemos fijar nuestra atención y observar cómo se construye y produce un particular registro que se liga indisolublemente a la imaginación geográfica. En tal sentido, los géneros sean científicos o ficcionales juegan sus discursos en actos de imaginación y en dispositivos imaginarios que organiza los planos de institucionalización de la imagen o de su desestabilización. La fuente de un río, como veremos en el estudio que se propone, configura una articulación entre lo fenoménico y la materia. La imagen de la fuente del río Orinoco como la del Nilo, por ejemplo, gobernó un régimen de orientación de las producciones imaginarias, movió la atención tanto de la literatura como de la ciencia, y activó procesos imaginativos vinculados a la geografía que proyecta su movilización o cobertura espacial en lugares distantes.

John Kirtland Wright (1947), señalaba a propósito de la imaginación, que esta constituía un campo donde se cruzaban las creencias y los conocimientos sobre el espacio y los lugares, las teorías representativas y explicativas de los fenómenos geográficos etc. Wright dirigía su atención a una doble relación que la imaginación proponía con referencia a un espacio no conocido: el “sentido simbólico y literal alrededor de la “*terrae incognitae*” que funcionaría como un campo de atracción posibilitando la movilización espacial en términos de búsqueda de un saber o de localización de una creencia. Se construía entonces, un campo hecho a partir de “las facultades imaginativas de los geógrafos”. Un lugar en el cual la pureza de la ciencia comenzaba a preguntar por el territorio de la imaginación en los estudios geográficos. En este punto, el viaje, el desplazamiento hacia lo no conocido, fue estimulado por la imaginación geográfica y estimuló a su vez nuevas formas de esta imaginación.

La referencia al asombro y a la curiosidad geográfica, conformaban un hábito que impulsaba a la propia práctica espacial como un conjunto de relaciones que abren el paso entre el no conocimiento del espacio, y el deseo de conocer más allá de los límites habitados. Igualmente se trataba de comprender la propia situación espacial dentro de una “tierra conocida” que se va actualizando en la experiencia y en las circunstancias haciéndose parte del observador y de una cultura visual ligada a imágenes geográficas.

Las investigaciones Geográficas tratan de convertir la *incognitae terrae* de la ciencia en *terrae cognitae* de la ciencia, la educación geográfica busca convertir la *incognitae terrae* personal en *cognitae terrae* personal. En ambos casos, el mundo desconocido estimula la imaginación para evocar imágenes mentales de lo que debe buscar en su interior, y más allá se encuentra, cuanto más, la imaginación que sugiere búsquedas más lejanas. Así, la curiosidad es un producto de la imaginación (Wright, 1947: 2)

Para Wright, tres procesos imaginativos a saber: el “promocional, el intuitivo y la imaginación estética” establecen relación con la geografía. En cada uno, la objetividad, pero también las subjetividades juegan un papel importante. El *imaginar promocional* está gobernado por los intereses y emociones particulares, y en consecuencia no busca la verdad objetiva. Sin embargo, también puede derivar hacia una concepción realista en defensa de una causa. El *imaginar intuitivo*, es una adquisición de sabiduría objetiva, y busca asegurar concepciones realistas. Pero también es un proceso subjetivo, que usa las propias impresiones personales sobre los hechos. La *imaginación estética*, es un proceso de disfrute del propio imaginar y del acto de comunicación que lo acompaña. Para Wright, la *imaginación estética* implicaba seleccionar aspectos de la región distintivos o característicos, organizados mediante una “operación estética” que concedía un mayor cuerpo al mensaje geográfico en función de una especie de composición de lugar en el que los detalles establecían las distinciones espaciales.

La interrogante por la sociedad en la que transcurre la experiencia espaciotemporal, y por una concepción estética del proceso de construcción o destrucción de espacios, tiene consecuencias importantes dentro del estudio geográfico que pregunta por la dimensión narrativa del conocimiento más allá de una visión ornamental o cargada de esencialismo. La conjunción entre la dimensión estética y la social en términos de relaciones materiales y de imaginación son fructíferas y dan coherencia al conocimiento espacial, esto es especialmente importante en la relación geografía-historia. Según Harvey:

La geografía histórica, en la medida en que se encuentra en la intersección de estas dos dimensiones, tiene un inmenso potencial para contribuir a la comprensión de las dos. Al jugar a estas corrientes de pensamiento que se enfrentan entre sí, podemos aspirar a crear un marco teórico más general para la interpretación histórica geográfica del espacio y del tiempo, mientras que simultáneamente podemos averiguar cómo las prácticas culturales y estéticas- como espacializaciones- intervienen en la dinámica político-económica del cambio social y político (Harvey, 1990: 429)

Retomemos nuevamente el enfoque de Wright centrado en el papel de la imaginación estética que nos sirve de complemento a la imaginación como mecanismo de construcción de sentidos espaciales, como ámbito de una visión de conjunto (paisaje), como mecanismo de saber que plantea retos al conocimiento científico. Este pensador de la geografía establecía distinciones entre un núcleo epistémico y una especie de “geografía informal” que a pesar de no ofrecer criterios de científicidad abría perspectivas múltiples acerca de la Tierra que debían considerarse en la pregunta por el oficio del geógrafo y de modos de conocer geográficos.

El reino de la geografía - la geografía en el sentido de todo lo que se ha escrito y representado y concebido sobre el tema - se compone de un núcleo relativamente pequeño (para usar una frase de Whittlesey) y una zona mucho

más amplia periférica. El núcleo comprende estudios formales en la geografía como tales y la periferia incluye toda la geografía informal contenida en obras no científicas - en los libros de viajes, revistas y periódicos, en muchas páginas de la ficción y la poesía, y en más de una tienda de campaña. Aunque gran parte de esta geografía informal ofrece poco valor para nosotros, algunas de ellas muestran una visión profunda en el corazón de las cosas con las que estamos más interesados. (Wright 1947:11)

El dominio del geógrafo se agita entonces entre su cierre y su apertura a otros registros de lo geográfico mediante los cuales podría dar respuesta a sus preocupaciones espaciales vinculadas a la formación de las imágenes. De ellas se desprenden preguntas inquietantes:

¿Puede prescindir el geógrafo del conjunto de perplejidades que ofrece un paisaje o un fenómeno del espacio geográfico, de la imaginación geográfica que le da coherencia?; ¿cómo puede organizar lo inconmensurable del espacio y sustituirlo por una representación gobernada por medidas y clasificaciones que adquiere un sentido y una significación en la imaginación?; ¿cómo enfrentar otros campos de observación que situados en los bordes preguntan por el centro nuclear del estudio geográfico?

La *Geosofía* en la propuesta de Wright (1947) permitía abordar todos los conocimientos geográficos desde cualquier punto de vista sin perder el centro disciplinario, su “núcleo epistémico”, que la distinguía como ciencia. Su enfoque incluía un amplio espectro a estudiar: las creencias, ciencia y religión, filosofía y prácticas estéticas a través de las cuales la imaginación dotaba de contenido al tejido espacial. En esta facultad de imaginar para organizar el espacio, ¿qué papel jugaba la visualización? ¿Y también otros sentidos?

Más recientemente Denis Cosgrove (2008) al interrogar las categorías de paisaje, y de imágenes gráficas -que incluye a mapas y a fotografías, dibujos y pinturas-; así como el oficio de escritura científica y poética que estructuran los significados de la geografía, resaltaba el rol de la visión en la estructuración del conocimiento geográfico y las prácticas que lo unifican.

Lo que mantiene juntas las categorías es la capacidad de este tipo de imágenes para representar visiones geográficas en el doble sentido de la comunicación de conocimientos testigo de una interpretación de las realidades geográficas, y de transmitir la forma y las ideas, las esperanzas y los temores que constituyen geografías imaginadas. En estos dos modos de conocimiento geográfico y de sus interacciones constantes, gráficos e imágenes pictóricas juegan papeles activos y creativos que toman el significado de la representación más allá de la mera transcripción de datos espaciales y ambientales. (Cosgrove, 2008:3)

La visión en tanto que acto de ver, de experimentar el contacto espacial e imaginarlo, suponía una doble acción física y cultural en la acción de reconocimiento del entorno.

La visión es una palabra compleja que incorpora tanto el acto de registro ocular del mundo externo, y un sentido más abstracto e imaginativo de crear y proyectar imágenes. Ninguno de estos significados es simple, y sabemos que cada uno tiene un carácter social e histórico, así como puramente fisiológico (Ibidem: 5)

La escena de lo visible es entonces consustancial con el enfoque geográfico, vale decir que producimos visualizaciones de distinto orden. Estas juegan un papel fundamental a la hora de acercar a los lectores a un espacio.

De esta forma, el viaje y la producción visual de gráficas formaban parte de la creación de los efectos de presencia y autoridad que caracterizó por largo tiempo al campo de los estudios geográficos y que encontró en Humboldt y Reclus a sus patrocinadores. Es imposible pensar para el siglo XIX y para la primera mitad del siglo XX la práctica de la geografía sin una experiencia espacial de la imaginación que reunía en sí el problema de hacer visibles los espacios interpelando al observador.

La visión en el sentido de ver activo es ineludible en la práctica de la geografía. Esta declaración no es de ninguna manera tan banal como puede parecer. A la larga, y ahora reemplazado en gran parte del significado de la geografía como la práctica de la exploración, notificación y registro de la variada superficie del planeta, - sus tierras y sus mares, sus climas y ambientes- el conocimiento hecho por el testigo ocular y la verificación de verdad de la observación visual, eran aspectos decisivos de la ciencia geográfica. Durante un gran período del siglo XIX, el mundo de la exploración y de los testigos de otros lugares se convirtió en un requisito previo para los miembros de la fraternidad geográfica”. (Ibidem: 5, 6)

Pero junto a la relación corporal de la vista cuya función es ver, y en un plano organizado de cognición observar, ligadas ambas a la función de imaginar geográficamente, hay otros sentidos que organizan la experiencia corporal y las propias operaciones geográficas. Así en una consideración amplia del papel de los sentidos, podemos encontrar que hay paisajes sonoros, olfativos, gustativos, y hasta táctiles cuya relación, solo puede mostrarse en interrogantes provenientes de la geografía cultural y humanista vinculada a las propuestas fenoménicas que resultan del encuentro entre el vidente y su objeto y su desplazamiento al “lenguaje y su función haciendo lugar” (Tuan, 1991).

A partir de aquí se desprende una interrogante que liga a la imaginación geográfica con otras funciones de sentido relativos a una caracterización amplia de la cognición, una cuestión que interroga Ingold al enlazar corporalidad y naturaleza (2011) o Pallasma al hablar de existencia, conciencia corporal y pensamiento sensorial (2012). En el plano de la geografía, las geosensibilidades (Cunill, 2007) explicitan la relación sensorial de lo geográfico. La relación entre el hombre y el medio, lo percibido, implica un conjunto de relaciones sensorio-corporales, los aspectos materiales de un lugar y los filtros culturales que actúan en la selección y valoración del paisaje y de los elementos que lo componen en la observación, así como de su producción. El espacio se carga semánticamente en un punto que relaciona a la imaginación con la materia y el cuerpo. Su estructura narrativa es posible y se piensa como un cronotopo que organiza la frontera entre el mundo físico y el texto que da cuenta de él haciéndolo significativo. Esta situación de complejidad implica ampliar la pregunta que guía un plano de esta investigación: ¿Cómo domiciliar la relación de imaginación y cronotopo con la geografía?

B) Cronotopías geográficas.

El proceso narrativo y su producto organizan un cronotopo, un tiempo/espacio. Pero ¿qué hace importante a esta categoría dentro de un enfoque geográfico? ¿Cómo podemos explicar la condición cronotópica de la geografía?

Partamos de dos peticiones de principio de carácter operativo:

a) Diversas narrativas y descripciones codifican el cronotopo del espacio geográfico a través de fenómenos significativos o de metáforas envolventes que cualifican al fenómeno, por ejemplo, la fuente de un río se considera como un espacio que moviliza a la imaginación y al cuerpo del explorador, su poder de atracción se organiza a través de diversas narrativas que le imprimen sentido dentro de los marcos de una sociedad y de una cultura. Análogamente los discursos de la abundancia o del exotismo se alimentan de una relación de valor que se construye sobre un espacio, por ejemplo, la personificación del río Orinoco como “soberbio”, que tiene su origen y despliegue en dos grandes textos, *El Orinoco ilustrado y defendido* de Josep Gumilla, y *El soberbio Orinoco* de Julio Verne, que remiten a formas de valoración diferentes sobre lo que se ha personificado. En ambos textos, la caracterización del espacio se define a partir de una metáfora geográfica envolvente cuya operación narrativa remite al cronotopo que porta en sí un discurso geográfico de lo abundante y de lo magnificante, pero también, de lo sagrado y de la aventura.

b) La cronotopía de la narración “viajera” conecta la imaginación en dos planos, uno entorno a una semántica del espacio físico practicado, y dos, a comunidades de lectores. De este modo, los espacios y el vacío mismo en un lugar no cartografiado o cualificado por discursos y descripciones densas toman sentido en tanto que expresan una dimensión sobre la que se realiza un trabajo de textos geográficos que envuelven desde las literaturas hechas por europeos, a las literaturas hechas por americanos.

En el campo de los estudios geográficos, el acercamiento a la categoría del cronotopo se puede rastrear sin mayores pretensiones de exhaustividad en obras generales y en algunos estudios específicos. En *Thinking Space*, una obra general dirigida por Mike Crang y Nigel Thrift (2003b), se contempla una entrada dedicada al tema, “Mikhail Bakhtin. Dialogics of space” de Julian Holloway y James Kneale (2003: 71-88), estos resaltan el esfuerzo contenido en la obra del crítico ruso por conciliar materia y narración a través de una concepción dialógica del espacio/tiempo. En *The Dictionary of Human Geography* editado por Derek Gregory, R. Johnston, G Pratt, M. Watts y S. Whatmore (2009), el tema es tratado en la entrada “chronotope” escrita por Ulf Strohmayer, éste la define, como un contexto de espacio-tiempo construido dentro de un texto o artefacto cultural, pero también, de contextualización de las acciones humanas. En el campo de la geografía humana, la entrada resalta los trabajos de Folch-Serra y Lehmann dirigidos a mostrar la naturaleza dialógica del paisaje, pero también como en O'Reilly (2007), refiere a que las luchas por los significados de los

proyectos de desarrollo son también y de forma recíproca, luchas por los rasgos que distinguen el espacio-tiempo de los grupos (Strohmayer, 2009: 83-84).

En particular, estudios como los de Folch-Serra (1990) desarrollan el concepto de cronotopo ligado a una concepción dialógica del paisaje en el cual la visibilidad y el carácter narrativo, enlazan tiempo y espacio disponiéndolo como discurso. Paul Claval (1993) adelantó por su parte, una reflexión sobre la relación con la geografía, Brosseau (1995) establece un punto de observación en la cual el cronotopo permite mostrar los modos como una novela construye sus narración en términos espaciotemporales y como ésta construcción modela formas de aprehender el espacio, pero señala también más adelante en otro trabajo, la orientación visual e imaginativa que transporta a los sitios de la trama literaria, así como la función de capturar momentos, características y sentidos de los lugares (Brosseau y Le Bel 2007). Lehman (1998) trabaja sobre el concepto de cronotopo para mostrar como la Pampa argentina se convirtió en un lugar de identidad narrativa. Mike Crang (2003a) resalta por otro lado, el poder creador del cronotopo en la relación entre los tiempos vivido y representado y el espacio que son narrados de modos diversos y traducen formas de relación diferenciadas o interconectadas en un mismo espacio.

Más recientemente Laurent Matthey (2008) al estudiar las relaciones que un texto literario establece con las estructuras espaciales y con la geografía, aprecia que la forma y la estructura de los textos se convierten en dispositivos mediadores de las imágenes que gobiernan nuestro sentido del espacio. Y, de igual forma, remiten al proceso moderno de mostrar la lógica subjetiva que, contenida en el texto, habla de la relación del sujeto con el mundo y con la exterioridad construidas narrativamente.

Así, el autor (sujeto experiencial) y el texto importan como parte del proceso de construcción de significados del lugar sosteniéndolo en el tiempo, “Sus metáforas entran en las redes intertextuales e intersubjetivas. Circulan y se agregan otras metáforas del territorio que constituye imágenes “mediales”, imágenes de un medio” (Matthey, 2008: 414). James Lawson (2011) ha vuelto a llamar la atención sobre las posibilidades teóricas y metodológicas de la aplicación del cronotopo en la geografía, para él, la categoría tiende un puente entre el mundo real, la materia y los acontecimientos y la narración con la cual estos problemas toman sentido, así como los efectos que la propia narración ejerce sobre el mundo real movilizándolo no solo la verdad en cuanto a criterios de verificación concreta, sino también, a la verdad cultural que atraviesa el espacio a través de las representaciones que construyen vínculos de identidad territorial. Pauli Karjalainen (2012) desde una perspectiva humanista, trabaja el cronotopo como una categoría que muestra al lugar en relación con actitudes existenciales y estéticas en las cuales la geografía literaria no juega un papel solamente de registro, sino también de ayudar a comprender la relación “entre la vida real y la Tierra real”, y entre “la vida humana y el “*topos* y el *chronos*” que se mueven entre lo concreto y la metáfora.

Pero volvamos al concepto original. Como es sabido, el cronotopo es una categoría que proviene de los estudios físicos y de la literatura. Su desarrollo más completo lo encontramos en las tesis de M. Bajtin que proponen un carácter narrativo de las relaciones de tiempo/espacio. Para este crítico el cronotopo se define,

[Como] el lugar en que los nudos de la narración se atan y se desatan. Puede decirse sin ambages que a ellos pertenece el sentido que da forma a la narración. (...) El tiempo se vuelve efectivamente palpable y visible; el cronotopo hace que los eventos narrativos se concreten, (...). Un evento puede ser comunicado, se convierte en información, permite que uno pueda proporcionar datos precisos respecto al lugar y tiempo de su acontecer. Pero el evento no se convierte en una figura. Es precisamente el cronotopo el que proporciona el ámbito esencial para la manifestación, la representabilidad de los eventos. (Bajtin, 1981: 250)

La operación narrativa/operación geográfica y la imaginación se expresan a través de un texto geográfico. Este se dispone como un lenguaje en el cual el cronotopo, es decir, el tiempo/espacio permite construir una imagen y una narrativa coherente del mundo en otro pliegue de lo real. El cronotopo puede también organizar un horizonte para el despliegue de las expectativas que el espacio geográfico plantea a la transformación material del espacio o a la configuración de discursos utópicos o heterotópicos, al diseño de imágenes cuyas metáforas, articulan un modo de concebir el mundo y los lugares atravesados por un trabajo de voces múltiples pero también, bajo formas no necesariamente literarias más si contentivas de un lenguaje como por ejemplo el iconográfico que articula tiempo y espacio.

El cronotopo es pues, el producto de un entramado dialógico que ofrece no una sola posibilidad, sino que abre puntos y trazados de imaginación que se muestran como convergencia y divergencia entre las altergeografías, es decir entre las distintas posibilidades de dar sentido a un espacio geográfico y los tiempos que pueden leerse en él. Elementos y conjuntos son entonces significativos en la formación de un cronotopo espacial.

La conexión antiguo-moderno, pasado-presente, viejo-nuevo, nos permite observar la disposición de textos que se refieren a un mismo espacio y tejen en un plano macro la imagen geográfica como un gran cronotopo que convoca tiempos/espacios [...]

Este espacio-tiempo es constantemente reactualizado y reconstituido mediante una serie de voces y discursos que lo sostienen. En consecuencia, la cosificación o petrificación de las imágenes espaciales no habita el campo de lo incognoscible, pues en consecuencia no habría posibilidad alguna de lectura, sino que a partir de su maleabilidad se proyectan del pasado al presente autorizando una lectura que ya no podrá ser la misma, ya que los contextos han cambiado (Cuevas, 2012: 58)

La imaginación que interesa en este estudio, remite a un esfuerzo por dotar de sentido, por formar una representación visual del mundo que organiza la relación en el espacio y con los lugares. El trabajo de la imaginación se condensa en una serie de productos culturales que podemos reducir a la idea de texto para ganar en complejidad. En tal sentido, el texto espacial se compone de una variedad de registros, a saber: escrituras científicas, políticas, literarias y la representación cartográfica y pictórica que tienen como nexo común el tema de un espacio

geográfico, en este caso del río Orinoco, un espacio otro que se inscribe en los proyectos de observación científica y en los deseos del viajero, la visión de campo de los estrategas militares, la mirada del pintor y el geógrafo y los escritores de novelas de viajes así como de otros géneros literarios.

El cronotopo ligado a la imaginación no excluye la relación tanto del mundo físico como del mundo sociocultural. Por el contrario, supone interrelaciones entre la construcción narrativa de tiempo y espacio como un esfuerzo de estilización de los lugares y del mundo físico en los marcos de un texto. Pero también da cuenta de ese tiempo y espacio que presiona a los individuos y a las sociedades en términos de sentido y de experiencia de vida.

2.1.2. El lugar del viaje.

El *topoi* del viaje en la construcción del conocimiento y percepción geográfica se manifiesta de varios modos, tenemos un tipo de viaje que se liga a los proyectos científicos, en este caso, el viaje refiere a exploración o expedición. Tenemos el viaje que comporta la literatura, este puede ser el producto de una experiencia, por ejemplo, el diario de viaje, pero también, puede ser un ejercicio ficcional que se apoya en la imaginación geográfica, de igual forma, las novelas literarias y la poética configuran un corpus cuya interrogación en términos geográficos comporta varios problemas. Vinculado a estos géneros, tenemos la expresión plástica, pinturas, alegorías, grabados, mapas y la expresión fotográfica, si bien sus procedimientos son distintos, todas comparten en el viaje una singularidad, construyen una relación visual que articula objeto, lugares y videntes, estos últimos, serían el autor que construye su autoridad del ver en la creación o retrato de un paisaje y el fotógrafo que selecciona y capta un momento del viaje en torno a un referente físico.

El viaje, radica en tratar de expresar un espacio del deseo, una frontera entre un interior y una exterioridad que interrumpe el mundo homogéneo, un espacio que aún no es conocido pero que adquiere una forma previa en el lenguaje que lo denomina por vez primera o que descubre en él nuevos fenómenos. Es un *topos* que se inicia con lo que se está por decir acerca de un espacio, de un lugar o de un paisaje, esto implica como señala Eco (2009) una “fascinación por lo infinito”, un “vértigo de las listas” que permite organizar las cosas y, establecer distintas interacciones y formas narrativas.

El viaje y el viajero configuran un binomio constitutivo de la espacialización del saber, constituyen un cronotopo que organiza la posibilidad de moverse en el espacio y de cambiar la relación del tiempo, esto en términos del espacio/tiempo vivido. De este modo, una nueva disposición del sujeto cognoscente comenzaría a construirse en un intenso debate que enfrentó sobre todo en el siglo XVIII a los relatos de viajes anteriores (viajeros españoles y misioneros, sobre todo jesuitas, franciscanos y capuchinos en el Orinoco) con un nuevo deseo de conocer fundamentado en la razón que se le oponía y que incluso cuestionaba sus observaciones, acusándolas de informaciones poco confiables. Se abrió entonces un espacio a un tipo de

viajero que orientaba su observación en un nuevo régimen de la modernidad (Cañizares-Esguerra, 2007). Ligados a una noción de empresa universal, los viajes ocuparon un lugar significativo pues ellos acompañaron la nueva acción geopolítica que se desprendía del sistema mundo¹⁶. Así, la imaginación geográfica desafía la revisión de lo que comunican los textos espaciales en torno a una realidad que está allí como exterioridad o que es construida en términos de significaciones y sentidos comunicables.

El concepto de experimentación del espacio o experiencia de lugares juega un papel fundamental cuya situación me parece explicable en función de los textos que son expresión de los encuentros coloniales del siglo XVIII, XIX y luego de las repúblicas criollas con sus propios espacios interiores hasta la segunda mitad del siglo XX. Por consiguiente, se da paso a una dialéctica entre el humanismo y la modernidad, la razón y el romanticismo, la ciencia y la fe; cuya emergencia vinculada a la razón ilustrada, al empirismo crítico y a la función estética, no podía escapar al tejido cultural que las producía en torno a las concepciones espaciotemporales y a sus prácticas.

En este ámbito, el viajero ilustrado (Canizares-Esguerra, 2007; cfr. Constantine, 1993) y más tarde los viajeros del siglo XIX y XX marcan en su práctica de escritura una diferencia de lenguajes y de actitudes. El comportamiento espacial de este nuevo y “racional” observador construía su autoridad no sólo en el gabinete de curiosidades al que llegaban las informaciones geográficas, sino que fundaba su práctica en una cultura visual en la que la autoridad del ver y el decir se abrogaban la razón vinculada al viaje geográfico. Pero también, y no debemos minimizar su papel, el viaje se llenó de un imaginario romántico de la geografía (Tuan, 2013) cuya función no reduce la estética del paisaje a un mero acto de contemplación, sino que transforma el paisaje mediante una operación que envuelve estética, conservación y goce.

La nueva disposición de la mirada ilustrada y científica a mediados del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX, no puede comprenderse sin la dimensión de espacialidad en la que transcurre y el complejo cultural que supone la imaginación movilizadora por la percepción; sus filtros culturales y las operaciones de escritura ligadas a la experiencia geográfica. Nos referiremos someramente para explicar este conjunto de interacciones al problema de la práctica espacial como fundamentación del viaje y como productora de dos conceptos claves: espacio y lugar. El primero hecho a partir del recorrido del mismo espacio y el segundo, como producto de la necesidad de habitar y dar significación

¹⁶ Ejemplos de estas relaciones espaciales se pueden seguir en el diario de viaje de Darwin o de Russell Wallace, en la configuración de sociedades geográficas en el siglo XIX (Livingstone, 1984; 1992; Ortega Valcárcel, 2000: 121-124; Capel, 1977 a y b; Driver, 2001) o en el seno de las comunidades de letrados de las emancipadas sociedades criollas del mundo iberoamericano, quienes construyeron sus respectivas visiones del mundo dibujándolo de acuerdo a un conjunto de intereses que sería conveniente mostrar y explicar pues son claves en la comprensión del proceso histórico de la modernidad relacionada al conocimiento de la Tierra.

y sentido (Tuan, 1990 [1974] y 2008 [1977]; de Certeau, 1996; Heidegger, 2012 [1951], Casey, 1997 y 2001)

Esto plantea una serie de preguntas cuya resolución puede encontrarse en el problema de la percepción geográfica relacionada con el mundo físico y con la mediación de la cultura conectada por la imaginación. Ya decía Gaetano Ferro que, “Resulta evidente que la percepción es sólo el primer momento de un proceso que atraviesa las imágenes del territorio y los mapas mentales relativos a sus formas; contiene y lleva decisiones y comportamientos” (Ferro, 1983: 164). Espacialización y localización comportan una experiencia constructiva que expresa una complejidad envuelta en creencias, emociones e ideas a través de las cuales se dota de contenido un espacio geográfico.

La relación entre el observador y lo observado activa una operación que transcurre en dimensiones espaciotemporales específicas que son convertidas en comunicación. Magris adelantaba una pregunta que si bien, estaba enunciada desde su lugar como literato, es conveniente que sea visitada por los geógrafos pues da cuenta de estas relaciones fundantes.

¿Cuál es la relación – se pregunta Magris- que existe entre el que escribe y los lugares en los cuáles, para él, se condensa la imagen determinante del mundo?; ¿entre sus palabras sean grandes o mínimas y, las simetrías de ciertos caminos, los colores de un otoño, el sabor de un alimento o, el olor de las algas? (1998: 274)

Interpelar la labor de escritura que hace del viaje su trabajo de organización narrativa de los espacios, su dotación de sentido y significación en función de un lugar de enunciación y de una dimensión imaginaria de la cultura, nos parece un punto de partida claro para entender los juegos de polifonías espaciales. El cuerpo, la mirada, la voz y la escritura tienen en el espacio y el lugar una condición fundamental de experiencia. El espacio deja de ser un simple escenario para convertirse en parte constitutiva de los modos de orientarse en el pensamiento (Kant, 1982 [1786]), de una forma de estabilizarse en el lugar y de construir vitalmente su sentido como apreció el último Heidegger (2012 [1951]).

Es interesante recurrir a un planteamiento que hace David Constantine cuando aprecia que “los viajeros mismos eran los receptores y los transmisores de las ideas literarias, estéticas y culturales de la época.” (1993:13). Las ideas literarias movilizaban el viaje, una cuestión que ha suscitado intensos debates sobre lo que Lezama Lima (1979) denominó “el reino de la imagen”, un dominio que gobernaba la mirada y los motivos de escritura. Aquí, en América, la función del espacio otro, producía nuevas imágenes que se jugaban en la tensión entre la novedad y las dificultades de su reconocimiento y traducción. Los lugares y el trabajo de la imaginación surgida del encuentro, autorizan diversos modos de percepción y de construcción de imágenes geográficas como lo ha demostrado Meinig (Edit.; 1979); Cosgrove (1998, 2006); Ángela Pérez Mejía (2002) o Staszak (2003, 2012). El viaje se ligaba y construía a su vez una imaginación geográfica que consistía en presentar los espacios a un público lejano.

Al respecto e introduciendo otras relaciones, Paul Ricoeur al tratar de establecer la distinción entre memoria e imaginación no puede eludir el problema de lo que una imagen

significa como punto de contacto con la realidad. Esto supone una revisión del papel de la imaginación cuya función “consiste en “poner ante los ojos”, se trata de una imaginación que muestra, que hace ver” (Ricoeur, 2004: 78). El viajero muestra entonces una visión del viaje cuya función es resultado de un modelado de la cultura pues no viaja sin un diseño previo del viaje y sin una representación clara u opaca de los lugares que luego se confrontados en la experiencia física.

Ahora bien, la relación triple que proponemos entre viaje, ciencia e imaginación geográfica para estudiar el lugar del río Orinoco en la construcción de saber espacial, plantea un conflicto para el tratamiento crítico de los registros espaciales y como caracterizarlos dentro de una episteme o de una manera de ver referida al espacio geográfico, pero con intereses distintos. Ortega (2000) ha denominado como “derivadas del discurso geográfico” a este conflicto de empleos equívocos de los textos que son usados sin cuidar las delimitaciones disciplinarias y olvidando el ejercicio reflexivo que impone el tratamiento de su objeto situado en un lenguaje particular y con horizontes claros pues, “no siempre todo vale”. Esto supone una reflexión sobre la que siempre se vuelve y que parte de la pregunta sencillamente compleja del ¿Qué es la geografía? Si la observamos en los cambiantes contextos por los que transita, y en los lugares en que es formulada sea en sus vertientes humanas o físicas, o en un creciente campo de interacciones que al parecer no pueden separarse sin correr el riesgo de seccionar lo que llamamos realidad del conocimiento geográfico (Buttimer, 1993), tendremos consecuencias no solo en la formulación, sino en la consideración de las posibles respuestas así como la del tratamiento de las fuentes o corpus que son consideradas en un trabajo de investigación.

Así pues, observamos cómo se abre una compuerta a una morfología del viaje, a una suerte de tipología del viajero que experimenta con diversidad de intereses un espacio, y que se deben considerar a la hora de comprender la polifonía del texto espacial y su construcción dialógica (Bajtín, 1981). En consecuencia, el viajero y el viaje como género, se transforma en un plural de subgéneros o subtipos que responden a lugares de enunciación distintos y que dan forma al contenido con funciones diferenciadas. La consideración del actor viajero no deja de ser problemática dentro del campo disciplinario de la geografía.

Convertir en geógrafo al viajero que narra sus experiencias, al historiador que ubica su crónica o acontecimientos, al científico que localiza sus observaciones, al novelista o poeta que introduce componentes espaciales o territoriales fidedignos o fantásticos en sus narraciones, es hacer de la geografía un acontecimiento banal (Ortega, 2000: 504)

Ortega separa entonces las actividades propias de la disciplina geográfica de las que hacen otros sujetos cognoscentes, los registros de estos para él serían sólo fuentes o herramientas para el estudio geográfico. Sin embargo, aún queda pendiente la agenda que discute que los dominios de la geografía fueron al menos hasta finales del XIX obra de amateurs y no de científicos rígidamente regulados por los campos de delimitación de su

nicho científico (Lafuente, 2012), un espacio que compartían esas geografías informales que esbozaba con cierta timidez J. K. Wright (1947).

En todo caso, en el observador que experimentaba el espacio, inventariaba y clasificaba sus fenómenos; operaba una apertura de gran angular donde se pueden encontrar pliegues en los cuales se precipitaba la fascinación por el espacio y los esfuerzos por hacer inteligibles los lugares. Podemos decir que “Poética del espacio y anatomía científica como separación de lo observado, coexistirían en la experiencia del viaje” (Cuevas, 2009:124). Esto supone, a pesar de la distinción, un abordaje crítico de las voces que convoca un espacio geográfico que es practicado y narrado. Ahora bien, esto no implica evaluar un mecanismo cognitivo o etológico de relación espacial del viaje de forma separada al contexto que la posibilita, sino que va acompañado de respuestas culturales y políticas a las dinámicas del cambio dimensional de espacio y tiempo que se aceleran a partir del Siglo XIX y durante el Siglo XX con el capitalismo (Harvey, 1990: 425-428), y que no podemos perder de vista, pues forman parte del contexto en el que situamos nuestro estudio y por lo tanto de la relación de distancia y movilidad, de rapidez y simultaneidad, de multidimensionalidad y polisemia.

Una comunidad interpretativa se fue constituyendo a partir de la imaginación geográfica, y esta era el producto de un esfuerzo de visualización del mundo que operaba científica y literariamente, que reducía el espacio físico y político a escalas que a su vez hacían manejables los espacios geográficos a narraciones que le daban sentido. Esto produjo un giro cultural que se explica en el contexto de formación del sistema mundo capitalista en expansión (Wallerstein, 2007), vínculo que hace de la geografía un conocimiento que actúa como dispositivo para el poder imperial o nacional espacializados mediante la imaginación geográfica construida en ideas y prácticas que estabilizaba o movilizaba los despliegues culturales en términos de espacios a ocupar y lugares que “civilizar” o construir un “hábitat posible” en medio de los desiertos, selvas, llanuras considerados estos como “espacios vacíos”.

La relación entre los campos de los geógrafos y los de la literatura en las que se ilustra la relación entre estética y cultura con respecto a la comprensión espacio-temporal capitalista, genera curiosamente una evocación de los lugares (Harvey, 1990: 428). En todo caso, bajo esta relación, subyace el saber poder que se constituye en la propia expansión de los centros europeos y criollos hacia las periferias, hacia las *Terrae incognitae*, espacios concebidos como vacíos y susceptibles de un diseño imaginario de desarrollo civilizatorio prometeico que tuvo consecuencias materiales en los paisajes y en la formación de imágenes del trópico:

Junto al acto constitutivo del saber-poder sobre el espacio y consustanciado con él, opera un proceso de construcción de una mirada del paisaje, de percepciones y representaciones hechas por un lado desde la modernidad europea por los viajeros, y por el otro, desde los intentos de los letrados por implantar en las jóvenes repúblicas americanas proyectos de modernización, la

más de las veces conflictivos en una América que apenas comenzaba a dibujar las coordenadas imaginarias y materiales de la nación. Esta no podía verse aislada de su espejo de desarrollo europeo. En consecuencia, surgía la necesidad de articularse con el movimiento capitalista de la Revolución Industrial. En todo caso, ambas visiones, la europea y la americana, no podrían separarse de la idea de control y organización territorial. (Cuevas Quintero, 2009: 125)

De esta manera, ante la revalorización de los recursos que el avance técnico y los cambios de consumo possibilitaban, los productos que fluían de las periferias y de los *hinterlands* no permitían visibilizar los conflictos que acontecían en los procesos de extracción de esas materias primas y sus condiciones de explotación rodeadas de una espesa niebla de exotismo. En los supermercados, para tomar un ejemplo de Harvey, “las uvas son mudas” (1990: 423) y, sin embargo, en su mutismo, “las uvas de la ira”, forman parte de los productos dispuestos en los espacios de consumo que pese a su opacidad y silenciamiento de voces ligadas al trabajo de su producción, están conectados y responde a la lógica de las demandas y las ofertas que los mercados de la revolución capitalista imponían¹⁷ con consecuencias en la transformación de los paisajes (Cunill, 1996; 1999).

La imaginación geográfica derivada de las prácticas del viaje y sus textos a través de la cual se organizó la idea espacial del capitalismo, de los imperios y las naciones. Debe ser revisada críticamente en lo que oculta y en lo que muestra con respecto a una imagen que se construye sobre el espacio y lo viste de una especial signatura sobre todo en los contextos de una naturaleza que, de acuerdo con el ojo de occidente, se ofrecía como no domesticada, salvaje, tropical. De este modo, se construía una representación muy fuerte sobre lo prístino, sobre un paisaje ausente de todo trabajo humano cuyas cualidades definían a América como el lugar de la naturaleza irredenta, del paisaje desierto y no domesticado cuya imagen se fue fraguando desde el propio periodo de contacto e invasión europea hasta gobernar las propias figuraciones literarias idealizadas con contenidos geográficos vinculados al régimen del *locus amoenus* y lo paradisíaco o exótico¹⁸

La imaginación geográfica del trópico constituyó un tejido de formas de representar y de discursos y descripciones compartido por las visiones hegemónicas de la cultura occidental (europea y americana). Quienes proyectaron en el espacio sus deseos y sus rechazos, dibujaron un mundo que acondicionaba el deseo de habitar. De tal manera, “los ciudadanos de la geografía tropical” (Serna, 2006), los miembros de la ciudad letrada imaginaban su espacio centrado en la ciudad frente a unos círculos que giraban en torno de él y que se correspondían con la inversión de la cultura, es decir con una exterioridad que era barbarie, salvajismo o

¹⁷ Un ejemplo de este drama que ha motivado extensas críticas en el campo de los estudios culturales lo constituye la novela de Conrad *El Corazón de las Tinieblas* y el cuento *La avanzada del Progreso* que nos abren una realidad en el que los espacios y los tiempos se multiplican dentro de una imaginación geográfica que se debate entre los sueños civilizatorios y la destrucción de los espacios humanos y físicos bajo los que paradójicamente emergen otros espacios. Cf. Prat (2010) y Said (1996)

¹⁸ Sobre este punto es muy importante revisar el trabajo de William Denevan (1992) sobre la función de lo prístino de las selvas y los espacios interiores.

naturaleza (Rama, 1984). Estos letrados transformaron metonímicamente a las selvas y a los ríos como imagen del trópico proyectaron en ella su geosensibilidad (Cunill Grau, 2007).

En un plano más profundo, estas operaciones generaron un conflicto de doble paradoja entre la unicidad y la diversidad de la naturaleza ligada a la nación imaginada y las funciones estéticas de la imagen paisajística. En ella, en esa otra tierra a la que llegaba el viajero, se tejían topofilias (Tuan, 1990 [1974], y topofobias (Relph, 1976) que daban sustentación al habitar y a sus posibilidades de ocupación, pero también, de olvido o de rechazo al ser consideradas anecdóticas. Estos modos por otro lado, reflejaban la lucha por la valoración del espacio geográfico que, traducidas al lenguaje de las ideas de la relación del hombre con su medio, significaban un abrirse al entorno en términos de posibilidad o un ser objeto del entorno en términos de determinismo. Los espacios interiores se transformaban en posibilidad o en obstáculo para ciertos regímenes de producción de la imaginación geográfica viajera gobernados por esas dos matrices.

Al preguntarse por “el texto de los trópicos” que tanto ha fascinado a la imaginación geográfica y sus múltiples registros, -entre ellos el de la “imaginación climática” que ha enfrentado a lo largo de la historia visiones negativas y positivas de los espacios ecuatoriales dispuestos al hombre-, Livingstone señala que

Las instancias de la hermenéutica tropical que he elaborado son necesariamente incompletas. El significado Tropical en Occidente fue hecho y re-hecho en una serie de otros espacios cognitivo y social - en obras de ficción, en los informes de misioneros, registros en el de los hacendados, en el libro de actas de la burocracia colonial, de servicios de la iglesia, en las conferencias, en las casas públicas (2002: 72).

En conjunto e interactuando en el texto espacial, viajes, ciencia e imaginación geográfica; pueden representarse como parte del vasto movimiento del río Orinoco que pretendemos estudiar como brazos de un delta que permite observar el papel que juegan los fenómenos físicos y culturales en la estructuración del pensamiento y las prácticas científicas y sociales. Todas constituidas como parte de un tercer espacio, objeto del estudio geográfico desde donde tejemos nuestro patrón de explicación que como señala Carl Schlögel apoyándose en Ratzel, autorizan un más allá del ejercicio crítico de leer en el espacio el tiempo (2007).

La interacción espacio-tiempo cobra su real dimensión en la dinámica, en la fluidez de un conocimiento captado en sus cambios, permanencias, interacciones y rupturas cuya condición de historicidad y espacialidad epistémica e imaginaria se dispone en el viaje y construye un cronotopo que estructura representaciones y las moviliza simultáneamente. El producto final de las operaciones de escritura ligadas a un conocimiento múltiple de la geografía es precisamente un cronotopo geográfico estructurador de los sentidos.

2.2 Altergeografías y comunicación del espacio.

Dispuesto como un conjunto, el texto espacial es un tejido de observaciones, emociones y escrituras que hablan de una relación con el espacio y que traduce formas de comunicación con el entorno, con la exterioridad constitutiva de la interacción entre el sujeto y la dimensión espacio/temporal. El texto en tanto que expresión humana, está lejos de la idea del monopolio de un observador autónomo que excluye a otros competidores de la observación. Esto no significa, claro está, que no existan distinciones en los modos de observar y que los juegos de poder-saber obliguen a situar jerárquicamente a los observadores en función de sus pretensiones.

En conjunto, el texto espacial es un cuerpo tejido por miradas múltiples situadas y correlacionadas con el espacio. Diversos contenidos semánticos del espacio se derivan de las prácticas espaciales y las diversas expresiones que los sujetos establecen con él a través de operaciones geográficas que no se limitan a un discurso científico. A la geografía que se deriva de estas experiencias, las denominamos altergeografías¹⁹ y son asumidas aquí como las geografías personales y colectivas.

Estas geografías tienen en el viaje su principal práctica. Los viajes han provocado la imaginación geográfica y la pasión por el descubrimiento científico (también estos impulsan a su vez el movimiento del viajero) dentro de una serie de prácticas que no responden a un estado de pureza, sino a una cantidad de factores que el propio contexto en el que estos viajes se impulsan propone diversificando los acercamientos al espacio y su producción. Su presión es tal que, a la hora de preguntar por las interacciones geográficas, ciencia e imaginación constituirían una asociación compleja que debe ser revisada nuevamente a la luz de la relación que las categorías de espacio y de tiempo propician como partes del mundo de la vida o del espacio vivido.

Una historia de la geografía posible que muestre sus distintos presentes en los que se organizaron los saberes y conocimientos geográficos, no puede enfocarse solamente en la institución y estar limitada por la “pureza” disciplinaria. Sin embargo, debe mantener su lugar disciplinario. La paradoja radica que la autoridad del decir y el hacer geografía debe entablar un diálogo con las otras voces que también poseen experiencias del espacio y el lugar, una preocupación cuya emergencia en el campo geográfico se inicia con el seminal trabajo de Wright (1947) y de Dardel (1952); y se continúa hasta nuestro tiempo con David Lowenthal (1961), Yi-Fu Tuan (2008 [1977]); Dereck Gregory (1994); Harley (2005); E. Casey, (2000[1976]; 2001); Beatrice Collignon (2004), y D. Cosgrove (2006; 2008), Claval (2008) y Berdulay et al (2010) entre otros.

¹⁹ La “altergeografía”, como ha llamado Hiernaux-Nicolás (2011), a un tipo de conocimiento menos confiscado por los límites disciplinarios y más abierto a un más acá de la realidad geográfica que se abre a “otros caminos científicos y humanísticos diferentes” permiten abordajes alternativos al interior de la disciplina geográfica.

Esta perspectiva que nosotros vinculamos junto a otras en esta investigación no disuelve el objeto geográfico, sino que lo sitúa en distintos niveles en donde las otras voces que interactúan con el espacio y lo producen y construyen también importan. Para Claval el objetivo se ha desplazado a los sujetos. “Es importante entender cómo las personas confieren un sentido al lugar en el que viven a través de las representaciones que tienen de ella, las prácticas que se desarrollan y los planes que tratan de poner en práctica” (2011:17). Esta apreciación que habla de un posicionamiento de la geografía humana actual es muy útil para considerar las voces del pasado presente, pues los entornos fueron experimentados y traducidos a escrituras y otros dispositivos de lenguaje de formas distintas. Uno de ellos, tal vez el que presenta mayor resistencia en ciertos lugares disciplinarios sea el de la relación entre narración y entorno, entre verdad y ficción.

Esta altergeografía es naturalmente heterogénea, pero se mueve dialécticamente entre la unidad y la diversidad configurando una totalidad compleja, un tejido de difícil reducción que debe ser considerado en los estudios geográficos. El enfoque se pone a tono entonces con un abordaje heterológico, Paul Claval ha visto en este movimiento paradigmático de la geografía, un campo que va de los “ojos del geógrafo a los ojos de los otros” (Claval, 2011: 16). El enfoque apunta entonces a estudiar las subjetividades que intervienen con relación a la experiencia del espacio y del lugar, se trata de comprender la complejidad de la organización del espacio y la tensión entre región y territorio. Pero también entre los sujetos que viven los lugares

La altergeografía nos permite abordar en un doble sentido los problemas que se tratan en este estudio y que se explicitan en este capítulo. Una posible historia de la geografía del Orinoco producto de las distintas formas de observación que sobre esa geografía se produjeron entre el siglo XVIII y el siglo XX, se abre a las condiciones de emergencia de los conocimientos y prácticas que le dieron existencia en un contexto en el que los caminos nuevos eran abiertos por la travesía en campo de los viajeros que se aventuraban en la geografía profunda del Orinoco. Las altergeografías se abren a la bifurcación, y en su expansión relativizan no solo las posiciones de la ciencia instituida colocándolas en suspenso, sino que abre el campo de los objetos de estudio y las formas de abordaje en posiciones de borde. Todo ello permite, mostrar el texto espacial como un tejido compuesto por distintos modos de conocer lo que hemos convenido. El campo heterotópico y heterológico de la geografía, permite profundizar en el significado imaginario y material del viaje y en el factor corporal que es instituyente de una sensibilidad espacial y de una activación de las facultades de la imaginación sin las cuales, la construcción del sentido, de lo que se siente en términos del sujeto y sus condiciones de existencia, no puede comprenderse sin una apertura a una posible hermenéutica del espacio (Cuevas, 2014).

Robert Sack en su concepción de “*homo geographicus*”, aprecia que “Concebido en términos generales el marco científico del realismo incorpora las concepciones múltiples de

espacio planteado por nuestra conciencia desde diferentes puntos de vista y enfoques filosóficos de la conducta humana” (1980: 4). La variedad de producciones del espacio y la diversidad de relaciones establecidas con el medio, dan cuenta de un espacio que es tal en tanto que pregunta acerca de cómo lo vemos. La pluralidad de visiones, en consecuencia, es una condición de amplitud para el ejercicio de una historia de la geografía que no se limita al proceso de institucionalización, sino que se abre al proceso formativo de una conciencia o “geosensibilidad geográfica” (Cunill Grau, 2007).

Según aprecia Oliver Dollfus (1975), la discusión epistémica del espacio supone una ampliación hacia los sujetos que preguntan por el espacio y que lo sienten, es decir que se conectan con él sensorialmente y se dispone en un espacio real y otro vinculado a los elementos irracionales (*Ibidem*: 53, 54). En este sentido, el espacio es percibido en dos niveles, el real-concreto y el espacio revestido de creencias. George (1974: 42) señala que “El espacio de relación asocia lo vivido a lo representado, la realidad al mito”. Ortega al respecto, establece un conjunto de distinciones dentro de un concepto amplio que vale la pena observar pues termina por moderar sus propias posiciones.

El espacio geográfico es una representación que podemos considerar en varios niveles o instancias. La primera como “proyecto “social que regula y determina el proceso material de la producción del espacio, aunque como tal proyecto se materialice como múltiples autorías individuales. La segunda, como “imagen” que estructura el espacio, que lo hace inteligible, que le da profundidad histórica. En tercer lugar, como “discurso” del y sobre el espacio. El campo geográfico se corresponde con este extenso pero preciso marco de las prácticas productivas, proyectivas, imaginarias y semánticas y sus productos, que determinan el permanente proceso de construcción del espacio social. (Ortega Valcárcel, 2000: 520)

Para sintetizar el conjunto de interrogantes que se desprenden del debate sobre lo geográfico y sus actores, podemos plantear tres grandes dimensiones relativas: percepción/espacio geográfico (físico y cultural) y a la imaginación, o lo que es igual, la relación entre el sujeto que percibe y observa y una exterioridad que le circunda pero que también habita o hace habitable en muchos sentidos. Pero la relación no es lineal sino interactiva y se carga de valor cuya concreción se resuelve en usos del espacio y en textos espaciales. Ahora bien, todo este complejo de interacciones espacio-temporales se articulan con un proyecto que pregunta por la realidad de una región y su río, visibiliza su importancia en la producción de un espacio para el conocimiento y para la construcción de un texto espacial que organiza una imagen.

Impregnadas de espacio y de tiempo, el esfuerzo de comunicación que envuelve a las narrativas científicas y literarias expresadas en descripciones, explicaciones, interpretaciones y representaciones referidas al espacio geográfico autorizan a preguntar por el sentido de la relación espacial convertida en texto, este se complejiza y toma diversos caminos e intenciones no necesariamente excluyentes entre sí a la hora de formarnos ideas sintéticas de ese tejido alimentado por voces múltiples.

En este orden de ideas, el viaje con intención geográfica implicó un desplazamiento geográfico y un tiempo ligado a la modernidad, al capital, la ciencia y las nuevas sensibilidades de la cultura. Un cierto tipo de imaginación geográfica parece desplegarse a partir de las expediciones geodésicas, de las listas y clasificaciones de los naturalistas, de la búsqueda de fuentes de los ríos que los viajes de Burton, Speke y Livingstone promocionaron dentro del régimen de descubrimientos, o las descripciones paisajísticas que tiene en Humboldt un actor híbrido de la ciencia y la estética. También podemos encontrar estas expectativas en los textos de los misioneros referidos a ríos como el Amazonas o el Orinoco.

Las narraciones que producen vinculan los intereses políticos y científicos, la curiosidad por los espacios otros y el asombro estético que inscribe a los lugares en una suerte de imaginación global compartida. Una traducción de los espacios que conduce a las heterologías y las heterotopías planteadas por de Certeau (1986) y por Foucault (2010 [1966]) que, sin embargo, subvierten paradójicamente el discurso uniformizante de la razón científica o la mirada “estéticamente ingenua” del viajero. De esta manera el otro espacio interrumpe el continuum, establece una diferencia que le imprime una singularidad

La interrogante, por el sentido de comunidad científica o interpretativa, posee fuertes implicaciones pues supone de entrada un conjunto de relaciones que son comunes a un grupo. Así existe un concepto de comunidad que indica que sus individuos establecen diversos nexos que los mantienen unidos. En el seno de las actividades de índole intelectual de la cual nos ocuparemos en gran parte en esta investigación, igualmente surgen este tipo de relaciones constitutivas de comunidad, vale decir de relaciones entre individuos que comunican un conjunto de mensajes en el que se transportan ideas, creencias y reglas que activan sus procesos de construcción de saber.

El sentido de comunicación rige entonces a la comunidad, de este modo, unos conjuntos de categorías nos permiten acceder a distintas caracterizaciones de lo que esta es, a saber: Existen comunidades de sentido (Berger y Luckmann, 1997); comunidades interpretativas (Fish, 1982) y en un sentido más específico vinculado a la práctica geográfica, comunidades de “científicos geógrafos” (Capel 1977 a y b).

En relación con los problemas geográficos, y cómo es observable en su historia antes y luego de la institucionalización del saber, los colectivos se disponían en redes de comunicación a través de las cuales fluían los mensajes y textos referidos a la extrañeza de los espacios otros que emergían de las exploraciones, o a los descubrimientos que propiciaban los viajes y expediciones. Las colecciones de datos y las informaciones obtenidas constituían un motor para la formulación de las nuevas teorías que los espacios y los lugares ofrecían al observador. También estimulaban el interés por las *Terrae incognitae*.

Por otro lado, estas redes no solo se disponían linealmente entre un autor y un lector, entre una emisión y una recepción lineal de los mensajes. Como sabemos desde Jauss (1976) el proceso comunicativo no implica una recepción pasiva de los mensajes, y los textos,

suponen cadenas de recepción y decodificación en los que se dan continuamente, relaciones de interpretación (Fish, 1982) de los que emergen nuevos sentidos y se propicia en consecuencia actitudes críticas que son condición de su movilidad. En tal sentido, los discursos geográficos remiten en tanto que parte de la comunicación a un público, podemos hablar entonces de una geografía de la recepción que explica la explosión del gusto paisajista y por las aventuras ambientadas en el trópico, lugar de lo posible y lo asombroso en el siglo XIX.

Cuando observamos los panoramas complejos de las comunidades interpretativas y de científicos que surgen del proceso de ampliación del mundo, tomamos conciencia de la explosión de libros y de lecturas que los espacios geográficos provocaban. Una situación de circulación de conocimientos fue favorecida por el auge de la imprenta (Burke, 2002) y de las literaturas de viajes. La complejidad de las narrativas viajeras consiste en que no configuró un patrimonio exclusivo de la ciencia, la literatura contaba con una amplia tradición de narraciones de viajes, pero también la misma pintura y los grabados contenidos en los libros de viaje poseían sus propias genealogías y funcionaban como otros tantos dispositivos de la imaginación geográfica. El lector europeo y americano no era un espectador, un receptor pasivo. Revisado su rol a la luz de una teoría de la recepción de textos geográficos y formas de lectura y de prácticas científicas, podemos suponer la apertura de un mundo complejo de interacciones que creaban las condiciones para el surgimiento de novedosas comunidades interpretativas y de comunidades de científicos geógrafos que se aglutinaban en torno a las sociedades geográficas o de ciencias naturales, o vinculados a los propios movimientos geopolíticos de imperios y naciones.

En un plano menos academicista, una amplia gama de consumidores de narraciones viajeras, expresaban la creciente recepción de este tipo de género en los espacios públicos, es decir, en un espacio en donde se tejía la imaginación por los lugares. Partiendo de Burke (2002), y Saldaña, (edit. 1986), la realidad social redefine las relaciones de conocimiento entre centro-periferia, pero también en los participantes de esa comunidad lectora dentro de un complejo flujo de informaciones y de construcción de ideas fruto de la interacción bidireccional y no meramente unívoca como suponía el discurso hegemónico de la ciencia.

Los estudios que nuevamente preguntan por el papel de los actores que se vinculaban a través del espacio Atlántico y del Pacífico con respecto a América y los continentes ribereños, implican un rechazo a la visión unidireccional y convencional de lo moderno. Esto no significa la supresión en función de una consigna de que la modernidad ha sido negada por una idea de atraso. Al contrario, la idea de modernidad alternativa o de modernidades múltiples de Beriain (2005) y Eisenstadt (2000), produce una apertura a los contextos en el que los conceptos circulaban, eran leídos y aplicados en distintas comunidades.

En el proceso de expansión de las escalas geográficas del conocimiento se produjo un proceso activo en el que concurrían múltiples actores cuya disposición espacial, buscaba

“Ensamblar lo local y aislado con lo abstracto y abierto, [que], se hizo un procedimiento estándar” (Lafuente, 2012: 135). La importancia de todo esto radica en que comenzó a gestarse una visión genuinamente global, un sistema mundo. Sin embargo, lejos de dibujar un conjunto de situaciones ideales de comunicación, Lafuente plantea que fueron los disensos y no los consensos los que determinaron las “nuevas conexiones entre espacios, ideas y sujetos” (*Ibidem*: 136-137). Estas conexiones que implicaban movimientos sobre el espacio y giros radicales en la historia muestran según el carácter contingente del orden establecido y en consecuencia de la propia historicidad de las comunidades de saber. La comunicación fluía y se bifurcaba en las múltiples posibilidades que el roce comunicativo suponía para el avance del conocimiento y su apropiación.

Entender entonces la constitución del texto espacial del Orinoco, de su cronotopo narrativo; supone en nuestra propuesta de estudio una localización de la producción de saberes con filiación espacial y una revisión de su articulación con la práctica del viaje como un desplazamiento del observador cuya preocupación dio origen a comunidades interpretativas y comunidades de geógrafos (Livingstone 2002, 2004; Pimentel, 2003). Esto en dos grandes momentos del conocimiento geográfico: el previo a la institucionalización y el de la institucionalización. Sin embargo, bajo esta transición ligada a lo epistémico, otros discursos también posibilitaron construcciones de imaginaciones geográficas cuya consideración conduce a cómo situar la pregunta de la historia de la geografía en función de prácticas diversas y de allí, cómo tratar los documentos, una cuestión fundamental a la hora de aterrizar la teoría en su base empírica y en los registros con contenido geográfico.

En tal sentido, las formulaciones de preguntas fuerzan la búsqueda y consideración de documentos. De este modo, es importante atender la idea de Pierre George de que hay documentos que no siendo necesariamente geográficos deben integrarse en un estudio geográfico si las finalidades de ese estudio habilitan su consideración (George, 1973: 21).

Es así como el corpus que hemos recogido no se limita a textos de intención expresamente geográfica, sino a textos literarios, imágenes, pinturas, fotografías que articulan visiones del paisaje, diseñan un territorio e imaginan al hombre y a la sociedad en un espacio cuyo sentido geográfico se contiene en sus descripciones y en sus lenguajes espaciales surgidos del propio contacto con esa exterioridad en la que transcurre su vida y en las que se construyen los sentidos.

Las imágenes entonces fluyen, contienen mensajes, hablan de un régimen de la imaginación que se juega en el doble deslizamiento de encuentro y desencuentro de la diferencia y la repetición, de un hacer y deshacer dentro de un “horizonte móvil” como diría Deleuze (1988). Sin embargo, a pesar de que constituyen patrones como por ejemplo sucedió con los paisajes del XVIII y XIX o con los lugares comunes de la literatura de viajes; cada una interroga un sentido del lugar que es destino de llegada y de salida, de forma y de sentidos diferentes que dependen del momento y del contexto de enunciación y recepción.

La imagen geográfica del Orinoco, la cronotopía que le orienta y organiza en los discursos geográficos se alimenta de estos procesos polifónicos que universalizan o globalizan los lugares, transformando de este modo, la propia concepción del mundo. La geografía se construyó a partir de estas experiencias.

2.3. El paisaje como campo de interacciones.

El paisaje, como parte concreta de un espacio, se muestra también como representación y como materialidad. En este sentido comporta una dualidad que es causa de conflicto. En esta investigación tratamos de conciliar esas diferencias. Si bien ambas pueden distinguirse por un referente material y otro imaginario. La apuesta a la concepción de la imaginación y lo imaginario que atraviesa la investigación ubica al paisaje como un campo de interacciones. Un espacio puede ser forma física cuya materialidad puede ser el producto de la naturaleza, como también un paisaje en el plano de la cultura, está modelado por significados y por sentidos. La interacción entre forma y contenido es clave en este trabajo al igual que lo es la articulación entre materia e imaginación.

La doble relación, ambivalente y tensional, surgida entre las posturas paratácticas y las posturas liminares (Turco, 2010), en las que podemos ver la propuesta del progreso y la propuesta de la estética naturalista, de lo objetivo y de lo subjetivo, es una de nuestras premisas pues remite a un campo en el que es posible ver u observar las interacciones visibles y no visibles. A ella puede agregarse otra que se sitúa un poco más en el problema de la experiencia espacial y temporal. Esta tiene que ver directamente con la idea de modernidad múltiple y, en consecuencia, como una visión no lineal ni subalterna de la historia, sino crítica y en tensión. El sujeto productor de conocimiento vive su experiencia de modernidad no solo en relación con el mundo organizado en la ciudad, sino que paradójicamente vive su experiencia de modernidad en los paisajes naturales a los cuales acude para “respirar”, “investigar” e interrogarse de nuevo sobre el mundo y sobre su lugar en el mundo. Esta espacialidad de la experiencia entre dos mundos en contacto y en choque, es clave para entender la emergencia y la función de los imaginarios geográficos derivados de viajes y exploraciones en el trópico suramericano.

La idea plural del paisaje va de acuerdo con esa propuesta de las altergeografías y del cronotopo como lugares de reflexión, imaginación y producción de modos de saber geográfico. El paisaje es pues polisémico. La relación entre el observador y la materia resultante de relaciones espacio temporales permiten situar la realidad como un tercer espacio que remite al cuerpo, al mundo físico y a las formas de percibir y pensar el espacio; es decir, en la dimensión en la que se inscribe cualquier significado del paisaje que implica un “desde dónde” y “en dónde”, es decir desde un lugar y una movilidad; y en un lugar y una estabilidad relativa, es decir en la visión construida en los desplazamientos y en las llegadas y partidas.

El paisaje transporta una particular “geosensibilidad” (Cunill, 2007) posibilitada por el impacto en los sentidos, de la naturaleza y el posible uso de sus recursos, o de los aspectos del lugar en la mirada, movilizandando la acción humana sobre los recursos y construyendo nuevas relaciones de valor. El paisaje también constituye un fuerte nexo emotivo de identificación con el lugar que es vivido y percibido, en consecuencia, también es objeto de modelados por las prácticas culturales y de los individuos (Tuan, (1990 [1974])).

El paisaje en tanto que parte del espacio, configura posibilidades, remite a un imaginario y a una materialidad en relación. Plantea también las relaciones cognitivas y las relaciones corporales centradas en la movilidad y sensibilidad del observador o del que transita o habita un espacio que explican las prácticas. “Lo móvil expresa prácticas que son centrales en nuestra experiencia de mundo, desde prácticas de escribir, de sentir y caminar. Nuestras movibilidades crean espacios y narraciones – historias (narraciones) espaciales”. (Tim Creswell, P. Merriman, 2011: 5). Así tenemos que la narratividad construye un texto que nosotros asumimos como espacial, es decir, como resultante de desplazamientos del cuerpo y de producciones de sentido e imaginación; fundantes de la imaginación geográfica que organiza el mundo. Al respecto, Merleau-Ponty señala que “El propio cuerpo está en el mundo como el corazón en el organismo: mantiene continuamente en vida el espectáculo de lo visible, lo anima y lo alimenta interiormente, forma con él un sistema” (1994: 219).

Es innegable entonces que la construcción de lo visible está ligada al cuerpo: que se ve a sí mismo en interacción con lo que está observando. Aquí la paradoja -según Merleau Ponty-, se muestra como desborde de la segmentación cognitiva del espacio, como reconocimiento sensible del mundo (1986:16-17). De este modo, el desplazamiento en un espacio implica no solo un mero recorrido, sino una interacción o “recruzamiento” (Ibídem: 18), un intercambio constituyente que se da entre “el vidente y lo visible” (las cosas, el paisaje físico). Distintos dispositivos contienen esta relación, las ilustraciones, las pinturas establecen, por ejemplo, esa especial conexión del cuerpo y lo visible. Aquí se constituye lo sensible, vale decir lo que veo y siento; la geografía que, en ese instante de contacto, es un recorte de la totalidad, una percepción de su particularidad, también, es en una conexión mayor, general, que explica el mundo que es vivido como una presencia como un *pathos*.

De aquí, según el fenomenólogo, se desprende otra relación paradójica que constituye la realidad de la imagen, el dibujo, el cuadro y su valor, “Son el adentro del afuera y el afuera del adentro, que hacen posible la duplicidad del sentir, y sin los cuales nunca se comprenderá la casi-presencia y la visibilidad inminente que constituyen todo el problema de lo imaginario.” (Ibídem: 20).

No hay pues una negación de la realidad física, sino un pensar la realidad como dinámica instituyente entre “el vidente y lo visible”. En el plano del arte, la interrogación se da entre el pintor y lo observado. Merleau Ponty, usando el ejemplo de la montaña, señala que esta se deja ver en su complejidad por el pintor que la interroga con su mirada (Ibídem: 23),

pero dicho encuentro es también afectación del entorno sobre el observador, tal y como muestra correlativamente con el ejemplo del bosque que parece mirar (Ibídem: 25). Aquí radica esa doble interacción en la movilidad y su fijación relativas al vidente y lo visible que está capturado en el espacio del cuadro y en el del cuerpo del vidente que es “el grado cero de la espacialidad” (Ibídem: 44).

El espacio entonces para Merleau Ponty es una red de relaciones entre objetos que están dispuestos alrededor del observador y que este los cuenta o narra sabiéndose parte de ellos.

El plano de las prácticas de construcción imaginaria provenientes de la experiencia del espacio material en el decurso de un viaje, o ficcional en la construcción literaria de espacios imaginados usualmente ubicados en las periferias o márgenes de las geografías profundas, conforman un carácter doble; se disputan la verdad como posturas antitéticas, por ejemplo la literatura y la ciencia, pero también son de carácter recíproco y se organizan como un cronotopo que estructura la imagen geográfica de lo verosímil en función de ciertas ficciones que hablan de prácticas y de geosensibilidades.

Un llamado de atención sobre los límites naturales de la ficción en relación con los entornos a que refiere, permite releer en un contexto relacional, a la escritura y a la naturaleza. Las ficciones literarias recurren a metáforas o construyen lugares a partir de elementos realmente existentes en la naturaleza expresados en una compleja relación entre palabra y tierra, entre texto y lugar (Howarth: 55, 57). En esta conjunción se organiza el tercer espacio en el cual la cualidad semántica es producida. La construcción del paisaje contiene en sí misma una práctica corporal que refiere a una cultura visual que recae obviamente en el cuerpo, en el espacio, y a dispositivos cuya función se contiene en las imágenes socialmente compartidas cuya explicación debe situarse también en una perspectiva del régimen de historicidad vinculada a la formación de la nación y del régimen de geograficidad que remite a la construcción de territorialidad de esa nación. Sin embargo, hay actos que anteceden a la diseminación social de la imagen, de su aceptación y recepción, estos tienen que ver con el tiempo presente de esos pasados de espacialización de los lugares. Esta lógica muestra la relación con el pasado geográfico contraria a una visión convencional, cerrada y solamente fáctica del mismo. En este sentido la hermenéutica del sujeto abre otras dimensiones.

El paisaje puede ser definido como naturaleza, pero al decir definición suponemos una mediación humana, ello supone un ejercicio de producción semiótica entre el signo cultural y el entorno que se observa y practica, que es real y, se puede percibir en un primer momento a través de los sentidos. En un segundo momento y como operación geográfica, se organiza de modos diversos: Mapas, cuadros, ilustraciones, fotografías, narraciones, descripciones, etc. hacen referencia a un espacio y a unos lugares y emplazamientos que puedo visualizar para hacerlo manejable dentro de un esquema de representación y de conocimiento.

En el trópico, ficciones y realidades construyeron una particular relación visual con el paisaje que se juega como espacio paratáctico y como espacio liminar según propone Angelo Turco en “figuras narrativas de la Geografía humana” (2010). Para Turco, el espacio paratáctico invita a considerar el orden; a tales fines cosifica, establece causalidades y continuidades. El espacio liminar remite a las formas espaciales y combina lógica y sentimiento, en cierto sentido, este espacio se va hacia el borde de la experiencia, se coloca frente a lo normado y descubre las riquezas del cambio y de lo multívoco.

El paisaje en tanto que componente del espacio puede ser explicado en estas dos dimensiones que implican la necesidad de informar, clasificar y controlar, y la dimensión estética activada por los contactos y tránsitos espaciales en los que se producen significados e imaginarios.

La interacción de lo paratáctico y lo liminar, explican la relación material y concreta con un paisaje que se ofrece a la acción humana de transformación; a la elección en el espacio, y refiere a la relación de dominio que se deriva de esta, pero que también es el producto de una poética espacial que está mediada por emociones y expresiones creativas, por efectos de presencia. Es decir, se presenta interactivamente como una compleja relación con los lugares. Allí, radica su capacidad de invención y la condición de operatividad de la imaginación geográfica.

Toda consideración del paisaje -si apunta a la reflexividad crítica-, debe considerar varios momentos que aumentan o reducen la complejidad, es decir, la acumulación de tiempos y espacios en términos de las semánticas que concurren y dan forma a la imagen de una región o de forma más concreta, de un lugar producto de la aceleración de los contactos y de los flujos. En una operación de segundo orden, esto remite al texto en el cual se contiene una organización espacio-temporal de la geografía que debe ser interrogada como relación o yuxtaposición mediadas por la subjetividad y la objetividad.

De este modo, el pasado geográfico deja de ser cosa cristalizada y lejana para reactualizarse sobre la tensión que el paisaje significa, pues, el paisaje connota representación, pero también una exterioridad que se hace presente y está sujeta a conservación o cambio en una dinámica que enlaza producción, circulación de imágenes, operaciones selectivas y memoria del paisaje (Schama, 1995; Lowenthal, 1975).

En un cierto modo, nuestra imagen actual resulta de una interacción y una tensión entre las experiencias del pasado y las experiencias del presente gobernadas por cambios que acontecen en los flujos, en el trabajo y en los cambios en el plano de la cultura y los imaginarios geográficos que la sostienen y que conectan los espacios y lugares en tanto que parte física de una experiencia de contacto.

Los paisajes fueron globalizados por distintos discursos, así tenemos que la ciencia mostró un tipo de paisaje, la nación mostró otro, la literatura y la pintura también produjeron narrativas paisajísticas que integraron una imagen geográfica del Orinoco. Esta imagen fue el

producto de distintas experiencias del espacio y los lugares. Todos los esfuerzos del conocimiento que pretendemos mostrar sobre el espacio geográfico del Orinoco convergen en la naturaleza y la cultura como campo estético y como materialidad, pero siguen modos de explicación y resolución distintos en torno al Orinoco, y allí es en donde radica la diferencia. Sin entrar en mayores explicaciones, cabe preguntarse:

¿Qué es? y ¿qué significa el paisaje para viajero del siglo XIX y el del XX? ¿Cómo traduce y produce el paisaje? ¿Qué función cumple en la articulación del territorio? ¿Cuál es su valor en términos de la producción y reproducción de imágenes que se hacen globales al calor de los flujos vectoriales de los viajes que tejen redes de comunicación del mundo?

Como señala Bonnemaïson, “El paisaje es la liga, el vínculo, el lugar de una reunión y una sensación casi sensual entre el hombre y la tierra” (1981: 256). Es un dispositivo que es reactivo a los contactos, que se encuentra mediado por la mirada, pero también, por la observación interesada en la explotación de los recursos o en el recurso mismo del paisaje. Ello no excluye un valor estético que también mueve a los hombres y es anclaje de la imaginación geográfica que organiza el cronotopo de un espacio geográfico.

Los paisajes se mueven en varios niveles de aprehensión por parte del observador, unos refieren a lo esperable y otro a lo no esperado, es decir a un porvenir que se imagina a partir de las condiciones que el paisaje físico suscita en términos de promesa o de incertidumbre ligada al espacio del deseo. Sobre los dos cae una expectativa y una emoción que la reviste de una especial cualidad de la cual -en tanto que fenómenos-, no se pueden desprender pues enlazan forma y contenido.

De este modo el observador no es neutral, sino que proyecta en los objetos y modela en él imágenes que detienen o inmovilizan los procesos de imaginación y de desplazamiento del cuerpo que encarna a la cultura y a una sociedad. Construye pues significados situados y organizados narrativamente bajo lenguajes diversos referentes a espacios y lugares. Construyen una imaginación geográfica que se mueve entre equilibrios y desequilibrios del sentido que revisten las relaciones del hombre y la Tierra.

La imagen geográfica y su cronotopía geográfica en sentido amplio y dentro de una perspectiva anarquista inspirada en Reclus (1913 [1905-1908]), es un producto o una construcción con muchos trabajadores diseminados por todo el globo terráqueo.

Segunda Parte.

El Soberbio Orinoco: viajes, ciencia e imaginación geográfica, 1799-1951

Capítulo III

Teología natural y ciencia ilustrada

La naturaleza local y global de un saber geográfico en los espacios tropicales del río Orinoco

“Geography has meant different things to different people at different times and in different places” D. N. Livingstone, *The Geographical Tradition: Episodes in the History of a Contested Enterprise*, p. 7

3. 1 El Orinoco entre Ciencias. Teología natural y ciencia ilustrada

Durante el siglo XVIII una serie de espacios geográficos localizados en zonas periféricas del continente americano se convirtieron en los lugares privilegiados de dos experiencias confrontadas: la de los misioneros y la de los funcionarios y científicos ilustrados. Los primeros ya tenían tiempo construyendo su tradición de saber en las misiones, usualmente áreas fronterizas de carácter especial en la administración de los bordes imperiales. Los segundos, suponían un nuevo tipo de viajeros, ilustrados e impregnados en muchos casos de las prácticas administrativas de una nueva burocracia que buscaba una mayor eficiencia del Estado, el imperio y los territorios sometidos a su dominio, una cuestión que se relativizaba en América, pues muchas zonas como las vinculadas a la cuenca del río Orinoco aún no eran conocidas y presentaban una geografía difícil para la penetración.

Estos actores rompían con la tradicional visión territorial, construyendo un nuevo tipo de percepción geográfica más encaminada a una racionalización del dominio en espacios interiores, usualmente vinculados a una geografía caracterizada por obstáculos naturales y por la presencia de etnias en resistencia. En tales circunstancias, la formación de ideas precisas convertía a la experiencia del viaje en la práctica fundamental de la construcción de una autoridad de saber sobre el espacio.

Investidos de un espíritu de empresa en la transición entre dos formas de concebir el mundo, estos observadores del espacio geográfico expresan la dialéctica de emergencia de un nuevo orden internacional del conocimiento que había difuminado las imposiciones de la política preilustrada y del paradigma dominante de la teología natural que había filtrado la

visión de los espacios geográficos desde los llamados descubrimientos geográficos del siglo XV y XVI.

La relación del observador religioso con la naturaleza se articulaba bajo la representación de un libro en el cual se buscaban los signos de Dios inscritos en ella y que podían ser leídos. La naturaleza era el producto de una creación divina y se había mantenido invariable para el goce y aprovechamiento de los hombres. En este sentido:

La teología natural apuesta por la edificación. El hombre debe hacerse un piadoso lector del libro de Dios. Pues si el Creador le ha concedido cinco sentidos, es precisamente para magnificar el poder y la bondad divina. Los físicos-teólogos preconizan la observación empírica; la propia existencia garantiza la inteligibilidad de su obra. El Creador aprecia al científico que se aplica a discernir la significación religiosa de la organización de la naturaleza (...) La Creación estimula así esa empresa clasificatoria que Linneo llevará a su apogeo. En efecto, la sistematización revela el plan de creación. Así, entre la paciencia del coleccionista, la curiosidad del científico y la piedad del cristiano van a establecerse ahora estrechos vínculos (Corbin, 1993: 44. Cfr. también Deffontaines, 1948; Tyree, 2012; Cuevas, 2017).

Estos vínculos entre ciencia y religión formaban parte de las operaciones geográficas constitutivas de las prácticas que dieron lugar a la producción de una escritura geográfica con características muy particulares en el Orinoco en el siglo XVIII.

Frente a ello, la presión de las nuevas ideas, de la emergencia de una ciencia ligada al racionalismo que requería de un nuevo tipo de observador que respondiese a problemáticas diferentes referidas sobre todo a la planificación de ocupación, a una revisión de los recursos naturales existentes y al control efectivo de los territorios buscando un equilibrio entre control político y control económico. El discurso geográfico de este nuevo tipo de observador se orientará básicamente hacia el espacio paratáctico que está mediado por el ejercicio de la razón y la autonomía que esta fundamenta en torno a un espacio abierto a la acción del hombre y al dominio territorial. La naturaleza exigía un trabajo y este pasaba por una redefinición de su función articulada con la visión de dominio espacial.

La felicidad vinculada a un aprovechamiento material del espacio geográfico dentro de los horizontes de los nuevos observadores de la geografía americana, de los funcionarios españoles, no estaba en la utopía –ello pese a que, dentro del paradigma ilustrado emergente, la utopía en una de sus lecturas también jugaba un lugar como denuncia a la civilización. Paralelamente, dentro de la visión del orden político de las misiones, la organización espacial –sin dejar de lado la condición material-, se impregnaba en su imaginación geográfica de

tintes utópicos-, la felicidad estaba en el aprovechamiento de la naturaleza, en la posibilidad de proyectar.

Como se sabe, el movimiento de las ideas en el siglo XVIII produjo un cambio sustantivo en la consideración de la naturaleza y de las cosas del mundo que habían sido consideradas bajo el paradigma aristotélico y medieval que consideraba al espacio de forma cerrada, finita e inmutable. El espacio se transformaba en condición abierta para el despliegue de un nuevo ejercicio de la razón.

En este sentido, junto a la relación pragmática del ejercicio del poder en torno a nuevos modos de control de los territorios que impregnaban la relación del saber sobre el espacio, el trabajo intelectual de la ilustración, representado en la *Enciclopedia* impulsada por Diderot y D'Alambert y la idea de un “conocimiento razonado y universal”, jugó un papel determinante en la construcción de una idea de la naturaleza y del mundo. Abierta a una nueva experiencia cognoscitiva del lugar del hombre en la naturaleza, esta idea hundía su antecedente más cercano en la poderosa transformación de la idea de un universo abierto que se había ido abriendo paso en el siglo XVII (Koyré, 2000 [1962]). Sin embargo, estaba lejos de formar un solo bloque monolítico; la concepción de la naturaleza si bien se había distanciado de Dios, se repartía ahora en varias concepciones (Vid, Collingwood, 2006 [1946]). Un ejemplo de ello era la propia concepción de la Geografía que puede observarse en Buache y De L'Isle, en sus *Cartes et tables de la geographie physique*, para ellos, este conocimiento refería a tres caras: un saber físico o del estado de la naturaleza, un saber histórico y un saber astronómico o matemático (1757). La naturaleza configuraba entonces un dominio que en su distinción con respecto a la historia y, la astronomía y la matemática base de la cartografía, terminaba por asociarse en un campo de saber compartido por el trabajo del geógrafo en torno a una geografía general del globo. Pero más allá de lo simplemente descriptivo comenzaba a desplegarse un nuevo régimen de preguntas.

Diderot en *Pensées sur l'interpretation de la nature* (1992 [1753]) había dicho que la materia movía al mundo y que la filosofía experimental debía dar cuenta de las cosas a partir de datos concretos. La historia natural y civil se mostraba como un movimiento entre orden y desorden, entre revoluciones tanto en el mundo físico como en el mundo político y social. Diderot ejemplificaba el empeño de una comunidad por establecer un nuevo modo de conocer la naturaleza, por una “búsqueda de plenitud de lo real” (Cassirer, 1984:94). El libro de la naturaleza²⁰ inmutable había cedido su lugar principal a uno continuamente abierto a lecturas

²⁰ Sobre la idea de legibilidad de la naturaleza y su representación como un libro cuyos signos deberían ser percibidos, descifrados y leídos, (Vid Blumenberg, 2000)

cambiantes según cambiaba el libro de la naturaleza en la concepción del flujo de la materia que, observada en sus transformaciones y leyes, era el sostén del nuevo sistema propuesto por los ilustrados. Podríamos decir, que se había creado una frontera para el surgimiento de nuevas legibilidades construidas sobre el ejercicio de una experiencia espacial surgida del contacto con las geografías interiores y periféricas.

Para el nuevo paradigma de la razón, la ciencia debía dirigirse no a especulaciones sino a resolver los problemas de la vida. En este contexto, la referencia paradigmática de la filosofía expresada por Immanuel Kant (2010 [1781, 1784, 1788]) ocupa un lugar muy importante. Para Kant, la voluntad de la razón no se juega en la exterioridad de un poder divino, sino que recae en la razón misma y en sus operaciones de discernimientos humanos²¹. La razón orienta la acción humana en el espacio y en el tiempo; en tal campo de relaciones, la clave del progreso radica en darle estructura racional al “afuera”, usualmente el mundo físico que toma en consecuencia un lugar dentro del orden contingente de las cosas al considerarse como proyección de significados ligados a la interioridad (conciencia y entendimiento) y la corporalidad (campo perceptivo) en relación con un mundo material referido a la naturaleza, la Tierra y a la existencia, que se presentan como fenómenos sobre los cuales trabaja la experiencia en tanto campo posible de conocer las cosas y el mundo, así como de actuar en él²².

No obstante, y más acá de las especulaciones teológicas y científicas, aunque sin obviar su importancia, la relación territorial derivada de los procesos de exploración, penetración, reconocimiento y apropiación de áreas geográficas bajo la orientación de una idea del cosmos dado y ordenado por Dios; y otra dada y ordenada por la razón se encontraba en la poderosa figura de la monarquía y su concepción patrimonial del territorio. El territorio se representaba en el cuerpo del rey, quien ejercía la soberanía (Kantorowicz, 1985), de este modo, esta asociación: soberanía, territorio y monarquía, se traducía como un ejercicio del poder que organizaba todo, incluso el dominio territorial se convertía de esta forma en base ordenadora del cuerpo político y garantía de un bienestar construido desde arriba²³.

²¹ Kant había establecido una distinción entre la razón práctica y la razón pura que respondía no a una oposición estricta, sino a usos de la razón

²² Kant incursionó en el campo de la geografía con su texto de 1802, Geografía física, que era considerada como estudio de la tierra y del mundo, como un sistema natural de conexiones (Domínguez y Carlos, 2009; R. Hartshorne, 1991 [1958]). Coetáneamente a él, Hume, Diderot, Lamarck, Helvetius y el barón D'Holbach contribuirían a construir un nuevo campo reflexivo de la naturaleza.

²³ Recordemos que, desde el proceso de expansión europea acelerado a partir de 1492, las tierras nuevas se tomaban en nombre del Rey. Dentro del modelo absolutista el territorio era parte del cuerpo material de la monarquía que se sostenía por principios divinos y un pacto de bienestar garantizado por la monarquía que se va a acentuar más tarde con los cambios que acompañan al Estado absolutista del siglo XVIII ligado a la idea del “buen gobierno” y el adelanto de las artes y oficios.

Para entender este proceso de control del espacio, y de sus gentes ligadas a la idea imperial y a la idea de soberanía o control sobre la tierra y los lugares, Stuart Elden (2013) describe históricamente el concepto de territorio como una particular tecnología de soberanía que gira en torno a la apropiación de la tierra y el establecimiento de normas de control²⁴. De igual forma Kenneth Olwig (2002) señala que el paisaje y la naturaleza se construyen a través de diversas interacciones con el cuerpo político y con las ideas de país o de lugar que surgen de esas relaciones. Tal vez el cuerpo del soberano como señala Olwig, se concentra en una representación de un cuerpo en el espacio integrado por las gentes que lo habitan, es el caso de la paradigmática representación del Estado en el *Leviathan* de Hobbes. Esta relación que es según él “metadiscursiva”, enlaza las relaciones de paisaje, espacio, cuerpo y política en su forma de gobierno sobre un territorio. De este modo el paisaje/país era el lugar concreto del cuerpo político y sobre él se tejían significados y ejercicios del poder, una cuestión evidente, pero muy poco estudiada en el caso de la relación entre Monarquía hispánica y discurso geográfico en América.

Esta relación entre monarquía-Estado (cuerpo político) y territorio, se completa a nuestro juicio en la experiencia concreta e imaginada de los lugares, en las formas topológicas de construcción y representación del espacio ocupado o a ocupar, lo que se traduce en tensiones a la hora de mostrar informes y relaciones “verdaderas” sobre esos espacios que organizaban material e imaginariamente la geografía americana frente a una opacidad cuya angustia se disipaba mediante diversas operaciones ligadas a lo geográfico. La cartografía misma de América para el siglo anterior a las revoluciones de independencia etiqueta los espacios conocidos y no conocidos como dominios monárquicos. Es decir, da por supuesto mediante el ejercicio de la imaginación geográfica expresada cartográficamente el control de las *terra incognita* o de las “naciones no conocidas”. Esto se observa en la carga intencional de dominio contenida en muchos mapas del siglo XVIII vinculados a las cuencas del Amazonas y el Orinoco.

²⁴ Elden propone la arqueología conceptual exaltando lo griego y lo romano, la cual se consolida en el siglo XVII con efectos para la modernidad. La paradigmática frase de Leibniz al definir la soberanía como “who master of a territory” (Elden, 2013: 321), ocupa un eje significativo ligado a las cuestiones geográficas y políticas. El poder sobre el territorio implicaba también un ejercicio de nombrar y una gramática que permitiese traducir e incorporar a un lenguaje las cosas del mundo. En el caso del contexto imperial hispánico, la genealogía del poder del binomio lengua territorio podemos remontarla a la *Gramática de la lengua castellana* de Antonio de Nebrija (1492), que en el prólogo vinculaba este binomio dentro del horizonte de expansión del imperio en su larga duración de trescientos años. Nebrija además había compuesto una *Introductorium Cosmographicum* (1522) en la que se pueden rastrear las preocupaciones sobre el orden espacial de la Tierra en función de una geometrización y de una necesidad de conocer sus derroteros y características generales en la presión de los nuevos descubrimientos.

A este contexto de geografía política se suma la reconfiguración espacial de experiencias europeas y americanas que encontraron su movilización en el viaje y las exploraciones como la Geodésica hispano-francesa (1735-1744) y la Expedición de Límites al Maraón/Orinoco (1750-1760) alrededor de la primera mitad del siglo XVIII²⁵. Estas empresas, tendrían serias implicaciones para la institución de los discursos de racionalidad territorial sustentada en la utilidad y la rentabilidad (Lafuente y Mazuecos, 1987), así como de hegemonía y subalternidad en situaciones de colonialidad y de invención territorial (Mignolo, 2003; Rabasa, 1993), hasta llegar a importantes avances en el conocimiento del mundo interior, lo que permitió el reconocimiento o la emergencia de saberes locales que fueron ajustados o traducidos a la ciencia imperante (Lucena, 1999; Nieto Olarte, 2008).

En términos geográficos, la política del conocimiento no escapaba a una relación dialéctica. Por un lado, estaba controlada por decisiones centralizadas, ello tanto en la administración de la burocracia imperial con sus centros metropolitanos como en la administración Eclesiástica y misionera. Por otro lado, en la práctica, esta política era en algunos casos matizada o subvertida por las experiencias que acontecían en los espacios y los lugares que alteraban las concepciones que la imaginación geográfica central había construido. Se podría decir, que el imaginario geográfico organizado desde la tradición era sometido a prueba por los mecanismos de la imaginación geográfica situada, es decir, la imaginación confrontada con la biblioteca que portaba el observador, y la imaginación de las experiencias del espacio y los lugares que abría y escribía una nueva página para el acto de conocer.

Los efectos materiales y no materiales de estas disposiciones del saber sobre las relaciones de producción y organización de la escritura, y en consecuencia del conocimiento geográfico de orden global y local controlado por el imperio y sus agentes, implican una revisión de factores físicos y culturales como elementos fundamentales en la construcción de saberes y conocimientos espaciales de las periferias olvidadas, mal conocidas o inexploradas.

En este orden de problemas derivados de un cambio de interrogantes sobre prácticas y escrituras, Bleichmar propone que las expediciones científicas constituyeron proyectos de visualización que, a través de la circulación de imágenes y colecciones, transformaron a las naturalezas arraigadas y locales en naturalezas globales en movimiento (Bleichmar, 2008). Un movimiento acelerado que según Ottmar Ette (2012) amplía a fines del siglo XVIII las escalas

²⁵ Contamos con importantes estudios sobre estas dos expediciones y su relevancia para el contexto de la ciencia y de las historias de América, España y Portugal (Lafuente y Mazuecos, 1987; Lafuente y Delgado, 1984; Ferreira, 2011; Lucena, 1993, 1998, 1999; Ramos Pérez, 1946; Perera, 2006). Para el contexto general de las exploraciones hispánicas Pimentel, 2003 y 2008, Guirao Vierna, 1987, 1989).

de observación del mundo convirtiendo la concepción del mundo en una serie de espacios continentales crecientemente interconectados. Charles Withers (2007), a través de un conjunto de interrelaciones de los campos de la geografía, el arte, la política, la religión, la filosofía y las ciencias naturales, explora para el siglo XVIII el legado de la Ilustración y muestra como la geografía se convirtió en una ciencia que aportaba fuentes a las reflexiones filosóficas sobre el hombre y la naturaleza, y en otro plano, servía a la comprensión del desarrollo de la historia²⁶.

Paradójicamente, las relaciones espaciales de contacto (Pratt, 2010) y de organización política de los espacios geográficos ligadas a las construcciones territoriales de las misiones y de los nuevos discursos geográficos y asentamientos humanos hechos por los funcionarios españoles, proyectarán sus efectos en el siglo XIX, sobre todo en las políticas fronterizas (Weber, 2007); y en la construcción imaginaria de los territorios (Ángela Pérez, 2002). En otras palabras, la geografía de espacios interiores como los del Orinoco es el resultado, al menos -como demostraremos en este capítulo-, de una perspectiva compleja de geograficidad e historicidad de las experiencias espaciales del régimen de misiones y de las expediciones ilustradas. Su proyección en el siglo XIX dentro del periodo republicano y de articulación con el movimiento del saber poder liberal de la nueva modernidad, no fue destruida sino ocultada, silenciada o simplemente asumida, esto al menos en sus efectos materiales sin mayor discusión.

Por todo ello, dentro de los objetivos de esta investigación, el estudio de la producción de saberes geográficos en la Orinoquia en el siglo XVIII a partir de problemáticas localizadas e interceptadas por las concepciones de la geografía política dominante y las prácticas que la empoderan, configura una parte significativa ya que, en este período, se estructuró su primer gran texto espacial (Cuevas, 2012) con implicaciones para la comprensión de la geografía en dos sentidos: como fin de una tradición dominante controlada por letrados y misioneros religiosos, y como campo de un nuevo giro de cara a la modernidad emergente cuyos actores formaban parte de un movimiento vinculado de forma directa al espíritu de Ilustración.

La nueva imagen de la región del Orinoco investida de una atracción científica, económica, política y social, se proyectará más adelante, en la forja del sistema mundial que organizará las relaciones capitalistas e imperiales investidas de modernidad a lo largo del

²⁶ Para Capel en el contexto del siglo XVIII, la geografía fue perdiendo su vinculación con la ciencia matemática y al identificarse con la descripción de países se dirigió a una geografía particular reforzando también su vinculación con la historia a tal modo, que se subordinaba a ella siendo entonces “cronología y geografía los ojos de la historia” (Capel, 2003: 83).

siglo siguiente (Wallerstein, 2007; Harvey, 2008; Polanyi, 1992 [1947]; Lafuente, 2012, Godlewska y Smith, 1994). El régimen de historicidad y de geograficidad estará marcado por un nuevo horizonte de expectativas ligadas a la modernidad o cuando menos a su ilusión como porvenir. Bajo este régimen, las huellas de la producción de la imaginación geográfica del siglo XVIII y de sus prácticas territoriales.

En este orden de ideas, se interroga la relación existente entre ciencia, imaginación geográfica y experiencia espacio/temporal en la Orinoquia durante el siglo XVIII, cuestión fundamental para entender el periodo subsiguiente que va de 1799 a 1951, centro de esta investigación. Por ello, en primer lugar, se explicará el conflicto de interpretaciones, observaciones y escrituras derivadas de la práctica espacial, y, en segundo lugar, se expresará la conversión de la experiencia geográfica en texto espacial²⁷ que conducirá a la movilización global de los espacios regionales (Bleichmar, 2008) insertándolos en una nueva dimensión del conocimiento secularizado. Se revisan en consecuencia los siguientes aspectos:

- a) La tensión entre los “misioneros exploradores” y los “viajeros científicos” o viajeros ilustrados, dos categorías que en realidad reducen analíticamente una vasta gama de alteridades con implicaciones en la episteme geográfica de la Orinoquia. Esto supone un giro en los sistemas de representación narrativa y cartográfica cuyo contexto de reacomodos en la práctica espacial y en la geografía política serán impulsadas por las reformas borbónicas²⁸, las comunidades interpretativas y científicas de letrados y la experiencia de lugares y espacios como dimensiones fundamentales del giro perceptivo en el Orinoco.
- b) El papel constitutivo del cronotopo río/selva²⁹ de la cuenca del Orinoco en la producción de espacialidad y en consecuencia de saberes de índole geográficas (formas y funciones).
- c) El cambio de jerarquía en la autoridad del ver y el decir sobre un espacio. Un tránsito desde la mirada religiosa vinculada a una concepción de la naturaleza construida a partir de la ciencia de la teología natural, a otra mirada secularizada, de una economía de datos articulada a la noción de una naturaleza susceptible de interrogación científica y de representación

²⁷ El texto espacial como parte de la operación geográfica posee una doble naturaleza, por un lado, es producto de la experiencia de espacios y lugares, y por otro, se construye a partir de tradiciones y percepciones mediadas por la cultura de pertenencia en la cual el referente es modelado por la traducción y los procesos cognoscitivos de explicación, descripción, análisis e interpretación, representación e imaginación, entre otros.

²⁸ Algunos estudios desde el punto de vista estrictamente geográfico han profundizado el estudio de la relación entre políticas monárquicas, ilustración y espacio en el siglo XVIII (Vila, 1969; Glacken, 1996 [1967]; Moncada, coord., 2003; Livingstone y Withers, ed. 1999; Withers, 2007, Brendeke, 2016).

²⁹ La idea de un cronotopo vinculado al conocimiento geográfico obedece a un planteamiento teórico de construcción narrativa de tiempo y espacio que enlaza lenguaje, narración y texto con experiencia del espacio y los lugares, *Vid* al respecto las tesis de Bajtin vinculadas a la operación geográfica en los cap. I y II.

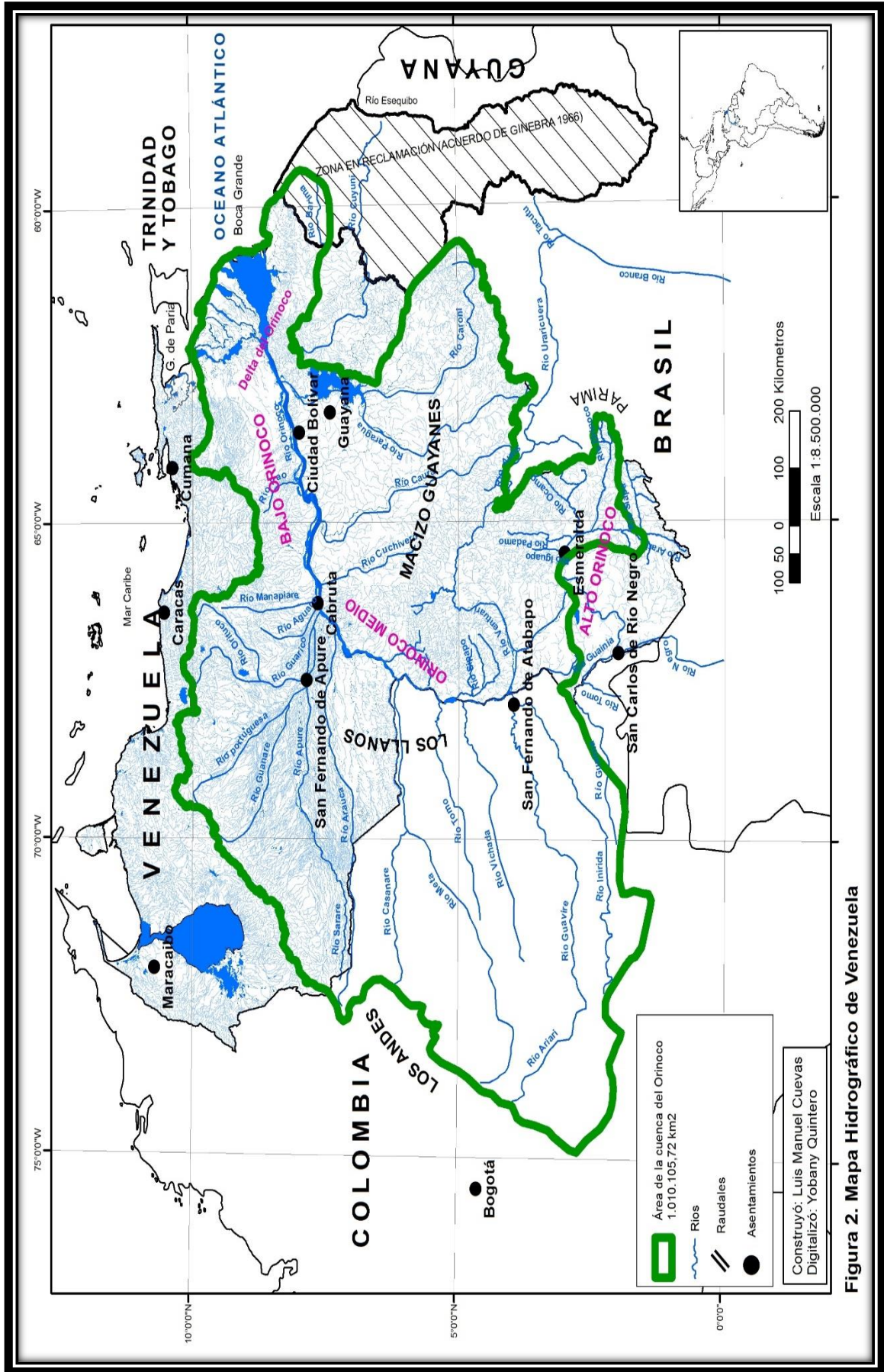
cartográfica que ilustra el cambio de relación del saber y el conocimiento geográfico ligados a una política de dominación territorial, y a una tecnología del saber aplicada a unos espacios con potenciales intereses geoestratégicos y geoeconómicos. Se organiza en este momento un espacio paratáctico que identifica recursos y dispone en series valorativas espacios, lugares y recursos.

3.2 Misioneros, exploradores y viajeros ilustrados. Los saberes geográficos, cobertura espacial y tensiones en el siglo XVIII

El río Orinoco se ubica en una vasta región geográfica de la parte norte de la América septentrional, conocida como la Orinoquia o Guayana (Figura 1), específicamente en lo que hoy sería la zona sur y sur oriental de Venezuela, y la zona oriental de Colombia, pues en uno de sus tramos el Orinoco se convierte en río limítrofe.

Posee una longitud de 2.410 km repartidos en cuatro tramos según se despliega su curso, esto desde su origen en el Macizo Guayanés, específicamente en la Sierra Parima, pasando por las llanuras del Casanare y del Orinoco hasta llegar al Delta. Tradicionalmente estos cuatro tramos son denominados: Alto Orinoco, Orinoco medio, el bajo Orinoco y el Delta con vertiente al Atlántico.

La región del Orinoco constituye una de las tres cuencas hidrográficas de mayor extensión, complejidad e importancia de América del Sur, compuesta por ecosistemas variados y contrastantes productos de sus condiciones de clima tropical o ecuatorial o tropical lluvioso, con selvas siempre verdes y vegetación de sabana en algunos de sus tramos. Su clima, no obstante, es modificado por la presencia de algunos relieves de importancia como el Escudo guayanés compuesto de sierras, tepuyes, peniplanicies y llanuras; a lo que se suman los vientos alisios cuyos movimientos producen la convergencia intertropical que explica la complejidad de los ciclos hidrológicos en la zona y la relación con los aumentos o decrecimiento de los caudales de agua de la extensa red hidrográfica del Orinoco, lo que da lugar a un conjunto de paisajes singulares que tienen en el río y la selva (aunque también las sabanas, sierras y llanuras como componentes fisiográficos de la cuenca) su principal conjunto natural de articulación. (Figuras, 2 y 3). Este espacio geográfico del norte de la América del Sur se constituirá en un campo de observación y experimentación de una nueva percepción y consideración geográfica que en el siglo XVIII obliga a preguntarse por la naturaleza de la naturaleza cuyo camino hacia el interior de los continentes y en las interconexiones oceánicas habían abierto los Enciclopedistas.



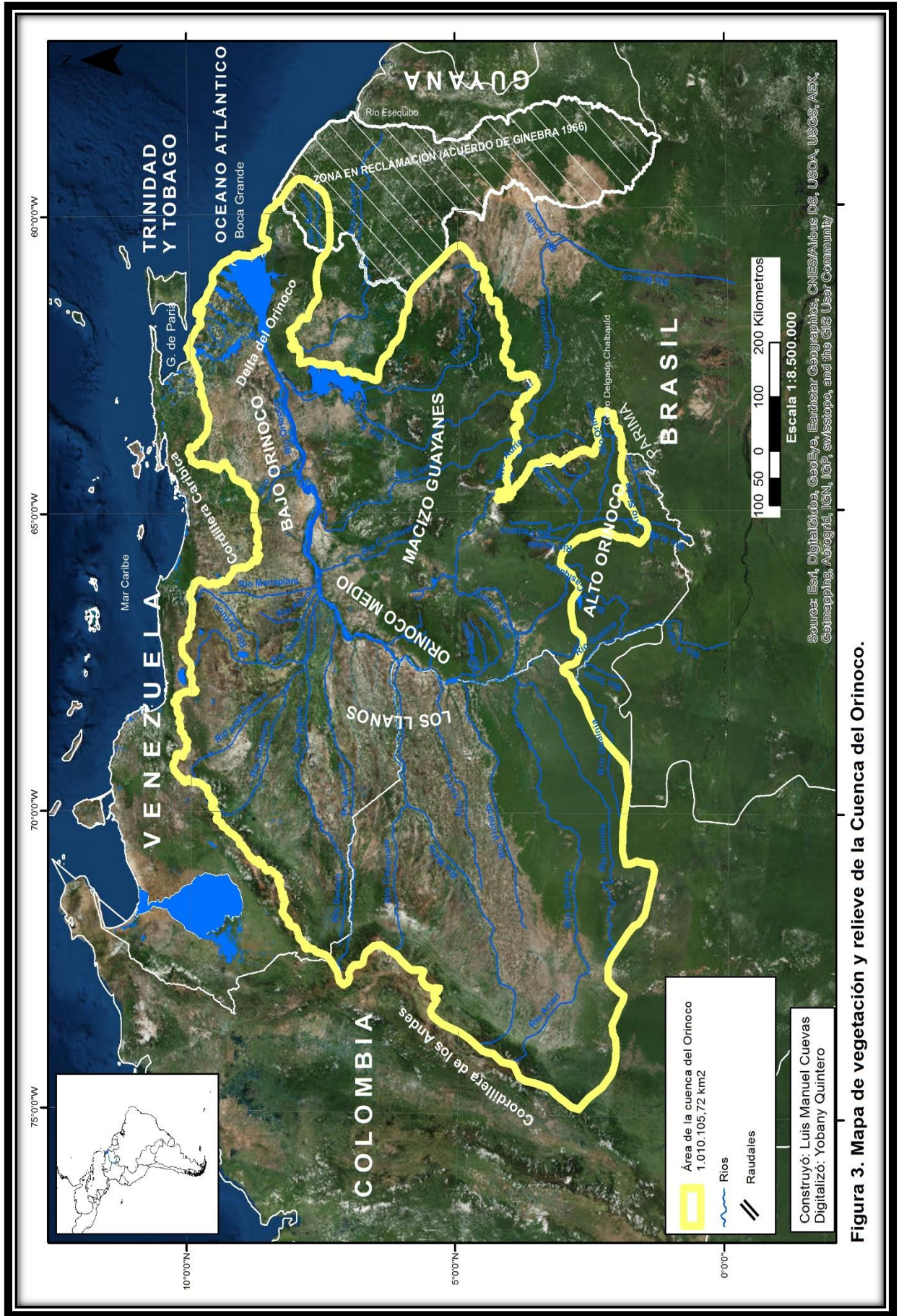


Figura 3. Mapa de vegetación y relieve de la Cuenca del Orinoco.

Un problema epistémico que en la “Geografía Histórica” registra abriendo el siglo XIX Gaspar Melchor de Jovellanos, intelectual y académico de la emergente intelectualidad ilustrada española:

El conocimiento de la naturaleza es el fin a que se encaminan todas las ciencias; pero el hombre no puede subir a este acontecimiento sino por el estudio del planeta donde tiene su morada, y por el examen de las relaciones que le enlazan con el gran sistema del universo. (G. M. De Jovellanos, 2001[1800]: 245).

El Orinoco en el siglo XVIII se presenta en su mayor parte como zona desconocida, especialmente en los espacios interiores de la Guayana, el Alto Orinoco y las tierras de la margen Sur del Orinoco medio consideradas durante largo tiempo como *terra incognita*. Hasta este siglo dos problemas son dominantes, se ignora su relación con la cuenca amazónica y las fuentes del río no se conocen. El Orinoco como espacio del deseo³⁰ no será sólo el del conocimiento de la ciencia y de sus respectivas comunidades de científicos, sino paralelamente, el de disputas territoriales entre diversos actores imperiales del momento: holandeses, franceses, suecos, portugueses y hacia la tercera mitad del siglo XVIII ingleses. Junto a ellos, un grueso grupo de etnias en resistencia como los caribes, guaypunaves, otomacos, lolacas, maquiritares, waraos, sálivas, Guahibos y yanomami, entre otros.

El Orinoco se presenta en el plano de la geografía política como un espacio fragmentado y en disputa que sería visto desde una perspectiva misionera e ilustrada como el lugar a convertir, a controlar, transformar y dominar dentro de dos campos de sentido que se yuxtaponen, el de la fe y el del imperio. Una especie de ortopedia geográfica sobre el cuerpo físico (geografía física) y el cuerpo humano (geografía humana), campo de una serie de estrategias que se explican como un producto de las ideas y de las coberturas espaciales³¹ hechas a través de una serie de exploraciones cuyas rutas entre 1754 y 1783 pueden observarse más adelante en las figuras 4, 5, 6 y 7.

³⁰ Por espacio del deseo entendemos un espacio geográfico de atracción para las exploraciones y reconocimientos en determinadas áreas, o los itinerarios que se siguen en ellas impulsadas por una búsqueda en función de un horizonte construido por la imaginación geográfica. Esta categoría se liga en cierto modo a las tesis de *terra incognita* (Wright, 1947) y de una orientación fenoménica e imaginaria hacia un espacio otro, o espacio del deseo (De Certeau, 2004).

³¹ Por cobertura espacial entendemos el desplazamiento físico del observador y su experiencia de espacios y lugares. El movimiento del cuerpo producto del viaje se traduce en una confrontación de las percepciones y los preconceptos, y la emergencia de otras formas de observar y valorar la geografía experimentada.

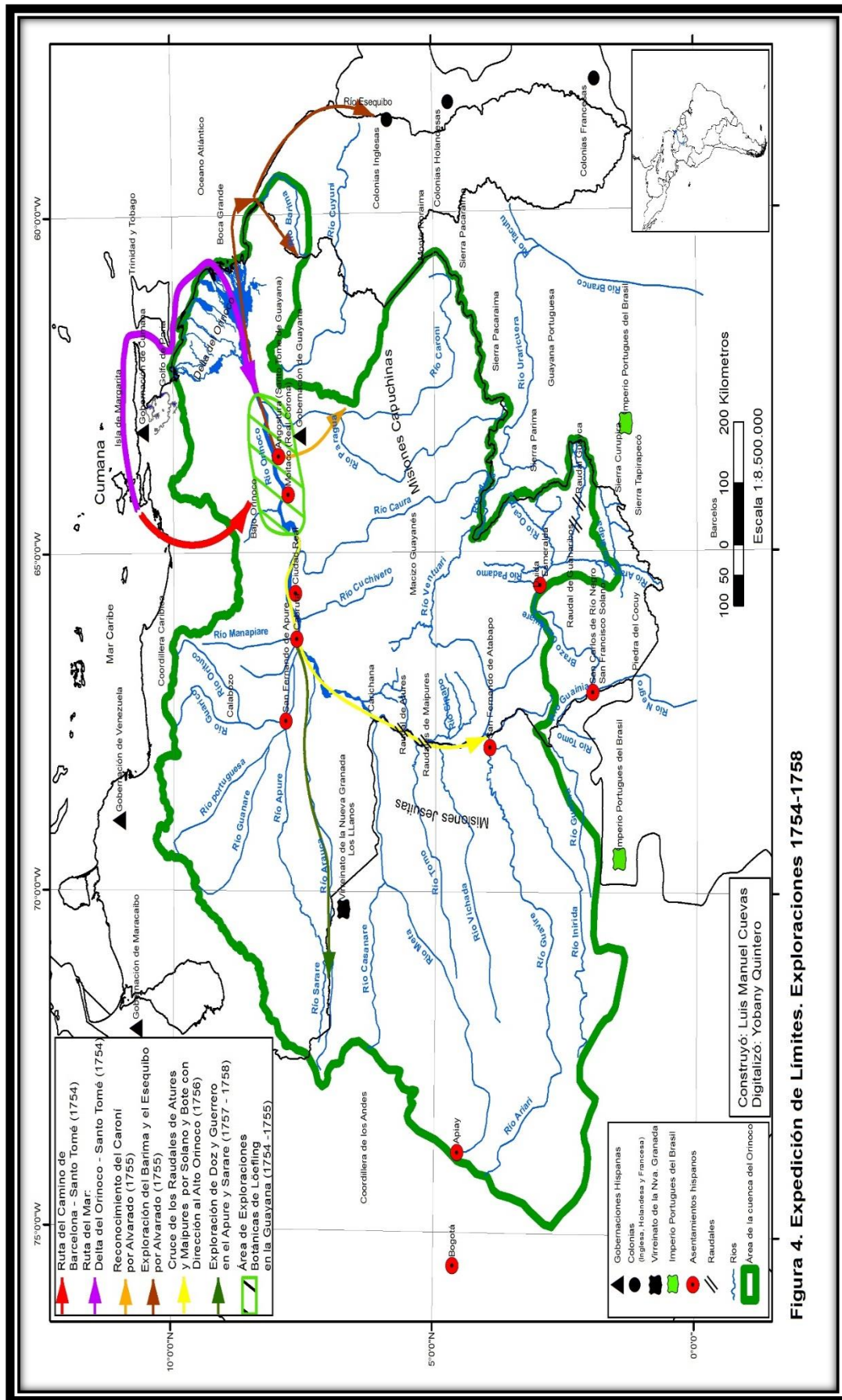


Figura 4. Expedición de Límites. Exploraciones 1754-1758

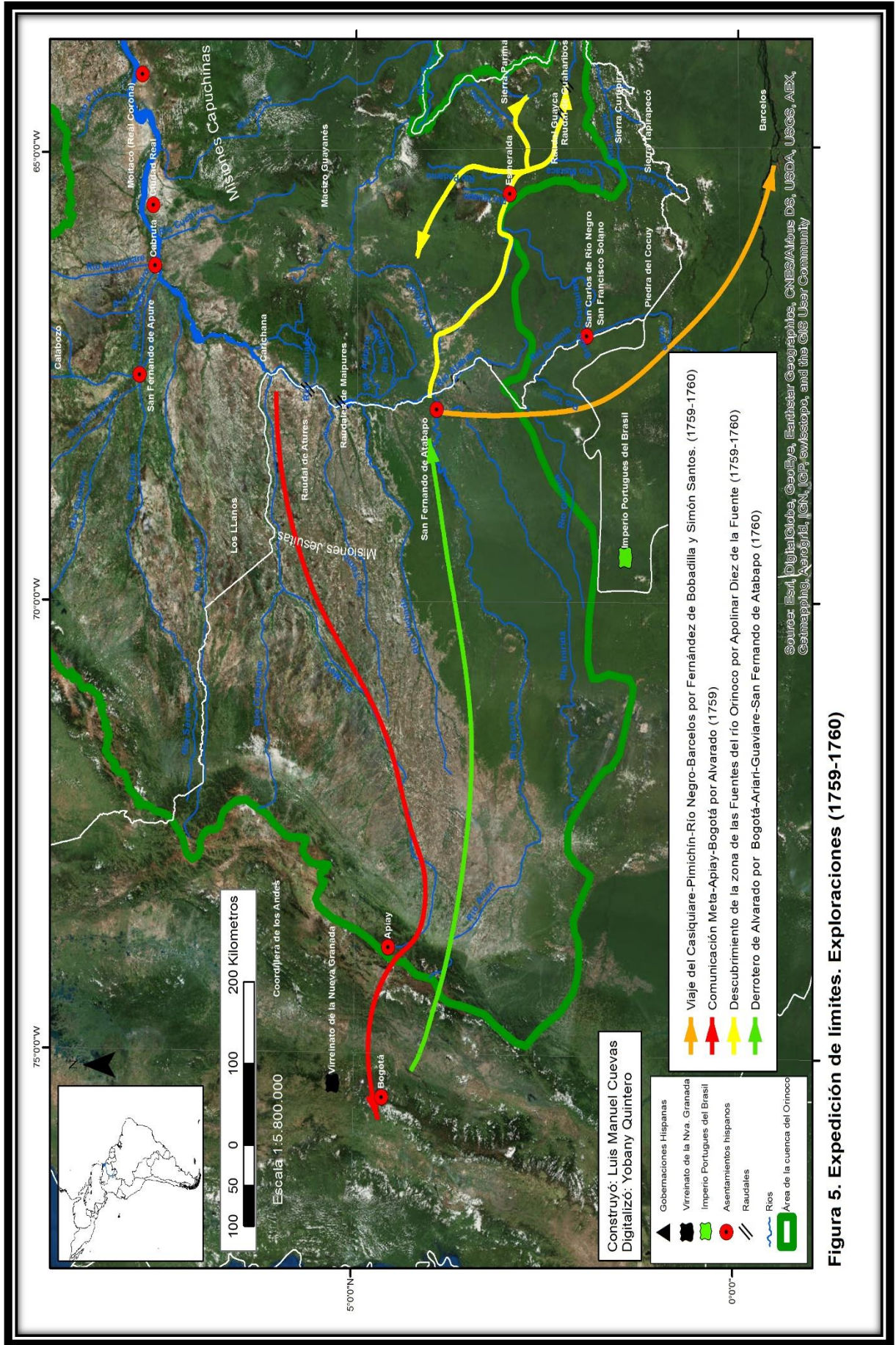
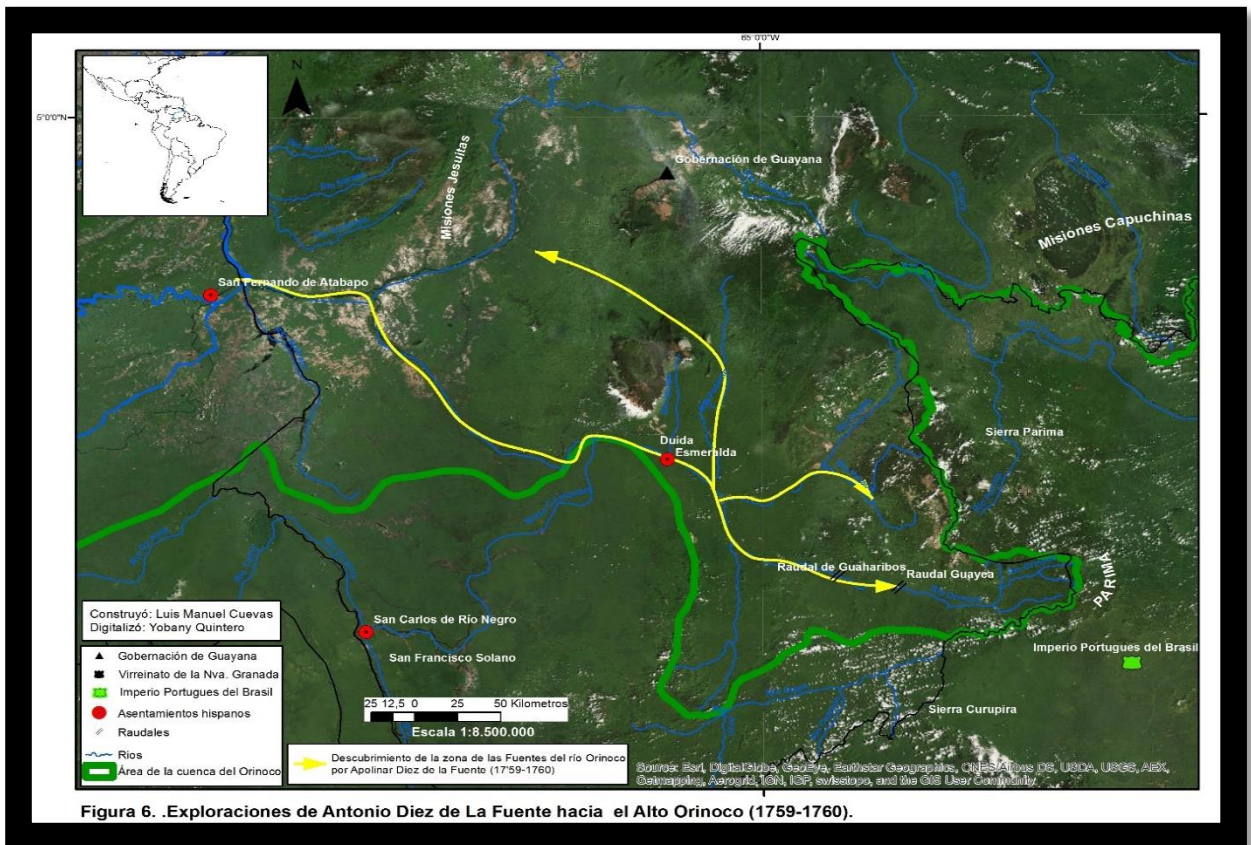
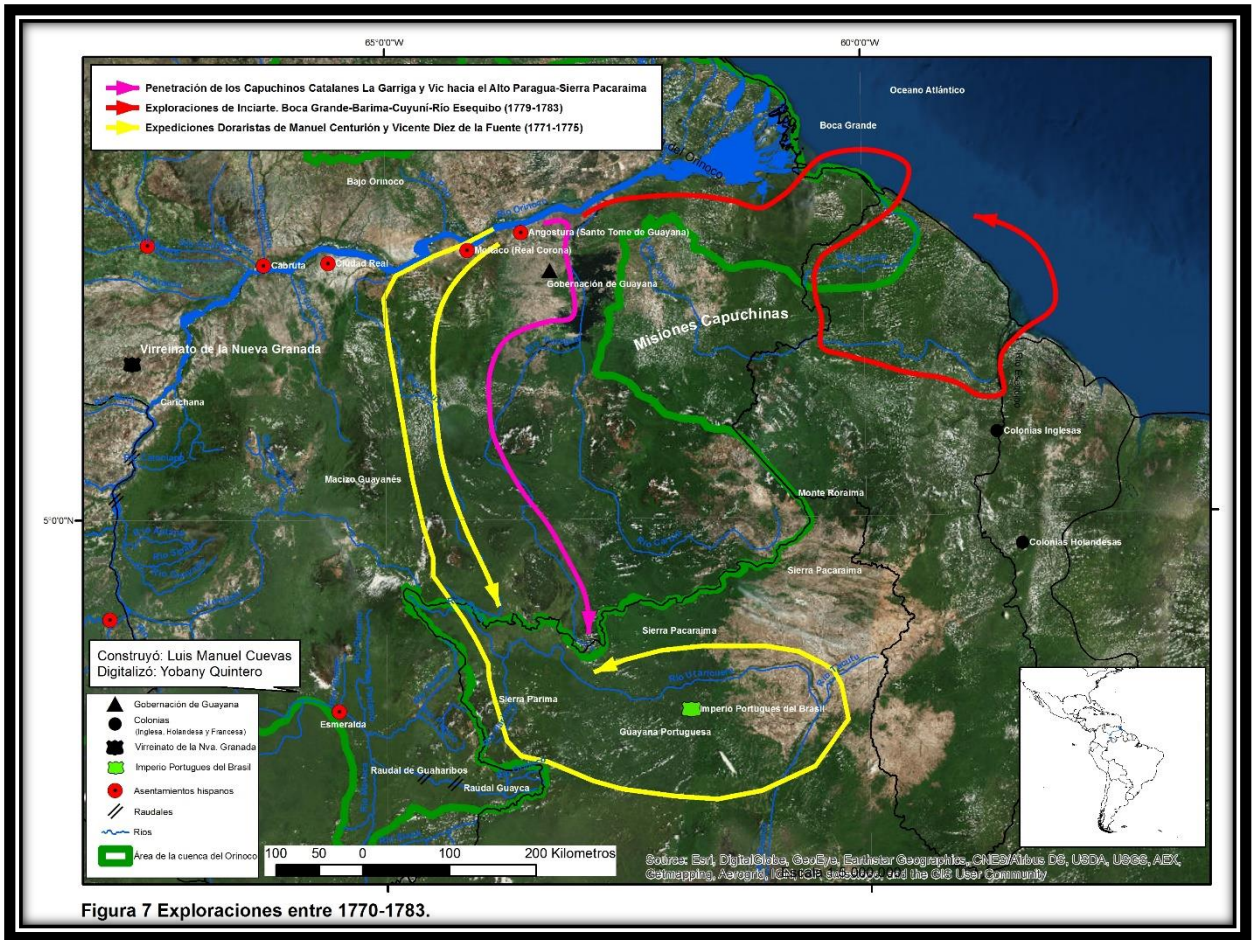


Figura 5. Expedición de límites. Exploraciones (1759-1760)



El desplazamiento físico del observador y su disposición narrativa en el viaje al Orinoco son accesibles para este periodo a través de una serie de repertorios tales como: mapas, cartas, diarios e historias geográficas, naturales, civiles y sagradas; relaciones geográficas, memoriales e informes. Bajo estas formas discursivas se tejió la imaginación geográfica fundacional de la región de la Orinoquia que junto a los nuevos conocimientos científicos organizó el primer texto espacial.

El cronotopo resultante de la asociación río/selva que constituyen los dos pilares geográficos de la imagen del Orinoco se construyó mediante una cuadrícula religiosa e ilustrada a través de la cual, operó la observación del espacio físico y humano en el siglo XVIII.

No obstante, esa cuadrícula expresaba una confrontación entre los imaginarios instituidos e instituyentes y el ejercicio de las facultades que la imaginación propicia en la construcción de la anticipación mediante el diseño de un espacio a ocupar y la imaginación como un dispositivo del sentido que organiza la diversidad experimentada y percibida mediante complejos filtros de traducción y construcción de significados y valores de los lugares. Un proceso dialéctico de saber del que emergió una nueva concepción de la mirada geográfica en la que espacios y lugares son parte fundamental de la espacialización del saber en una situación de tensiones en la traducción de lo observado en una región geográfica caracterizada por una alta biodiversidad.

En este espacio geográfico tropical, dos visiones -una relacionada a la razón, y otra a la teología natural-, entrarán en complejas relaciones de disputa y acercamiento. Los viajeros de ambas visiones de la ciencia compartirán un problema común: el tránsito por un espacio poco conocido y controlado en términos de observación, experimentación y ocupación.

En este sentido, según se piensa habitualmente en la historiografía de la geografía, sus visiones fueron construidas ajustando sus observaciones a los límites que su propia formación les había marcado, sin embargo, no es solamente así. Se plantea aquí una ecuación complementaria, es decir, que, en esos espacios tropicales, el viaje en tanto que experiencia del espacio y el lugar, producirá una crisis epistémica de grandes consecuencias, sobre todo, en el paso hacia una nueva legibilidad del mundo concebido como un libro de la naturaleza (Blumenberg, 2000).

Sus visiones, en consecuencia, serán desestabilizadas en el viaje y en las prácticas de escritura y de representación que darán cuenta de los desplazamientos geográficos y de los retos que las geografías interiores imponían a los observadores. Este desequilibrio marcará el surgimiento de diferencias entre los modos de ver y narrar el espacio en un régimen de

transición de las ideas y prácticas de cara a la modernidad y su proceso de secularización. Modelos en tránsito hacia una mirada científica de la geografía americana que, sin embargo, fueron debilitados y silenciados en los discursos geográficos elaborados en el siglo XIX desde el prejuicio nacionalista de las repúblicas surgidas de las revoluciones americanas.

La nueva disposición de expectativas creadas, sus frustraciones y logros subsiguientes, impulsan el nuevo espíritu de empresa del conocimiento estimulando un paulatino cambio científico cuya mirada, sometida ahora a un relativo descentramiento -sobre el que conviene volver-, confrontará la producción de textos de naturaleza espacial o referidos a ella en algún sentido.

En el caso de la Orinoquia, es observable una tradición de textos de misioneros jesuitas, capuchinos catalanes, franciscanos, y funcionarios y viajeros europeos pertenecientes a ramos diversos de la administración colonial. Esta práctica de la observación del entorno practicado ayudó junto a los recorridos de una geografía profunda y desconocida, a estudiar con base en la experiencia de campo y a dar descripciones cada vez más detalladas de los inventarios y de los fenómenos geográficos en los que sin lugar a duda, el río Orinoco y su compleja red hidrográfica son su objeto de estudio principal.

Los cuadros que siguen (Cuadro No. 1 y 2) articulan Percepción/Operación geográfica; observadores y problemas geográficos (concebidos estos en su doble dimensión física y cultural).

En tal sentido, se reconocen al menos diez problemas geográficos que ilustran este cambio. Para ello un conjunto de registros (textos) elaborados por algunos religiosos misioneros y exploradores como los jesuitas Juan Rivero, Joseph Gumilla, Filippo Salvatore Gilij, Bernardo Rotella; Manuel Román y Agustín Vega, casi todos correspondientes al periodo anterior a la expulsión de 1767 exceptuando Gilij que escribió su obra en el exilio de Bolonia como tantos otros jesuitas que desde la distancia recuperaron en sus escritos la memoria del espacio vivido en las Américas, franciscanos como Antonio Caulin, o de la orden capuchina como los frailes Carlos de Barcelona, Félix Vic y Benito La Garriga; de ingenieros de marina como Jacques Bellin, o los guardiamarinas miembros de la Comisión o Expedición de Límites de 1750-1760 y funcionarios e ingenieros militares de la administración hispánica en la Guayana de la segunda mitad del siglo XVIII junto a cartógrafos franceses y británicos, transportan la tensión espacial del observador y la nueva grafía (narrativa y cartográfica) que se produce en el viaje, que viaja a los centros de cálculo.

Cuadro No. 1. Problemas Geográficos en el Orinoco/Guayana siglo XVIII

PERCEPCIÓN/OPERACIÓN GEOGRÁFICA	OBSERVADORES	PROBLEMA GEOGRÁFICO
<p>Percepción estratégica. Hábitat humano adverso al europeo. Hábitat dominado por etnias warao. Explicación del fenómeno de las mareas en su contacto Atlántico.</p> <p>-Negación de su existencia y de toda conexión entre las cuencas del Orinoco-Amazonas.</p> <p>- Hallazgo y esclarecimiento de su función como conector del Orinoco con el río Negro y de allí con la Cuenca Amazónica.</p>	<p>Religiosos jesuitas, franciscanos y funcionarios de la administración colonial.</p> <p>-Joseph Gumilla</p> <p>-Manuel Román, Filippo Salvatore Gilij, Caulin, Miembros de la Comisión de Límites, La Condamine, D'anville,</p>	<p>El Delta del Orinoco.</p>
<p>Conflicto en su localización:</p> <p>A) Los Andes Orientales.</p> <p>B) En la Guayana Oriental.</p>	<p>Padre Rivero, Joseph Gumilla. OBellin.</p> <p>Apolinar Díez de La Fuente.</p>	<p>El brazo del Casiquiare y la conexión Orinoco-Amazonas.</p> <p>Los raudales y el ^{decafo del}</p> <p>Las fuentes del Orinoco.</p>
<p>Percepción de ecumene y de anecúmene.</p> <p>Valoración positiva de sus posibilidades; valoración negativa.</p>	<p>Religiosos jesuitas y capuchinos catalanes, miembros de la Comisión de Límites, Funcionarios de la administración</p>	<p>Climas.</p>
<p>Etnias. Modos de vida.</p> <p>Formas de poblamiento y emplazamientos.</p> <p>Clasificación en hostiles y dóciles.</p>	<p>Religiosos, miembros de la Comisión de Límites; Funcionarios de la administración colonial.y Bellin.</p>	<p>Diversidad de espacios humanos.</p>

Cuadro No. 2. Problemas Geográficos en el Orinoco/Guayana siglo XVIII

PERCEPCIÓN/OPERACIÓN GEOGRÁFICA	OBSERVADORES	PROBLEMA GEOGRÁFICO
<p>Localización en el Sur de la Guyana. De geografías míticas. Laguna/montaña. Asociado a imaginarios doradistas. Caída del mito doradista.</p>	<p>- Joseph Gumilla - Filippo Salvatore Gilij - Manuel de Centurión - Vicente Díez de la Fuente.</p>	<p>El Parime/ El Dorado.</p>
<p>-Ideas reformistas, fisiocráticas.</p>	<p>Religiosos jesuitas y capuchinos catalanes, Miembros de la Comisión de Límites, Funcionarios de la administración imperial.</p>	<p>El carácter utilitario del espacio.</p>
<p>a) Espacio marginal. b) Espacio estratégico. Estabilización de la frontera y el límite. Espacio de conflicto con naciones europeas y etnias en resistencia. Espacio de defensa.</p>	<p>Ídem.</p>	<p>El carácter Geo-estratégico.</p>
<p>El cronotopo de la abundancia. A) Ligado al imaginario geográfico de la América doradista y providencialista. B) Ligado al imaginario instituyente de la modernidad y la naturaleza como espacio de domesticación.</p>	<p>Ídem.</p>	<p>La formación de una conciencia geográfica.</p>
<p>-Mapas generales de la Guyana, mapas específicos de subáreas. Denominador común el río como eje articulador de espacios.</p>	<p>Mapas y planos confeccionados por religiosos y por funcionarios</p>	<p>Representación del espacio y de sus lugares</p>

Todas estas formas problematizan de distintos modos, el espacio geográfico orinoquense, asignando nuevas funciones a lugares y recursos construyendo una legibilidad del entorno que permitió volver los ojos y las acciones sobre un espacio periférico. Este esfuerzo notable por las coberturas espaciales y los dramas de la penetración implicará la difusión de una diversidad de noticias y reflexiones que en los centros o espacios de recepción, organizarán a los lugares y a los fenómenos geográficos en una gran red de imaginación geográfica de carácter universal y en atención a los vértigos de listas y a las posibilidades de un inmenso territorio.

En consecuencia, una síntesis de esos problemas impulsa a su vez una respuesta a la relación dialéctica entre teología natural³² y razón autónoma³³ que sostiene la pregunta por el conocimiento geográfico espacialmente situado en la Orinoquia.

3.2.1 El Delta del Orinoco. Humedad y medio de vida.

Uno de los problemas científicos que enfrentaron los observadores de la realidad geográfica de la Orinoquia fue el de los ríos. Los paisajes de la selva, de las riberas, las llanuras, las montañas que dividían las cuencas y la intrincada red fluvial de la cuenca del río Orinoco³⁴ diametralmente diferente a todo lo conocido. Estos fenómenos planteaban desafíos a la mirada europea y reorganizaban los modos de abordaje y explicación. De ellos uno de los dominantes será el del Delta del Orinoco, reflejado en la cartografía, no sólo por su particular disposición espacial de carácter geoestratégico de llave entre el Atlántico y el interior continental, sino también en su correlato narrativo y descriptivo elaborado por religiosos y viajeros ilustrados, tan ricos para comprender la percepción de la mirada europea frente a ambientes fluviales diferentes a los de sus geografías de origen.

³² Para la Teología natural la naturaleza era una creación de Dios, y al hombre sólo le estaba dado describirla. Sin embargo, en los discursos de los religiosos se percibe la tensión entre la simple descripción y la necesidad de explicar el porqué de ciertos fenómenos físicos, entre ellos los de las crecidas del río Orinoco.

³³ La emergencia de una idea del ejercicio de la razón autónoma despojó en un primer momento las visiones de la naturaleza de la idea de sacralidad o de cosmovisión ligada a la creación.

³⁴ Se estima que la cuenca del río Orinoco posee una extensa red de más de 750 ríos tributarios. Los principales son: los ríos llaneros de gran caudal como el Apure, Meta, Arauca, Casanare, el Vichada y el Guaviare; y los ríos que nacen o tienen sus cabeceras en el escudo de la Guyana, tales como: el río Ventuari que nace en la Sierra de Uachadi, el Caroní, nace en la Gran Sabana, área de Canaima, específicamente en la formación Tepuy Kukenán cercano a la frontera con Brasil; el Caura nace en la meseta de Jaua y el área de la sima del Sarisariñama en lo que es hoy estado Amazonas, y el Atabapo que hace parte de la trifluencia con el Orinoco y el Guaviare, entre otros ríos importantes (Zinck, 1982; Domínguez, 1998; Cárdenas, Escamilla y Carpio, 2000; Silva León, 2005; Vila, 1965).

Este espacio por su forma quebrada producto del encuentro entre el Orinoco y el Atlántico constituía todo un desafío a la cartografía, ya Gumilla decía que luego de haber demarcado junto a un práctico Guaraúno dicho espacio, había contabilizado treinta bocas, pero otros –decía– señalaban sesenta; su complejidad le llevaba a plantear que toda tarea cartográfica no podía ser puntual en este ambiente tan cambiante (Gumilla, 1993[1741-1745]: 58).

En el Delta se configuró un paisaje de atracción singular en lo que respecta a su belleza natural y a sus condiciones para un hábitat humano. Ello establecía una relación ambigua con respecto al medio geográfico, esto con relación a sus posibilidades y a sus limitantes.

Por un lado, ese laberinto de aguas y tierras poseía un carácter negativo para el europeo, dadas las condiciones pantanosas del medio que atentaban contra su salud; por otro, no podía negarse que en él vivían seres humanos; la etnia warao que debía su existencia gracias a la palma de moriche (*Mauritia flexuosa*) y a su integración con el medio fluvial. Para este religioso, esta planta llamada por los warao *murichi*, era una evidencia natural de la creación divina que les proporcionaba, en un medio aparentemente inhabitable, todo lo necesario para subsistir.

En efecto, estas etnias fluviales extraían de esa palma adaptada a ambientes de humedad extrema, alimentos como el hoy reconocido palmito, también extraían fibras para tejidos y madera para canoas y viviendas palafíticas. “Todo sale de las palmas que Dios les ha dado en aquellas islas, con una abundancia increíble de ellas”, (Ibídem: 131).

Ahora bien, la visión teológica del medio natural dado por Dios no es “inocente”, al menos en el contexto al que responde Gumilla, pues el jesuita mezclaba reflexiones y críticas tendentes a matizar la “interiorización” de una idea hostil del hábitat americano que planteaban Buffon y sobre todo Cornelius De Paw.

Para la comunidad misionera jesuita como la de otras órdenes, la exploración de los espacios y las experiencias extraídas de ésta, construían una autoridad del ver superior a la de quién no había estado en los lugares que pretendía describir. Este debate general que envolvió a la intelectualidad del siglo XVIII es muy útil para entender el cambio perceptivo de los valores del trópico y fue denominado por Antonello Gerbi como “disputa de América” (1982).

El centro de este debate poseía una índole geográfica referida sobre todo a las bondades u obstáculos que los medios tropicales asociados a la humedad y al calor poseían y ofrecían para la ocupación de sus espacios y para el desarrollo de la vida. Gumilla se expresa

en torno a una relatividad del medio que liga con las prácticas culturales que los habitantes han logrado construir aprovechando los recursos que el medio húmedo ofrece. La idea moderna de opción geográfica³⁵ que comienza a abrirse frente al prejuicio, se presenta mezclada por el providencialismo teológico de una naturaleza dada por Dios al disfrute del hombre, con la idea de acción humana en el medio que convierte lo aparentemente inhabitable en espacio habitable.

La humedad del Delta, en consecuencia, no es sinónimo de degeneración, sino por el contrario, de bendición natural. Dios había creado la naturaleza para disposición del hombre y esos medios de tierras y de aguas del Delta no eran la excepción. Lo húmedo de estos espacios geográficos no era percibido como limitante.

La humedad que aquellas corrientes difunden por los valles tiene a estos hermosos con mucha y fresca arboleda: los ríos, por la altura de que bajan, pudieran ser sangrados con acequias; el milagro del terreno, que sin cultivo alguno prorrumpa en bosques, cuyos árboles son de notable corpulencia (Gumilla, 1983 [1741/1745]: 212).

Cercano a esta idea de percepción de la abundancia natural, pero relegando a los seres humanos que habitaban este medio a una categoría inferior de humanidad, de “anfibios racionales” cuyas vidas estaban limitadas a un entorno fluvial y de tierras periódicamente inundables, Eugenio de Alvarado, uno de los miembros de la Expedición de Límites al Maraón/Orinoco (1750-1760), destacado para hacer observaciones en el bajo Orinoco, el Cuyuní y Esequibo, diría del Delta:

Todo un país anegadizo, aunque frondoso, de corpulentos árboles y palmas, en especial de mayo a diciembre, que es la estación de las crecientes, pero no por eso dejan de habitarle en todos los tiempos más o menos número de indios infieles pacíficos de la nación Guaraúna, que gustan de parecer en estas selvas anfibios racionales, (1999 [1760]: 153-154).

Jean Nicolás Bellin, cartógrafo e hidrógrafo del Ministère de la Marine de Francia, quien elaboró mapas sobre el curso del Orinoco y las Guayanas, apoyándose en la historia de Gumilla, revelaba al mundo académico de París la fertilidad de la región, para ello la asociaba con la existencia de una red compleja de ríos que la irrigaban favoreciendo el paisaje de “bosques” (selvas) que ofrecían condiciones para el aprovechamiento de recursos, la producción y el sustento, de modo que las selvas del Delta:

³⁵ La idea de que el espacio geográfico determinaba la habitabilidad de los hombres y la naturalización de sus instituciones sociales puede seguirse en parte de las fundamentaciones de Montesquieu sobre el Estado y sus límites, contenidas en *Del espíritu de las leyes*, publicada en 1747/1750 (1984). Conviene revisar las apreciaciones de Urteaga sobre las ideas de Montesquieu y su recepción europea para la explicación del valor que la geografía sobre todo con referencia al clima, tenían para la explicación de la civilización y de las instituciones (Urteaga, 1997).

Comunican al terreno una humedad que vuelve los valles por donde pasan de una fertilidad sorprendente; las llanuras están cubiertas de una cantidad prodigiosa de árboles de toda especie, que forman el más bello paisaje que pueda verse y que son de un grosor desconcertante (Bellin, 1986 [1763]: 45).

Observamos entonces como el cambio perceptivo del ambiente deltano y del resto del Orinoco fue transitando de visiones negativas del medio geográfico que circulaban en ciertas comunidades científicas europeas, a una apreciación del valor de la naturaleza, sobre todo en lo referente al elemento del agua y de la humedad admitiéndose que aún en estos lugares el hombre podía habitar.

El geógrafo quiteño Antonio Alcedo recogerá esta forma de caracterizar a la nación Guaraúna en relación con el medio. Existía en la desembocadura del Orinoco una “Nación Bárbara” que tenía la costumbre de habitar en los árboles en tiempos de las inundaciones alimentándose de peces y de vegetales (1787, Vol. II: 293).

Las etiquetas de los mapas del Geógrafo del Rey (“Geographer to King”) Tomás Jefferys, “Coasts of Caracas, Cumana, Parla [Paria], and mouths of Rio Orinoco” (1775) y el del Capitán E. Thompson y Louis Stanislas d’Arcy Delarochette “Part of a Chart of the Coast of Guiana by L.S. Delarochette, 1783, from Observations by Capt. Edward Thompson (1781/1783) referidas al Delta del Orinoco (Figura 8 y 9), recogerán la representación de la particularidad de un paisaje dominado por la presencia de las Palmas de Moriche y las periódicas inundaciones en un cuerpo quebrado y laberíntico de islas que conforman la desembocadura del río y que era habitado en “palafitos” por estos pueblos fluviales dedicados a la navegación.

Hacia 1779, Fray Antonio de Caulin, padre franciscano, misionero, quien había participado en la Expedición de Límites, publicó la *Historia corográfica y evangélica de la Nueva Andalucía provincias de Cumaná, Guayana y vertientes de Río Orinoco*. Dedicada al rey Carlos III, la obra pretendía compilar el conocimiento de una gran parte de la Guayana bajo una concepción patrimonial del territorio ligada al cuerpo del Rey, y bajo una idea que a la par de hablar sobre el avance misionero, se abría a las políticas reformistas de activar las zonas deprimidas o periféricas de los dominios coloniales bajo los criterios de población, civilidad, comercio y agricultura como señala en el Prólogo de la obra.

En tal orden, Caulin ofrece un corolario del discurso de la abundancia que ya estaba codificado en los textos elaborados por los jesuitas cuya función era atraer la mirada del rey y más tarde de la Real Hacienda.

La riqueza geográfica de la Guayana se inscribe para Caulín en una asociación de fertilidad, presencia del agua y selvas que caracterizan la compleja hidrografía de una región

dominada por la presencia del río Orinoco. Esta naturaleza es concebida bajo la concepción de la creación divina. De este modo, Dios ha dotado de innumerables ríos y fuentes de agua a esta zona cuyas aguas, de acuerdo con la teología natural, provienen de las entrañas de la Tierra. “Con este Universal beneficio favorece la Divina Providencia a los habitantes de esta Provincia, en tan copia de ríos, quebradas y lagunas, que parece casi imposible dar entera, y particular relación de todos...” (Caulin, 1779: 51).

La descripción física del terreno y de otras superficies geográficas, sobre todo en lo referente al Delta, se muestra como un área con múltiples accesos para los flujos e intercambios. Es interesante pues, que aun siendo la visión de un religioso, su intención domicilia la descripción en la corografía cuya dimensión concreta refiere a las características hidrográficas y a su papel determinante que el misionero ha visto y practicado, así como la de confrontación de las noticias que ha obtenido de los archivos y los informantes (indios) locales conocedores de vastas áreas de esas geografías.

El misionero franciscano pasa a describir siete bocas de acceso más o menos expeditas en dos términos:

- Uno referido al cauce, distancia y relación con respecto a zonas como el Golfo de Paria y la isla de Trinidad, el Esequibo y las otras Guayanas, holandesa y francesa.

-Y otro término cuyo planteamiento lo hace a partir de observaciones sobre el comportamiento de las aguas en las crecientes y menguantes del río, y en la entrada de los flujos de las mareas, una tarea de por sí clara en cuanto a la relación de una observación científica y su utilidad práctica.

Estas bocas que describe con detalle son: Mánamo Grande, caño Pedernales, Capuré, Macáreo, Cutupiti, Mariúsas, y caño grande o de arrecifes-Boca Grande del Orinoco (Caulin, 1779: 54-56).

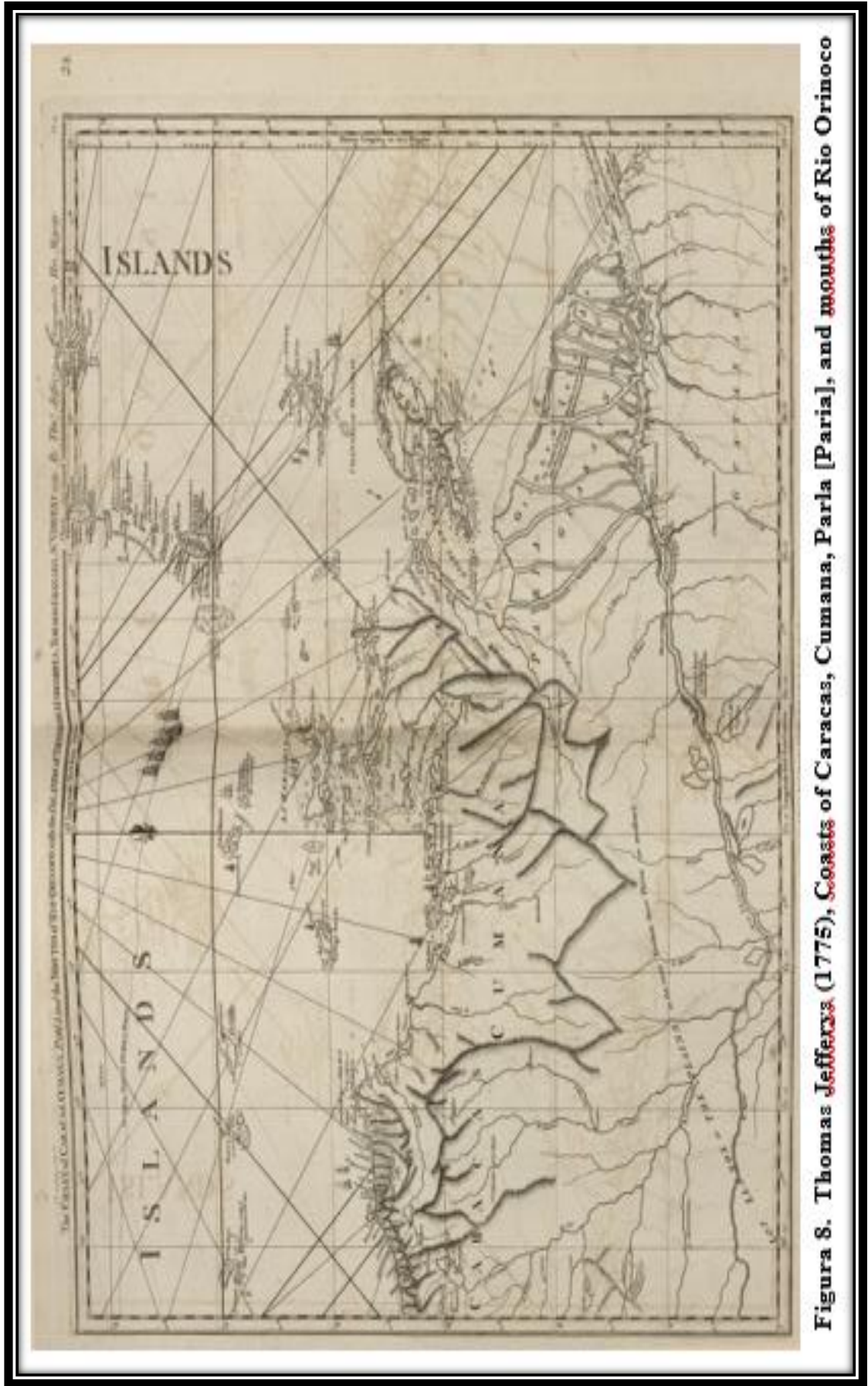


Figura 8. Thomas Jefferys (1775), Coasts of Caracas, Cumana, Parla [Paria], and mouths of Rio Orinoco

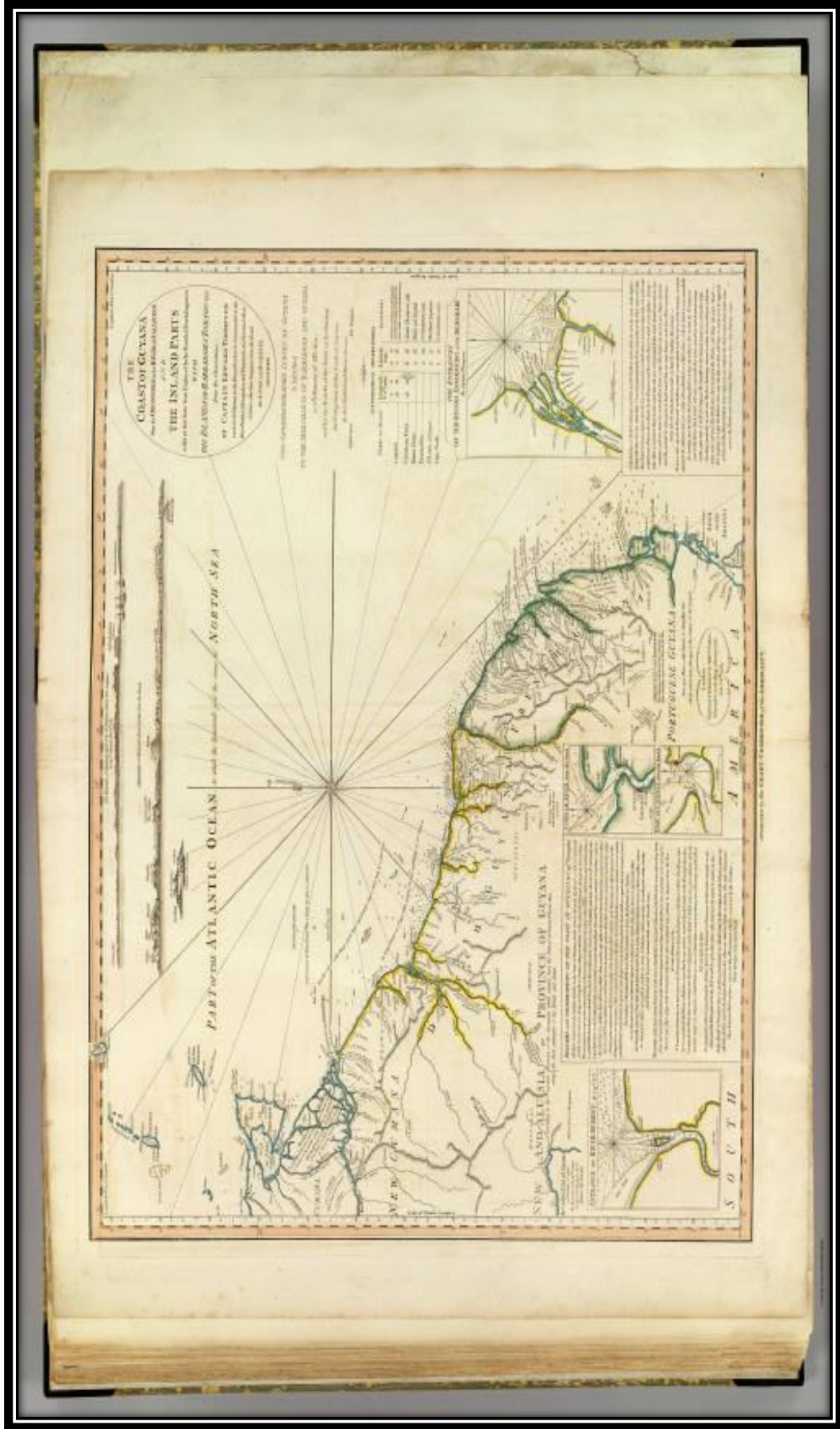


Figura 9., Louis Stanislas d'Arcy Delarochette; Capt. Edward, Thompson (1783/1781), The coast of Guyana from the Oroonoko to the River of Amazons and inland parts as far as they have been explored by the French & Dutch engineers, with the islands of Barbadoes, engraved & published by Willm. Faden, Geographer to the King, London

3.2.2 El río como vía de comunicación.

Otro plano de problematización referente a la red hidrográfica del Orinoco, remite a sus posibilidades comunicativas. Los ríos pasan a convertirse en objeto de estudio para mostrar su practicabilidad derivadas de diversas condiciones físicas y geoestratégicas que se traducían en mapas como los de los jesuitas Juan Capuel de 1719 “Croquis del Orinoco”³⁶ o los primeros tres mapas de Gumilla dedicados al curso del Orinoco de 1732, 1733 y 1734 o el “Orinoco, nuebamente obserbado en bajante, a fin de espresar sus raudales, yslas y bajos, rios y caños que vezibe: año 1732” (Sic) de autor anónimo, (Figura 10) en el cual se ofrecía una información puntual de sus bocas de acceso y de los raudales.

En medio de un giro en la percepción de los espacios interiores de la América del Sur, los ríos Amazonas, Paraná, Plata, Orinoco, entre otros, comenzaron a adquirir relevancia dada su función de rutas de penetración y como depositarias de recursos.

En el caso del Orinoco, la posibilidad de penetrar la vía fluvial implicaba un conocimiento más preciso de su disposición física para la navegación en especial, su caudal, su profundidad, los obstáculos (usualmente los raudales) y sus corrientes.

Hacia 1777 William Robertson reconocía el valor del Orinoco en la conexión de una gran parte del Reino de la Nueva Granada con el Atlántico no sin antes señalar lo poco conocido de sus trayectos y las dificultades que presentaba su curso en relación con los bancos y raudales (Robertson, 1783, Vol. III: 246). En la disposición general de una panorámica geográfica de América, “los vastos cuerpos de agua”, el Amazonas, El Mississippi, el Plata y el Orinoco, con vertiente atlántica mostraban una condición que Robertson observaba favorable para las redes del comercio en espacios plenos de recursos (Robertson, 1780, Vol. II: 4-5). No obstante, el curso del Orinoco aunque trazado de forma imperfecta, si había sido objeto de trabajos cartográficos y de descripciones que referían a las características que el río presentaba a la navegación entre ellas la profundidad del río, dato clave para la utilidad de la vía fluvial. Las mediciones de Pablo Díaz Fajardo, ingeniero real en 1734 en tiempo de verano, es decir, de sequía, arrojaron sesenta y cinco brazas³⁷, otra anotación la había hecho en la temporada de lluvias el gobernador Cristóbal Guzmán, hallando 80 brazadas en el lugar de la Angostura (Gumilla, 1993 [1741-1745]: 70).

³⁶ El original de este mapa o croquis se conserva en el Archivo General del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caracas, Venezuela. Vol. 120, folder 29.

³⁷ Una brazada era una medida española que equivalía a 1,852 metros de profundidad en un cuerpo acuático.

Esto favorecía la navegación dado su caudal, profundidad y disposición; las medidas, estaban sujetas a los regímenes de crecimiento del río en las temporadas de lluvias, pero también ligaban a un problema que Gumilla atribuía a las características físicas de las riberas con topografía irregular, “lo ancho o angosto del cauce” y a “la mayor o menor corriente que da el terreno” (*Ibídem*: 71). Esta topografía en sus declives hacia las extensas llanuras y en sus elevaciones que presentaban resistencia a las inundaciones periódicas interactuaba con el régimen de lluvias haciendo a la navegación fluvial un motivo de estudio práctico para proyectar la activación de los procesos de población y de producción en los emplazamientos portuarios ribereños y en las llanuras interiores ligadas a la emergente actividad ganadera.

Sin embargo, los obstáculos que presentaba la practicabilidad de la ruta fluvial a lo largo de sus tramos, implicaban: primero, vencer el carácter laberíntico de la entrada por el Delta, el ancho de sus bocas, los bancos de arena y limo, la fuerte corriente del río en su encuentro con el Atlántico y los flujos de marea³⁸, problemas que ya hemos visto en el punto anterior. Luego hacia el curso interior del río (tramos bajo, medio y alto), los raudales existentes, sobre todo a partir del bajo y medio Orinoco, entre ellos el de Camiseta, Carichana, Atures, Maipures, Tabajé y los raudales del Alto Orinoco presentaban diversos grados de dificultad a los itinerarios fluviales.

El primero de estos problemas que era motivo de estudio se aseguraba al levantar cartas geográficas confiables para la penetración del río por la parte más segura un problema que dominaba la atención de los cartógrafos e hidrógrafos. Gran parte de la cartografía orinoquense mostrará las dificultades de precisión en una zona tan inestable cuya causa más evidente era el encuentro entre las aguas del río y el océano Atlántico. Gumilla ya había caracterizado el primer tramo de la entrada continental del río como un laberinto, y Caulin ofrecerá una descripción detallada para la “bien público” de las entradas más practicables de esta intrincada red, todo dentro de un “designio” que veía en la circulación la posibilidad de someter a estas provincias y favorecer el poblamiento y reducción a “vida política”, “sociabilizados con el comercio de los españoles” (Caulin, 1779: 54).

El siguiente obstáculo lo configuraban los raudales, siendo los más importantes Atures y Maipures, estos dada su conformación topográfica producían un fenómeno de aceleración del curso de las aguas en sus varias caídas. Estos afloramientos rocosos en el curso del río impedían el flujo expedito de embarcaciones a nivel del Orinoco Medio. Hacia 1756 esta dificultad fue vencida por José Solano y Bote Comisario de la demarcación de los límites de

³⁸ Estos flujos de marea constituían un problema práctico y científico para las navegaciones, que ya exponía en 1688 Francisco Seijas Lobera en su *Teatro Naval hidrográfico* (López Piñero, 1982).

las colonias españolas y portuguesas, quien estudió la topografía fluvial de estos accidentes posibilitando un mejor conocimiento para el acceso al Alto Orinoco con el uso de embarcaciones de mayor calado. Con ello se abría un espacio para la fundación y el fomento de poblaciones más estables, entre ellas, San Fernando de Atabapo, San Carlos de río Negro, La Esmeralda y una pequeña red de fortines como los de San Felipe y Santa Bárbara en los puntos estratégicos de los encuentros de los ríos del Alto Orinoco en el tramo del Ventuari, y la conexión con el río Guainía o Negro.

Este funcionario elaboró una narrativa emotiva de esta empresa unida a visiones pragmáticas de las posibilidades que observaba en los tramos del Orinoco Medio y Alto, sobre todo, en las posibilidades que las vías fluviales permitían para facilitar la vinculación con los Llanos-Los Andes y con el Amazonas (1954 [1767-1768])

3.2.3 La conexión entre las cuencas del Orinoco y el Amazonas y el problema de las fuentes del río Orinoco

Otro de los problemas lo constituía la probable existencia de la conexión entre el Orinoco y el Amazonas que era negada por observadores de prestigio como Herman Moll y misioneros que habían estado en esas zonas como Gumilla o el mismo padre Samuel Fritz, quienes en sus mapas de 1741 y de 1707, negaban tal conexión al proyectar una cadena montañosa imaginaria que dividía las dos cuencas (Vid. Figuras 11 y 12).

Sin embargo, en la medida en que los jesuitas se proyectaban aguas arriba del Orinoco rebasando los raudales de Atures y Maipures con proyección al Atabapo y el Guaviare, y que se recibían noticias de incursiones de los portugueses en el río Negro, se fue imponiendo crecientemente la idea de que existía tal conexión.

La historia se desarrolla en 1743 y 1746 y envuelve al círculo de misioneros exploradores. En efecto, la idea de la conexión y la necesidad de su constatación se muestra en los documentos oficiales dirigidos a la administración imperial y provincial, en narraciones y mapas de los padres Roque Lubian (1974 [1743]), Manuel Román (1742 y 1744), Agustín Vega y Bernardo Rotella (1999, [1747]), quienes fueron sus actores principales³⁹. El vínculo entre los dos ríos sería develado en el viaje del padre Román en 1744 al Alto Orinoco, específicamente en un viaje hacia la red de conexiones en el triángulo del Guainía, Orinoco y río Negro. Su informe, “Descubrimiento de la comunicación del Orinoco con el Maraón y relaciones que hace el P. Manuel Román de su viaje de Carichana al Río Negro: desde el 4 de

³⁹ Gran parte de esta documentación puede consultarse en una densa compilación en Del Rey (1966-1974) y en Lucena (1999) pueden revisarse las relaciones de los misioneros Román y Rotella.

febrero hasta el 15 de octubre de 1744,” se perdió, sin embargo el relato de la travesía de ida y vuelta (desde el Atabapo hasta Barcelos en territorio portugués) expuesto en la forma de un itinerario en el que da cuenta de los accidentes y puntos de referencia como si se tratase de un mapa comentado, así como de las distancias y del valor comunicativo del Casiquiare fue recogido en algunos segmentos en un documento anónimo (1999 [1745/46?]) y en Agustín de Vega (2000 [1730-1750]).

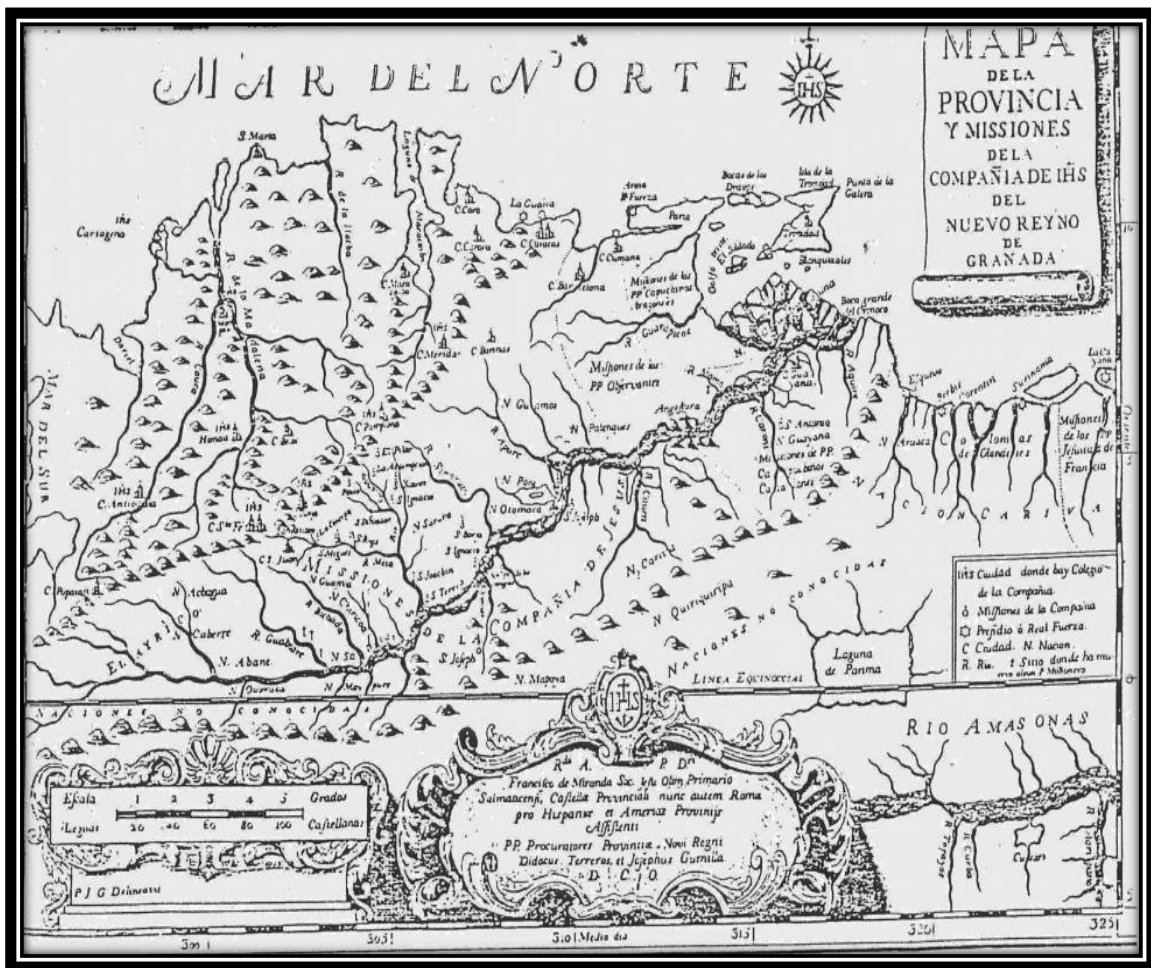


Figura 11. GUMILLA, Joseph ([1741-1745] 1993), Mapa de la Provincia y Misiones de la Compañía de IHS (Jesús) del Nuevo Reyno de Granada



Figura 12. FRITZ, Samuel (1707), El gran río Marañón o Amazonas con la Misión de la Compañía de Jesús.

Sin embargo, su descubrimiento sería poco divulgado, atribuyéndosele el hecho a Charles Marie de La Condamine pues este lo había popularizado en su *Relation abrégé d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale depuis la côte de la mer du Sud jusqu'aux côtes du Brésil et de la Guyane, en descendant la rivière des Amazones, lue à l'assemblée publique de l'Académie des sciences* publicada en 1745. En esta obra se encontraba encartada la “Carte Du Cours Du Maragnon ou de la Grande Riviere Des Amazones” levantada por el propio La Condamine (vid fig. 13). Allí en una etiqueta de la representación cartográfica se señalaba expresamente que por información de los portugueses, se sabía que el Amazonas se conectaba con el Orinoco a través del “río Negro”.

La relación del viaje al interior del continente desde las cabeceras del Amazonas hasta su desembocadura había sido leída en la Academia de Ciencias de París junto a la explicación del mapa ofreciendo un cuadro general de la zona, incluyendo sus particulares redes y anomalías hidrográficas. Esto suponía en efecto, el problema de la conexión interfluvial específica del Orinoco-Amazonas de la cual surgía de una inquietante pregunta que exigía una mayor exactitud en el ambiente de las comunidades científicas “¿Cómo se comunica el Orinoco con el Amazonas?” se preguntaba el mismo La Condamine.

La Condamine dice que no ha podido “...evitar el entrar en algunas discusiones geográficas [...] tales como la comunicación del río de las Amazonas con el Orinoco” (La Condamine, (1921 [1745]: 6), que además han oscilado entre su negación y aceptación motivada por la imprecisión de los informes de los exploradores. Al remontar el río Negro un afluente del Amazonas, La Condamine comprueba la conexión que aquel tiene con el Orinoco luego de recabar “pruebas durante la ruta”, no obstante, una de las más importantes la atribuye a un indio de la zona, “...la más decisiva, era hasta entonces el testimonio, nada sospechoso, de un indio de las misiones españolas de las orillas del río Orinoco con quien hablé, y que ha venido en canoa desde su pueblo hasta Pará” (Ibídem: 77). Sin embargo, para La Condamine la prueba contundente eran los informes de los portugueses y del superior de las misiones jesuitas del Pará, Juan Ferreira que relataban el contacto de los portugueses con los jesuitas del lado español en un viaje de ida y vuelta al Orinoco través del río Negro. Con ello mostraba además la superioridad de la experiencia del viaje por encima de la comodidad del Gabinete.

La comunicación del Orinoco con el Amazonas, recientemente averiguada, puede pasar por tanto, por un descubrimiento en Geografía, porque, aunque la unión de estos dos ríos esté marcada exactamente en mapas antiguos, todos los geógrafos modernos la suprimieron en los nuevos como si [...] se tratara de una cosa quimérica para los que parece ser que debían ser los mejor informados sobre su realidad. Probablemente no es la primera vez que apariencias y conjeturas plausibles, apoyadas en hechos atestiguados por las relaciones de viaje, el espíritu de la crítica, llevado demasiado lejos, las ha negado decisivamente, cuando, ni acaso, lo más que podía hacerse era dudar de ellas (Ibídem: 78-79).

La conexión entre los ríos principales de esas dos cuencas no estaba resuelta del todo pues hacía falta mayor precisión hidrográfica y cartográfica. El explorador francés no daba referencia de la existencia del brazo del Casiquiare sino que habla es del brazo de río Negro mientras que los jesuitas si lo señalaban con propiedad. La persistencia de los errores y las sucesivas correcciones muestran lo complicado de la verificación de los problemas geográficos. La entrada sobre el “Casiriaqui” (Casiquiare) en el *Diccionario Geográfico* (Vol. I. 1786: 414) de Antonio Alcedo, es ilustrativa de la solución de estos conflictos de toponimias y emplazamientos, allí se reconoce el valor de la conexión Orinoco, Río Negro, Amazonas, sin embargo, pese a reconocer la existencia del Casiquiare, señala erróneamente, que es un brazo del Río negro con lo cual se podría pensar que una porción de las aguas drenaban del Amazonas al Orinoco, siendo que es a la inversa⁴⁰.

⁴⁰ El tema sin embargo no era banal y sería tratado sin solución de continuidad hasta mediados del siglo XX (Vila, 1969)

En este contexto, dos mapas elaborados por misioneros jesuitas, uno de Bernardo Rotella, “Mapa de la región Orinoco-Amazonas”⁴¹ elaborado entre 1746 y 1747 que replantearía el tema hidrográfico de una porción del Alto Orinoco con mucho detalle, probablemente apoyado en la información contenida en el hoy perdido mapa que dibujó Manuel Román (Donís, 2013: 84 y Ojer, 1962), y otro de los padres Brentano y de la Torre de 1750, recogían de forma precisa la conexión Orinoco-Amazonas a través del Casiquiare (Del Rey, 2003: 38).

No obstante, y a pesar de la precisión lograda en el campo, existían barreras para la difusión de información, tal vez el secretismo propio de la administración colonial, o el propio debilitamiento de la autoridad de los observadores religiosos en algunos círculos ilustrados, se convertían en obstáculos y en prejuicio.

Se entiende entonces que la circulación de las ideas geográficas no era tan expedita ni tampoco compartida entre las distintas comunidades de observadores, y la propagación y aceptación de los descubrimientos, iban en marcha lenta tal vez motivados por las políticas de control y censura establecidos por el Imperio español en materia geográfica dado los competidores europeos que se disputaban la Guayana, básicamente, holandeses, franceses, portugueses y suecos en el siglo XVIII.

Frente a la opinión que imperaba en Europa, sobre todo en los círculos ilustrados, se levanta el padre Caulin, quien señala el “error en el que incautamente cayeron algunos modernos” con respecto -en un primer momento-, a la incomunicación de los ríos ocasionada por la existencia de montes imaginados como divisorias de aguas, o de orientar al río Orinoco hacia el occidente andino. En un segundo momento, Caulin pone además en duda las observaciones de los científicos de la Academia de Ciencia de París con respecto a la existencia de un supuesto brazo llamado río Negro que permitía una comunicación directa entre el Marañón y el Orinoco (Cfr. Gumilla, 1993 ([1741-1745]: 36, 60, 62 que negaba rotundamente toda comunicación).

⁴¹ El mapa original se conserva en el Museo Naval de Madrid.

Para este misionero franciscano la comunicación existe, pero no es directa, ni tampoco refiere a un brazo llamado río Negro como se señalaba imaginariamente en la Carta geográfica de Monsieur Sanson de Fer de 1713 que somete a crítica (se refiere específicamente al mapa “La Amerique meridionale, et septentrionale dressé selon les dernieres relations et suivant” en la que además de resaltar la conexión se sostenía la idea del Orinoco Andino⁴².

Al poner sobre la mesa, el tema de la conexión entre las cuencas señalaba el error de una supuesta serranía andina que se proyectaba de forma continua hacia el este, desde la Nueva Granada a la Cayena (Guayana francesa). Caulin cuestiona las imprecisiones convertidas en verdad derivadas de observaciones que provenían de errores perceptivos. Según aprecia, es probable que los observadores y cartógrafos hayan visto erróneamente una continuidad entre las sierras del este de la zona guayanesa y los Andes. Sin embargo, ello parte del desconocimiento topográfico pues,

Hay muchas faxas de elevada serranía, que a larga vista se representan contiguas o indivisas, penetrando el País (...) Sabemos, que divididas unas serranías de otras, se aparecen profundos valles, y dilatadas campiñas, por donde corren o cruzan muchos, y caudalosos ríos, sin el impedimento de los Cerros (Caulin, 1779:79).

De allí, Caulin da como ejemplo el viaje que emprendió el padre Manuel Román a través del llamado brazo Casiquiare probando la existencia concreta de la conexión de los ríos a través de un brazo intermediario, el Casiquiare. La valoración del viaje de Román era un indicador de una suerte de competencia que se daba sobre la primacía del “descubrimiento”, en este caso disputado por las ciencias nacionales de España y Francia. Antonio Alcedo reconocía en su monumental *Diccionario de Geografía*, el hallazgo del canal por parte de Manuel Román en 1743 (1788, Vol. III: 303, 390).

Con las exploraciones, informes y cartografías de Diez de La Fuente y Fernández de Bobadilla, miembros de la Expedición de Límites, más allá del punto de la trifluencia de los ríos, se daba evidencia cierta (o mejor dicho, más confiable dentro de los nuevos círculos de la administración y la ciencia ilustrada) de la existencia e importancia del brazo del Casiquiare que conectaba al Orinoco con los ríos Negro y el Amazonas. En España, esta noticia de la conexión del Casiquiare ya confirmada por los expedicionarios de 1750-1760, sería difundida en *El viajero Universal*, una colección de relatos de viaje escritos de forma anónima muy populares en los apenas emergentes espacios públicos de lectores (Anónimo,

⁴² El mapa se puede consultar en línea en la Biblioteca Nacional de Portugal, [<http://purl.pt/4064/3/>]

1994 [1795-1801]: 50). Sin embargo, como señalan Ramos Pérez (1946) y Barandiarán y Del Rey (2000), Cfr. Donís, 2013: 85-87) la Comisión de Límites si conoció estos trabajos e incluso los usó en los reconocimientos del Alto Orinoco en su proyección hacia el Este, Se había operado un giro en la orientación del río y con ello se abría un nuevo capítulo para la imaginación geográfica enfocada en las fuentes del Orinoco y para nuevas formas de cartografiar su curso.

3.2.4. La angustia por los orígenes. Las fuentes del Orinoco.

El problema de las fuentes del río aparece con mucha fuerza a partir del siglo XVIII, sobre todo, por la focalización de las labores de reconocimiento en el Alto Orinoco y en relación con problemas topográficos y de orientación del Casiquiare y del valor de las sierras guayanesas. Dos tesis se confrontaron, por un lado, la de un Orinoco andino, por otro la que surgiría luego de la primera mitad del siglo XVIII referente a un Orinoco guayanés.

La Condamine con relación a la primera tesis, señalaba apegado al conocimiento canónico de derivar los grandes ríos sudamericanos de Los Andes, que el río Caquetá, que nacía al oriente de Pasto en Los Andes, era la fuente común de los ríos Orinoco, Negro y Yupurá (1921 [1745]: 79-80) que terminaban por ser brazos desprendidos del río principal. Con esta tesis, el Orinoco tenía su origen en Los Andes y su trayecto podía seguirse con comodidad dentro de una representación cartográfica imaginaria como la que ofrecía el propio La Condamine en la “Carte Du Cours Du Maragnon ou de la Grande Riviere Des Amazones”.

Sin embargo, con la profundización de las observaciones de los misioneros, entre ellos Caulin, y los miembros de la expedición de límites, el problema de la existencia del brazo del Casiquiare, además de permitir plantear el problema de la conexión, abría las puertas para un viraje en cuanto a la orientación del río Orinoco hacia el Parima en la zona de las sierras guayanesas, pues si el brazo era un desprendimiento del Orinoco, las aguas de las cuales el brazo se derivaba provenían no de occidente, sino que se derivaban del este. Esta idea tendría repercusiones en las discusiones hidrográficas formando parte de las evidencias que eliminarían la tesis de un Orinoco vinculado al Guaviare o al Caquetá y en consecuencia, de origen andino.

Para ello, el misionero Caulin, se propuso dedicarle un capítulo a todo el curso del Orinoco rastreándolo hasta sus orígenes. En ello, también ajustaba y corregía la visión del Orinoco andino que sostenía Gumilla. Primero, Caulin atiende el problema de la disposición compleja de la confluencia de los tres ríos más importantes del Alto Orinoco. Para ello,

representa el área de esta trifluencia hidrográfica como un “pie de Gallo” integrado por los ríos Guaviare, Atabapo y Orinoco (1779: 75).

Por último, Caulin al igual que había mostrado Bernardo Rotella en su mapa de 1747, rompe con la idea de un origen occidental del río, de un Orinoco andino⁴³, señalando su dirección hacia el este, bordeando las faldas de la serranía de Maraguacá (Caulin, 1779: 81). A tal fin, somete a un acucioso estudio y descripción al río luego del desprendimiento del Casiquiare en dirección contraria hacia donde corren las aguas, es decir, hacia el este. Siguiendo su intrincada hidrografía a través de los tributarios termina por ubicar la fuente del Orinoco –siguiendo a los informantes indígenas- en una laguna denominada por distintas etnias de forma diferente: Cabíya, Manomané o Caricha (Caulin, 1779: 81). Esta laguna, sin embargo, también terminaría por ser imaginaria como se verá más adelante.

La geografía práctica para Caulin estaba por encima de la geografía del gabinete, de modo que el error de colocar el origen del Orinoco en Los Andes, de confundirlo con el Guaviare o el Caquetá, lo atribuye sobre todo a los pocos informes prácticos de los primeros exploradores y misioneros. Al resaltar la superioridad de la experiencia de campo, reconoce en especial la de los propios indígenas que, “...como habitantes y prácticos de aquel país [se refiere al Alto Orinoco], debían ser preferidos en relación del origen y del curso del río Orinoco” (Ibidem: 75); también reconoce la labor de la Expedición de Límites que había realizado exploraciones en la zona, así como resalta la labor misionera en las exploraciones, entre ellas la del padre jesuita Manuel Román en el esclarecimiento de los nudos problemáticos de esa zona de geografía difícil.

Sin embargo, correspondería a los trabajos de la Expedición de Límites en el Alto Orinoco aportar una información más precisa con respecto a las opiniones de los centros de cálculo europeos. En Francia, por ejemplo, la recepción de las observaciones y relaciones de La Condamine junto a otros materiales de distinta procedencia expresarían por un lado, los ajustes cartográficos y las frecuentes correcciones. Jean Baptiste Bourguignon d’Anville en el mapa de 1748 referido a Suramérica “Amerique Meridionale. Publiee sous les Auspices de Monseigneur le Duc D’Orleans” (fig. 14), corregiría el error y el detalle toponímico del mapa que acompañaba la obra de La Condamine señalando que era río o brazo fluvial del Casiquiare y no el río Negro como sostenía el naturalista y geógrafo francés el fenómeno geográfico exacto.

⁴³ Sobre la idea de un Orinoco andino asociado a la cuenca amazónica puede consultarse el importante trabajo de Bariandarán sobre la percepción del Orinoco andino (1992).

Conviene señalar, no obstante, que D´Anville al valerse de otros materiales, indicaba al río Casiquiari como conexión del río Orinoco o “Paragua” (como también es etiquetado en el mapa) con los ríos Negro y Branco y de allí, con el Amazonas. Además al señalar una orientación del Orinoco hacia el mítico lago Parima, es decir, hacia el oriente guayanés y no al occidente andino, entraba en abierta contradicción con lo que habían señalado el jesuita Gumilla y el mismo La Condamine.

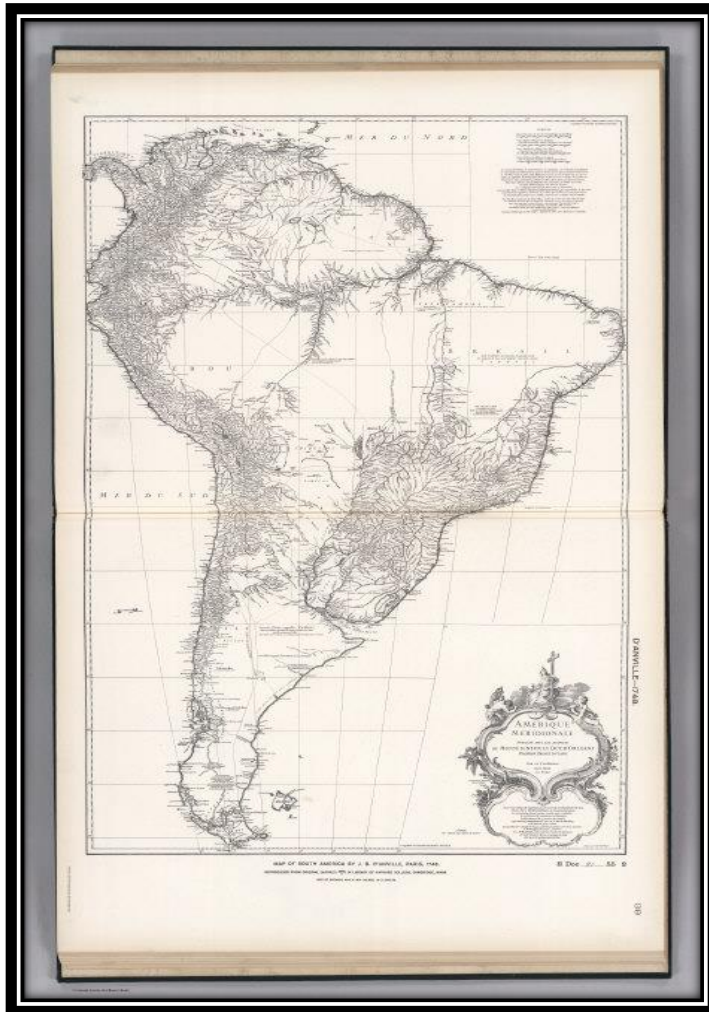


Figura 14. D´ANVILLE, Jean Baptiste Bourguignon (1748), “Amerique Meridionale. Publiee sous les Auspices de Monseigneur le Duc D'Orleans”

Sin embargo, pese a estas correcciones, el cartógrafo y geógrafo Jacques Nicolás Bellin seguiría sosteniendo el error al hacer una copia en 1757 del mismo mapa de La Condamine para la obra del Abate Prévost, *L'Histoire Generale des Voyages*, y luego en su propio mapa “Cours de l'Orenoque depuis ses sources jusqu'à la Mer avec les rivieres qui s'y déchargent” inserto en su obra *Le Petit Atlas Maritime: recueil de cartes et plans des quatre parties du monde* de 1764, dando por cierta la conexión de los dos grandes ríos por el enlace único de río Negro: “Branche qui y ont le Rio Negro qui se jette dans L'Amazone” según se deduce de la etiqueta que la señala (Fig.. 15).

No obstante, la exploración y reconocimiento preciso de esta conexión a través de un desprendimiento del río Orinoco, y el cambio de orientación del origen del río hacia el este estaba por venir y tendría implicaciones importantes, pues por un lado, abrió el paso a una conexión real hacia el interior de la América del Sur a través de arterias fluviales correspondientes a dos cuencas distintas (Orinoco-Amazonas) y por otro, el cambio de orientación crearía un espacio de atracción a nuevas exploraciones hacia las zonas remotas del interior guayanés. Un hecho geográfico que en principio pasó desapercibido constituirá un giro en el sentido de la percepción del río Orinoco y de su recomposición en el mapa del mundo.

Entre 1759 y 1760 Apolinar Díez de La Fuente y Fernández de Bobadilla, enviados por Solano y Bote, concentrarían sus exploraciones en los ríos del Alto Orinoco (*vid supra* fig. 6). Así se exploró el Casiquiare, el Ocamo y el Padamo en busca de cacahuales (bosques de cacao) y tratando de cartografiar un área de forma más específica. Como resultado de ello, reportarían el hallazgo de las fuentes del Orinoco en la zona de Guaharibos. Se iniciaba entonces un cambio todavía más preciso de orientación de la entonces idea controvertida de un Orinoco andino a un Orinoco guayanés. Su evidencia física y por lo tanto observable la encontraba Díez de la Fuente en el poco caudal que tomaba el río Orinoco en el oriente, ¿unido esto a la presencia de una serranía denominada Puzuma [Parima?], estos accidentes geográficos eran indicadores de su origen (Díez de La Fuente, 1954 [1760]: 303).

Apolinar Díez de La Fuente dejó dos mapas que referían lo contrario a la opinión canónica del origen del río, indicando claramente su origen guayanés. Sus mapas de 1760 “Mapa de una parte del Alto Orinoco que comprende desde el origen de este río hasta que se le une el Cunucunuma y por el norte hasta las cabeceras del Caura y Ventuari por D. Apolinar Díez de La Fuente” y, el de 1773 “Mapa que manifiesta el verdadero curso del famoso río Orinoco desde su origen en las Serranías llamadas Purumas y gran laguna Parime hasta su desembocadura en el mar”, revelan el cambio de sentido geográfico del origen del Orinoco.

En efecto, con las coberturas espaciales hechas por la Expedición de Límites en la Guayana, la penetración en el Alto Orinoco, una zona solo practicada precariamente y hasta el momento por los misioneros jesuitas y por avanzadas portuguesas, puso en contacto a los observadores con redes hidrográficas más complejas. Con las exploraciones de Apolinar Díez de La Fuente al Oriente del Casiquiare y a los ríos Ocamo y Padamo, se descubrió que, si se seguía el curso del Orinoco por el Casiquiare, este se desviaba al nor-oriental y decrecía en su curso en el raudal de Guaharibos, ello indicaba como se señaló en el punto anterior, el origen de las cabeceras. El “Mapa de una parte del Alto Orinoco que comprende desde el origen de

El mapa muestra claramente el hecho geográfico de un cambio con respecto al origen del Orinoco proyectándolo al oriente de la trifluencia del Guaviare y el Atabapo con el mismo Orinoco, vinculando además al Casiquiare y al Cunucunuma, ríos que tenían como cabeceras las montañas y sierras guyanesas que son representadas con toda su complejidad, con ello se descartaba todo origen en la Cordillera de Los Andes.

La orientación de las cabeceras hacia la Guayana oriental rompía la percepción andina generalizada para los grandes ríos sudamericanos, un acontecimiento que inicia un desplazamiento del estudio de ciertos fenómenos físicos hacia las cadenas orográficas de la Guayana de consecuencias muy importantes en la geografía que vendrá.

No obstante, si bien las cabeceras no estaban allí, en el raudal de Guaharibos (que es sólo una parte del curso superior del Orinoco), como las indicó Díez de La Fuente -cuestión que sabemos hoy día gracias a la expedición de 1951-, el hecho fundamental implicaba el fin en el imaginario geográfico de un Orinoco Andino que las narrativas y cartografías anteriores a la expedición habían establecido. Gumilla, por ejemplo, había indicado sus cabeceras hacia el occidente, en Los Andes entre Pasto y Timaná (Gumilla 1993 [1741-1745]: 5). El nuevo giro perceptivo y el germen de un problema geográfico centrado ahora en la fuente, estimularía la imaginación geográfica más adelante durante los siglos XIX y XX colocando en algún lugar del Parima y un mítico lago, el origen del río y movilizándolo la imaginación geográfica que tejía un espacio del deseo en torno a las fuentes. En otro plano, con las observaciones de la Expedición de Límites, se abría la emergencia de una percepción geográfica de un Orinoco Guayanés que impulsaría nuevas expediciones.

En 1767 Apolinar Díez de La Fuente, fray Antonio de Jerez y Francisco Fernández de Bobadilla dirigiéndose hacia La Esmeralda, un pequeño caserío fundado como proyección hacia el Parima, explorarían nuevamente las fuentes y evaluarían los recursos de cacahuales (zonas de cacao) tan importantes en el contexto de la economía colonial de las gobernaciones que constituían la Tierra Firme⁴⁴.

3.2.5. Mitogeografías del Orinoco.

En el Orinoco, otros de los problemas de la imaginación geográfica del espacio guayanés estaban dominados por el lugar mitogeográfico de ciertas ciudades que se aspiraba a descubrir como El Dorado o Manoa, o de lagos maravillosos como el Parime o mar Blanco hacia el cual también se orientaba el origen de la fuente del río.

⁴⁴ Así se conocía gran parte de los territorios de las actuales Venezuela, Colombia y Guyana.

Como se sabe, la percepción geográfica de la Guayana y el Orinoco estuvo marcada por las visiones doradistas (Bayle, 1943; Ramos Pérez, 1973; Amodio, 1995; Lucena, 1992b) hasta bien entrado el siglo XVIII. Todo ese imaginario instituido de los siglos XVI y XVII había construido poderosamente mitos movilizadores vinculados a un espacio del deseo que sucumbirá drásticamente ante las evidencias proporcionadas por las nuevas exploraciones.

El mito geográfico de El Dorado o Manoa, poseía un lugar cambiante (Rodrigues, 2010) asignado primeramente a los confines del interior de la América del Sur, fue desplazado luego al Parime, una zona situada en la parte sur de la Guayana cercana al Ecuador. El emplazamiento de esta ciudad era constantemente renovado en la medida que eran recorridas las geografías interiores. Por ejemplo, el geógrafo Hermann Moll en el “Map of South America” de 1709, que él señalaba como verdadero, en una de las leyendas que le acompañan indicaba la localización de Manoa o el Dorado, situándola en la margen derecha del río Orinoco, específicamente en su curso superior, en una zona enmarcada entre las “gold mines” y el lago Parima (Figura 17).

El mapa “America Secondo le ultime Osseruazioni dell Accademia Reale delle Scienze” de Doménico dell'Acerra Fe contenido en la prestigiosa obra del filósofo y geógrafo jesuita Claude Buffier (1747) indicaba la existencia de la Città dell'oro en un lugar entre el Amazonas y el Orinoco. Por otro lado, Gumilla había puesto en duda su existencia metaforizando su valor en términos de un desplazamiento de la ciudad dorada a los valores naturales contenidos en la Orinoquia y la Guayana. En visión espacial, estos eran la verdadera riqueza del Nuevo Reyno de Granada a quien pertenecían los dominios de un territorio que se asignaba al inencontrable El Dorado, “...sólo pobre por falta de habitantes, y opulentamente rico por sobra y abundancia de minas...” (Gumilla, 1993 [1741-1745]: 360)

En el último tercio del siglo XVIII el mito geográfico del Dorado que se muestra en la larga duración como una geografía errante y multilocalizada, termina por orientarse hacia la Guayana y luego se ubica en un área correspondiente a los puntos entre el Orinoco y río Branco, área hacia la cual se dirigieron las expediciones doradistas impulsadas por Manuel de Centurión entre 1771 y 1775 (Vid supra Figura 7). Estas exploraciones disolverán el mito geográfico que había alentado a tantas expediciones con destino hacia las *terra incognita*.

Centurión, ingeniero militar de la Real Escuela de *Mathematicas* de la Academia de Cádiz y gobernador de la Guayana, además de impulsar nuevas exploraciones estabilizó los límites extremos del Orinoco en el oriente y el sur, es decir, hacia la entrada y la costa Atlántica, y hacia la “Gran Sabana”, es decir, a los ríos que provenientes de las sierras guayanasas alimentaban los cursos del bajo y Medio Orinoco.

Este funcionario inscribía su mirada en un campo de la ciencia moderna que despojaba de religiosidad y ficción la explicación de la naturaleza, atribuyéndole a la ciencia una función utilitaria dependiente de la racionalización de espacios, de una promesa de orden territorial y del acondicionamiento de los lugares de poblamiento, bases del buen gobierno⁴⁵.

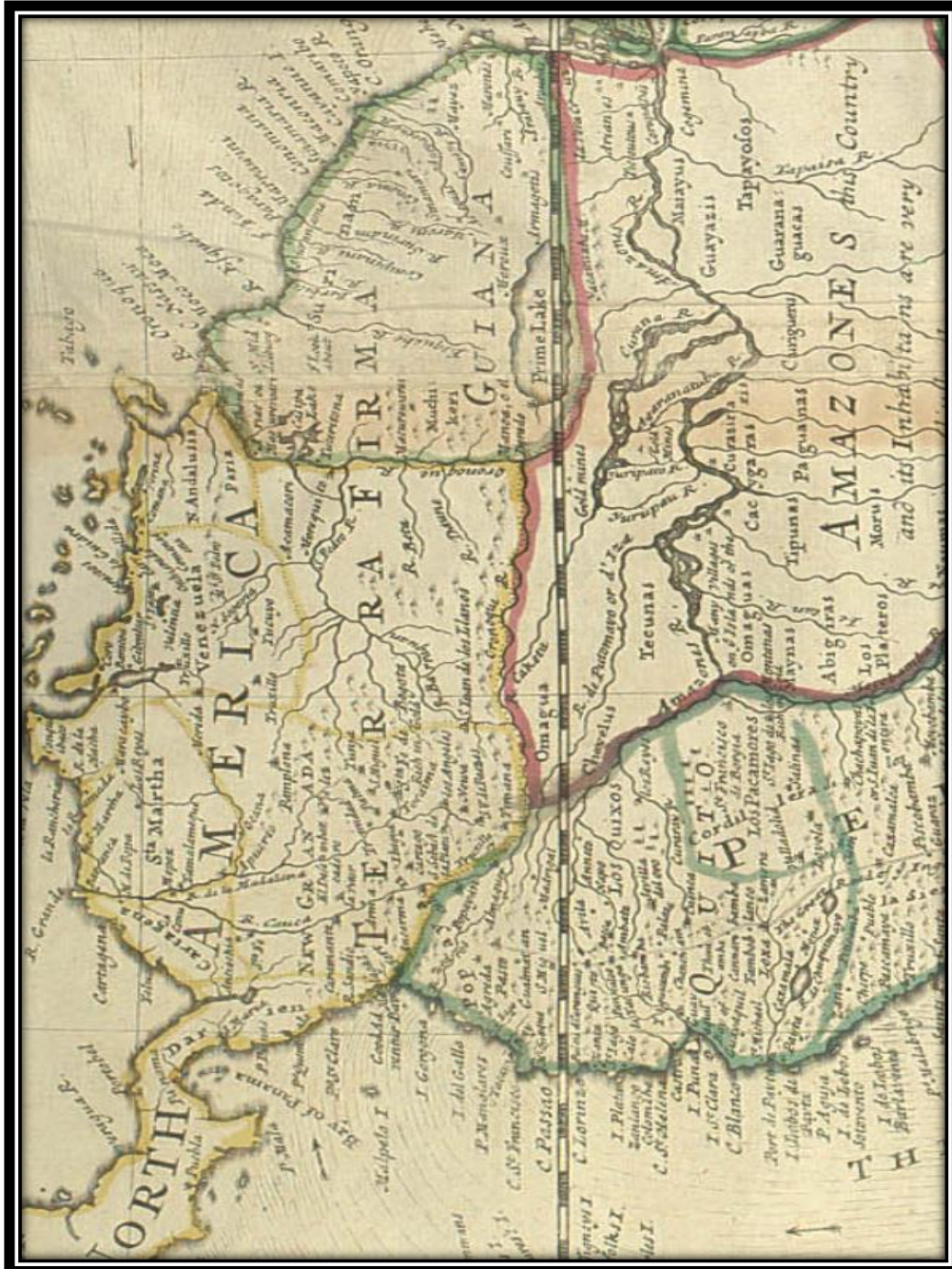


Figura 17. MOLL, Hermann (1709), Map of South America, according to the Newest and most

⁴⁵ Como ejemplo del funcionario leal a la Corona Centurión expresaba su agradecimiento a la labor Real de impulsar el paso de la ignorancia al saber, ideas contenidas en su escrito de 1757 *Ciencia de Militares: Que Contiene Unos Breves Principios de Geometría, Para la Perfecta Inteligencia de la Fortificación, Un Utilissimo Tratado de Este Arte...*

En 1776 la tercera expedición al Parime, bajo el mando de Vicente Díez de la Fuente, se dirigió con el guayanés Antonio López e Isidoro Rendón a la laguna Parime y llegó al cerro Apucuomo o Dorado, al noroeste del río Branco⁴⁶ reportando su descubrimiento y describiéndolo como una elevación de rocas cristalinas semejantes al oro, pero en ningún caso, como se reconoce en los testimonios, con evidencia de la existencia de oro.

El mito del lugar dorado vinculado a esta elevación cristalina de piritas y otros minerales se despojaba de su aura doradista (*Vid* Cartas de Centurión y V. Díez de la Fuente [1770-1776]; en Lucena, 1999: 191-200). Con esta expedición se redujo según Filippo Salvatore Gilij (1965 [1780-1784], la montaña fabulosa de El Dorado, a un cerro sin importancia. El mismo Antonio Alcedo (1787: Vol. II: 45-46) refería al carácter fantástico de El Dorado, surgido de las “‘fabulas sacadas de las imaginarias relaciones de Juan Martínez” que no obstante se contenían todavía en las “historias y cartas geográficas”. Alcedo limitaba la observación a la consideración de la existencia de una “Provincia o país dilatado” en el que se mezclaban fábulas con noticias ciertas, entre ellas, la de que allí existía el lago Parima, fenómeno que él geógrafo apoyándose en la cartografía más precisa de Cruz Cano Y Olmedilla daba por cierto.

No obstante, es indudable que las expediciones reconfiguraron la imagen hidrográfica en función de los accidentes montañosos que en su movilización lograron reconocer. Pusieron también en cuestión la existencia de un lago que no lograban descubrir.

Según se puede observar en los dibujos que legaron, aún incipientes en sus localizaciones, las alineaciones orográficas; la sierra del Parime junto a la de Pacaraima constituirían desde el punto de vista hidrogeológico la divisoria de las cuencas del Amazonas y el Orinoco, tal y como había apreciado Caulin en su crítica a una supuesta alineación continua de una parte de la cadena de Los Andes hacia la Guayana. Esta área geográfica poseía entonces cadenas de sierras independientes de Los Andes.

Estos reconocimientos fueron importantes no sólo para el avance del conocimiento científico, sino también para esclarecer las problemáticas derivadas de la demarcación entre los imperios español y portugués y las divisiones de cuencas, discusiones que más adelante serán objeto de la polémica entre Humboldt y Buache (Debarbieux, 2008).

⁴⁶ Hoy en el territorio brasileño, Estado de Roraima y limítrofe con el Estado Amazonas de Venezuela

3.2.6 Albores de una geografía humana y geoestratégica en el Orinoco.

Del conjunto de relaciones humanas con el medio, se derivaban otros problemas que se agrupan en tres conjuntos: diversidad de espacios humanos; el carácter utilitario y la valoración geoestratégica del espacio.

En el siglo XVIII la construcción de un espacio posible, de una imaginación del paisaje por venir activado por la intervención antrópica y sus nuevas percepciones en torno a un valor nuevo de los lugares y los recursos contenidos en el medio ambiente, se expresará en los discursos de los religiosos y de los ilustrados reformistas.

El principal problema en la óptica compartida de las comunidades de funcionarios españoles y de los misioneros destacados en las zonas especiales, lo constituía el poblamiento, factor fundamental en la expansión y estabilización del *limes* imperial. Es así como la política de fronteras en la Orinoquia se dirigió a la conservación de los núcleos de poblamiento y a la fundación de otros, la Expedición de Límites llevaría a cabo en tal sentido varias fundaciones (Vid supra Figuras 4, 5) que se sumaban a la preexistente red de asentamientos misioneros.

Con anterioridad y coexistiendo con esta idea, el avance civilizatorio en núcleos de implantación se centrará principalmente, en el modelo misional de ocupación de la tierra⁴⁷, esto al menos hasta la primera mitad del siglo XVIII y luego bajo un modelo mixto que agregaba fundaciones de presidios, villas y ciudades. La idea de poblar establecía un contraste en la relación espacial de aglomeración y concentración frente a la dispersión; la primera, concebida como un lugar de concentración, era el lugar civilizatorio de ortopedia social; la segunda, era el espacio de bárbaros y salvajes caracterizada por la vida nómada de grupos de cazadores y recolectores en la Orinoquia, y en menor grado, los de vida mixta.

El modelo occidental no presentaba una unidad de criterio, pues existían opiniones contrarias a las ventajas que las misiones ofrecían, Manuel de Centurión había señalado al ministro de Indias, Juan Arriaga, en 1774, que las misiones dejaban a los indios en una condición tal de inutilidad que en nada se diferenciaba de su anterior vida salvaje⁴⁸, una percepción compartida entre funcionarios de la administración colonial, quienes pensaban que las misiones sólo debían dedicarse a lo espiritual. Sin embargo, estas no fueron eliminadas -

⁴⁷ Se estima que los jesuitas poseían alrededor de 222 misiones sólo en Hispanoamérica ubicadas generalmente en zonas de indios hostiles a la penetración europea (Weber, 2007: 166, Merino y Newson, 1995). Los capuchinos en el bajo Orinoco fundaron más de 29 pueblos en un lapso de 46 años entre 1724 y 1770 (Carrocera 1979).

⁴⁸ Cit. p. Manuel Lucena Giraldo (1992b: 71; Cf. Lucena y de Pedro 1992a).

pese al episodio de la expulsión de los jesuitas en 1767-, sino debilitadas por las políticas borbónicas de control territorial de las fronteras (Weber, 2007: 158).

En el Orinoco, sin embargo, las misiones mantuvieron su fuerza. En Los Llanos altos y bajos, y el Caroní y Caura, que forman parte de la cuenca del Orinoco, las misiones de franciscanos, agustinos y capuchinos catalanes experimentaron una expansión eficaz y sostenida sobre los restos de las misiones jesuitas (Donís, 1997; Carrocera 1979; Weber, 2007), también junto a este proceso de poblamiento, los viajes de exploración misionera continuaron abriendo conexiones entre espacios.⁴⁹ Un ejemplo de ello lo constituyen las exploraciones de los capuchinos en el bajo Orinoco, el Cuyuní, el Barima y el Parime.

La expansión al sur del río Caroní, el gran afluente del Orinoco medio, condujo a la fundación de la Barceloneta (La Paragua) en 1770 por Fray Benito de La Garriga. Los capuchinos también emprendieron expediciones hacia el Parime remontando el Paragua con el mismo La Garriga y Tomás de Mataró. En una segunda expedición con Félix Vic logrando vencer los obstáculos naturales de gran parte de la zona. No obstante, ambas exploraciones de reconocimiento se detuvieron en las barreras montañosas de la sierra de Pacaraima (*vid supra* fig. 7).

De ese proceso varios trabajos cartográficos como el Mapa anónimo de misiones capuchinas de 1735, los de Carlos de Barcelona: “Misiones capuchinas catalanas y Anathomía Geográfica” de 1771; y el mapa de 1779 (fig.18), y finalmente un mapa anónimo de “Misiones Capuchinas de la Guyana de 1789”, se constituyen en un factor importante por cuanto muestra las proyecciones hacia el sur y hacia el sureste de la cuenca del Orinoco, y revelan que parte de los movimientos hacia la *terra incognita* y de sus registros visuales primarios iban de la mano de los religiosos⁵⁰.

En medio de este proceso poblador, la lógica imperial de jerarquización del espacio subalternizaba las etnias bajo categorías de salvajes y bárbaras. Pese al registro etnográfico de la geografía humana del Orinoco, hecho por religiosos, no se lograba reconocer en la mentalidad reformista lo que durante miles de años las etnias que habitaban el Orinoco habían

⁴⁹ Los capuchinos catalanes llevarían con fray Antonio La Garriga una política exploratoria en el Alto Caroní, El Paragua, Barima y Cuyuní, una labor que coincidía con el despliegue misionero en otras partes de América como Nuevo México, río Bermejo, Los Andes orientales en su conexión fluvial con el Amazonas y la ruta Chiloé-Patagonia entre 1776 y 1792 (Weber, 2007: 203). En este sentido de la movilidad misionera, los mismos jesuitas se fueron convirtiendo en prácticos de las zonas geográficas olvidadas u omitidas y fueron conocidos por ser los hombres de los ríos (Del Rey, 2011).

⁵⁰ Parte de estos mapas se pueden consultar en la David Rumsey Collection

diseñado, es decir, sus propias respuestas al medio que les permitía explotar como hemos visto en el caso del Delta, las posibilidades que este ofrecía.

Se explica entonces, que una de las grandes preocupaciones será dar cuenta del grado civilizatorio en función de la agricultura como indicador occidental de cultura, una cuestión presente en las observaciones de jesuitas como Rivero, Gumilla y Gilij.

En muchos casos, esa vida de las etnias orinoquenses que los occidentales, percibían como nómada, no era sino una consecuencia de modos de vida adaptados a las condiciones ecológicas diversas y a los periodos de lluvia y sequía. Estos grupos eran nómadas estacionales o en algunos casos migrantes en función de los ciclos de disponibilidad de los recursos⁵¹.

En consecuencia, la labor de aglutinar se hacía más difícil. Por algunos momentos, el espacio de la misión se diluía en fugas, rebeliones, epidemias y hambrunas que atentaban a su estabilidad, por ello la solución para los religiosos fue crear unidades de producción ganadera que abastecieran a los asentamientos misioneros. Bajo su impulso se logró al menos estabilizar algunos núcleos de poblamiento (Samudio, 1992; Donís, 1997; Vila, 1980).

Frente al espacio imaginado de la barbarie, los ilustrados llevaban la voz “universal” del progreso y la felicidad de los pueblos. El carácter utilitario del nuevo espacio en términos de hábitats nuevos para el poblamiento europeo suponía su acondicionamiento en modelos de ciudades, villas y presidios, a los que se sumaban las políticas de infraestructura portuaria para el caso de asentamientos situados en las riberas de los ríos, y en la construcción de reductos defensivos.

En el fondo, las misiones también tenían este carácter de ocupación y acondicionamiento de los lugares. Los misioneros jesuitas y los capuchinos ocupaban enclaves estratégicos en el curso del río Orinoco y en sus principales afluentes, como, por ejemplo, los emplazamientos en los raudales de Atures y Maipures, el emplazamiento de Cabruta y los emplazamientos de Moitaco y del Caroní- Paragua de los capuchinos⁵².

⁵¹ Para el caso de la Pampa Argentina Mandrini (1992) ha mostrado estos errores de percepción sobre un nomadismo ficticio otro tanto podemos observar con la relación de los ciclos de recolección, caza y de pesca que forzaban a dirigirse en grupos a determinados nichos ecológicos. Denevan también ha rebatido la idea de una naturaleza prístina asociada a la idea del “salvaje natural” y por el contrario ha mostrado que muchas selvas poseían un origen antrópico (Denevan, 1992; Cfr. Ch.,Mann, 2006).

⁵² Para una explicación de la función defensiva y militar contenida en la denominación de reducción adaptada para las misiones en el contexto violento de las fronteras, Vid Cuevas, (2006) y Lacotoure (1993).

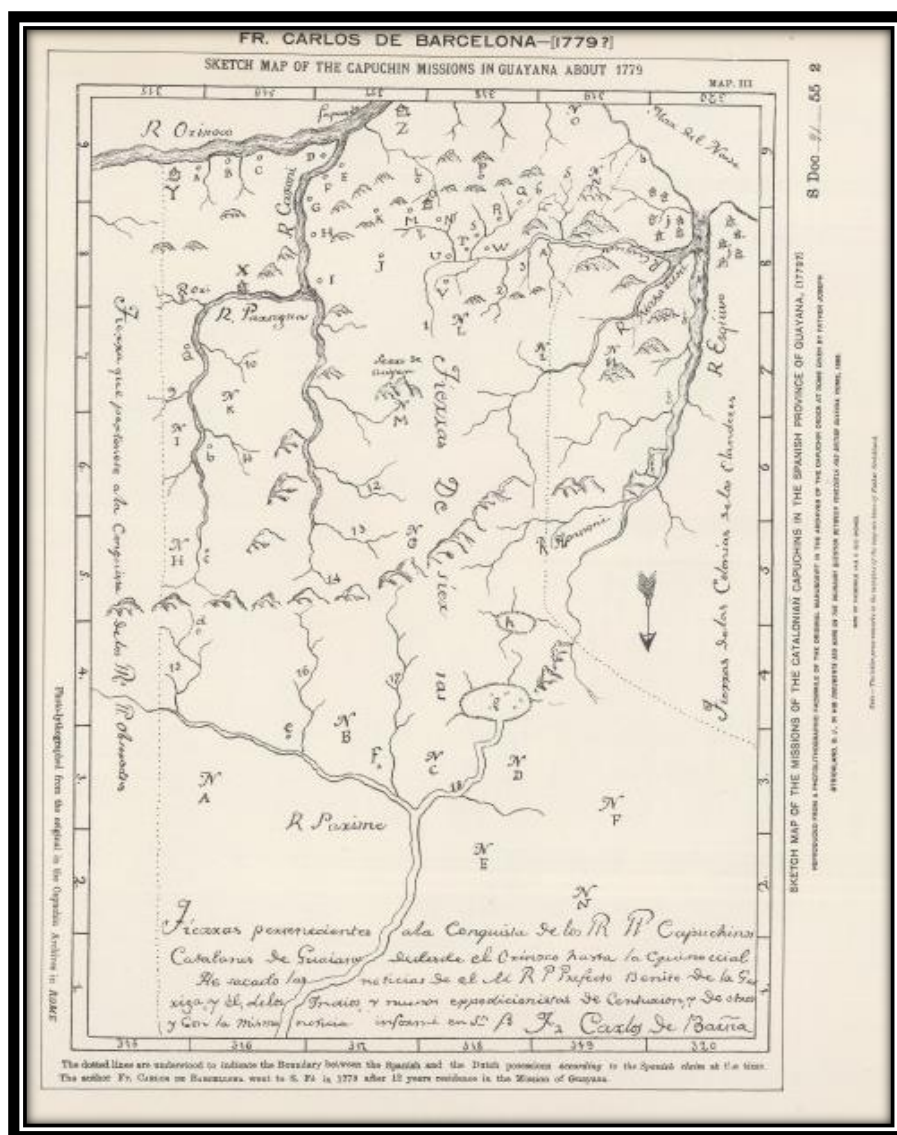


Figura 18. BARCELONA, Fray Carlos de (1779), Sketch Map of the Missions of the Catalonia Capuchins in the Spanish Province of Guayana.

A la par de esta preocupación por la localización de los emplazamientos se elaboraban discursos en los que se trataban de hacer atractivos estos espacios a la inmigración europea, una labor que tenía su antecedente inmediato en Rivero, pero sobre todo en Gumilla, quien había mostrado extensos inventarios de recursos en su obra cuyo largo título muestra de por sí, las dificultades de un ensamblaje en los que se mezclan ciencia y fe: *El Orinoco Ilustrado y defendido, historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes. Gobierno, usos y costumbres de los Indios sus habitantes, con nuevas y útiles noticias de animales, árboles, frutos, aceytes, resinas, yervas, y raíces medicinales; y sobre todo se hallarán conversiones muy singulares a nuestra Santa Fé...* (sic)

Junto al registro que da cuenta de una percepción de la abundancia y la exuberancia de paisajes pródigos expresada en los inventarios naturales que contienen los textos de los religiosos, la mirada ilustrada en la Orinoquia tenía en el propio carácter de la Expedición de

Límites el objetivo de observar la naturaleza de un modo más sistemático y acorde con las enseñanzas de Linneo, una labor encomendada a Per Löefling quien trabajó en el área del bajo Orinoco y el Caroní (*Vid supra*, Figura 4).

De este modo, la existencia de recursos sobre todo de suelos fértiles y productos botánicos que podían alimentar a las economías locales y metropolitanas fueron señaladas como recursos potenciales, y en el caso del legado de Löefling, clasificadas de acuerdo con el método moderno, mostrando un nuevo espacio para el coleccionismo botánico de la ciencia en la Orinoquia. Con él y con otros discípulos de Linneo, se iniciaba una gran red de globalización botánica que tendría sus centros de recepción y cálculo en los jardines botánicos europeos y en los gabinetes y museos de ciencias naturales formando parte de prácticas localizadas y conectadas (Amodio, 1998; Lucena, 1998; Ryden, 1957; Livingstone, 2002, 2004). No obstante, la muerte temprana del botánico sueco en las riberas del Orinoco arrojaría por la borda el proyecto de sistematización.

La mirada sobre los recursos también estaba gobernada por el carácter utilitario y geoestratégico. Parte de las exploraciones en el Alto Orinoco se habían hecho también con el ánimo de reconocer la existencia de cacahuales (cacao silvestre), el “oro vegetal” de la política borbónica.

Hacia el último tercio del siglo XVIII las exploraciones se habían concentrado en una política de contención del avance holandés en la zona del Cuyuní y de fortalecimiento del Bajo Orinoco. José Inciarte (1968[1779; 1783]), por ejemplo, hablaba de planes para desarrollar el Bajo Orinoco y la costa Atlántica del Esequibo con la finalidad de estabilizar una zona que lucía desguarnecida, una labor que debía acompañarse con planes de activación económica ganadera y forestal. (*vid supra* Figura 7).

De esta manera, las exploraciones para determinar emplazamientos adecuados para el poblamiento al sur de la Boca Grande en el Delta del Orinoco, y en la zona del Barima, frenarían el avance holandés desde Berbice y Demerara garantizando el dominio imperial.

Este proyecto seguía la dirección que el intendente José de Ábalos y la administración de José de Gálvez, Ministro de Indias, les había impuesto. Se trataba de revitalizar el Bajo Orinoco mediante la ganadería, y para ello era necesario encontrar llanuras aptas para tal propósito, cuestión que no sucedió porque la exploración no logró hallar zona de sabanas aptas para tal fin (Lucena Giraldo y de Pedro, 1992a). Muchas de las zonas del Bajo Orinoco eran inundables y pantanosas.

Todo este conjunto de intereses y de problemas espaciales a resolver se explican también en el giro de la geografía política del dieciocho. Entre 1731 y 1751, en un lapso de 20

años, los principales obstáculos podían identificarse del modo siguiente: el área de Guayana se convertiría en un espacio caótico caracterizado por el retroceso de las misiones jesuíticas (Del Rey, 1992; 1998; Cuevas, 2000); las tensiones territoriales entre órdenes religiosos por áreas de acción ocasionaban frecuentes disputas; los asaltos y *razzias* de Caribes y holandeses, asociados para el suministro de esclavos al Caribe y a las plantaciones guayanesas y el avance portugués por río Negro eran factores importantes. A ello se sumaba el conocimiento parcial y fragmentado del espacio geográfico que impedía formarse una idea totalizante de lo que significaba el territorio articulado por la cuenca del Orinoco. Esto suponía una constante presión por elaborar mapas y planos confiables que mostrasen una dimensión concreta de la soberanía imperial en la Guayana.

El Orinoco se convertía en un espacio perturbador para la administración hispánica metropolitana, y para las administraciones locales asentadas en las ciudades región vinculadas al Nuevo Reino de Granada y las gobernaciones de Cumaná, Guayana y luego de las políticas reformistas a la Capitanía General de Venezuela y la Real Intendencia de Caracas.

Entre 1755 y 1760 una serie de exploraciones de la Expedición de Límites reconocerán como se ha señalado:

a) el Bajo Orinoco, el Esequibo, Barima y Caroní con Eugenio de Alvarado en 1755 con la finalidad de evaluar las misiones capuchinas y las rutas de holandeses y Caribes; b) la ruta hacia el Alto Orinoco atravesando los raudales de Atures y Maipures con Solano y Bote; c) la ruta del Apure-Sarare con Doz y Guerrero buscando el piedemonte andino de la Provincia de Mérida en 1757-58 y abriendo el derrotero de los llanos bajos del Apure y Barinas; d) la del Guaviare hacia San Fe de Bogotá con Alvarado en 1760. Finalmente, e) entrarán en contacto en 1759/1760 en Mariuá (Barcelos) con la avanzada portuguesa mediante el viaje que hicieron al río Negro Francisco Fernández de Bobadilla y Simón Santos y f) Las exploraciones de Diez de la Fuente y Fernández de Bobadilla en el Alto Orinoco entre 1759 y 1760 (vid supra figuras 4, 5 y 6).

En la visión borbónica se trataba de ejercer un dominio espacial que articulase una red entre la metrópoli peninsular, las ciudades región americanas y los espacios interiores. Esta situación obligaría al imperio a redefinir su presencia (Brendeke, 2016; Weber, 2007; Lynch, 1987) bajo un proceso de transición de concepciones económicas ahora ligadas al proyectismo borbónico (Ludlow y Martínez, Coords., 2007).

En este contexto el impulso de expediciones hacia fronteras mal definidas como la de la Orinoquia, con el objeto de fijar el limes imperial, se hizo dentro de criterios más científicos, objetivos y realistas de utilidad para la “ciencia de gobierno”. Estrategias de

modernización reformistas vinculadas a una práctica que operativamente articulaba saber y poder, ciencia y Estado, se reflejarían en el propio tratado de Madrid en 1750 que impulsó la Expedición de Límites del Maraón/Orinoco. Esta, si bien no logró el objetivo de demarcar el territorio al sur del río Negro, produjo una documentación que atrajo el interés de la Corona española a la Orinoquia⁵³, asociándose a las políticas reformistas traducidas en planes de fortificación y en el diseño de una red espacial de pueblos que aseguraban la presencia hispánica en el curso de la importante cuenca del norte de la América del Sur. Esta acción se complementaba con el esfuerzo que las órdenes venían haciendo para atraer los ojos imperiales al Orinoco.

Entre 1776 y 1790 se estudiaron en el Bajo Orinoco las posibilidades madereras del área que incluyeron a los prestigiosos ingenieros navales Diego Seaman y Charles Smith. Entre 1789 y 1791 se estudiaron Upata, Chirica, Santa Ana de Puga y Angostura (Lucena, 1999: 35). Estas áreas hoy día están vinculadas a provincias geológicas de alto valor en recursos minerales.

En 1788 el Ingeniero Militar y Gobernador de la Guyana Miguel Marmión organizó la exploración de los ríos Curumo y Cuyuní al mando de Antonio López de la Puente (Donís, 1997; Perera, 2006). En ese mismo año el Gobernador elaboró una «*Descripción corográfica-mixta de la provincia de Guayana en que se da razón de los ríos que la bañan y facilitan sus comunicaciones: de su población, tierras de labor útiles, de sus frondosos montes, frutos y comercio, y se proponen algunos medios los más asequibles y conducentes a su verificación y aumento.* (1943 [1788]).

Este documento (así lo muestra el propio enunciado de la obra), puede ser considerado como una síntesis de los problemas centrales para el último tercio del siglo XVIII referidos a planes de defensa, poblamiento, aprovechamiento de recursos, prospecciones interiores y sobre todo, el reconocimiento del Orinoco como una llave geográfica clave del eje comunicacional del Norte de la América del Sur y del espacio interior que bifurca la comunicación con los Andes y con la zona norte del Amazonas. En 1792 se colocaría en la cuenca del Cuyuní una posta para frenar las incursiones holandesas y proteger los pujantes poblamientos ligados a las misiones capuchinas y sus hatos ganaderos. El mismo Marmión en 1794 dibujaría un “Plano del río Orinoco desde sus bocas hasta la capital de Guayana” que ofrecía detalles que el mapa de Centurión, “Plano general de la provincia de Guaiana, que,

⁵³ Esta expedición había llegado a Cumaná y de allí en dos frentes había partido hacia la Guayana, uno por la ruta terrestre siguiendo la vía ganadera y de misiones, y otro bordeando la costa con dirección al Delta y a la Boca Grande para acceder al río Orinoco (vid supra fig. 4).

con la exactitud posible y respecto de su dilatada circunferencia e incógnito centro, ha formado con las noticias adquiridas hasta oy 31 de diziembre de 1770 el comandante general de ella" no ofrecía.

El ciclo costero de exploraciones y dibujo de proyectos en la Guayana Atlántica (y con ello el del Delta y el bajo Orinoco), que era una respuesta a la presión de potencias rivales a España en el contexto de una geografía política en disputa por el control de las vías de acceso fluviales finaliza si seguimos a Lucena (1999: 36), con las noticias de José Luis Basanta en 1788 y Rafael Mas en 1802 que se recogerían en la *Memoria de posiciones hidrográficas* de Felipe Bauzá, impresa en Londres en 1827 y luego en su "Mapa de Colombia" de 1841 en el que además reconocía en una nota, los aportes de Inciarte, Solano y Bote y otros ingenieros militares.

El conjunto de estas preocupaciones en una visión de campo y perspectiva se lee mejor en un contexto de inserción de los lugares y de los fenómenos geográficos dentro de la lógica de la geografía política imperial.

En este sentido, la nueva situación espacial que reflejan los documentos trataba no de una mera suma de partes, sino de un complejo tejido de observaciones e imágenes de una geografía física y humana diferente, un producto del movimiento dialéctico de la experiencia de la biblioteca en la que habían sido formados los funcionarios y los misioneros confrontada con la experiencia del recorrido geográfico y el flujo de esas observaciones en los centros de recepción o cálculo.

3.3 El giro discursivo. La cartografía de Cruz Cano y Olmedilla y el Diccionario de Geografía de América de Antonio Alcedo.

Los problemas geográficos que afrontaron los observadores religiosos e ilustrados del Orinoco muestran la formación de una conciencia geográfica que responde a un contexto de transición en el campo del saber y de las relaciones prácticas con el espacio. Los textos del siglo XVIII comparten un carácter fundacional para el imaginario geográfico y para la propia práctica científica abierta a mostrar lo no conocido⁵⁴.

⁵⁴ Una situación análoga sucedía con respecto al desconocimiento de gran parte de Europa con respecto a la propia Península Ibérica y puede leerse en el contexto que produjo los nuevos diccionarios geográficos de España. En 1795 Peré y Casado y Antonio Vegas en las adiciones y correcciones que hicieron en reediciones al Diccionario de Juan de la Serna de 1750 que a su vez había sido realizado a partir de los prestigiosos diccionarios geográficos de Echard, *The Classical and Geographical Dictionary* de 1715, y de Ladvocat

No sólo los obstáculos geográficos naturales, sino la existencia de un mosaico de pueblos de escasos hábitos sedentarios y de un contexto demográfico disperso y de baja densidad en función al espacio de ocupación estimado para el momento, se convirtieron en factores que detenían el proceso de implantación colonial fundado en el binomio del saber-poder sobre el espacio. A esto se sumaba una percepción de riesgo en tierras inhóspitas y el escaso valor que tenían sus productos al menos para el sistema de gustos y demandas del momento, cuestión que comenzaría a revertirse en el siglo XVIII.

Esta situación, explica el giro discursivo hacia un espacio gobernado por la imagen geográfica de la abundancia. La diferencia con el régimen discursivo anterior que se movía entre una percepción de los espacios periféricos y de frontera ligada a la imagen del espacio sagrado y de la barrera selvática y desértica, radica en que ahora el nuevo discurso se vincula a dos funciones, por un lado, la defensa de un espacio, por otro, la apertura a opciones de aprovechamiento como sucedía en las áreas estabilizadas⁵⁵. El espacio paratáctico se superpone sobre el liminar y gobierna las visiones geográficas, sus “diseños y sus designios” (Beatriz Bueno, 2011).

La estabilización relativa de las misiones en la Guayana hacia 1730, inicia un nuevo derrotero para la configuración de una imagen más atractiva de esos espacios, motor de los intereses de reordenamiento imperial bajo el que se construyeron dos de los sentidos de relación sensorial y material referida al discurso de la abundancia, una de carácter religioso vinculada a un código bíblico (Frye, 1988; Cuevas, 2012), y otra contenida en un código imperial utilitario de la ciencia ilustrada.

Así pues, sobre el discurso impregnado de teología natural en transición, se fundará dialécticamente el discurso utilitario del reformismo y el proyectismo contenido en la documentación de los funcionarios del siglo XVIII, situación que afectará el tratamiento de los problemas geográficos dentro de un diseño de cálculo cuya realización concreta, la más de las veces fue precaria, a pesar de que algunos núcleos de poblamiento se mantuvieron en el tiempo al sobrevivir a los factores de reacción violenta de los grupo étnicos en resistencia, entre ellos los Caribes, y que la red de defensa integrada por los fortines San Francisco de Asís, San Gabriel y San Diego de Alcalá, en el Bajo Orinoco, ofrecían cierta seguridad en el acceso hacia el interior. Juan Antonio Perelló haría un importante trabajo de levantamientos

Dictionnaire géographique portatif de 1743, expresaban la necesidad de hacer frente a la ignorancia que los extranjeros de otras naciones europeas tenían acerca de la Geografía española (Capel, 2003:113)

⁵⁵ Las áreas americanas de mayor estabilidad eran las mineras, las de mayor densidad demográfica, así como zonas costeras y algunos espacios agrícolas y ganaderos que la propia implantación había transformado en función de las demandas de mercado. Por ejemplo, las zonas de ingenios de caña de azúcar, las plantaciones de cacao y los fundos o estancias ganaderas para el caso de la Tierra Firme.

topográficos y de planos de los fortines y de la Provincia de Guayana entre 1760 y 1780 (Capel, 1983:370)

En el contexto general, se observa un cambio, pero también, una coexistencia (al menos en el discurso geográfico religioso) en la percepción de los espacios físicos y humanos de visiones providencialistas del espacio, a otras ligadas a un proyecto de saber/poder fundamentado en la razón. Las prácticas de observación de los lugares transitan tenuemente hasta marcar diferencias entre la concepción cristiana que proyectaba en esos espacios el carácter sagrado de la creación divina dispuesta al hombre (Cuevas, 2006; 2012), y la que resignifica el espacio racionalmente bajo el reino de la ciencia nueva con largos inventarios de especies y sus incipientes referencias a las zonas y al medio en el que podían encontrarse, lo no conocido de una geografía difícil en función de los accidentes geográficos y la delimitación, y la barbarie a modelar según criterios de racionalidad.

Sobre esta tríada de las ideas ilustradas, se autorizará la acción occidentalizante, transición que construirá una nueva territorialización de un campo para el saber y de áreas que ocupar y “redimir” mediante la imaginación geográfica e implantación de una nueva relación entre el hombre y el medio cuya representación además se apoyaba en discursos y cartografías de naturaleza múltiple que siguen mostrando horizontes para la expansión. Los centros de cálculo organizaban la información en mapas sintéticos y diccionarios geográficos. Como corolario de este proceso globalización de los lugares, conviene detenernos en dos ejemplos referentes a estas formas de expresión geográfica del conocimiento.

La cartografía de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, debe entenderse en el contexto de disputas por los dominios americanos. Sus mapas⁵⁶ enlazan de una forma clara la relación del Orinoco y la Guayana dentro del esquema imperial de representación en un contexto que resume la política territorial reformista que dominará el discurso geográfico de la segunda mitad del siglo XVIII.

Este geógrafo se había formado junto a Tomás López en la escuela cartográfica francesa de Jean Baptiste Bourguignon d'Anville, geógrafo real, quien había mapeado los cuatro hemisferios y formaba parte de los emergentes círculos de la ciencia ilustrada. Bajo su influencia, Cano y Olmedilla elaboró una serie de mapas dentro de los cuales se destacan el *Mapa geográfico de América Meridional* que luego sería ampliado en los llamados mapas

⁵⁶ Su ficha biográfica puede consultarse en la Universidad Complutense, Biblioteca Complutense. Biblioteca Histórica disponible en: <http://biblioteca.ucm.es/foa/55961.php>

murales integrados por ocho grabados⁵⁷. El mapa mural encargado por la Secretaría de Estado en 1764 se terminó de confeccionar luego de diez años de trabajo en 1775 bajo el mismo título de *Mapa geográfico de la América Meridional*. Había sido hecho con un cuidado meticuloso en las fuentes, solo indicando las informaciones exactas, entre ellas las suministradas por la Secretaría de Indias y las contenidas en el Atlas de Bellin con los ajustes de la actualización cartográfica de los depósitos oficiales. De esos grabados o planchas nos interesan los números 1 y 2.

La primera plancha o grabado muestra el área correspondiente a las divisiones político-administrativas de la parte centro y norte de la América del Sur, destacando el Nuevo Reino de Granada y la Provincia de Nueva Andalucía, así como un recuadro referido al puerto del Callao en el reino del Perú (Figura 19). En sus detalles geográficos, el mapa refleja el cambio de orientación del Orinoco cuyo nacimiento ahora aparece vinculado hacia el oriente, hacia el lago Parima. Establece de forma clara la estratégica comunicación entre los ríos Negro y Orinoco a través del Casiquiare con una etiqueta explícita. No obstante, Cruz Cano y Olmedilla a pesar de aspirar a ofrecer informaciones exactas señala en este grabado la existencia del lago Parima y su vinculación como fuente del río. Este grabado es además interesante porque agrega otras toponimias al mismo lugar como Paranapitinga y mar Blanco, y sobre el emplazamiento del mítico lago se superpone una pequeña etiqueta de “caribes antropófagos” que muestran la persistencia de una división de la geografía humana entre civilizados y bárbaros, usualmente relegados a los espacios ignotos como los del lago Parima hacia donde se ubicaban las cabeceras del río Orinoco.

El segundo grabado de ese mapa mural (figura 20), refiere a la Guayana, contiene un recuadro en la margen derecha en la que se ensambla un plano detallado de Angostura, titulado:

Plano del sitio de la Angostura donde se ha establecido el Quartel Gral. De R. Orinoco, la población de la Nueva Guayana y Fortaleza de S. Gabriel, construida de orden de S.M. y dedicada al S. Sr. D. Gabriel Antonio Nro. Infante, por disposición de D. Juan Moreno de Mendoza, Gobernador de dichos establecimientos.

El Plano elaborado en la administración guayanesa de Moreno de Mendoza, fue ensamblado por Cruz Cano y contiene una serie de informaciones muy importantes con referencia a los lugares habitados, iglesias, emplazamientos, hatos ganaderos y fortalezas. Entre los datos que ofrece llama la atención el referente al comportamiento del río Orinoco

⁵⁷ Este mapa mural compuesto de ocho grabados puede consultarse en la Biblioteca Digital Hispánica: <http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000051497>

con respecto a los usos de los puertos fluviales, distinguiendo los puertos de verano de diciembre a marzo; y de “Ybierno” (invierno) de junio a septiembre; los otros meses quedaban indeterminados pues configuraban los intervalos de transición en el lento crecer y decrecer de ríos de tal envergadura, un régimen que obviamente no se podía precisar de forma exacta.

Este mapa, sin embargo, muestra un conocimiento claro de la hidrografía, de los ritmos de las crecientes y decrecientes del Orinoco ligadas a los regímenes estacionales de lluvia y sequía. El documento cartográfico traducía una parte de los problemas geográficos inscribiendo al río en una perspectiva de mayor amplitud, marcando un pasaje de la geografía del Orinoco a un nuevo régimen de la imaginación geográfica.

El mapa a la vez de sintetizar una gran parte del conocimiento geográfico del Orinoco seguía mostrando el espacio del deseo que movilizaría en los siglos venideros el valor del descubrimiento de los lugares como tema de un régimen de la historia de la geografía.

La observación y valoración de lugares expandió los horizontes del conocimiento geográfico en función de una cobertura física e imaginaria, que habilitaba una red más densa de informes y de descripciones. La activación del proceso dialéctico construyó una relación uno/partes de una imagen geográfica regional que se articulaba con el espacio imperial y su geografía diversa. Surgía un Orinoco no limitado sino abierto al problema del conocimiento universal, multiescalar, y, sin embargo, la inmensidad del espacio seguía retando a los observadores.

Esto se explica mejor, en el contexto general de América. El optimismo del saber por las noticias del continente dentro del binomio de un territorio una monarquía, puede observarse en el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América: es a saber: de los Reynos del Perú, Nueva España, Tierra Firme, Chile y Nuevo Reyno de Granada* de Antonio de Alcedo.

Este geógrafo nacido en la Audiencia de Quito era hijo de Dionisio de Alcedo que había otorgado una de las licencias de publicación del *Orinoco Ilustrado y Defendido* de J. Gumilla reconociendo su valor geográfico e histórico. Para Antonio de Alcedo, la intensa movilidad del conocimiento geográfico en función de recabar noticias de los espacios interiores, era el principal indicador de incompletud de toda síntesis y promesa de futuro para la expansión del saber dentro de un cuerpo que se abría para una segunda fase de expansión.



Figura 19. CANO Y OLMEDILLA, Juan de la Cruz, (1775), Mapa geográfico de América Meridional (Grabado No. 1).



Figura 20. CANO Y OLMEDILLA, Juan de la Cruz (1775), Mapa geográfico de América Meridional (Grabado No. 2 con el "Plano del sitio de la Angostura donde se ha establecido el Quartel Gral. De R. Orinoco, la población de la Nueva Guayana y Fortaleza de S. Gabriel, construida de orden de S.M. y dedicada al S. Sr. D. Gabriel Antonio Nro. Infante, por disposicion de D. Juan Moreno de Mendoza, Gobernador de dichos establecimientos").

En su *Diccionario* compuesto de más de mil entradas de toda América, se recogen importantes informaciones del Orinoco (1788, Vol. III: 389-391), de sus características fisiográficas y humanas, su dirección y sus accidentes, de las facilidades y dificultades para su navegación motivada por los periodos de lluvias o verano y la presencia de los raudales. En su exposición, el espacio toma un valor geográfico dominado por la extensa red hidrográfica de sus afluentes que favorecen las comunicaciones internas y con el Caribe y el Atlántico.

En otras entradas describe sintéticamente los ríos que forman la hoya hidrográfica, dando cuenta de sus paisajes de deleite como por ejemplo el río Caroní uno de los principales afluentes guyaneses del bajo Orinoco, o del horror, como sucede al describir al caudaloso Caura y su geografía asediada por las razzias de Caribes y holandeses, o de la desolación producto de la miseria como sucede con la languidez del paisaje de las decadentes Ciudad Real, Real de Corona y el pueblo de San Fernando de Maipures todas fundadas en las orillas del Orinoco por Joseph Yturriaga comandante de la Comisión de Límites de 1750.

No obstante, el aumento de precisión y los detalles con que Alcedo presenta la investigación asociada al Orinoco, la narración termina por ubicar el nacimiento del Orinoco en una imaginaria Sierra Nevada situada en la Provincia de Guyana al Norte del Parima, ello según señala, apoyándose en los resultados de la Expedición de Límites y en los informantes Caribes. Se mantenía entonces una idea sobre la existencia de una cadena montañosa continua que iría de Los Andes a la Cayena. El lugar de las fuentes seguía -aunque esta vez sí orientada a la Guyana-, mostrando las dificultades de su real emplazamiento y gobernando el régimen de la imaginación geográfica proyectada a las *terra incognitae*.

3.4 El Cronotopo río/selva de la Guayana y la mirada geográfica en transición y ruptura

Como se observa, el río Orinoco y las áreas, fenómenos y lugares articulados a su alrededor fueron el espacio privilegiado de un trabajo geográfico que operó sobre las resistencias físicas y humanas de un medio geográfico difícil. En tal orden de ideas, el trabajo de la imaginación geográfica organizó y dio sentido al cronotopo de la Orinoquia en el siglo XVIII. Este ejercicio de la imaginación situada se expresó bajo un doble tránsito perceptivo que se articuló en la imagen de la *terra incognita* y su poder movilizador, y en la dimensión práctica de la experiencia del espacio y el lugar como campos para la expansión de saberes objetivos y de un horizonte de transformación del espacio.

La función analógica de la imaginación geográfica actuó como dispositivo para movilizar la cobertura espacial a través de mitos geográficos y a través de la necesidad de “descubrir” como partes de la disposición de los sujetos a emprender viajes hacia las geografías interiores. También fue un producto de operaciones de traducción, apropiación y construcción de sentidos del espacio vinculados a una concepción de la naturaleza que se repartían los observadores religiosos e ilustrados.

En el siglo XVIII la imagen negativa del trópico y su humedad será paulatinamente debilitada; la percepción de *terra incognita* como espacio de repulsión y peligro cambia a un espacio del deseo de explorar y descubrir junto al proceso de conversión civilizatoria ligada al régimen misionero, expresión todavía de la alianza entre monarquía y providencialismo impulsado por la concepción teológica de la naturaleza y la idea de la *translatio imperii*. También se produce una transición y tensión entre dos cosmovisiones que se repartían los modos de leer y de escribir la naturaleza. Tal vez todo se contiene en una representación elaborada en *el Orinoco Ilustrado y Defendido*, por Joseph Gumilla. En esta historia geográfica, además de civil, natural y sagrada, la naturaleza de las aguas se personifica en un “soberbio Orinoco” Gumilla, (1983[1741-1745]: 40, 67-68), La imagen codifica un nuevo dispositivo que liga la soberbia a la magnitud y la fuerza de las aguas del río, en otro plano ligado a lo sagrado, al espacio que debe ser doblegado por la virtud cristiana y la razón occidental (Cuevas, 2012). El cronotopo para los jesuitas configurará el territorio como un cuerpo que observar y recorrer de forma dramática y en función de una tarea global en sus propósitos.

Como se ha mostrado, en el espacio de la Orinoquia la coincidencia de distintos observadores provenientes de tradiciones portadoras de concepciones de la naturaleza diferentes, dibujó un espacio de frontera permeable entre comunidades científicas o interpretativas. La complejidad de este problema referente a una nueva posición frente a la historicidad de la ciencia, obliga al historiador actual de la geografía a mostrar la coexistencia y diferencia entre una y otra y, las formas cómo estas relaciones afectaron la concepción del espacio representado como *terra incognita*.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, la fuerza gravitacional y atrayente de los espacios no conocidos impulsará su geometrización con levantamientos cartográficos y construirá un nuevo campo de observaciones de carácter utilitario y científico centrada en una mirada racional de la geografía como ámbito de la planificación, tal y como aspiraba el espíritu reformista y proyectista, este espíritu no era del todo ajeno a la dinámica misionera y

sus unidades ganaderas productivas que transformaron los paisajes de las llanuras en la cuenca del Orinoco

El relato de viaje, sus operaciones geográficas, su cartografía y su teatralización, muestra de un periplo dramático, formarán parte de la realidad construida, pero también de la realidad experimentada que conectan al lector con un espacio tiempo vivido, con emociones y representaciones que organizan a su vez la imagen geográfica de la Orinoquia, una cuestión observable en los relatos de los misioneros, los informes de la Comisión de Límites comandada por Iturriaga y Solano, los funcionarios de la administración hispánica y en los cartógrafos franceses, ingleses y holandeses cuyas producciones deben ser estudiadas en otro momento pues exceden los límites de esta investigación. No obstante, el trabajo de comunicación e imaginación geográfica de un espacio se expresó entonces de formas diversas, pero correlativas entre sí.

Por un lado, la experiencia de frontera produjo cartografías viajeras de primer orden, y en su proyección europea, otra cartografía de gabinete que se alimentaba de esas cartografías primarias y de informes y relaciones. Ambas agregaron al espacio una grafía –recordemos con Barber (2006: 76) que marcas y signos son el mapa-, que cartografiando los espacios contribuían a tranquilizar la angustia ante zonas o áreas no ocupadas o a enmarcar dentro del mapa un horizonte de espera. El cronotopo geográfico de la narrativa cartográfica expresaba el movimiento del imperio y de los saberes emergentes.

El tejido cartográfico construía una representación de un espacio del deseo gobernado por la necesidad de ocupar, nombrar y estabilizar el control territorial. Sin embargo, en sus toponimias indígenas e hispánicas subyace la tensión y transacción entre los discursos hegemónicos y sus objetos (etnias, lugares) de subalternidad y dominio, pero también de un trabajo que no se hizo en solitario, sino que formó parte de un esfuerzo colectivo de informantes que poseían conocimientos acerca de territorios sobre los que se pretendía ejercer la autoridad del descubrimiento. Aun cuando solo sean algunos nombres privilegiados los que perduren en la función de autor, el estudio de los mapas ha permitido mostrar un nivel del palimpsesto de voces que subyacen dentro del texto cartográfico.

Por otro lado, la experiencia del espacio y los lugares se tradujo en narrativas complejas. El conflicto entre observadores que termina por validar o erosionar los discursos y su autoridad impulsó preocupaciones por la rigurosidad de las observaciones. Esto no significó que se ignorasen, lo que condujo a relaciones muy complejas de rechazo o de acercamiento. Por ejemplo, es indudable el valor que tuvieron textos como los de Gumilla, Gilij y Caulin para estimular la imaginación geográfica acerca de las periferias que, como

sabemos, estos habían transitado. Igualmente, sus producciones cartográficas compartidas para el caso por jesuitas, franciscanos y capuchinos revelaban mundos nuevos y ampliaban en sus emplazamientos étnicos y toponimias, así como en la compleja red fluvial, una mirada heterogénea sobre los espacios interiores dominada por una hidrografía compleja de la cuenca del Orinoco.

El reconocimiento de su labor pese a las tensiones suscitadas por su expulsión –en el caso de los jesuitas-, no solo de los dominios españoles sino también de los franceses y de los portugueses, se recogió en varias obras de difusión como ejemplo, el *Diccionario geográfico universal, que comprehende la descripción de las quatro partes del mundo...* de Antoni de Capmany y de Montpalau que, en la entrada dedicada al Orinoco (1793, Tomo 2: 413), reconocía la labor de los jesuitas en el aporte de información de primera mano de sus espacios geográficos. De igual manera las obras del Abate Prévost, *Histoire générale des voyages* (1746-1759)⁵⁸, y las del anónimo autor de *El viajero universal o noticia del mundo antiguo y nuevo, obra recopilada de los mejores viajeros* (1994 [1795-1801]) que fue traducida, aunque también ampliada por Pedro Estala, junto a la monumental obra de William Robertson, *The History of America* de 1777, reconocían los aportes de estos religiosos al conocimiento de las geografías lejanas. A ellos se suman las contribuciones de los capuchinos catalanes, sobre todo en materia cartográfica en el reconocimiento del interior Guayanés al sur del Orinoco medio y hacia el Cuyuni y Barima, y la obra corográfica del franciscano Fray Antonio de Caulín que pretendía dar una imagen completa de las Provincias de Cumaná y de Guayana, que fueron consultados más adelante por los viajeros del siglo XIX y cuyas ideas como si se tratase de un palimpsesto silenciado, subyacen en muchos de los planteamientos geográficos.

Pero el reconocimiento de este trabajo no se reduce a sólo referencias, sino que se juega en planos cognoscitivos de mayor envergadura. Por ejemplo, en la disputa que la percepción europea construía sobre América, Filippo Salvatore Gilij en su *Saggio di Storia Americana, ossia Storia Naturale, Civile e Sacra dei Regni, e delle provincie Spagnole di Terraferma nell'America meridionale*, señaló los errores que tenían los textos europeos, sobre todo, por reflejar la ausencia del el espacio vivido, otro tanto habían hecho sus antecesores y otro tanto harían los nuevos observadores ilustrados representados en los miembros de la Expedición de Límites y en los funcionarios españoles, quienes en una economía de lenguaje expresada en memorias, cartas, informes y cartografías contribuían al conocimiento territorial de la Orinoquia olvidada, marcando también un horizonte de

⁵⁸ Los volúmenes de ésta monumental compilación de viajes puede consultarse en:
[<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k2010270/f4.item.zoom>]

conocimientos que organizaba el cronotopo geográfico del siglo XVIII a partir de las prácticas del viaje.

En las formas de expresión geográfica que hemos estudiado, ligadas a operaciones geográficas, discursivas e icónicas (mapas), el punto convergente, la encrucijada representacional, el cronotopo geográfico, será el río Orinoco.

Hay pues un tiempo-espacio del Orinoco que es condición de posibilidad de los nuevos lenguajes geográficos y de la movilidad corporal que tendrá en los futuros exploradores de los siglos XIX y XX su impulso y aceleración ligada al viaje como experiencia fundante y a sus diversas tipologías constitutivas de las relaciones humanas con la naturaleza del trópico y sus desafíos. En el plano de los marcos intelectuales y sociales del pensamiento ilustrado, es conveniente detenernos en Condorcet uno de sus más grandes pensadores para comprender la ampliación de la mirada geográfica dentro del contexto que significaron estas nuevas experiencias viajeras.

Una multitud de observadores recorren sin cesar el Globo para reconocer los animales que lo habitan, a los vegetales que nutren, las sustancias esparcidas sobre su superficie y las que encierra en su seno, para estudiar su forma externa y su organización, [...] en tanto, otros hombres establecidos en regiones diversas, registran con exactitud y cotidianamente los fenómenos del cielo y los de la atmósfera terrestre (Condorcet, 1997 [1793]: 211).

El pasaje es significativo pues se está hablando de la emergencia de “nuevos trabajadores” que dan cuenta de sus experiencias locales que comienzan a tejer una perspectiva más compleja. En este punto, la tensión entre los observadores del gabinete europeo y los observadores/practicantes del espacio americano comenzará a reducirse. Los trabajos levantados en el campo con sus densas observaciones y dramáticas narraciones unían el aquí y el allá de la experiencia a través de las clasificaciones acuciosas y sistemáticas hechas en los gabinetes. En el centro de acumulación de datos o centros de cálculo (Latour, 1992), en los espacios de “*performance* localizada” (Livingstone, 2002) se creaba también un lugar para futuras especulaciones y para un nuevo dibujo de la imagen del mundo producto de éstas dos asociaciones de los actores del conocimiento como vimos con Cruz Cano y Antonio de Alcedo. Sin embargo, hacia el siglo venidero, la cobertura espacial seguirá impulsando a la práctica geográfica. Los viajes se acelerarán con consecuencias muy importantes para la ciencia.

La densidad de información nueva y la emergencia de la explicación científica racional desplazaban, pero no eliminaban del todo a la teología natural de la autoridad del decir. Ambas esferas que configuran dos formas de construir la autoridad del ver constituyeron el gran soporte para la firmeza de una ciencia moderna en la que la nueva

geografía, comenzaba a despuntar valorando la experiencia del viaje en una nueva clave bajo la que subyace a nuestro modo de ver una relación cuerpo-espacio diferente. Esta relación práctica se completa con una lectura amplia de lo que significaba producir conocimientos geográficos en el siglo XVIII. A partir de aquí y tratando de ajustar lo estudiado, cuatro asociaciones permiten profundizar un poco en ese giro del saber y ciencia geográfica que acontece en los espacios de la Orinoquia:

a) La asociación ciencia-ríos-selva en los lugares periféricos.

b) La asociación comercio rutas marinas y fluviales, y los caminos; cuya expresión en la política borbónica será la de optimizar la relación geográfica en términos de colocación o extracción y flujo de productos controlados y regulados.

c) La asociación política administrativa y nueva representación de los dominios geográficos del imperio como reconocimiento de la necesidad de conocer sus espacios y de cartografiarlos, así como el de un nuevo diseño del poder territorial imaginado en discursos y mapas.

e) La relación ambivalente al interior del conocimiento de la naturaleza del Orinoco ligada a la teología natural y a la secularización o a procesos de ruptura que se contienen en los mismos discursos ligados a lo paratáctico.

En este orden de ideas y articulando estas asociaciones dentro del campo de la imaginación geográfica construida y producida en torno al río Orinoco, el final o debilitamiento de un modo de concebir a la *terra incognita* como espacio de una naturaleza misteriosa, creada por Dios y abierta a la lectura de los hombres para la contemplación y el goce como prescribía el antiguo topos narrativo *del locus amoenus* vinculado al código bíblico de lo paradisíaco, y la emergencia de una nueva mirada de una ciencia centrada en la autonomía de la razón y sus explicaciones utilitarias, empíricas y paratácticas del espacio, no significó el cese del poder de atracción de lo desconocido, sino un giro, un viraje hacia otro modo de percibir e imaginar ahora gobernado por el fenómeno físico del río Orinoco, de sus anomalías y especificidades y sobre todo, del problema que se dibuja en un nuevo horizonte, la fuente del río.

Por un corto tiempo, las cabeceras se creían descubierta, y dejaron de ser un problema, sin embargo, dada la opacidad de la exactitud de su localización en una topografía abrupta como lo era la del sistema de sierras del Parima, volvería a emerger como problema de la mano de Humboldt y de las nuevas condiciones que la geografía del conocimiento y la geografía política y económica imponían en los marcos de un giro en la concepción del mundo y sus lugares.

Capítulo IV

Poder e imaginación geográfica.

El Orinoco un espacio para la ciencia.

“El yo que viaja se dedica a escribir, y el yo que escribe está continuamente de viaje”

(OttmarEtte, 2001: 29)

La articulación entre ciencia y poder a lo largo del siglo XIX en el río Orinoco puede, en términos geográficos, comprenderse como una nueva lectura espacio temporal de las relaciones humanas con la naturaleza. Dichas coordenadas de pensamiento⁵⁹ vienen antecedidas por las prácticas científicas de fines del siglo XVIII y, en el despliegue del siglo XIX, se ligan a una representación y explicación del espacio que es correlativa de la interacción del sistema mundo y los lugares como contrapuntos de una serie de escalas que se articulan interna y externamente formando parte de un orden y organización del espacio geográfico que no puede ser interrogado sin recurrir a las condiciones de historicidad y geograficidad, y a los sujetos y comunidades que la hicieron posible.

En tal sentido, la prescripción de Buttimer (1980) que ha servido para comprender el pensamiento geográfico en términos de una distancia entre los objetivos actuales de la investigación geográfica y, lo antiguos objetivos de la geografía emergente del proceso de modernidad y espacialización de los saberes en el globo, debe ser considerada a los fines de apreciar de forma contextualizada los temas, conceptos, objetivos y procedimientos metodológicos que siendo formulados en el pasado pueden ser muy diferentes a los actuales. Las preguntas cambian, pero también pueden encontrarse en el tiempo.

En este orden de ideas, este capítulo sitúa el Orinoco en un primer plano que liga la imaginación geográfica desplegada en el siglo XIX con las prácticas científicas articuladas con un nuevo régimen de las ideas de modernidad, y con las ideas políticas de territorio-estado, territorio nación/república y territorio-imperio. Este tejido de asociaciones puede verse como escalas que marcan las relaciones entre los espacios tropicales vinculados a una idea de lo salvaje y los espacios occidentalizados vinculados a una idea de civilización. También es

⁵⁹ El espacio junto al tiempo configura las coordenadas a través de las cuales según Kant (1982 [1776]) nos orientamos en el pensamiento.

posible observar las marcas de la imaginación del espacio y la condición dialéctica que asiste el entrecruzamiento de esas marcas entre la geografía de lo conocido y lo no conocido, cuyas evidencias pueden encontrarse en distintas formas textuales.

Bajo este binomio cognitivo, subyacen relaciones de poder asociadas a dicotomías tales como civilización y barbarie, cultura y naturaleza. La idea de modernidad que caracteriza al proceso puede verse como dialéctica espacial. Aunado a este proceso, es posible observar la emergencia de una relación territorial que nace de las revoluciones políticas en tanto que invención de la nación (punto que será tratado con más especificidad en el capítulo siguiente) ligada indefectiblemente a los marcos geográficos y también, a un plano práctico que nace de las experiencias de exploración y reconocimiento de esos espacios.

La mediación de estas relaciones expresa una forma de caracterizar a los espacios de los otros, del aquí y el allá, de la apropiación territorial y de la construcción de un sentido de pertenencia que se llevará a cabo por la ciencia, la geografía política y la literatura. Estas relaciones condicionan las operaciones de prácticas y escrituras espaciales sobre los lugares y las regiones.

Es así como la comprensión del lugar del Orinoco en el pensamiento del siglo XIX muestra la tensión entre el concierto polifónico de textos y las distintas escalas que se conectan a lo largo de su proceso de revaloración y de articulación de significados y sentidos.

Los textos surgidos de la experiencia y de los flujos de producción y recepción de conocimientos y datos que comunican las operaciones geográficas estudiadas en este capítulo, hablan de los lugares y de los fenómenos en su especificidad y luego, lo enlazan en una escala mayor que gira en torno a dos interrogantes diferentes e interactivas:

a) La científica que construye su campo con relación a una pregunta por la física del mundo. Este primer movimiento del saber moderno se imagina como una cosmografía vinculada a los lugares, proceso que tiene en A. V. Humboldt su principal activador. A ella se asocia otra que pregunta por las relaciones de la tierra y el hombre cuyo impulso tiene en las geografías universales y los diccionarios geográficos su principal motor, siendo E. Reclus su principal impulsor.

b) La pregunta que vincula a la naciente geografía política nacional con la geografía física. En este punto, la imaginación geográfica se nacionaliza dentro de un largo y accidentado proceso de apropiación territorial que tiene en las geografías físicas y políticas su principal vehículo de construcción.

De esta manera y a partir de estos dos grandes supuestos, se pueden advertir dos problemas importantes a fin de describir y explicar las significaciones y sentidos geográficos que toma el Río Orinoco como eje de las percepciones y relaciones espaciales que emergen de las prácticas, del pensamiento, las relaciones de poder y la imaginación geográfica del siglo XIX.

En primer lugar, se trata de restituir al contexto del conocimiento situando aquello de lo que se habla, el río Orinoco y la región que articula.

La práctica de la organización del espacio posee una estructura de observación que está gobernada por un nuevo régimen de historicidad y de geograficidad de la ciencia. Sin embargo, la misma no puede desligarse del conjunto de intereses que envuelve la relación del saber-poder con el territorio. En tal sentido, la imperiosa necesidad de conocer la geografía debe explicarse para el caso que nos ocupa en relación con la crisis producto de la disolución del orden colonial y la emergencia de una geografía política caracterizada por las nuevas repúblicas, las cuales surgen de las revoluciones y el nuevo signo de interacción y expansión imperial y colonial que propiciaba el liberalismo.

Esto implica mostrar quién o qué organiza el espacio, una estructura que se establece en medio de tensiones que comienzan a ordenarse en torno a prácticas materiales y no materiales de la interacción social y cultural con los espacios y lugares en los cuales la tradición anterior y la modernidad coexisten. Y, sin embargo, son desafiadas por la contingencia del viaje produciendo nuevas interrogantes y formas de explicar lo que se percibe crecientemente como diferente.

En este orden de ideas, sea mediante la práctica de la ciencia, la imaginación geográfica romántica o la búsqueda de una identidad del cuerpo de la patria (territorio) o de la configuración de una nueva visión planetaria; el texto geográfico del Orinoco toma distancia con el campo de las especulaciones metafísicas, ello a pesar de que la mirada romántica que forma parte de la misma modernidad construye como apreciaban Humboldt y Reclus entre otros, un “sentimiento de la naturaleza”. Actitud geográfica sobre la que es necesario volver para comprender las maneras como se produjeron ciertas relaciones espaciales.

El texto geográfico, al espacializarse y localizarse, sitúa materialmente las representaciones en una compleja articulación con “el afuera”, con el mundo físico del cual debe dar cuenta en tanto que pretensión epistémica.

En este campo, la práctica científica implica un complejo de acciones y motivaciones, así como también un ejercicio de la imaginación geográfica.

Las operaciones geográficas derivadas de la experiencia situada y nuevas formas de interrogar confrontan el saber-poder de la biblioteca que porta el observador con la experiencia práctica del viaje y sus giros inéditos hacia el espacio fluvial del Orinoco y lo que se articula alrededor de él.

El resultado de la interrogación de problemas y de sus explicaciones e interpretaciones, se mueve, por un lado, en la focalización temática, la repetición y amplificación de problemas. Y por otro, en la producción de un espacio cognitivo marcado por el establecimiento de la diferencia atravesada por el *pathos*, la emoción, y la curiosidad científica que causaba la penetración del río, de la cuenca y los paisajes diversos que desafiaban al conocimiento instituido, introduciendo desequilibrios que innovaban los ejercicios de explicación con contenidos necesariamente geográficos.

En segundo lugar, la relación multiescalar es relevante si se quiere marcar distancia con el supuesto de que la investigación solo debe dedicarse a una escala sin mostrar los principios de conexión y relación que permiten formar síntesis explicativas. Es decir, reducciones legibles de complejidad relacional entre espacios.

En tal sentido, se someterá a análisis el trabajo del observador en contextos complejos que implican una relación de al menos cinco escalas: los lugares, la región, la nación, el imperio y el sistema mundo del siglo XIX (Este sistema al menos en la imaginación geográfica de Humboldt o de Reclus que articulan al hombre y la naturaleza, refiere al Cosmos como física del mundo, o a la Tierra y su relación con la vida y con el hombre)⁶⁰.

Así, tenemos que considerar un problema de espacialidad diferencial que implica según Lacoste (1977: 135-143), un esfuerzo de orden en el cual, los conjuntos espaciales diferenciados y superpuestos, mantienen grados de relaciones que envuelven un saber pensar y organizar espacios cuyas diferentes escalas planetarias y locales, se articulan recíprocamente dentro de un concepto dinámico de los espacios del cual el Orinoco como lo demostraremos, no escapó.

Esta experiencia geográfica, como bien sostenemos, se explica en sus contextos espaciales y temporales. Es conveniente no olvidar la importancia de esta posición de cara a una investigación menos conforme con lo establecido. En tal sentido, siguiendo a Habermas, es posible entender que "...distintos contextos históricos pueden significar cargas históricas distintas" (Habermas, 1993: 86). Correlativa a esta dimensión temporal, la posición crítica de Livingstone (2004), Buttimer (1980), Ophir y Shapin, (1991) y Latour (1992) referida a las

⁶⁰Esta relación ha sido objeto de un trabajo de investigación inédito referido a las imágenes de integración del mundo que he venido adelantando en diferentes espacios académicos.

espacialidades envueltas en las propias prácticas de construcción y producción de saberes, de su difusión y recepción, remite a los contextos cambiantes de la ciencia y sus actores. En consecuencia, el conocimiento de la geografía varía según las relaciones espacio temporales y en función de las relaciones que los hombres establecen con el medio y con la emergencia y circulación de descripciones, conjeturas e ideas dentro de las comunidades científicas.

En tal contexto de problematicidad, las operaciones geográficas referidas al Orinoco deben vencer las dificultades concretas de la ingente cantidad de datos, voces, formas textuales, tradiciones y la propia opacidad de las investigaciones que se han hecho sobre la región y sobre los fenómenos y accidentes geográficos particulares que la constituyen. Así pues, a la vista de esta problemática, la investigación que sigue se organiza en torno a los siguientes problemas puntuales:

Humboldt y la tradición humboltiana ligada al Orinoco cuya problemática fija su atención en torno a dos problemas científicos: el primero considera el contexto de la geografía heroica y de campo (Dardel, 1952) que se despliega a partir de la experiencia fluvial a lo largo del siglo XIX. El segundo refiere a los conocimientos derivados de la experimentación espacial que terminaron por vincular – y esto de un modo dinámico-, las observaciones *in situ* con los centros de cálculo y las comunidades científicas.

Finalmente, se hace un balance que remite a dos formas de expresar o considerar el saber poder de un espacio expresado en la construcción de una diferencia que fundamenta la incorporación de las noticias del Orinoco en un horizonte de transmisión y recepción fundante de una imagen geográfica. Pero también, remite a la interacción de espacios y conocimientos en un momento de universalización de las relaciones del hombre y la Tierra que se traducen en un nuevo ejercicio de imaginación geográfica y relaciones de poder desprendidas de este ejercicio.

Los vehículos de articulación entre las prácticas y los textos serán indudablemente los diarios de viaje, diccionarios, atlas, mapas, catecismos geográficos, manuales y las geografías universales o con pretensión de universalidad. En tal sentido, la obra de Élisée Reclus se convierte en eje convergente de las preocupaciones geográficas del último tercio del siglo XIX con proyección al siglo XX.

Un lenguaje nuevo enciclopédico, pedagogizante, objetivante incorpora al Orinoco y sus problemas y misterios en la mirada universal que abre el camino de la ciencia y de la mirada geográfica moderna en espacios localizados y de frontera.

4.1 El Orinoco, laboratorio natural del Cosmos. El viaje de Humboldt y la tradición humboltiana (1799-1905)

El espacio geográfico del Orinoco se convirtió paulatinamente durante el siglo XIX en una especie de laboratorio o campo de observaciones cuya delimitación no era muy clara dado el alto grado de ecosistemas heterogéneos que contenía. Las condiciones ambientales imperantes en la geografía tropical se transformaban en obstáculos que desafiaban tanto los recorridos, como la mirada científica y romántica en los procesos de observación durante los viajes de exploración.

No obstante, el escenario tropical estimulaba un nuevo régimen histórico y geográfico para el ejercicio de un tipo de escritura que permitía la práctica e institucionalización de una serie de ciencias en formación entre ellas la geográfica. Esto plantea un problema no menos polémico que refiere al objeto. Si se tiene en claro que las ciencias modernas apenas se comienzan a definir e institucionalizar en el siglo XIX y parte del XX, es posible comprender que ciertos objetos de estudio fueron en un momento objetos compartidos.

El tejido de problemas que se derivan de las miradas emergentes de la ciencia geográfica del pasado, podrían no formar parte de los campos disciplinarios actuales, pero también cabe la posibilidad de que, al restituir el problema a su condición histórica, encontremos puntos de conexión que vuelven a la discusión disciplinaria luego de haber sido negados por determinados enfoques. Entre ellos tenemos una nueva consideración de la función estética, de las percepciones y las narrativas espacializadas o de otras lecturas como la teológica que ubican al investigador en el borde de la disciplina o en un campo de expansión de la propia disciplina⁶¹.

Diferencia y repetición conforman las características centrales del espacio y de las miradas que comienzan a organizar un campo de sentido científico en el río Orinoco. La heterogeneidad existente se corresponde con un conjunto de objetos contenidos dentro de ese espacio geográfico. Estos son descritos y explicados dentro del horizonte de expectativas de la

⁶¹ En tal orden de ideas nuestra propuesta no excluye o margina el saber geográfico producido en siglo XVIII que se convierte en un campo en disputa y relación dialógica entre observadores religiosos e ilustrados como hemos visto en el capítulo anterior. Tampoco reduce el valor que la Institución académica y universitaria tendría en la formación de un conocimiento delimitado con una comunidad garante de la producción de saberes y su circulación. Sin embargo, al considerar la práctica de saberes como un tejido altergeográfico, la polifonía que produce un tipo de escritura geográfica o de índole geográfica, un lugar de singular importancia al viaje y a los viajeros -muchos de ellos, no necesariamente geógrafos-, en el proceso de conformación de un conocimiento global de la tierra y sus fenómenos geográficos.

razón ilustrada y el empirismo, marco en el cual según Withers (2007) y Gomes (2011), se despliega el nuevo giro de la geografía.

Más tarde –sin que esto implique una superación de lo anterior, sino su contención y diferenciación-, el campo de las observaciones geográficas estaría dominado por una suerte de trifluencia entre materialismo evolucionista, idealismo y positivismo como fundamentos filosóficos de las prácticas⁶². Esto marca la diferencia con el régimen anterior de la ciencia en el Orinoco cuyo campo de saberes geográficos se disputaban dos actores: por un lado, los practicantes de la teología natural -cuya comunidad académica fue debilitada seriamente con la expulsión de los jesuitas y el silenciamiento de la labor de los capuchinos catalanes en el Orinoco⁶³- y, por otro, la emergente comunidad de la ilustración que centraba su acercamiento a la naturaleza en una concepción racional de la ciencia que pasó a dominar las formas de observación, el campo de lo pensable y el arbitrio de la verdad vinculada al conocimiento de las fuerzas de la naturaleza en una suerte de vitalismo. La explicación se dirigía a buscar leyes “naturales o físicas” que ordenaban el mundo y que se debían considerar en la concepción del lugar del hombre en el sistema mundo. Pero ese puesto tiene un privilegio, el de la autoridad de observar, el de la libertad de recorrer el mundo y a partir de los datos particulares, hacerse una idea de las relaciones físicas y de las crecientes conexiones humanas.

Junto al tiempo teleológico se dispone un espacio que es materia y puede además imaginarse. Puede concebirse en términos utilitarios y constituye un lugar privilegiado para organizar la idea del mundo. La ciencia que inauguraba la Enciclopedia se movía en lo particular y lo múltiple, su procedimiento al decir de Groethuysen (1993 [1956]: 45) podía compararse al método seguido por los geógrafos: sobre un mapa, se distinguen campos y luego se establecen las relaciones recíprocas, se detallan regiones “pero sin temor a dejar espacios vacíos donde se encuentran todavía tierras desconocidas...”.

Con todo, los emergentes observadores de la nueva ciencia ligada al racionalismo y al empirismo tuvieron como sabemos, en los funcionarios españoles y en los naturalistas ilustrados del siglo XVIII a sus principales impulsores y referentes. Ello no significó, que se

⁶² Para una idea más detallada del valor como fundamento de estas ideas dentro del pensamiento geográfico Vid Ortega (2000: 188-194) Y para el caso del positivismo y la recepción del evolucionismo en Venezuela Ángel Capelletti (1992)

⁶³ El campo de observaciones de esta forma de ciencia ligada a la religión fue puesto en entredicho por el racionalismo, ello a pesar de que los jesuitas, capuchinos y franciscanos en tanto que observadores de primer orden, legaron importantes descripciones de los espacios geográficos y asumieron la defensa del trópico en muchos pasajes de sus obras. Por ejemplo, el jesuita Filippo Salvatore Gilij en su *Ensayo de Historia Natural* ([1780-1784] 1965), dedicado en su mayor parte al Orinoco, reivindicaba el espacio americano con argumentos muy cercanos a posturas racionalistas que intentaban enfrentar los prejuicios sobre la percepción negativa de los climas y de las condiciones de habitabilidad de las geografías interiores, en especial, las de zonas selváticas y de llanuras que configuran las fisiografías dominantes de los dos márgenes del río Orinoco.

ignorasen los aportes de los observadores religiosos; un análisis simple de los discursos de muchos de los grandes científicos del siglo XIX y de la recepción de las obras del XVIII, muestra lo contrario. Para los viajeros al Orinoco, los textos de los religiosos comportaban un importante registro.

No obstante, el movimiento de la mirada geográfica decimonónica se jugó entre esas influencias y la propia experiencia de los viajes emprendidos al interior del Continente americano como puede deducirse de la aceleración de los viajes y de los registros textuales de los mismos.

La tensión entre tradición y modernidad espacializadas en el trópico y en las periferias -incluyendo las propias periferias internas de Europa-, condicionó los fuertes cambios que condujeron a la sistematización de la ciencia geográfica. En otras palabras, se admite que, “Las condiciones de posibilidad de la geografía moderna se producen en el siglo XIX, con raíces en el siglo anterior” (Ortega, 2000: 114).

La genealogía obviamente enlaza periodos, sin embargo, convengamos a los fines de este trabajo que hay una articulación y una amplificación de temas entre las formas de hacer geografía en el siglo XVIII y las formas de hacerla en el siglo XIX. Igualmente, se puede afirmar que de esta articulación y como producto de la experiencia de espacios y lugares, surgirá una mirada diferente, un giro en las percepciones, explicaciones e interpretaciones geográficas.

En este contexto de ideas, se explica la práctica científica de Alexander Von Humboldt que establece las bases para el segundo gran texto espacial del Orinoco⁶⁴ e indica un camino para los posteriores ejercicios de la ciencia. Su antecedente más inmediato para el caso de la Orinoquia/Guayana, era la Expedición de Límites de 1750 cuyos sus objetivos perseguían la recolección de datos y las observaciones sistemáticas del área que comprendía los diversos tramos del río Orinoco. Esto implicaba, la elaboración de cartografías de mayor detalle, y la representación del espacio como un campo abierto al coleccionismo de especies, una cuestión que tenía su precedente inmediato en P. Loeffling y en las inquietudes botánicas de muchas expediciones de la segunda mitad del siglo XVIII⁶⁵. También, es importante resaltar el papel que jugaron en el estímulo de los viajeros, las largas listas de recursos y de especies que habían hecho los jesuitas y franciscanos destacados en el Orinoco (Cuevas, 2006; 2012).

⁶⁴El primer gran texto espacial corresponde a los jesuitas (Cuevas, 2012) Y junto a él obviamente se comienza a desprender otro régimen, el ligado la Expedición de límites al Orinoco-Marañón. El periodo anterior al siglo XVIII es más bien un antecedente que no termina por cristalizar un lenguaje y una mirada geográfica.

⁶⁵ Este antecedente no excluye la relación que Humboldt mantenía con otros textos orinoquenses, por ejemplo, los elaborados por religiosos jesuitas y franciscanos, los cuales como se observa en su obra, son consultados profusamente.

Vistas en un contexto general, las prácticas espaciales hasta el momento -con respecto a las áreas de expansión europea- estaban articuladas por dos relaciones de itinerarios; una de carácter marítimo cuyos ejemplos más preclaros eran el de Alessandro Malaspina (1788-1794) y los tres viajes de James Cook (1768-1779), y otra, las expediciones que se dirigían hacia los espacios interiores o periféricos, entre ellas la Expedición Geodésica a Ecuador dirigida por el naturalista y geógrafo La Condamine (1736-1744) que junto a la de Laponia dirigida por el matemático y filósofo Maupertuis (1735-1737), tenía como objetivo la medición de la longitud del meridiano, para establecer de manera precisa la forma de la Tierra.

Más tarde el giro de la mirada científica al interior del continente americano impulsada por los ministros ilustrados de Madrid, tendría sus más claros ejemplos en la Expedición o Comisión de Límites de 1754-1761/1767 del Orinoco al Maraón (Amazonas) con el truncado esfuerzo de estudios botánicos de Pehr Löebling en el bajo Orinoco y la intensa actividad prospectiva llevada a cabo por parte de sus comisionados, prosiguiendo luego, con las expediciones geobotánicas de José Celestino Mutis (1783 a 1808/1816), la del Virreinato de Nueva España (1787-1803) dirigida por José Mociño y Martín de Sessé y, la del Virreinato del Perú de Hipólito Ruiz y José Pavón (1777-1788/1808) o el Viaje al interior del Paraguay emprendido por Félix de Azara entre 1781 y 1801. En estas expediciones, los objetivos de la nueva ciencia consolidarían datos y noticias importantes de los territorios visitados.

Como se aprecia en este sobrevuelo en torno a las expediciones, la exploración de Humboldt hacia el Orinoco y otras partes de América no nace *ex nihilo*, sino que puede vincularse a un contexto emergente de atracción científica por las periferias del continente y del resto del globo. Este viajero prusiano, sigue entonces el camino del continente profundo en la transición de las formas de acercarse a la naturaleza y sus fenómenos del siglo XVIII al siglo XIX⁶⁶.

Alexander von Humboldt acompañado de Aimé Bonpland (Aimé Jacques Alexandre Goujaud), salió de Europa con rumbo a América el 5 de junio de 1799.

Los registros de su viaje, sus observaciones, percepciones y explicaciones, son un campo privilegiado para estudiar los procesos de operación geográfica ligados no solo a la escritura, sino también a una espacialización del cuerpo y a una construcción de espacio ligada al ejercicio de la imaginación geográfica.

⁶⁶ Más adelante en 1829, Humboldt emprendería otra expedición hacia lo profundo del continente euroasiático visitando Rusia y la frontera con China, completando de esta forma su visión del Mundo.

Los primeros capítulos de su obra *Le voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* (Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente)⁶⁷ remiten a la construcción de la autoridad del viajero que debe vencer un conjunto de obstáculos tras la búsqueda de unos “objetivos científicos predeterminados”. Sin embargo, el plan no es rígido, puede estar sometido al azar en términos beneficiosos, esta situación contingente, la apreciará el mismo viajero al narrar el avatar que le llevó a prolongar la estadía en la Tierra Firme⁶⁸, y dirigirse en consecuencia al Río Orinoco, Río Negro y el Casiquiare, lugares que producto de la experiencia vivida, se convertirían en su óptica, en privilegiados para comprender la emergencia de un pensamiento diferente⁶⁹.

Esta situación “feliz” que puso a Humboldt y a Bonpland en contacto con una parte de la tierra que exploraron Loeffling, Brose y Bredemeyer, cuyas colecciones se exhibían en Viena y Schöbrunn (Humboldt, [1816|1831] 1991, T 1: 266-267) abrirían el ejercicio de la imaginación en términos de una comprensión del papel de los lugares, de los fenómenos y la vida en la pretensión de observar la física del mundo.

El deseo de la ciencia se espacializaba, pues al referirse a esos botánicos, Humboldt apreciaría que “deseaban ver en su situación natural” las plantas que habían recogido y trasladado a los herbarios europeos que eran como fragmentos de lo exótico y campo de estudio limitados. Ante la mirada de estos viajeros la geografía tropical era laboratorio inmenso para las prácticas de la ciencia.

En el contexto de la nueva ciencia, el viaje americano abría una disposición para la labor de observación que partía de una base empírica caracterizada no solamente por la obtención de datos coleccionables y de mediciones que fortalecían las explicaciones alejándolas de cualquier pretensión metafísica; sino que también, situaba a la narración explicativa y descriptiva en un nuevo ejercicio del lenguaje científico. Se trataba de “ver en su situación natural”, es decir, en sus lugares; esta operación de observación y escritura se abría paso ante la caída del modelo retórico de la exposición del saber teológico en cuestiones referidas al espacio geográfico y amplificaba los discursos derivados de la propuesta racionalista y empirista que trabajaba sobre la naturaleza⁷⁰.

⁶⁷En esta investigación seguimos la edición en 5 volúmenes de Monte Ávila editores traducida y corregida sucesivamente por Lisandro Alvarado, Eduardo Röhl y José Nucete-Sardi.

⁶⁸ Territorios de Colombia y Venezuela.

⁶⁹En la recepción actual, el fenómeno geográfico ha servido por ejemplo para explicar la complejidad de la ciencia (Dassow Walls, 2009)

⁷⁰Ángela Pérez Mejía ha desplegado desde la sencillez etimológica de la palabra geografía, “grafía del territorio”, un estudio de las formas múltiples de representar el territorio y sus gentes contenidas en el discurso de Humboldt: mapas, ilustraciones y narrativas de viaje” en su conjunto, construyeron un mapa complejo de Los Andes y del Orinoco en los que se leen múltiples niveles de las geografías física y social (2002: XVI; XVIII).

Pensar el trópico era una tarea que buscaba abrir las compuertas a una concepción realista de sus espacios. Esta formulación escondía por otro lado las pretensiones de dominio de los centros políticos. Como han mostrado una serie de estudios sobre la emergencia de la geografía, la relación entre esta y las políticas expansionistas de control y dominio territoriales, estaban poderosamente ligadas a imperios coloniales⁷¹. No obstante, es importante destacar que las emergentes naciones surgidas de las guerras de independencia también elaboraron sus respectivas geografías en términos de una necesidad territorial de control y dominación, pero también, de fascinación geográfica, de comunidad imaginada.

La formación de la periferia no fue entonces un trabajo exclusivo de Europa, sino también, de un ejercicio de la razón occidental en el giro de la modernidad compartida y leída de modos diversos e interactivos por Europa y América.

En su giro moderno, el proceso de expansión aceleró y activó el conocimiento de los espacios geográficos. Sus focos de interés y temas privilegiados no solo eran de naturaleza científica, en términos de una supuesta autonomía del saber que las preguntas posibles elaboraban sobre un territorio o un área, sino que estaban vinculados a su vez con necesidades múltiples: mercados emergentes, nueva división del trabajo, jerarquización del espacio-tiempo socioeconómico, necesidades de recursos, control de territorios y problemas demográficos.

La evidencia más notoria del proceso de organización de viajes y expediciones a las geografías periféricas fue el paso de la sociedad cortesana que financiaba proyectos de exploración en el siglo XVIII a la emergencia de comunidades científicas. Del mismo modo, este paso, se abrió a la paulatina aparición de sociedades geográficas y sociedades de amigos del país que al calor de la nueva ciencia financiaron en el siglo XIX los viajes, monopolizando la recepción de información en sus respectivos centros de cálculo y legitimando el saber y su difusión de forma más o menos autónoma.

Por otra parte, a través de las Instituciones políticas de las nacientes Repúblicas que requerían de un saber-poder de sus territorios, sobre todo, en los espacios más alejados de los centros nodales tradicionales, se impulsaron comisiones corográficas para tratar de obtener un mejor conocimiento de las regiones y de los recursos que integraban el país, así como ofrecer una mejor demarcación de sus límites y fronteras.

Para Pérez, Humboldt y Mutis evidencian “el viaje de las ciencias exactas” responden a un contexto en el que las situaciones poscoloniales o coloniales, modifican la subjetividad de los narradores de experiencias de viajes en geografías diversas (Ibídem, XIX). Ellos expresan momentos de transición y posiciones híbridas de lectura derivada de un lugar privilegiado en la frontera, así como también, transportan cargas subjetivas que configuran la actividad de escritura y de pensamiento en la propia experiencia americana (ídem).

⁷¹ Entre los trabajos más destacados conviene mencionar a Hudson (1977), Godlewska y Smith, (1994) Dryver (2001), y en un plano reflexivo Lacoste (1977), Foucault (2006 y 1976), Harvey (2008) Montaldo (1999); Nieto Olarte (2008); Pratt (2010) y por supuesto, el seminal trabajo de E. Said (1996).

En un contexto general, el conocimiento geográfico envolvía algunas paradojas. Junto al valor científico de las expediciones y viajes, se desprendían otras relaciones. Al lado de un saber para “felicidad de los pueblos” y el progreso de la ciencia, se escondía la dominación y el discurso hegemónico de los ojos imperiales (Pratt, 2010). Pero esta práctica del saber-poder no se limitó a una presión de fuerzas externas a las naciones que sufrieron relaciones de tipo imperialista o colonialista, también al interior de la nación, se reprodujo el mecanismo dominador centro-periferia sobre espacios naturales y humanos que poseían sus propias condiciones de existencia. La comprensión de estas diferencias, no siempre fueron respetuosas, y, por el contrario, se fundamentaron en procesos de implantación de modelos de estructuración de espacios socioeconómicos articulados con el movimiento exógeno del capital cuyo impacto ambiental y transformador de paisajes ha comenzado a medirse recientemente (Cunill, 1996, 1999; Lowenthal, 2000; Diamond, 2006, Bertrand y Bertrand, 2007).

La particular imaginación geográfica construyó una comunidad imaginada (Anderson, 1993) por encima de las otras geografías humanas. Es decir, muchas etnias diseminadas en un territorio diverso fueron “nacionalizadas” o exterminadas en el proceso de ocupación, y control territorial que enfrentó lógicas espaciales y derechos territoriales diferentes (Cfr. Harvey, 2008: 227). También, este proceso implicó cambios en los modos de percibir el cosmos y la relación de la vida con el entorno.

En una mirada de conjunto, el proceso de implantación de un modelo de sociedad en términos generales puede considerarse en el conjunto de estas tensiones como un hecho de geografía humana (Carrera Damas, 1984: 18-23). En tal sentido el factor geográfico es significativo no solo en la dimensión material, sino en las dimensiones simbólicas, en el movimiento del conocimiento y emergencia de las formas de atención sobre el espacio mediadas por un ejercicio articulador y de sentido posibilitado por la imaginación.

Los ojos de la nación construida en función del modelo republicano tampoco fueron inocentes. La imagen totalizante de un espacio nacional homogéneo produjo dos ocultamientos: por un lado, sepultó las geografías regionales y locales, eliminando sus historias y articulándolas cuando más a la idea de un movimiento teleológico nacional. Y por otro, el espacio físico integrado a la comunidad imaginada sufrió transformaciones al convertirse en ensamble de imágenes y en localización de recursos que pasaron a considerarse como parte de la potencia de la nación. Esto en un movimiento centrípeto del poder de los discursos nacionales que subordinaba a las otras geografías.

El panorama geográfico del siglo XIX en América se muestra de forma compleja, con pliegues y tensiones en sus espacios yuxtapuestos y contiguos. Una serie de discursos tejen dicha complejidad. Esto implica detenerse en un conjunto de factores que envolvían el desafío americano y las relaciones de poder en tanto que un conocimiento constantemente provisorio y renovado en cada viaje. Paralelo al ejercicio objetivo de la ciencia se desplegó otro ejercicio ligado a las emociones suscitadas por la observación de los paisajes naturales y humanos que viajeros como Humboldt, Codazzi, Spence o Russell Wallace expresaron sin conflicto con la razón científica.

Los cuatro años de viaje de Humboldt por América (1799-1804) marcan un punto de inflexión y de aceleración en la toma de conciencia geográfica sobre el continente. Entenderla es comprender lo que Ottmar Ette ha denominado *Humboldtian Writing* una relación compleja que se deriva de un “nomadismo” y una “escritura nómada” (Ette, 2001:27). En ella se implican la práctica espacial de la ciencia con un ideal estético que no es adorno, sino que forma parte de un “tratamiento estético de los objetos histórico-naturales” (Ette, 2001: 45).

Con anterioridad a estas consideraciones, Susan Cannon (1978), ha denominado *Humboldtian Science*, al inicio de una práctica científica polifónica centrada en las conexiones y en la recomposición del cuadro de las relaciones naturales con el hombre, cuya complejidad, era explicada bajo un principio de equilibrio dinámico que organizaba el caos aparente de la naturaleza. Este principio relacional de la ciencia sirvió para pensar la distinción entre una historia natural y una filosofía natural bajo un nuevo enfoque epistémico (Jardine, Secord y Spary, 1996: 304). Pero también, para comprender la “física del mundo” como una cosmografía que hacía pensable la Tierra imaginada como un vasto sistema de relaciones.

Para Ette (2001: 47), *Humboldtian Science* y *Humboldtian Writing*, son enfoques complementarios. En consecuencia, ha propuesto una doble dimensión: a) la intercultural -y no la transcultural-, en el entendido de que quién observa no se puede despegar de su posicionamiento jerárquico modelado por la cultura a la que pertenece y con la que construye su autoridad como observador de la otra cultura. Y b) la transdisciplinaria, debido a que en el tratamiento de los espacios no se implica una sola disciplina sino varias; es decir, una extensión del nomadismo de Humboldt a las ciencias, lo que permite acceder a su método de asociaciones y de allí a una imaginación totalizadora y sistémica.

A partir de las consideraciones de Canon y Ette, es posible entonces hablar de un observador dotado de una capacidad de observación polisémica traducida en textos espaciales complejos. En consecuencia, si existe una operación de observador en Humboldt, esta

construye un punto de vista desde los bordes de las ciencias, y desde esa distancia, percibe la totalidad de lo profundo de un continente cuya organización geográfica dependería del concurso de una serie de ciencias y de prácticas en interacción. Dicha posición, permite ver los detalles y matices que caracterizan la obra de Humboldt; pero también, se constituyen en obstáculo para una lectura convencional de su pensamiento geográfico. Esto en relación con la multiplicidad de problemas que pueden considerarse desde esta perspectiva y que desafían todo intento integrador y de reducción simple.

Humboldt reconoce el carácter heterogéneo de la escritura de su obra y la dirección múltiple de destinatarios a quienes la dirige. Este componente heterogéneo habilita la posibilidad de vincular los cuadros de la naturaleza con las descripciones y explicaciones que autoriza la ciencia dentro de una concepción paradigmática abierta a las comunidades naciescentes (Humboldt, 1991 [1816-1831], T. I: 4-6 y 28).

Su objetivo dentro de un proyecto de ciencia ampliado era dar a conocer países y, sobre todo, recoger “hechos” para armar una “ciencia apenas bosquejada” y designada por él como “Física del mundo, teoría de la Tierra o geografía física” (Ibídem: 4).

Esta cuestión es evidenciable en la construcción del discurso de autoridad científica que el propio Humboldt hace en *Kosmos* (1944 [1848-1858]) al fundamentar su distanciamiento con principios abstractos de la filosofía especulativa del gabinete y propugnar en consecuencia, un “empirismo razonado”.

Esta operación, combina hechos y mediciones en el campo con el ejercicio de la comparación y la combinación articulada de los objetos. En el modelo humboltiano, la pretensión de organizar una “física del mundo” es, tanto fundamento de todo lo explicable, como movimiento. Es decir, dinámica de las cosas que se desarrollan progresivamente articulando el cosmos como un orden de la naturaleza⁷².

La organización del espacio en la propuesta del científico alemán tendrá en la imaginación su principal instrumento operativo. No sin razón llegó a decir que la ciencia que no se asentaba en la imaginación creadora, en el pensamiento, el sentimiento, los instrumentos y la observación aguda de las relaciones entre las teorías y el mundo físico pronto envejecía (Humboldt, 1944[1848-1858]): 13-14).

Esta disposición de la operación científica de experimentación y escritura situada en los lugares se puede observar como parte esencial de la práctica del viaje de exploración. Sobre todo, cuando trata áreas como la del Orinoco donde la existencia precaria de

⁷² En este punto es importante revisar los trabajos de Andrea Wulf (2015), Minguet (1985 y 2001), Capel (1984), Cannon (1978)

informaciones objetivas no contaba con ricos acervos documentales como los que el mismo Humboldt encontró en la ciudad de México o en Bogotá⁷³. Pese a ello, aún está pendiente un estudio más minucioso sobre las fuentes que Humboldt usó con referencia al Orinoco y con los que debate continuamente confrontando sus observaciones localizadas con las suposiciones contenidas en muchos textos hechos en la distancia.

Un Humboldt solitario en América sería entonces impensable. Un Humboldt con el cual nace una visión de América sin relaciones con el pasado es un personaje ahistórico.

El principio “dinámico de comunidad” enfocada en el saber, permitía la interacción de vastas redes de información nueva (Ette, 2008: 320) que venían dadas por la función comunicativa del texto⁷⁴; una relación genealógica con el pasado le permite organizar la diferencia y la novedad de la observación. La experiencia del viaje es clave en la espacialización de un saber corporalizado, es experiencia física de los sentidos, y es interacción con los informantes, habitantes de los lugares y las regiones visitadas y, por lo tanto, conocedores de la zona y de sus especificidades.

Para Humboldt, la “física del mundo” es un movimiento del cual participa el observador. Los lugares en los cuales se produce en concreto la acción del conocimiento son en consecuencia, relevantes para la comprensión de los procesos que envuelven la producción científica.

La restitución de la observación y el pensamiento al momento de producción espacial de saber implica al viaje y, sin embargo, pese a su función primaria no excluye al espacio del gabinete. Recordemos que los *Cuadros de la naturaleza* y el *Viaje a las Regiones equinociales del Nuevo Continente*, editados el primero en 1808 y el segundo entre 1816 y 1831, eran el producto de la confrontación del diario que recogía las observaciones obtenidas en campo, y el mundo vivido del tránsito al trópico y la memoria del viajero. Todo esto con la reflexión del gabinete y las exposiciones públicas en las academias y comunidades de científicos y letrados cuyos espacios, permitían difundir lo observado e ir tejiendo la conciencia geográfica global.

⁷³ Cuestión que se observa en los cuadros y mapas del *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España* y el *Atlas geográfico y físico del virreinato de la Nueva España* (1811) confeccionados sobre informes anteriores hechos y conservados en los archivos y bibliotecas de México. En Bogotá al entrar en contacto con las comunidades de científicos, en especial la que giraba en torno a Mutis y su importante archivo de ilustraciones botánicas y herbario la visión de Humboldt se ampliaría a partir de los estudios concretos hechos sobre áreas a las que no pudo acceder.

⁷⁴ Esta función también ha sido resaltada por Ette como una clave de comprensión de las Unidades que estructuran significados dentro de la escritura de Humboldt, en el cual, “dicha función comunicativa transforma la colección de los elementos en una red dinámica” (Ette, 2001: 36) y no en acciones de definición cerrada al modo clásico de la ciencia.

Pensar la relación espacial correlativa entre el Orinoco, Humboldt y la “humboltian science and writing”, es una cuestión crucial dentro de un proyecto de investigación polifónico. Este conjunto de prescripciones e interrogantes se abrió a lo largo del siglo XIX para mostrar el complejo tejido que dio fundamento y despliegue a la construcción del sentido y la producción de significados del espacio geográfico del río Orinoco y su cuenca.

Este proyecto producto de interacciones sociales, culturales, naturales y espaciales, se nos muestra a su vez como un campo cruzado entre diversas disciplinas que tratan los problemas que se lograban observar y descubrir en las zonas abiertas a las exploraciones.

Es así que, por ejemplo, la posibilidad de una *Geografía de las Plantas* [(1997 [1805/1807] escrita en coautoría con Bonpland (*Essai sur la géographie des plantes, accompagné d'un tableau physique des régions équinoxiales fondé sur des mesures exécutées de 1805/1807*) no estaba reñida con el estudio geológico o con la observación de los climas, ciclos hidrológicos y localizaciones para determinar los patrones climáticos y altitudinales que explicaban la existencia de las plantas y sus límites de propagación.

Estos factores, explicaban la naturaleza y la totalidad del cosmos mediado por el poderoso dispositivo de orden hermenéutico que era la imaginación geográfica que ensamblaba las cosas y los lugares. El famoso cuadro “Geographie des Plantes Equinoxiales. Tableau Physique des Andes et Paysvoisins” contenido en el ensayo, marcha en concordancia con una práctica que la vez que identifica y analiza, vuelve a reunir todo en un conjunto pues como señala el científico alemán, “ningún hecho puede ser considerado aisladamente”.

Humboldt transita lugares heterogéneos, las prácticas que organizan su interacción con el espacio vinculado a una operación de escritura científico/literaria son al menos: el desplazamiento y nomadismo, la observación detallada, la evidencia, argumentación, codificación, registro para la memoria y la comparación. Desde un punto de vista técnico, las prácticas venían complementadas por la utilización de al menos 29 instrumentos de medición según lo expresa el propio Humboldt (1991[1816/1831], T I: 59-63).

Los resultados del primer nivel de observación tomaban un giro de sentido o una amplificación de lo observado al producir una comunicación que ponía el texto en relación con la comunidad interpretativa y científica de su tiempo.

La clave de la operación y las prácticas de medición necesariamente asociadas como evidencia a los problemas de mayor envergadura epistémica que estructuran sentidos y significaciones del espacio geográfico, residen en el viaje en tanto que espacialidad. Articulan el discurso emotivo de un recorrido y sus pausas con la observación y el asombro que transcurre en los lugares. La comprensión de la experiencia e imaginación geográfica que

impulsan a explorar el mundo en el modelo humboltiano, se encuentra en sus desplazamientos, no solo del cuerpo, sino de los modos de cognición y de producción de efectos de presencia que actúan vinculados a la relación concreta con los lugares y el filtro romántico de una emoción que se produce en el instante de la contemplación. Junto al mundo medible se ubica el no menos importante sentimiento de la naturaleza.

Esa actitud del científico ante el paisaje, ante la conciencia de estar en un lugar, impregnará a los gestos de los humboltianos. Richard Spruce uno de los más emblemáticos naturalistas victorianos, quién exploró la zona comprendida entre San Fernando de Atabapo, El Alto Orinoco, Casiquiare y Río Negro entre 1849 y 1864 haciendo importantes observaciones botánicas y geográficas, repetirá el gesto del asombro del sujeto encarnado en el campo de trabajo.

No pude mirar el Orinoco por primera vez sin sentir emoción, y pensé en los ilustres viajeros que hacía cincuenta años habían explorado su curso y los productos vegetales de sus orillas; yo tenía también la esperanza de recoger algunos de estos, en los lugares donde había sido descubiertos. Mi intención primera (como Ud. bien lo sabe) era explorar el río Cunucunuma, que corre a lo largo de la ladera occidental de las montañas Marahuaca y Duida, y entra al Orinoco un poco más abajo de la desembocadura del Casiquiare; pero antes resolví visitar la Esmeralda. (1994 [1849-1864/1908]: 231)

Humboldt junto a Bonpland, llegan a la zona oriental de lo que es hoy Venezuela (Cumaná) a mediados de 1799, y exploran la costa del Caribe oriental y una parte de Los Llanos del Pao y el macizo de Caripe. Desde allí se dirige por el litoral hacia Caracas y Los Valles Centrales. Luego, entusiasmado por explorar una parte de la vasta cuenca del río Orinoco, y resolver objetivamente los problemas relativos a la conexión de las cuencas del Orinoco y el Amazonas por el Casiquiare, unido al poder de atracción de las fuentes, decide desplazarse hacia los Llanos centrales y bajar hacia San Fernando de Apure para conectarse con el gran río.

Si desplegamos la espacialización del viaje de Humboldt al Orinoco (figuras 1 y 2), sobre todo, si trazamos su itinerario desde San Fernando de Apure con el Orinoco medio y el alto hacia el Casiquiare remontándolo hasta el curso superior del Río Orinoco y llegando hasta su afluente el Río Iguapo (Guapo) en la cercanía de los raudales de Guaharibos; podemos medir la distancia del viaje, 1652,18 km, magnitud viajera de por sí notable, dado los medios de transporte de que se disponía sumado a las dificultades climáticas y

topográficas⁷⁵. El recorrido del río es significativo en tanto que el observador viaja por espacios disímiles que son descritos con detalle, estos son organizados escriturariamente mediante una doble observación:

- a) Una refiere a la diferencia, es decir, a las anomalías ambientales existentes en esta zona caracterizada por ecosistemas variados.
- b) Otra, remite a la operación de articulación de esos lugares con la idea de una física del mundo que componía el cuadro general de su reflexión con respecto al papel de los sistemas fluviales como se verá más adelante.

El mapa de su itinerario establece un vínculo en términos de movilidad muy importante para comprender un régimen de las prácticas geográficas. En efecto, la experiencia de campo y la reflexión contenida en la obra *Viajes a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente* como en sus *Cuadros de la Naturaleza* y la *Geografía de la Plantas*, junto a los mapas del río y de algunas porciones de la cuenca, no pueden explicarse sin el *pathos* del viaje. En lo sucesivo, y como una operación necesaria de recorte, solo nos referiremos a los siguientes problemas de naturaleza geográfica:

La cartografía del Alto Orinoco, la anomalía hidrológica del brazo del Casiquiare, las fuentes y la magnitud de la cuenca del Orinoco. A ello se agrega la clasificación zonal de una geografía humana con fuertes implicaciones en una visión de empoderamiento occidental sobre otras lógicas geo-ambientales diferentes que enlazan la obra de Humboldt con la de Agustín Codazzi y otras maneras de organizar la mirada sobre el espacio. La idea de organización del espacio representada en esta división que abarca la cuenca del Orinoco termina por expresar la oposición entre civilización, barbarie y el mundo salvaje.

Sobre estos pliegues introduciremos referencias para contrastar y comparar la mirada de Humboldt con la mirada de los viajeros inspirados en él. Con ello trataremos de dejar en claro esa relación epistémica de enfoques y ampliaciones, de registro e innovación que la repetición y la diferencia producen en los enfoques científicos que circularon en el siglo XIX y que construyeron y produjeron una imagen del espacio que articuló las dimensiones materiales y representacionales de las geografías profundas⁷⁶.

⁷⁵ La medición del itinerario de San Fernando de Apure hasta el Casiquiare y de allí al curso superior del Orinoco fue obtenida mediante el Programa ArcGIS.

⁷⁶ Con el objeto de no perder la orientación de la idea de articulación, conviene ir a lo expuesto en los Cap. 1 y 2 dedicados a teorizar. En el planteamiento, se trata de rescatar la relación entre sujeto y objeto, entre subjetividad y objetividad. La imaginación (que supone a la imagen previa y la imagen en construcción) en nuestro planteamiento, configura una dimensión de lo real en tanto que posibilidad de pensar las acciones que acontecen en el mundo material, de articular el caos de objetos, de entender el papel comprensivo que está detrás de la subjetividad. Imaginar es entonces una facultad cognitiva y poética que moviliza, que anticipa al espacio paratáctico o lo desequilibra en la experiencia espacial.

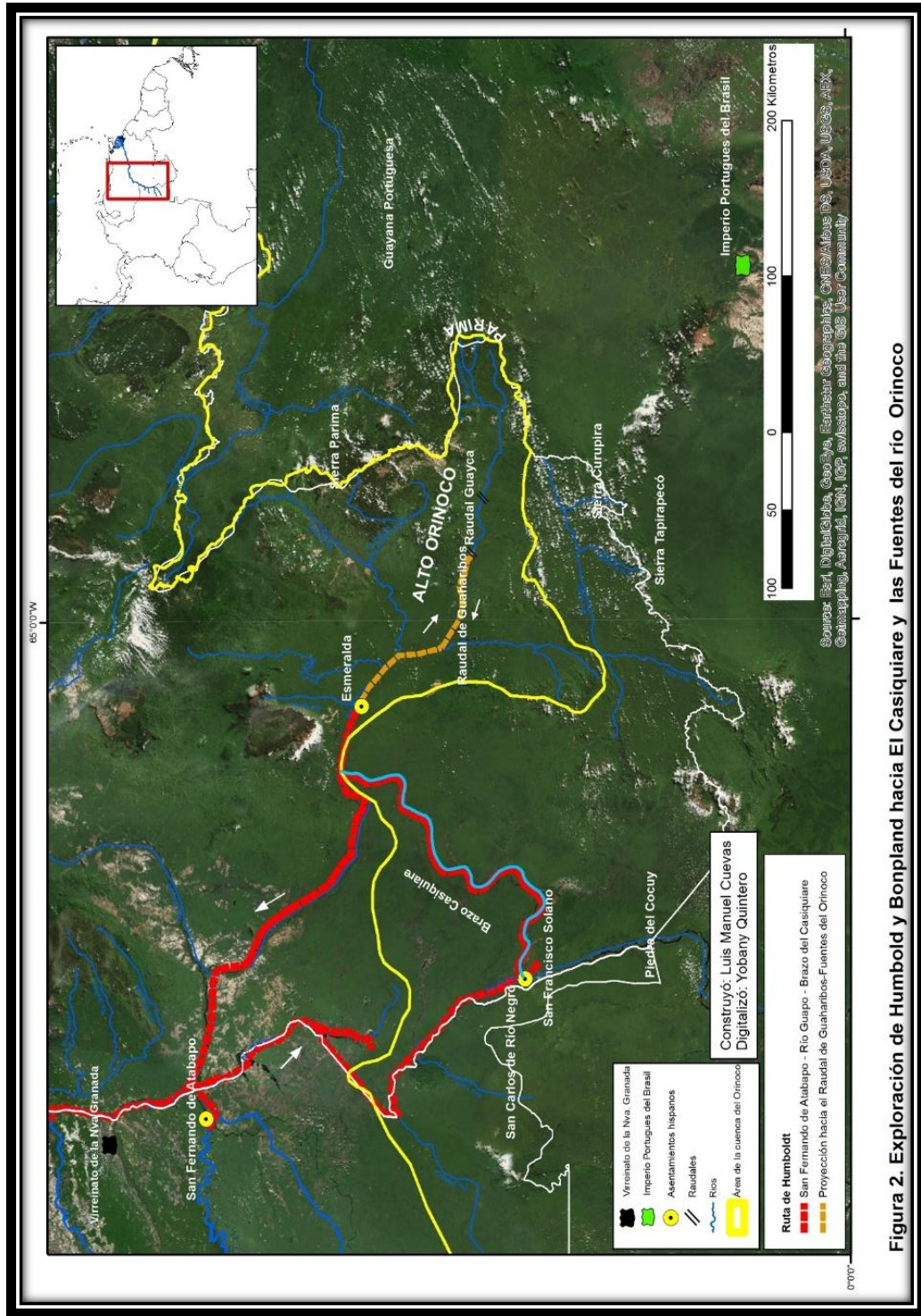


Figura 2. Exploración de Humboldt y Bonpland hacia El Casiquiare y las Fuentes del río Orinoco

4.2 Lo que dice un mapa. Los problemas geográficos del río Orinoco en la cartografía de Humboldt.

Una serie de mapas referidos al Orinoco de forma directa o indirecta, dan cuenta del trabajo de Humboldt junto a Bonpland en las jornadas de recorrido por el río y algunos de sus afluentes. En su mayoría, estos mapas surgieron de la colaboración entre los viajeros con cartógrafos como Adrien Húbert Brué⁷⁷ y sobre todo Jean-Baptiste Poirson⁷⁸. En conjunto, las elaboraciones cartográficas fueron en gran parte el producto de la experiencia de campo cuya narrativa contenida en el diario de viaje, permite considerarla como parte de la “geografía heroica y de campo” dadas las dificultades que el terreno, las lluvias, las horas de insolación y las nubosidades ofrecían a la actividad concreta de obtención de los datos.

Junto a este nivel de la operación geográfica, de la observación y la experiencia corporal dispuesta en el terreno, se agregan otras operaciones que vienen dadas por la revisión de cartografías preexistentes que permiten confrontar el dato obtenido en el campo a través de cálculos astronómicos y triangulaciones que los viajeros conservaban en cuadros de anotaciones y bocetos de planos con el archivo que le precedía.

También y es lógico que se entienda de este modo, el trabajo se realizaba en equipo y expresaba la jerarquización de autores. Los mapas terminaban por ser el resultado como ya señalamos, de un anudamiento entre las observaciones, los bocetos (*esquisses*) de los viajeros y, el diligente trabajo de un dibujante experto conocedor de las técnicas cartográficas.

De este modo, tenemos una serie de representaciones cartográficas hechas con la colaboración del ingeniero geógrafo J. B. Poirson entre 1812 y 1816, a partir, lógicamente de las observaciones y planos obtenidos y hechos en el campo por Humboldt [la mayoría de esos mapas llevan la nota, “redigé et dessiné d'après des esquisses de Mr. Humboldt”]. Del conjunto de mapas que envuelven la colaboración de Humboldt y Poirson podemos destacar: la “Carte itinéraire du tour de L'Orénoque, de L'Átabapo, du Casiquirae, et du Río Negro que parece ser el único de estos mapas que tiene una factura casi completa del propio Humboldt, cuestión que se deduce de una nota al pie del mapa: “dessiné par A. de Humboldt a Quito 1802, terminé par J.B Poirson a Paris 1814”. Luego, están los mapas de tramos del río Orinoco o de subregiones de la cuenca tales como:

⁷⁷Este había participado activamente en la elaboración de mapas para los modernos Atlas de las cinco partes del mundo de Goujon de 1824 y de Picquet de 1842

⁷⁸Un importante cartógrafo y geógrafo que responde a la inquietud paratáctica del espacio. Su trabajo era ampliamente reconocido en los medios de la emergente geografía moderna de Francia (Bulot, 2012).

Cours de l'Orenoque depuis l'embouchure du Rio Sinaruco jusqu'al'Angostura; Cours du Rio Apure et d'une partieds la chaine de montagnes de la Nouvelle-Grenade; Carte de la partie orientale de la province de Varinas comprise entre l'Orenoque, l'Apure et la Meta; Cours du Rio Meta et d'une partie de la chaine de montagnes de la Nouvelle-Granade; Cours de Rio Caura”; “Cours du Rio Guaviare et de la partie de l'Apure comprise entre la ville de San-Fernando et le confluent de l'Apure avec l'Orenoque”⁷⁹. También, la Carte générale de Colombie, de la Guyane Francaise, Hollandaise et Anglaise, dressé par A. H. Brué d'après l'ensemble des observations astronomiques et des renseignements topographiques de Mr. Adre. de Humboldt⁸⁰, puede considerarse un mapa pertinente pues ofrecía una información sintética del curso de Río Orinoco en el marco de la geografía política de la Independencia de Colombia y Venezuela.

A estas operaciones cartográficas conviene agregar, los mapas de hidrografía comparada que el viajero alemán introduce en su *Geografía de las Plantas* en especial el titulado, “Histoire de la Géographie de l'Orénoque, Lac Parime, Dorado, Bifurcation.” Presentado como un cuadro, Humboldt integra 11 mapas históricos para mostrar visualmente las diferencias referidas a los problemas geográficos de las redes fluviales tropicales, la teoría imaginaria del origen de los ríos ligadas solo a lagos y la evolución cartográfica comparada cronológicamente entre 1599 (Mapa de Jodocus Hondius) y 1798 (Mapa de Buache) en los que se puede percibir las formas cambiantes de los fenómenos en los mapas. (Vid Figura 4,).

De estos mapas, el más importante tanto por su confección como por los aspectos sintéticos que se resumen en la representación es la “Carte itinerairé du tours de LÓrenoque, de LÁtabapo, du Casiquirae, et du Río Negro” (Figura 5) contenido en el *Atlas géographique et physique du Nouveau Continent fondé sur des observations astronomiques, des mesures trigonométriques et des nivellements barométriques* (1814).

La “Carte itinerairé du tours de LÓrenoque, de LÁtabapo, du Casiquirae, et du Río Negro”, no solo ilustra sobre los avances técnicos en materia cartográfica (con los aportes de J.B. Poirson quién además también colaboró con Conrad Malte-Brun⁸¹), sino que, y en sentido de una interpretación más amplia, es también, un texto dinámico que explica los problemas de identificación y producción científica en lo referido a la representación en

⁷⁹Estos mapas acompañaron al *Voyage de MM. Alexandre de Humboldt et Aime Bonpland* y formaban parte del *Atlas Géographique et Physique, pour Accompanyer la Relation Historique* [Voyage de MM. Alexandre de Humboldt et Aime Bonpland] publicado por J. Smith en 1831

⁸⁰Esta importante carta geográfica también estaba integrada al mismo Atlas.

⁸¹Sobre aspectos interesantes de la trayectoria de este cartógrafo vid Danielle y Daniel Bullot (2012)

conjunción con varios factores condicionantes para la comprensión de su valor científico y de las prácticas que lo asisten entre las cuales podemos considerar:

-El texto narrativo que se articula con el mapa que construye la autoridad en la presencia efectiva en los lugares que describe.

-Las observaciones obtenidas en campo.

-La confrontación con los observadores locales (indios y misioneros que actúan como informantes).

Además de esto, el contraste que hizo Humboldt con la documentación cartográfica preexistente como los mapas de la Comisión de límites de 1750/1754, y presumiblemente, los de algunos religiosos como Rotella y Román, como también, la de algunos mapas portugueses que refieren también de forma directa al área entre Río Negro, Orinoco y Casiquiare tales como el “Mappa do Rio Orinoco e comunicação deste com o Rio Negro” probablemente de 1800 de autor anónimo (figura 6) y otros intitulados, “Mostra-se a comunicação do rio Orinoco dos Hespanhoes com o rio dos Portugueses, pelo canal ou rio Caciquari a sair no rio Negro” de José Coelho de Abreu de fines del siglo XVIII, y el “Plano geographico do Rio Branco e seus confluentes, divididos em duas estampas: a primeira comprehende desde a sua boca até o parallelo de 2° boreaes, a segunda desde o mesmo parallelo até o alto da cordilheira que corre leste oeste entre suas cabeceiras e vertentes para o Orinoco” de José Simões de Carvalho de 1787⁸²

⁸²Estos mapas se encuentran en la Biblioteca Nacional Digital de Brasil. Entrada, Orinoco, Mapas disponibles en: <http://bndigital.bn.gov.br/acervodigital>

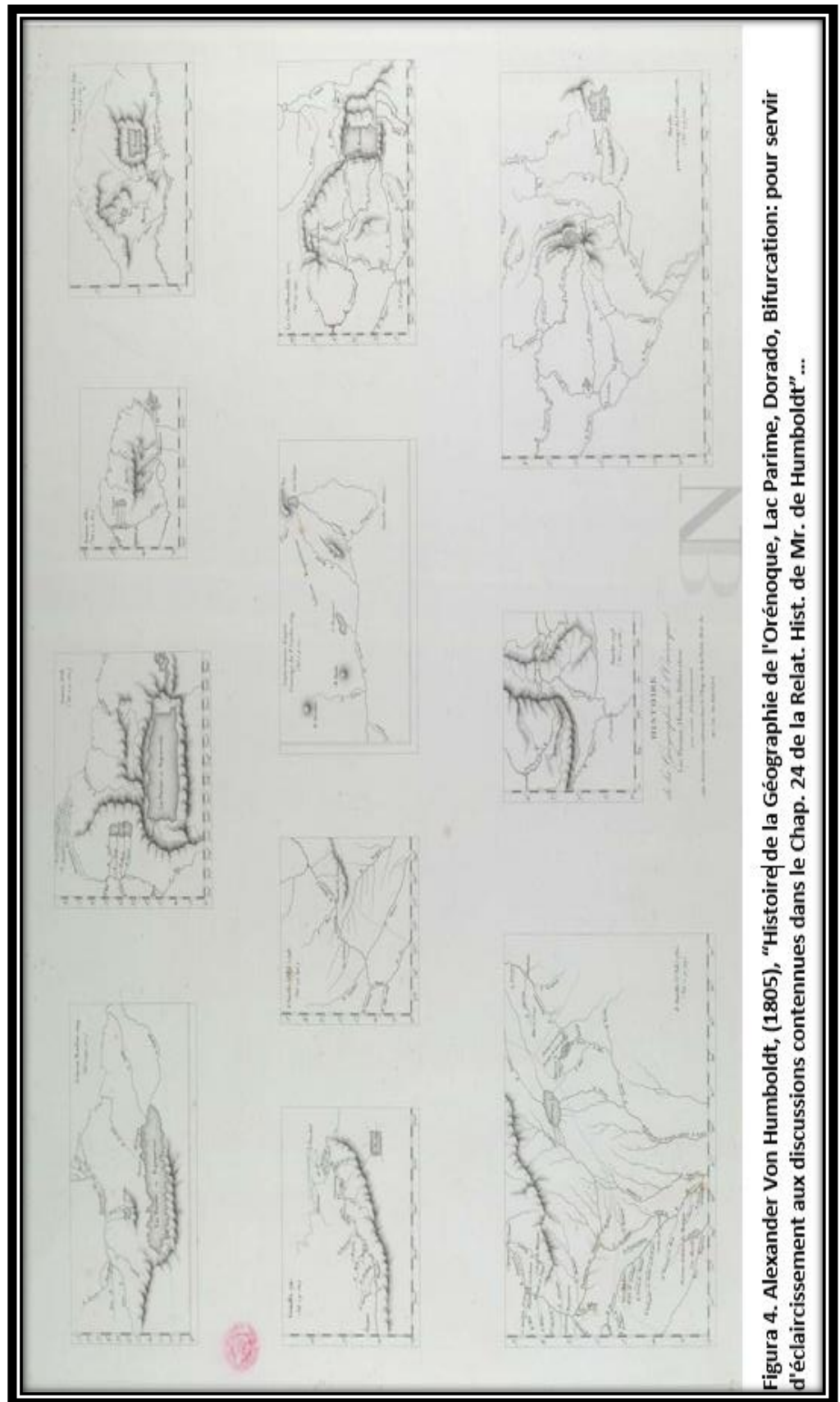


Figura 4. Alexander Von Humboldt, (1805), "Histoire de la Géographie de l'Orénoque, Lac Parime, Dorado, Bifurcation: pour servir d'éclaircissement aux discussions contenues dans le Chap. 24 de la Relat. Hist. de Mr. de Humboldt" ...



La importancia de la “Carte itinerairé du tours de LÓrenoque, de LÁtabapo, du Casiquirae, et du Río Negro” es radical en el pensamiento humboldtiano y abre una ventana para la construcción de una perspectiva científica que a la par de que distingue el hecho geográfico local, lo anuda a una imaginación geográfica global coherente con la pretensión de explicar una “física del Mundo”.

Como se sabe, este mapa poseía junto con el hecho sobre el río Magdalena, una singular predilección para el científico (Humboldt, 1991[18161831], T.1: 11). En relación con su contenido, el mapa plantea diversos niveles de complejidad. En una lectura reciente, Ángela Pérez Mejía lo considera como una expresión en la que se juegan dos niveles: uno expresaría una relación formal de autoridad del cartógrafo; el otro, su hipotexto, que revela una relación de oralidad con sus informantes indígenas.

Este fue un mapa dictado por los indígenas, del que Humboldt fue el redactor que poseía los instrumentos necesarios para transformarlo en texto geográfico, un mapa palimpsesto en el que el conocimiento geográfico oral indígena y la ciencia europea se sobre imponen para construir la metáfora perfecta sobre el Orinoco (Pérez, 2002: 85)

El texto envuelve además la propia dinámica del viaje “...el propósito del texto no es solo cartografiar el territorio del recorrido de un río, sino el recorrido de un viajero por ese río” (Ibídem: 83). Se deduce entonces que hay una función de autor jerarquizada pues en el mismo mapa se introduce el trabajo de diseño de Poirson que Pérez Mejía olvida.

No obstante, la función jerarquizada de autoría permite construir el argumento de veracidad, pues el viajero ha estado en efecto en gran parte de los lugares señalados en el mapa. Los otros lugares que no han sido objeto de su experiencia, a los que no ha podido acceder pues la topografía que atraviesa es compleja, se muestran de forma indirecta. Ello no menoscaba el valor de asociación entre experiencia y verdad. Los informantes a los que ha recurrido Humboldt han comunicado la existencia de esos sitios apartados, ellos, los practicantes de ese espacio han estado allí. El observador procede repitiendo el antiguo gesto de Heródoto, anota lo visto y lo que otros han visto. En el gabinete y ante el borrador, el otro participante de la operación cartográfica, J. B. Poirson afinará, ajustará el diseño.

Humboldt trata de ofrecer un mapa más exacto en comparación con mapas anteriores, sean estos específicos como los hechos por la Expedición de Límites o por los jesuitas, o sean generales, es decir, aquellos hechos en la distancia desde los centros de cálculo cartográficos europeos referidos usualmente a mapas de Sudamérica de carácter sintético que mostraban

ambiguamente lugares constatados y lugares imaginarios. Estos mapas, además, reconocían o desconocían las anomalías de los espacios interiores. Junto a esta práctica objetivante de la observación y la crítica, se articula una narración subjetiva que refiere a un viaje azaroso por espacios geográficos desconocidos no exentos del *pathos* de la aventura que acarrea la travesía fluvial.

Construido en el trayecto de su remontada al Alto Orinoco desde San Fernando de Apure, aprovechando la confluencia entre este caudaloso río tributario y el río colector, el Orinoco (Vid. Fig. 1 y 2), la operación de cartografía de la “Carte itinerairé du tours de L’Orenoque, de L’Atabapo, du Casiquirae, et du Río Negro” es un producto de una experiencia dialógica de amplio espectro con el medio practicado y con la confección definitiva en el gabinete del cartógrafo en el que adquiere su legibilidad definitiva.

En el primer plano de la emergencia del mapa (Figura 5), este no solo es el producto de un intercambio con los informantes indígenas como sostiene Pérez Mejía, sino que apela a otros informantes, básicamente misioneros⁸³. Es también, además, el resultado de una confrontación con la biblioteca y la cartografía existentes a las que cuestiona por sus olvidos y sus debilidades resultantes de ciertos prejuicios contenidos en las ideas geográficas que plasman lugares, lagos y montañas imaginarias. También es el resultado de una percepción geográfica que confronta los modelos conceptuales con la contingencia del encuentro. Las observaciones y el mapa se hacen también desde la naturaleza practicada y vivida, de una relación de la corporalidad con el medio.

Sin embargo –pese a que no se descarta la importancia de la revisión de materiales e ideas-, en la práctica humboldtiana, se afirma la superioridad de la experiencia obtenida en el recorrido del espacio natural y el enfoque de la mirada en los lugares de interés. Aquí acontece el primer nivel de observación de las prácticas en campo.

Es así como el mapa registra lo visto por Humboldt con lo visto por los prácticos o guías de la zona -no solo indígenas- que lo acompañaban por un espacio complejo de redes fluviales, montañas, sabanas, llanuras, cataratas y otros accidentes geográficos propios de la Peniplanicies del Casiquiare y del occidente del Escudo Guayanés y, por supuesto, del propio trayecto del Orinoco medio hacia el Alto Orinoco en el piedemonte de la Parima.

También, el mapa que confecciona Humboldt es el producto de un Itinerario que le señala un religioso cuyo nombre no menciona el explorador alemán. Este tan sólo aparece

⁸³ Un ejemplo claro de esta práctica se deduce del mapa de Humboldt y Poirson, “Cours du Rio Guaviare et de la partie de l’Apure comprise entre la ville de San-Fernando et le confluent de l’Apure avec l’Orenoque”, que recurrió a la información de otros mapas preexistentes como el de los padres misioneros Bartolomé Mancilla y Francisco Pugnet.

como “El presidente de las Misiones que reside en San Fernando de Atabapo (Humboldt, 1991[1816-1831], T 4: 139), probablemente de la orden franciscana. Así pues, en el contexto de una operación cartográfica en campo, la red de oralidades, de otras experiencias, orientaba los itinerarios y la precisión de los señalamientos sobre emplazamientos y nombres de los lugares.

Las prácticas remiten entonces no a un solo actor, aun cuando este se abrogue el privilegio de un producto del trabajo cartográfico que le es innegable. Él ha producido un valor agregado sobre una forma de representación. No obstante, la operación cartográfica no formal refiere a un conjunto dialógico que implica al cartógrafo en viaje, al informante y al cartógrafo del gabinete. A ello se suma la experiencia y el goce de la naturaleza y de su sentimiento. Esta tarea de apertura, también se puede observar en los mapas de Apolinar Diez de la Fuente de mediados del siglo XVIII que antecedieron a Humboldt, donde confluían también, otros actores o prácticos de la zona que también eran portadores de un mapa mental o de informaciones sobre lugares apartados que contribuían a dar mayor precisión cartográfica y que son registrados en las etiquetas de los mapas.

El tejido de intercambios de información explica además la incorporación de las toponimias indígenas en los marcos de un lenguaje del poder saber que, pese a ser un dispositivo de control y de hegemonía que se reserva el acto de nombrar, reconocía los lenguajes locales en la designación de los lugares y en el señalamiento de lo “inmediatamente distante”.

Se confiaba entonces en el valor de sus experiencias, lo que significaba, un acto de reconocimiento. Es así que una serie de voces locales tales como los raudales de Atures y Maypures (Mostrados con detalle en un *inset* o ventana de la margen inferior derecha del mapa, figura 5), luego, en dirección hacia las fuentes, se muestra el raudal Guaharibos cuyo final queda abierto hacia un espacio vacío en donde debe estar la fuente; se incluyen nombres de ríos como el Atabapo, el Guaviare, el brazo del Casiquiare (que se demarca claramente en un *inset* o una ventana que abre en el mapa en la margen inferior izquierda y permite apreciar la anomalía física); el Sipapo, el idapa, el Guainía (Río Negro), entre otros ríos que son distinguidos además por los colores de sus aguas, blancas o negras que son el resultado de su composición química. El mapa incluye formaciones geológicas tales como: Sierras de Maraguaca, cerros como el Duida y el Cumadaminari de “gneissstratifie” y las llanuras.

También incluye información sobre vegetación y sobre las etnias, destacándose dos aspectos de geografía humana de singular importancia: el emplazamiento del centro de

enterramiento de los indios Atures (Caverne D'Ataruipa, Tombeau de la tribu des Atures) que estimularía la imaginación y el saqueo de esos lugares sagrados por los exploradores humboldtianos, y la referencia a la existencia de indios caníbales hacia la zona de llanuras y bosques del Casanare (savanes et forêts habitées par les Daricavains, Puchirnavis, et manivitains, peupla des anthropophages).

De esta manera, muchos nombres y emplazamientos son incorporados en la “Carte itinéraire du tour de L'Orénoque...” y, en consecuencia, son domiciliados y generalizados en el lenguaje cartográfico de la ciencia. De igual forma y contrastando el itinerario (figuras 1 y 2) con la carte... (vid fig. 5), es posible observar que se señalaron lugares a los que Humboldt y Bonpland no pudieron acceder y sin embargo se mencionan tal vez filtrados por los informantes.

En el plano de las formas, el mapa muestra una relación compleja del espacio geográfico representado por el dibujo de un conjunto de sinuosidades que asemejan según la percepción del viajero, a un “Dédalo de ríos” (Humboldt 1991[1816-1831], T 4: 140). La metáfora del “dédalo”, remite a lo laberíntico del tejido fluvial del Orinoco y su cuenca. En una mirada de conjunto, es posible observar al menos cinco grandes problemas que alimentan los contenidos del mapa:

- a) La bifurcación del Casiquiare y sus conexiones entre dos cuencas distintas.
- b) Las fuentes del Orinoco.
- c) Las cataratas o raudales.
- d) La divisoria de aguas con el Amazonas a través de la alineación montañosa del Parima.
- e) La trifluencia Orinoco, Atabapo, Guaviare y el emplazamiento geoestratégico de San Fernando de Atabapo.

En lo que sigue de este punto solo referiremos por ahora los aspectos de la bifurcación del Casiquiare, la confluencia del Atabapo y un cuadro general de la explicación que Humboldt hace del río.

4.2.1 La importancia de una anomalía fluvial. El río Casiquiare.

Con Humboldt, la vieja cuestión del Casiquiare como conector entre cuencas diferentes (Orinoco-Amazonas), toma un giro científico de cara a la modernidad que liga al espacio paratáctico, es decir, al ámbito de lo medible, de la precisión descriptiva de los emplazamientos y de su función en la explicación de la física del mundo. También, de objetivación de la naturaleza, esto al menos en el sentido del dato positivo que proporciona la matemática. El emplazamiento del fenómeno es clave como lo es también su conexividad, de este modo, este transita de su cerrado mundo local a un mundo abierto, al de las interacciones hidrográficas y de allí al mapamundi, a una visión dentro del sistema hidrográfico e hidrológico global.

En un primer momento, la labor de indagación del viajero se dirige a hacer un recuento histórico de la aparición de este problema en el contexto de las discusiones académicas. Recordemos que el tema del Casiquiare hace su aparición en los debates científicos a mediados del siglo XVIII como resultado de las exploraciones y viajes de los Jesuitas Manuel Román y de Bernardo Rotella, del geógrafo y naturalista Jean Marie de La Condamine y luego con los expedicionarios de Límites de 1750 y de las propias avanzadas de los exploradores y traficantes portugueses remontando el río Negro.

Este tema se prolonga a través de las sucesivas recepciones del problema en las obras emergentes de difusión geográfica tales como el *Diccionario de Geografía* (1788) del geógrafo quiteño Antonio Alcedo, *El viajero universal* (1795-1801) de autor anónimo, hasta obras como la del geógrafo danés Conrad Malte-Brunn (1828 [1810]), *Diccionario Geográfico Universal (Précis de géographie universelle ou Description de toutes les parties du monde*, 1810), y en el ámbito norteamericano, en *A New System of Geography, Ancient and Modern, for the Use of Schools: Accompanied with an Atlas* de Jediah Morse y S. E. Morse de 1822. La obra del humboltiano William Channing Woodbridge y Emma Willard (una de las primeras mujeres con inquietudes geográficas), *A System of Universal Geography of the Principles of Comparison and Classification. Accompanied by Modern and Ancient Atlases* (1836 [1824]), la *The encyclopædia of geography: comprising a complete description of the earth; physical, statistical, civil and political, exhibiting its relation to the heavenly bodies, its physical structure, the natural history of each country, and the industry, commerce, political institutions, and civil and social state of all nations* de Hugh Murray y Thomas Gamaliel Bradford de 1857, que reúnen información de tipo paratáctico con explicaciones de

geografía física, hasta llegar al corolario que termina el proceso de domiciliación científica del problema de fenómenos o accidentes geográficos asociados al Orinoco en la *Nouvelle géographie universelle* de E. Reclus (Tomos XVIII y XIX, Amerique du Sud de 1893-1894) y el Atlas de Carl Diercke, *Diercke Schul-Atlas für höhere Lehranstalten* (Atlas escolar Diercke para las instituciones de educación superior) de 1896, en donde el tema de las bifurcaciones toma la forma de la generalidad científica. Sin embargo, y luego de las sucesivas correcciones y ajustes sobre el tema, el problema del Casiquiare y el de las fuentes vuelve a emerger con fuerza entre 1940 y 1960 como producto del debate surgido de las nuevas exploraciones del Alto Orinoco que amplifican la mirada y reducen en cierto grado la complejidad para ganar en explicaciones científicas de primer orden⁸⁴.

En el viaje al Alto Orinoco, Humboldt se detiene a explicar la función de la anomalía geográfica del Casiquiare que se desprende de él en las cercanías de la población de Esmeralda (*vid supra* parte inferior de la *carte itinéraire du tour de L'Orénoque*, ...figura 5 e inset del Casiquiare). Para ello muestra el carácter paradójico del fenómeno natural del sistema de conexión y de su dinámica física. En un primer momento, el brazo del Casiquiare toma aguas del curso superior del Orinoco y al llevarlas al Guainía-Río Negro en dirección sur, convertía al río principal (El Orinoco), en un afluente del Amazonas. En un segundo momento de la observación científica, la creciente preocupación hidrográfica de este fenómeno residía en que el río Orinoco dejaba de ser afluente luego del desprendimiento y, en lo seguido de su curso que tomaba una dirección hacia el Oeste y luego al Norte, organizaba su propia cuenca con independencia de la amazónica.

Humboldt no explora en consecuencia una relación fluvial cualquiera, explora un río que une dos ríos que van en dirección opuesta y que forman sendas cuencas. De esta conexión dirá que es, “un ejemplo único de una bifurcación que forma en el centro mismo de un continente, una unión natural entre los cauces de dos grandes ríos” (Humboldt, 1972 [1808], TI: 196).

Determinada la evidencia de la anomalía, Humboldt pasa a integrar la misma en un vasto contexto, en la física del Mundo. De este modo, reconoce que, “esas anomalías, todas excepciones a las leyes de la hidrografía”, a pesar de sus diferencias o de sus similitudes, se encuentran en otras partes del mundo (Humboldt, 1991 [1816-1831], T4: 215), cuestión que habilita el estudio comparado de los ríos para la reorganización del modelo de representación global, una cuestión que mostrará junto con Bonpland en el célebre mapa de bifurcaciones

⁸⁴Al respecto *vid* Capítulo VII

(vid supra figura 4) contenido en la *Geografía de las plantas* cuya función, consistía en sistematizar gráficamente el problema.

En todo caso, el científico le dedica su atención y plantea el estudio de una anomalía dentro del campo de la ciencia hidrológica tan en boga en el siglo XVIII; Humboldt además y como complemento, había escrito una “Memoria sobre las causas de las bifurcaciones de los ríos” y unas “Notes sur la communication qui existe entre l’orénoque et de la rivière des Amazones” (1809) que articulaban la explicación científica con la representación del fenómeno fluvial.

Humboldt termina por explicar el fenómeno a partir de consideraciones geométricas de relieve ligadas a las formas fluviales que se dibujan sobre el terreno a lo largo de los recorridos de los ríos. Las causas que producen las bifurcaciones cerca de la desembocadura de un gran río pueden, para Humboldt, también originarse cerca de sus fuentes y en su curso alto. Una cuestión de la cual el sistema del Orinoco en su sección superior, evidencia con toda claridad. De este modo, planteaba tres circunstancias explicativas del fenómeno comunicativo de la naturaleza:

Las ondulaciones sumamente breves de una llanura que encierra dos cuencas de ríos [como lo es el caso de las llanuras del Casanare y del Amazonas] a la vez, la anchura de uno de los recipientes principales y la situación de “Thalweg”⁸⁵ al borde del límite mismo de ambas cuencas (Humboldt, 1991[18161831], T4: 313-314).

Esta situación estaba definida por el camino que tomaban las aguas en su desplazamiento siguiendo las pendientes hasta llegar al punto en el que de acuerdo a las teorías y observaciones hidrográficas, podía establecerse una línea de unión entre los puntos más bajos del valle y los del cauce del río Orinoco precisamente en el punto donde se desprendía el Casiquiare para drenar desde el norte aguas a la cuenca amazónica en un trayecto de aprox. 326 km. (Pablo Vila, 1960, T. I: 364 y H. Baulig, 1950:114-124) o 340 Km según estimación de Ziesler, y Ardizzone, (1979). Esta dinámica estaba favorecida por la topografía accidentada de su origen montañoso en el sistema de sierras del Parima en el que se localizaba, el curso del Alto Orinoco y luego, por la situación de penillanura con un declive constante y en sucesivos meandros hasta el contacto con el Río Guainía o Negro. (Fig. 3, Desprendimiento del Casiquiare).

⁸⁵Es un punto o línea de menor elevación en el curso de un río, se asocia al término de vaguada que marca la dirección del río en función de su pendiente (Susan Mayhew, 2004)



Siendo el mapa el producto primario de un trabajo de campo y no de especulaciones hechas en la distancia como las que se contenían en varios mapas que había consultado Humboldt entre ellos, el del primer geógrafo del Rey de Francia, Guillaume de L'Isle (Carte d'Amerique)⁸⁶ que interponía barreras montañosas (imaginadas) entre el Río Negro y el Orinoco anulando la idea de la existencia de una conexión interfluvial. El mapa de Humboldt, por el contrario, fija la posición exacta del Casiquiare a partir de la construcción de un campo de estaciones astronómicas cuyas mediciones precisas y obtenidas *in situ* formaban parte del proceso científico paratáctico. La medición y el mapeado, eran la evidencia contundente para aquellos geógrafos que aún dudaban de su existencia y borraba la peregrina idea de la existencia de cadenas ininterrumpidas que atravesaban de oeste a este el continente. Humboldt demostraba con evidencias esta intercomunicación y la interrupción de las barreras orográficas.

⁸⁶Este mapa de 1739 que dibuja esas cadenas imaginarias con las cuales se separaban sin posibilidad de conexión el Orinoco y el Amazonas se encontraba en el *Atlas nouveau, contenant toutes les parties su Monde, ou sont exactement remarquees les empires, monarchies, royaumes, etats, republicues, &c.* Par Guillaume de l'Isle. Se puede consultar en la David Rumsey Historical Map Colletion

La práctica que asiste toda la operación cartográfica es explicada con detalle. Para Humboldt, las observaciones las ha hecho “cerca de las desembocaduras de los ríos o al pie de rocas reconocibles por su forma. Solo estos puntos, inmutables por su naturaleza, pueden servir de base a las cartas geográficas”. Es pues desde una roca, la de Culimacari, en donde Humboldt determina observando la cruz del sur y dos estrellas al pie de Centauro, la posición del Casiquiare y su confluencia con el río Negro (Humboldt, 1991[18161831], T4: 280-281) zanjando astronómicamente la localización del fenómeno fluvial.

La función crítica del mapa del Orinoco muestra en materia cartográfica un gran avance, opone la observación práctica y la superioridad de la experiencia espacial derivada del viaje –y de experiencias similares como las de los informantes- al código cartográfico de “bifurcaciones imaginadas” o ausentes por la presencia de cadenas montañosas que databa de la escuela cartográfica del flamenco Jodocus Hondius, en especial, la representación de la “América meridionalis” de 1607⁸⁷ y que se contenía hasta en los mapas de L’Isle y de D’Anville prominentes geógrafos del antiguo régimen, y que él, desde la nueva autoridad de la ciencia, interpela como se deduce de las alusiones y críticas que establece para el caso. En los mapas de estos cartógrafos, por ejemplo, en el mapa de Guillaume Delisle, Part of América de 1722 la presencia de una vasta cordillera separa al Orinoco del Amazonas y obviamente no aparece la bifurcación y el Orinoco se piensa todavía como un río andino (Fig. 7).

En la “Carte de l’Amérique méridionale” de Jean-Baptiste d’Anville de 1748, si bien desaparecía la cordillera que seccionaba las cuencas y el Orinoco se proyecta hacia el mítico lago Parima, este río junto al Río Negro aparecían conectados por varias bifurcaciones que incluía no solo la del Casiquiare, sino una imaginaria, el Inírida (Ibídem: 223-224). Ambos mapas ilustraban el movimiento dialéctico entre el error y la corrección cartográfica en una zona sobre la cual las coberturas espaciales se hacía difíciles.

⁸⁷El mapa se puede consultar en la David Rumsey Historical Map Collection:
<http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~283490~90055901:America-Meridionalis>



Ante esta percepción, Humboldt como producto de las deducciones extraídas en el Casiquiare y en su exploración hacia la Esmeralda y el raudal de Guaharibos reafirmará ya no la idea, sino la prueba de un Orinoco guayanés. La inversión del sentido de occidente a oriente no podía tomarse a la ligera pues implicaba cuestionar la teoría de los ríos de origen andino que negaba otras posibilidades de orígenes orográficos diferentes como los ejemplificados por el cratón o escudo de la Guayana.

Este problema, se inscribe, además, en las discusiones científicas que emergían en un momento de reconfiguración de la imagen geológica e hidrográfica del mundo. Su antecedente más inmediato puede rastrearse en las ideas de las cadenas montañosas contenidas en el mapa de Phillippe Buache (Premier Géographe du Roi) “Planisphere physique ou l'on voit du Pole Septentrional ce que l'on connoit de Terres et de Mers, avec les grandes chaines de Montagnes” de 1756 (Figura 8). Estas alineaciones montañosas según la tesis de Buache contenida en *Cartes et tables de la geographie physique* de 1757, permitían representar la idea de un globo repartido en cuencas y mares en el cual los sistemas orográficos constituían barreras orográficas emergidas (en las superficies continentales) o sumergidas (bajo los océanos) que configuraban las segmentaciones de espacios, regiones o cuencas naturales. El Orinoco en este esquema provenía de los Andes Orientales, cadena de Popayán y estaba dividido del Amazonas.

En lo que respecta a nuestro tema, la configuración imaginada por P. Buache sostenía entre otros aspectos, una supuesta continuidad montañosa de un ramal de la Cordillera de los Andes que atravesaba el continente de occidente a oriente a la altura del Ecuador imposibilitando toda comunicación y dividiendo sin posibilidad de conexión sendos espacios hidrográficos dominados por el Orinoco al Norte y el Amazonas al sur. Una posición que tenía su continuidad en Jean Nicolás Buache en la “Carte générale de la Guiane” de 1798 (figura 9).

Humboldt interpela esta teoría cuya amplia base cartográfica como se observa en las figuras 8 y 9 estaba en la influyente obra de Phillippe Buache y de su sobrino Jean Nicolás, confrontando lo observado en su estancia en el río y en la región del Alto Orinoco, en el desprendimiento del río Casiquiare, con las proposiciones imaginarias que hacía el famoso cartógrafo e hidrógrafo, dejando sin efecto, una hipótesis basada en conjeturas ante la superioridad del trabajo de campo.

Humboldt también revela (aunque el mapa de Cruz Cano también lo señalaba, pues había consultado los mapas de la Expedición de Límites al Orinoco) que del Casiquiare se desprende otro brazo que también va a dar al río Negro. Este lo nombra como el Itinivini o Coronochite (Vid supra, Fig. 5 Carte de l’Oronoque).

Esta particularidad del fenómeno fluvial de anastomosis en el curso superior del Orinoco hace desde el punto de vista de las interacciones de los ríos una doble conexión de carácter excepcional (Humboldt, *Ibíd*em: 244) que muestra la confluencia de factores físicos tales como la topografía y la fuerza de las aguas en el contexto geológico de las alienaciones montañosas, las llanuras, penillanuras y los macizos.

Nuevamente, el fenómeno del Casiquiare convoca los desacuerdos entre dos regímenes diferentes de la ciencia, no en balde Debarbieux ve en ello, la caída del modelo retórico ante el proceso de experimentación y de racionalización fáctica de las observaciones (Debarbieux, 2008; 2012) a propósito de la confrontación de las tesis de Buache y de Humboldt, en especial la que giraba en torno a la bifurcación del Casiquiare.

El interés por los ríos seguirá en aumento en el siglo XIX. En 1832 por ejemplo aparece un pequeño informe titulado “On the Hydrography of South America” de la Royal Geographical Society of London que señala el valor de las intercomunicaciones de los espacios interiores del continente resaltando la función del Casiquiare como brazo conector de dos de las más grandes cuencas.

George Perkins Marsh en la prestigiosa obra, *The Earth as Modified by Human Action* publicado en 1874 al contemplar el tema de las anomalías fluviales en especial, los “desvíos

de los ríos” apreciará que: La mayoría de los grandes ríos se dividen en varios brazos en su curso inferior, y entran al mar por diferentes bocas. También hay casos en que los ríos envían ramas laterales para transportar una parte de sus aguas al canal de otras corrientes” (1874: 497). Para este naturalista y geógrafo estadounidense la naturaleza hacía un importante trabajo mediante esos desvíos para regular el impacto de las inundaciones. Como es de suponer, la bifurcación que había admirado la ciencia geográfica volvía a aparecer como un fenómeno excepcional: “El más notable de ellos es la unión entre el Amazonas y el Orinoco por el canal natural del Cassiquiare y el Río Negro” (ídem).

Otros importantes contribuyentes a la comprensión de los ríos en la emergente ciencia del siglo XIX serían E. Reclus con *Étude sur les fleuves* (1859) y *El Arroyo* (1869); J. Crevaux con *Fleuves de l'Amérique du sud :1877-1879* y León Metchnikoff con *La Civilisation et les grands fleuves historiques* (1889) un influyente texto cuyo prefacio hizo el propio Reclus sobre la relación geohistórica de los medios fluviales con el hombre.

El impacto de las observaciones de Humboldt no se haría esperar y serían reproducidas en mapas y libros que recogen sus impresiones, mostrando la persistencia dentro del campo de los debates científicos de ese fenómeno de anastomosis o conexión entre ríos. Este fenómeno codificado con referencia al Casiquiare aparecerá en los manuales de uso geográfico, entre ellos el de Letronne, *Curso elemental de Geografía antigua y moderna*, un manual que a la par de inscribir a América dentro del canon de la fertilidad y, en consecuencia, de una geografía plena de abundancia, le asigna el lugar de la maravilla científica.

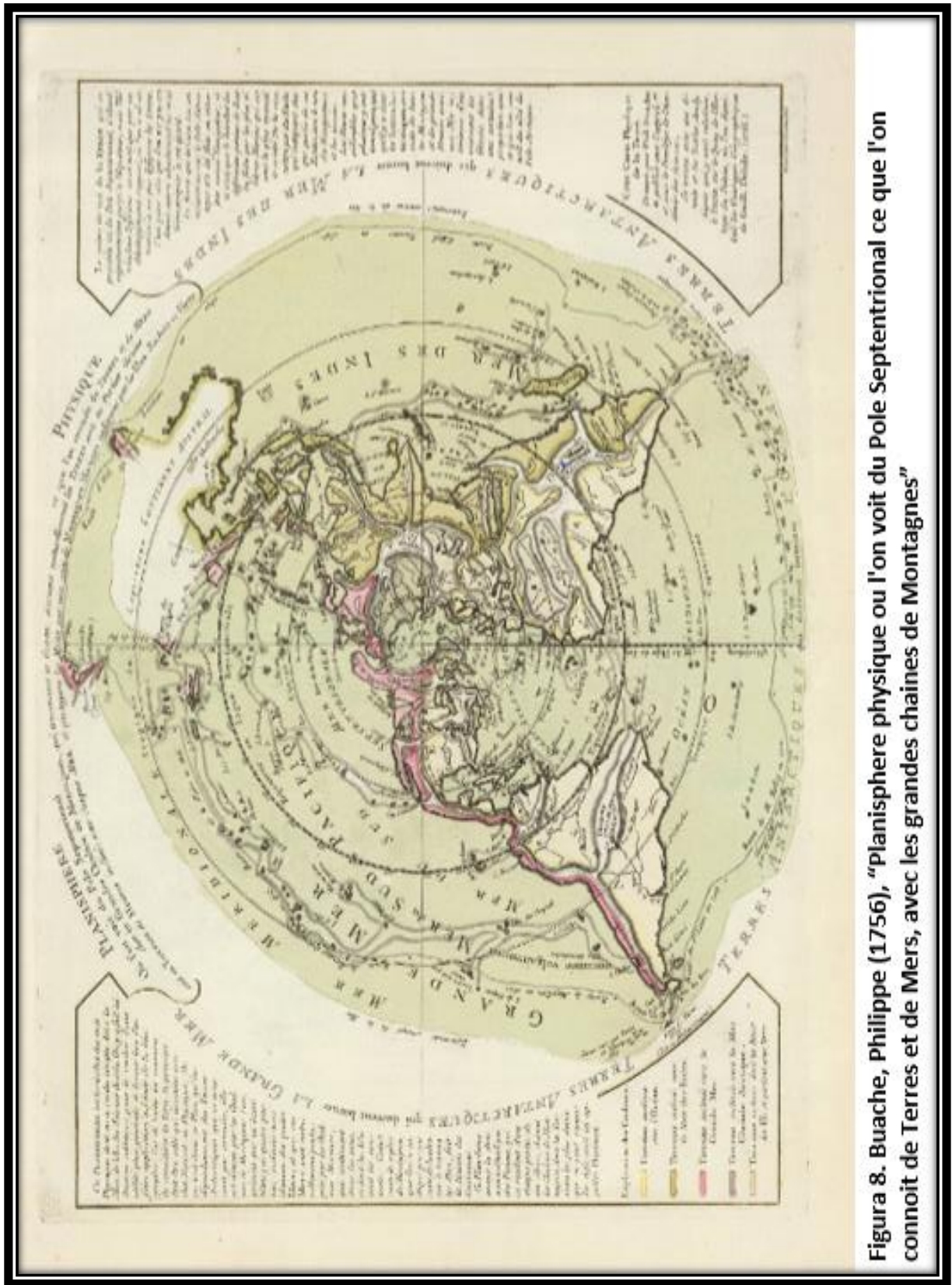


Figura 8. Buache, Philippe (1756), "Planisphere physique ou l'on voit du Pole Septentrional ce que l'on connoit de Terres et de Mers, avec les grandes chaines de Montagnes"

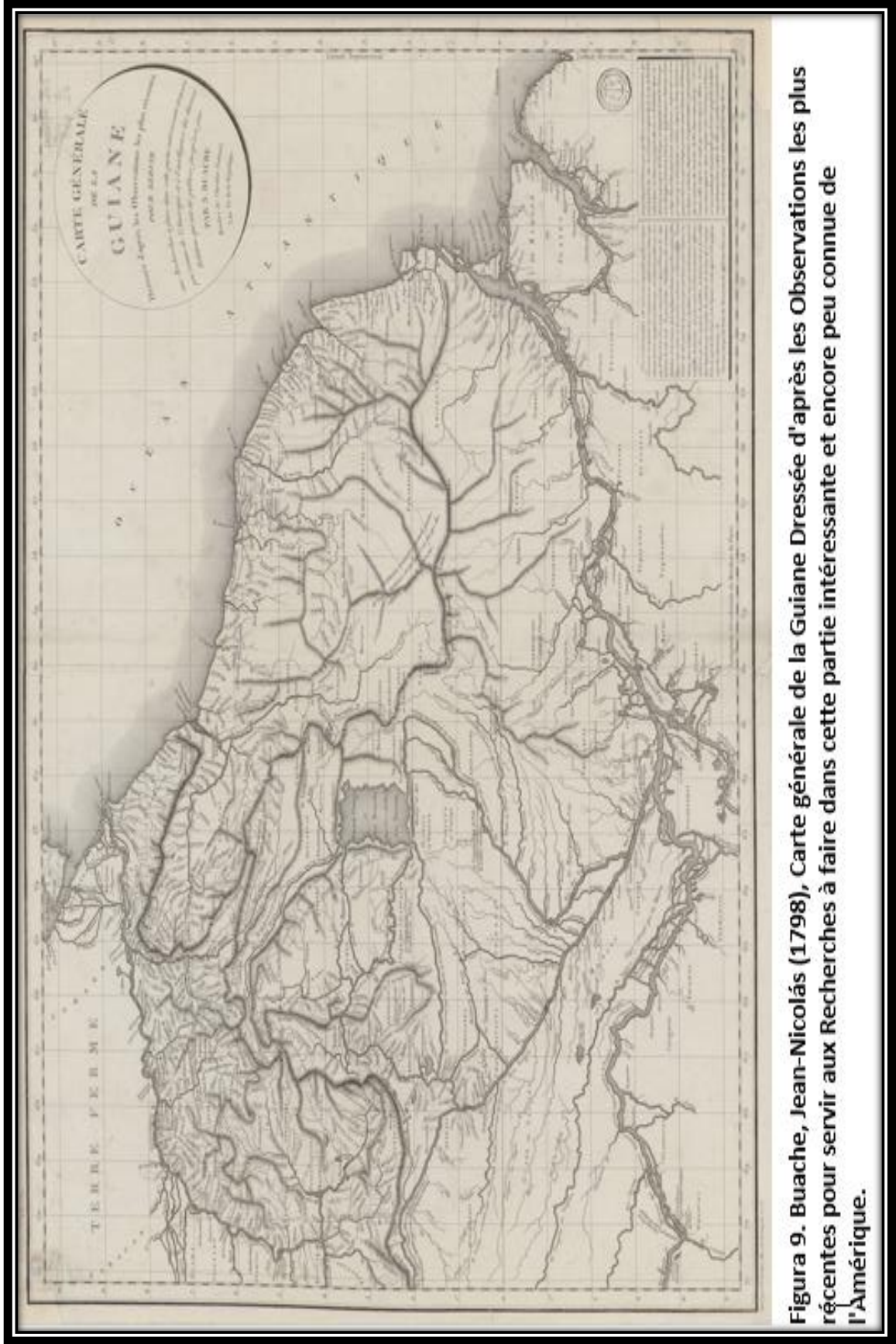


Figura 9. Buache, Jean-Nicolás (1798), Carte générale de la Guiane Dressée d'après les Observations les plus récentes pour servir aux Recherches à faire dans cette partie intéressante et encore peu connue de l'Amérique.

Letronne describe en la parte dedicada a la geografía física, los cursos fluviales de América, resaltando la importancia que tienen los ríos de vertiente Atlántica, entre ellos el Amazonas, el Plata y el Orinoco, ricos y practicables por cuanto se extendían por vastas y fértiles llanuras interiores que drenaban sus aguas al Atlántico su llave de entrada. Del río Orinoco señalará, además, que posee una importante conexión amazónica a través del brazo del “Casiquiari” (Letronne, 1830: 308-309). En este giro científico, los mapas dan cuenta del tratamiento del espacio y de su conversión en objeto de la ciencia son ejemplo de ello: el “Mapa físico de Venezuela dividida en Hoyas Hydrográficas” de Agustín Codazzi insertado en el Atlas de 1840, que representa por vez primera y con detalle el complejo de cuencas hidrográficas del norte de la América del Sur mostrando el dominio espacial del área del Orinoco (figura 10).

Este mapa al igual que el de Humboldt, es también el producto de extensos recorridos en el territorio que le permite trazar un mapa que refleja la riqueza hidrográfica del país y el carácter dominante del río Orinoco en la geografía del agua en el norte de América del sur. En su labor posterior al servicio del gobierno colombiano, Codazzi completará la visión de la hoya del Orinoco al incorporar los llanos del Casanare, Meta y el Guaviare (*Vid infra* Carta que representa el sistema orográfico, y las hoyas y vertientes hidrográficas de Colombia, fig. 31)

Junto a este aporte de Codazzi que enlaza con el fin de las teorías de divisiones de cuencas siguiendo cadenas imaginarias de montañas que conformaban a su vez cuencas absolutamente independientes, está, “El mapa de sistemas de montañas Sud-América con sus áreas actuales que delimitan claramente sus Cuencas” de 1847 [Sud-America's Bergsysteme, Stromgebiete] de Carl Christian Franz Radefeld un prestigioso cartógrafo y geógrafo alemán en el él se observa la delimitación de la cuenca del Orinoco con sus conexiones de una forma casi completa en un contexto general de cuencas de la América del sur (fig. 11).

Junto a la mirada del científico que hace mediciones sobre el Casiquiare para precisar su geomorfología, su posición, curso y emplazamiento, también se articula una experiencia que liga al espacio liminar. Aquí la relación del observador con el río y la fuerza de su corriente se torna de carácter literario y termina por vestir geopoéticamente a la bifurcación.



Figura 10. Codazzi, Agostino (1740), Mapa físico de Venezuela dividida en hoyas hidrográficas”, en Codazzi, A. Atlas físico y político de la República de Venezuela dedicado por su autor, el Coronel de Ingenieros Agustín Codazzi al Congreso Constituyente de 1830. Caracas 1840. Lith. de Thierry Fres. Cite Bergere 1 a Paris.



Figura 11. Radefeld, Carl Christian Franz (1847), "El mapa de sistemas de montañas Sud-América con su áreas actuales que delimitan claramente sus Cuencas de 1847".

Este problema que puede ayudar a comprender el valor de la estética en la estructuración de los modos de conocer del método humboldtiano, no ha escapado a la mirada de Lubrich, sobre todo por las connotaciones positivas y negativas que se juntan en la narración a través de los referentes comparativos que se activan en la observación vivida del río.

También el río Casiquiare Humboldt lo literaliza mediante una cita en latín:

«[L]e Cassiquiare, dans son état actuel, n'est pas, comme disent les poètes du *Latium*, *placidus et mitissimus amnis: il neressemble guère à ceterrans lánguido flumine Cocytus*» [II.525] («[E]l Casiquiare, en su estado actual, no es, como dicen los poetas del Lacio, un plácido arroyo extremadamente manso; no se parece nada a ese Cocytos de fluir lánguido») (Cit. p. Lubrich, 2001: 754)

El río Cocytus –que es el referente que usa Humboldt para hacer la comparación con el Casiquiare-, era en la mitología griega uno de los ríos infernales. En la recepción latina del río que es a la que refiere Humboldt, este enigmático río, es descrito por el poeta romano Virgilio en la Eneida (1997 (Siglo I A.C.), como una corriente oscura y profunda que se desplaza por un bosque en una suerte de torbellinos que se mueven por debajo depositando en las riberas grandes cantidades de arena y limo. Ese mismo tipo de comportamiento fluvial se observa en las riberas del Casiquiare y muestran una interrelación interesante entre el valor contingente de la experiencia y el valor de la biblioteca que acompaña al observador y que le hace filtrar el pathos del contacto suscitado con los lugares con el imaginario cultural que lo precede.

4.2.2 La trifluencia Orinoco, Atabapo, Guaviare y el emplazamiento geoestratégico de San Fernando de Atabapo

La “Carte itinerairé du tours de LÓrenoque, de LÁtabapo, du Casiquirae, et du Río Negro”, también codifica en su enunciado al río Atabapo. Este aparece con una función de posible eje económico, pues su población adyacente San Fernando de Atabapo, se encontraba en un emplazamiento privilegiado que articulaba la zona de la trifluencia de los ríos Guaviare y un poco más adelante del Orinoco con el mencionado Atabapo. El lugar revestía en consecuencia un valor geoestratégico, pues en las confluencias de ríos importantes según la visión geohistórica de Humboldt, se formaban “centros de civilización” bajo una condición de comercio, sobre todo, si éste centro se activaba con planificación.

Esta idea seguiría perdurando como un proyecto no acabado y se abre con una amplitud de detalles en la obra de F. Michelena y Rojas, (1867), *Exploración oficial por la primera vez desde el norte de la América del Sur siempre por ríos, entrando por las bocas del Orinoco, de los valles de este mismo y del Meta, Casiquiare, Rio-Negro ó Guaynia y Amazonas, hasta Nauta en el alto Marañón ó Amazonas, arriba de las bocas del Ucayali bajada del Amazonas hasta el Atlántico*. Hacia fines del siglo XIX, en 1892 un colector de orquídeas -cuyo *boom* se había acelerado por la demanda no solo de laboratorios sino de jardines ornamentales europeos-, daba cuenta de la importancia de San Fernando de Atabapo, E. Stanko Vraz, un viajero de origen checo que venía tras las huellas de Humboldt y de Crevaux, realizó un viaje desde el Delta hasta un poco más arriba de San Fernando de Atabapo. Allí además de hacer importantes colecciones, tomó fotografías del Orinoco que están conservadas en Praga⁸⁸. A la vista de la necesidad de poblar un espacio que percibían abierto y vacío, el viajero daba cuenta del valor geoestratégico de San Fernando de Atabapo producto de la trifluencia fluvial.

Sin embargo, como *leitmotiv* que habla de las distancias entre las visiones y las realidades, la realidad concreta, era la de un pueblo decadente ello a pesar de su privilegiada situación. Para Vraz, la poca importancia que se le daba a San Fernando venía dada por varios factores, entre ellos sus habitantes, “mestizos e indios”, “el descuido gubernamental, las distancias y los saltos” [se refería a los raudales de Atures y Maypures] que constituían una barrera a la navegación de gran calado. Todas estas dificultades podían para él dentro de su lógica positivista, ser vencidas por “otra gente”, europea claro está (Vraz, 1992 [1900]: 244).

Esta visión que porta en cierto modo la dialéctica de naturaleza y barbarie -que era además lenguaje compartido con gran parte de los letrados criollos y de los comerciantes y explotadores de Caucho y oro que llamaban “irracionales” a los indios-, está atravesada por el concepto de raza y del determinismo geográfico. La raza (indígena) estaba modelada por el medio y era en consecuencia incapaz de activar el territorio. Esta idea se repite en Morisse y otros viajeros. Sin embargo, la observación de este viajero y funcionario francés resalta otros aspectos como el valor geoestratégico y la importancia de la trifluencia dentro de un campo de comprensión hidrológica de las conexiones fluviales.

El gran espectáculo de la confluencia de estas aguas diversamente coloreadas está en San Fernando de Atabapo, a dos mil kilómetros del mar; este es el nudo hidrográfico de toda la América del sur, con el Casiquiare –según dije antes-

⁸⁸Parte de este importante acervo puede consultarse en: <http://www.radio.cz/es/static/enrique-stanko-vraz>

como gran canal de desagüe para las dos cuencas, tanto la del Orinoco como del Amazona. (Morisse, (1985 [1904]):215)

Un tratamiento diferente recibe el emplazamiento de Atabapo a los ojos de Jules Crevaux, un importante geógrafo que legó dos grandes trabajos sobre los ríos sudamericanos, *Voyages dans l'Amérique du Sud* (1880-81), cuyo tercer tomo narra el viaje desde el río Magdalena hasta el Delta del Orinoco; y la obra *Fleuves de l'Amérique du Sud* de 1878/79 que serían avaladas y publicadas bajo el auspicio de la Société de géographie.

Crevaux, ha ingresado a la trifluencia descendiendo por el Guaviare. En San Fernando de Atabapo su percepción científica es cautivada, el área de esa importante interconexión fluvial se abre para el ejercicio de varias ciencias en las cuales la pasión de colección crecía aceleradamente.

No dejaremos San Fernando de Atabapo sin decir que sería un centro de estudios muy importante bajo todos los aspectos. La Antropología encontraría allí grandes áreas de interés; los zoólogos podrían reunir ricas colecciones de peces del Guaviare y del Orinoco y de las aguas negras del Ynirida y del Atabapo. La Botánica y la Medicina no serían menos recompensadas. (Crevaux, 1988 [1880-1881]: 50).

Por otro lado, la experiencia en el Orinoco no se redujo solamente al ámbito de lo medible o de lo cartografiable en términos de observaciones y datos objetivos que a veces se presentaban desprovistos de reflexiones y explicaciones más profundas. Como sucedería en otros espacios geográficos tales como las elevaciones montañosas de México y sobre todo en los Andes, donde las mediciones jugarían un papel muy importante para abrir paso a explicaciones científicas más densas sobre los pisos altitudinales y las cambiantes relaciones entre las comunidades de vegetación y la elevación topográfica (Gómez Mendoza y Sanz, 2010).

Las mediciones de los ríos y los datos recabados le permitían a Humboldt y al campo de la ciencia que él representa, dar bases sólidas a panorámicas científicas más complejas reflejadas en una serie de mapas del siglo XIX y en las importantes compilaciones de información en los Atlas y las nacientes geografías universales modernas.

En medio de esta constante preocupación por los lugares, el científico alemán observó en consecuencia, el despliegue de las cuencas o redes fluviales en función de aspectos geomorfológicos. Sus estudios sobre el Orinoco y el Magdalena, dos de los grandes ríos del Norte de la América del sur, no sólo hablan del hecho puntual de la longitud o del caudal, o expresan una simple cartografía sin correlato científico, por el contrario, datos y cartografía deben ser enmarcados en una visión de conjunto que permite observar el valor e importancia

de las “arterias” de la Tierra firme al interior de una comunidad científica en la cual, el ensayo y el error de las observaciones se jugaban en las coberturas espaciales.

Humboldt explora, observa, documenta y observa meticulosamente la forma que sigue el río Orinoco, la magnitud de la cuenca, y luego, en una síntesis que expresa el esfuerzo del discurso científico, de la operación geográfica, concluye luego de una larga disertación sobre esta materia que el Orinoco es un campo privilegiado de la atención hidrográfica.

El curso del Orinoco, [...], ofrece tres particularidades muy dignas de atención:

1- La constancia con que permanece arrimado al grupo de montañas que rodea al sur, al Oeste y al Este [se refiere a la Parima].

2- La posición de sus fuentes en un terreno que se creería perteneciente a las cuencas del Río Negro y el Amazonas [problema que zanja en función de la divisoria de aguas] y

3. Su bifurcación derivando un brazo [de aguas en el curso superior] hacia otro sistema fluvial. (Humboldt, 1991 [18161831], T. 4: 309)

En otro de los pliegues de complejidad cartográfica, el mapa de Humboldt “Carte itinéraire du tour de L'Orénoque, de L'Atabapo, du Casiquiare, et du Río Negro”, proyecta el Orinoco hacia un lugar no definido del sistema Parima, de esta forma, también se abre al problema del origen del río y junto con el correlato narrativo, le imprimiría un nuevo sentido al fenómeno geográfico en términos de ciencia ligada al régimen de la geografía heroica de Dardel (1952) como se verá en el siguiente punto.

La fuente se convertía en foco de la perspectiva científica espacializadora, sobre todo en referencia a la *terra incognita* que atraía los deseos del viaje hacia el interior del continente siguiendo la ruta de los ríos.

4.3 Las fuentes del Orinoco en el horizonte científico del siglo XIX

En su ascenso por el Casiquiare con dirección hacia la población de la Esmeralda y de allí hacia el sector más alto del Orinoco siguiendo la ruta de los accidentados raudales, Humboldt retomará el problema de las fuentes y recogerá una serie de observaciones de singular importancia. Allí la ciencia se mezcla con un relato que cumple una función que codifica la *terra ignota* como un espacio difícil de transgredir y por tal causa aún no conocido.

En *los cuadros de la Naturaleza*, Humboldt tajantemente señalará que las fuentes permanecen como un misterio pues, no han sido descubiertas por parte de los europeos o de “algún natural en contacto con europeos” (Humboldt, 1972 [1808], T.1:193).

Para Humboldt, la cartografía y las observaciones de Fray A. Caulín, de Cruz Cano y Luis Surville, contenían informaciones contradictorias sobre el origen del río Orinoco. En tal sentido, se interroga por la validez de los mapas que se basan en “hipótesis y combinaciones elaboradas en Madrid” sin atender “el informe de un verdadero viajero” (Humboldt, 1991 [1816-1831], T 4: 394). Nuevamente se observa la apuesta por la práctica de campo como un aspecto necesario de la disposición del científico.

No obstante, esta preocupación en apariencia inocente para un lector de hoy era muy importante en los círculos de debate de la emergente ciencia geográfica europea. Solo basta ver que, hacia fines del siglo XVIII, las fuentes de los ríos se convierten en un tema que impulsa las tertulias y las luchas por la representación de cartografías “correctas”.

En el siglo XIX, serán famosas las expediciones para buscar las fuentes del Congo, el Níger, y sobre todo el Nilo cuya fascinación será expuesta con toda su fuerza por la expedición de Burton y Speke. No es casual entonces, que, para agregar mayor fuerza al tema de las fuentes del Orinoco, Humboldt recurra a comparaciones continuas con el Nilo y la importancia de descubrir las fuentes de los ríos (Humboldt, 1972 [1808], T1: 194).

Ya no se trataba de un simple confín, o de un fenómeno en sí, sino de contribuir con los debates de las teorías hidrográficas, de si estos ríos provenían de lagos o de fuentes subterráneas o de percolaciones en el terreno.

Humboldt se dirige decididamente a buscar las fuentes, sin embargo, luego de la población de la Esmeralda solo logra en su ascenso por el curso superior, llegar al raudal de Guaharibos (punto que se creía origen de la fuente). El raudal se convierte en un obstáculo natural de difícil remontada tal y como había sucedido con los Expedicionarios de Límites a quienes parece seguir según se deduce de la propia narración.

El viajero alemán, termina por dejar en suspenso el tema de la fuente como un lugar desconocido, misterioso, pues como señala con cierta apelación a un efecto de espacio del temor, él y Bonpland, habrían podido llegar a las fuentes, pero al estar cerca de Guaharibos, se encontraron con etnias hostiles (los mal llamados indios blancos o yanomami); el cuadro es ilustrativo.

...hay unas quince leguas desde el Guapo [Iguapo] hasta el raudal de Guaharibos, En esta catarata, que se atraviesa sobre un puente de lianas, están apostados unos indios armados de arcos y flechas. Ellos impiden el paso a los

blancos o a los que quieren avanzar hacia el Oeste (Humboldt, 1991 [1816-1831], T 4: 319-320).

En tono excusatorio por la imposibilidad de acceder a las fuentes agrega, “Cómo habríamos podido esperar trasponer aquél punto en el cual se vio detenido el comandante de Río Negro, Don Francisco de Bobadilla, cuando intentó de penetrar más allá del Geheta”.

El recurso retórico de la tarea no acabada se liga a lo duro de la travesía, y abre, una imagen geográfica que se proyecta como un dispositivo de las *Terra incognitae*, esto moverá sucesivas expediciones a lo largo del siglo XIX.

El espacio del temor representado por la incertidumbre de la fuente se convierte en un espacio que invita al trabajo de la “aventura científica”, esto en términos de lo que Georg Simmel (2002 [1911]) señala al apreciar ese espíritu de moverse considerado, como un motor de modernidad que formó parte de toda una práctica de la geografía.

El indicio sobre el que se sustentaba Humboldt para negar que el Raudal de Guaharibos fuese el punto de inicio del Río, no se fundamentaba solo en lo observado en el sitio y en la configuración de la pendiente por la que bajaba el río Orinoco, sino que apelaba al propio testimonio de sus habitantes indígenas y misioneros.

Ellos [Los indios Waycas] afirman, que el Orinoco, por encima del raudal de Guaharibos, no es ya un río, sino un torrente (riachuelo), mientras un religioso muy instruido, Fray Luis González, que había visitado estas mismas regiones, me aseguraba que el Orinoco, en donde no se conoce su curso ulterior, conserva todavía las dos terceras partes de la anchura del Río Negro cerca de San Carlos (Humboldt, 1991 [1816-1831] T 4: 381).

Quedaba pendiente una labor por hacer en beneficio del conocimiento científico de los ríos y ante la que él, un observador que había estado en su búsqueda tomaba posición, pues nadie podía abrogarse el descubrimiento de las fuentes con exactitud dado lo impreciso de los testimonios que abrían la dirección de la fuente aguas arriba de Guaharibos hacia el Parima.

La solución dependía, según la percepción de Humboldt, de una expedición más organizada y fortalecida militarmente, cuestión que correspondía al gobierno español o portugués. Para ello, planteaba varias rutas posibles para acceder a las fuentes: tomar el camino de la Esmeralda o el camino del Caroní-Paragua o por el Uraricuera y el Río Branco

ascendiendo por la vertiente amazónica del Parima⁸⁹ (Humboldt, 1991 [18161831], T. 4: 389-390).

Mientras tanto, la imaginación seguía tejiendo sus expectativas sobre las fuentes infranqueables, como aprecia Humboldt, “Un dique de piedras graníticas atraviesa el Orinoco: son las columnas de Hércules, más allá de las cuales ningún blanco ha podido penetrar” (Ibídem: 319). Esa recurrencia al mito clásico devenido en interdicto y dispositivo espacial se articulaba a las viejas ideas del *Non plus ultra* latino y luego al *plus ultra* del imperialismo español. En todo caso en lo que respecta a Humboldt, la promesa se liga al espacio del deseo abierto al trabajo de la ciencia moderna mediante el uso adecuado de una metáfora que tenía un impacto en los círculos letrados y las comunidades científicas de la época.

Cuando más tarde realice una corrección y ampliación de sus *Cuadros de la naturaleza*, al incorporar el tema de las fuentes del Orinoco, Humboldt seguirá sosteniendo el problema de su hallazgo, ello a pesar de que como el mismo señala, formó parte del interés de las exploraciones de Robert Hermann Schomburgk que hasta el momento eran de los que más se habían acercado a ellas. Su hermano Richard Moritz Schomburgk había realizado expediciones en gran parte de la Guayana británica y en las bocas del Orinoco entre 1840 y 1844. Ambos representaban el prototipo del explorador científico de la Royal Geographic Society en la cual publicaron varios de sus trabajos.

Estos viajeros habían aportado a la geografía de la Guayana y en especial, la inglesa (Guiana), un amplio conocimiento científico de la hidrografía del oriente guayanés, en especial, el lago Amucu, el río Esequibo, el Pomarok y el río Tacutu en la confluencia del Esequibo, río Branco y el Roraima. Igualmente, se habían implicado en la carrera colonial contribuyendo con el proceso de expansión inglesa en América (una valoración de su obra a la luz de esa geografía imperialista se puede consultar en Graham Burnett, 2000).

Como resultado de las observaciones obtenidas en los viajes al interior, Robert Schomburgk elaborará además de importantes descripciones naturalistas un mapa más exacto de las Guayanas (fig.12), este “Map of Guayana to illustrate the route of R. H. Schomburgk Esquire”, que apareció originalmente en sus diarios de viajes publicados en una sola entrega en *the Journal of the Royal Geographical Society* de 1840, fue considerado un importante avance cartográfico que ofrecía una imagen global de la llamada “isla Guayana”, cuyo mapeo arrancó desde de la Guayana Inglesa ascendiendo por ríos y cadenas montañosas hasta llegar al Alto Orinoco para luego devolverse por la conexión del Casiquiare a través del río negro-

⁸⁹ Esta sería la ruta que tomaría R. Schomburgk y que tendría como consecuencia la elaboración completa de un mapa completo de las Guayanas.

marañón. Dos importantes narrativas que fueron publicadas por el *Journal of the royal Geographical Society of London* (1840 a y b) recogen las vicisitudes de este geógrafo-naturalista.

La expedición de Schomburgk no poseía solo un interés naturalista, Humboldt señala que, “La historia natural no era el objeto principal de este viajero, se proponía también resolver el problema propuesto en noviembre de 1834, por la Sociedad Real de Geografía de Londres, que consistía en unir el litoral de la Guyana inglesa con el punto más septentrional a que había llegado yo [Humboldt] sobre el Alto Orinoco [es decir, en dirección a las fuentes]” (Humboldt, 1972 [1808], T 1: 215).

Esta unión que era un objetivo de la exploración de Schomburgk, era lógicamente cartográfica y, se sustentaba en un conjunto de observaciones en campo recolectadas en los sucesivos viajes por el cuadrilátero de las Guayanas. Humboldt cita al respecto la comunicación que envió a la sociedad geográfica londinense en donde hermana su proyecto geográfico con el encargo propuesto a Schomburgk. El programa de investigación de la sociedad suponía, además, de tener una imagen cartográfica manejable del conjunto de las Guayanas, encontrar y mapear, las rutas más practicables para penetrar el interior de las Guayanas hacia el occidente a través de las tramas de ríos. Es decir, unir “las fuentes [del Orinoco], la cadena de Pacaraima y el mar”. (Ibídem: 216).

Se deduce entonces un objetivo claro y correlativo con la tarea cartográfica, llegar a las fuentes, cuestión que Schomburgk no pudo solucionar de forma exacta (es decir fijando el emplazamiento de las cabeceras *in situ*) sino de forma matemática para obtener una proyección del lugar exacto, ello pese a que el itinerario que siguieron de este a oeste partiendo desde el Esequibo y remontando los cursos altos de los ríos tributarios del Orinoco, los llevó muy cerca de la fuente, es decir, hasta el río Padamo uno de los afluentes del Orinoco y luego, a pernoctar en la Esmeralda para acercarse posteriormente hasta al raudal de los Waycas y finalmente ante la imposibilidad de seguir retornar por el Casiquiare al Río Negro y conectar con la cuenca amazónica.

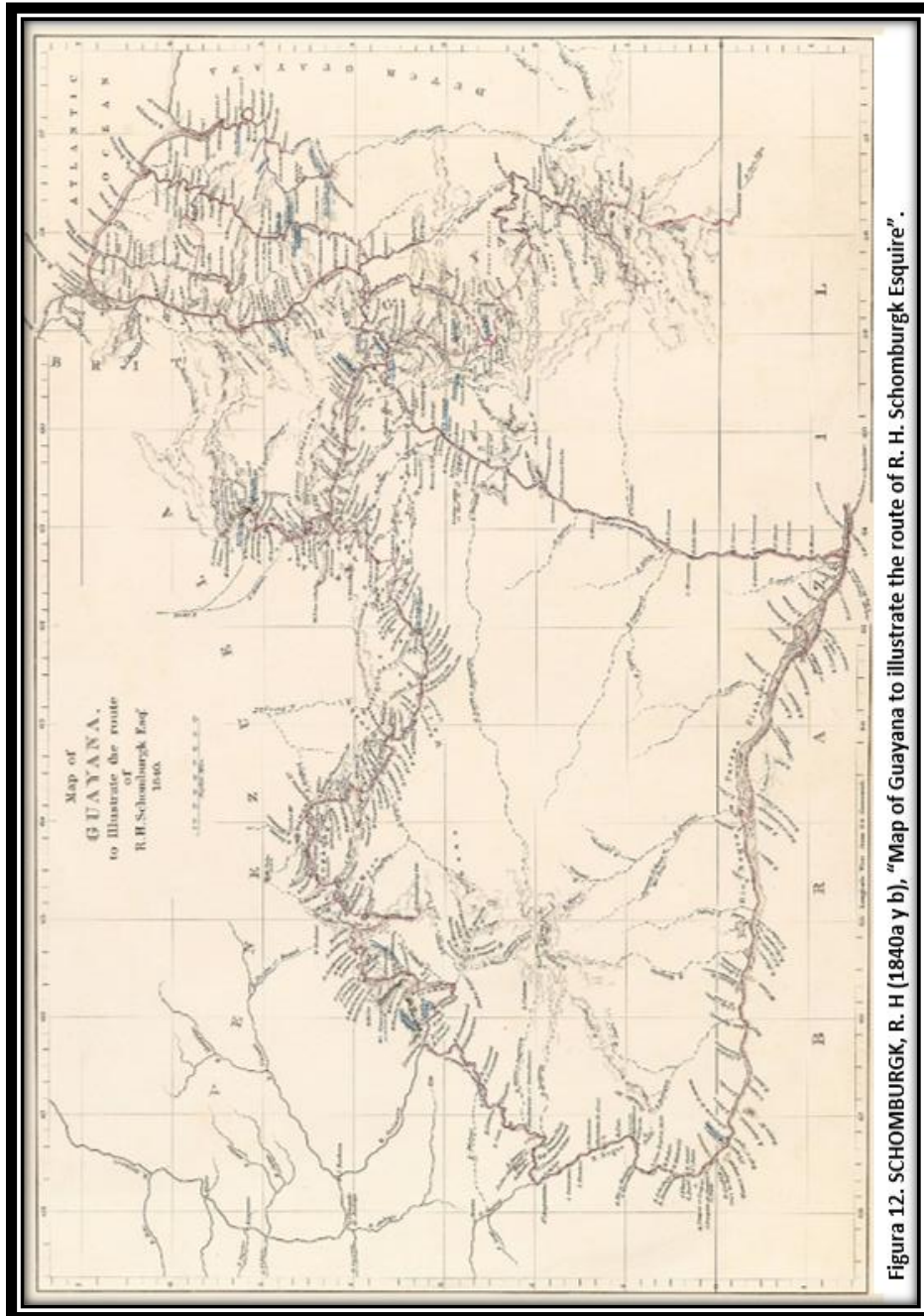


Figura 12. SCHOMBURGK, R. H (1840a y b), "Map of Guayana to illustrate the route of R. H. Schomburgk Esquire".

Schomburgk ve frustrado su intento de llegar a las fuentes por la presencia de etnias hostiles, pero está a sus pies y señala que a través de cálculos matemáticos y de los testimonios de los propios indígenas es posible determinar su posición.

Sin embargo, su verdadera posición ya no es un problema geográfico, una sola mirada al mapa en el que se delinea mi ruta, mostrará que toda incertidumbre sobre su situación se reduce a los estrechos límites de menos de 30 millas; E incluso esa incertidumbre se ve disminuida por los informes concurrentes de todos los indios, que ciertamente se encontrarían en la cadena de montañas que, como ya he dicho, me señalaron. Sólo pude imponer a los indios que esperaran hasta la mañana siguiente, lo cual estaba ansioso de hacer para que pudiera hacer observaciones, aún más cerca de las fuentes del Orinoco, que el distinguido barón Humboldt era él mismo Frustrado, como dice por los indios hostiles por encima de Esmeralda, que, al parecer, son idénticos a los salvajes Kirishanas, que tan inesperadamente habían frustrado sus ideas. (1840b:232)

Como se deduce de lo expuesto por Humboldt con respecto a Schomburgk y sus proyecciones, el tema de las fuentes tenía una solución parcial derivada del esfuerzo de esta última exploración que se traducía luego en proyecciones matemáticas hacia un punto en el Parima, pero que no podía determinar dadas las características atmosféricas de la zona y la nubosidad. Solo la observación de Schomburgk ligaba su posición a conjeturas y cálculos de combinaciones astronómicas con cálculos de longitud y latitud que podían contener errores. (Vid el interesante debate que introduce sobre estas mediciones que intentaban señalar el punto exacto de las fuentes, Humboldt, 1972 [1808], T 1: 217-219). La necesidad del viaje y el conocimiento *in situ*, seguían prevaleciendo en un determinado régimen de la experiencia científica espacializada que buscaba puntos exactos de referencia.

La geografía vivida, que no se restringe al conocimiento positivo del dato obtenido sino a la geografía en campo, la de la corporalidad sufriente en la obtención de un dato, de una visión y articulación del lugar de expectación ante el paisaje; puede contenerse en la descripción de Schomburgk. Aquí el viajero se lee en el viaje, el cronotopo de la naturaleza se une al *pathos* (emoción) de formar parte de la mirada sobre la *terrae incognitae*, sobre la imaginación geográfica activada en la corporalidad del “nómada furtivo” que se arriesga por “amor a la ciencia” tratando de asociarse con la figura emblemática de Humboldt, el viajero cuyas tareas por hacer orientaban la pasión de ir a las geografías profundas:

Empezamos el viaje a las 6 en plena expectativa de ver la población de Esmeralda. En el monte Duida se envolvían ligeras nubes flácidas, pero se desvanecieron después de que el sol se elevó sobre el horizonte, y por primera vez, tuvimos una vista completa de estas estupendas masas rocosas, parcialmente iluminadas por los rayos del sol matutino. Nuestro progreso de

viaje no fue sin dificultad; Conseguimos un terreno varias veces lleno de bancos de arena, y tuvimos que atravesar de orilla la orilla para evitar las aguas poco profundas y seguir el curso sinuoso del canal del río.

Por fin llegamos a la vista de una fina sabana que se extendía al pie de las montañas, que yo sabía, por descripción de Humboldt, que era la de Esmeralda. Algunas canoas atadas a la orilla del río nos mostraron el lugar de desembarco. No puedo describir con qué sentimientos me apresuré a tierra; Mi objeto de viaje se realizó y mis observaciones, iniciadas en la costa de Guayana, ahora se relacionaron con las de Humboldt en Esmeralda.

Pero es debido a ese gran viajero reconocer, que en momentos en que mis poderes físicos estaban casi fracasando, y rodeado de peligros y dificultades de ninguna naturaleza ordinaria, su aprobación de mis esfuerzos anteriores me animó e impulsó la perseverancia que ahora coronó con éxito. Las formas demacradas de mis compañeros indios y fieles guías contaron, más que los volúmenes, las dificultades habíamos superado. (Schomburgk, 1840b: 243).

El viaje de Schomburgk hacia las fuentes, fue seguido por Codazzi quien lo refiere de inmediato en su geografía de 1841 resaltando el valor de la misma al esclarecer toponimias y direcciones de los ríos del alto Orinoco. Del mismo modo, muestra que el acercamiento a un área con topografías abruptas, redes de ríos y variables climáticas extremas, se convertían en obstáculos a la penetración y avance de la ciencia dejando irresuelto el problema de la fuente, esto en términos de lo medible y lo localizable del punto exacto. Sin embargo, orienta su punto de origen permitiendo consolidar un cambio en la perspectiva científica, esto al menos basado en cálculos y observaciones en campo (el mismo Codazzi no pasó de la población de Esmeralda y del mismo raudal de Guaharibos) No obstante, el problema del punto exacto gobierna la imaginación geográfica alimentando el deseo de ir tras su hallazgo.

Cerca pues de las cabeceras del Parima debe situarse el nacimiento del Orinoco en el lugar en que la sierra Parima se une a la de Tapirapicó o Tapirapecú. Según las alturas de las otras sierras medidas en el sistema de montañas de la Parima, la del punto en que nace el Orinoco no puede exceder de 1900 varas sobre el nivel del mar. El Orinoco permanece desconocido desde su nacimiento hasta el raudal de Guaharibos [...] pero atendiendo a la poca agua que se encuentra antes del raudal y en el raudal mismo, no debe suponersele hasta allí un curso de más de 25 leguas comprendiendo las vueltas del río. (Codazzi, 1841: 21-22)

Hacia fines del siglo XIX, el interés por las fuentes vuelve a suscitar viajes hacia el alto Orinoco. Primero Jules Crevaux, luego Jean Chaffanjon y Morisot, Ermanno Stradelli, Eugene André y el Conde de Rojas se dirigen hacia el Alto Orinoco con la finalidad de esclarecer en beneficio de la ciencia el misterio del origen.

De estos exploradores, tal vez el que mayor causó revuelo fue Jean Chaffanjon quién realizó dos grandes expediciones a la cuenca del Orinoco. La primera realizada en 1885 se centró en dos áreas, el bajo Orinoco y el río Caura, de esa expedición hizo un mapa de cartografía histórica de los cursos comparados del río y un mapa más elaborado denominado, “Carte générale de l'Orénoque” (Figuras 13 Y 14) que fueron presentados en la Sociedad de Geografía, tratando de capturar el interés por las fuentes desconocidas. Enviado en una segunda expedición por el Ministerio de Instrucción pública de Francia en 1886-1887, junto a Auguste Morisot, el objetivo primordial era buscar las fuentes del río Orinoco.

Así, las impresiones de este viaje que sirvieron de modelo a la obra de Jules Verne, *El Soberbio Orinoco*, fueron recogidas en varios géneros, A. Morisot nos legó una serie de pinturas y grabados además de un *Diario de viajes*, y Chaffanjon, escribió por su parte los libros *Voyage aux Sources de l'Orénoque* (1888) y *L'Orénoque et le Caura, Relation de voyages exécutés en 1886 et 1887* (editado en 1889). Este explorador dejaría también una importante obra cartográfica y una importante colección de fotografías de paisajes, de etnias, y de secuencias del viaje que registraron momentos significativos de la exploración. Estas fotos han sido conservadas en los fondos Imbert en Caracas y New York y en la Biblioteca Nacional de Francia entre otros lugares. Su obra más difundida *Voyage aux Sources de l'Orénoque* (1888) es según Cunill Grau, una transcripción de los cuadernos de campo que había dado a conocer en la *Archives de la Société Américaine de France* (Cunill, 2009: 193).

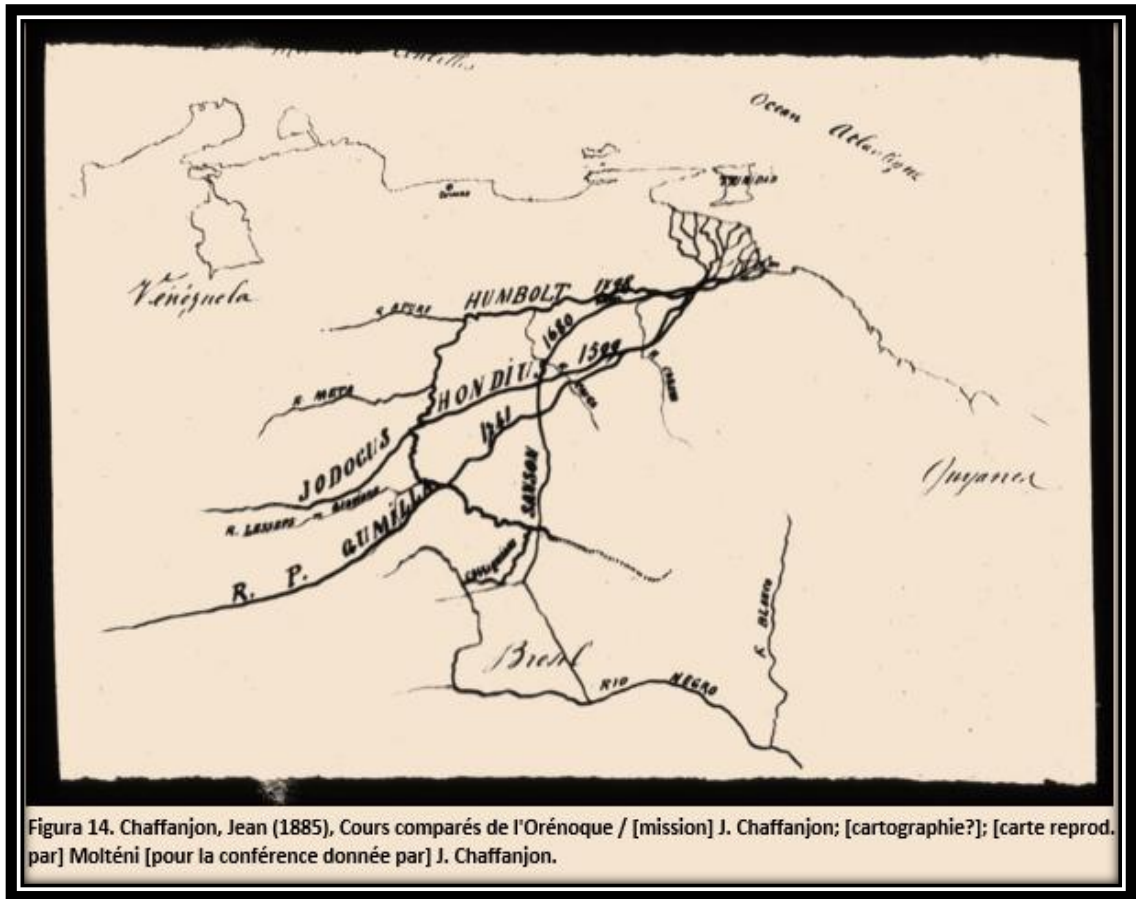


Figura 14. Chaffanjon, Jean (1885), Cours comparés de l'Orénoque / [mission] J. Chaffanjon; [cartographie?]; [carte reprod. par] Molténi [pour la conférence donnée par] J. Chaffanjon.

En la Academia francesa y sobre todo en la Société de géographie de Paris, el explorador había proclamado el hallazgo de las fuentes del Orinoco en el ascenso por los raudales Guharibos y Wayca, hasta la escarpada zona del Parima en 1886 en medio de una celebración que incluía al prestigioso Ferdinand de Lessep uno, de los grandes promotores de las comunicaciones universales que eran como se sabe, el signo del progreso dentro del régimen de historicidad y geograficidad del siglo XIX.

El mapa del ascenso hacia las fuentes del Orinoco en la sierra Parima “Lever du Haut Orénoque par J. Chaffanjon” (fig. 15) fue elaborado por el importante cartógrafo Jules Hansen, (Cartographe de la Société de géographie) para el reporte de dicho descubrimiento al público científico y amateur hecho por Charles Maunior (“Rapport sur les progrès des sciences géographiques”).



Figura 15. Chaffanjon, Jean; Jules Hansen (1887), "Lever du Haut Orénoque par J. Chaffanjon" en Charles MAUNIOR, Rapport sur les progrès des sciences géographiques.

Chaffanjon señalaría que había hallado, luego de una travesía heroica, cuestión en la que coincide con Morisot al narrar los pormenores del ascenso y la exigencia física empleada en salvar los obstáculos de la topografía del río, “el punto de origen de este río misterioso”. Situándolo en la Sierra Parima. La narración es dramática.

Después de dos horas de caminar, nos encontramos, en la orilla derecha, un torrente casi seco, por el lado de la Montaña, y en la orilla izquierda, algunos hilos de agua; Por último, nuestra ruta toma lugar. Hay que escalar rocas, trepar por cascadas. El Orinoco no es más que un torrente corriendo hacia abajo de las rocas. No hay necesidad de seguir más, ya que entonces no contamos ya con la fidelidad de mis hombres. Además, estoy satisfecho. He encontrado el origen de este misterioso río: la Sierra Parima, donde la altura varía entre 1200 a 1400 metros. Es con emoción y orgullo bien logrado que me descubrí religiosamente y desplegué nuestro pabellón nacional (1889: 314).

Al llegar al sitio, el explorador siguiendo los procedimientos de época colocó la bandera francesa en las supuestas fuentes señalando que esta hazaña se hacía en nombre de Francia. Chaffanjon veía su logro como “un progreso de la civilización” (ídem) y este logro no, “era señal de conquista, sino [que debía verse] como pionera del progreso y la civilización”. Sin embargo, como corolario a este hecho que se investía de hazaña nacional, el pico en el que señalaba el origen del río lo bautizó como Ferdinand de Lesseps. Anteriormente uno de los ríos lo había bautizado con el nombre del entonces presidente y caudillo de Venezuela Joaquín Crespo.

El correlato fotográfico (vid capítulo VI) y cartográfico de este descubrimiento formaba parte de las operaciones geográficas de fundamentación de la autoridad construida en el viaje.

En el contexto de las empresas de viaje, Chaffanjon se convertiría en un arquetipo del explorador y deslumbraría en su momento la imaginación de varios de miles de jóvenes lectores y de exploradores que se aventuraban en las periferias o se creaban expectativas dentro de una fiebre de viajes (Lefébure y Charon, 2007),

No obstante, en medio de este complejo tejido fluvial fuertemente fragmentado en el curso superior por montañas, por cauces de abundantes ríos y el imponente Parima de densas vegetaciones y topografías abruptas, existían dudas sobre lo conseguido en la expedición de Chaffanjon. Apenas un año después, en 1887, el Conde Ermanno Stradelli quién había explorado la zona de Río Branco, fue financiado por la Societá Geográfica Italiana para dirigirse a la zona de las fuentes y a los ríos Casiquiare y Guainía, sus trabajos fueron publicados en el *Bolletino Della Societá Geografica Italiana*, una prestigiosa revista que difundía textos de exploraciones hechas en África y América. Stradelli, señalaba que cuando más, el explorador francés solo había llegado al raudal de Guaharibos (en realidad había ascendido un poco más hacia el raudal Guayca).

Por otra parte, las fuentes están aún invioladas. He conocido a Chaffanjon, he oído su relato y visto su mapa; él no ha sobrepasado, como ya le había escrito, el punto alcanzado por Díez de la Fuente. Todo queda por hacer, pues Chaffanjon ha confirmado tan sólo lo que nos había relatado sobre el Alto Orinoco aquél valiente español (Stradelli 1991 [1887]:35).

Stradelli se dirige al Alto Orinoco en una expedición que no pudo alcanzar su objetivo. Sus observaciones son interesantes por cuanto se aprecia la dificultad del entorno practicado, y, sobre todo, por el problema de la confianza en los informantes indígenas que

desestabilizaban continuamente su mirada. Esto, en relación con las fuentes, pues los indios le habían hablado de la existencia de un gran lago, tal vez el mítico lago Parima o Parime, relegándolos a un nivel subalterno de conocimiento -todo muy a pesar de que Humboldt ya había zanjado el problema del origen lacustre de los ríos de la Guayana-. Stradelli señala que:

Considerando la forma excepcional como el Orinoco se precipita en su propio valle, abriéndose paso por la Sierra Parima, no es absurda la existencia de un lago [se refiere al mítico Parima], o mejor dicho de un embalse; sin embargo, he oído ya tantas veces a los indios aseverar el origen lacustre de los grandes ríos, que me veo obligado a dudar hoy día de su veracidad (Ibídem: 29).

Stradelli, ya sin recursos, no pudo continuar el viaje hacia las inhóspitas zonas del Parima y se desvió hacia Yavita y el río Negro, solo observando el encuentro con el Casiquiare. Eugene André por la misma época, señalaba que quedaba pendiente el tema de la fuente (1964 [1904]:1). Es decir, ponía en observación lo hecho por el explorador Chaffanjon, cuya hazaña había sido reconocida por la Sociedad de Geografía Francesa.

En este contexto que enfrenta la veracidad de un hecho geográfico, Reclus en su *Nouvelle géographie universelle, la terre et les hommes*; había sido un poco más cauto al abordar el tema de la fuente. Señalará, a propósito del descubrimiento de Chaffanjon, que, si no había llegado a la propia fuente, al menos luego de los raudales de la desolación y de los franceses, tenía sin lugar a duda que estar el “arroyuelo” del cual se desprendía el río Orinoco (1893, T XVIII: 124)

Las dudas volvían a cercar el problema del descubrimiento de las fuentes y la tarea de ir tras ellas, gobernaría el espacio del deseo de muchas expediciones emprendidas hacia el Alto Orinoco en el siglo XX hasta 1951 que es cuando se termina por resolver con precisión su misterio.

Otro problema cartográfico, vinculado a las fuentes del Orinoco, lo configuran las deficiencias e imprecisiones de muchos mapas que señalaban su origen dentro de un Lago. Cuestión que impregna todo el itinerario por las regiones equinociales e impulsan a Humboldt a calcular continuamente longitudes y latitudes, a revisar toponimias a recoger los relatos de informantes indígenas, de misioneros y de otros exploradores y a estudiar la configuración geomorfológica de las cabeceras de los ríos y los declives hacia los cuales drenan las aguas.

A la luz de los testimonios sin evidencias científicas comprobadas en el lugar, Humboldt pasará a cuestionar la existencia de geografías imaginarias como la del Lago Parima que motivó intensas discusiones cartográficas (Porro, 2013). Estas preocupaciones por

las bases cartográficas generales y específicas de América aparecerán más adelante en otras obras de su autoría. Por ejemplo, en el *Ensayo sobre la Nueva España* en donde señalaría que los mapas que conseguía no eran en su mayoría confiables en lo referente a los espacios interiores del continente, un problema que enfrentó a lo largo de su viaje por el Atlántico hacia Cumaná y durante su tránsito por la Capitanía General de Venezuela⁹⁰.

Un ejemplo del rigor cartográfico que impulsa su preocupación científica, lo expresa al cuestionar los mapas que representan toponimias fantásticas como las contenidas en el mapa de Luis de Surville de 1778 que acompañaba el texto de Caulín ([1779]1992) vid el sistema hidrográfico vinculando el Orinoco lago Parima (fig. 16).



⁹⁰ Vid Cuevas (2013), “Los mapas que guiaron a Humboldt en la Travesía Atlántica y en la Tierra Firme”, charla leída en el Grupo de Investigaciones Sudamericanas, Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, 15 de noviembre

En el mapa de Surville, se observa la persistencia de la toponimia fantástica a la que aludía Humboldt, aparecen dos lagos uno con el nombre de Parima o mar blanco o Dorado, y una laguna más pequeña al occidente que da origen al Orinoco que también se llama Parima vinculada al sistema hidrográfico imaginario de la Laguna Parime o Mar Dorado y al río Parime o Aguas Blancas. Esto a los ojos del naturalista hablaba de lo poco adelantado de los estudios en estas zonas y de la necesidad de impulsar expediciones que constatasen en campo la existencia de tales fenómenos lacustres que se creía daban origen a la fuente.

Allí se localizaban nombres de lugares erróneos, precisamente la del mítico lago Parima cuya fuerza aún no se había disuelto en el siglo XVIII y que, pese a lo observado por Humboldt, se continuaría al menos paralelamente en el debate sostenido en el siglo XIX sobre la posibilidad de que hubiese existido algo parecido a un lago que ya no existía, o si era en realidad una depresión cuya superficie se inundaba en los periodos de lluvias. El viajero y naturalista británico Charles Waterton (1839), que había estado en el interior de la Guayana entre 1812 y 1824 señalaba que existían dos tesis sobre el mítico lago: una indicaba que era una superficie inundable de la sabana del Rupununi propiciada por la correlación de una llanura extensa sobre la que caían lluvias torrenciales; otra, que sencillamente no existía porque nadie la había visto. Esta duda enfrentaría más tarde a Robert Shomburgk que decía que el lago Parima era probablemente, un antiguo lago que alterarse por los movimientos geológicos vació sus aguas al Atlántico (1840) y A. Van Heuvel un viajero amateur graduado en Yale que, apoyándose en fuentes indígenas, señalaba que en esa región del Tacutu-Río Branco y Rio Paragua y Cuyuni, se formaba un gran lago temporal por la presencia de una gran depresión inundable en un parte del año (1844).

Pero volvamos a Humboldt, este pone en cuestión el error cartográfico del lago Parima y para ello se vale del mapa de Surville que entraba en contradicción con el texto de Caulín al que acompañaba. Pues mientras el Franciscano señalaba la inexistencia de tal Lago, así como de la cordillera continua, Surville la reflejaba en el mapa. Esto era una “prueba de la negligencia” con que fueron recogidos por parte de los cartógrafos de gabinete todos los informes que provienen de esta expedición [se refiere a la de Límites de 1750 en la que iba también el misionero franciscano Caulín, que había estado en o cerca de las zonas exploradas y reseñadas].

De este modo, la labor del cartógrafo sentado en la distancia era cuestionada, y señalada como la de un “...un torpe compilador, archivero de la Secretaría de Estado de Madrid, llamado Surville” (1972[1808], T. II: 8). Este aspecto de lucha por la verdad referida a la constatación real de los emplazamientos y de las toponimias llamaba la atención, pues

dado el celo geopolítico que poseían los mapas por su carácter geoestratégico; resultaba llamativo que en mapas que debían ser correctos como los referidos a zonas de disputa fronteriza, las cuencas de la Guayana y del Amazonas donde se debía seguir una progresiva corrección de los mismos, se siguiesen ignorando los informes en función de localizaciones inexistentes (Lafuente y Valverde, 2009; Bueno, 2011). Tal vez la censura o el error humano explique la persistencia de estos datos cartográficos imaginarios que solían aparecer en muchos mapas denominados correctos.

Por otro lado, Humboldt acude a la cartografía portuguesa del geógrafo-astrónomo y Capitán Antonio Pires de Sylva Ponte Leme y el Capitán de Ingenieros Franco D'Almeida de Erra, quienes habían levantado entre 1787 y 1804 planos en la cuenca del Río Branco señalando la existencia no de un lago, sino de un Valle inundable mediante la etiqueta de “Valle de la inundación” (Humboldt, [1808] 1972, T. II: 10). Este fenómeno propio de zonas de depresión era asociado por Humboldt con las observaciones hechas en los Llanos durante la temporada de lluvias que lo convertían en una especie de mar interior al superarse la capacidad de campo del terreno.

En consecuencia, a los ojos de la simple percepción, podía ese Valle inundable confundirse con un Lago y de allí se desprendería la apreciación errada que daba origen al río Orinoco. A esta explicación, Humboldt sumaba más tarde en su pesquisa, las observaciones de Robert Schomburgk en *Descripción de la Guyana británica* (1840), *Vistas del interior de Guyana* (1840) así como el mapa de William Hillhouse con el Map of British Guiana, by W. Hillhouse, 1827. [With] Remarks and Observations illustrative of Hillhouse's General Chart of British Guiana de 1827 que trataban de buscar en la percepción fantástica del Lago inexistente una asociación con el mundo físico real⁹¹.

Por ejemplo, a través de la existencia del lago Amucu⁹² muy alejado del sistema del Orinoco, Schomburgk veía el “nucleus” de la percepción errónea que había dado origen al mítico lago Parima y al mar blanco. A ello se sumaban las inundaciones del periodo de lluvias que como se sabe, en las regiones tropicales caracterizan un periodo y un tipo de paisaje de humedal favorecido por el tipo de suelos que impedía la percolación y en consecuencia creaba las condiciones para el rebasamiento de la capacidad de campo.

La interrogación a la que se somete el mapa de Surville, un ejemplo de las operaciones críticas y del método que sigue Humboldt, es puesto en conexión con ciertas ficciones que los geógrafos inventaban. Humboldt dirá en sus *Cuadros de la Naturaleza*, que la existencia del

⁹¹ Para la comprensión de este contexto vid Burnett (2000).

⁹² Este lago se encuentra en el territorio Esequibo

lago Parima es una fábula que trataba de explicar la fuente del Orinoco y otros ríos, “Una costumbre inveterada en los geógrafos sistemáticos, es presentar a los lagos, como manantiales de todos los grandes ríos. En vano se buscaría por el mundo real la laguna de El Dorado, que los mapas de Arrowsmith indican todavía como un mar interior [refiere a un mapa de 1810 que había hecho Arrowsmith a partir de las observaciones de Alcedo]...” (Humboldt, 1972 [1808], T. I: 195-196). No obstante, el afamado cartógrafo Arrowsmith al corregir el mapa de Sudamérica (South America) en 1817 elimina el lago Parima, pero ubica tal vez motivado por una alusión del propio Humboldt, las fuentes en un pequeño lago llamado Ipava entre la cadena de sierras del Parime, Maygualida y Maragua (fig. 17, recorte, vid etiqueta: “source of the Orinoco, Lago Ipava”). Esa misma referencia vuelve a aparecer en la Carta de la República de Colombia⁹³ de José Manuel Restrepo de 1827 con la etiqueta “lago Ipava, fuente del Orinoco”.

Esta idea de los lagos como fuentes originarias de los ríos, era también sostenida con reservas por Felipe Bauzá, director del Depósito Hidrográfico de Madrid. Poco antes de morir en el exilio londinense, este importante cartógrafo, último heredero de la visión cosmográfica española, había planteado dentro de un espíritu científico que la fuente del Orinoco estaba en el lago Parima, esto como un tema para tratar con Humboldt que negaba su existencia. Bauzá sostenía la existencia de lagos cercanos a las fuentes del Orinoco a partir de los informes de los mapas de la Expedición de Iturriaga y Solano en 1750/1756 que había salvado de su deterioro y destrucción, y en donde se veía la presencia del Lago Parima (Humboldt, 1972[1808], T. II, 7-8).

Humboldt termina por zanjar la cuestión de los errores cartográficos llamando la atención sobre los peligros que las conjeturas -que deben ser eliminadas de los mapas-, ofrecen en contraste con las observaciones detalladas y minuciosas de la explicación científica en campo y de las necesarias mediciones astronómicas (Humboldt 1972 [1808] T II: 14, 17).

No obstante, es importante mostrar el contexto móvil de los informes y los cambios cartográficos que estos suscitaban en el medio científico susceptible de correcciones constantes.

⁹³El mapa puede consultarse en la David Rumsey Historical Map Collection

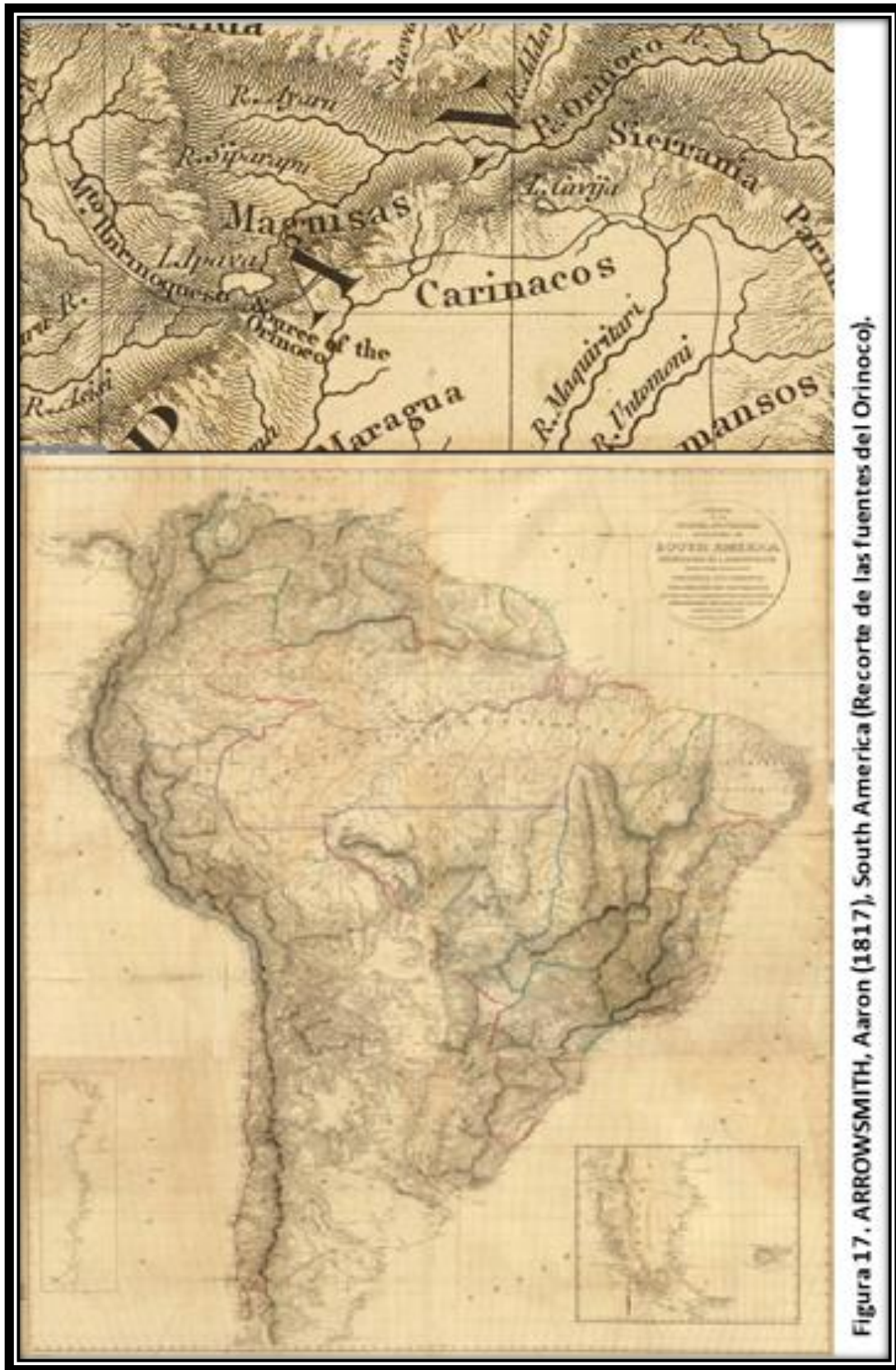


Figura 17. ARROWSMITH, Aaron (1817), South America (Recorte de las fuentes del Orinoco).

Para 1832 John Arrowsmith (sobrino de Aaron Arrowsmith y uno de los fundadores de la Royal Geographical Society,) hace una corrección clave. Su trabajo cartográfico definitivamente incorpora los hallazgos de Humboldt, o al menos estos se domicilian en el conocimiento geográfico en el *The London Atlas of Universal Geography, Exhibiting the Physical & Political Divisions of the Various Countries of the World* (1842), abriendo una ventana sobre una zona caracterizada todavía por su opacidad.

El mapa “Part of Venezuela, Guiana” (fig. 18, recorte), dedicado al coronel Belford Hinton Wilson -que había estado en las guerras de Independencia de Venezuela y Colombia- es significativo. Allí aparece el reconocimiento a Humboldt al indicarse la bifurcación, el “canal natural del Casiquiare” y la ruta seguida por el explorador alemán hasta el raudal de Guaharibos; Arrowsmith proyecta la fuente del Orinoco hacia el Parima sin comprometerla con la presencia de algún lago imaginario y dejando en suspenso la proyección del mismo en varias direcciones (5 en total) indicándolas en puntos suspensivos con proyección hacia el oriente guayanés. Estas líneas imaginarias se movía entre lo liminar y lo paratáctico.

Este problema mostraba la tensión entre un origen del río vinculada a la doble posibilidad de encontrarse en las cadenas del Parima o en el mítico lago Parima.

Esto abriría nuevamente la imaginación científica y geográfica al tema de las fuentes estimulando problemas conexos con los relieves, los regímenes de precipitación y el origen de los ríos establecido en función del punto más lejano a la desembocadura.

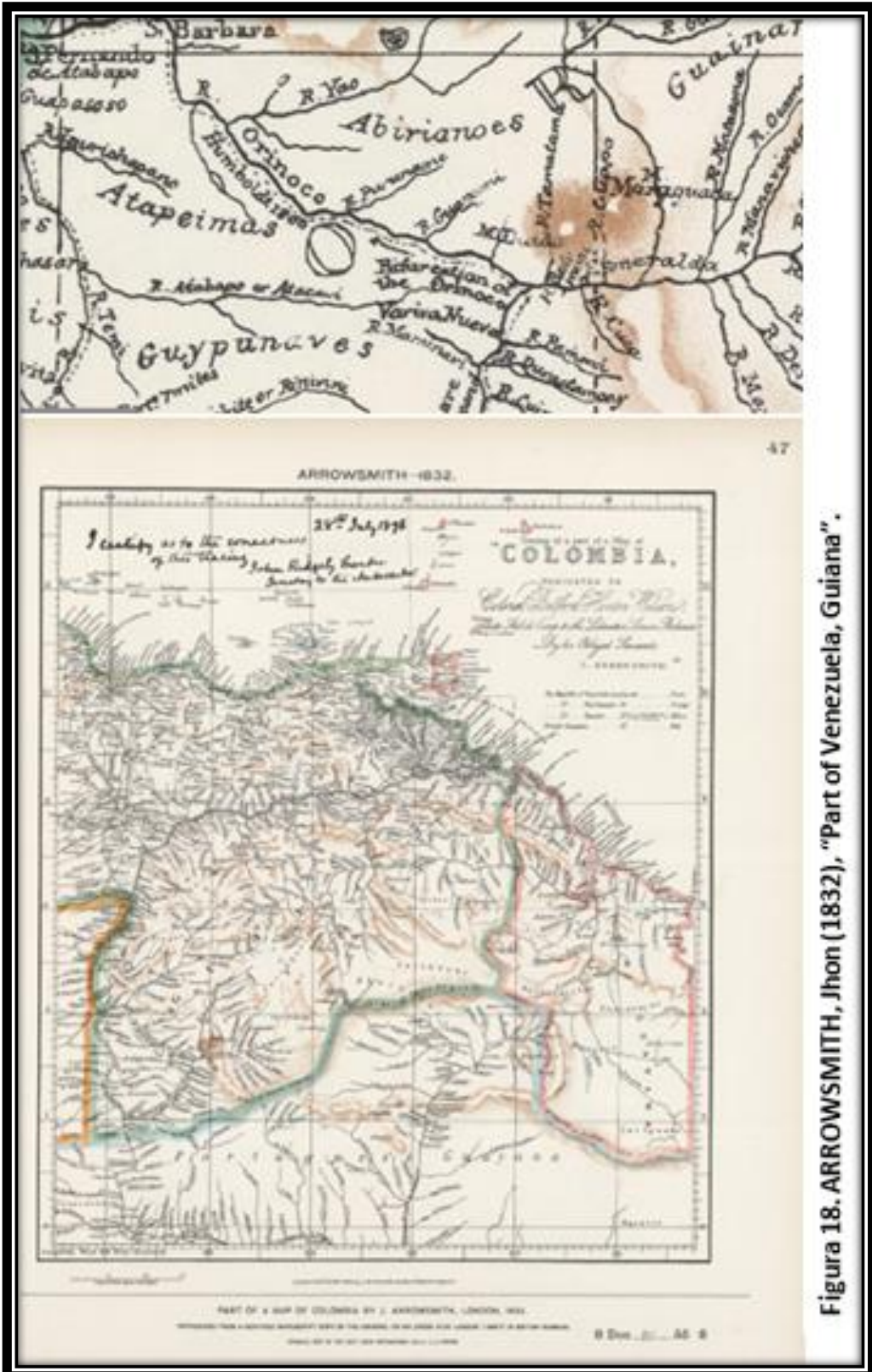


Figura 18. ARROWSMITH, Jhon (1832), "Part of Venezuela, Guiana".

4.4 El río Orinoco y la hidrografía mundial. Juegos de escalas y cargas semánticas de identificación global y nacional.

El trabajo geográfico en sus condiciones de historicidad y de geograficidad, puede disponerse en un campo que se muestra como una construcción de perspectivas que proyectan un espacio abierto hacia el cual se dirige la mirada. La sensación de profundidad espacial cautiva a la imaginación geográfica.

A través de esta relación, la mirada construye una imagen icónica tridimensional que dinamiza inquietudes científicas dirigidas a un entorno natural que se convierte en un lugar privilegiado para la experiencia del observador que debe ser comunicada, es decir, que debe difundirse ampliando el conocimiento en una perspectiva espacial.

En este punto, la operación geográfica construye un espacio en el cual se encuentran los datos y los tejidos de la imaginación geográfica, base para la representación del mundo. Cada género, sea este un mapa, un texto escrito o ilustración; se transforma en un dispositivo de construcción de la imagen global de la cual participan las noticias de los viajeros y las observaciones continuas y puntuales. Toda esta operación organiza de forma comprimida estas informaciones en mapas, diccionarios y Atlas.

El trabajo de la ciencia humboldtiana, sigue este esquema y sus perspectivas van abriendo nuevas formas de ampliar el conocimiento de los fenómenos geográficos que cobran un mayor espesor en la articulación de las pequeñas y las grandes escalas de un saber que siendo local, se inserta en una visión de gran angular que solo la imagen de un mundo ampliado puede ofrecer.

La ruta abierta por Humboldt hacia el interior del continente americano fue seguida como se ha visto por muchos viajeros y exploradores que contribuyeron con sus observaciones, narraciones y mapas a configurar una imagen de América que se jugaba en su carácter homogéneo y en la diversidad que contenían sus regiones y lugares.

En virtud de ello, es indudable que la preocupación hidrográfica de Humboldt sobre la cuenca del Orinoco abrirá las puertas para la confección de un inmenso texto espacial referido a su riqueza fluvial como región llena de recursos, como vía de comunicación y como un inmenso laboratorio para la ciencia. No sin razón, Elroy Curtis, un agente norteamericano que estuvo además envuelto en el proceso de reunión de la Primera Conferencia Panamericana en Washington, refleja el asombro ante la extensa región que va de los Llanos al Orinoco,

Para un naturalista, el viaje está lleno de encantos, porque la ruta atraviesa una región prolifera en formas raras y curiosas de vida vegetal y animal. Abundan plantas, flores y árboles que apenas podrían hallarse en alguna otra parte, pájaros de vistoso plumaje, animales y peces desconocidos en otras latitudes, y todo en gran abundancia en medio de la selva virgen, cuyo suelo ha sido raras veces hollado por el hombre. (Curtis, 1993 [1896]: 225)

El panorama dominante de estas preocupaciones se expresará también en esfuerzos sintéticos expresados en cartografías, atlas y diccionarios de más amplitud que registraran ese complejo movimiento de un saber y sus correcciones sucesivas, expresión de un proceso en el cual los lugares se tejieron en los grandes mapas y en las apretadas notas descriptivas de obras geográficas de amplia difusión.

El tratamiento de estas obras de “condensación”, ameritan de por sí un campo más complejo de reflexiones pues estamos en un doble movimiento de la imaginación geográfica que a la vez que muestra las diferencias y especificidades de las geografías, construyen imágenes integradoras de los fenómenos geográficos dentro de textos cuyos enunciados homogenizan: universal, mundial.

Conrad Malte Brun, por ejemplo, en su entrada Orinoco del *Diccionario Geográfico Universal que contiene la descripción de todos los países de las cinco partes del mundo*, señalará a propósito de este proceso de articulación de saberes datos que reflejan una narrativa paratáctica que coincide con un régimen positivo de la ciencia ligada a la evidencia y a la referencia que deben procurarse. Del Orinoco apreciará que es “un río muy caudaloso de la América Meridional, que comunica con el de las Amazonas por el río Negro y el Casiquiare, cuyo nacimiento no se conoce” ((1828 [1810]): 167).

Malte Brun reconoce la labor de Humboldt y las dificultades que impidieron el hallazgo definitivo. Y luego se refiere al lago Ipava como origen probable. Codifica por otro lado, el espacio geográfico de la cuenca en términos de una abundancia atractiva a la mirada del científico ávido de ir en busca de colecciones de especies que se suponía existían en las zonas tropicales, “El Orinoco riega llanos inmensos de soberbios bosques, poblados de animales y de una gran variedad de pájaros y monos, y en la estación de las aguas, inunda sus orillas hasta la prodigiosa distancia de 25 a 30 leguas de cada lado...” (ídem)

El gesto se repite, se amplifica y se diferencia en obras del mismo género que reciben los informes de muchas partes del mundo, entre ellas lógicamente las referidas al Orinoco y su cuenca. Solo para nombrar algunas, podemos señalar: la de William Channing Woodbridge y Emma Willard (1836 [1824]); J. Andriveau-Goujon (1829); Francesco Marmocchi (1862);

hasta llegar a las obras de Reclus (1892; (1913 [1905-1908]) que cierran el marco general de la relación entre la gran visión geográfica y los lugares que responden a su vez a la imagen conexiva entre el hombre y la tierra.

El campo de la especificidad también refiere a una escala nacional que implicó una geografía imaginada basada en el interés de ensamblar los lugares, las regiones y los fenómenos geográficos dentro de un concepto territorial. Es el caso de las ideas geográficas de Caldas (1808), sabio con el que Humboldt sostuvo relaciones científicas relativas a los climas tropicales y sus variantes altitudinales, de Andrés Bello (1810) y su visión de itinerarios y paisajes estimulantes de una identidad; y las obras descriptivas de geografía promocional de la joven confederación de Colombia hechas por Antonio Zea (1822), J. M. Restrepo (1827) y A. Walker (1822) para la primera fase de la construcción geopolítica de Colombia.

En una segunda fase muy inmediata, diríamos de escala nacional moderna de carácter territorial, las obras de Montenegro y Colón (1834 y 1837) y, sobre todo, el trabajo geográfico de Agostino Codazzi hecho para las dos naciones (Venezuela, 1840;1841 a y b; Colombia, 1856; 1857 [geografías físicas y políticas parciales] marcan un punto de inflexión; más tarde en 1865 Y 1890 aparecieron los Atlas que compilaron y ampliaron algunos de sus colaboradores como Ponce de León, Manuel Paz y F. Pérez.

Es así que, si bien se distinguen dos intereses geográficos -el nacional y el internacional- las operaciones geográficas construirán un campo reflexivo para comprender el papel de los fenómenos específicos en la física del mundo, en las relaciones del hombre y la Tierra y en la articulación del sistema mundo.

El río Orinoco en este tejido se bifurca: se transforma en un campo de observaciones científicas y políticas, el río se transforma en arteria del progreso, se conecta con el sistema mundo y constituye parte de la potencia de una nación.

En tal sentido, y dentro del variado campo de formas de expresión de esas transformaciones que de por sí configuran un campo amplio, nos referiremos en esta ocasión, a las cartografías sintéticas que ensamblan al Orinoco dentro del sistema de relaciones universales y relaciones nacionales.

Estas representaciones expresan un valor iconográfico de la imaginación fluvial convertida en un inmenso mapa que estimula visiones panorámicas de mayor alcance. Pero también, bajo esta primera capa que interroga bajo un nuevo criterio la organización epistémica del espacio, se esconde otra que remite al valor particular de los ríos.

Es en este movimiento de operaciones geográficas y referido a la primera escala, la universal, el Orinoco tiene una presencia importante en los corpus cartográficos. La serie de mapas abarcan un periodo que atraviesa todo el siglo XIX y dan cuenta de estos sutiles movimientos de incorporación de los trabajos de campo.

De ese vasto acervo, podemos trabajar con seis mapas a objeto de hacernos una mejor idea de este movimiento científico que resume problemas, realiza ensambles y construye una imaginación geográfica global.

La velocidad de los cambios cartográficos podría permitir medir los flujos constantes de información y los procesos de “metabolización” de esos informes provenientes de las exploraciones internas de los continentes. En 1824 el mapa “South America” (fig. 19) del humboltiano Channing Woodbridge que apareció en el *Modern Atlas On A New Plan; To Accompany The System Of Universal Geography*, el geógrafo señala al Lago Parima como dudoso a diferencia del mapa del prestigioso fundador de la geografía estadounidense Jediaiah Morse de 1820 titulado también “South America” que seguía manteniendo su existencia.



Figura 19. CHANNING WOODBRIDGE, C (1824), South America, en CHANNING W. WILLARD, E. *Modern Atlas On A New Plan*.

Coetáneo con estas discusiones referidas al Lago Parima y a su vinculación con la fuente del Orinoco, el mapa “Westindien” (fig. 20) editado en 1824 en Berlín e integrado al *Allgemeiner Schul Atlas* de otro discípulo de Humboldt, August Ruhle von Lilienstern señala categóricamente la inexistencia del lago Parima. Para 1832 el ya mencionado mapa de John Arrowsmith (*vid supra*, fig. 18) consolida la disolución cartográfica de la vinculación lacustre al proyectar las fuentes hacia algún lugar del oriente Guayanés abriendo la expectativa de los orígenes hacia el Parima o el Pacaraima. Luego, el Orinoco pasará a formar parte de grandes ensambles paratáticos en donde las longitudes de los ríos dan cuenta de la diversidad de los fenómenos físicos del mundo en imágenes que se disponen de manera comparada. Uno de esos mapas es el del discípulo de Humboldt, J. Andriveau-Gojau de bella factura paratáctica y liminar (al incluir una representación del paisaje fluvial y de montañas de factura estética), acorde con los principios humboltianos) “Tableau Comparatif et Figure de La Hauteur des Principales Montagnes et du Cours des Principaux Fleuves due Monde” de 1829 (fig. 21). Posteriormente esa preocupación de las medidas articuladas en dispositivos de representación cartográfica a escala mundial, aparecen en el mapa de Sarah Cornell “World, river systems” de 1864 (fig. 22) la voz resulta interesante pues es junto a Willard, una representante de la geografía hecha por mujeres, su mapa es comparable al del cartógrafo berlinés B. Hassenstein “Plate II. Natural Land - & Water- Divisions of the World” (fig. 23), contenido en el *Atlas de T. S. Fay* de 1867

En 1896 el tema de la bifurcación fluvial se naturaliza en la ciencia, Carl Diercke y Eduard Gabler, en un cuadro de mapas titulado “Einführung in die kartographie” (Introducción a la cartografía) que acompañaba el *Diercke atlas escolar para las instituciones de educación superior* incluyen una cartografía ideal explicativa de los fenómenos fluviales entre ellos, el de las bifurcaciones. Sin embargo, la importancia del problema no se queda allí, en la generalización o idealización analítica, los mismos autores consideran luego, en una serie de mapas específicos de Sudamérica, unos *insets* que refieren a los más resaltantes accidentes geográficos de la hidrografía de América del sur mostrando con todo detalle la bifurcación del Casiquiare como un ejemplo concreto (*Gabelung des Casiquiare*), (fig. 24).

En la misma orientación de ofrecer miradas de conjunto, la obra cartográfica de E. Reclus contenida en el *Hombre y la Tierra* (1913 [1905-1908], T. 6:133-136; T. I: 483-489), permite mostrar en síntesis la inserción del Orinoco en dos grandes problemas: uno podría articularse con el creciente interés por la función comunicativa de los ríos sudamericanos en términos de integrar los espacios interiores, tal y como se observa en el mapa “Vías navegables y ferrocarriles de la América del Sur” (fig. 25).

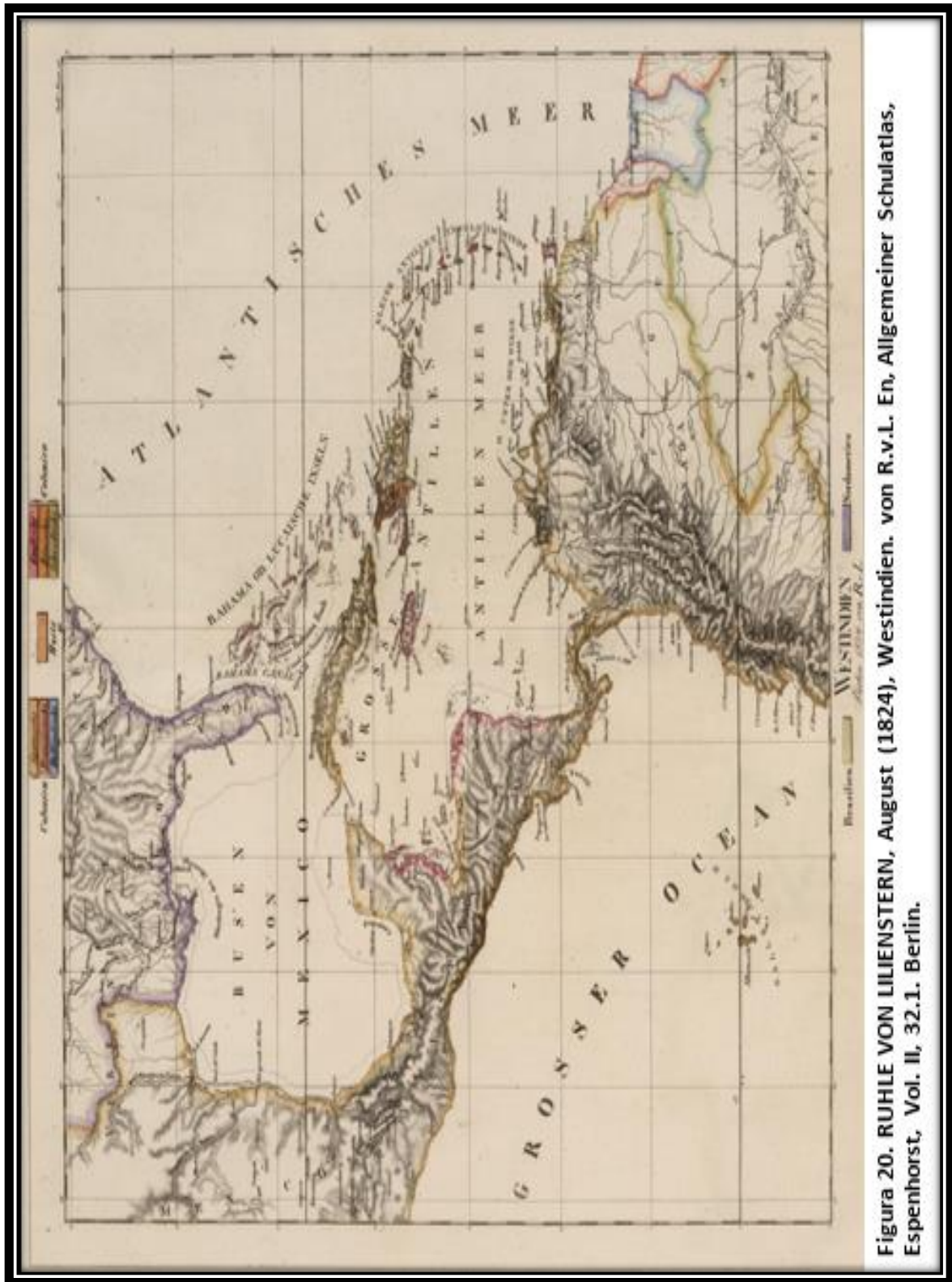


Figura 20. RUHLE VON LILIENSTERN, August (1824), Westindien. von R.v.L. En, Allgemeiner Schulatlas, Espenhorst, Vol. II, 32.1. Berlin.



Figura 21. Andriveau-Goujon, J. (1829), Tableau Comparatif et Figure de La Hauteur des Principales Montagnes et du Cours des Principaux Fleuves due Monde

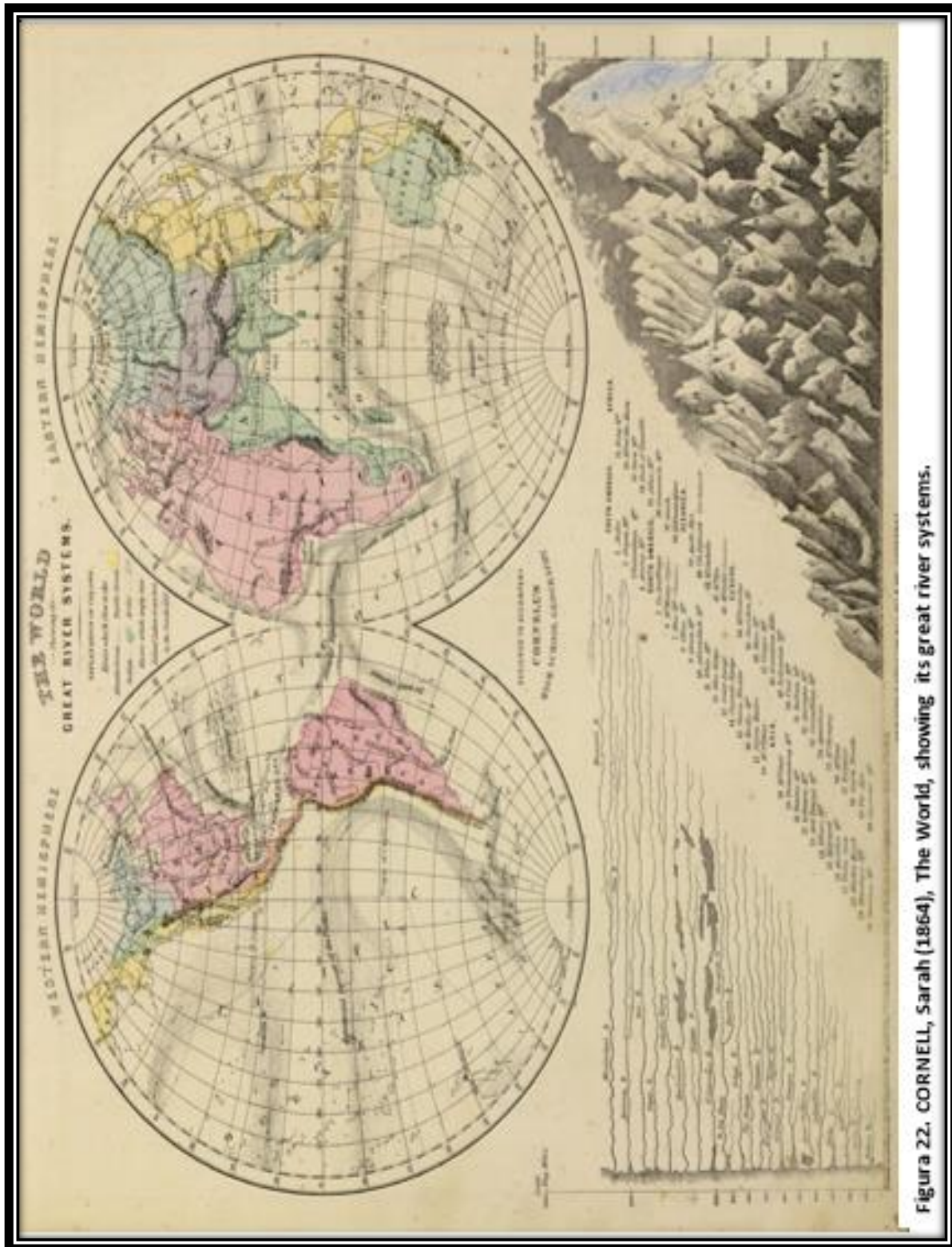


Figura 22. CORNELL, Sarah (1864), The World, showing its great river systems.



Figura 23. HASSENSTEIN, B; FAY, T. S. (1867), Plate II. Natural Land - & Water- Divisions of the World.

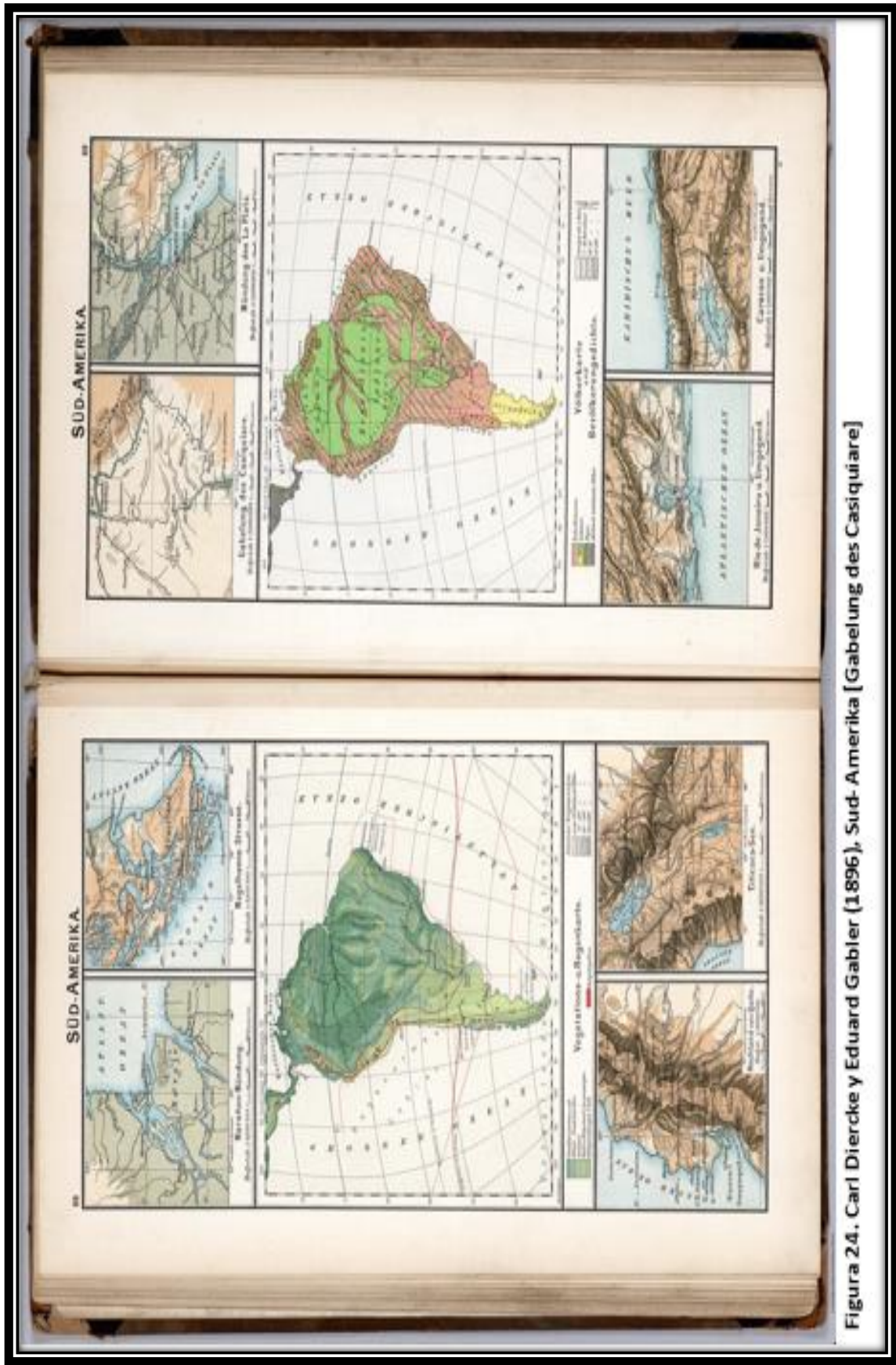


Figura 24. Carl Diercke y Eduard Gabler (1896), Sud- Amerika [Gabelung des Casiquiare]



Figura 25. Reclus, E (1913 [1905-1908]), "Vías navegables y ferrocarriles de la América del Sur".

Otro mapa contenido en la obra de Reclus (fig. 26) aporta un nuevo valor al campo cartográfico del Orinoco pues remite a la función imaginaria de los mitos geográficos vinculados al Diluvio universal en los cuales el geógrafo ve bases naturales vinculadas a catástrofes reales por la presencia de regímenes pluviales caracterizados por fuertes y constantes lluvias que ocasionaban grandes inundaciones, una cuestión que poseía importantes referencias en el contexto mundial en relación a ciertas disposiciones físicas como los relieves que habían sido percibidas como diluvios.

La imagen cartográfica transporta en los casos de las figuras que nos ocupan, un placer estético ligado a lo paratáctico, aquí el efecto de realidad es reducir la complejidad a un conjunto de imágenes manejables para el lector interesado en los temas fluviales. La perspectiva en este caso propone distancia y profundidad que son organizados desde el punto focal de un observador universal. Es decir, se produce una operación de reducción para ganar a través del juego de los elementos dispuestos en conjunto una mirada compleja que ensambla lugares dentro de un conjunto totalizador.

Los ríos del planeta aparecen simultáneamente, se pueden ver sus diferencias, pero en conjunto, responden al horizonte de la física del mundo Humboltiana y reclusiana que asocia, que da cuenta del poder unificador de la imaginación geográfica tejida sobre el planeta. El cartógrafo dispone a los ríos dentro de un dispositivo que le da sentido, su enunciado general será universal. Este conjunto de imágenes del río Orinoco y de los otros ríos, se repiten de uno a otro mapa con algunas variaciones importantes con respecto a datos o la disolución de lugares imaginarios, de mitogeografías que ceden ante la evidencia *in situ*. También, incorporan problemas nuevos que marcan la diferencia. Podemos en conclusión señalar que cada mapa refuerza la imagen global y amplifica la precisión de la representación científica necesaria en la orientación del pensamiento espacial.

Otra dimensión refiere a la nación, en este sentido, la escala es expresión de la necesidad territorial que liga el acto de apropiación con la identidad y la materialidad. Todo ello implicó para las nacientes élites nacionales, un volver a descubrir los recursos naturales contenidos en las distintas regiones que integraban el país, así como, precisar los valores geoestratégicos de los accidentes naturales.

En este orden de ideas, se destacan cartografías que remiten al valor del Delta, a la geografía física y a la organización político-administrativa. De este periodo es importante en primer lugar la Carta del Departamento del Orinoco o de Maturín de J. M. Restrepo (fig. 27) que apareció junto a otros mapas encartados en la *Historia de la revolución de la República de Colombia* (1827). Este mapa habla del río dentro de un marco territorial que luego se disipó al caer el proyecto geopolítico de una federación que envolvía a Ecuador, la Nueva Granada (Colombia y Panamá) y Venezuela. Es importante porque, aun cuando no muestra todo el trayecto del Orinoco, en la representación se marcan tres aspectos importantes: Uno es el delta que se ofrece con mucho detalle, el otro son los raudales de Atures y Maipures, y el tercero es el curso superior en el sector del supuesto origen del Orinoco, que Restrepo señala como “lago Ipava”. Posteriormente, el mapa “Cantón de Piacoa de la Provincia de Guayana” de Agostino Codazzi, hecho luego de sus observaciones en el Delta del Orinoco, recoge la

riqueza fluvial de ese laberinto hidrográfico ampliando la mirada sobre un segmento geoestratégico del río que cobraba nuevamente importancia dada las cercanías de las posesiones británicas (Trinidad y Tobago, Guiana) (fig. 28).

En este marco emergente de un conocimiento territorial de las nuevas repúblicas surgidas de la desmembración de Colombia, destaca sin duda alguna la obra de geografía de Agostino Codazzi que ocupa un lugar clave. Este geógrafo, a pesar del desmembramiento del proyecto geopolítico bolivariano, escribe sucesivamente para las dos Repúblicas. Para Venezuela en un primer momento y con una obra completa de impecable factura y para Colombia con una obra cartográfica e informes cuya versión definitiva quedó incompleta por su muerte siendo organizada y aumentada por otros discípulos e ingenieros geógrafos colombianos hacia el último tercio del siglo XIX. En este contexto, el trabajo de Codazzi responde a una tarea de geografía que envuelve los espacios paratáticos y en alguna forma liminares en las emergentes comunidades imaginadas de Hispanoamérica.

La primera obra de Codazzi se reparte en tres textos: el *Atlas físico y político de la República de Venezuela* (1840), el *Resumen de la Geografía de Venezuela* (1841) y el *Catecismo de la Geografía de Venezuela precedido de unas breves nociones de Geografía General y de Cosmografía* (1841). En conjunto, su trabajo responde a los valores de una geografía moderna de Hispanoamérica ligada al horizonte de historicidad del porvenir. Como se sabe, la obra de Codazzi fue impulsada por la Sociedad de Amigos del país, una institución surgida en 1829 cuyo propósito era según sus estatutos, "...promover los progresos de la agricultura, comercio, artes y oficios, población e instrucción pública" (Sociedad Económica de Amigos del País, 1958 [1829]: 9). El conocimiento geográfico se inscribía en estas preocupaciones de orden territorial pues se trataba en el fondo de eso, de reconocer de la forma más precisa el cuerpo de la patria emergente y sus recursos. Desde esta perspectiva la geografía física, política y descriptiva de las provincias que estructuran las tres partes de la obra de Codazzi no se reducen a datos, sino que invitan a mirar el territorio abriendo sus posibilidades de desarrollo.

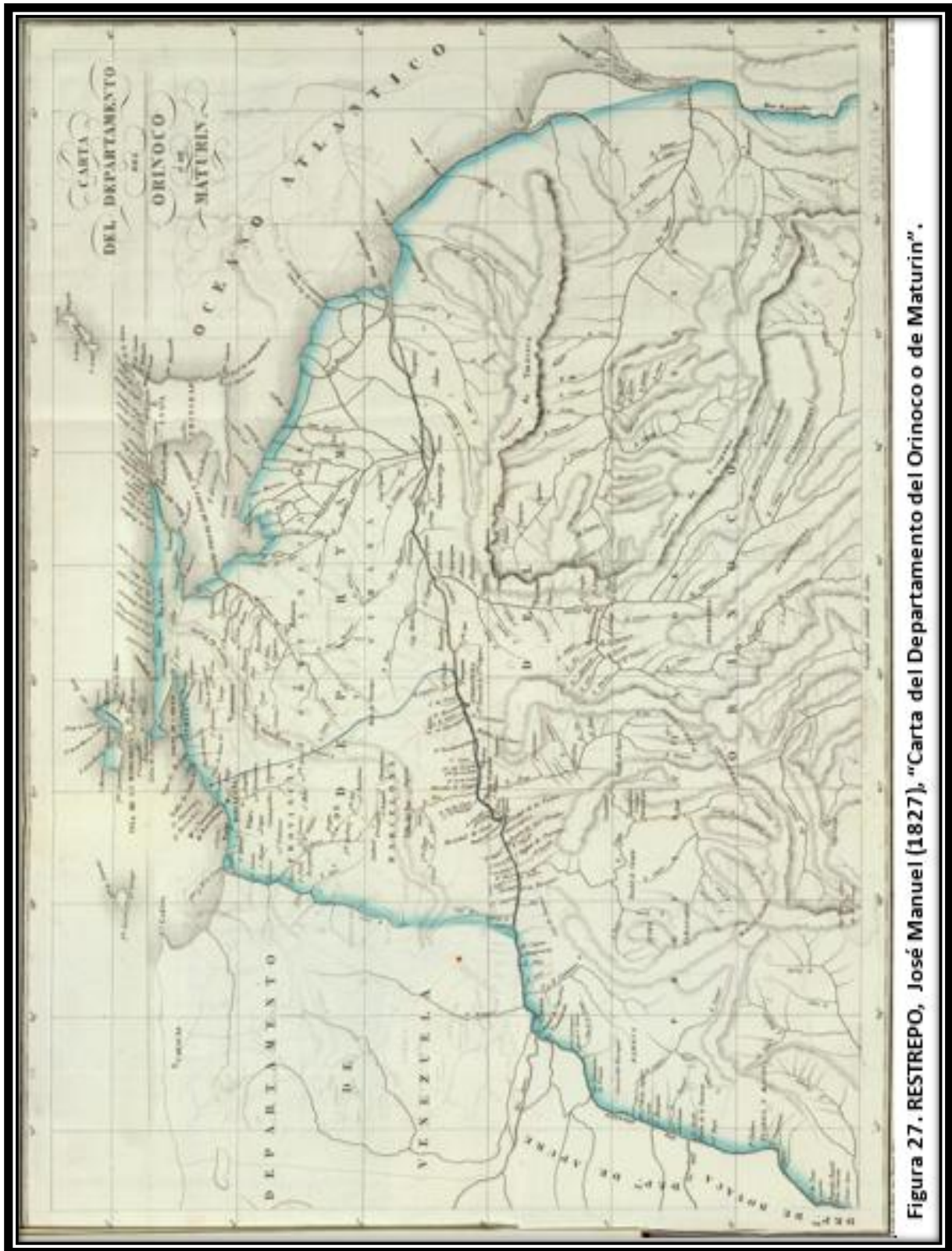


Figura 27. RESTREPO, José Manuel (1827), "Carta del Departamento del Orinoco o de Maturin".



Figura 28. CODAZZI, A. (1840), Isla y Provincia de Margarita. Provincia de Cumana.

Una vez acabada la tarea de recolección de datos, escritura y elaboración de mapas, y tratando de legitimarse en comunidades científicas de prestigio, el trabajo de Codazzi fue sometido al examen riguroso de la Académie des sciences de París que era un gran centro de cálculo de las redes de conocimiento, por parte de un comité que incluía a Humboldt, Francois Arago, Jean-Baptiste Boussingault⁹⁴, y Savar. Humboldt quién no pudo asistir a los actos de exposición y reconocimiento, expresó, en carta a Codazzi del 21 de junio de 1841 su complacencia con los méritos científicos de la obra de Codazzi. Para este científico, la obra se ubicaba dentro de una concepción que articulaba valor de lo local, de las particularidades de cada región o zona con una visión más amplia de las cosas de la Tierra,

Los trabajos geográficos de Ud. [dirá Humboldt], abrazan una inmensa extensión de tierra, y ofrecen a la vez los pormenores topográficos más exactos y medidas de alturas tan importantes para la distribución de los climas que hará época en la historia de la ciencia. (“Carta de Humboldt a Codazzi”, cit. p. Rohl, 1990: LI)

Codazzi en relación a la riqueza hidrográfica de Venezuela, incluye tal vez uno de los capítulos más completos dedicados a la hoya del Orinoco estableciendo de forma clara el valor de la misma en varios niveles y de acuerdo con un esfuerzo de imaginación científica que muestra la dimensión del fenómeno fluvial en el norte de la América del sur conformado por la presión de las orografías que la delimitan y la profunda planicie inundable en muchas partes que emerge en el interior del territorio a partir de los piedemontes de esas alineaciones montañosas.

La estructura de los Andes de la Nueva Granada, su ramificación en Venezuela, la cordillera meridional del sistema de la costa de Caracas [Caribe] y la configuración del dilatado de la Parima, forman una inmensa hoya que ocupa la mayor parte del territorio, estendiéndose dentro de la república vecina de la Nueva Granada. El máximum de depresión de la hoya está en Venezuela y lo recorre su principal río, el Orinoco. (Codazzi, 1841: 20, *sic*)

Dicho esto, Codazzi pasa a describir de forma detallada la totalidad de la cuenca legando uno de los aportes científicos más importantes al conocimiento del Orinoco, esto en términos de organizar a partir de los datos obtenidos en sus propios viajes y de la revisión de

⁹⁴Boussingault había estado por recomendación de Humboldt en la República de Colombia y había hecho importantes observaciones geológicas, mineralógicas y agrícolas en los inicios de la “gran Colombia”.

fuentes entre ellas las de Humboldt y Shomburgk una visión general cuyo peso gobernará las geografías subsiguientes hasta el cierre cognitivo de la fascinación descubridora de las fuentes del río Orinoco a mediados del siglo XX. Vale la pena observar el modo como Codazzi termina por acercar la observación al río principal y su función comunicativa.

Este es el canal natural para comunicarse de un extremo a otro del país, y sus grandes tributarios facilitan a largas distancias otros canales no menos interesantes, mientras que el brazo del Casiquiare, arrojándose hacia Río Negro, abre aquella vía famosa que conduce al Amazonas y proporciona una dilatada navegación hacia el pie de los Andes... (Ibidem: 21).

Pero el trabajo de traducción del espacio se sigue en la construcción de una imagen que remite al valor hidrográfico de un territorio gobernado por las aguas que alimentan al colector principal que organiza toda un área geográfica. La descripción es elocuente: “Por todas partes descende de los cerros y cordilleras muchedumbre de ríos que riegan los valles, refrescan los llanos, humedecen las selvas, y ramificándose de diversos modos, fertilizan un suelo favorecido por la naturaleza” (Ídem).

De este modo, la humedad que a la vista de determinadas teorías era causa de degeneración aquí se transforma en fuente de vida. Una tesis nueva se perfila en los trópicos y los ríos, el agua en abundancia combinada con un suelo de composiciones físicas inestimables explica la exuberancia de un paisaje, su valor científico fundado en la diversidad y su promesa de desarrollo. La imaginación de la modernidad es cautivada de esta forma en las geografías profundas del continente invirtiendo el valor de los espacios.

A estas descripciones y ensambles generalizadores del Orinoco y su cuenca, el atlas de Venezuela del mismo Codazzi ofrece un mapa y un gráfico de invalorable riqueza estética y estadística que nos permite observar no solo los esfuerzos por ofrecer una explicación más específica del Río Orinoco y de su papel predominante en la geografía de la nación emergente, sino que muestra una lectura más compleja que vincula el conocimiento geográfico a la imaginación política.

En virtud de ello, *La tabla comparativa de ríos que salen del sistema de La Parima, de la Nueva Granada y de la serranía de Venezuela*. (Figura 29) y el *Mapa Físico de Venezuela* en el que se destaca la centralidad y magnitud de la “Hoya grande del Orinoco” (vid supra Figura 10) son representaciones que muestran el carácter central que había tomado el Orinoco hacia la primera mitad del siglo XIX luego de las guerras de Independencia.

El procedimiento que sigue Codazzi en la elaboración de las tablas de longitudes de los ríos refiere a métodos que ya se habían empoderado en el discurso científico de orden

paratáctico que observamos en Andriveau Goujon, y en el *An atlas accompanying Worcester's Epitome of geography* de Joseph Worcester (fig. 30).

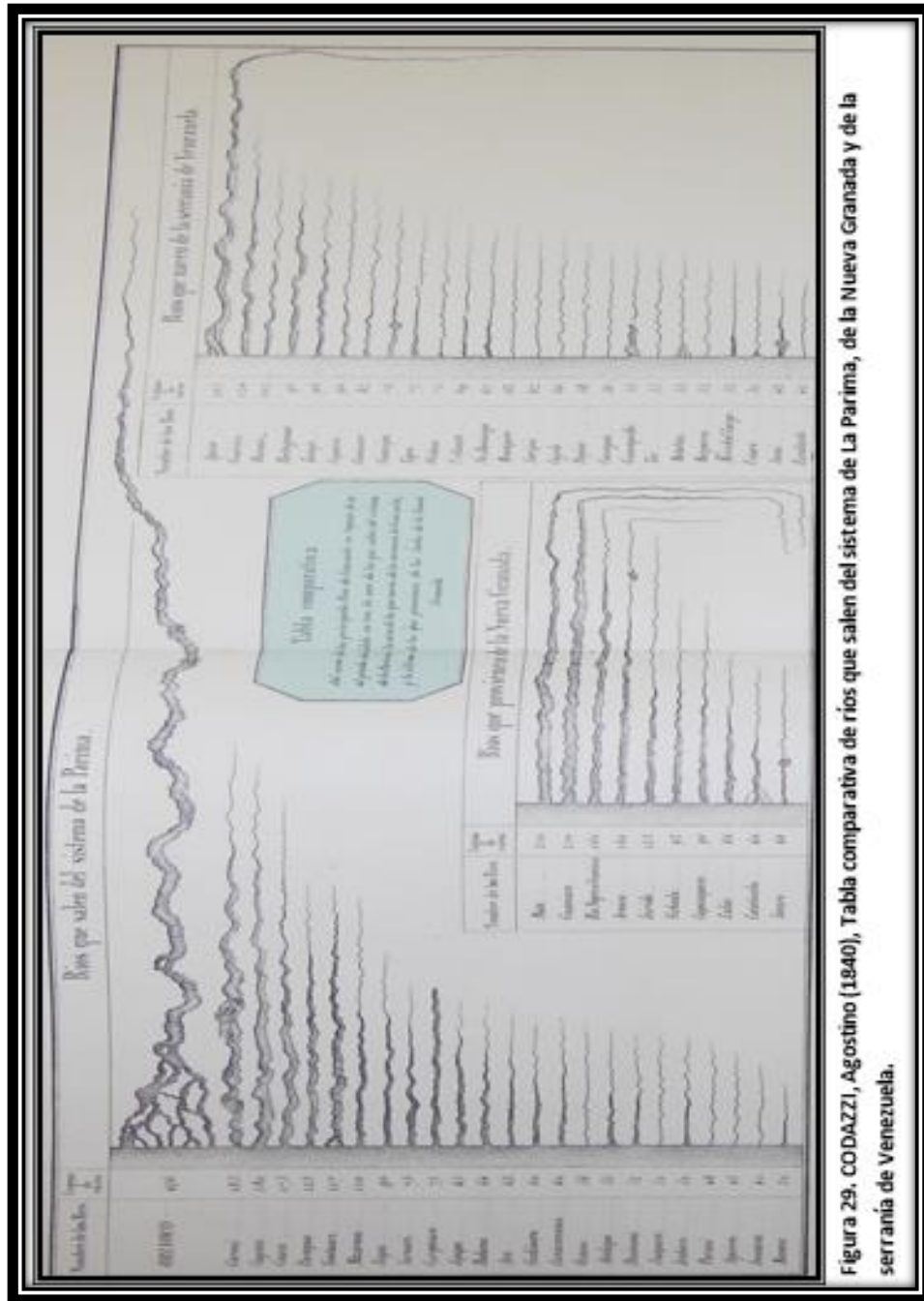


Figura 29. CODAZZI, Agostino (1840), Tabla comparativa de rios que salen del sistema de La Parima, de la Nueva Granada y de la serranía de Venezuela.

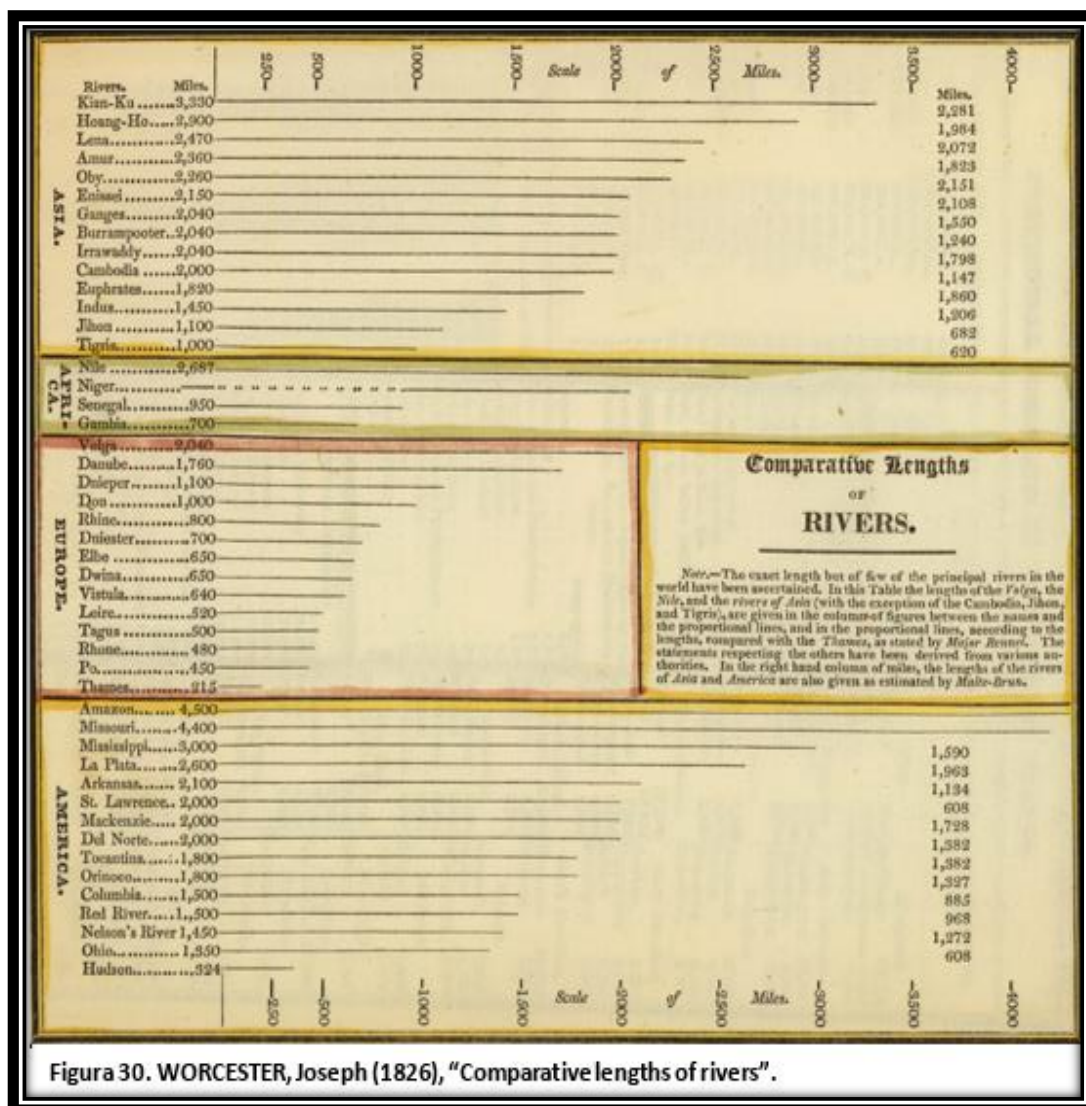


Figura 30. WORCESTER, Joseph (1826), "Comparative lengths of rivers".

Más tarde, en los trabajos que Codazzi hizo para Colombia se incluyó otra tabla de cursos fluviales, “ Corte geológico y Ríos navegables que bañan el territorio colombiano” a partir del corte geológico en la que el Magdalena y no el Orinoco ocupa el lugar central en el caso colombiano vinculándose la representación al espacio paratáctico de orden geoestratégico y del espacio socio-económico pues para ese momento el Magdalena era la principal arteria fluvial de las dinámicas del intercambio comercial de Colombia con el Caribe y el Atlántico (fig. 31).

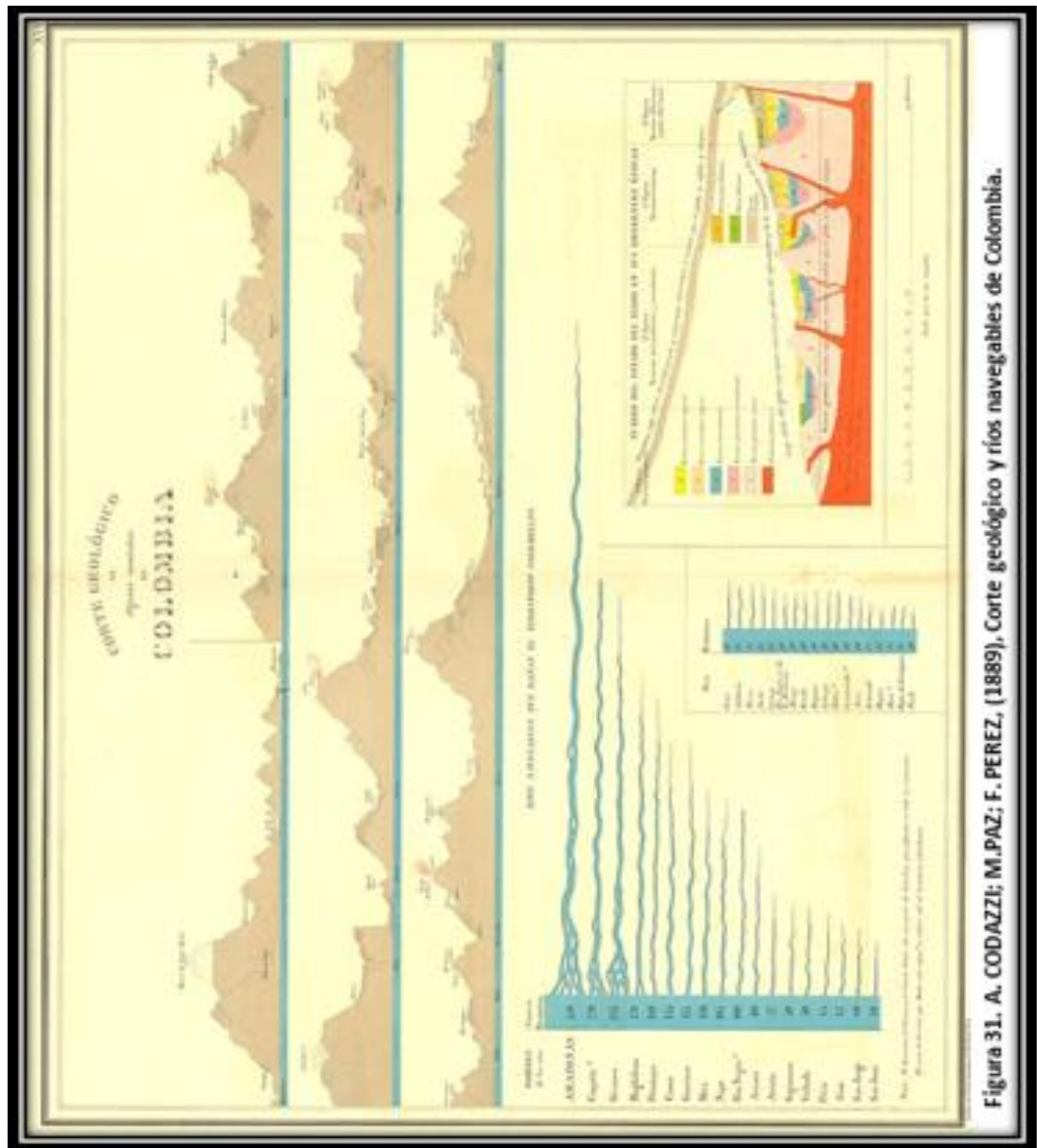


Figura 31. A. CODAZZI; M. PAZ; F. PEREZ, (1889). Corte geológico y ríos navegables de Colombia.

En una visión sintética, los mapas dedicados a las hoyas hidrográficas del norte de la América del Sur, el de 1840 que corresponde a Venezuela (vis supra figura 10) y el de 1889 que refiere a Colombia, “Carta que representa el sistema orográfico, y las hoyas y vertientes hidrográficas de Colombia” (fig. 32), muestran el valor científico de esas cuencas, destacándose el valor de la segunda gran cuenca de la América del Sur, el Orinoco, al mostrar su dimensión y su valor comunicativo y conexivo hacia el espacio interior y su riqueza hidrográfica.

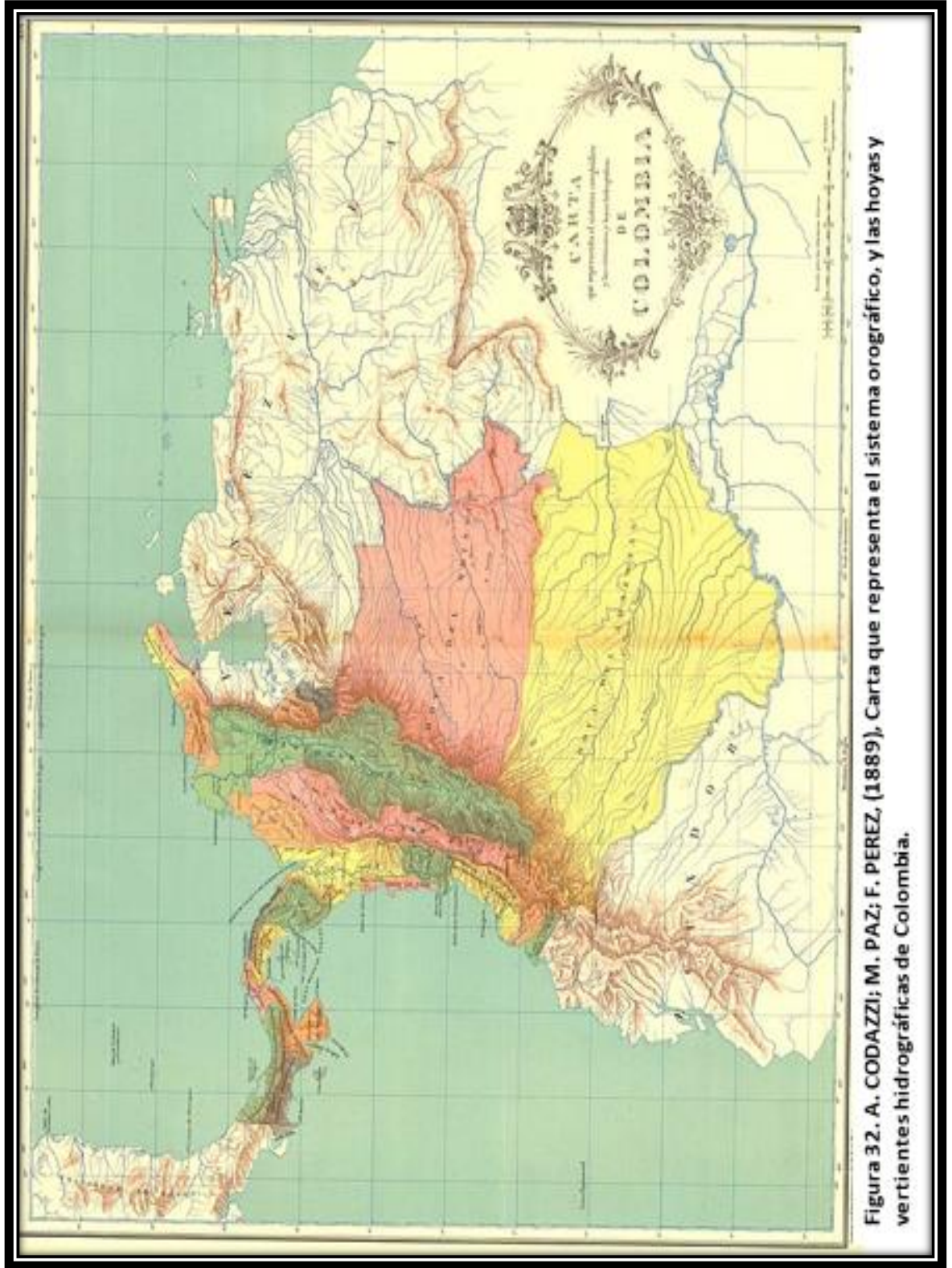


Figura 32. A. CODAZZI; M. PAZ; F. PEREZ, (1889), Carta que representa el sistema orográfico, y las hoyas y vertientes hidrográficas de Colombia.

En otro plano más específico los mapas: “Isla y Provincia de Margarita. Provincia de Cumana. Provincia de Barcelona). Cantón de Piacoa de la Provincia de Guayana”; “Provincia de Apure. Carta del Cantón de Caicara de la Provincia de la Guayana”; “Carta del Cantón de Upata de la Provincia de Guayana”; “Carta del Cantón de Angostura de la Provincia de Guayana” y “Carta del Cantón de Rio Negro de la Provincia de Guayana” todos también pertenecientes al *Atlas físico y político de la República de Venezuela*, muestran detalles de algunas partes del curso del Orinoco vinculados a sus territorios dejando en claro dentro de la perspectiva de espacialización, la importancia del río y de sus principales accidentes geográficos en el conjunto general del territorio.

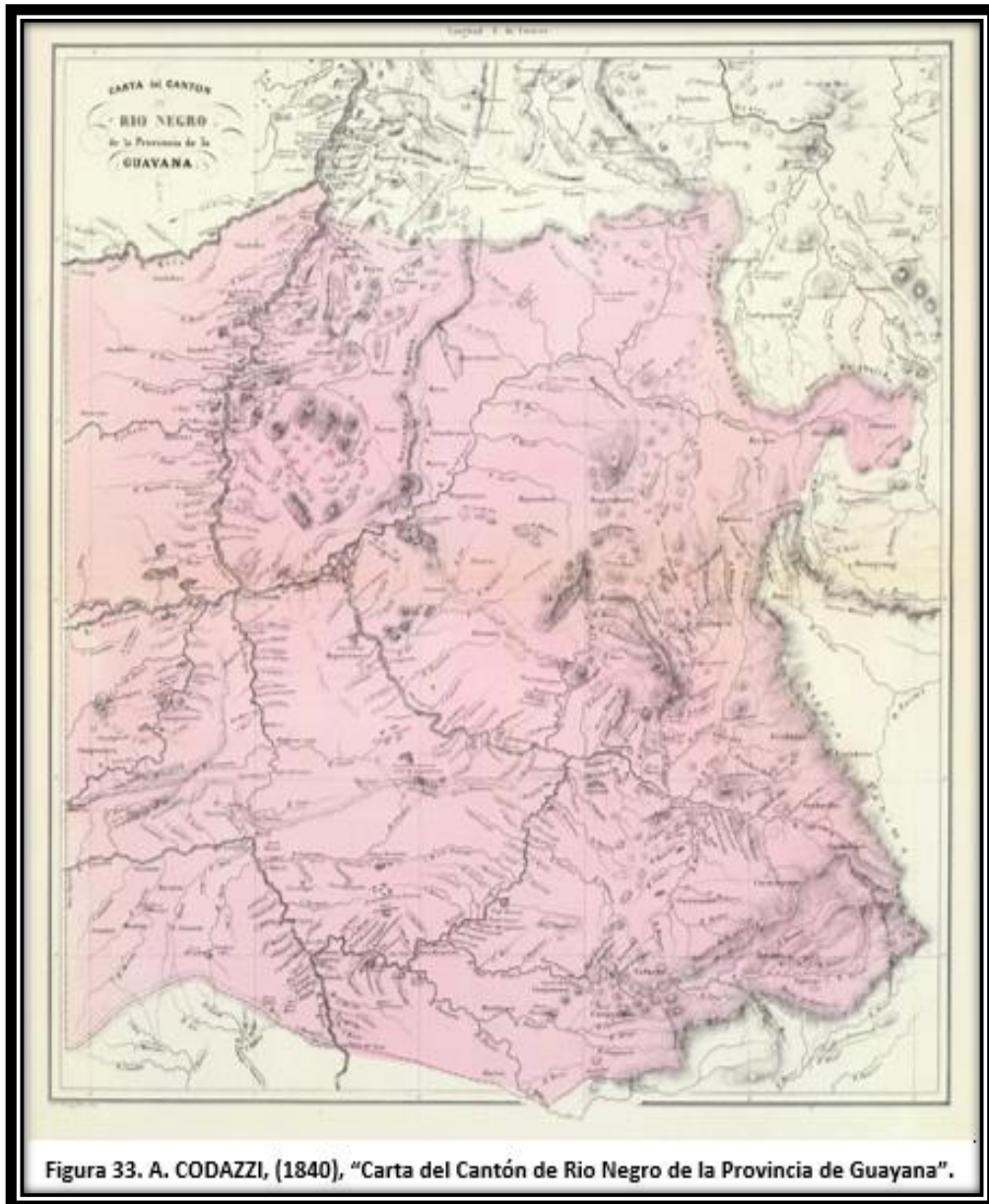
De esta serie cartográfica, la “Carta del Cantón de Rio Negro de la Provincia de Guayana” (fig. 33), sintetiza cuatro grandes problemas del avance científico sobre el río haciéndolos más visibles a los ojos del cartógrafo impregnado de la ciencia humboltiana: a) la trifluencia del Guaviare, Atabapo, Orinoco; b) el Delta del Ventuari uno de los grandes tributarios guayaneses; c) el brazo del Casiquiare, y d) la proyección de las fuentes del Orinoco más allá del raudal de Guaharibos, hacia un punto al pie de las Sierra Parima cercana a otra serranía, la de la enigmática Tapirapecó.

En términos generales, es posible distinguir tres intereses en estos artefactos geográficos que resumen la aspiración de una nación en términos de una comprensión de su geografía y del valor de su hidrografía:

A) Una creciente preocupación por ofrecer un mejor conocimiento de los valores geográficos del territorio.

B) Las preocupaciones científicas de la nación con las dinámicas de la recepción de las ideas que en materia hidrográfica se hacía en el mundo de las repúblicas independientes de la América del Sur sobre todo en los intentos de amplificar la mirada sobre el papel de los ríos, su naturaleza y su explicación fundamentada en la superioridad del trabajo de campo que la propia obra de Codazzi resumía y,

C) La inserción de los cursos fluviales dentro del sistema de comunicaciones mundiales, una relación que gobernará tanto las prácticas cartográficas mundiales como la geografía política del siglo XIX.



En tal sentido, es importante recordar que los ejemplos más evidentes de ésta última condición propia del contexto del liberalismo, lo serán los tratados de Amistad Navegación y Libre Comercio, la Conferencia de Berlín de 1886, y la Teoría de la frontera de Frederick Jackson Turner que daba una especial importancia a los cursos fluviales como límites naturales de un país (Medina Puig, 1984). Estas preocupaciones formarían parte de una constante atención por parte de las nacientes repúblicas que formaban parte de la configuración de redes de producción, intercambio y división del trabajo de las economías capitalistas.

En otro nivel de los distintos planos en que puede ser leído el conjunto de representaciones cartográficas, las tareas de Codazzi establecen un orden en medio del procedimiento clásico de invención y de tecnologías de saber cartográfico que convierten en ciencia a esas cartografías asociándola con cargas semánticas de identidad.

Sobre estos artefactos cartográficos del saber poder para la nación en articulación con el mundo, el Orinoco es dibujado como un eje cuya posesión corresponde a la República de Venezuela, haciendo omisión de los conflictos fronterizos derivados de la separación de Colombia y de la proyección británica más allá del río Esequibo que era su límite original luego de los tratados de cesión de los holandeses en 1814; avanzada imperial que buscaba el control de las bocas del Orinoco del cual dan cuenta las cartografías británicas de todo el siglo XIX con respecto a un movimiento tendente a controlar el Atlántico sur.

Al lado del valor en tanto que instrumento de la geografía política, los mapas de Codazzi, *Mapa Físico de Venezuela dividido en Hoyas Hidrográficas*, las tablas, y el resto de artefactos cartográficos de escalas más reducidas que señalan de una manera u otra el valor del río Orinoco, ofrecen en la superficie que representan, la riqueza fluvial cuyo conjunto de ríos se organizan en torno a tres puntos focales: el marco área de la cuenca, el río colector y la territorialidad.

El Orinoco pasa a configurar un lugar central dominante en el sistema de espacialización explicable en el contexto de la delimitación precisa de las cuencas u hoyas que integran el territorio consideradas estas como puertas de entrada hacia el interior del país.

En la dimensión de la cartografía nacional los ríos ocupan como se ha visto un peso específico. El saber contenido en estas construcciones, relativizaban la neutralidad de la ciencia; el conocimiento de los ríos en especial, los de vertiente Atlántica como lo era el Orinoco, se convertían en campo vital para el Estado y su “cuerpo”.

El interés de los mapas topográficos e hidrográficos se vinculaba entonces a la “perspectiva centralizadora del Estado” frente a espacios internos que podían lucir como segmentos centrífugos. Se buscaba ofrecer a los ojos de ese amplio campo de observadores e intereses, “una imagen uniforme y homogénea del territorio nacional” (Mendoza y Garcia, 2007:15). En un plano más profundo de la “fijeza representacional” del territorio y de su traducción a un campo visible de asentar la conciencia geográfica, “El efecto acumulativo de las prácticas del trazado de mapas y la agrimensura dieron a una política fragmentada en otros aspectos una unidad estética y visual, y a una entidad imaginada, una tangibilidad muy material” (Craib, 2013: 28).

En conjunto, estos mapas nacionalizan los fenómenos fluviales, se los apropian, organizan su presencia dentro de un sentido del saber poder. También muestran el valor de las paradojas que se contienen en estos dispositivos, cosifican y dinamizan la cuenca en relación con la idea de territorio, ofrecen una imagen marco y abren en otro plano la imaginación geográfica de los fenómenos y lugares a un contexto de flujos y a un horizonte de intercambios.

Siguiendo a B. Anderson (1993), Schulten (2001), Craib (2013) Carla Lois (2014), y en relación con lo anteriormente expresado, las representaciones que condesan los dispositivos cartográficos son parte fundamental de la nación, entendiendo esta como territorio, como base física que se habita o se aspira habitar, pero también, como un vasto campo para las operaciones de conocimiento geográfico y geopoético.

Los mapas enmarcan dentro de una unidad de sentido al río Orinoco, estos enlazan espacios segmentados por las geografías nacionales y por la naturaleza con otra geografía cuya pretensión era universal según puede constatarse en las sucesivas recepciones de información en Geografías, Atlas y Diccionarios que amplifican, repiten y construyen una diferencia del mundo y sus lugares. Cabe destacar, que allí se reconocen los juegos de escalas, los ríos atraviesan países, dividen, conectan; pero también se muestran en una capa que remite a flujos, el río no es ya una frontera para limitar, es frontera para comunicar. Esto, no solo en términos de desplazamientos físicos o de mercancías, sino también de ideas de la naturaleza y de proyecciones hacia espacios que continuaban atrayendo la imaginación geográfica, movilizand o miradas y deseos, activando una pasión por descubrir propia de la geografía heroica y de campo.

4.5 Entre lo salvaje y lo pastoril. El Orinoco dentro del esquema trizonal.

Toda clasificación con pretensiones científicas sobre la geografía humana viene movida por una tarea de distinción y de integración. En tal aspecto, los intereses y las percepciones construyen sobre todo en relación con el espacio geográfico, una relación de poder que hace recortes en el espacio, que segmenta, subdivide y también crea condiciones de posibilidad para una integración o para una separación. Ambas están atravesadas por las relaciones de fuerza y poder.

Esta operación que establece la diferencia se fundamenta en la oposición y construye significaciones, abre también un campo para operar en función de los contrastes y de las

ideas, entre ellas la de un progreso que se dibuja como un porvenir inevitable sobre otros espacios que lucen detenidos en el tiempo y por ello al margen de la dinámica de la modernidad.

En tal sentido, el área correspondiente al río Orinoco no escapó a estas estrategias de espacialización que expresan un dominio sobre el espacio. Una de ellas hunde sus raíces en el siglo XVIII. Joseph Gumilla (1983, [1741-1745]), había adelantado un panorama de divisiones que reflejaban los grados civilizatorios. El mismo paradigma de la ilustración en sus afectos contradictorios entre lo salvaje y lo bárbaro, lo salvaje y lo civilizado había segmentado espacios valorando lo natural con los estadios más simples de la naturaleza como podía reconocerse en Condorcet (1997 [1793-1794]).

Para el siglo XIX, el esquema de división por zonas tendrá su inicio y su continuidad en Humboldt, Codazzi, Ramón Páez, Arístides Rojas y en el siglo XX a Elías Toro. Esta operación cultural, además de marcar la percepción geográfica del territorio de lo que es hoy Venezuela, define dentro de ese marco un lugar conflictuado que expresa la doble condición de la cuenca que está definida por fisiografías diferentes y por la actividad humana.

Por un lado, están los Llanos que configuran el lado occidental y norte de la cuenca en su margen izquierda aguas abajo. Por otro, las selvas que definen el lado sur y sur oriental de la cuenca en la margen derecha del curso del río principal. Bajo esta oposición de marcados contrastes, la línea que dibuja el río colector en su largo trayecto hacia el Atlántico, marca los límites y es transición entre las orillas contrastantes de las llanuras y las selvas, de las planicies y de las elevaciones de los sistemas del macizo y las sierras y peniplanicies que lo integran.

En tal esquema, y esto al menos desde Humboldt, una parte de la cuenca del Orinoco fue asociada a la idea de lo salvaje. La geografía humana de un territorio lleva la signatura que lo define en un contexto general paradójico que va más más allá de lo evidente.

Lo salvaje designa al territorio de lo virgen y paradisiaco, pero también, construye una negatividad espacial ligada a lo húmedo, al calor, y a la amenaza y carácter inhabitable de estas zonas de enmarañamientos selváticos o de superficies anegadizas que obstaculizan los asentamientos humanos. Pero también, y como producto de la observación acuciosa en el terreno, se puede interpelar el conflicto de interpretaciones en torno al prejuicio climático y, a la vista de otras geografías humanas que habitan esos espacios la visibilidad de lo otro, permite cuestionar el determinismo climático o cuando menos comenzar su desmontaje.

El tratamiento de este problema comporta una doble condición: expresa la topofilia y la topofobia que se desprenden del comportamiento psicoafectivo y de la mirada filtrada del

poder del observador, refleja ambigüedades, pero también, ambivalencias de las visiones de la ciencia en torno a los documentos de cultura y de barbarie que las fundamentan.

De aquí se desprende una relación de alteridad situada que envuelve a los sujetos y a los espacios que la habitan, que implica además la condición que tiene un espacio con relación a otros valores como los de recursos o el de su cualidad objetivada de convertirse en laboratorio de la ciencia.

Estos juegos de opuestos definen un modo de discurso del saber poder, define a los civilizados en las relaciones que implican a los sujetos y a los espacios que estos habitan como un campo referencial que autoriza las operaciones de observar y decir sobre el otro espacio que se convierte en margen. En estos marcos, la percepción sobre el río Orinoco se volvió científica en cuanto a que reflejaba la doble preocupación por explicar la naturaleza de la naturaleza, y la relación entre el progreso y lo prístino asociado a lo salvaje y a sus posibilidades de solución.

En una visión de gran angular, este largo proceso de construcción de un texto geográfico, de inscripción de los territorios tropicales dentro de una visión de conjunto, sufrió un giro novedoso bajo la huella de Humboldt. La *Humboltian Science*, y las *Humboltian Writings*, impulsaron un nuevo ejercicio de la imaginación geográfica en los trópicos que en comparación con el siglo anterior (el XVIII), mostraba diferencias, entre ellas, la de la sustitución de la mirada teológica del espacio sagrado por una visión pragmática y científica fundamentada por la idea secularizada del progreso y el trabajo productivo.

No obstante, los discursos geográficos no son absolutos, aparentemente se presentan en un primer plano dominados por el ejercicio de la razón concebida ésta como un poder inexorable y transformador. Un segundo plano que no se detiene en lo evidente, muestra la emergencia y la coexistencia del discurso romántico que también mostró otra cara expresando un asombro y una solidaridad con esos espacios salvajes.

Como señala Pérez (2002:8), dos ideas que dominaban el contexto de la razón terminaron por confrontarse. Por un lado, la jerárquica alentada por las tesis eurocéntricas de Buffon cuyas premisas oponían las formas imperfectas y perfectas de la naturaleza, las dinámicas de la generación y la degeneración en determinados ambientes. Y por otro, las ideas que inscribían los problemas concretos de las geografías y de la naturaleza planetaria concebida como sistema interdependiente susceptible de ser clasificado bajo una mirada científica que anudaba la vida dentro de procesos evolutivos sin (aparentemente) connotaciones morales o pseudo morales.

La revaloración de los ríos tropicales y de sus zonas geográficas, coincide temporalmente con este debate del determinismo y de las ambigüedades y contradicciones que este envolvía y que eran puestas en evidencia por la experiencia de los viajeros religiosos y seculares.

En el contexto de la ciencia emergente, se desplegaban esfuerzos por construir una mirada más objetiva del entorno y de sus posibilidades. Este debate, tenía en el siglo XVIII su emergencia dialéctica, no es casual que las obras del llamado ciclo jesuítico del Orinoco puedan ser leídas también como una defensa geográfica del valor de las aguas y los espacios que ésta articula (Cuevas, 2012). El trabajo de los funcionarios españoles se habría conducido como un proceso de imaginación geográfica de tipo paratáctico relacionado a la idea de un diseño para la transformación paisajística en términos productivos. Así pues, se percibe el propósito de crear condiciones para los nuevos asentamientos de población y asegurar a la vista del terreno, de su topografía y forma fluvial del río Orinoco; la defensa de la Guayana y de toda la margen oriental, sur y sur oriental de la cuenca.

Al respecto, usualmente se piensa que se confrontaban dos miradas que refieren solamente a actores del paradigma de la razón ilustrada. Esto es, por ejemplo, a Buffon y a Humboldt. “Para los científicos opuestos a Buffon, era absolutamente imprescindible demostrar que la naturaleza de los trópicos pertenecía al sistema planetario, no en un nivel inferior, sino como parte constitutiva, lo que en realidad demostró Humboldt” (Pérez, 2002: 9).

Sin embargo, la mirada de Humboldt y la de Codazzi que construyen un esquema trizonal de la actual Venezuela que envuelve lógicamente a la cuenca del Orinoco, debe considerarse a la luz de los matices físicos, culturales y de las ideas. Recientemente Rojas-López (2007) ha revisado los criterios de estas zonificaciones que conformaron un canon de la imagen geográfica del espacio socioeconómico de Venezuela, y ha cuestionado la reducción a solo la intervención antrópica mostrando el valor de la morfología natural como un factor determinante de los modos de producción económica del área segmentada por Humboldt y Codazzi que explican entre otras cosas la debilidad del intento de regionalización agropecuaria en un intento por homogeneizar el territorio dentro de criterios agroindustriales dejando de lado el peso del medio, la geodiversidad y la multiescalaridad del espacio (Ibidem, 87).

No obstante, es conveniente revisar el esquema trizonal en función de los debates de la época con relación al medio. Las propuestas de Humboldt si bien pueden oponerse a las ideas de Buffon, mantienen una visión jerárquica cuya expresión espacial construye modelos

contiguos de espacialización o zonas cuyas definiciones deben ser revisadas en función de los intereses a los que responden que no anulan por cierto la organización jerárquica del espacio y tampoco anulan el valor de la morfología natural.

Para entender los matices a los que aludimos, es importante primero revisar la perspectiva naturalista. Dentro del pensamiento de Humboldt, esta abría un espacio crítico frente al prejuicio que Europa había construido sobre las periferias. Para Humboldt, se trataba de valorar las realidades geográficas tropicales como un campo para la reflexión de las ciencias naturales que buscaban a través de un trabajo minucioso sobre los lugares y sobre los fenómenos y accidentes geográficos, construir una teoría general que explicase la física del mundo.

No obstante, en la relación que Humboldt establece con la geografía humana; la lógica como veremos más adelante no escapa al esquema de jerarquización del mundo y, de espacios que reservaba a Europa la cúspide de una estructura en cuya base estaban los “hombres naturales”, los “salvajes” cuyos hábitats eran los trópicos.

Humboldt ajustaba un sentido de lo geográfico que según Ángela Pérez Mejía (2002), convenía al proyecto de dominación criolla pero también imperial, pues recordemos que el viajero alemán hace su viaje en un momento en el que los dominios hispánicos muestran los signos de una crisis del orden colonial y existe un creciente interés en los ministerios por obtener informes confiables de las cosas de América. Así pues, un discurso complementario a lo que muestra Mejía viene a reforzar esta idea de un modo más preciso. Humboldt al observar la división política administrativa de la Capitanía General de Venezuela, construye una relación zonal que reparte en tres territorios que extiende de forma paralela en sentido Este Oeste; para él, en esta suerte de mapa mental,

Hállase primero terrenos cultivados a lo largo del litoral y cerca de la cordillera de montañas costaneras; luego, las sabanas o dehesas; y en fin allende el Orinoco, una tercera zona, la de los bosques en las que se penetra solo por los ríos que lo atraviesan (Humboldt, [18161831] 1991, T. II: 297).

Sobre esta división fundamentada en una oposición entre una geografía alterada por la acción humana (terrenos cultivados y zonas ganaderas) y otra en estado natural (bosques), Humboldt deriva una clasificación social de otro carácter que recuerda a las establecidas en el siglo XVIII por Adam Ferguson en *An Essay on the History of Civil Society*, M. J. Nicolás de Condorcet en *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* y Joseph Gumilla en *el Orinoco Ilustrado y Defendido* (éste último hizo una clasificación de zonas y movimientos progresivos de civilización con respecto a América, en ella se inscribía al

Orinoco dentro de una zona de salvajes caracterizados solo con pequeñas excepciones como habitantes sin agricultura, y en consecuencia nómadas).

Vista en su conjunto, estas clasificaciones terminaban por expresar la secuencia de espacios con grados distintos de desarrollo civilizatorio. De este modo, es posible entender una parte del contexto de las ideas que asiste a la división trizonal de Humboldt que expresa también tres tipos de sociedades.

...las tres zonas en que acabamos de dividir el territorio de Venezuela son la imagen de tres estados de la sociedad humana, la vida del salvaje cazador en los bosques del Orinoco, la vida pastoral en las sabanas o Llanos y la vida del agricultor en los altos valles y al pie de los montes costaneros.” (Ibídem: 297).

De este modo, hay una suerte de diferenciación y jerarquización espacial en la que opera claramente el código dicotómico de barbarie y civilización. Su visión comparativa entre el viejo mundo y el nuevo, sobre todo el referido a las “áreas salvajes”, no puede escapar a una visión de poder en términos civilizatorios. Para él, Europa, sus pueblos y su civilización, son los que “dan al cuadro su carácter”; mientras que, en el nuevo mundo, “...el hombre y sus productos desaparecen por decirlo así en medio de una gigantesca y salvaje naturaleza” (Humboldt, 1991 [18161831], T 1: 29).

Es significativo para entender la diferencia zonal, que al referirse al norte y las zonas montañosas de Los Andes, en los espacios geográficos de los valles intramontanos andinos y caríbcos y, el litoral vinculado a las Antillas, es decir a la zona de cultivos, Humboldt señale que, “...se encuentran a breves intervalos ciudades industriosas, aldeas de risueño aspecto y campos cultivados con esmero” en donde, “...el sentimiento del arte, el estudio de la ciencia y el noble amor a la libertad política se han despertado en estas regiones” (Humboldt, [1808] 1972, T. I: 33).

El espacio socioeconómico de la agricultura y de las industrias estabilizan de acuerdo con esta óptica, la dinámica de ocupación, permiten construir formas de habitar para que emerjan y esto desde el ocio que la organización del trabajo deja, tiempo para cultivarse y más allá, tiempo para pensar en la emancipación y activación de una nueva conciencia de la geografía política.

La percepción de Humboldt cambia cuando frente a este espacio socioeconómico de la zona de cultivos y el de los Llanos caracterizado por la ganadería, la mirada se dirige a las selvas. El viajero alemán aprecia que en esta zona se alza una “espantosa soledad” (ídem), una

magnitud espacial aún no recorrida por la civilización cuya inmensidad de paisaje desborda la mirada y desafía su habitabilidad.

Esta zona asociada a la percepción de aislamiento y a la idea de desierto, definía distintos espacios fisiográficos con independencia de si estaban habitados o no. Lo importante era que al ser señalados como “desiertos”, estos espacios quedaban abiertos a la ocupación, y al ser señalados como “salvajes”, estos espacios se abrían a la conquista (Cfr. Zusman, 2000) En tal sentido, la zona húmeda o la zona calurosa de los climas extremos del trópico, no se convierte en un límite insalvable ni en una negatividad absoluta.

El dispositivo de la soledad/desierto funciona en el caso de Humboldt de un modo diferente, no significará un freno sino por el contrario un espacio que, siendo rico y deshabitado, se abre a la ocupación de una nueva fuerza civilizatoria. Es también, el espacio privilegiado para la observación científica pues allí se encontraba la naturaleza en su estado más puro. La selva atravesada por una inmensa trama fluvial se convertía en el jardín del naturalista.

Este código de un naturalismo que prefigura el tropicalismo como un espacio virginal, serviría para construir en Humboldt y luego en Codazzi, percepciones geográficas sobre las áreas culturales ligadas al modelo occidental de ocupación opuestas a lo salvaje, concebido este, como un espacio prístino y peligroso. La región al sur del Orinoco, es decir la Guayana y el Amazonas, se convierten en un espacio del deseo para la mirada del científico y del coleccionista de especies y de minerales. El destacado evolucionista y romántico Russell Wallace, expresará ese deseo del trópico con una plasticidad admirable que da cuenta del motor de la práctica científica en el Amazonas y en el Orinoco pues estuvo en ambas partes.

El profundo deseo de visitar un país tropical, de contemplar la exuberante vida animal y vegetal que se dice existe allí, y ver con mis propios ojos todas esas maravillas sobre las que había leído con deleite en las narraciones de los viajeros, fueron los motivos que me indujeron a romper con las ataduras de las ocupaciones y los lazos domésticos, y partir hacia “Una tierra lejana donde reina el verano por siempre”. (Wallace, (1994 [1853]: 62)

El río Orinoco es pues, un lugar en donde se espera encontrar la “clave” de las explicaciones naturales dada su condición de espacio intocado.

El espacio de la “soledad” se abre a un posible diseño de expansión, se convierte en un cuerpo sobre el cual trazar la escritura del saber poder que acompaña al comercio y a un giro de las condiciones del trabajo y su formación de paisajes.

De allí que Humboldt, señale al volver sobre el tema de los desarrollos civilizatorios y tratando de explicar el contexto general en el que estos se inscriben, de que en América

faltaba el ganado. Los rebaños cumplían una función, “...en el desarrollo progresivo de la civilización americana [eran] el eslabón que junta los pueblos de cazadores con los pueblos agrícolas” (Humboldt, 1991 [18161831], T3:224).

La condición ganadera transformaba el medio y el ejemplo más claro lo ofrecía ese esquema trizonal. La llegada europea había ido paulatinamente cambiando las condiciones del espacio. Un ejemplo de ello, era la zona de llanuras en las que se había implantado la actividad ganadera transformando su entorno y su gente “salvaje” en “pastores” [llaneros], aunque luego, esta idea, al menos en Humboldt sea también objeto de matices dado los ideales románticos que impregnan su mirada referida a ciertos modos de valorar a “los salvajes”.

El espacio de ríos y selvas se convertía en objeto que autorizaba su dominación y ocupación, que abría el territorio a la mirada escrutadora de las prácticas científicas dirigidas también a sus habitantes y a una revisión de estos con su medio. Pero esta mirada también es afectada por el impacto del encuentro. Humboldt, Russell Wallace y Morisot, Páez y Crevaux tal vez definan muy bien los matices del saber poder y su sistema de valoración y clasificación.

En los *Cuadros de la naturaleza* (1972 [1808], T. I), Humboldt establecería una comparación entre los Waraos del Delta del Orinoco y los pueblos ganaderos de los Llanos. Estos últimos habían transformado su hábitat con la introducción de la ganadería. Sin embargo, y a pesar de que los habitantes del Delta se encontraban en la zona de los salvajes, el científico introduce una paradoja en este mundo natural en apariencia hostil a la vida.

Sobre este punto, el cuadro de la naturaleza que Humboldt hace para mostrar la división zonal permite ver el posicionamiento occidental de la observación que hace sobre la geografía humana. Humboldt como ya hemos señalado, contrasta la dinámica que acontece entre dos espacios distintos de la cuenca del Orinoco: el de los Llanos, que dibujan un amplio arco en la margen izquierda aguas abajo del río Orinoco. Es decir, el occidente y el norte del río, y el de las selvas que constituyen una fisiografía dominante en el de la margen derecha que va desde el Alto Orinoco hasta el Delta, es decir, su parte sur y oriental.

Para él “la vida pastoral” que era un modo de transición hacia la agricultura estaba ausente de las poblaciones primitivas de América (Ibídem: 25) y tal situación había cambiado drásticamente con la introducción del ganado y de los cultivos. Debajo de esta zona, hacia el sur y el oriente del Orinoco, se descubría una geografía humana de la selva y de ambientes dominados por la presencia de los ríos, dominados por una naturaleza exuberante y terrible.

Sin embargo, Humboldt agrega un matiz, introduce una contradicción en el esquema. Vinculada al régimen de salvajismo, esta zona de los “bosques” estaba asociada a la libertad y no a una suerte de determinismo geográfico absoluto y sin posibilidades de redención como lo había planteado Buffon.

Para Humboldt, estos pueblos “libres” ejemplificados por los Guaraúnos o Warao que tanto habían estimulado a las representaciones cartográficas del siglo anterior, eran los mismos que había descrito tan profusamente Gumilla, mostrando la compleja interacción con los recursos naturales que el medio ofrecía, entre ellos, la paradigmática Palma del Moriche (*Mauritia flexuosa*) que a los ojos del religioso jesuita era su “maná”.

Humboldt no mira desde el lente del religioso, pero sí reconoce en sus *Cuadros de la Naturaleza* que existe más allá del prejuicio y por obra de la acción humana la posibilidad de habitar espacios que eran considerados inhabitables. Aquí la imaginación construye un punto de evasión a la lógica occidental, el viajero imagina este espacio fluvial de habitación como una “ciudad libre”, sus cualidades definen un modo de vida:

Deben los guaraúnos [waraos] la conservación de su libertad y quizá la independencia de su carácter al suelo movedizo, pantanoso, medio líquido, sobre el que corren ligeros a su morada en los árboles. Habitan en medio de los aires una ciudad libre... (Ibídem 26)

La interpretación no está ausente de polémica pues se pueden anudar dos versiones, una obedece la idea de Estado de Naturaleza, la otra a una visión romántica que enlaza la existencia humana a un jardín, la selva, incorrupta y prístina. Con respecto a la primera, el estado de naturaleza siendo un concepto moral remite a una discusión de si ese estado define la maldad o la bondad del hombre ante la ausencia de un pacto social o de leyes. En tal sentido, los primitivos representarían esa sociedad sin ley y en consecuencia amenazante. La segunda perspectiva se funda sobre una alteridad que se impregna del buen salvaje, pero también y he allí la originalidad de la mirada humboltiana, de una inversión y crítica al determinismo geográfico pues aún en esas zonas los hombres producen formas de adaptación y de invención de tecnologías que les permite aprovecharse del medio.

“habitar una ciudad libre” significa una visión de la libertad muy distinta a la de la negatividad del estado de naturaleza e inclusive opuesta a la idea de los “felices guáraunos” de Gumilla que estaban favorecidos por la visión de la Teología natural de la palma de Moriche como un don de Dios.

En la mirada de Humboldt, la naturaleza es condición para el ejercicio de la libertad. Esta idea se encontrará también en la visión que Russell Wallace (1994 [1853]) construye en el Alto Orinoco en una visión geopoética que relativiza el concepto de la vida salvaje. Este explorador inglés, vinculado junto a Darwin a la idea moderna del evolucionismo, remite a la condición de libertad en el otro espacio, en la zona salvaje (Vid infra cap. VI).

Luego Morisot, (2002, [1886-1887]) en su viaje a lo largo del río y en lo profundo del pie de monte del Parima introducirá una variante que profundiza la condición de comunión con un espacio diferente que ve armónico y exento de las contradicciones de la vida moderna. Lo salvaje para este pintor se conjuga con una disposición de la mirada que solo el tropicalismo configura por ejemplo en la visión artística de Gauguin (Staszak, 2003; 2012) pero también en la mirada al wilderness de H. D. Thoreau y luego en la mirada conservacionista de Perkins Marshall que bifurcan la mirada del progreso en plena efervescencia expansiva y suspenden su trayectoria ingenua.

Es en este contexto de ambivalencias, el espacio de los Warao se convertiría en un punto de encuentro de observaciones y prejuicios científicos a lo largo del siglo XIX. Viajeros como Dauxion Lavaisse, Codazzi, Crevaux, Chaffanjon, Ramón Páez amplificarán la mirada humboldtina sobre estos hombres y su medio. No obstante, entre 1840 y 1844 Richard Schomburgk quién explora el área del Barima y el Delta es el que dejará una extensa relación de los itinerarios fluviales, de la geografía de las plantas, de nuevos inventarios y clasificaciones de especies y de la geografía humana de la zona en la que se despliegan las ambivalencias del indio bueno y malo (1922 [1840/44]: 17-163).

El correlato cartográfico de este discurso especializado de subdivisión de espacios socioeconómicos propuesto por Humboldt tendrá en Codazzi (Fig., 34) su modelo. El geógrafo italiano solo introducirá una pequeña modificación de nomenclatura. El mapa en consecuencia establece una diferencia colórica para resaltar las zonas. El Norte de color rosado es la parte de “terrenos de cultivo”, la amarilla, “la zona de los pastos”, y la verde, la zona de “selvas vírgenes”.

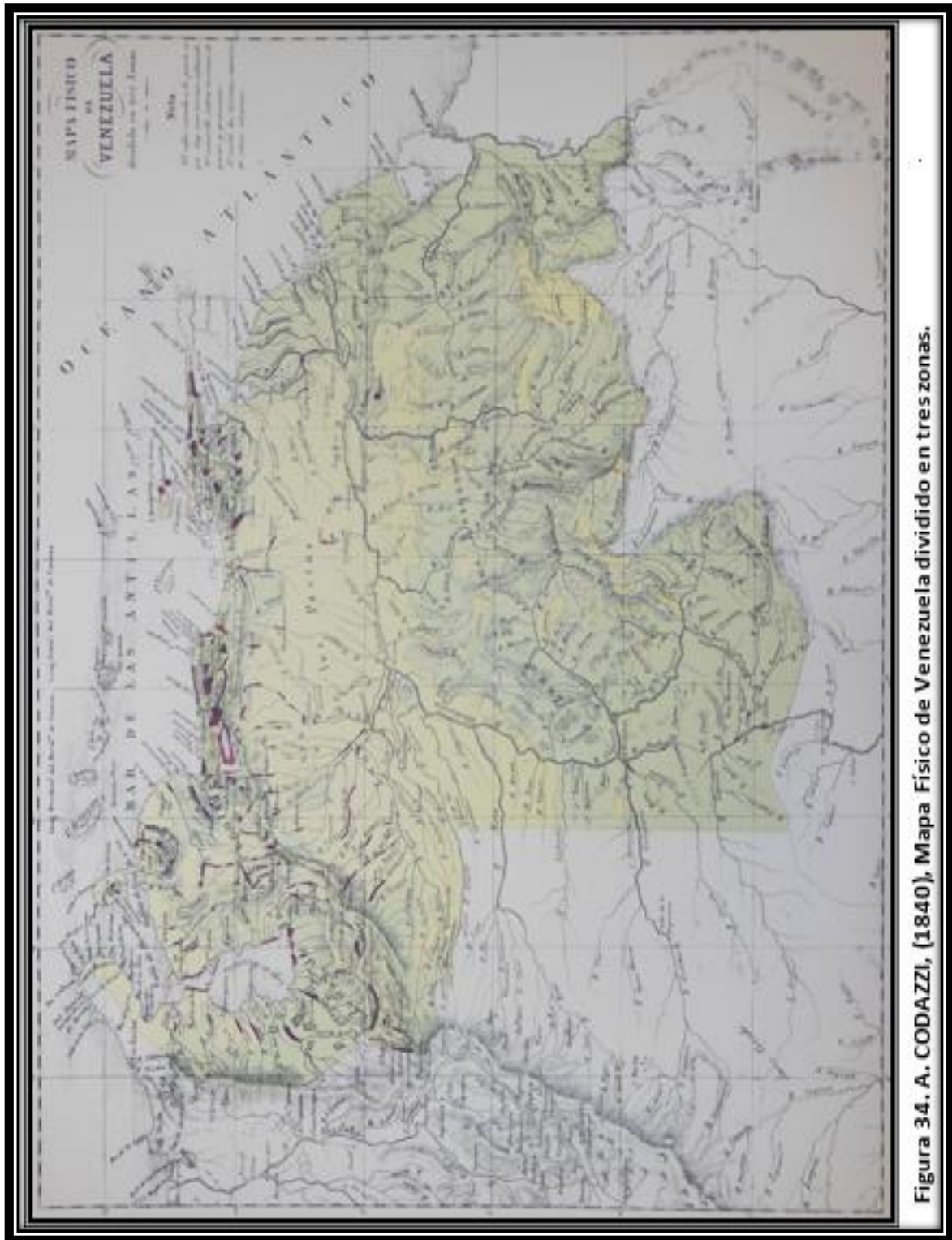


Figura 34. A. CODAZZI, (1840). Mapa Físico de Venezuela dividido en tres zonas.

Este esquema zonal silenciaba en la generalización de la representación las diversas microrregiones que remitían a una heterogeneidad natural que desafiaba la univocidad del discurso territorial de la Nación. Su función era la de homogeneizar y diferenciar los espacios en torno a una presencia o ausencia del trabajo. También, abría en los planos de contigüidad una zona de promisión. Un punto de fuga para el progreso de la República emergente.

Ramón Páez al respecto dirá, “Más allá del Orinoco el país se pierde en selvas impenetrables y desiertas habitadas solo por tribus errantes y por los tigres, dantas y puercos montaraces que allí abundan” (1872:41). Aquí no solo las palabras y las cosas se juntan, sino que las formas de valor se sitúan igualmente en un mundo “salvaje” que comparten hombres y fieras. Todas están en un espacio que se abre a la mirada del científico y del movimiento de la ciencia sobre lo desconocido que invita al trabajo de la observación, la colección y la pregunta por lo prístino en la geografía que lo define.

4.6. La ciencia hace lugares. Los trabajadores científicos del Orinoco y la imaginación fluvial.

El trabajo sobre los espacios geográficos estuvo ligado a la emergencia de un conocimiento que en principio se caracterizó por diferentes perspectivas que confluían sobre un mismo objeto: el espacio geográfico definido a su vez en sus facetas físicas y humanas.

En un contexto general, la imaginación geográfica de la segunda mitad del siglo XVIII proyectó en cierto modo su sombra sobre el siglo XIX. Es indudable que el deseo de globalidad expresado por Condorcet que ligaba el progreso a un avance del conocimiento de la tierra, y el de un redescubrimiento de la experiencia situada que expresaban tanto las expediciones de límites y científicas como las de los misioneros y su perspectiva umbral entre teología natural y ciencia en la visión de superar la ignorancia de ambos mundos (el americano y el europeo) que plantea Gumilla y la comunidad de jesuitas expulsos, creasen junto a la emergencia de una nueva necesidad de dar cuenta del hombre en el mundo que guaba el interés del pensamiento alemán del *Sturm and drang* y el *Aufklärung* contenidos en Herder, Kant y Goethe la condiciones para la proyección de un horizonte cognitivo que tuvo en Humboldt y la *Humboltian writing science* uno de sus principales impulsores.

La necesidad de constatación y de curiosidad científica, de ir a los lugares y de convertir a estos en parte de un saber universal, enlazan a los dos siglos. Se puede percibir en el movimiento de la ciencia construida sobre la base de una experiencia en las periferias, una continuidad lineal en la cual la práctica de estar importa. También, se puede constatar la

aparición de una diferencia en los enfoques surgidos del proceso de secularización y desplazamiento de las discusiones desde las descripciones a las explicaciones.

El giro de las preocupaciones de la ciencia humboldtiana coincide con las nuevas territorialidades, con cambios en la geografía política, y con las relaciones de producción del sistema mundo, sus flujos de productos, ideas, y conocimientos.

Humboldt en Berlín ha hablado del Orinoco y la diseminación de la idea se ha bifurcado en múltiples dispositivos que se juntan en un gran texto espacial que se alimenta de una proliferación de observaciones, experiencias y datos que fluyen de las periferias a los centros de cálculo, que organizan una espacialización del saber.

En este proceso es posible observar la organización de un discurso geográfico cuya cronotopía se pretende nueva, moderna e impregnada de prácticas científicas y narrativas de un *pathos* emocional surgido del deseo y del encuentro real con la naturaleza.

El cronotopo geográfico, ha logrado situar al hombre en relación con los espacios lejanos.

El cronotopo de la geografía universal es el portavoz de un nuevo horizonte que tiene en Humboldt su impulsor y en Ritter y Reclus sus puntos de realización dentro de una primera fase de emergencia de la disciplina geográfica.

En un segundo plano, no menos importante, sus seguidores, los nuevos viajeros que emprenden en su mayoría viajes en solitario al interior del continente, que se aventuran no solo para retratarse en los lugares visitados por Humboldt y vivir, “un momento humboldtiano”, sino que también buscan ampliar el saber del Maestro, producen textos importantes en los que es posible encontrar inquietudes científicas que se encuentran situadas, que son expresión de un desplazamiento hacia las *terra incognitae*.

El reconocimiento de los lugares y de los fenómenos geográficos, entre ellos los ríos fascinan a la imaginación científica, a través de ella se crean las condiciones para la construcción de una mirada científica.

En este contexto de articulaciones complejas, la pretensión de validez de los conocimientos producidos en la experiencia de la periferia partió de los lugares y trascendió hacia una conexión universalista del saber. Esa era por ejemplo la aspiración cosmográfica de Humboldt que más tarde seguiría Reclus cuya visión de la corporalidad y la espacialidad radica en una comprensión dinámica del hombre y el universo.

Con estos trabajadores de la geografía, el Orinoco volvió a ganar espacio estimulando la imaginación geográfica europea por los trópicos y movilizandolos intereses científicos y comerciales.

En el plano de las preocupaciones científicas, es innegable que durante la emergencia republicana (que contempla una geografía política compleja entre Colombia y Venezuela) tanto el *Semanario de Bogotá*, como la *Gaceta de Caracas* y luego la *Sociedad económica de Amigos del País* abrieron un espacio para incorporar algunas visiones del territorio. Más tarde, las obras de la república independiente construirán una visión territorial de áreas de porvenir. Esta nueva disposición de la mirada estará atravesada por el trabajo de Agostino Codazzi cuya obra marca el canon del conocimiento geográfico del río durante al menos un siglo.

Con todo, el esfuerzo por dotar de un conocimiento geográfico al territorio carecía por entonces de un espacio disciplinario delimitado que crease las condiciones para una tradición sistemática de examen geográfico del territorio que fungiese como el campo epistemológico para la operación geográfica y sus producciones de sentido.

Limitado en sus posibilidades de fundación institucional – a diferencia de México en donde se vivió una temprana formación institucional en la década de los años treinta del siglo XIX (Gómez Rey, 2003), el saber geográfico se continuó de la mano de los letrados como un saber privilegiado y girando en torno a dos cánones, el humboltiano y el de Codazzi. Ellos configuraron un modelo, una guía y, sin embargo, otros discursos surgidos de los bordes de la experiencia espacial aumentan el gran angular o introducen cambios a partir de la evidencia que las observaciones en el terreno proporcionan. Es así como en el siglo XIX el espacio paratáctico se define en medidas, cartografías y diseños y el espacio liminar abre un pasaje complejo a la geografía profunda del río en donde el deseo de las fuentes, de descubrir el origen seguirá como tarea por cumplir.

Sin embargo, y en el plano de la comunidad imaginada, la importancia de la nueva ciencia que fijaba los ojos en la geografía amplia de una América abierta al conocimiento y a la experiencia del espacio era tal, que Bolívar en 1823 en las cumbres del Chimborazo⁹⁵, señalaba que, “Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt, seguías audaz, nada me detuvo, llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento” (1978 [1823]: 363).

Más que una frase simple de construcción de autoridad narrativa vinculada al neoclasicismo, el texto “Mi delirio sobre el Chimborazo”, refleja la acción del sujeto que ante

⁹⁵Una cuestión que se corresponde con la interpretación que Pérez Mejía (2002) ha adelantado al señalar que el Chimborazo era un ícono de la naturaleza americana. El grabado de P. Gérard para el frontispicio del *Atlas Geographique et Physique des regions equinociales du Nooveau Continent* de Humboldt (1814), mostraba la masa imponente del Chimborazo. El conjunto iconográfico además tenía un texto que decía: “humanidad, conocimiento y economía” (Ibidem: 55-56). Motores de ese binomio de saber poder vinculado a los ideales de la ilustración y del liberalismo.

el paisaje americano se inscribe en un movimiento histórico en el que La Condamine y Humboldt científicos vinculados a la geografía, marcaban el sentido de una visión totalizadora del espacio geográfico, al menos en términos de un ejercicio de imaginación geográfica.

Al final de todo este proceso de construcción científica del Orinoco hecho por múltiples actores, el elemento agua, el espacio acuático, se convirtió en parte fundamental de una visión del territorio que articulaba las prácticas de la observación y la imaginación geográfica.

Esta importancia del agua dentro del campo que enlaza la imaginación y el mundo físico ha sido resaltada primero por Reclus (1912), Bachelard (1994 [1942]), Tuan (1968), más recientemente por Blumenberg (1992, 2016) y Ette (2001). El agua y los fenómenos visibles como los ríos, los lagos, los mares y océanos permiten transportar una metáfora que organiza las relaciones y los modos de conocer. “En el contexto de las metáforas cosmológicas de Humboldt, la ambivalencia del agua como fuerza creadora y destructora, que supera las fuerzas del hombre, es de vital importancia a la hora de dar forma científica y literaria al relato de viajes” (Ette, 2001:33).

De esta forma el conocimiento de la materia viaja a un conocimiento metafórico del mundo, organiza todo en la forma de un laboratorio de la ciencia y anticipa su límite en una tarea que el propio Humboldt en las páginas introductorias del *Kosmos* considera inacabada y constantemente renovada en toda empresa del conocimiento. Una tarea que se mueve en Reclus entre el río y su encuentro con el mar. El conocimiento fluye como un río y se integra en el mar, expresa la gran tarea de contemplación activa del hombre en la tierra.

Las aguas ponen en relación, y los hombres se relacionan a través de las vías acuáticas. La interrogación de la ciencia sobre la vasta región del Orinoco no podía prescindir del carácter articulador que el mundo fluvial poseía para una composición estética y utilitaria dentro del espacio imaginario que se le asignaba a la naturaleza.

Este vínculo metafórico del agua con los espacios geográficos que componen la imaginación geográfica de la América fundacional la expresaría el mismo Bolívar con una intensidad retórica en la que el río Orinoco junto al Amazonas juegan un papel significativo en la estructuración de una imaginación de magnitud amplia, “Yo venía envuelto con el manto de Iris, desde donde pagaba su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las Aguas. Había visitado las encantadoras fuentes amazónicas y quise subir la atalaya del Universo” (1978 [1823]: 363).

La libertad se había entonces espacializado creando un marco que desde el Orinoco, el Amazonas y los Andes dibujaba un territorio para el ejercicio de los valores liberales e ilustrados que también ejemplificaba Humboldt como actor modelo.

Tras la geografía del agua, de la imaginación geográfica de los ríos otros naturalistas y científicos y viajeros como Agostino Codazzi; Karl Ferdinand Appun; Friedrich Gerstaecker; Ramón Páez; Michelena y Rojas, Ermanno Stradelli; Adolf Ernst; Stanko Vraz; Jules Crevaux; Henry Wickham; Jean Chafanjjon; Auguste Morisot; Richard Spruce; Anton Goering; Ferdinand Bellerman; Hermann Karsten; Robert y Richard Schomburgk y Alfred Russell Wallace entre otros, vendrán estimulados por el discurso de Humboldt a las riberas del Orinoco y transitarán por sus afluentes, uno de ellos expresará de un modo plástico, el despliegue de una ciencia en construcción sobre las *terra incognitae*. Eugene André quién había hecho trabajos para la Royal Geographical Society y la Zoological Society de Londres exploraría El Ventuari y el Caura poderosos ríos guyaneses de la cuenca.

En medio de la inmensidad de un espacio que seguía siendo campo de observaciones para la ciencia, las palabras de este naturalista pueden servir de corolario para todo el esfuerzo de las comunidades científicas. Para él, el Orinoco dominaba el paisaje hidrográfico de Venezuela. La apreciación no nacía de una obviedad, o de un a priori, sino que era el fruto de una multitud de trabajadores de la geografía.

Si miramos un mapa de Venezuela, observamos que todo el país, con excepción de la pequeña porción del litoral del norte, está bañado por el Orinoco, Esta gigantesca arteria, que nace en algún sitio limítrofe con el Brasil, en una cadena de montañas vagamente marcada en los mapas como la Serranía de Parima, forma en su curso una gigantesca curva en forma de anzuelo antes de correr en línea casi recta hacia el este para desembocar en el Atlántico. (André, 1964 [1904]:1).

Por la misma época el funcionario y geólogo francés Lucien Morisse quién había recorrido el río y además había hecho importantes observaciones ligadas al horizonte prometedor de la Guayana mineral, la Guyana del oro y los diamantes dirá, en una visión integradora que se fundamenta en la interconexión y en la distinción como operaciones geográficas que poseen un poder de explicación y de proyecto ante un universo complejo de fenómenos marcados por el poder de los ríos,

Las cuatro Guayanas: la Venezolana, Inglesa, Holandesa y la Francesa, a las cuales también habría que añadir la Guayana Brasileña, forman el noreste del continente sudamericano, un inmenso islote claramente aislado y con fisonomía propia, un territorio independiente entre el Orinoco y el Amazona;

relativamente restringido si se compara con esas dos grandes cuencas que tienen una superficie de Europa. Esta extensión de tierra tiene sin embargo su orografía y su hidrografía particulares y hasta una flora y fauna un poco diferente. Al contrario, el Orinoco y el Amazona, cuyas líneas de demarcación son apenas sensibles, no forman por si decirlo sino un solo y vasto sistema hidrográfico del cual el río Casiquiare, que los comunica entre mil quinientos y tres mil Kilómetros de la costa, es el gran canal regulador, corriendo tanto hacia una vertiente como hacia la otra, aunque generalmente lo hace hacia las aguas bajas y medianas, desde el Río hasta el Orinoco. (Morisse,1985 [1904]: 54)

En la larga duración que va de 1799 a 1904, el Orinoco entraba entonces en un régimen de historicidad y geograficidad que autorizaba las prácticas y las nuevas narrativas de la ciencia. Junto a esta, emergía una imaginación geopoética del espacio impregnada del misterio de las fuentes y de las selvas como un cronotopo cargado de nuevos sentidos.

De este modo, es conveniente introducir un matiz que corre paralelo a esta visión de la ciencia. Junto a esta imagen del espacio geográfico como laboratorio para la observación científica, se elaboró un discurso de la nación que fue el producto de una relación de fuerzas en el que la guerra, fue un factor ambivalente de destrucción y construcción en los pujantes hatos ganaderos de Los Llanos y sabanas de la cuenca del río Orinoco, fue también el momento amplificado del valor perceptivo de Angostura y otros puertos fluviales de la red del Orinoco que dispone al investigador con otro nivel, el del espacio de la guerra y con ello al de una invención territorial.

Finalmente, el discurso bélico articuló otra visión paratáctica de la geografía orinoquense que poseía en el río su principal condición material y garantía geoestratégica para el ejercicio de la guerra. Ese discurso impregnó a la nueva imaginación geográfica de la nación como se verá en el capítulo siguiente marcando otra lectura complementaria de la razón y la imaginación geográfica modelada por las semánticas y prácticas de la ciencia.

Capítulo V
Poder e imaginación geográfica.
El Orinoco un espacio para la guerra 1816-1841

“Las relaciones espaciales son unas relaciones de fuerza”
(Brabant, Giblin y Ronai, Epílogo a Ives Lacoste, 1977:155)

Los marcos geográficos de las actuales naciones hispanoamericanas fueron el producto de un complejo proceso de crisis dentro del orden colonial y de luchas de poder entre diversos centros nodales cuyos atributos de poder y de centralidad espacial habían surgido de las complejas redefiniciones de dominios y jurisdicciones establecidas en la política administrativa del imperio español.

El fenómeno político más evidente de esta crisis fueron las llamadas revoluciones hispanoamericanas cuya expresión geográfica refiere a un proceso que tiene su punto focal en la disputa, apropiación y construcción de una idea y una imagen del territorio.

No obstante, la imaginación geográfica bélica posee una condición material, junto a al proceso de desintegración e integración territorial propio de la desestructuración de una forma de geografía política, surge otra que enlaza con el proceso bélico que se despliega sobre un territorio inevitablemente unido a la idea de emancipación. Este proceso, posee condiciones físicas que cobran importancia en el curso de la guerra.

De este modo, los puertos, los lagos, los pasos de montaña, los valles productivos, los llanos y los ríos, cobran una importancia singular pues de su control puede definirse con mayor claridad el curso de la guerra. Estos lugares son pues intensamente disputados.

En tal sentido, la pregunta por la condición bélica de un río implica revisar un esfuerzo de despliegue, disputa y estabilización del control del mismo. Implica interrogar las condiciones de historicidad y geograficidad que abren un nuevo campo dinámico para comprender el papel de los lugares y los fenómenos geográficos en el campo de una historia de la geografía posible que considera a los hechos y a los discursos.

Remite a un vínculo del hombre con el espacio mediado por la imaginación entre todas las escalas que muestran los procesos de construcción de saberes, sus flujos y la importancia de los lugares articulados con una dimensión paratáctica y liminar que implica el desplazamiento del observador y del carácter instituyente de la percepción en geografías diversas que tienen la particularidad de ser geografías intensamente practicadas. De esta forma, el Orinoco entra dentro de la forja de redes epistémicas del mundo no solo de una

forma vinculada a la ciencia -como hemos visto en el capítulo anterior-, sino dentro de un conocimiento bélico de un área geográfica disputada que ve en él espacios geoestratégicos, arterias para desplazarse a centros y regiones nodales del sistema de poder espacial del imperio español en crisis.

La guerra se convierte en parte del discurso geográfico fundante de la nación. La ruina que esta deja es condición negativa para la forja de una nueva imaginación geográfica que construye un nuevo horizonte de construcción territorial de identidad espacial abierta al mundo, entendiendo esta, como el producto de un proceso de conocimiento de la naturaleza y de redefinición y aceleración de la cultura material enlazada con una visión que comienza a globalizarse en los flujos del comercio y de las ideas.

En tal orden de ideas, esta investigación que se contempla en este punto muestra un plano que liga el Orinoco a una condición bélica, a un espacio para la guerra que es constitutiva de la territorialidad. Esta condición del poder se muestra tanto en el proceso de ocupación efectiva, como en ciertos contenidos semánticos que la legitiman e incluso convierten a ciertos fenómenos y lugares en componentes de un pathos que dibuja a la nación dentro de un marco geográfico que intenta estabilizar o resolver la incertidumbre territorial surgida de la crisis del modelo de organización espacial anterior que no es solo político administrativo, sino que es también, el producto de una proceso complejo de imaginación del territorio.

El río Orinoco y su cuenca dentro de la imaginación geográfica emergente de la empresa de liberación nacional, fue un factor determinante en las narrativas de construcción cronotópica del horizonte geográfico orinoquense vinculado a dos intereses interactivos o en tensión: el proyecto de nación (Venezuela, Colombia) cuyas bases estaban en la geografía, en la dimensión compleja de un territorio, y la articulación con las ideas liberales e ilustradas que se vinculaban a su vez, con las necesidades materiales del sistema-mundo capitalista y de la tensión entre el progreso y la condición de pobreza de las repúblicas emergentes que paradójicamente poseían territorios muy ricos en recursos.

5.1 Fundar la República, el Orinoco como espacio bélico (1811-1841)

Los procesos de territorialización se mueven dialécticamente, la geografía política no es un producto estable de la historia, al contrario, se mueve en dinámicas de poder que definen su existencia y su disolución para emerger en otros cuerpos territoriales.

En este proceso la imaginación geográfica ligada a los espacios paratácticos y liminares define un horizonte de acción y unas orientaciones de sentido, define también y en términos concretos una relación con el espacio geográfico y dentro de él, con lugares y fenómenos que afectan las relaciones de fuerza que se despliegan en una confrontación por el control territorial.

En tal orden de ideas la geografía importa tanto como campo para la construcción de un discurso de poder, como para concreción del mismo a través de la toma de conciencia de su carácter geoestratégico. Es así como partiendo de estos supuestos podemos adelantar otra lectura del río Orinoco y de su cuenca. De su lugar en la construcción de una nueva geografía política de la nación.

La fundación de la República debe considerarse a la luz de una materialidad de las imágenes. Es decir, supone una doble articulación entre la geografía en términos de espacio físico, y la geografía imaginada. Ambos aspectos son importantes para comprender el proceso de construcción territorial que liga el mundo físico con las representaciones, discursos y dispositivos que otorgan un sentido al territorio estabilizando su apropiación o cuando menos, delimitando sus dimensiones y diseñando una idea de futuro que se contiene en el acto soberano de habitar.

5.1.2 El Orinoco en el cronotopo de la imaginación geográfica revolucionaria 1816-1841

El espacio físico y su resignificación simbólica en el cuerpo de la Patria suponen una imagen del territorio, un deseo de apropiación y construcción territorial. La imagen simbólica, usualmente femenina contiene en su cuerpo una serie de otros espacios que remiten a regiones y lugares en un plano, en otro, a recursos que representan productos y accidentes geográficos que toman un valor simbólico.

En cierto modo el cronotopo geográfico de la nación organiza un texto iconográfico, pero también discursos y, sobre todo, una relación de prácticas complejas que la propia imagen dinamiza pero que también, operan en sentido inverso, es decir, las propias prácticas en el decurso de una situación de conflicto, expansión, ocupación o guerra que construyen la posibilidad de imaginar un discurso que legitime dichas acciones sobre el espacio.

En tal orden de ideas, varios puntos de vista permiten observar la dinámica compleja que se deriva del acto de fundación de una República, ello implica, además, desde la relación entre escalas Nacionales, regionales y locales, hasta la relación de estas con la red

internacional. Bajo estas interacciones de fuerzas y escalas, es posible entender el papel de los ríos y de otros fenómenos geográficos envueltos en dicho proceso. Estos fenómenos, configuraron un dispositivo de imaginación geográfica y de condiciones materiales para el ejercicio de prácticas geoestratégicas y de discursos emergentes en un esfuerzo de construcción nacional ligada a un pathos territorial y a las condiciones físicas de los diversos espacios que fueron afectados por las conmociones bélicas ligadas indisolublemente a la idea de revolución.

Desde este punto de vista, la geografía del río Orinoco y de la cuenca que organiza, es fundamental para la comprensión de un plano de su historia en tanto que geografía política de las naciones independientes. Su complejidad desde este punto de vista se vislumbra a partir de la crisis del orden colonial, de las revoluciones de Independencia y de las dificultades por construir un pacto nacional en el cual el área de la cuenca y el río transitó por varias adscripciones.

Así, gran parte de la cuenca para tomar como referencia el último tercio del siglo XVIII pertenecía a la Capitanía General de Venezuela y una porción, Llanos de Casanare al Virreinato de la Nueva Granada. Luego en la primera mitad del siglo XIX, pasó al proclamarse la Independencia de las distintas circunscripciones política administrativas del imperio a formar parte y de forma sucesiva de la República de Venezuela y de la Nueva Granada en atención a los principios de *Uti possidettis Jure* que legitimaba en términos jurídicos la posesión territorial.

Con la invención de una República grande como Colombia (Gran Colombia) en 1819, la cuenca del Orinoco formó parte de un solo país hasta su disolución en 1830. En lo que respecta al río colector, el Orinoco, este solo definió su carácter de frontera a fines del siglo XIX, Los avatares de los tratados limítrofes post disolución del proyecto bolivariano, convirtieron a la cuenca en un área compartida, esto en función de las áreas llaneras que la integraban. En el caso específico del río Orinoco al menos en uno de sus tramos (Orinoco Medio), el río adquirió forma internacional entre Colombia y Venezuela luego de los tratados limítrofes. No obstante, para el año de 1873 El diplomático colombiano Aníbal Galindo pedía paso internacional por el río y la libre navegación arguyendo además de la amistad, razones ligadas al desarrollo del espacio socioeconómico ligado inevitablemente las arterias fluviales de lo que él llamaba “el sistema hidrográfico más grandioso del Mundo”. El ensayo de Galindo era un ejemplo de la naciente conciencia de articulación de los flujos del comercio entre el Atlántico y los espacios interiores, por eso el reclamo exigiendo vía expedita a través del río. Galindo además de argumentos jurídicos apela a los datos de la ciencia geográfica

tales como la interacción natural de los ríos y el conjunto de la cuenca que según él, para el caso de Colombia, “está representado por una superficie aproximada de 10,600 leguas cuadradas, o sea el 37 por 100 de la superficie total”. Aquí la ciencia se convierte en un factor en la negociación y la geografía se convierte en arma diplomática.

Conforme a la geografía de Codazzi, reproducida en la obra de la Dirección jeneral de estadística, que acaba de publicar el Ministerio de lo Interior i Justicia, el Orinoco lleva al llegar al Delta, cuyo vértice se encuentra en los 8° 27' latitud norte, i 5°11' longitud oriental de Caracas, las aguas pluviales de 12,620 leguas cuadradas del territorio de Guayana, 9,300 del de Colombia, i 7,400 de las provincias de Venezuela. Total 29,020 leguas cuadradas. (Galindo, 1873: 36, sic)

Hecha esta consideración de la geografía política, la investigación solo se detiene en lo que sigue, en el valor que comporta el Orinoco en los escenarios de una guerra larga, es decir, se estudia en lo que sigue, el Orinoco bélico en el marco del espacio paratáctico entre los años de 1817 y 1820, periodo en el que el río Orinoco y los puertos fluviales que escalonaban su curso, entre ellos la Angostura, se convirtieron en puntos duramente disputados.

Sobre el territorio imaginado en 1811 en Venezuela y la Nueva Granada, se extendía una soberanía de papel cuyo mayor déficit era la ausencia de un mapa que diera cuenta de la nueva realidad política. Una ilusión territorial sostenía las bases aún endeble de las jóvenes repúblicas que apenas si tenían una idea homogénea de los espacios interiores. En un plano realista, las formas de identidad nacional impulsaban una organización del espacio que expresaba la contradicción entre ciudades-región, organizadas como Provincias con respecto a Caracas para el caso de Venezuela, y como provincias con nodo en Bogotá para el caso de la Nueva Granada.

Este carácter centralizador era heredado de la jerarquización espacial establecida por las distintas circunscripciones político administrativas creadas por el imperio español en el marco del reordenamiento territorial producto de las llamadas reformas borbónicas. Las circunscripciones administrativas con impacto en la configuración interna de los espacios geográficos del imperio mostraban una perspectiva unificadora de la administración borbónica cuyo eje se asentaba en la representación del doble cuerpo del Rey que asociaba la persona al territorio (Kantorowicz, 1985; Cuevas, 2012). Esta imagen territorial física y simbólica del poder regio, entraría en crisis durante el proceso de Independencia. La conmoción bélica mostraría las tensiones internas que la figura monárquica y su dominio ofrecían dentro de una emergente concepción política que los nacionalismos traducirían en geografías políticas nuevas, también mostraría que los esfuerzos centralizadores orientados

hacia Caracas y hacia Bogotá no habían producido un efecto uniformizante y muchas ciudades región entre ellas Angostura, no compartían el proceso de independencia.

En virtud de ello, el ejercicio de la imaginación geográfica permitía recomponer un cuadro de naturaleza disforme y conflictuado en torno a la fidelidad de la República o de la monarquía dentro de otro cuadro que dibujaba un territorio que implicaba a lugares emblemáticamente concretos de la fisiografía de un amplio territorio.

No es sino a partir de 1816 que se impone la idea de controlar la Guayana y con ella la principal vía de comunicación hacia el interior del Norte de la América del sur, el río Orinoco y su extensa red. Cuatro años de combates sucesivos permitieron con la participación de milicias británicas y de alianzas con guerrillas llaneras vencer a las tropas monárquicas y controlar no solo el río, sino un vasto reservorio de abastecimiento para las tropas en un momento en que se proyectaba la conquista definitiva de Bogotá a través del acceso abierto por el río Meta al controlar la cuenca en sus puntos clave de Angostura y de San Fernando de Apures. Este control permitía, además, fijar la mirada hacia franja Norte de Venezuela al tener la extensa llanura central asegurada y encaminar tropas en dos direcciones para el asalto final de la ciudad de Caracas y de los puertos caribeños de Puerto Cabello y Maracaibo.

Al finalizar el proceso de la guerra. La imaginación geográfica del proyecto independista de escala mayor, convertiría al Orinoco, en enlace entre el mundo físico y el mundo moral, entendiendo por moral una disposición y una acción adecuada a un horizonte de unificación como había imaginado Bolívar en el “Delirio sobre el Chimborazo” en el que estaba integrado como si se tratase de un mapa mental para la nación el Orinoco como un geosímbolo sin embargo, la construcción de la nación con esos pesados centros nodales de Caracas y Bogotá, terminaría por hacer naufragar el proyecto no sin resistencias.

En 1830, Simón Bolívar, dirigiéndose al Congreso Constituyente de la República de Colombia, expresaba esa necesidad imperante de volver los ojos al territorio recién surgido de la Independencia. En medio de un contexto de fragmentación, su proyecto político asediado por la crisis y las tensiones entre regiones le permitía señalar en el cruce de lo paratáctico y lo liminar el valor del Orinoco:

Por lo demás hallareis también consejos importantes que seguir en la naturaleza misma de nuestro país, que comprende las regiones elevadas de los Andes y las abrasadas riberas del Orinoco; examínadle en toda su extensión, y aprenderéis en él, de la infalible maestra de hombres, lo que ha de dictar el congreso para la felicidad de los colombianos. (Bolívar 1978 [1830]: 54).

5.2 El Orinoco Bélico. Espacio paratáctico y geografías del horror y la promisión.

Con anterioridad a esta legítima preocupación por las bases geográficas de la República en trance de disolución que tanto afectaba al proyecto de geografía política bolivariana y su horizonte de futuro, la conmoción de la guerra afectó un conjunto de regiones de una forma radical. El resultado fue como se sabe, una baja demográfica y la destrucción de algunas zonas productivas sobre todo la de géneros coloniales de mayor demanda en los mercados internacionales como el tabaco, el cacao, la caña de azúcar y los hatos de ganadería vacuna y equina. La geografía de la guerra supuso también, una evaluación paratáctica de las condiciones que ciertas regiones ofrecían como condición de posibilidad para el éxito de las campañas.

Pese a que se puede imponer una visión catastrófica del proceso, algunos espacios fueron dentro de la percepción geoestratégica revalorizados como paisajes que podían dotar de recursos tanto a los ejércitos del Rey como a los ejércitos independentistas implicados en el enfrentamiento. Es así, como el Orinoco y las regiones que articula, especialmente los Llanos de Colombia y Venezuela, y luego el Delta del Orinoco con su vinculación clave con Atlántico y el Caribe; adquirieron una especial significación geográfica. Si nos detenemos en un mapa que representa el espacio bélico del Orinoco (Figura 1), es posible observar un conjunto de variables que explican el conflicto en términos espaciales.

A la vista de este mapa, el espacio geográfico del Orinoco, como el de otras regiones integradas en las complejas unidades político-administrativas del mundo colonial en casi todas sus dimensiones, fue sacudido durante la revolución de independencia por un conjunto de relaciones de poder. La revolución en marcha fue modelada por una geografía diversa.

Escenarios tales como las ciudades, los puertos, los campos de cultivo y los hatos ganaderos sufrieron el impacto de la guerra con el correspondiente deterioro geoambiental que la dureza del conflicto ocasionó. En este sentido, el Orinoco pasó de ser un espacio marginal desde el punto de vista geoestratégico -ello a pesar de los esfuerzos de muchos observadores del siglo XVIII por revalorizarlo frente a las pretensiones de potencias competidoras de España-, a convertirse en un lugar central de la organización de la guerra. El nuevo contexto de intereses modificaba la percepción del territorio.

La geografía diversa que atravesaron los ejércitos de liberación y los ejércitos monárquicos presentaba duros retos para los recorridos y manutención de la tropa. Cada enfrentamiento implicaba poseer o no un acceso privilegiado a recursos o puntos de ventaja, usualmente emplazamientos portuarios para la continuidad de la campaña. En este sentido, los puertos importantes del eje fluvial Orinoco-Apure y del Meta, fueron objetivos militares.

El Capitán Vawel, expedicionario británico que había llegado con esa suerte de contingentes internacionales que vinieron a pelear en la guerra del lado republicano (Brown, 2007), percibiría con claridad esta situación particular de la cuenca del Orinoco que ligaba un espacio físico difícil marcado por periodos de intensa pluviosidad e inundaciones que convertían a la llanura en especial, los llanos venezolanos en especie de mares, y periodos de extrema sequía que convertía al llano en un desierto de matorrales y tierras resquebrajadas.

Este espacio de duras condiciones interiores era la zona de dehesas, de “pastores” que había observado Humboldt. Así pues, la explotación ganadera, en especial, en la zona de Los Llanos se caracterizaba por sus prósperos hatos, para este observador británico.

La amplia extensión de sabanas sin caminos, que los nativos llaman Los Llanos y que se extienden entre los ríos Orinoco y Apure, cortados por numerosos, profundos y rápidos torrentes, y parcialmente inundables en cada estación de lluvias, no ofrecían para intentar la invasión, nada más atractivo que los novillos y caballos salvajes que abundan allí (Vawell, 1973 [1831]: 3).

Ese atractivo en una guerra tan violenta y con un dinamismo de escenarios de combate cambiantes era clave y definía junto a otros aspectos el valor del espacio. En efecto, la geografía abierta del Orinoco suponía entonces características invaluable:

A) Por un lado, los llanos de la cuenca orinoquense en sus tramos norte y occidental contaban junto con la mancha ganadera de los ríos Caroní y Cuyuni regentados por la orden capuchina, con importantes recursos para un mejor desempeño en la guerra, es decir, suministro de carne y de ganado caballar muy útil en ese tipo de guerra de guerrillas.

B) La situación clave de sus ríos como arterias de amplio dinamismo, y

C) El escalonamiento de sus puertos fluviales esto al menos en los tramos que van del Delta al Orinoco medio a la altura de las confluencias del Orinoco con el Caura, el Apure y el Meta que permitían ampliar la visión de campo y las conexiones infraestructurales internas y externas.

A la vista de estas características en torno a espacios vitales considerados en términos paratáticos, se entiende entonces, que Bolívar en carta a Martín Tovar Ponte quién participaba de las negociaciones para ganar el apoyo inglés, expresará a la vista de lo conseguido en las acciones militares en el Orinoco lo siguiente:

Esta provincia [Guayana] es un punto capital; muy propio para ser defendido y más aún para ofender: tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santafé, y poseemos un inmenso territorio en una y otra ribera del Orinoco, Apure, Meta y Arauca. Además, poseemos ganados y caballos. Como en el día la lucha se reduce a mantener el territorio y a prolongar la campaña, el que más logre esta ventaja será el vencedor. (Bolívar [1817] 1978b)

Desde este punto de vista que resalta el control del espacio, cada combate marcaba también un esfuerzo de control y de construcción de bases sólidas para el programa de la guerra. El ritmo de control geográfico de amplias extensiones implicó, a ciudades, cursos fluviales como el río Magdalena y el Orinoco, lagos como el de Maracaibo, puertos como el de Cartagena, La Guaira, Puerto Cabello y Cumaná que miraban al Caribe.

Es indudable a la vista del mapa (vid supra figura 1), que los puertos fluviales de la cuenca del Orinoco como San Fernando de Apure, Caicara y la Angostura se transformaron en lugares centrales del conflicto por sus atributos articuladores de espacios. Al respecto de estos escenarios bélicos y de sus resultados, señala Marco Aurelio Vila que,

La batalla de San Félix, a orillas del Orinoco, aseguró la explotación pecuaria, secundariamente la agrícola y del hierro, del territorio de las misiones de los capuchinos catalanes; así como el libre paso por el amplio camino fluvial del Orinoco, de tierra adentro al Atlántico. Esta vía ya era utilizada desde tiempos anteriores para el comercio entre Angostura (Ciudad Bolívar) y las tierras del pie de monte andino-llanero con centro en Barinas. (Marco Aurelio Vila, 1976: 53)

En medio de un contexto bélico de construcción republicana no había tiempo para especulaciones geográficas, se imponía una visión geoestratégica del territorio tratando de controlar las redes de comunicación y utilitaria en cuanto a la obtención de recursos, flujo de armas y de tropas suministradas por Gran Bretaña al abrirse la navegación del río.

Junto a el giro que tomaba la guerra al disputarse las áreas claves, se impulsaba entonces una acción sobre el medio que no podía escapar al deterioro geoambiental de los escenarios en el que transcurría la guerra, entre ellos los paisajes pecuarios de los llanos, y sobre todo, de los Llanos del Pao y de Barcelona en la margen izquierda o superior del Orinoco bajo, y del Caroní y el Yuruari que formaban parte de la cuenca del río Orinoco en la margen derecha o inferior, es decir, en la Guayana.

La campaña de Manuel Piar en el Oriente controlando las llanuras, y en el Bajo Orinoco, entre 1816 y 1817 significó además de controlar el acceso al río facilitando la conexión con las posesiones británicas, el control de vastas áreas ganaderas cuyo florecimiento era conocido por todos, en especial las actividades pecuarias desarrolladas por los Misioneros capuchinos catalanes. Esta zona se articulaba con la red fluvial del Caroní, el

Barima y del Cuyuní afluente del Esequibo y vía tradicional de entrada de Caribes y holandeses en el siglo XVIII. La estrategia de Piar que se correspondía con la nueva visión geoestratégica de Bolívar trataba de buscar una conexión a través de los ríos del bajo Orinoco con la zona de Demerara y Berbice una cuestión fundamental.

La expedición de Félix Blanco orientada en tal sentido, remontó el Cuyuní para buscar los asentamientos ingleses recién legitimados luego de 1814 y 1815 en el antiguo territorio holandés de la Guayana, pues eran claves para obtener armas mediante el intercambio de mulas y otros avituallamientos para la guerra; sin embargo, la ruta no era tan expedita y la expedición en una zona tan poca conocida fracasó (Princep, 1975 [1818]: 21). Ello no restó importancia al logro militar de controlar la Angostura y los Llanos orientales pues el tráfico de armas siguió las rutas de los caños principales, Mánamo, Macareo y Boca grande.

El control del Delta permitió asegurar la entrada de avituallamientos y de tropas por las bocas practicables dentro de un espacio laberíntico que impresionó a muchos de los integrantes de la llamada legión británica que veían por vez primera estos espacios tropicales.

Paralelamente a las acciones de Piar, en la zona de los Llano Occidentales se libraba una lucha por el control de San Fernando de Apure entre las guerrillas de Páez, Cedeño, Mariño, Monagas y Zaraza contra las tropas monárquicas comandadas por Morillo que serían derrotadas en varias acciones militares entre ellas, Las Queseras del Medio, Mucuritas, etc.

Con el aseguramiento de los puertos de Apure y Angostura, convertido este último, en un centro nodal de creciente importancia a partir de 1818, se abrió la puerta para que Bolívar bajase hasta ese centro nodal y desde allí redefiniere en su memorable Discurso de 1819 el proyecto geopolítico y administrativo de una Colombia unida. Junto a la imaginación geográfica de una nación grande, se imponían por el momento las necesidades geoestratégicas de la guerra.

El control de la Guayana aseguró a las tropas republicanas la conexión Atlántica y caribeña (conexión de Trinidad y Margarita), con ello los flujos de armas a través de caño Manamo y de Boca Grande en el Delta hacia Angostura y en menor escala del Esequibo – Cuyuni, que se volvían expeditos como puede apreciarse en el mapa (Fig. xx espacio bélico).

Para ese momento crucial del curso de la guerra, los plenipotenciarios venezolanos en Londres entre los cuales se encontraban Andrés Bello y López Méndez aseguraron la traída de contingentes militares europeos básicamente británicos, escoceses e irlandeses que entrarían en varios cuerpos expedicionarios por esa la vía de un contrato en el cual se mezclaban

intereses de mercenarios con intereses libertarios a partir de 1817 (Brown, 2007; Hughes, 2010).

El carácter central de la Angostura el más importante puerto fluvial del Orinoco se fortaleció y su percepción espacial en la proyección de la guerra fue significativa pues permitió el control de los Llanos a través de acciones más coordinadas entre las guerrillas llaneras. La importancia de estos cuerpos era tal, que fueron celebradas por Reclus como “pequeños ejércitos de insurrectos formados en distintos puntos del territorio, [que] desde las bocas del Orinoco hasta las tierras salinas de Atacama, debieron las repúblicas americanas, el poder conquistar su independencia” (Reclus, (1913 [1905-1908]), Tomo 5: 106). Estas guerrillas curtidas en la geografía humana de las faenas de ganadería extensiva y conocedores prácticos de una gran parte de la Cuenca del Orinoco ejercían importantes líneas de presión sobre las llanuras y sobre varios tramos del río (vid supra Figura 1), habían arrinconando a las tropas Monárquicas profesionales en los Valles centrales de la cordillera caribica, y en los Puertos de Maracaibo y Puerto Cabello además de Angostura.

En tal contexto, la importancia geoestratégica quedaría reafirmada por Bolívar en una carta dirigida a Fernando Peñalver consejero de gobierno que realizaba acciones de enlace en Saint Thomas y Trinidad, “Somos dueños del Orinoco y, por consiguiente, podemos emprender la campaña de Caracas por el punto que elijamos (Bolívar, 1978c [1817]). También y como ya señalamos, se emprendió la campaña sobre la Nueva Granada vía los Llanos del Meta y Casanare.

Con la toma de la Guayana por parte de las tropas republicanas, la presencia de ingleses en la zona comenzó a ser común, James Hamilton y John Princep, comerciantes de armamento y comerciantes de Tabaco y otros productos coloniales, habían partido de Londres con dirección a la Angostura aprovechando el antemural que significaban las estratégicas islas de Tobago y de Trinidad frente al Golfo de Paria de posesión inglesa y ubicadas frente las bocas del Orinoco.

Dentro de su visión geográfica, la pérdida del Orinoco por parte del imperio español significaba a los ojos de los ingleses, una oportunidad de ingreso al curso principal de la sección norte de la América del Sur en su vertiente atlántica y con ello el acceso a los Llanos y al interior del continente. Los pormenores de este viaje de los agentes británicos se conserva el Diario de John Princep, Diario de un viaje de Santo Tomé de Angostura, en la Guayana española, a las misiones Capuchinas del Caroní” realizado entre el 29 de octubre y el 18 de diciembre de 1818. Recoge una información valiosa del estado de la Guyana en el curso bajo

del Orinoco, de la Angostura, sobre todo, describe las impresiones de las posesiones misioneras que recorrió y observó detenidamente por cerca de dos meses.

Se sabe que la ruta a través del Caroní la siguió con prácticos de la zona y con un Mapa –probablemente elaborado por los religiosos capuchinos hoy perdido-, que obtuvo en la misión de Altagracia (Princep (1975 [1818]: 27). El texto se presenta como un diario detallado de todo un itinerario que puede observarse en el mapa (Fig. 1). Este inglés en efecto, viajó por el área de las misiones de los capuchinos catalanes.

Esta zona de misiones había llevado con un éxito sostenido el proceso de implantación de un modelo colonial sustentado en la concentración de población indígena en las misiones y la formación de un espacio socioeconómico dedicado a actividades agropecuarias, especialmente la ganadería vacuna y equina, y las plantaciones de Tabaco, y junto a ella algunas actividades mineras ligadas al hierro y oro. Diseminadas a lo largo del curso del Caroní y La Paragua hasta Barceloneta, y luego hacia la zona de Yuruari las misiones seguían un proceso de expansión al Cuyuní, es decir, ocupaban una vasta área en un cuadrilátero que iba entre el Esequibo y el Caroní con límite en la margen derecha del Orinoco aguas abajo a la altura del encuentro con el afluente Río Caroní que bajaba de los sistemas montañosos del sur.

Las observaciones de Princep se enmarcan en el formato de un viaje que inscribe en el diario acuciosamente, una serie de datos y descripciones sobre pueblos, áreas de cultivo y pastizales, caminos, estado económico y habitacional de los hatos y plantaciones, clima, y distancias. Igualmente incluye orientaciones –en una suerte de mapa mental-, con especiales referencias a montañas o colinas que servían para la localización de las misiones, su posición estratégica en función de las cercanías a los ríos que terminan por organizar un sentido del relato con un objetivo claro: ofrecer un panorama de las opciones geográficas de esa subcuenca del Orinoco.

Princep también explora las bibliotecas y copia datos estadísticos de los informes de las misiones como el del General de la Orden fechado en 1803 (Princep, ([1818] 1975: 48), en su detallada descripción de los emplazamientos, los propios funcionarios le sirven de informantes para dar básicamente datos demográficos, cantidad de pueblos y de semovientes que organiza en cuadros estadísticos para mostrar la riqueza y el potencial de dicha zona (Ibídem: 51-52-53).

Pero, en este ambiente estimulante de una imaginación geográfica ligada al espacio de promisión, la paradoja perceptiva se esconde tras el relato del agente inglés, el paisaje de la guerra también se impone. Los escenarios bélicos también producían un cuadro de destrucción en las unidades de producción y de horror en el paisaje de ciudades y campos.

De este modo, las prósperas misiones de los capuchinos catalanes y sus hatos ganaderos y sabanas, son descritos por Princep con minuciosidad dentro de una geografía del horror. La “fiebre”, la insalubridad, deserciones, conscripciones, el hambre y, sobre todo, las muertes por la guerra dominan la geografía humana de despoblamiento que se asienta sobre un escenario natural de suelos fértiles, presencia de agua y algunas áreas de cultivos pleno de potenciales para los géneros coloniales.

Dos ejemplos permiten hacernos una idea de esta aparente ambivalencia geográfica, en este sentido, la Aldea de San Antonio y la de Cupapuy, retratan con fuerza estos paisajes del conflicto al sur del bajo Orinoco.

San Antonio, o Unrisatono, está bellamente situada en una extensa sabana, rodeada de montañas y a una considerable altura sobre el nivel del mar. El sitio parece muy sano; pero la fiebre había penetrado a ésta, así como a todas las misiones. El comandante, y toda su gente, con más de 10 indios estaban enfermos, en cama; cada casa presentaba una escena de horror. Esta aldea de 56 edificaciones, en 1803, contaba con 802 habitaciones: ni 30 permanecían sanos: 230 habían muerto ya: cuatro entierros por día: la desesperación visible en cada rostro.

Hay aquí buenos pastos, pero poco ganado. Las colinas circundantes son los bastante ricas para cualquier cultivo. Algodón y tabaco prosperan en la sabana; pero arroz y casabe son principales productos.

Las edificaciones son en menor escala que en Carnache, pero la iglesia es bonita; el oropel y los crudos adornos del altar evidencian el gusto de los indios a adornos”. (Ibídem 1975:9-10)

Otra de las misiones descritas con dramatismo es la que ofrece al describir la misión de Cupapuy una aldea que según los datos que recoge Princep había pasado de 3000 cabezas de ganado a menos de 300, y ofrecía en consecuencia, un paisaje desolador causado por el impacto de la peste que se había desatado en el Puerto de San Miguel convertido en un matadero para distribución de carnes destinadas a las tropas en la desembocadura del Caroní sobre el Orinoco.

Cupapuy, esta es una de las misiones más grandes. Fue fundada en 1733, y en 1803 tenía 957 indios de la tribu Guayano, una de las más dóciles. Esta bellamente ubicada en una elevación de 500 pies sobre la llanura vecina, y siempre ha sido muy sana; sin embargo, allí pudimos observar la pestilencia en todos sus horrores. De los 7 u 800 habitantes que todavía quedaban, contamos 439 enfermos de la fiebre, y muriendo a un ritmo de 12 a 14 por día. Por lo que pudimos colegir, la epidemia se originó en San Miguel otra de las misiones situada en la salida del río Caroní al Orinoco, donde una gran cantidad de ganado había sido sacrificado para la tropa [sin mayor cuidado por la asepsia]. El hedor de los huesos y de los huesos y de las menudencias, dejados, como de costumbre, en la plaza para que se pudrieran, había infectado el aire de tal manera, que queda vivo un solo indio; y todos los vaqueros y reseros que habían venido con las reses, regresaron con la fiebre, y diseminaron la infección en toda la región. (Ibídem, 1975:16)

No obstante, junto a estos estragos de la guerra descritos detalladamente en sus aspectos humanos y económicos, se despliega un discurso prometedor en cuanto a las posibilidades que los recursos de esas zonas tienen para el florecimiento de las unidades de producción y la estabilización de poblaciones. El mismo Bolívar en comunicación con Sir Ralph Woodford, Gobernador de Trinidad, celebraba el control de Guayana y lo que esto significa para los aliados ingleses lo que permite, articular el Diario de Princep con los intereses republicanos en cuanto a las nuevas opciones geoeconómicas que se imaginaban en lo porvenir. “Quedando abolido como queda el bloqueo del Orinoco [dice Bolívar] su comercio está expedito para la Nación Británica...” (Bolívar, ([1817] 1978c). La situación geográfica y su condición republicana, era favorable a los flujos del intercambio comercial pese a los estragos de la guerra e Inglaterra parecía ser la nación más favorecida.

Princep y Hamilton solicitan en tal contexto al Gobierno republicano a través de Francisco Antonio Zea un letrado y científico neogranadino quién era el Vicepresidente de Colombia y además había regentado el Jardín Botánico de Madrid en 1805 y publicado en Londres la *Colombia being a Geographical, Statiscal, Agricultural, and Political Account of the Country with Map and Portraits at Bolivar and F. A. Zea*, (1822), les sean concedidas las misiones capuchinas en arrendamiento con el objeto de levantarlas de la ruina en las que la había dejado la guerra. Se trata de impulsar, un plan de migración sobre las zonas de misiones capuchinas y los terrenos del Río Orinoco y Caroní “incultos” y desasistidos.

Dicha contratación fue aprobada en 1820 dibujando nuevas expectativas para la región. El resultado del viaje a las misiones de Princep se tradujo en la elaboración de un proyecto de migración y creación de colonias con escoceses e irlandeses aquejados por la mendicidad y la falta de trabajo en una Europa que apenas asimilaba los estragos de las guerras napoleónicas y la tensión entre los modelos monárquicos y republicanos. Esta colonia se situaría desde el río Manamo hasta la Guayana portuguesa, inglesa y holandesa, y del Caroní hasta el Delta, es decir cubriendo desde las bocas del Orinoco hasta las zonas de Caroní y Barima en un cuadrilátero que seguía en su mayor parte la zona misionera. La población sería bautizada como Nueva Erin o Dublín e incorporada a la federación venezolana. Esta colonia según el informe (Carlos Herring y Ricardo Jaffray 1975 [1819])., mantendría ciertos privilegios en cuanto al gobierno interior.

La solución migratoria hacia el Orinoco-Guayana, mostraba los vacíos que el despoblamiento por la guerra ocasionó en los asentamientos misioneros ligados a la cuenca del Orinoco. Sin embargo, la distancia entre los proyectos y sus realidades terminaron por

inscribir el proyecto en los marcos del utopismo decimonónico, pues la migración no se produjo y el proyecto terminó en el olvido no sin anunciar, el interés británico por el Esequibo, el Cuyuni y el Delta. No sin razón Robert Schomburgk emprende un viaje para dibujar el mapa completo de las Guayanas en 1839 que muestra una imagen completa de la Guyana y de sus vías fluviales el espacio seguía siendo prospectivo en términos geoestratégicos.

5. 3 El Orinoco y su cuenca en la cartografía bélica.

La expresión cartográfica del Orinoco ligó junto al estatuto científico el estatuto militar. No obstante, la elaboración de mapas en el periodo bélico, es decir en la marcha de la guerra de Independencia no está clara, y en una vista de conjunto, pareciera ausente esta cartografía. No así, en el caso de las cartografías retrospectivas. Es decir, las cartografías elaboradas a partir de 1840 es decir, unos 20 o 18 años después de finalizado el conflicto en lo que respecta al área de la cuenca del Orinoco. Un caso similar será el *Atlas of the battles of the American Revolution, together with maps shewing the routes of the British and American Armies, plans of cities, surveys of harbors*, del importante cartógrafo William Faden editado en 1845 que resaltaba la relación entre guerra, cartografía y nación.

Esto nos plantea un problema de orden a la hora de evaluar los aspectos cartográficos que envuelven al Orinoco en el proceso de Independencia. Uno, refiere indudablemente al contexto de los acontecimientos, otro al de posteriores lecturas que inscriben el relato épico con su espacialización.

En lo que sigue trataremos de ofrecer una panorámica sobre esos dos momentos de configuración de la imagen de un espacio geográfico conmovido por la guerra, trataremos de valorar los significados y las semánticas espaciales de esos dos momentos en la construcción de la comunidad imaginada y nos detendremos en la idea de que el territorio no fue dado, sino que fue el producto de una guerra de liberación en la cual la cartografía dibujó un espacio manejable y celebratorio.

Junto a estos problemas, se incorpora la idea de lo que subyace bajo las capas de los mapas generales, es decir, la articulación de la idea general de territorio que el mapa otorga en su escala nacional con los lugares y las regiones como dimensiones singulares que explican tanto la guerra de posiciones como el valor material y simbólico que estas poseían con

referencia a ciertos accidentes geográficos claves como, por ejemplo, la densa red hidrográfica del Río Orinoco.

Un plano importante en la comprensión del Orinoco Bélico lo constituye como ya hemos señalado, la cartografía, sin embargo, llama la atención la ausencia o desaparición de materiales cartográficos referidos a los desplazamientos de los ejércitos tan necesarios para comprender la topografía y la dinámica de la guerra. En medio de este contexto, las bases cartográficas hasta el momento parecen ausentes, así lo ha sostenido Marco Aurelio Vila en atención a la ausencia notoria de mapas generales y planos de combate. Para él.

Los que tuvieron bajo su responsabilidad el desarrollo de las campañas de la Guerra de la Independencia [...] aprendieron la geografía de los territorios donde les tocó actuar por el contacto directo con cada paisaje.

El material cartográfico, hoy de tanta importancia en las actividades bélicas era, de hecho, inexistente. Los mapas disponibles en la época únicamente solían representar grandes espacios. El relieve, en el mejor de los casos, se exponía de una manera sumamente simple y la exactitud, en numerosas ocasiones, era supuesta. Los mapas de la época podían servir para orientarse; pero no para obtener conocimiento preciso. (Vila, 1975:51).

En un sentido la apreciación de Vila parece ser cierta, realmente no se contaba con mapas de mayor precisión sobre los espacios interiores y, si bien, es presumible la existencia de cartografía republicana de campaña, dichas documentaciones parecen haber desaparecido. La apreciación de Vila remite también a una función práctica que implicó una construcción de espacio ligada a un “contacto directo con el paisaje”, a ello se puede agregar, el recurso de otros actores, prácticos de la zona, arrieros y canoeros (navegantes de los ríos), que cumplieron una función al guiar a las tropas sobre terrenos poco conocidos; las narrativas testimoniales de la guerra dan cuenta del valor de estos guías, sobre todo, en lo que refiere a la noción de perspectiva sobre el terreno pues los desplazamientos, requerían de puntos de llegada claves, de itinerarios más o menos claros.

Sin embargo, del lado monárquico, recientes investigaciones han mostrado la existencia de una valiosa documentación referida a los escenarios de guerra y a los llamados “itinerarios” cuya información topográfica y de descripción pragmática de paisajes son fuente valiosa para comprender los problemas y los giros perceptivos de las geografías en conflicto.

Por ejemplo, Solano (1991), señala que el Ejército Expedicionario de Costa Firme, comandado por Pablo Morillo oficial del Real Cuerpo de Marina y veterano de las guerras napoleónicas, trabajó aceleradamente luego del desembarco en las costas de Venezuela y Colombia en un cuerpo especializado denominado Mesa topográfica. Su labor se tradujo en el levantamiento de planos topográficos y de mapas que Morillo remitió en 1816 al Ministerio

de la Guerra en Madrid, dicho inventario de planos y mapas incluía mapas de la Guayana y de las misiones, (estos se pueden consultar en Solano, 1991: 389).

Pero el valor de ésta documentación no se reduce al contexto específico de la guerra, sino que su información al revestir un interés científico del cual estaba consciente el propio Morillo termina por pasar del Ministerio de Guerra al centro de cálculo londinense de Felipe Bauzá que según Solano (Ibídem: XLIV; L), las utiliza no solo para la elaboración de su Memoria de posiciones hidrográficas de 1827, un importante texto para el conocimiento de los cuerpos de agua planetarios, sino que los utilizó para dibujar su mapa de Colombia y Venezuela de 1841, mapa que coincide por cierto, con el momento en que Codazzi edita sus mapas de Venezuela.

No obstante, y a la vista de este contexto, el vacío cartográfico de una geografía bélica republicana vendría a ser llenado un tiempo más tarde y en medio de la fragua del proyecto de identificación entre Independencia-territorio y Nación, por una serie de mapas que partirán de un canon que fue elaborado por Agostino Codazzi en sus mapas de guerra hechos para los Atlas de Venezuela y Colombia.

En el caso de Venezuela Codazzi incluyó tres mapas que de forma general tituló: “Mapa de Venezuela para servir a la historia de las campanas de la guerra de independencia” que divide en campañas que van de 1821, 1813, 1814; luego el mapa que abarca los años de 1815, 1816 y 1817 y finalmente el de 1818 y 1819 (que incluye a Venezuela y la Nueva Granada) (fig.2). Este tipo de cartografía bélica que designaba la relación entre guerra y territorio se proyectará más tarde en el caso de Venezuela en algunos como el mapa de Bonifacio Millán de 1871 que incorporará amplificada la estadística de combates, este último mapa era en realidad una adaptación de los mapas de Codazzi, aunque acompañado con cuadros estadísticos (Vid Santos Rodolfo Cortés y Juan Arévalo, 2000).

Para el caso de Colombia los mapas que hizo el cartógrafo italiano que incluye las campañas sobre el Orinoco y el resto de la cuenca fueron: Carta que representa el teatro de independencia años 1806, 1811 y 1814; Carta que representa el teatro de la guerra de independencia años 1815 a 1819 (fig. 3); Carta que representa el teatro de la guerra de independencia años 1819 y 1820 (fig. 4) y finalmente Carta de la Antigua Colombia dividida en los departamentos de Cundinamarca, Venezuela y Quito que contiene una representación sintética de las Campañas de la guerra de independencia años 1821 a 1823 que incluye la expedición al Alto Perú y la conquista del litoral caribeño de las actuales Venezuela y Colombia.

Estos mapas fueron probablemente reelaborados por Paz y Pérez en 1889 y formaron parte del Atlas de Colombia que reconstruyó la obra hecha por Codazzi en Colombia que había quedado sin un ensamble completo por su inesperada muerte.

Hechos en retrospectiva –aunque en el caso de Codazzi, por un participante de la guerra que recuerda los escenarios bélicos que incluso los recorrió-, su producción y lectura remiten a varias interrogantes conexas. ¿Qué función cumplían en el proceso de construcción de una conciencia geográfica? ¿Qué relaciones de tipo espacial construyen? ¿Qué fenómenos geográficos articula la visión geoestratégica?

En gran parte de estos mapas se observa claramente que uno de los teatros de guerra envolvió sin duda alguna al río Orinoco y gran parte de la cuenca ligada a los Llanos. Es posible percibir la centralidad que tuvo el Orinoco como espacio decisivo de la guerra.

En medio del esfuerzo por cartografiar la nación, la aparición de mapas alusivos a las campañas de la guerra de Independencia, poseían la virtud de incorporar una representación espacial a la narrativa temporal del discurso histórico. Recordemos que, junto a la obra de Codazzi aparece como parte del mismo proyecto de encargo republicano la necesidad de escribir una obra de historia. Los textos de geografía e historia en el proceso de fundar la República, de consolidar las formas de identificación territorial, tendrán la tarea de producir un sentido espacio temporal a la nación.

La cartografía de Codazzi referida a las campañas militares es correlativa a la narrativa espacial de la guerra que se encuentra implícita en las primeras historias nacionales tales como el Resumen de la Historia de Venezuela del Ingeniero Militar Rafael María Baralt y de Ramón Díaz publicado de forma simultánea con la obra del geógrafo italiano en 1841.

Pero sus antecedentes inmediatos, refieren a una relación espacio-temporal que se constituye en base a las descripciones de los combates que habían hecho Feliciano Montenegro y Colón en Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela editada entre 1834 y 1837 y más atrás, con la obra de Manuel Palacio Fajardo Bosquejo de la Revolución en la América Española de 1817 y J. M. Restrepo Historia de la Revolución de Colombia de 1827 y 1858 que daban cuenta de un momento de la historia compartida de Colombia y Venezuela.

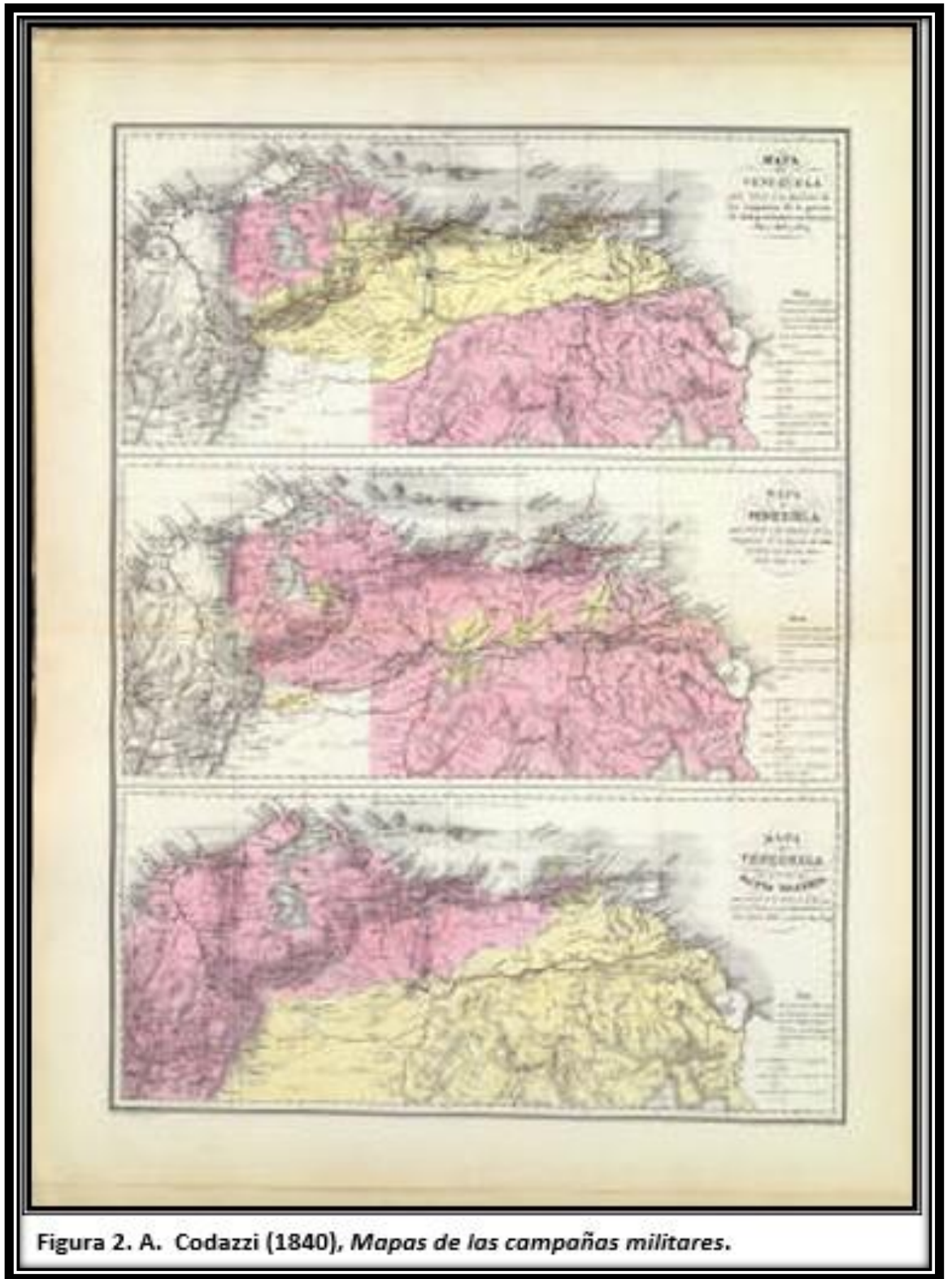


Figura 2. A. Codazzi (1840), *Mapas de las campañas militares.*

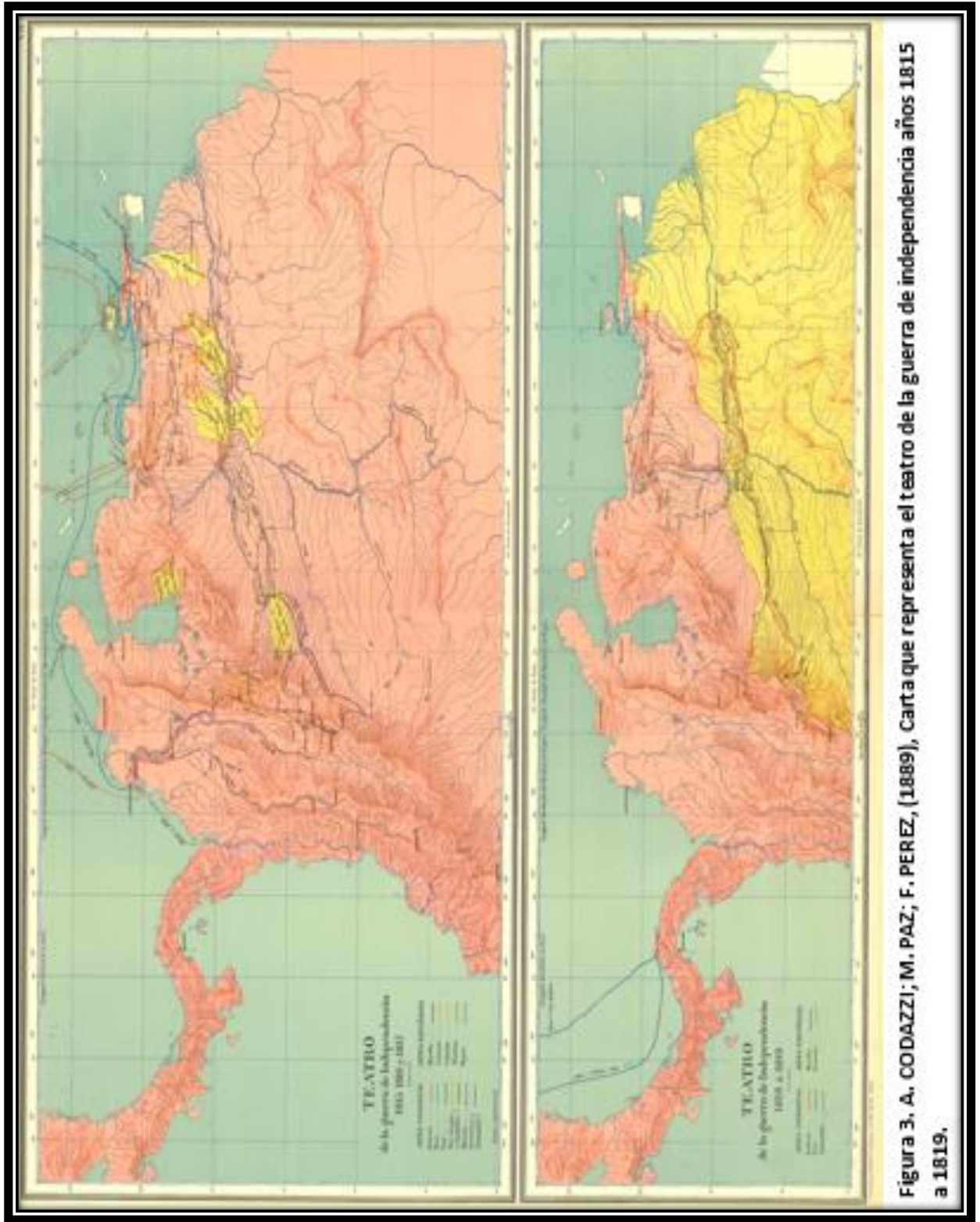


Figura 3. A. CODAZZI; M. PAZ; F. PEREZ, (1889), Carta que representa el teatro de la guerra de independencia años 1815 a 1819.

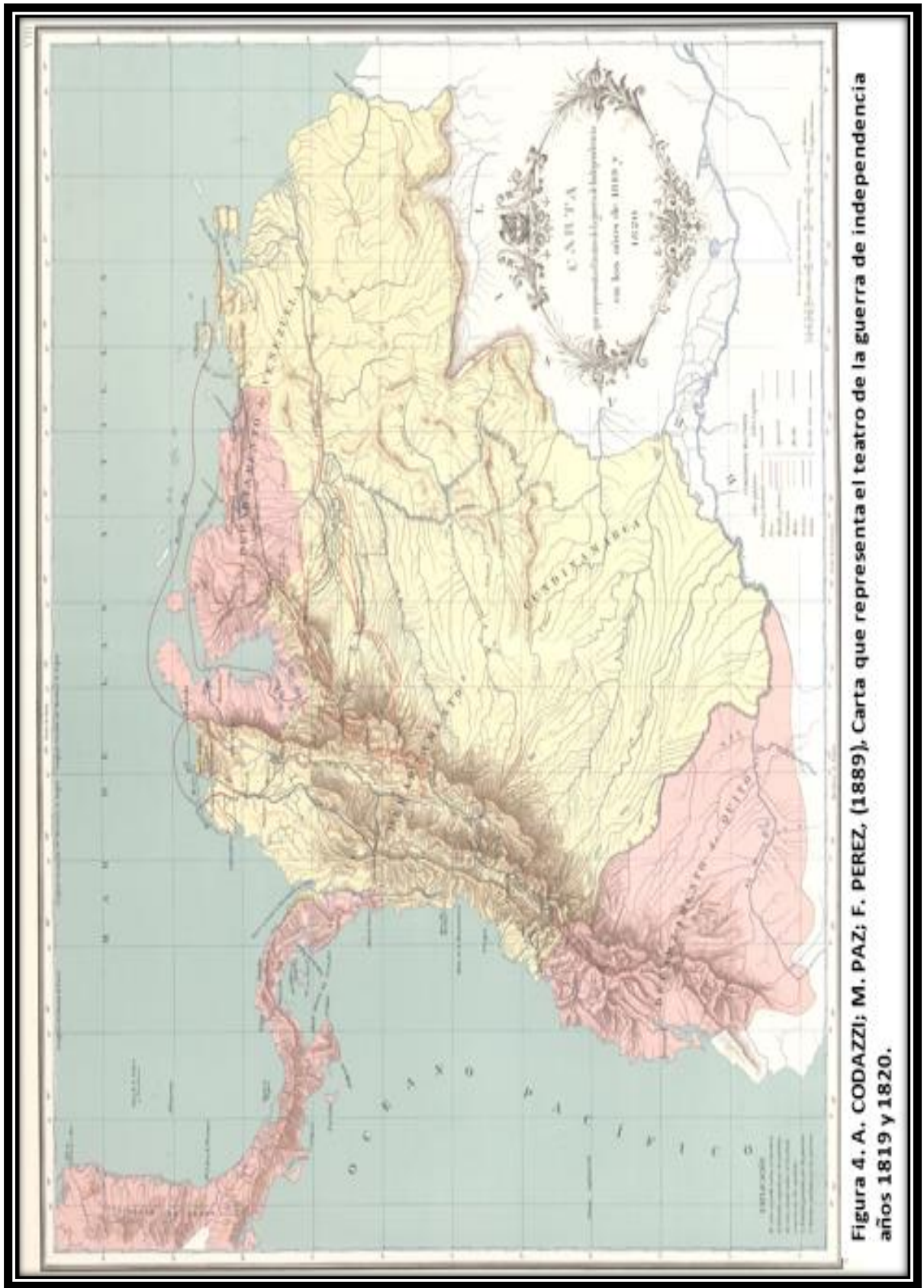


Figura 4. A. CODAZZI; M. PAZ; F. PEREZ, (1889), Carta que representa el teatro de la guerra de independencia años 1819 y 1820.

La geografía general de Montenegro y Colón, obra coetánea con la de Codazzi, puede ser vista entonces como parte del discurso bélico que incluye al Orinoco, sobre todo en la relevancia que se desprende de la descripción de la batalla de San Félix. El horizonte de estas obras se despliega no sólo en la caracterización de los escenarios de batallas y combates, si no también, en el establecimiento de un sentido territorial que conduce a la acción de una lucha por su control. Estas construcciones del discurso nacional al enlazar el correlato épico de la lucha heroica con el territorio, creaba las bases para incorporar una cartografía que proporcionase una memoria espacial del conflicto. La tarea la asumirá Codazzi.

La cartografía bélica de Codazzi poseía en su conjunto una función clave, se trata en el contexto inmediato de la posguerra, de proporcionar un estatuto militar a la cartografía con relación al discurso bélico de emancipación. De ese binomio entre discurso e imagen, emergerá una narrativa espacial que identifique a la comunidad imaginada con la nueva estructura de poder interna monopolizada por los héroes de la guerra.

También, funcionan como *esprit de corp* que unifica al territorio alrededor de una lucha territorial. Finalmente, resaltan el valor de algunas regiones y de accidentes geográficos que cumplen según se deduce del panorama de los teatros de operaciones una función geoestratégica crucial. Es posible entonces deducir que el Orinoco se convierte en un río que comunica, en una ruta necesaria para asegurar el control de dos regiones claves: Los Llanos y la Guayana.

La importancia de estos mapas dentro del estudio que adelantamos nos permite hacernos una idea más clara del escenario bélico con centro en el Orinoco. Hablan en un nuevo contexto. A pesar de que ve la guerra en la distancia, la convierte en memoria de una lucha territorial que cobra importancia dentro de la geografía política nacional. De este modo la geografía científica liga con la geografía bélica pues el territorio es el producto de estas dos narrativas y prácticas fundacionales

De forma general, estas cartografías temáticas elaboradas por Codazzi quince años después de finalizados los conflictos, describen las diversas campañas desplegándose sobre un extenso espacio geográfico complejo, a partir de allí, es posible observar la importancia de los tres cuerpos de agua fundamentales: el mar Caribe en la fachada norte de la América del sur: hacia el noroccidente el Lago de Maracaibo y el Río Magdalena, y hacia el centro de Venezuela y oriente de Colombia, el río Orinoco con proyección Atlántica.

Estos mapas que hoy llamaríamos temáticos no eran solo el resultado de una visión retrospectiva de la espacialización del conflicto, eran también parte de la experiencia que el propio Codazzi había tenido en la guerra y se articulaban como un dispositivo de

representación dentro del imaginario del fervor revolucionario. A partir de ellos, se percibe la importancia relativa que el río Orinoco tuvo en el control de una vasta área de suministros y, sobre todo, y vinculado a uno de los objetivos centrales de la obra de Codazzi, internacionalizar la geografía nacional al mostrar su poder articulador entre el Atlántico y los espacios internos de Venezuela y la Nueva Granada.

Los mapas en su conjunto señalan los lugares de combate, pero estos no pueden comprenderse sin el espacio en el que acontece su despliegue geoestratégico en torno al valor del río Orinoco como colector y eje principal de la cuenca.

En tal orden de ideas, los emplazamientos de Angostura y Guayana la vieja o Guayana de los Castillos que son señalados en el mapa junto a la localización de la victoria militar en San Félix en el área de las misiones capuchinas y el papel de las guerrillas de los distintos caudillos llaneros que nos hablan de guerra de posiciones impactando segmentos estratégicos del curso fluvial del Orinoco y sus conexiones con los tributarios, terminan por mostrar que el control de esta área fue clave no solo por la toma de las misiones regentadas por capuchinos catalanes que eran como hemos dicho, el área de florecientes hatos ganaderos de las llanuras de la cuenca del Orinoco, sino que revela el valor del escalonamiento de puertos sobre los que se trazan las campañas y los combates en una proyección que llevará hasta Bogotá y hacia los centros nodales de la costa Caribe de Venezuela, en especial, Cumaná, Caracas, Maracaibo y Puerto Cabello.

Estos mapas expresan una labor cartográfica que además de servir de correlato al discurso épico muestran en un plano concreto otra lectura que integrada al discurso nacional muestra la importancia de los lugares y de los accidentes geográficos, entre ellos el del Orinoco que ocupa en estas cartografías un lugar central.

En otro pliegue estas cartografías cumplían una función pública, desde la obra de Codazzi hasta las de Paz, Bonilla, Muñoz Tébar y Lecuna, los mapas se destinan a la instrucción pública, forman parte de la visualización geográfica de la Independencia que actuaba como dispositivo para la formación de la comunidad imaginada.

El Orinoco bélico tuvo en las obras de historia y geografía y en la cartografía sus formas de codificación. Estos textos apuntaban las coordenadas ideológicas del discurso espaciotemporal de la patria en gesta de liberación; es más, la de Restrepo junto a la obra de Codazzi eran en palabras de Marco Aurelio Vila, “el resultado de la guerra vivida”. También lo eran la de Montenegro y Colón y la de Baralt que también habían participado en la guerra. Junto a esta tarea las cartografías subsiguientes diluían en heroísmo un espacio geográfico que

había sido violento, mostraban también la importancia de esas geografías interiores dado su valor geoestratégico.

Se había producido un parto doloroso para la República y los escenarios concretos de la guerra quedaban como marcas cartografiadas de un conflicto por la libertad que implicó además la construcción de una nueva soberanía y la articulación con un mercado Atlántico que se abría en el horizonte propiciado por la idea de progreso cuya dinámica se ligaba a las ideas liberales y a la necesidad de modernización. Proyectos que inevitablemente quedan en manos de las nuevas estructuras de poder interno y en relación con los intereses comerciales de las potencias aliadas a la causa emancipatoria como por ejemplo Inglaterra y en menor grado Francia y Alemania.

El peso de la geografía del Orinoco cuyas condiciones físicas habían sido factor para el despliegue de la guerra se abría a un nuevo régimen de la imaginación geográfica surgida de las ruinas. El nuevo trabajo del discurso geográfico consistiría en imaginar un horizonte de expectativas asociado al discurso de la abundancia.

5.4 Tiempo de posguerra. La Pedagogía geográfica y los “nuevos” discursos de la abundancia.

Entender el lugar del Orinoco en la historia geográfica, implica conocer también el giro que lo convirtió de espacio bélico en espacio de promisión dentro de un discurso nacionalista que no podía desprenderse de la formación ciudadana tanta necesaria en el contexto de las fuerzas activas de una demografía golpeada por la guerra.

La construcción de formas de cívicas, de urbanismo y buenas maneras como decía M. A. Carreño para quién la Patria se identificaba con el territorio que se habitaba que estaba inevitablemente atravesado por un sentimiento especial representado por múltiples lugares (Carreño, 1854:19-20), venían acompañadas por la necesidad de construir una identidad nacional que era expresión de un sentido de territorialidad contenido en los habitantes. En este contexto además de incipiente dada las altas tasas de analfabetismo y la ausencia de bibliotecas y estructuras educativas suficientes y estables, las historias y geografías, unidas a los llamados catecismos jugaron un papel determinante.

Enfrentados con un conjunto de fuerzas internas y externas bajo las que se escondía el doble juego de ruptura con la metrópoli Ibérica y de integración como federación de provincias organizadas en torno a un nuevo centro de poder en Caracas, pero también, en Colombia, los letrados y la naciente burocracia movilizaron una pasión por conocer la

geografía interna y delimitar sus fronteras sobre todo en espacios que aún no eran visibles. Para esa estructura de poder naciente la geografía que se abría era una invitación,

El país es un misterio, verde y frondoso en todas las estaciones con una gigantesca vegetación, con selvas inmensas, con valles de todas alturas y en el que tenemos todos los climas y con una asombrosa variedad de animales y plantas útiles (A. Leocadio Guzmán, 1961 [1831]: 443).

Esta pasión por conocer el territorio, al menos hasta mediados del XIX, fue precaria en sus logros y grande en sus manifestaciones retóricas y propuestas pedagógicas. La geografía atendía también necesidades más urgentes como las nuevas fronteras que cambiaban según los intereses de las ciudades-región dominantes. Así se pasó, primero de la República de Venezuela y la Nueva Granada a un proyecto de una Colombia unificada, hasta llegar, nuevamente a la República de Venezuela y de Colombia en 1830. En todo caso, la visión geográfica debía además de resolver el problema de las fronteras, enfrentar el reto del levantamiento de una economía devastada por una cruenta guerra, la baja demográfica, la escasez de caminos, la modernización de los puertos. A esto se sumaba la necesidad de apuntalar la conciencia identitaria del nuevo ciudadano.

Esto explica que la geografía fue más que teórica, empírica y descriptiva como lo demuestra los propios trabajos de Codazzi, por otro, era aplicada en función de crear una conciencia en torno a las posibilidades que el conocimiento del país circunstancialmente podía ofrecer dentro de un territorio aún desconocido. En este ámbito, la instrucción pública se convirtió en una constante preocupación al igual que la necesidad de formar un ciudadano modelo. Dentro de esta concepción formativa de la sociedad, la geografía de Montenegro y Colón, así como la de Codazzi y más tarde las de Manuel Landaeta Rosales con su Gran recopilación geográfica, estadística e histórica de Venezuela (1889-1890), y la obra de Vergara y Velasco para el caso de Colombia, Nueva Geografía de Colombia editada sucesivamente desde 1888 hasta 1902 que también codificaban información sobre el Orinoco.

Luego, y de forma más específica en cuanto a la forja de una estrategia de construcción de conciencia geográfica útil para la nación, los textos geográficos de instrucción y orientación pedagógica del propio Codazzi, *Catecismo de la Geografía de Venezuela precedido de unas breves nociones de Geografía General y de Cosmografía*,(1841); la ampliación que hace el polígrafo Arístides Rojas, *Primer libro de geografía de Venezuela según Codazzi; aumentado, corregido ... y acompañado de ejercicios geográficos* por A. Rojas (1870) y, el texto de Ramón Páez, *Libro segundo de geografía descriptiva, destinado á seguir al primero de Smith...* (1872), ocuparon un lugar importante al

crear desde una especie de ortopedia ciudadana, una conciencia territorial sobre los lugares, los accidentes geográficos y sus paisajes heterogéneos.

A este movimiento del conocimiento público de la geografía se sumaban importantes obras como la de E. Reclus, *Nouvelle géographie universelle; la terre et les hommes* (Nueva geografía universal. La tierra y los Hombres. Específicamente los tomos 18 y 19). El Hombre y la Tierra, (1913 [1905-1908]), que entre otras obras -impregnadas del carácter amplio de las escalas y las interacciones-, inscribía a estas regiones en la perspectiva universal.

No es casual entonces, que ante la vista de los problemas propios que proponía el río sudamericano, Reclus haya señalado que el reconocimiento de la bifurcación del Orinoco por parte de Humboldt era uno de los “hechos geográficos más importantes de la historia de la geografía (1893, tomo XVIII: 125) y un fenómeno hidrográfico muy importante para la comprensión de la geografía física del mundo (1894, Tomo XIX: 127-128). En este sentido, para comprender la doble relación emergente de la modernidad que envuelve a la república con su territorio y con las regiones y lugares que lo componen, y un movimiento del conocimiento progresivo del mundo que trasciende a la nación, es importante rescatar el debate en torno a las relaciones de poder y su materialidad física vinculantes a los procesos de forja de la identidad nacional y al movimiento de un conocimiento de amplia escala universal.

El problema se define en varios planos, por un lado, expresa una relación de la idea de la frontera y de la historia que integra al territorio como base esencial del discurso nacionalista con funciones, patrióticas y cívicas (vid el debate Foucault-*Herodote*, 1976: 120 y Foucault, 2006), aquí el discurso nacional contenido en textos escritos y en representaciones como mapa nacional cumple una función marco de apropiación territorial.

En el aspecto específico del río Orinoco, este pasó de estar representado íntegramente dentro del territorio venezolano, a ser representado en uno de sus tramos como espacio compartido. Una cuestión que se observa en los mapas de Codazzi correspondientes a las dos geografías que redactó, pues en el primero contenido en el Atlas de 1840, el río Orinoco estaba íntegramente en territorio venezolano y en el segundo correspondientes a los Atlas de Colombia de 1865 y 1889 -cuyos mapas fueron reelaborados por Martín Paz-, un tramo del Orinoco a nivel de parte del Orinoco medio se convierte en río compartido.

En otro plano, la necesidad cognitiva de vincularse vitalmente con el espacio que se habita, y la inevitable tensión entre los centros nodales y las periferias que surgirían a lo largo del siglo XIX forzó a seleccionar e incorporar determinados tipos de información geográfica que expresaban también los proyectos hegemónicos.

En consecuencia, los libros al servicio de la identidad en términos de una conciencia histórica y geográfica, aunque limitados en su rigurosidad crítica y en su número, jugaron un papel importante al menos en el plano de las expectativas y en la gestación de la idea de comunidad imaginada. Eran los medios para filtrar la mirada regional y reconfigurarla en una escala nacional. Pero al articular las dimensiones espaciales también la dota de contenidos dentro de una operación que se sustenta en el ejercicio de la imaginación geográfica.

La geografía que ofrecen estos textos termina por moverse en ciertas virtudes y defectos. Es precaria en sus planteamientos y se expresaba simplemente como un marco en el cual la historia se despliega, esto no la disminuye si se comprende la idea de territorio, de cuerpo de la patria, cuestión que no difiere de las relaciones de territorio-estado y nación que enfrentaron los estados europeos en el auge del nacionalismo del siglo XIX.

Angelo Turco (2007), ha hablado de una semántica de la violencia, para el caso que nos ocupa la relación establecida entre un espacio bélico que es el producto de una confrontación entre dos modelos el imperial y el republicano, y el lenguaje que da significado al espacio, se decanta en una semántica constructiva de un nuevo territorio para la nación. Es paradójico, pero junto al espacio bélico el lenguaje promete, muestra un espacio porvenir que se contiene en los discursos y constituyen al Orinoco en un geosímbolo, en un lugar que articula el imaginario nacional ahora convertido metonímicamente en el territorio

La idea de fundación de la república en el que la historia y geografía constituían los fundamentos tomaban en Restrepo y en Feliciano Montenegro y Colón el camino de integrar la atomización de conciencias en una sola conciencia nacional. Esta se encontraba alojada no en las colectividades analfabetas en su mayoría -cuestión análoga al resto de la América hispánica-, sino en conexión con un minoritario pero muy influyente público culto.

La solución de continuidad a este proceso para Colombia y Venezuela vendría con la obra de Agustín Codazzi, un texto cuya elaboración tenía algunas correspondencias con lo hecho por Montenegro, Zea y Restrepo, sin embargo, un abismo mediaba entre estos y Codazzi.

El posicionamiento del discurso geográfico de este último ocupaba un lugar paralelo al de la historia en términos de correlación dentro de la imaginación geográfica de la nación y la comunidad imaginada, su impacto sería tal que las comunidades científicas europeas reconocerían su aporte.

De este modo *El resumen de la geografía de Venezuela* y el *Atlas Físico y Político de la República de Venezuela* publicados en 1840/41 en París, aportan la perspectiva geográfica de un país variado y una cartografía que no sólo es correlato, sino que marca una distinción

con la de Restrepo y con las tradicionales cartografías de John Arrowsmith y los mapas compilados por Bauzá.

Para el caso del Orinoco, como ya se ha señalado, Codazzi ofrece en sus Atlas de 1840, 1865 y 1889 una serie de mapas en el que se organizan al menos cinco espacios: El mapa Físico de Hoyas hidrográficas, el físico dividido en tres zonas, y siete mapas que se refieren a Provincias y Cantones que se tocan con el Orinoco.

De este corpus -hemos revisado en el punto anterior algunos-, pero, es importante mencionar el afinamiento perceptivo que contienen los mapas de Restrepo “Carta del Departamento del Orinoco o de Maturín” y de Codazzi “Isla y Provincia de Margarita. Provincia de Cumana. Provincia de Barcelona). Cantón de Piacoa de la Provincia de Guayana [Delta del Orinoco]” (Vid supra figuras 27 y 28 del Cap. 4) con respecto al área del Delta que es el extremo que conecta al Orinoco con el Atlántico.

Estos mapas enlazaban directamente con la importancia que este accidente geográfico había venido tomando desde fines del XVIII y durante el siglo XIX, cuyo contrapunto a objeto de tener una idea en el largo siglo XIX puede verse en los mapas “West Indies Dragons Mouths (Bocas de Dragos) surveyed by Captain Columbine de 1803” (fig. 5) y el mapa de fines de siglo titulado, “Mapa del bajo Orinoco de 1897” (fig. 6) que apareció en la prestigiosa revista *El Cojo Ilustrado* de autor anónimo (probablemente Muñoz Tébar o Vicente Lecuna?).

Este ciclo cartográfico se cierra con el mapa “Valley Of The Orinoco River Map” de 1896 compilado por T. Heyward Gigniliat que apareció en la *National Geographic* y que ofrece paratácticamente una mirada amplia de la cuenca con especial énfasis en la zona minera de El Callao (fig. 7) y el Mapa de Venezuela (se muestran ríos navegables, ferrocarriles y proyectos de ferrocarril) dibujado por Muñoz Tébar para *El Cojo ilustrado* en 1898 (fig. 8) en el que se observa la centralidad del Orinoco dentro de la ilusión de proyectos del siglo XIX con proyección a Puerto Nutrias en el Apure, la confluencia Apure-Orinoco activando las poblaciones de Cabruta y Caicara y la línea ferrocarrilera que conectase la zona minera del Callao con Ciudad Bolívar y de allí a través de los Llanos orientales con los puertos caribeños.

Estos mapas, construyen una visión de la importancia que volvió a cobrar el río en esta suerte de dispositivos de la nación como si se tratasen de partes para un ensamble del puzzle nacional. El sentido que se desprendía de ellos no era estático sino prospectivo, invitaban al trabajo sobre un territorio que comenzaba a abrirse al progreso.

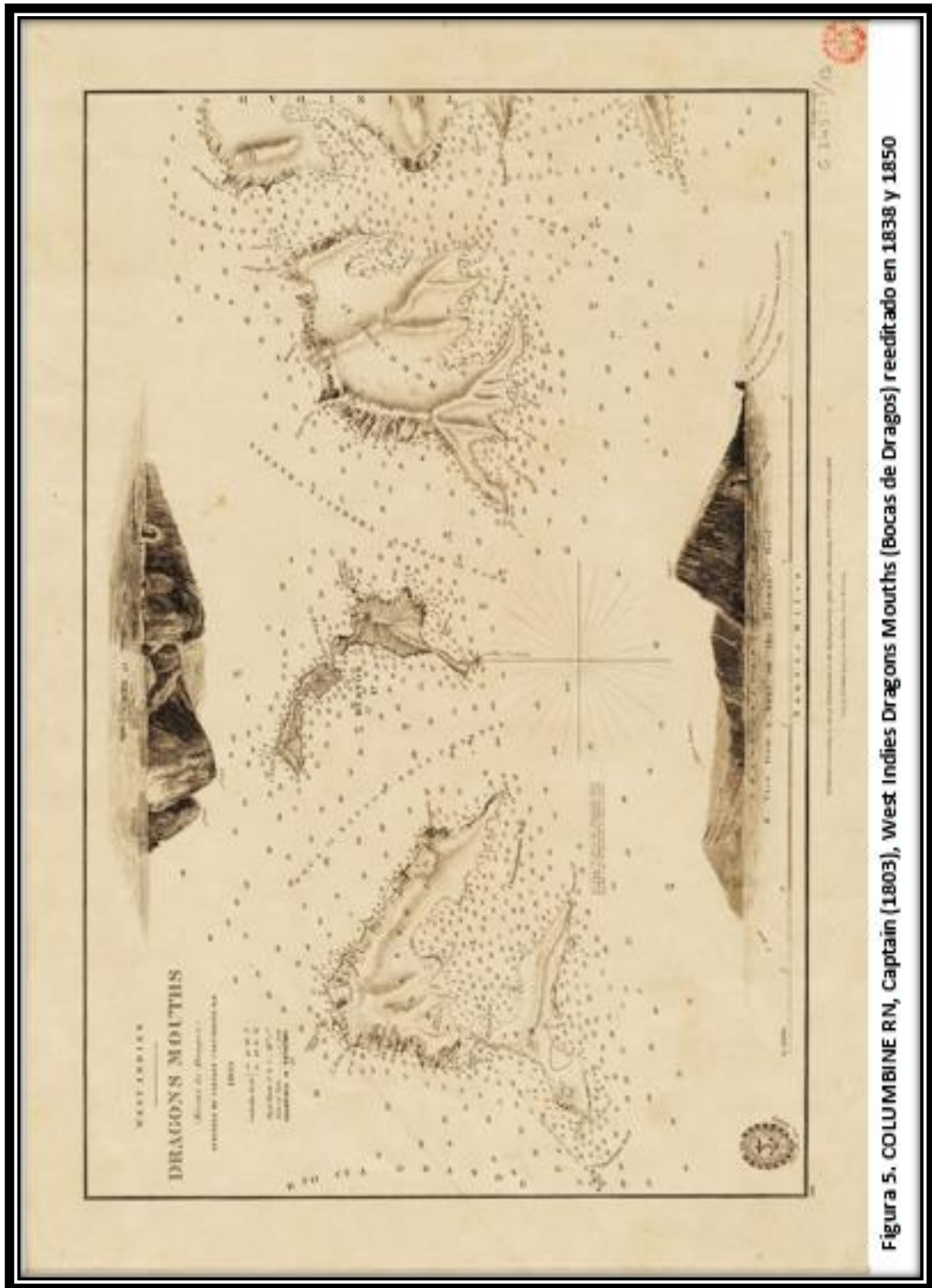


Figura 5. COLUMBINE RN, Captain (1803), West Indies Dragons Mouths [Bocas de Dragos] recitado en 1838 y 1850

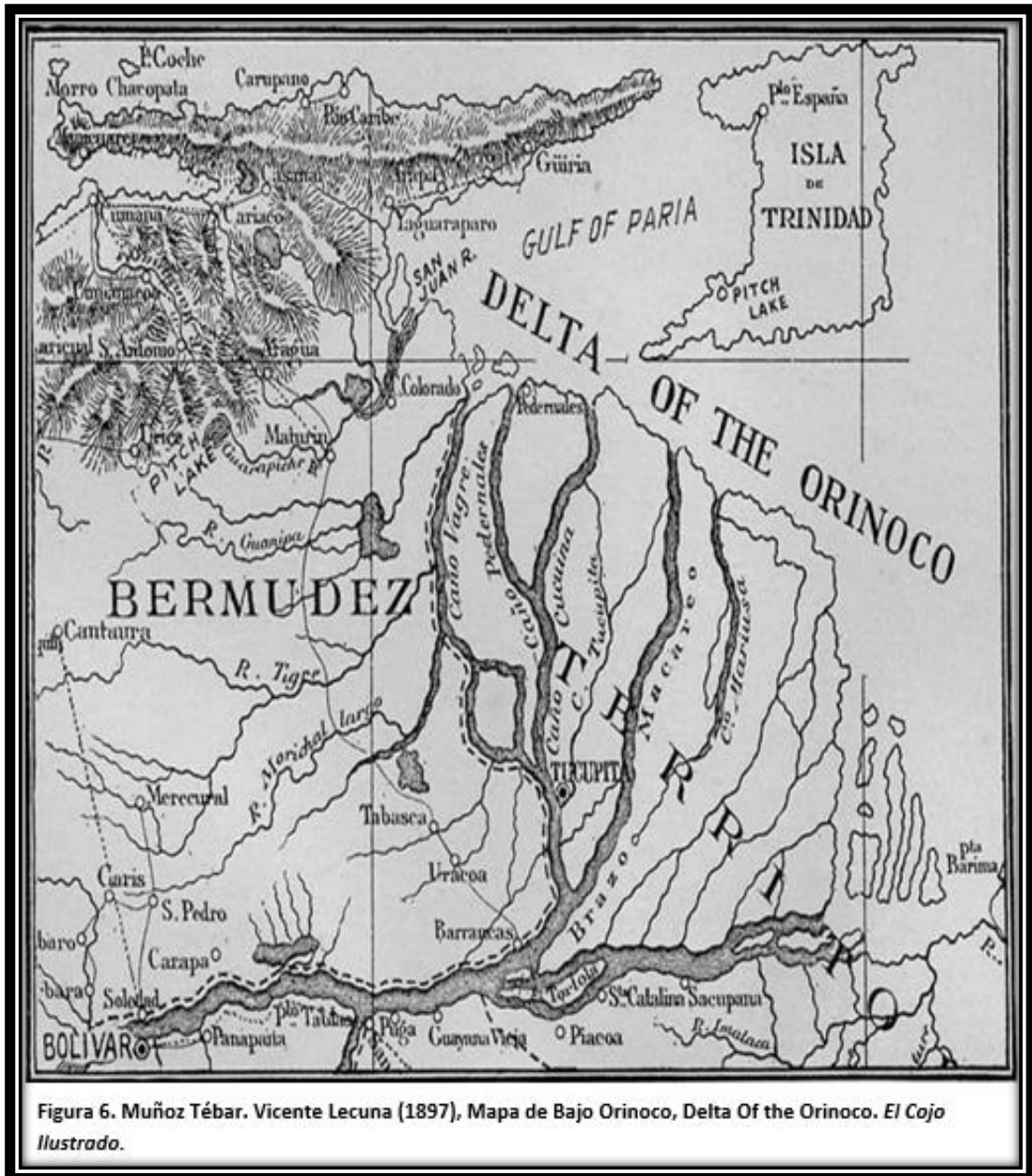


Figura 6. Muñoz Tébar. Vicente Lecuna (1897), Mapa de Bajo Orinoco, Delta Of the Orinoco. *El Cojo Ilustrado*.

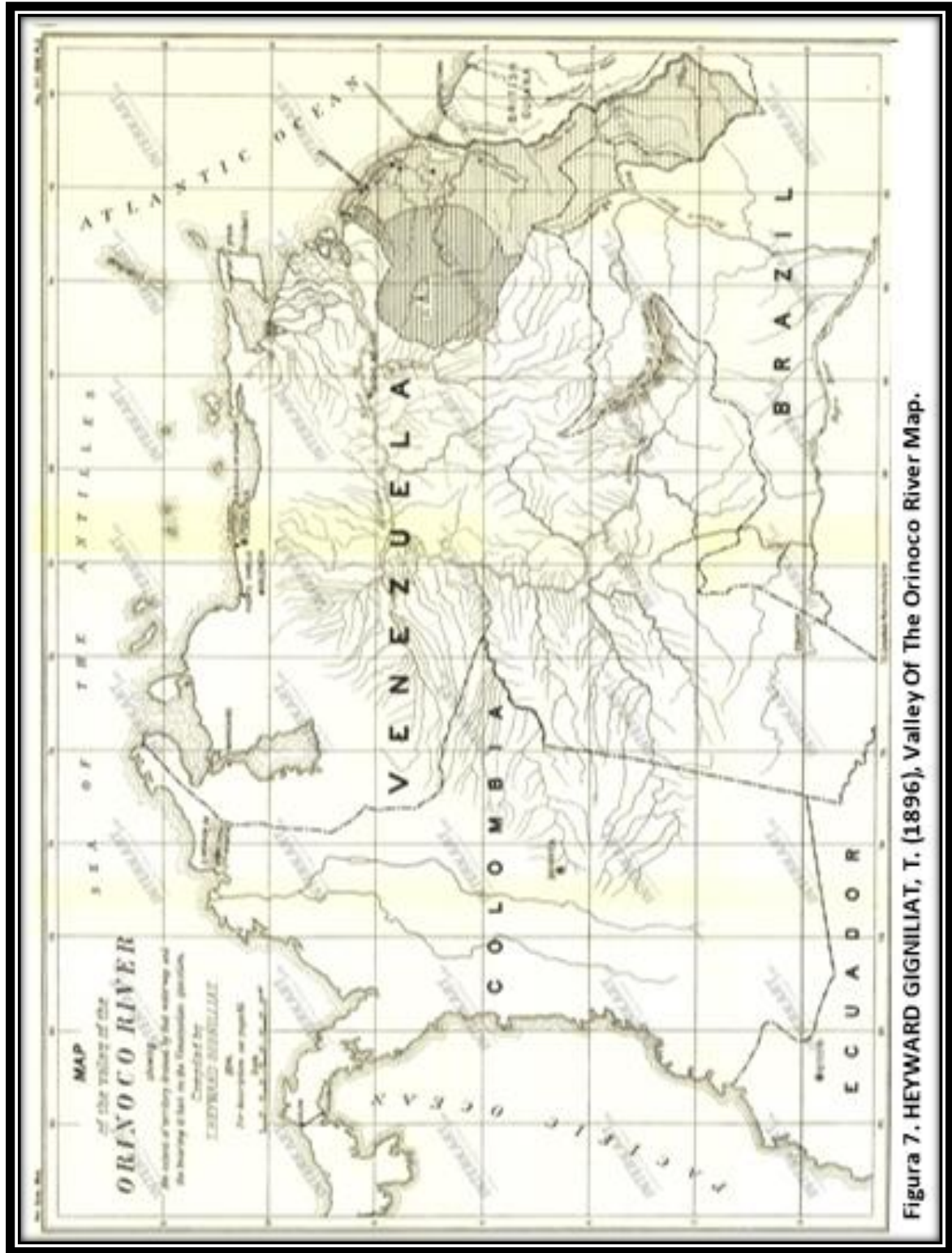


Figura 7. HEYWARD GIGNILIAT, T. (1896), Valley Of The Orinoco River Map.

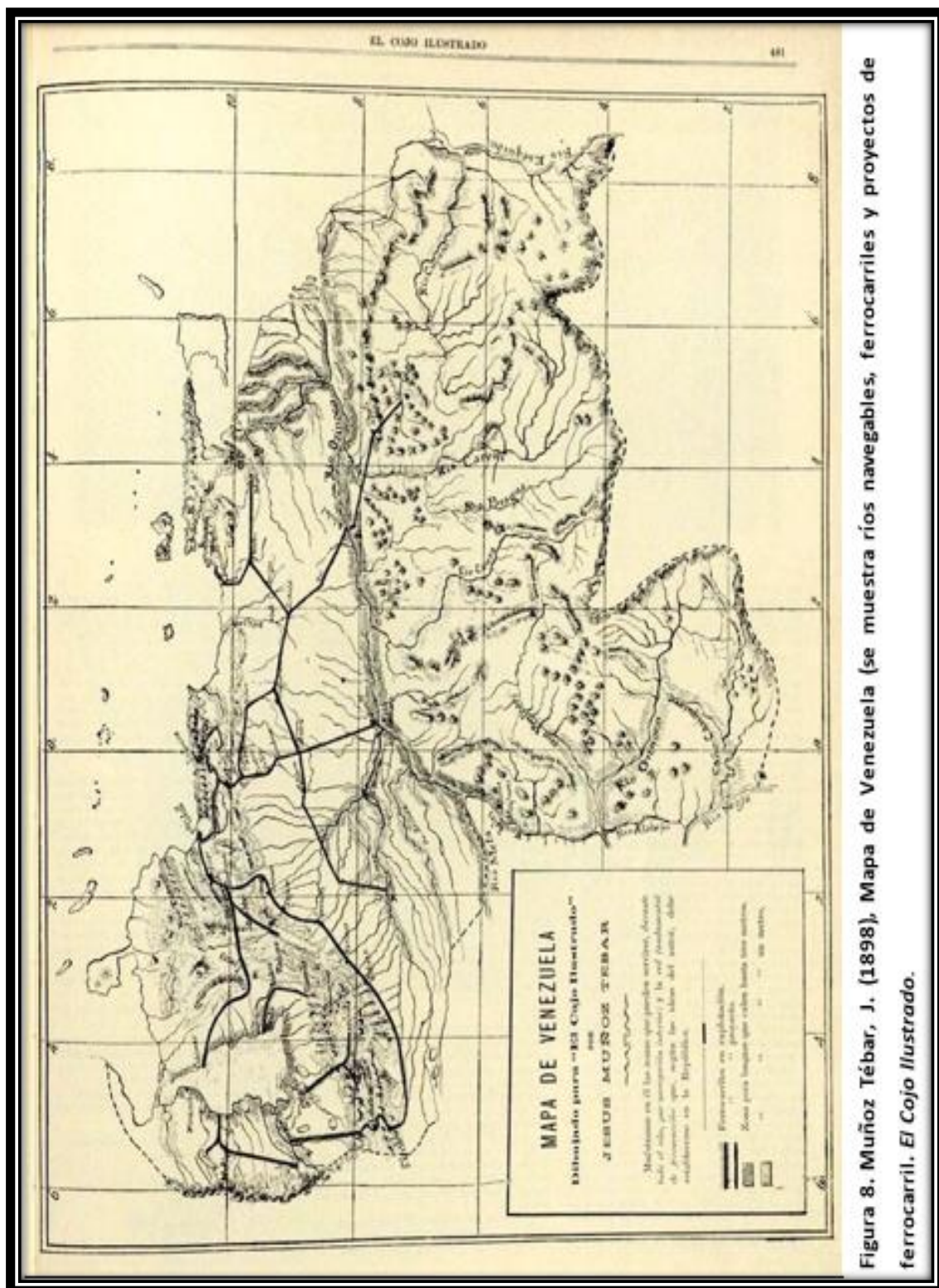


Figura 8. Muñoz Tébar, J. (1898), Mapa de Venezuela (se muestra ríos navegables, ferrocarriles y proyectos de ferrocarril. *El Cojo Ilustrado*).

En el plano pragmático del poder la ocupación debía ser legitimada y pedagogizada hacia la sociedad por medio de discursos y artefactos. Siguiendo a Eric J. Hobsbawm en *La invención de la tradición*, se puede decir, que los letrados al servicio de las nuevas ideas republicanas inventaron sus propias tradiciones de posesión y soberanía territorial y construyeron sus formas discursivas: catecismos, mapas, y geografías e historias como vehículos de identidad.

Sobre el espacio paratáctico de los lugares concretos de la nación se empezó a construir un espacio liminar a partir del cual comenzó a dibujarse una idea del paisaje. Ramón Páez en tal sentido nos brinda en el trayecto de su viaje por los Llanos cuadros paisajísticos que colocan a la guerra dentro de una poética espacial de rememoración de los combates librados por el control de los puertos fluviales., así, ante la vista de los ríos Portuguesa y el Apure dirá, “¡Qué de gloriosos recuerdos de los feroces combates por la libertad traían sus aguas a mi memoria!” (Páez, (1986 [1862]): 122).

El mismo Páez en algunos capítulos referidos a la guerra había resaltado el valor estratégico de la zona. Pero junto a la imagen escrita estaba la pictórica. En tal sentido, la alegoría elaborada por Carmelo Fernández (para una explicación más amplia vid cap. VI) que ilustraba el *Atlas* de Codazzi codifica un giro, construye un nuevo mensaje y una nueva percepción del territorio que se condensaba en imágenes. El paisaje que transportaba y los elementos heterogéneos que integraban esta alegoría, abrirían otro plano para un cronotopo asociado a las imágenes como se verá en el próximo capítulo.

En la compleja relación de la lucha por el territorio, de la necesidad de conocerlo, el Orinoco de espacio bélico se transformó nuevamente en un espacio modelado por el discurso de la abundancia y de las opciones que el medio ofrecía en una heterogeneidad de regiones.

La operación geográfica de Codazzi mostraba en toda una obra de complejidad sistemática las realidades y las ilusiones geográficas. Se retornaba a la mirada científica y emergía una mirada vivificante del paisaje mediada por la geografía romántica. A partir de este texto geográfico, se diseñaba un nuevo discurso que asociaba la nación con un espacio inconmensurable por conquistar y dominar, pero también, por conocer bajo el imperio de la ciencia y lo medible, la literatura y lo imaginable, ambas, expresión de la modernidad. A la par de este discurso feliz, emergía otro que polarizaba nuevamente el mundo del Orinoco bajo la lógica occidental y criolla de dominación y las demandas del capital.

La conversión perceptiva de las selvas y ríos y de sus geografías humanas en la periferia por parte de los grupos hegemónicos, convirtió ese allá, ese punto distante, en un espacio ambiguo.

Por un lado, su lejanía invitaba al conocimiento de la ciencia bajo la imagen de una especie de jardín natural. Por otro, por razones que deben estudiarse con más detenimiento, esas periferias, esas geografías profundas, siguieron siendo espacios promesa.

En otros casos, los espacios olvidados al menos en la implementación de planes realistas de ocupación o lugares en los cuales, la percepción de superioridad civilizatoria proyectaba la barbarie y lo salvaje cuya espacialidad inevitablemente, sería afectados por las nuevas prospecciones y proyectos de la modernidad mediados por el ejercicio de una imaginación geográfica que veía en ellos una promesa del porvenir.

El anhelo del progreso también transportaba sus propios documentos de barbarie.

Capítulo VI

Perspectivas y travesías de la experiencia espacial en el río Orinoco: El cronotopo de las paradojas, estética del paisaje y discurso del progreso.

“Cuando se pierden las imágenes, también se pierde el espacio”

Gao Xingjian

“Lo sabéis, señores: todas las verdades se tocan, desde las que formulan el rumbo de los mundos en el piélago del espacio; desde las que determinan las agendas maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia...” Andrés Bello

Los viajes al interior de los continentes presumieron entrar en contacto con lugares y paisajes cuya novedad se activó en las nuevas formas de observar e interrogar. Junto al discurso de la ciencia o en relación con él, se despliega un “sentimiento de la naturaleza” que nos sitúa en una tensión e interacción de la objetividad y de la subjetividad que los lugares convocan en las operaciones geográficas que se tejen en torno a él. Es así como una segunda interpretación se desprende de la experiencia geográfica del Orinoco. Aquí la paradoja de los espacios con su cara paratáctica y liminar envuelve, pese a la distinción de regímenes discursivos y de géneros, a la poética y a la ciencia, a las representaciones y a su referente material.

La dimensiones poética y científica como manifestaciones y disposiciones de percepción y observación toman características particulares y de conexión en las relaciones del saber y poder hegemónicos ligados a una serie de intereses de la geografía política, del movimiento del capital, de los intereses imperiales y nacionales, pero también, de la cultura y de las comunidades científicas e interpretativas que comienzan a dibujar una nueva imagen de la tierra y de sus contenidos. De suerte que podemos hablar de dos movimientos en las operaciones que asisten a la traducción de un paisaje o a su construcción y producción.

Un movimiento está vinculado al espacio paratáctico y exige una objetivación del paisaje; el otro movimiento liga grados de subjetividad que se activan en el espacio liminar⁹⁶. En el intersticio de estas cualidades, de las reglas y normas que se establecen en torno a una traducción, una explicación ajustada al objeto o una operación de la imaginación que articula valores de anticipación o de organización de la representación, luego de la irrupción de lo

⁹⁶Sobre estos espacios, vid A. Turco (2010) y Cap. II de esta tesis.

imprevisto, de lo que un paisaje moviliza en el primer contacto; se articula un tercer espacio en el que las condiciones de geograficidad e historicidad de las relaciones del hombre con su entorno anudan el mundo material y el mundo de la imaginación geográfica.

Esta articulación muestra las paradojas que se envuelven en la organización del espacio, en el encuentro con el paisaje físico, permite mostrar no un campo de inestabilidad sin solución de continuidad, sino la fluidez de las representaciones y de los discursos geográficos, permiten traducir en términos legibles la relación del hombre con la naturaleza en términos de paisajes.

Es así como el espacio tiempo del Orinoco es también un momento de la traducción, construcción y producción de paisajes que se abren a un nuevo régimen de legibilidad geográfica.

El paisaje no revela -al menos en los que queremos proponer como lectura en este capítulo-, un registro estático, al contrario, es un registro de un momento de la dinámica del observador. Fluido en la flexibilización y la plasticidad estética del entrecruce del hombre y los lugares se abre a una *poiesis* geográfica en la que el lenguaje se muestra haciendo lugar (Tuan, 1991). Junto a ella, opera un recorte y una selección que ve al paisaje como promesa, como campo para una transformación productiva.

En ambas posturas, la poiética y la instrumental, la imaginación que anticipa al viaje y la imaginación del decurso del viaje, del acontecimiento que implica la ida y la vuelta; configuran un nuevo diálogo con la naturaleza. Desde la filosofía de la ciencia, puede señalarse que entramos a una nueva relación con las escalas. “La historia global entra en la naturaleza; la naturaleza global entra en la historia” (Serres, 2004: 15).

Sin embargo, en la articulación global de la naturaleza se activan procesos cuyos ritmos comienzan a acelerarse en el siglo XVIII y toman mayor velocidad hasta volverse vertiginosos en la modernidad que se despliega a lo largo del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. La dimensión geográfica lejos de ser mero escenario se convierte en nuestra lectura en un factor fundamental de la construcción de una modernidad que no es sin sus escalas y sin sus contextos. La geografía situada y la condición metafórica de las representaciones que dan sentido de sistema o de unidad de lo diverso, es el resultado de un vasto movimiento de “trabajadores” diseminados por todo el mundo, estos “exploradores en acción” recorrían la Tierra, los ríos, los lagos, los mares y observaban otros fenómenos geográficos (Reclus, 1913 [1905-1908]) T5: 322).

Las miradas y las narrativas de estos viajeros construyeron cronotopos geográficos que otorgan sentido y significación a la experiencia de los espacios y los lugares, organizando la

narración y la representación visual para orientar su existencia relativa a los espacios en los que habitan o los espacios en los que se establece un contacto en los cuales, siguiendo a Reclus, se encontraba una “fuerza de atracción” (Ibídem: 325). En virtud de ello se muestran en este capítulo dos problemas:

A) Por un lado, la tensión y la relación de dos tipos de percepción y atención con respecto al Orinoco y sus formas discursivas en la construcción de una imagen geográfica; la centrada en la producción de cuadros de la naturaleza de forma pictórica y narrativa, posteriormente fotográfica; y la visión concreta del paisaje modelada por un esfuerzo de objetivación vinculado al proceso de otorgar valor al espacio en función de la idea de progreso y la utilidad del espacio geográfico y sus recursos. Estas formas organizan un cronotopo del río en el cual la tensión y la dialéctica resuelven su continuidad en dispositivos ambivalentes, pues envuelven la noción de un espacio tiempo abierto al progreso, en este sentido es paratáctico, Por otro, envuelve una situación de observación ligada a un “sentimiento de la naturaleza” que implica un espacio liminar, un modo de conocer el trópico que construyó imágenes icónicas formando un archivo de los lugares y los espacios, reveladores de un momento de la geograficidad y la historicidad del viaje en los espacios profundos.

B) Por otro, se estudiará la valoración de este complejo proceso de formación del texto espacial como producto de prácticas y de posicionamientos semánticos en la cuádruple relación cuerpo-espacio/lugar-texto que intervienen en la operación geográfica. Una tarea cuya polifonía desafía cualquier intento de organización homogénea del complejo tejido de la imaginación geográfica, la producción y construcción de paisajes.

La consideración de la problemática que este tema posee para la comprensión y explicación de la producción de imágenes geográficas es clave. Sin duda alguna, el paisaje fue un modo de entrar en contacto con el espacio geográfico del Orinoco y de conocerlo en una dimensión que no solo se limita a la representación y sus operaciones constructivas, sino que también refiere a su materialidad, al poderoso dispositivo de un conjunto paisajístico descrito, y a la relación corporal, imaginativa e imaginaria que se establece con ellos.

El paisaje remitía a lo que estaba ahí y que era susceptible de ser observado, su cualidad física. También refería a lo que se carga de significado, su cualidad semántica que excedía al dato físico. De esta manera, el espacio del Orinoco entre el siglo XIX y el XX fue dotado de dos niveles de sentido: uno de carácter estético, que produjo una imaginación geográfica del espacio fluvial y selvático de carácter liminar que contenía un poder de atracción ligado a lo sensible; y otro de carácter objetivo cuya imagen del paisaje físico estaba

caracterizada por vastos y prometedores inventarios de recursos, por su evaluación y sus posibilidades de desarrollo y vinculación con el mercado, por la inscripción del paisaje en un orden paratáctico y por lo tanto ligado a una percepción de necesidad.

El eje organizador de estos sentidos se encontraba a camino entre la idea de progreso y la mirada de asombro y extrañeza ante una naturaleza que volvía a desbordar la percepción y habilitaba nuevas preguntas que implicaban la relación del hombre y la tierra.

El paisaje jugó un papel importante dentro de la cultura visual, y en un segundo plano de los demás sentidos que envolvían la relación corporal con los entornos. A través de ellos se formó un archivo paisajero que habla del espacio paratáctico y liminar, de la imaginación geográfica que permitió por un lado reconocer la potencia de algunas zonas o regiones; y por otro, construir y hacer manejable los sentidos de la imagen paisajística.

Descripciones del paisaje como contenedor de datos, de recursos dispuestos para el horizonte del progreso y disposiciones geopoéticas, cumplieron funciones diversas organizando el cronotopo geográfico que permitió captar la atención de la geografía profunda y sus fenómenos, creando la posibilidad cualitativa de movilización en el espacio. En este orden de ideas, trataremos los siguientes puntos que ordenan los problemas anteriormente señalados en atención a un espacio tiempo que no sigue en sentido estricto una *time line* porque privilegia un tiempo problematizado, un tiempo que gira alrededor de las relaciones que el paisaje del Orinoco y parte de su cuenca suscitaron:

- 1- Orden visual, sensibilidades y materialidad en el Orinoco
- 2- Desbordar lo conocido, abrirse al progreso. El cronotopo de las paradojas en el paisaje del río Orinoco
- 3- El viajero como nómada furtivo. La construcción de la imagen pictórica, narrativa y fotográfica del Orinoco (1799-1905)

6.1 Orden visual, sensibilidades y materialidad del Orinoco

Las relaciones del saber poder geográfico poseen una dimensión visual, en tal sentido la relación del hombre con los paisajes está mediada en gran parte por esta condición. No obstante, es importante señalar que la totalidad de los sentidos pueden participar en el momento del contacto espacial y traducen la conexión con el entorno en sensibilidades. En tal perspectiva, se puede hablar con Cunill Grau de geosensibilidades (2007) que se configuran con el paisaje o que expresan un valor del paisaje que afecta al observador.

En otro plano conexo, el viajero que se adentra en un río o en una selva establece un contacto corporal con el entorno. Sin embargo, bajo la obvedad, se puede entender otra actitud más compleja, por analogía, esta actitud se parece a la del caminante de una ciudad; “El flâneur” que se desplaza todo cuerpo por el espacio⁹⁷; remite también y con mayor especificidad al “nómada furtivo” que se hace en el acto del recorrido del espacio y funda una relación narrativa con los lugares y con la travesía en la que se construye la legibilidad que organiza y desorganiza las prácticas referidas a los espacios transitados. Los espacios de los cuales la imaginación se apropia y les imprime correlativamente significados y sentidos (de Certeau, 1996: 177-192).

Viajar o explorar, significan entonces un desplazamiento, y en este sentido, el viaje en el régimen de geograficidad del siglo XIX y primera mitad del XX, es un campo privilegiado para observar el contrapunto de las relaciones entre lo conocido y lo que se abre al conocimiento; la experiencia del viaje es espacio y lugar. Es también espacialización del cuerpo y de la cognición abierta a la tierra y al mundo, es construcción del cuerpo con el lugar. Es imaginación elaborada a partir de un juego entre la materia y la poética, no sin razón, “El vehículo del ser en el espacio (being-in-the space) es el cuerpo” afirma desde una revisión “Geofilosófica” Edward Casey (2001: 413).

De este modo, el cuerpo no está separado del espacio, es con el espacio y lo produce o construye. ¿Cómo se orienta el investigador del Orinoco en el campo de los conceptos espaciales que se abren ante él? ¿Cómo se orienta en la relación de lo objetivo y lo subjetivo que un paisaje convoca?

Frémont a propósito, en una reciente explicación de su libro clásico *L`espace vecu*, dice:

El lugar, como el espacio y el territorio, no es únicamente el objeto en sí mismo, sino que se compone de objetos, presencias corporales y pensamientos que están relacionados entre sí, el investigador trata de desentrañar el primer lazo y el nudo de las cuerdas que lo constituyen (Fremont, 2010: 166)

En tal situación, el viajero recorre un espacio concreto, hace una travesía como las que describen con todo detalle en la navegación del Orinoco, Humboldt (1972 [1808]) y (1991 [18161831]), Vawell (1974[1819?]), Schomburgk (1840), Codazzi(1940 [1840-1841]),

⁹⁷ “El flâneur con su énfasis en lo visual, es una manera de tomar en serio el materialismo.” (Reynolds, 2007:75), cfr. Walter Benjamin (1999 [1955]), quién estudió esta actitud a partir del *flâneur* de Baudelaire contenida en el texto “El pintor de la vida moderna” de 1863. En el contexto de este estudio indica junto al nómada furtivo, la condición de movimiento y de entrecruce con el espacio que se recorre, ello pese a que, el flâneur originario y el de Benjamin, remiten a una práctica corporal del sujeto en las ciudades y ante las multitudes. No obstante, se indica solo como una referencia de materialidad y corporalidad relativa a un desplazamiento espacial que por analogía acontece en el viaje al interior de las *terra incognitae*. El hombre en los ríos y selvas independiente de su objetivo se entrega a la ensoñación sobre senderos no premeditados y allí deja vagabundear su imaginación como veremos en algunos pasajes de este capítulo.

Thirion Montauban (1968 [1846]), Appun (1961 [1849-1868]), Russell Wallace (1853), Spruce (1908 [1849-1864]), Crevaux (1988 [1880-81]), Chaffanjon ([1889]1989), Morisot (2002, [1886-1887]), Michelena y Rojas (1867) Wickham (1872) o Morisse (1985 [1904]) entre otros viajeros y exploradores.

Ellos producen mapas mentales de esos espacios que tienen la particularidad de transportar un contenido paisajístico del río Orinoco. Las imágenes de ese mapa imaginado imprimen por un lado, un dramatismo a los obstáculos que debe enfrentar el viajero; pero también una pausa, un descanso que abre un tiempo fugaz para captar la belleza del paisaje y lo sublime que envuelve a la naturaleza del río con la peligrosidad que el medio opone a su penetración.

En su recorrido por el bajo Orinoco, Karl Ferdinand Appun un viajero humboltiano, ofrece una estampa a propósito. La atmósfera permite situar el *pathos* del viaje dentro de un paisaje nocturno de las riberas del Orinoco. En el marco de lo bello y sublime se abre una posibilidad a un peligro acechante que sin embargo atrae al lector de viajes y a la travesía que envuelve, abre el espacio del deseo por las *terra incognitae*.

En la noche tranquila, entre el murmurar de la corriente del Orinoco y el susurrar de las cumbres de las palmeras que se yerguen en la orilla, a menudo el viajante solitario oye en la cercanía el aullido o los gritos del jaguar que parecen los de un gato: es el tiempo, en qué sacado del sueño diurno, la fuerte fiera busca su presa y con su voz temida hace temblar a los animales apacibles de la selva virgen despertados por ella. (Appun, 1961[1849-1868]):402)

Pero el encuentro con el paisaje hermoso y con lo que este suscita puede observarse en Dauxión Lavaisse, un viajero y naturalista francés quién recorre entre 1790 y 1807 las Antillas y luego el Oriente de la Tierra Firme. Su mirada se detiene a estudiar el triángulo natural de Trinidad, El Delta del Orinoco y la Península de Paria. La descripción de ese encuentro paisajístico gobernado por la fuerza material de las aguas y la representación de estas es más que elocuente, amplía el sentimiento de lo sublime como expresión de una naturaleza soberbia, desafiante.

Por mi condición y por inclinación, desde mi primera entrada al golfo de Paria, me impresiono el imponente escenario natural ofrecido por la isla de Trinidad y por las costas opuestas del continente, así como el contraste entre el oleaje tumultuoso de la desembocadura del Orinoco con las tranquilas aguas del golfo. Ante estos paisajes variados y pintorescos me embargo esa especie de admiración religiosa que inspira siempre las grandes escenas de la naturaleza (1967 [1813]: 10)

El hombre está solo ante la naturaleza y ella no es un espacio apacible para conectar al cuerpo con el entorno, es también un espacio de lucha, un espacio que se transforma en

prueba para el naturalista, el geógrafo y el artista. El cronotopo que comienza a dibujarse organiza los sentidos de las prácticas de exploración en el régimen de la geografía heroica.

En el recorrido del río, el hombre se ve envuelto en sus corrientes. El paisaje se le muestra impasible, aterrador, pero también, apacible, encantador. Ello es observable en la confrontación de dos ilustraciones y un texto.

En un primer término, dos imágenes permiten entender el drama de la travesía en función de los acontecimientos que se producen en la navegación fluvial del Orinoco.

Thirion Montauban en su navegación por el Orinoco construye esta relación en torno a un itinerario que es organizado en un paisaje abrupto, en el cruce de peligrosos raudales. Sus correlatos narrativos podemos verlos constantemente señalados en exploradores de la talla de Schomburgk, Russell Wallace o Chaffanjon y sin duda alguna, en los propios relatos de ascenso por el Orinoco en el siglo XVIII, en Humboldt, en los diarios de los expedicionarios británicos de la Independencia y en Memorias como las de Madariaga y Páez.

En tal sentido, el texto de Thirion Montauban se muestra como una travesía fluvial en el que los viajeros (va en compañía de César Dalla Costa miembro de una importante familia de políticos y comerciantes guayaneses) trazan los pormenores prácticos de una ruta de comercio. La descripción concreta del paisaje es muy limitada no siendo así sus acuarelas. En ellas básicamente el tema central es mostrar la lucha del hombre con la naturaleza hostil representada por la fuerza e ímpetu del río Orinoco que debe ser vencido y franqueado en nombre del progreso que significa el comercio.

En varias ilustraciones de su *Voyage sur L'Orenoque D'Angistura* (1968 [1846]), a Río Negro, (figuras 1 y 2) el ascenso por los raudales del Orinoco Medio busca impactar al lector de esas narraciones envueltas en la aventura que resaltan el carácter viril del viajero. La escena no es sin el cronotopo que muestra el tiempo del viaje y el recorrido en un paisaje turbulento que debe afrontar el navegante en la ruta fluvial.



Figura 1. Thirion-Montauban, (1968 [1846]), en su navegación fluvial por el Orinoco.

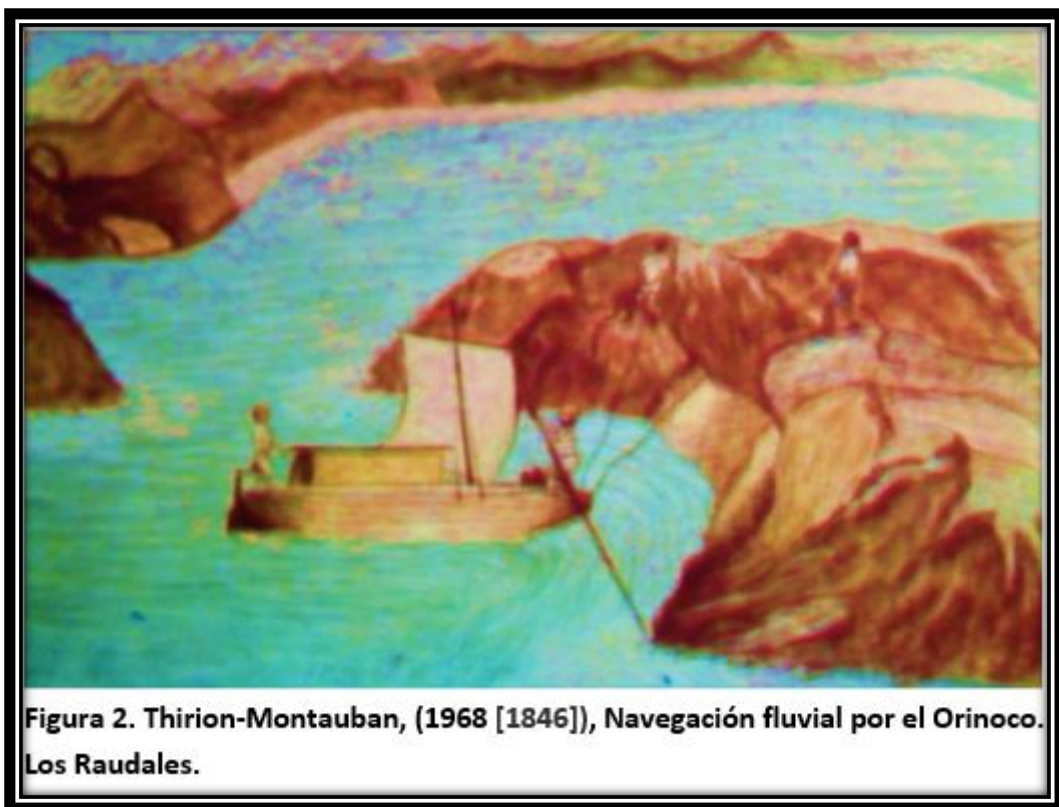


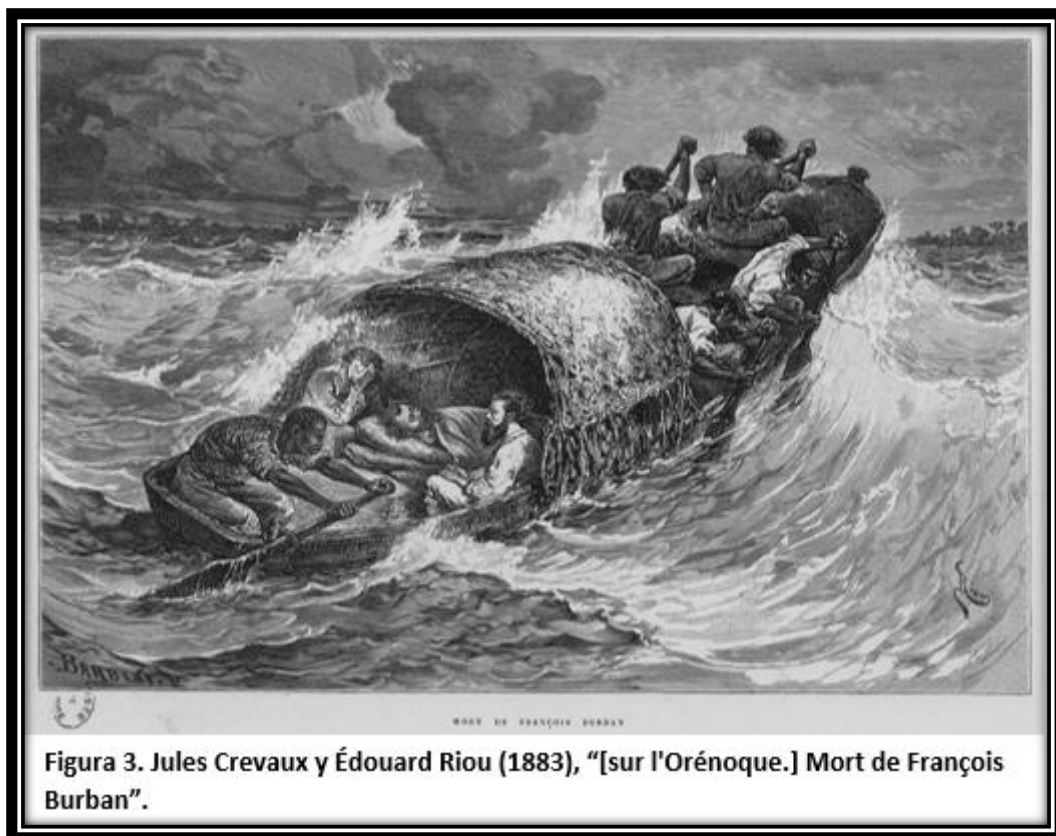
Figura 2. Thirion-Montauban, (1968 [1846]), Navegación fluvial por el Orinoco. Los Raudales.

En tal sentido, uno de los pocos correlatos que ayuda a la imagen de forma más detallada es el de Maipures, un cuadro que envuelve una topografía abrupta y un enlace de vida referida a especies acuáticas y aves.

Como decía, el raudal de Maipures es el rápido más impetuoso y violento del Orinoco; contiene y forma cascadas, torbellinos e inmensos chorros de agua; hacia la orilla izquierda principalmente hay una gran cantidad de peces muy variados, lo que atrae, sobre

todo cuando el río está bajo, o sea en marzo, una afluencia de aves acuáticas. Las rocas colocadas por la naturaleza, unas encima de otras, están llenas de grutas por las que pasa una corriente de agua rápida” (Ibidem:19)

La otra imagen (fig. 3), corresponde al drama de la muerte que rodea el viaje de Jules Crevaux. Los ilustradores del libro que da cuenta de la exploración por los ríos sudamericanos ilustran el pathos del sacrificio explorador, el paisaje del río sobre el que va una embarcación que transporta el cuerpo agonizante de Burban, uno de los miembros del equipo explorador de Crevaux, es mostrado de forma turbulenta o tempestuosa, acompaña de este modo sombrío como expresión de las fuerzas naturales, a la organización del sentido de una empresa azarosa



Por otro lado, Crevaux ofrece otra mirada que amplifica la relación del explorador en el espacio peligroso, en el paisaje en cual transcurre su experiencia. Su narración contenida en *Voyages dans L’Amérique du Sud*, describe el paisaje del Delta del Orinoco cuando se dirige a observar a los indios warao (guaraúnos). Allí, el sujeto se sumerge en el paisaje de lo húmedo y lo exuberante, allí, el sujeto es amenazado por los obstáculos naturales, por las enfermedades propias del trópico húmedo.

Penetra [el barco] por fin en el caño en el caño de Macareo, uno de los numerosos brazos por los cuales el gran río derrama sus aguas en el Atlántico, y a orillas del cual está

situado el pueblo de los Guaraúnos objeto de la pequeña expedición. El terreno está totalmente inundado, y solo los manglares, sobre sus pedestales de raíces adventicias, emergen del agua salobre. La marea baja pronto y las riberas comienzan a aparecer, enseñando su suelo grisáceo y fangoso que al sol exhala un olor caluroso y fétido. Esta zona está protegida de las invasiones del hombre por el más terrible de los centinelas, quiero decir, la fiebre esa enfermedad atroz que quiebra los riñones y los miembros y da al rostro un color amarillento y terráceo, quema la sangre hace, temblar a lo más valientes y mata inevitablemente al audaz que pretende luchar contra ella. Por eso los únicos habitantes son las fieras, aves de pantano, crustáceos y ostras que se adhieren a las raíces de los mangles (Crevaux, (1988 [1880-1881]): 321)

En ambas estrategias, la de ilustraciones y la narrativa, la relación corporal con el espacio envuelve el pathos del riesgo, de la aventura y su caracterización sublime, pues en medio del horror de poder morir, el hombre puede superar la prueba de la naturaleza. No en balde, en sus apreciaciones finales luego de observar a estos indios, Crevaux, señalará que el hombre desafía al medio ambiente por su capacidad de adaptabilidad (Ibidem: 324). En esta dialéctica que se juega en varias actitudes frente al paisaje y que se construye en relación con la materialidad. la determinación del hombre se impone. Sin embargo, queda espacio para un respeto de la naturaleza (que se protege ante el invasor) y de sus fuerzas que pueden aniquilar en cualquier momento una presencia humana. El warao ha hecho de su medio un espacio para habitarlo. La humedad del medio antes repulsiva se trueca relativa a esa capacidad de adaptabilidad.

En la suspensión momentánea del viaje por el río, en su detenerse, el hombre adquiere conciencia de la duplicidad de su relación con la naturaleza y sus formas de representación. No en balde Schopenhauer para comprender esta relación, señalaba que el individuo ante los elementos naturales desencadenados podía ser destrozado por ellos, el hombre podía, “sentirse desvalido ante la poderosa naturaleza” pero también, “...se siente sujeto imperturbable e inmortal del conocimiento que como condición del objeto es fundamento de este mundo; comprende que la lucha aterradora de la Naturaleza no es más que su representación...” (1983 [1859]: 167).

Estas operaciones espaciales muestran el doble proceso de la mediación facultativa de la imaginación y la formación de un tejido imaginario. La retórica geográfica que se desprende de cada narración organiza el mundo en su dimensión metafórica y en su dimensión concreta, lo transforma en imagen visual que contiene un espacio-tiempo (cronotopo).

Estas facultades de sentir no escapan a las tensiones de los periodos históricos en las pueden inscribirse, y dependen de una compleja relación material y representacional, del individuo y el entorno, de sus capacidades de percibir y de traducir esas percepciones

primarias dentro de un tejido cultural que a la vez que fuerza el otorgamiento de valor, es también presionado por la intempestiva irrupción de lo nuevo, de la naturaleza en la cual transcurre la experiencia espacial y la relación con el paisaje.

En tal sentido para ajustar un poco más, apoyémonos en una pregunta provocadora que lanza Bernard Debarbieux “¿Cómo evocar o analizar el imaginario de un curso de agua?” (2012:141). Responderla implica situarse en un borde que marca una distancia con la concepción dicotómica del espacio y se desliza hacia un punto donde las paradojas resultantes de la interacción entre materia e imaginario, objetividad y subjetividad, cuerpo y entorno, marcan la emergencia de un tercer espacio ligado al campo de posibilidad imaginaria en tanto facultad cognitiva que otorga sentido de habitar o de estar habitando, anticipa y también transforma las relaciones del hombre con su entorno, que se vuelve en la experiencia y en las miradas, un discurso plural bifurcado temáticamente expandiendo planos y focos de atención que hablan de diversidad y de repetición de las imágenes.

De este modo, paralelo a la pregunta de Debarbieux, David Ley interroga, “¿Cómo circunscribir lo enciclopédico? ¿Cómo contener el océano de la imaginación geográfica?” (Ley, 2001:3) Más acá, en nuestro contexto americano, tanto Cunill Grau (2007) como Ainsa (2006), el último Milton Santos (2000) y Zusman (2013), reescriben el problema de lo geográfico en las interacciones y en los movimientos dialécticos de la imaginación, la sensibilidad por el paisaje, la emoción y la escritura situada en los espacios de lo real y lo utópico. En tal sentido confrontemos tres imágenes que nos hablan de la recepción de las descripciones hechas por los viajeros del Orinoco:

La primera imagen (fig. 4) “A Comparative Picture of the Principal Waterfalls in the World” de Charles Smith (1836), se muestra como un ensamble paisajístico global que reúne en una imagen artística de carácter topográfico y cinético a distintos saltos de aguas de los continentes dentro de un contrapunto que se mueve entre la “Catarata de Gavarny (Pirineos)” que era considerada la más alta, y la más baja que era la “Última catarata del Nilo”. Las cataratas del Orinoco medio, raudales de Atures y Maypures son incluidas en ese cuadro pictórico que expresa una fascinación por el carácter sublime de la naturaleza y por la magnitud de su presencia ante los ojos de dos observadores que, empequeñecidos ante ésta, aparecen en la imagen como evidencia de esa relación paradójica de las medidas de los ríos ante lo inconmensurable de su efecto de presencia.

En correspondencia con esta representación, la “Panoramic plan of the principal rivers and lakes” de Emslie y Reynolds (1851) (fig. 5), ofrece una interpretación de las longitudes de los ríos en un conjunto panorámico de gran extensión. Este mapa ensambla un paisaje que se

contempla como vista aérea, pero su intención no es buscar en la vista una recreación del alma (como solía suceder con las vistas aéreas del paisaje, Besse, 2010), sino conducir a la imaginación dentro de una visión de paralaje vertical que produce un efecto de grandeza natural de las magnitudes físicas de los ríos del mundo. Su disposición es muy diferente a la horizontalidad de la perspectiva que se activa en el cuadro de Smith que busca, por el contrario, un efecto sublime para el espectador.

En consecuencia, el mapa de Emslie y Reynolds permite observar los paisajes fluviales de forma secuencial, entre ellos, el del Orinoco (etiqueta No. 8 de los ríos americanos, margen derecha de la figura 4). La vista aérea recrea un paisaje sugerido que representa elementos esenciales de la configuración de una imagen del mundo compuesta por fenómenos geográficos que se ofrecen al observador en un solo momento, reuniendo la unicidad de los fenómenos con la diversidad de sus medidas. Construye una distancia que envuelve un doble movimiento, separa, pero a la vez, abre posibilidades de conocer conectivamente. El Orinoco revela un trayecto hacia lo profundo del Continente, pero esconde su origen en la proyección de un paisaje que se vuelve invisible en la proyección.

El paisaje presentado de esta forma como señala Jean Marc Besse, ya no es una entidad cerrada en sí misma, sino que es, un medio que relaciona con una realidad más amplia, se podría decir que, “los trazos del mundo aparecen a la mirada como una invitación a explorar los detalles, los pliegues de lo visible, en una suerte de interminable viaje” (Besse, 2010:17).

La función de las dos imágenes es clara, no solo invitan a una detención de la mirada que organiza la fragmentación para poder conocer mediante comparaciones visibles, los ríos. Invitan también, a una movilización del cuerpo y de la imaginación hacia las *terrae incognitae* en un momento de aceleración de las exploraciones al interior de los continentes que dieron como sostenemos en este trabajo, contenido y emoción (*pathos*) al conocimiento geográfico.

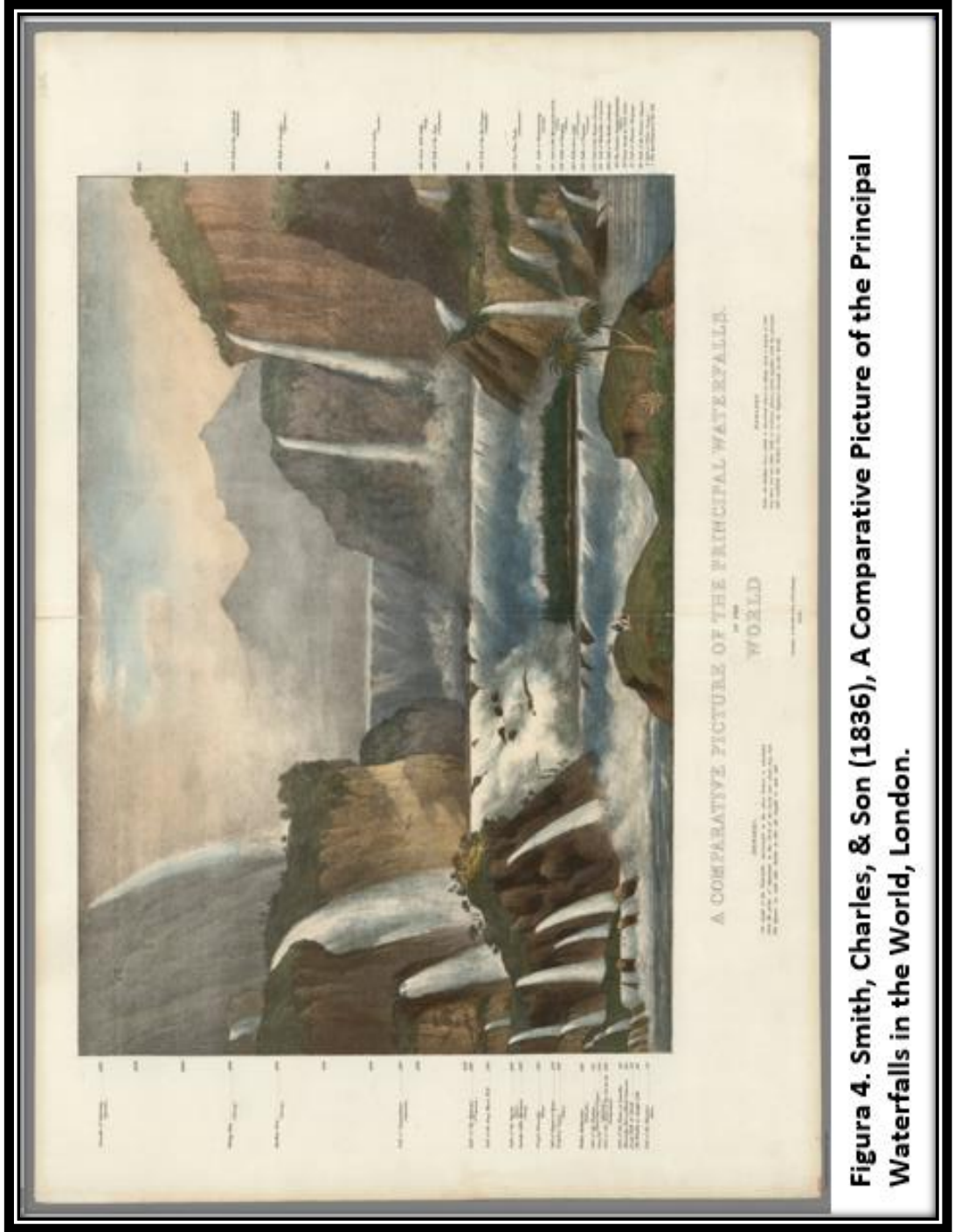


Figura 4. Smith, Charles, & Son (1836), A Comparative Picture of the Principal Waterfalls in the World, London.

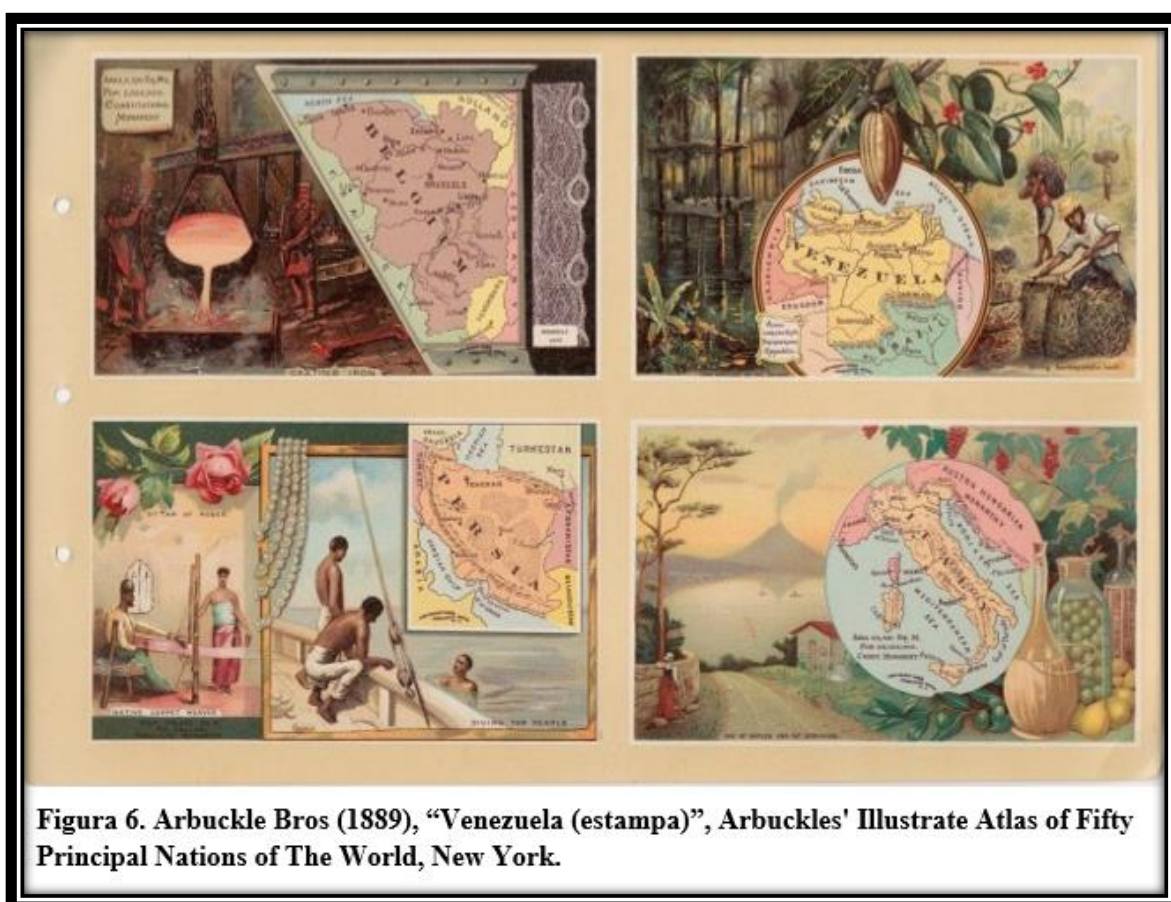
PANORAMIC PLAN OF THE PRINCIPAL
RIVERS AND LAKES.



EUROPE		ASIA		AFRICA		AMERICA	
1 Rhine	10 Danube	1 Ganges	1 Nile	1 Amazon	1 Mississippi	1 St. Lawrence	1 Colorado
2 Rhone	11 Volga	2 Indus	2 Yellow	2 Niger	2 Missouri	2 Ohio	2 Rio Grande
3 Danube	12 Yenisei	3 Brahmaputra	3 Amur	3 Senegal	3 Arkansas	3 Tennessee	3 Red
4 Danube	13 Lena	4 Irrawaddy	4 Ob	4 Chad	4 Illinois	4 Cumberland	4 Snake
5 Danube	14 Yenisei	5 Mekong	5 Yenisei	5 Congo	5 Kentucky	5 Ohio	5 Colorado
6 Danube	15 Yenisei	6 Salween	6 Yenisei	6 Congo	6 Tennessee	6 Ohio	6 Colorado
7 Danube	16 Yenisei	7 Salween	7 Yenisei	7 Congo	7 Tennessee	7 Ohio	7 Colorado
8 Danube	17 Yenisei	8 Salween	8 Yenisei	8 Congo	8 Tennessee	8 Ohio	8 Colorado
9 Danube	18 Yenisei	9 Salween	9 Yenisei	9 Congo	9 Tennessee	9 Ohio	9 Colorado
10 Danube	19 Yenisei	10 Salween	10 Yenisei	10 Congo	10 Tennessee	10 Ohio	10 Colorado

Figura 5. Emslie, John; Reynolds, James (1851), Panoramic plan of the principal rivers and lakes, Published by James Reynolds 174 Strand. (To accompany) Geological Diagrams, London.

La tercera imagen (fig. 6) contenida en el *Arbuckles' illustrated Atlas of fifty principal Nations of the World* de 1889 que ensambla ilustraciones de todas partes del mundo posee un hilo conductor que dota de contenido a un paisaje, muestra la extrañeza salvaje de la periferia y, la dinámica de los paisajes alusivos a los espacios propios de la división del trabajo internacional y de su productividad. En el caso de Venezuela, la imagen que ofrece el Atlas articula varios paisajes que refieren a la trizonalidad de Humboldt y de Codazzi y viene acompañada de un texto que resume a la imagen en términos geoeconómicos. La ilustración muestra una división natural compuesta de: zona agrícola, pastoril y de bosques. Al respecto, el Orinoco (destacado además en un mapa que acompaña la estampa como centralidad) es percibido como un ámbito de lo salvaje, el paisaje mezcla naturaleza (*forest zone*, bosques) y geografía humana en el Delta del Orinoco. La imagen ofrece un cuadro del hábitat fluvial de los Warao (*swamp houses*, typical of the Orinoco Delta), que se habían venido transformando junto a los caribes (antropófagos) y los “indios blancos” de las fuentes del Orinoco en referentes de esa otra humanidad que habitaba esas zonas, de un paisaje natural que integra al hombre y que se contrapone al progreso llamado a transformar la naturaleza y con ello el paisaje.



De allí, y en correspondencia con el texto que acompaña a la imagen, el espacio salvaje se abre a la producción. Junto al espacio húmedo del Delta, la estampa incorpora productos de la zona salvaje, pues en ella, se encuentran frutos tropicales de gran demanda tales como el cacao, la Haba tonca (sarrapia), la vainilla, la sarsaparilla que crecen silvestremente (*Growing wild*) y son recolectados por sus habitantes.

Consideradas en las funciones que cumplen, los fenómenos que contienen estas representaciones del espacio geográfico importan, y no sólo como una ilustración, sino como un factor de producción y transformación de la imaginación geográfica del Orinoco. Expresan un poder, reflejan el esfuerzo por conocer y dominar la materialidad del espacio, pero también en sus pliegues contienen otro poder, el de la atracción que ejerce la naturaleza concebida esta como potencia, como espacio magnificante tal y como se desprende del ensamble de ríos que ofrece la imagen de Smith o también como otro espacio que es el del Delta del Orinoco habitado por hombres fluviales.

El espacio es visto como contenedor del desarrollo que liga al trabajo del espacio agrícola y los productos del trópico. No obstante, bajo la aparente inocencia de la ilustración, la imagen confronta el espacio de la barbarie y lo salvaje con el espacio de la cultura agrícola asociada a la civilización y dentro de ésta, le otorga un nivel dentro de la división internacional del trabajo, lo convierte en otro espacio cuya frontera está en tensión con él movimiento de la lógica occidental.

De lo anteriormente señalado, la visualización del Orinoco se reparte en varias estrategias paisajísticas que se mueven entre el discurso del viajero y su recepción.

Convertida en texto (tejido) la imagen “fija” un cuadro producto del encuentro y de la búsqueda, representa, visualiza. Se ofrece a los lectores de una manera vívida, esto en la percepción del viajero. En el régimen de la geografía heroica y/o de campo, las narraciones corporalizadas forman parte de las estrategias discursivas que comparten los diarios de viaje de los exploradores y científicos con otros géneros que refieren al movimiento espacial, entre ellos la literatura en prosa, la poesía construida a partir del viaje y la atracción de los fenómenos geográficos y los dispositivos icónicos tales como: pinturas, ilustraciones y fotografías.

De este modo, la práctica corporal, la operación geográfica de escritura y las redes de intereses disciplinarios y económicos, son constitutivas de un esfuerzo colectivo e individual por apropiarse del espacio y los lugares por convertirlos en comunicación. Se construye pues un cronotopo que muestra la geograficidad y la historicidad de las imágenes geográficas. El plural en el espacio y en el lugar remite entonces a los sujetos que lo practican y lo sienten.

Ellos también construyen formas de saber geográficos no siempre ligados al régimen disciplinario. En conjunto sus testimonios son reveladores de una “altergeografía”, de otras voces cuyas subjetividades dan forma, significado y sentido al espacio geográfico.

En este contexto de proposiciones puede considerarse un plano diferente de la construcción de la imagen del río Orinoco y de su extensa cuenca impulsada por un nuevo régimen de viajes que aceleran la cobertura de los espacios interiores en el siglo XIX y en los inicios del XX, muestran también la producción de un espacio visible y su recepción en el campo de una cultura visual que activa la imaginación geográfica para movilizar la atención de los espacios de poder instituido, sobre otros espacios que se abren como materia y representación, espacios por instituir y organizar.

6.2 Desbordar lo conocido, abrirse al progreso. El cronotopo de las paradojas en el paisaje del río Orinoco.

El texto espacial del Orinoco resultante del giro en la consideración del entorno percibido y observado, produjo una estética del paisaje y una valoración de la materialidad referida a los recursos que el paisaje contenía y al “sentimiento” que el paisaje propiciaba. Este proceso se articuló en función de dos discursos enfrentados: el de la abundancia y el de la precariedad del trópico. El que expresaba una tierra de promisión, y el que construía una periferia repulsiva y sin mayor valor.

No obstante, bajo esta polarización, puede percibirse una ambigüedad instituyente que permite inscribir las formas perceptivas en el campo de las ambivalencias que ligan a la promesa del espacio como un campo abierto a la producción o como un campo de lo prístino, de lo que debe conservarse por portar una imagen bella a la vez que sublima de la naturaleza. Ello se deduce de la confrontación de dos formas de mirar el paisaje. En tal orden, Pal Rosti, un naturalista húngaro que ha recorrido los EE. UU., Cuba y México tras la senda de Humboldt y buscando el engrandecimiento de un conocimiento científico, al encontrarse en el Delta del Orinoco, en el caño Macareo, describe en su diario, un paisaje bello que impacta los sentidos, que posee una cualidad sensible que engaña a la vez que produce un deleite por su exuberancia resaltada por una humedad fértil,

21 de junio. Lo que confiere aún mayor belleza a las riveras del Macareo, es que el agua llega hasta los árboles entrelazados por miles de lianas y cubiertos de innumerables parásitas, que forman hermosos grupos aislados o una compacta masa verde. Aumentan la hermosura del cuadro las cortezas blancas, que aparecen entre la

oscura fronda. De los inclinados árboles cuelgan graciosamente las trepadoras, y meciéndose bañan en el agua su rico follaje.

Las tupidas cañas y los aromáticos *Pancratium*, *Strelitia* y otras especies de lirios acuáticos forman un muro, y las esbeltas palmas sobresalen entre las tupidas ceibas. Ágiles monos, loros y aves cantoras de vistoso plumaje, animan la inmensa soledad. En un aislado árbol, semejante a la ceiba, vi colgar una especie de bolsas, que creí serían sus frutos, pero resultaron ser nidos de pájaro. (Rosti, 1968 [1861]: 217)

Frente a ésta mirada de un naturalista se ubica otra que ve en el espacio la posibilidad del comercio, una cuestión que queda en evidencia en muchos exploradores de una “geografía militante” en la que se encuentran la pasión por la ciencia, la fascinación por el paisaje y el informe objetivo de recursos, rutas y emplazamientos (Driver, 2001), y una geografía que ve en el progreso, un motor de transformación y un vasto tejido del comercio mundial como el que apreciará en una visión de paralaje el viajero hamburgués F. Gerstacker al entender la centralidad del río Orinoco y la articulación de diversos espacios socioeconómicos con la vía fluvial y el nodo de Ciudad Bolívar en la que las “supuestas pequeñas casas de comerciantes”, eran en realidad representantes de los centros económicos de Alemania, Francia, Inglaterra.

Por ello se despliega su mirada en la descripción de los paisajes ganaderos, de la economía extractiva de algunos productos exóticos del área de la cuenca, y, sobre todo, los paisajes mineros que comenzaban a emerger producto del hallazgo de vetas y de oro aluvial en las provincias geológicas del Callao, Guasipati y el Barima. Gerstacker habla de un paisaje dominado por la presencia del cuarzo que vale decir, indica la presencia de cantidades prometedoras de oro, así debe leerse la descripción topográfica que sigue, es descripción que lleva implícita una invitación de explotación

La superficie de esta región de montañas y colinas presenta un relieve peculiar y está formada en realidad por una gran masa de pequeñas estibaciones (llamadas en inglés sur) que van descendiendo hacia el valle y que, por lo general, se agrietan antes de llegar a la vaguada [...] a lo largo de todas estas crestas corren filones de cuarzo que, cuando aquéllas bajan, éstos se hunden más en el suelo. De esta suerte forman como el esqueleto de los cerros, que uno puede muy bien imaginarse al descubierto y en torno al cual luego se ha compactado la tierra que se ha ido formando por descomposición como también la consiguiente vegetación, que necesitaba, empero, del cuarzo para no ser arrastrada por las aguas. (Gerstacker, 1968 [1868]:165)

La paradoja de la transparencia en la descripciones que lega no solo Gerstacker sino también Morisse cuarenta años después, debe tenerse en cuenta, pues la promesa de riqueza tomó formas ambivalentes de un poblamiento que si bien se tradujo en el avance de la geografía humana y la permanencia de las nuevas fundaciones, también trajo como

consecuencia la destrucción geoambiental que afectó lógicamente los paisajes naturales que estos exploradores investidos de la ilusión del progreso no alcanzaban a percibir.

No obstante, las actitudes son más complejas en estos exploradores en Friedrich Gerstäcker, se manifiesta cuando celebra también la naturaleza bella al dar cuenta del Delta lujurioso de verdes exuberantes que se presentan en una mezcla agua y selva no tocadas “por instrumento humano” (ibidem:184) o el mismo Morisse cuando en su viaje por las sabanas de la Guyana, al encontrarse en lo profundo de la margen derecha del bajo Orinoco, da cuenta de la belleza al decir que hasta se le oye “cantar”, un paisaje sonoro que embona con “Esta armonía que es realmente divina según las leyes eternas de Número: pese a los ruidos tan variados, ninguna nota es falsa o disonante (Morisse, 1985 [1904]): 55)

La modernidad es ambigua, es también dialéctica, construye y destruye; se juega en el valor relativo de la atracción o repulsión de determinados paisajes, define un proceso de reconocimientos y de rechazos de espacios geográficos que bien, o está sometido a un valor de mercado y en consecuencia se impregna de la idea de progreso, o bien puede referir a un “sentimiento de la naturaleza” que supone un ejercicio poético de imaginación y un modo estético de archivar o preservar los lugares ante la lógica destructiva. En algunos casos esas ambivalencias pueden encontrarse al mismo tiempo en la aparente imagen “inocente” de un cuadro paisajístico, o en la propia narración icónica del diario de un explorador en el que se activa un pathos que liga a una visualización del viaje y sus anclajes paisajísticos.

Si miramos en contexto la producción de conocimiento geográfico en el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX como un proceso de tejer lugares y representaciones dentro de una visión del mundo, la noción de altergeografía concebida como apertura a la consideración de fuentes múltiples por parte del estudioso de la geografía, permite ampliar el “coro” de voces y de formas de expresión para observar el proceso de producción y construcción de imágenes de tipo geográfico. Esta polifonía, estas formas plurales del decir, abordar y traducir un paisaje se organiza como un cronotopo que permite dar concreción a las imágenes espaciales que se despliegan en un régimen del tiempo ligado a la idea de progreso y de trabajo que proponían el liberalismo, el positivismo, el evolucionismo y el marxismo, pero también, a una concepción estética de la naturaleza en la cual tanto románticos como anarquistas consideraban se encontraba la clave de una relación armónica del hombre y la tierra, de los paisajes y su función emotiva.

Ahora bien, es sabido que el siglo XIX es el siglo del progreso o al menos, de la gestación para las nacientes Repúblicas iberoamericanas de una ilusión de modernización. Sin embargo, tanto el avance material del progreso como su diseño imaginario de proyección

espacial no fueron uniformes y su relación se manifiesta en la paradoja. No sin razón, Bradford Burns ha llamado a ese siglo como el siglo de “la pobreza del progreso” (1990), es decir, que está atravesado por la tensión paradójica suscitada por la necesidad de modernidad, los anclajes locales de las sociedades tradicionales, y un sustrato de recursos que los espacios geográficos poseían y que eran revalorizados ante el avance de la técnica y los gustos, produciendo una transformación acelerada entre centro y periferias en términos de relaciones de poder desiguales pero también interdependientes.

El medio físico jugó entonces un papel determinante en la construcción de una mirada geográfica cuyo paisaje se organizó en el plano de la imaginación en función de los atributos del espacio y los lugares, el paisaje ligado a la abundancia y a las ventajas comparativas se abría como promesa de futuro en un momento de auge de las economías industriales y de las demandas de recursos naturales. Morissé en tal sentido, se percata del rol de los ríos en esa especie de Guayana isla circundada por dos grandes ríos, El Orinoco y el Amazonas, imagina el espacio geográfico como un gigantesco “corazón hidráulico”.

Esta configuración en un espacio tan colosal es única en el mundo. Por eso digo a menudo que allí está el gran porvenir industrial y comercial de la humanidad que allí se producirá un esfuerzo humano gigantesco pues no existe región en el planeta que reúna estas condiciones:

La extensión: un campo de acción más vasto que el de Europa.

La fertilidad: son tierras vírgenes, selvas impenetrables de riqueza vegetal y mineral inusitada.

Las amplias comunicaciones; son canales naturales, rutas de comercio gratuitas, que permiten alcanzar directamente el mar desde lo más hondo de estas regiones vastísimas.

La no-competencia y la seguridad para la raza blanca: América del sur está poco poblada, no hay que temer, como en China, por ejemplo, un conflicto entre razas, cuyo choque podría acarrear consecuencias incalculables para toda una mitad del globo. (Morisse, 1985 [1904]): 216)

Obviamente, los proyectos de modernidad no solo se imaginaron en términos de urbanidad y civismo, de civilizados y bárbaros, sino que se diseñaron territorialmente como dinámica de expansión de una lógica espacial del capitalismo, ello afectó a los otros espacios, los tradicionales y los naturales. Se reconocía entonces la existencia de espacios que ocupar– pues se consideraban vacíos o desiertos, ello pese a que se encontraban habitados por otros componentes étnicos– que en cierto modo y dentro de la percepción de muchos exploradores solo contaban o como naturaleza a redimir o como obstáculo a destruir. Felipe Pérez uno de los geógrafos que participó del proyecto codazziano de la geografía de Colombia llegó a referirse a los indios de los Llanos y las selvas del Meta, El Vichada, El

Casanare espacios de la cuenca del Orinoco, y de la zona del Guainía y Putumayo de la cuenca del Amazonas, que eran otra humanidad que suscitaba preguntas por su lugar dentro de la historia del progreso como habitantes de otro espacio, eran expresión del hombre en estado de naturaleza.

Brotados en medio del desierto como plantas distintas, sin origen averiguable, sin misión definida, y sin ningún otro carácter que el de una letra cualquiera del gran libro de la naturaleza; nacidos y muertos allí como un puñado de aves sedentarias, sin más conciencia de su ser que la que puede tener una roca, y sin otros instintos que los puramente animales, viven para la holgazanería y el placer. (F. Pérez, 1875:209)

Estos espacios paratáticos, se debían activar mediante la acción de un trabajo expresado en campos de cultivo, unidades de producción ganadera, minera o industrial; al lado de ellos, se situaron economías de florecimiento efímero y altamente destructivas del medio como las empresas vinculadas a la extracción de recursos, el coleccionismo y tráfico de especies, y economías como las del caucho, el balatá y la sarrapia⁹⁸ en las cuencas amazónicas y del Orinoco que tuvieron además un impacto sobre las otras geografías humanas afectando los modos y medios de vida de las etnias que habitaban las cuencas del Orinoco y del Amazonas.

Es así como puede entenderse la aguda apreciación de Crevaux sobre el paisaje económico del Alto Orinoco, en especial el referido al valor de los recursos ligados a la floreciente explotación del caucho.

La industria de la región es la explotación del caucho, de la gutta-percha y del copahu. Fue un francés, M. Truchon, quien enseñó hace algunos años a los habitantes, la manera de explotar esas materias primas. En diciembre, los indios Banivas del Atabapo y los habitantes de San Fernando se van e invaden las selvas del Orinoco, Arriba del Vichada, para hacer sus recolectas de goma que venden a los principales comerciantes del pueblo. Estos a su vez, la colocan en Bolívar. El flete para esa ciudad es muy elevado: llega a un veinticinco por ciento del valor de la mercancía, si el barco

⁹⁸ Estas especies fueron objeto de intensas explotaciones debido a sus propiedades. La Sarrapia (*Dipteryx punctata*) que es familia de la Haba de Tonka o Tonka Bean (*Dipteryx odorata*), es un árbol de gran longitud distintivo de la Guayana y de algunas zonas de la cuenca amazónica. Posee usos aromatizantes (perfumes) debido a un compuesto orgánico, la cumarina, contenida en la semilla. También posee usos alimenticios y gastronómicos (Cartay, 2010). Con respecto la explotación de las gomas, esta estuvo vinculada a los llamados árboles del caucho. En primer lugar, estuvo la extracción de látex de las Euforbiáceas en especial las del género *Hevea* (*Hevea brasiliensis*), en un segundo término, el proporcionado por el balatá (*Manilkara bidentata*). Ambas especies vinculadas a la economía de la producción de caucho poseyeron un indudable valor que permitió expandir la frontera agrícola en las cuencas del Amazonas y del Orinoco, también en las zonas selváticas de la América central creando o modificando paisajes muy particulares. De estos árboles se extraía el látex que mediante ciertos procedimientos se transformaba en bolas o gomas de caucho. Su demanda aumentó luego de la invención de los neumáticos de goma de John Dunlop a partir del último tercio del siglo XIX produciendo lo que se ha convenido en llamar “fiebre del caucho” (Vid. Pizarro, 2009:101-148). Un mapa actual de la distribución de su explotación permite visualizar la magnitud de sus espacios socioeconómicos, puede consultarse en:

[<http://powo.science.kew.org/taxon/urn:lsid:ipni.org:names:349913-1>]

carga trecientas arrobas, y al cincuenta por ciento para los barcos de la mitad de ese tamaño. (Crevaux, (1988 [1880-1881]): 248)

Luego de esta apreciación económica, Crevaux pasa a vincularla a las vías fluviales, una idea que remite a las reflexiones de Humboldt sobre el valor de la trifluencia, esto debido a la posición relativa de San Fernando de Atabapo con respecto a centros receptores importantes como Manaos o Ciudad Bolívar. “Desde el Casiquiare sería más fácil llegar a Manaos que a Bolívar; la navegación sería menos peligrosa por el Rio Negro que por el Orinoco” (ídem) Sin embargo, el valor del dinero se impone según la aguda observación del explorador, pues la moneda brasileña es inferior a la moneda europea o estadounidense que pagarían las casas comerciales inglesas, francesas y alemanas en Ciudad Bolívar.

De este modo, el “paisaje prístino” de los espacios interiores, marginados por algunos momentos, cambiaron de valor. Se abrían a la nueva lógica del progreso por un derecho de legitimidad prefigurado por el deseo espacial y por los “títulos” que el antiguo ordenamiento espacial y administrativo había impuesto sobre espacios demarcados en los mapas, pero desconocidos en sus contenidos. Bajo ellos y no menos importante, estaba un sostén imaginario que surgió de unas subjetividades que crearon sentidos de territorialidad en su mayor parte ligados al poder hegemónico de la República y más allá fuera del discurso nacional, en las retóricas de conversión de selvas y ríos en laboratorios de la ciencia y referentes de la literatura y el arte que construían una imaginación geográfica globalizada de los lugares.

En este contexto, el ensamblaje espacial de la nación suponía contar con un esfuerzo de imaginación sobre un territorio que estructuralmente contaba con algunos asentamientos estables sobre todo en los centros de origen colonial, puertos marítimos y fluviales y algunas avanzadas sobre espacios internos (Cunill Grau, 1987). Pero también y ligada a la nueva lógica de la modernidad, estaba prefigurado por el diseño de redes de comunicación y de asentamientos nuevos que potencialmente se abrían con dificultad a la reproducción de esas dinámicas de apropiación sobre los llamados espacios periféricos o vacíos⁹⁹.

⁹⁹En las riberas del Orinoco son ejemplo de esa expansión la fundación o expansión de los poblamientos en la margen derecha del bajo Orinoco ligados a la explotación minera como El Callao fundada en 1864 al calor de la fiebre del oro en la antigua zona de misiones capuchinas, o San Elena de Uairén fundada en 1923 vinculada al hallazgo de diamantes de la gran sabana. Por su parte, otros asentamientos se vincularon a la explotación ganadera y del caucho como Pto. Ayacucho en el Orinoco medio, fundado por el Ingeniero-geólogo Santiago Aguerreverre en 1924 en las cercanías de los raudales de Atures, modificando el valor geoestratégico que poseía San Fernando de Atabapo en la trifluencia del Orinoco. Guaviare-Atabapo.

En la interconexión de espacios, la geografía profunda se tenía que explorar y mostrar ante las economías del Norte y de parte de Occidente centros de difusión de la modernidad portátil implantada en las repúblicas que reproducían al menos en la ilusión, el modelo de modernidad.

Junto a la relación de valor mediada por las demandas del desarrollo, hubo espacio para un naturalismo secularizado que intentaba formar imágenes de la nación y del mundo que sirvieran de referentes. De este modo, el paisaje natural se concibió no sólo en términos de una estética literaria romántica solipsista, individual o costumbrista, sino que también, construyó modos de identidad nacional y en un plano mayor, de escala mundial. Es así como se tejió una imaginación geográfica que dotó de una cultura visual al mundo. El globo era también un tejido de paisajes que brindaban una consistencia visual a la comunicación de los espacios y los lugares como los que envolvía el Orinoco.

La naturaleza recibió entonces una nueva atención. El primer gran manifiesto a favor de la naturaleza americana y sus paisajes dentro de una perspectiva “americanista” amplia que recuperaba el paisaje natural o el agrario cargado de bucolismo, fue el de Andrés Bello con su *Alocución a la poesía* y con su *Silva a la agricultura en la zona Tórrida* (1979 [1823,1826])¹⁰⁰. En la América anglosajona esa oportunidad vendría de la mano de Walt Whitman y Henry David Thoreau. Estos poemas fundacionales invitaban a valorar geopoéticamente las riquezas paisajísticas y el calor y humedad tropicales. Se impregnaban también de un fuerte valor ambientalista que propiciaba el propio esplendor de una belleza que debía conservarse para el regocijo del espectador consciente y emocionado con su geografía vivida y con una geografía que llevaba en sí la pulsión de conservación de la vida como se verá en *Man and Nature* de George Perkins Marsh, un libro de 1864 que resume concretamente estas preocupaciones.

Visto en un sentido de más amplitud, el cronotopo decimonónico en el plano de los discursos intelectuales, fue el resultante de un denso y complejo tejido que Hayden White ve en el juego de lenguajes y culturas de la triada romanticismo, realismo e historicismo (White, 2010 [1968]) cuyas proposiciones sobre la naturaleza si bien se pueden distinguir entre posturas mecanicistas y vitalistas, paratácticas y liminares; también se entrecruzan y marcan a su modo la idea del tiempo y espacio como campos de las dinámicas de conservación y transformación que implicaba al referente material, al paisaje físico.

¹⁰⁰No obstante, la tradición que inaugura Bello también tenía una genealogía anterior que lo remontaba a la melancolía paisajística de los jesuitas expulsos que celebraron la naturaleza americana como Rafael Landívar. También puede rastrearse en el telurismo de poetas como Manuel Justo Rubalcava, Manuel de Zequeira y Manuel Lavardén (Marco Ramírez, 2010)

Sin embargo, para no extendernos en esta problemática y tratando de mantenernos en la orientación de esta investigación, convengamos que este siglo y parte del XX, estuvo mediado por dos culturas: la romántica y la científicista de las que lógicamente se derivaron otras formas de entender y comprender el mundo dentro de una modernidad que se fue diversificando en los diferentes imaginarios que la fueron instituyendo y, en la construcción de la idea de autonomía y de contrato social en el que se desplegaba la vida y las relaciones con el mundo (Charles Taylor, 2006b y 2006a).

El campo de la geografía emergente no estuvo al margen de estos movimientos del imaginario social y el papel de la autonomía del individuo moderno que secularizaba la antigua forma de concebir el cosmos como creación de Dios para asumirlo en sí mismo como un gran espacio, como un mundo conocible y describible no solo por la ciencia, sino también por las sensibilidades que alentaba el romanticismo, es decir, la búsqueda de un sentir la naturaleza en la cual realizarse.

Ciencia y arte, espacio paratáctico y liminar configuran la dimensión de la experiencia geográfica en el Orinoco. Si pueden mostrarse como parte de una nueva Episteme del mundo, ésta no es, sino una expresión de tensiones en los regímenes discursivos, pero también, de interacciones resultantes de la propia experiencia e imaginación geográfica, de lo que ésta podía dar cuenta en los nuevos encuentros con la vastedad geográfica del globo.

En tal sentido, el cronotopo que observamos en los discursos de la modernidad que se extienden sobre el Orinoco y llegan a más o menos a la primera mitad del siglo XX, está organizado como una visión espacial que se reparte entre un mundo concebido a disposición del hombre para ser transformado por la lógica del progreso y una lógica que apela al imperio de los sentidos en contacto con la naturaleza.

Para la primera lógica, el mundo era un campo en el que se libraba una dialéctica de la naturaleza -según pensaba Friedrich Engels- desterrando la teología por la ciencia material. Ligada a esta, estaba el hecho de mostrar las leyes que regían los mecanismos de la naturaleza y la acción de un trabajo incesante sobre los medios de producción y sobre los recursos. El mundo también debía ser observado cuidadosamente, pues en él, estaban las claves de la vida tal y como lo pregonaban los evolucionistas de Lamarck a Darwin.

La otra lógica envuelta en una disciplina estetizante del mundo observado planteaba que una parte esencial del ser residía en el encuentro con el paisaje según postulaban los ideales del romanticismo. Este ser en la naturaleza, en el espacio habitado, construía una visión sensible del paisaje.

Auguste Morisot, un dibujante con inquietudes naturalistas que acompaña a Chaffanjon en la expedición para hallar las fuentes del Orinoco, evoca un imaginario, el del Edén que se origina de la primera visión de Colón en la zona del Golfo de Paria, Trinidad y el Delta (Morisot 2002 [1886-1887]: 101) Pero desde de la ensoñación, se desprende una inquietud por encontrar un paisaje sin alteraciones, un lugar en el cual recrear la mirada y el espíritu, en donde sus ocupantes, “los civilizados”, no hayan alterado o destruido ese lugar privilegiado de la naturaleza. Ya en el Alto Orinoco, el autor conectará la experiencia del ascenso por el río con un paisaje que revela lo sublime y con ella una relación especial en el cual se puede apreciar si seguimos a George (1985 [1972]:30-32) un medio ambiente que es espacio percibido, que tiene una faceta psicológica y otra que es vivida dentro de un espacio inestable que toma mayor peligrosidad y mayor atracción en la ardua travesía del ascenso a las fuentes. LA dimensión material de un paisaje esta entonces en tensión con las expectativas, los deseos y los propios poderes de invención y organización de la imaginación

La imaginación queda confusa ante tanta misteriosa grandeza se eleva aún bien alto a veces, llevada de ciertos sueños; pero, desgraciadamente, para recaer más profundamente en su oscuridad y descubrir crudamente la realidad de nuestra extrema debilidad, a pesar de la voluntad más fuerte. (Morisot,2002 [1886-1887]: 260)

La experiencia del viaje en el Orinoco, el encuentro con la realidad concreta de la naturaleza y sus paisajes en los que este explorador ve la vida, supondrá para Morisot un cambio, un descentramiento de corte ambientalista, al final de su extenso diario el respeto por la naturaleza se transforma en un cambio de conducta frente al ejercicio de la cacería y a su poder destructivo, y solo la admitirá en caso de necesidad extrema (Ibídem, 485)

Ambas lógicas, la paratáctica y la liminar, permiten explicar muchas descripciones del paisaje tropical como un entrecruzamiento y como una relación de poder situada en un espacio físico que es constitutivo de las posibilidades y de los límites.

Un punto crucial para comprender los matices, los pliegues de estas dos lógicas espaciales que vinculan el progreso con ciencia y economía, y el lugar como dispositivo que envuelve lo estético y lo sublime; puede condensarse en las proposiciones de la “física del mundo de Humboldt” contenidas en el *Kosmos* (1944[1848-1858]) y en las ideas geográficas de Reclus.

En este orden, es importante recurrir al valor icónico del frontispicio que abre el libro de Reclus, *El hombre y la Tierra*¹⁰¹. La imagen del hombre contemplando la Tierra es

¹⁰¹ Esa icónica imagen abre la obra *El Hombre y la Tierra*.

significativa para comprender el proyecto del geógrafo francés y su aspiración a escribir una geografía universal cuyo último núcleo era el propio individuo que ligaba su formación a la experiencia de un espacio abierto y concreto tanto en la concepción de la tierra como en el contacto con el campo en el que transcurre la vida. La orientación hacia la armonía no se realizaba para Reclus en el interior del hombre, sino en una compleja relación entre el adentro del hombre y el afuera que habita (la Tierra).

El espacio es de acuerdo con la idea reclusiana correlativo con los seres vivos incluido el hombre a quién correspondía una función ética. A través de las conexiones e intercambios, se explicaba la vida como algo más que la propia corporalidad del hombre, o si se quiere una corporalidad entre vida y materia explicada en sus conexiones y en un sentimiento de la naturaleza. El hombre en su esquema no era solo un espectador, sino también un sujeto activo por el progreso. En la concepción de Reclus esta relación significaba algo más, algo opuesto al expolio y a la destrucción de otras formas de vida.

Estas ideas se ajustaban a la percepción que Russell Wallace había construido en su viaje al Alto Orinoco al contraponer la vida civilizada a la vida en la selva en una especie de poema poco conocido y estudiado¹⁰². No obstante, la reflexión de este explorador inglés en el interior de la selva es más radical tomando tintes de un descentramiento crítico.

¿No hay encerrados en nuestras pobladas urbes
Y esparcidos por nuestros campos más fértiles,
Millones de hombres que viven una vida peor
con peor salud física y moral
que la de los indios Rojos de estas selvas sin senderos?
(Russell Wallace, 1994 [1853]): 83)

Esta experiencia del otro espacio impregnará otros discursos alternativos a los de la destrucción de las geografías humanas que muchas Repúblicas e imperios llevaban a cabo en los espacios internos de los continentes (es importante revisar en relación con el discurso hegemónico y su impacto geográfico, Cunill, 1999; Zusman, 2000). El mismo Reclus en su estancia en Sur América, había descrito con un respeto que envolvía también la empatía y la compasión romántica a las comunidades indígenas y los paisajes naturales que estas etnias habitaban en la Sierra de Santa Marta en Colombia (Cuevas Quintero, 2016).

Como corolario de esa otra visión del progreso que revaloraba a la naturaleza y a las relaciones armónicas, Reclus en una honda meditación había llamado la atención sobre el valor que implicaba “la vuelta a la naturaleza”, el reconocimiento de las “virtudes de los

¹⁰² Ese mismo *topoi* lo repetirá al describir los paisajes humanos del Pacífico en su famoso *Viaje al Archipiélago Malayo*, que significará, además, la experiencia a través de la cual el naturalista y geógrafo, meditará coetáneamente con Darwin la teoría de la selección natural y los problemas inherentes a la biogeografía.

salvajes” y los procesos de adaptación y transformación del medio que los pueblos primitivos habían realizado (Reclus, 1913 [1905-1908], Tomo 6: 517-518). El progreso era pues, una disposición humana que debía resolverse en la valoración sin prejuicios de cada lugar y de sus habitantes, el progreso también implicaba el lado moral de la vida, así como también una visión realista los progresos materiales.

En el contrapunto de la lógica del progreso, una serie de altergeografías mostraban las diferencias que suscitaba la nueva relación del cuerpo con los espacios y los lugares transitados y vividos que creaban una disposición de la imaginación situada a partir de la cual se ofrecía un discurso diferente de una estética si se quiere conservacionista.

El cronotopo geográfico impregnó a la narrativa pasajera privilegiando la reflexión, imaginación y producción de modos de saber geográficos ligados a un *pathos* construido entre materia e imaginación. El paisaje polisémico¹⁰³ inscribía narraciones en la imaginación geográfica, remitía y desplazaba el lugar en función de un “desde dónde”, “en dónde” y “hacia dónde”. Sobre estas orientaciones la visión construida en los desplazamientos y en las llegadas conformaban parte de las operaciones geográficas que autorizaban un decir del Orinoco a través de sus imágenes.

En la medida que se iban tejiendo sucesivos viajes a lo largo del río, ficciones y realidades construían una cultura visual con el paisaje fluvial, selvático y de sabana, también y en otro plano con los paisajes humanos cuya visión estaba mediada por ambivalencias como ya se señaló.

En términos generales la modernidad y sus paradojas se manifestaron sobre el otro espacio, el de otra geografía con paisajes radicalmente diferentes a los que se ofrecían estabilizados en los nodos de poder de la propia modernidad.

Esto supuso, por un lado, una selección instrumental del paisaje que inscribía la diversidad en un orden ligado a potencia, causalidades e interrelaciones que invitaba a la acción del trabajo productivo, por otro, un espacio liminar cuyo paisaje desplazaba los sentidos al espacio de las transacciones estéticas habilitadas por la extrañeza y el asombro de los espacios otros.

La actitud del observador o de la mirada y sus formas de atención sobre el medio geográfico, se va hacia el borde de la de experiencia desafiando en el sitio los lugares comunes y habilitando un nuevo cronotopo geográfico que descubre las riquezas de la

¹⁰³Para reducir en complejidad, es necesario ahora volver sobre algunos aspectos planteados en los Capítulos I Y II

diversidad bajo la que se esconde la destrucción y la conservación. Por ello es posible entender a Alfred Russell Wallace en su perturbadora meditación del Alto Orinoco.

En algunas de mis tardes aburridas y melancólicas, dediqué mi pluma a describir la aldea y sus pobladores, en un poema de versos pobres y descoloridos, pero que reflejan, fielmente, mi estado de ánimo y las ideas y pensamientos que abrigaba en ese momento, sin bien ahora tengo una apreciación más moderada y realista de aquellos momentos. Los presento tal como los escribí, en un estado de encendida indignación en contra de la vida civilizada en general y destinados a aliviar el estado de monotonía en que me encontraba... (1994 [1853]: 79).

No obstante, a finales del último tercio del siglo XIX y de allí hasta la crisis que antecede a la primera guerra mundial, la articulación de la modernidad en términos de productividad capitalista afectará las geografías periféricas y a sus paisajes impregnados de un aura exótica que ahora se juega en la productividad y en la promesa de un horizonte para el progreso. El discurso de la abundancia mostrará paisajes abiertos a las posibilidades del comercio y la producción.

Adolf Ernst, presidente de la Sociedad de Ciencias Físicas de Caracas, resume en un “Informe” de 1873 encargado por la Orinoco Navigation Company de New York, la visión positivista del progreso referido a las bases materiales del espacio geográfico y de los paisajes prometedores. El informe en cuestión da una relación de distintas zonas económicas de Venezuela, y se detiene en especial a las referidas a la cuenca del Orinoco que él ve como un extenso campo abierto al comercio y a la industria.

En la mirada de este científico, el paisaje paratáctico está dominado por una constante alusión a las riquezas. En tal sentido el apretado escrito que envuelve relación de emplazamientos fluviales, conexiones, recursos vegetales, ganaderos y mineros, se dirige a atraer capitales para activar la navegación de vapor en los diversos tramos del Orinoco. Para Ernst,

Las producciones vegetales del país drenado por el Orinoco y sus afluentes son, sin exageración, casi innumerables” [y se contienen en], “... la tierra más humilde de ese suelo virgen donde hay miles de plantas que producen productos valiosos para la industria, el arte y la ciencia. Allí puede encontrar los bosques más preciosos para el trabajo de gabinete más selecto, creciendo en las mismas orillas de los ríos...” (1873: 34).

La imaginación geográfica del desarrollo de esos espacios se despliega luego en la relación entre el consumo, la industria y su aceleración. Las condiciones del paisaje económico del Orinoco parecen desplegarse en relación con los flujos facilitados por su configuración conectiva de un gran sistema de arterias fluviales que en los diversos tramos vincula ríos tributarios de inmenso valor como el Meta, El Apure, El Arauca, la trifluencia,

Guaviare, Atabapo, Orinoco y la conexión del Orinoco con el Amazonas por los brazos del Casiquiare y el portage del Pimichin. A los ojos del comercio mundial resultaba prometedora la particular situación del Orinoco que lo conectaba con diversos espacios productivos y en consecuencia con una variedad de recursos de distintas zonas geográficas.

Esta breve enumeración comprende sólo los productos más comunes que ahora son artículos de comercio, pero debe recordarse que el progreso de la civilización y la industria descubrirá los usos prácticos de muchos más, cuyo nombre ahora es apenas conocido. La naturaleza, en esos bosques magníficos, y sus planes de largo alcance, parecen ser sólo, un inmenso almacén, lleno de tesoros más valiosos, esperando la mano del desarrollo de la industria y el impulso acelerado de la comunicación regular y fácil con la costa del mar (Ibidem:36)

Para 1904, Veloz Goticoa compila el *Venezuela. Geographical sketch, natural resources, laws, economics conditions, actual development, prospects of future growth*, ésta extensa publicación de más de 600 páginas es importante porque fue impulsada desde la International Bureau of the American Republics (Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas), que era una Institución surgida de la International Conference of American States. El discurso de la abundancia sigue en este texto compilado por el secretario del Bureau, su proceso de espacialización paratáctica, en atención a ello, el Orinoco se proyecta a futuro como una arteria del comercio y sus paisajes económicos se muestran en el binomio de los productos alimentarios y los productos mineros, en especial, el caucho, la sarrapia y el oro del Callao.

La naturaleza es dispuesta a la acción del hombre, no sin antes inscribirla en el *topoi* de lo grandioso, de lo que el gusto de una cultura burguesa ya conoce, y de lo abierto en términos de nuevos productos que se sitúan en los paisajes naturales que se valoran económicamente en función de las demandas del momento y de la posibilidad de las demandas del futuro.

6. 3 El viajero como nómada furtivo. La imagen narrativa, pictórica y fotográfica del Orinoco (1799-1905)

Los libros de viajes, las ilustraciones y las formas pictóricas instauran un orden, funcionan como productos y anclajes de la imaginación geográfica. Así cada operación paisajística pretende controlar una visión y una lectura del trópico. Acontece, es decir que tiene un tiempo situado en un lugar. Es práctica concreta de legibilidad y de traducción a un

lenguaje bajo la condición del viaje que implica un dejar para ir. Un desplazamiento de los espacios conocidos a los no conocidos.

El viaje se transforma en comunicación, construye un cronotopo que estabiliza a la vez que dinamiza la relación humana con el entorno físico.

La operación geográfica se corporaliza, se funda en un acto de asombro ante el paisaje y lo traduce. Se fija como texto que transporta un efecto de presencia para los lectores del allá, del espacio que está fuera de la geografía profunda, reconociéndose pues modalidades y variaciones de los modos de decir o mostrar un paisaje.

Más allá de una aparente estructura paisajística uniforme, los textos del Orinoco muestran una epidermis que comunica la singularidad del lugar. Estas formas “epidérmicas” expresan el doble movimiento del enlace de escalas y cualidades. Por un lado, estas deben ser captadas en sus diferencias; por otro, en la repetición que se constituye en sucesivas amplificaciones que desvían la diferencia hacia la metonimia, vistiendo de exotismo o tropicalismo a los espacios de las geografías profundas y dando cuenta del todo por sus partes al operar como selección y como marca.

Los sentidos corporales, a pesar de la primacía de la vista son activados en la geografía tropical. Esta situación es evidente en los registros que se conservan de las experiencias del viaje entre el siglo XIX y primeras décadas del XX. Pero los viajeros no son observadores comunes, son observadores competentes que tienen dos comportamientos. Por una parte, vienen estimulados por la Humboltian Science and writing que articula ciencia e imaginación. Y por otra, trabajan como lectores de una naturaleza al modo del “nómada furtivo” de Michel de Certeau (1996, T. I). Es decir, se mueven, transitan otro espacio, salen de su tierra hacia otras tierras, son intrusos en una geografía que se muestra irreductible, que impresiona, y se resiste a ser organizada por el lenguaje común y, sin embargo, de esa relación de incompletud se desprende una posibilidad cierta de traducción y legibilidad que no es en ningún modo uniforme, sino multiforme si se ve en conjunto.

Esta relación, derivada de las operaciones geográficas del observador del espacio y del paisaje, muestra la tensión entre lo diferente producto de las variaciones paisajísticas y la repetición que construye estructuras reconocibles. Es así que, en medio de lo esperable, modelado por las formas culturales que han precedido la construcción del trópico, de la búsqueda de regularidades que movilizan al ojo y otros sentidos corporales del viajero científico, del viajero sensible, emerge lo contingente. Esta contingencia desafía a la educación de los sentidos, a los filtros y a las lecturas que le dan contenido,

En tal orden de ideas, la compleja relación entre lo esperable y la contingencia que acontece en la relación con los fenómenos geográficos, puede ejemplificarse en el encuentro de Humboldt con los fenómenos del medio y alto Orinoco, con la vista que ofrecen los raudales de Atures y Maypures, con la curiosidad científica de conexión del Orinoco y el Amazonas a través del Casiquiare, con el espacio del deseo que delimita en un más allá al río, hacia una fuente que se incrusta en un paisaje exuberante, misterioso.

La imaginación geográfica habilita, se comporta como un umbral entre lo conocido y lo desconocido. Allí ante el fenómeno fluvial de la conexión apenas enunciada por jesuitas, expedicionarios españoles de la Comisión de Límites de 1750, viajeros portugueses y el texto de La Condamine, se juega el asombro en dos sentidos: a) por la anastomosis de un río, por la conexión que establece un brazo entre dos ríos que marchan en sentidos opuestos y que marcan un punto de inflexión convirtiendo el lugar en referente científico, y b) por Un asombro o encanto poético que lo metaforiza, lo convierte en un “lánguido *cocytus*” como se ha señalado en el capítulo anterior. Ambos sentidos se explican en la fuerza de atracción del río. El gesto se repite, el río como fenómeno captura la atención del observador. Morisot en su viaje en la búsqueda de las fuentes se toma un tiempo para contemplar el curso del Orinoco a la altura de Ciudad Bolívar, allí el río se vuelve de una corriente menos turbulenta, fluye apaciblemente mostrando otra apariencia muy diferente a la del alto Orinoco con el que se encontraran más adelante en el curso de su navegación.

El río me atrae, sin saber cómo, me encuentro siempre en su orilla, es tan grandioso, tan majestuoso, tan sugestivo para mí; los efectos del cielo son tan bellos ahora, que, en algunas nubes blancas, gris ámbar, anunciadoras de lluvia, empiezan a dibujar armoniosos arabescos sobre la monótona limpidez de los primeros días.

Ahí es el espacio, la calma, lo desconocido:
¡y todo es interesante, diferente para un pintor!
(Morisot: (2002 [1886-1887]: 141)

Esta fuerza de atracción también es constante, y no solo se muestra estéticamente, sino que puede combinar lo paratáctico. Años antes, Schomburgk el gran explorador de las Guayanas, un personaje emblemático de la Royal Geographic Society que ha llevado la travesía de ir desde la Guayana inglesa al Alto Orinoco y desde allí ha retornado siguiendo la famosa conexión del Casiquiare. Extasiado ante el paisaje de explosión vegetal del curso superior, en el área del Parima dirá,

Ahora entramos en el sistema del Orinoco, y encontramos todos los arroyos que cruzamos, fluyendo hacia el sudoeste hacia Ocamo, un afluente de ese río. Una cadena de montañas hacia el sur, los contornos azules de la que se extendía N.E. Y S.W., nos fue señalado en el final de nuestro viaje; Allí, dijeron nuestros guías, estaban las fuentes del Orinoco, rodeadas de árboles altos y umbríos. (Schomburgk, 1940b: 231)

Los viajeros que navegaron el Orinoco y sus afluentes construyeron un sentimiento de la naturaleza que transportó el dispositivo físico a un lenguaje de activación poética en la que se juega la belleza de los medios fluviales o de los ecosistemas vinculados a ellos. La operación geográfica derivada del tránsito furtivo de los itinerarios, las pausas para observar y contemplar; recurre a la poética de la imagen, emerge como creación imaginaria de una geografía otra. El nómada furtivo ya no espera, es confrontado por el desequilibrio del nuevo paisaje, se impresiona en un espacio liminar, traduce esa extrañeza, desplaza al lector a una presencia ante los sentidos que organizan el vínculo espacial entre los lugares, crea archivos para la memoria y una memoria de un futuro ligado a fuentes que aún no son encontradas.

El régimen de historicidad y de geograficidad del Orinoco puede mostrarse como un paisaje tropical que tiene una historia. Esta se ha construido como ambivalencia y como una dialéctica entre lógicas hegemónicas y lógicas de resistencia cuya cartografía hoy día puede mostrar una paradoja geográfica: que la destrucción de paisajes no fue demoledora en la totalidad de la región, sino que fue selectiva en algunos lugares que fueron demandados por el capital y las necesidades.

Pero junto a ella hay otra historicidad y geograficidad que es más básica, que liga a la percepción física del río y de la humedad. Un ejemplo de ello lo constituye la valoración de lo húmedo, de la omnipresencia del agua que generó enconados debates en el siglo XVIII (Gerbi, 1982 y Cuevas, 2012) y vuelve a emerger bajo posicionamientos y valores de signo distinto durante el siglo XIX hasta nuestros días (Howarth, 2001; Pizarro, 2009 y Tvedt 2006, 2010). Otro lo constituye el propio curso del río Orinoco y lo que convoca en términos paratácticos y liminares a la atracción y repulsión de su escenario fluvial.

En tal orden de ideas, el trópico y su naturaleza permiten construir los dispositivos de topofilia (Tuan, 1990 [1974]),) y topofobia (Edward Relph, 1976). Para la primera categoría, la topofilia, que podemos adjetivar como tropical, significa una construcción afectiva que se hace con el entorno acuático y selvático o en función de él. No obstante, estos paisajes no son solamente prístinos, es decir que no son solamente primitivos, puros, envueltos en una atmósfera paradisíaca o exótica, sino que han sido intervenidos por el hombre siguiendo otras lógicas de trabajo y de historicidad y geograficidad que a veces no conocemos, como por ejemplo las selvas antrópicas del Amazonas (William Denevan, 1992).

La idea de lo prístino heredada de una larga tradición europea de los descubrimientos, marca una idea y un imaginario paradisíacos. Frente a él, el espacio ominoso, el limes inhabitable y peligroso. La categoría de topofobia que podemos adjetivar también como

tropical, permite inscribir el discurso de la precariedad y la minimización de las posibilidades de habitar, de la condena geográfica y de la degeneración. En esta mirada, la humedad presente en los trópicos era considerada un factor negativo. El trópico configuraría un paraíso esquivo o una imagen falsificada de un espacio realmente peligroso que se mostraba en el salvajismo de las imágenes y las narrativas.

Frente a esta idea se construyó una defensa del espacio americano en la cual la geografía y las historias naturales de los jesuitas del siglo XVIII tuvieron un papel determinante. Más tarde, las visiones de los viajeros del XIX y los viajeros del XX verán en estos espacios posibilidades para la conformación de una red mundial de una imaginación geográfica que vuelve universal a los lugares como puede observarse en las obras de Reclus, *El Hombre y la Tierra* y la *Geografía Universal*.

Ahora bien, de todo este vasto movimiento se desprende una pregunta central ¿Qué lugar tiene el paisaje en la relación centro-periferia?

El viajero en la periferia movilizaba su cuerpo y en este movimiento, movilizaba su mirada geográfica cuya complejidad, se traducía en un texto espacial cruzado por situaciones fluctuantes emergentes de esa situación de movilidad geográfica. En los espacios de la periferia hacia donde se dirige el viaje, los procesos semióticos -como señala Yuri Lotman-, son más acelerados y activos, hay menos estabilidad de las significaciones, y éstas "tienden a dirigirse hacia el centro y luego desalojarlo", es decir, "se produce un cambio en el encuentro con lo otro, en el desplazamiento." (Lotman, 1996). De modo que la concepción estática y subalterna de la periferia se relativiza.

Cada noticia geográfica produce un sismo en el imaginario del centro. La imaginación geográfica toma consistencia en tanto que facultad de imaginar, es decir, de producir una imagen manejable del entorno, de anticipar el movimiento, pero también, de disponer en un plano de umbral, al sujeto frente a un reto de traducción resultante del complejo cultural de los viajeros en campo, del "nómada furtivo" y, de las escrituras que desestabilizan para reorganizar a través de los lugares y de los fenómenos, la visibilidad de estos en paisajes que transportan la tensión de la repetición y las diferencias a partir de las cuales, una nueva imagen del mundo toma consistencia geográfica.

Estas preguntas -que no son las únicas- permiten domiciliar dentro de la problemática geográfica la dimensión pictórica del paisaje y la narrativa paisajística del Orinoco. Ambas poseen una genealogía cuyo estrato más reciente se construyó en el siglo XIX en un cruce entre la ciencia y la estética. De ese contexto surgieron modos alternativos de valorar el trópico que oscilaron entre la repetición de una forma que construía una visión convencional,

y otras que muestran una novedad irreductible y frágil a la vez de un paisaje exuberante y en apariencia “paradisíaco” en su versión secular.

Tras la aparente superficialidad de las imágenes se esconde otra historia, la de la producción de dichas imágenes y la de la experiencia corporal que ellas originaban en una suerte de tercer espacio transitado e imaginado por el viajero convertido en un “nómada furtivo” que lee y escribe acerca de otra geografía que posee en el paisaje una legibilidad que mueve, que construye una especial atracción.

En el tal sentido y a partir de las preguntas formuladas, nombraremos solo algunos casos para ilustrar y amplificar el problema del paisaje del Orinoco inserto en estas dinámicas de la geografía emergente o aún por consolidar disciplinariamente como la llama Godleswka (2000).

Las fuentes seleccionadas que pasaremos a tratar en una suerte de descripción densa en el siguiente punto, se inscriben en las altergeografías cuya gama de voces producen, construyen y organizan imágenes geográficas.

De este modo tanto las pinturas e ilustraciones como las narrativas desprendidas de los viajes, produjeron una invención de la naturaleza salvaje del trópico (Wahab, 2010). La conexión con lo salvaje no se redujo puramente a consideraciones de orden negativo, detrás de las imágenes se impulsaban nuevos valores del espacio que eran expresión de las paradojas que se envuelven en el seno de la modernidad. Bajo esta consideración, las estrategias narrativas e icónicas construyeron una imagen ambivalente del trópico, de un espacio otro en conexión con una poderosa fuerza de atracción.

6.3.1. Paisajes del Orinoco. Narraciones.

El giro en la percepción de los espacios producto del régimen de viajes que se emprenden en el siglo XIX marca un punto de inflexión de gran importancia. Surge en un momento en que las lógicas de la modernidad se están organizando sobre las geografías interiores de América.

El espacio paratáctico organiza el territorio en función de un aspecto visible ligado a la relación entre cultura y naturaleza. Humboldt junto a Bonpland, penetran en la cuenca del río Orinoco recorriendo una distancia de 1652,18 Km., una travesía de por sí difícil dada las

diferenciadas zonas y ecosistemas que atraviesan¹⁰⁴. En una visión panorámica (que ya hemos tratado en otro sentido en el capítulo IV), Humboldt construye una división regional de la Capitanía General de Venezuela que reparte en zonas extendidas de forma casi paralela y en una especie de estratos que muestran paisajes diferenciados. Para él,

Hállase primero terrenos cultivados a lo largo del litoral y cerca de la cordillera de montañas costaneras; luego, las sabanas o dehesas; y en fin allende el Orinoco, una tercera zona, la de los bosques en las que se penetra solo por los ríos que lo atraviesan (Humboldt, 1991,[1816/1831] T. 2:297).

La división conjuga dos relaciones, junto a la natural Humboldt superpondrá otra de carácter humano. Así, cada zona expresará los “tres estados de la humanidad”, es decir: “la vida del salvaje, ... [la] del pastor... y la vida del agricultor” (Idem). Este fundamento espacial que opone una geografía alterada gradualmente por la acción humana y otra en estado natural, servirá más tarde a Agustín Codazzi (1840) para elaborar una cartografía en la que introduce una leve variación en las etiquetas en las cuales cada zona es reducida a una expresión mínima de síntesis de la relación hombre-medio.

Para el geógrafo italiano, la imagen cartográfica de Venezuela está configurada por un conjunto zonal de paisajes: un norte con “terrenos de cultivo”, el arco central, por “la zona de los pastos, y la zona sur, por la zona de “selvas vírgenes” (ídem). El esquema de Codazzi sin embargo, no reproduce fielmente el esquema zonal de la geografía humana de Humboldt. Remite a una concepción más abierta y no por ello más inocente, pues lo “virgen”, una cualidad aplicada al espacio cartografiado de la margen derecha del Orinoco (aguas abajo), forma parte de la necesaria negatividad de la ocupación territorial.

La selva, como paisaje intacto, no es un espacio a desechar, sino un espacio otro que invita a la exploración. En la mirada de la emergente geografía criolla, los salvajes, los bárbaros que habitan esa zona, forman parte de una humanidad en su infancia, son reducidos a meras cosas. Al ser naturaleza, no son reconocibles en el esquema de la división del trabajo, de allí que los paisajes que habitan sean considerados como parte de una naturaleza virginal, es decir, sin transformación técnica.

Ambas concepciones del espacio paratáctico, la de Humboldt y la de Codazzi, se fundamentan en una idea del paisaje que se muestra en la oposición entre naturaleza y cultura. No obstante, de modo ambivalente, la visión naturalista y estética de Humboldt es trocada en

¹⁰⁴La medición del itinerario de San Fernando de Apure hasta el Casiquiare, y de allí al curso superior del Orinoco, fue obtenida mediante el Programa ArcGis sobre el mapa base de la Cuenca del Orinoco diseñado para esta tesis, Vid capítulo 3. En un contexto general del viaje a lo que hoy es Venezuela, el itinerario no contempla el primer trayecto, es decir el que va desde Cumaná hasta los valles centrales del norte de Venezuela.

una consideración jerárquica del espacio que tiene su reducción entre el paisaje ordenado por la civilización, urbana y su antecedente pastoril, frente a la naturaleza salvaje que envuelve al paisaje y al hombre. De fondo, la idea del proyecto fisiocrático que debía luchar con la naturaleza y transformarla como un extenso campo de cultivos para la “felicidad del hombre”.

Para él, la geografía profunda del continente americano se muestra como un espacio ominoso, allí, “...el hombre y sus productos desaparecen por decirlo así en medio de una gigantesca y salvaje naturaleza” (Humboldt, 1991[1816/1831]), T 1: 29). Este *topoi* de lo negativo del entorno, gobernará el régimen de historicidad espacial hasta bien entrado el siglo XX y se proyectará con mutaciones semánticas bajo el régimen del marketing geoturístico hasta nuestros días. Pero la paradoja ronda a la construcción de la imagen tropical que instituye Humboldt.

Esta idea de superioridad jerárquica de un espacio sobre otro, de una cualidad del paisaje, tiene matices. De la misma narrativa humboldtiana surgen visiones que expresan la ambivalencia en las que se mueven sus observaciones, una situación que se expresa sobre todo en los *Cuadros de la Naturaleza*. Por ejemplo, la paradoja de los Waraos, estos según el viajero, siendo salvajes habitan una “ciudad libre”¹⁰⁵.

Esta libertad se asocia al Estado de naturaleza cuyo doble valor debe ser leído con cuidado, pues significa ausencia de Estado, pero también, remite a la afirmación del valor roussonian del buen salvaje integrado en un paisaje natural que le proporciona todo para vivir, en especial el recurso que proporciona las formaciones de palmas de moriche (*Mauritia flexosa*) que muy bien trata Humboldt. Estas asociaciones de plantas, configuraban un paisaje particular de los Humedales de la cuenca del Orinoco, en especial, el Delta. Pero más allá, el cuadro de los Warao funciona como una especie de digresión que deja en suspenso al “progreso y a la felicidad occidental” ante la “ciudad libre” de los salvajes.

Este mismo lugar que refiere al hombre natural y a su armonía descrita en el paisaje paradisíaco del Delta, la encontramos en J. J. Dauxión Lavaisse quién al hablar también de los Waraos a quiénes visitó, dirá,

Su escaso comercio consiste en peces, redes, hamacas y cestas. Están en paz con todo el mundo incluso con el mismo gobierno español, el cual, desde hace largo tiempo, ha renunciado al proyecto de someterlos. A menudo he podido observar de cerca este pequeño pueblo; entre ellos me creía en los tiempos de Astrea. Su sociedad es una constante escena de paz, de abundancia, de alegría y de concordia. A menudo, he lamentado que viejas tradiciones y, las costumbres sociales, me impidieran establecerme entre ellos: es el único pueblo salvaje que me ha inspirado tal deseo. (1967 [1813]: 18)

¹⁰⁵Vid al respecto el cap. IV

Este *topoi* hombre/paisaje natural vuelve a aparecer en Russell Wallace, su visión se vuelve poética, los indios de el Alto Orinoco, del portage del Pimichin, un punto selvático que es casi un partaguas del río Negro (Guainía) y el Orinoco, habitan un lugar feliz.

Hay una aldea indígena; por todos lados,
Se esparce la oscura, eterna, selva infinita
De variado follaje. Majestuosas palmeras se alzan
Por doquier, y muchos otros árboles desconocidos
Protegidos por nombres extraños, rudos a los oídos ingleses.
Aquí viví yo un tiempo, el único hombre blanco
Entre acaso doscientas almas.
Una vida pacífica y de satisfacción llevan
Estos hermosos hombres semisalvajes, de negros cabellos y piel rojiza.
(Russell Wallace, 1994 [1853]: 82).

La meditación del largo poema del cual ofrecemos un fragmento es importante, habla de un descentramiento de estos hombres en un paisaje que ya de por sí fascinaba en la distancia alentando la construcción de utopías que venían acompañadas de elocuentes ilustraciones paisajísticas que construían un cronotopo de la diferencia, de habitar un espacio diferente de otra geografía humana posible en lo profundo de los ríos tropicales.

Esa actitud sospechosamente contracultural de A. Russell Wallace muy cercana al ideal de vida anarquista, es atendida por Reclus, quién la encuentra en ciertos pasajes de otro texto del explorador británico, *Viaje Archipiélago Malayo*; un texto clave además para comprender el origen de la teoría de la selección natural; Wallace celebraba la vida virtuosa de los “salvajes” del Pacífico y de la América del Sur, los consideraba como un ejemplo del enlace entre “la armonía de libertad individual y la voluntad colectiva” (Reclus, (1913 [1905-1908]), Tomo 6: 519).

En los *Cuadros de la naturaleza*, la mirada sobre el entorno toma los tintes de un naturalismo metafísico, que liga al romanticismo y desata los poderes de la imaginación geográfica. Pero también, se construye un paisaje que va de lo sublime en la naturaleza a lo paratático. Hay entonces, una relación compleja de los medos de percibir el trópico.

En esta geografía de contrastes naturales y humanos, la introducción hispánica de la ganadería en algunas partes de la cuenca del Orinoco hizo del paisaje de llanura gobernado por la “libertad natural”, un espacio humano que lo hacía habitable. El cuadro que se ofrece a la mirada del explorador alemán en las llanuras de la cuenca del Orinoco (Margen izquierdo aguas abajo del río), es el de un despliegue de poblaciones ganaderas que articulaban las relaciones entre las costas del norte, las llanuras y la Guayana. Humboldt ve un paisaje modificado por los rebaños de caballos, mulos, bueyes y vacas que el “...no estimaba

“inferior de 1.500.000 cabezas” (1972 ([1808], T 1, 27). Un dato estadístico que hablaba de la paulatina transformación de la “estepa” vinculada a la noción de desierto. Pero también identifica a esa zona como un producto alterado por la intervención humana en su marcha civilizatoria hacia el vértice de civilización que es el paisaje agrícola e industrial.

En el esquema zonal, la civilización tendría su transición en estos paisajes ganaderos y de allí a la zona de cultivos. En esta imagen geoespacial de la civilización, la agricultura era la base. Frente a la libertad natural de las selvas y llanuras que bordean las riberas contrastantes del Orinoco en su extenso recorrido, Humboldt opone la libertad política que ha empezado a florecer en la zona de cultivos y que tiene su transición en las formas semisedentarias de las llanuras en la que se ha implantado la ganadería observable en un paisaje pastoril¹⁰⁶.

Esta riqueza del paisaje ganadero no pasaría desapercibida por los “legionarios británicos” que combatieron en la guerra de Independencia. Remontando el curso del Orinoco, el Capitán Vawell aprecia los cambios que se operan luego de Angostura en la margen superior del Orinoco medio, cuando la presencia de los Llanos se hace más perceptible.

Las orillas del río, arriba de Angostura, se presentan bajo un aspecto completamente distinto del que ofrecen abajo de esta ciudad, pues el terreno de los alrededores es más elevado en muchos lugares y nada frondoso.

Ofrecen a veces la visión de sabanas bien regadas, abarcando un horizonte inmenso, y animadas por innumerables rebaños y caballos salvajes. Veíamos a cada instante embarcaciones que pasaban entre islillas umbrosas de brillantísima vegetación (Vawell,1974[1819?]: 43).

Más adelante Ramón Páez nos ofrecerá en su viaje a los llanos un cuadro de este paisaje ganadero de la cuenca del Orinoco, “Nada hay que pueda superar la magnífica contemplación de ver correr por las llanuras grupos de cien o doscientos caballos salvajes capitaneados por sus respectivos padrotes embriagados por la inmensidad de sus vastas sabanas, respirando por sus narices el aire de la libertad. (1986 [1862]:81)

La observación hecha por Humboldt de los cambios que se operan en la zona de los llanos, producto de la sequía y de las lluvias. es crucial. Esta expresa las “mutaciones” que acontecen en el paisaje. Aquí el contraste es el producto de su situación geográfica en la zona Tórrida, de modo que se dan seis meses de sequía con su paisaje desértico y árido, y seis de

¹⁰⁶ Vid Capítulo IV.

transformación en “praderas” cuyo verdor es propiciado por la temporada de lluvias que llegan con los vientos alisios. El científico reflexiona en el Cap. XI de los *Cuadros de la Naturaleza* sobre “Las causas que tienden a disminuir la sequedad y el calor del continente”. Pero la descripción visual de los paisajes del Llano en verano y el llano en la época de lluvias ilustra funcionalmente el cambio, lo hace visible al campo de los sentidos corporales.

Cuando la alfombra de verdor que cubre la tierra ha caído deshecha en polvo, quemada por los rayos perpendiculares de un sol que no vela nube alguna, el suelo seco se agrieta como si hubiese sido dislocado por un violento temblor de tierra [...] La bóveda celeste como aplastada, deja caer sobre el Llano una luz pálida y sombría. Apróximanse súbitamente los límites del horizonte; reducese la estepa y se aprieta el corazón del viajero. La tierra abrasada y polvorienta, que flota en la atmósfera como si fuese un vapor, añade su calor al sofocante del aire” (1972 [1808]), T. I.)

Frente a la dura descripción del estío en los llanos de la cuenca del Orinoco que “oprime el corazón del viajero”, otra descripción del paisaje en el tiempo de lluvias produce un giro de 360 grados al observador, la humedad que transportan los vientos alisios se vuelve benéfica.

Cuando por fin, después de una larga sequía llega la benéfica estación de las lluvias, la escena cambia súbitamente [...] Apenas se ha humedecido su superficie, vístese la estepa embalsamada de Kilingas, paspalum de numerosos panículos, y de diversas especies de gramíneas. Atraídas por la luz las mimosas herbáceas despliegan sus adormecidas hojas y saludan el nacimiento del sol, como los pájaros con su canto matutino, como las flores de las plantas acuáticas se despliegan al primer rayo del día. (1972 [1808]), T I)

El espectáculo de una naturaleza viviente, cinética, explosiva en graduaciones de los verdes del trópico, se convierte en la expresión cambiante del paisaje y, sin embargo, dada las condiciones del relieve plano, los ríos se desbordarán y convertirán la llanura en un mar de agua restituyendo la felicidad a una competencia real por alimentos en tierras anegadas, como bien lo aprecia Humboldt.

Un cuadro análogo será el que ofrece Ramón Páez al evaluar el impacto de las inundaciones en el río Portuguesa y el Apure, uno de los afluentes principales del Orinoco. El paisaje en ésta área se muestra como una expresión de los ciclos de lluvias que se dan en la Sierra de Los Andes, de la cual se desprenden las cabeceras de estos ríos tributarios, “ Gracias a las inundaciones periódicas, el paisaje ofrece por doquiera el verde manto de la primavera aún durante los más tórridos veranos” (Páez, 1986 [1862]: 119) y sin embargo, el ciclo del exceso y del equilibrio se cumple marcando los ritmos de vida de la geografía humana y modificando temporalmente los paisajes habitables. Pál Rosti (1961 [1868]) y Sachs (1987

[1878]) llegarán a corregir a Humboldt, coincidiendo con Páez, que los llanos no poseen un comportamiento uniforme y que su apariencia tampoco es idéntica.

El comportamiento de un río tributario también es motivo de observación, como se sabe, el Apure rinde sus aguas al río colector, Páez lega una imagen de ese paisaje dinámico y turbulento, de su conexividad, sublime en la articulación del poder material de la naturaleza cuya potencia y energía le impactan en tanto que destrucción y creación

[Se] despertaron tantas emociones y sentimientos, [a la vista] de este silencioso mensajero de la Sierra Nevada. Allí en medio de los truenos el cielo y del estrépito de las avalanchas, tiene su nacimiento, precipitándose rápido hacia las bajas llanuras a través de espantosos saltos sucesivos, que hacen temblar los fundamentos de los bosques primitivos. Así corre luego, arrastrando la abrumadora carga de multitud de árboles caídos en las variadas zonas de vegetación que atraviesa su curso. De ese modo los delicados helechos y otras plantas alpinas se juntan con las de los ardientes climas de la bajura hasta ser depositado en el amplio estuario del delta del Orinoco. (1986 [1862]: 122-123)

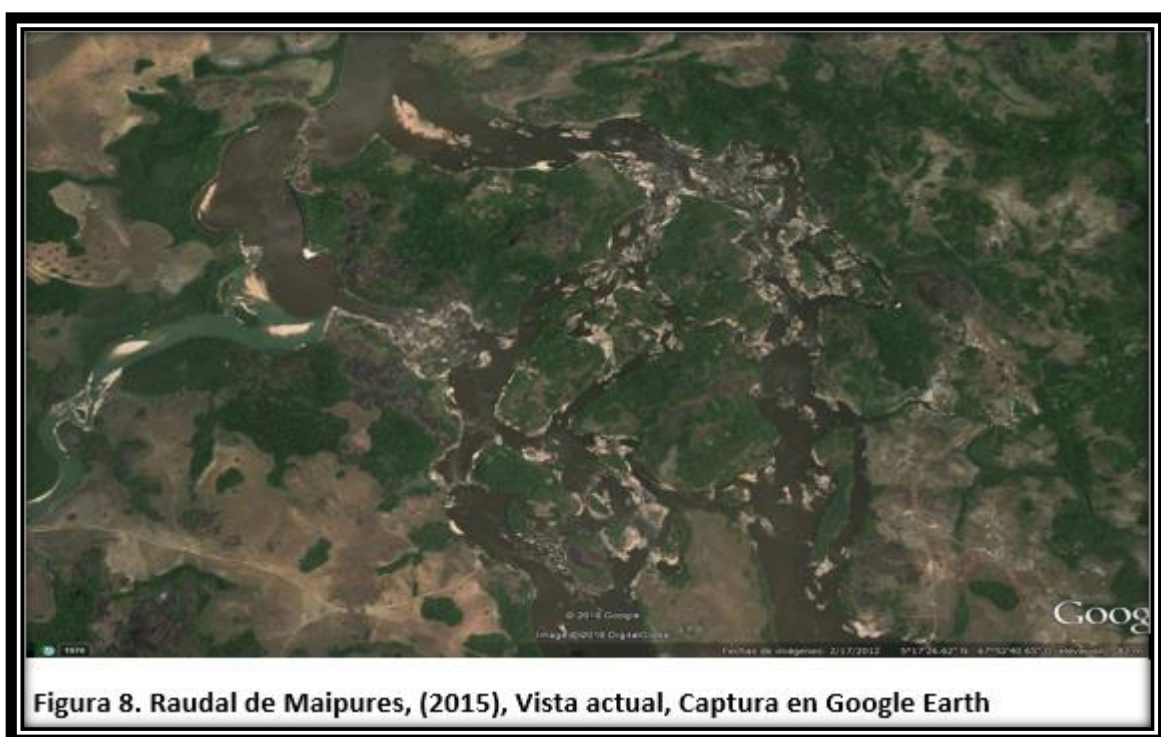
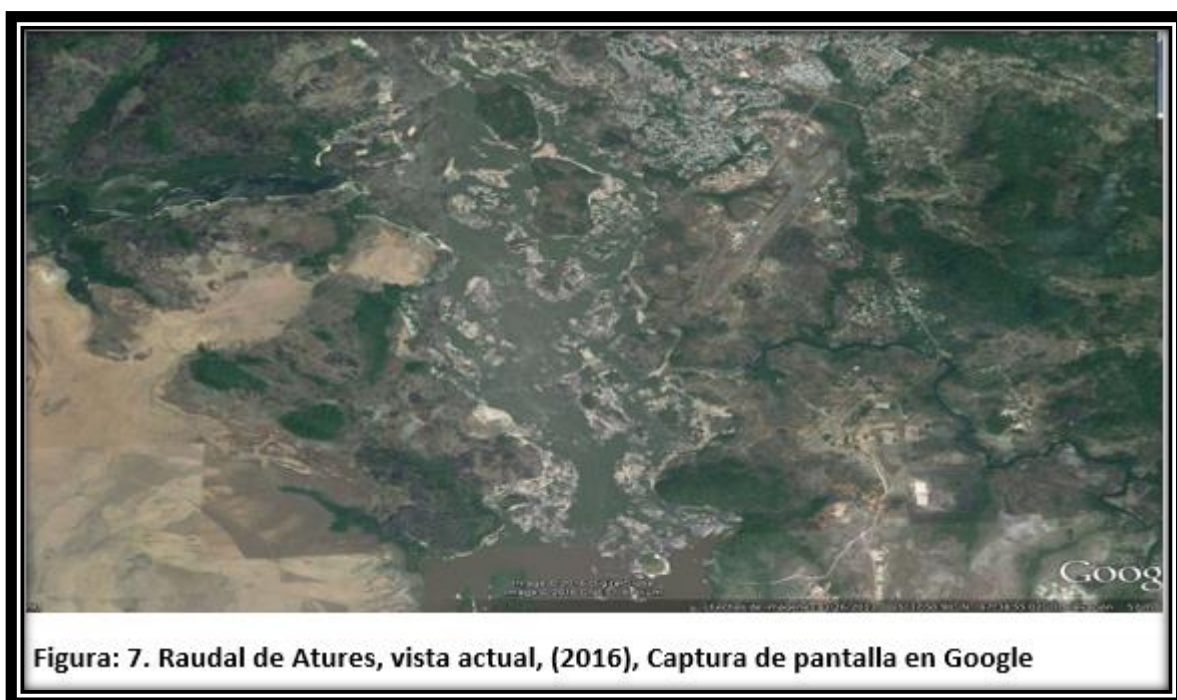
La panorámica del Llano tendrá su contrapunto con las zonas de las selvas y del “mundo de ríos” que conforman las riberas del Sur y el suroriente del Orinoco en donde las inundaciones también importantes generan otros tipos de respuestas al medio como las de los Warao configurando paisajes de hábitats palafíticos.

La mirada del lector furtivo se vuelve sobre el espacio de lo salvaje, caracterizado por una ambivalencia entre la “espantosa soledad” y lo bello de la naturaleza. Humboldt dibuja un cuadro que se presenta como articulación entre lo particular y lo general, entre el lugar y el cosmos. El signo icónico del paisaje contenido en la descripción del conjunto poético invita al asombro del observador en la riqueza visual y auditiva. Lo ordena como una totalidad con referentes físicos tales como la selva, los ríos, el ruido de las caídas de agua, las alineaciones montañosas y la diversas formas como estos fenómenos se presentan. Junto a esta física natural, incorpora el factor viviente, los sonidos de los animales endémicos.

Selvas de profundidad impenetrable y cuya edad se encuentra por millares de años, llenan la región situada entre el Orinoco y el río Amazonas. Enormes masas de granito, de color plomo, estrechan el cauce de espumosos ríos. Los bosques y los montes resuenan con el fragor de los saltos de agua, los rugidos del jaguar y los aullidos sordos del mono barbudo, presagio de la lluvia (Humboldt, 1972 [1808]), T 1: 33)

La fascinación sensorial del paisaje, de su conexión entre imaginación y materia toma forma en uno de los más famosos y publicitados cuadros de Humboldt presentados en la Academia de Berlín: el de las Cataratas del Orinoco. Estas formaban parte del sistema de

raudales de Atures y Maipures en el curso del Orinoco medio (Vid fig. 7 y 8 una imagen área de dicho fenómeno físico). Su espectacularidad paisajística que se muestra en una topografía accidentada, le permite adelantar una reflexión geofilosófica sobre la percepción de los espacios naturales y su íntima relación con el hombre. Allí podemos ver en acción los poderes cognitivos de la imaginación geográfica.



Para Humboldt, a propósito de la reflexión ante el paisaje de las cascadas, “El mundo físico se refleja en lo más íntimo de nuestro ser con toda su verdad viviente” (1972 [1808]), T 1: 189) De este modo, a la vista del paisaje de los raudales, la caída del río en forma de saltos o cataratas, le permite establecer una teoría del paisaje que activa la sensibilidad en esa conexión que proponía el romanticismo al mostrar el lado visible de la naturaleza y la conexión interior del alma.

Esta tarea no puede comprenderse fuera del contexto que la hace posible. La educación de la mirada romántica produjo también su geografía del paisaje (Tuan, 2013; Tang, 2008; Glacken, 1999). Friedrich Schelling en su *Discurso sobre la relación del arte con la naturaleza* escrito en el año de 1807, apreciaba que la naturaleza “solo para el investigador entusiasmado es la fuerza originaria del mundo.” (Schelling, (2014 [1807]: 46) y el hombre para comprenderla, debía buscar su esencia “prestándole nuestro propio sentimiento” (Ídem: 47). Con anterioridad, las reflexiones de Addison, Jean Paul Richter, De Saussure, Goethe, Coleridge y Wordsworth habían creado las condiciones para la emergencia de una sensibilidad que buscaba su ser en el encuentro con la naturaleza, sus bellezas escénicas y lo sublime.

De este modo, para Humboldt como para muchos viajeros del siglo XIX impregnados por el romanticismo, el encuentro con la naturaleza implicaba un reconocerse en la naturaleza misma. Esta se desliza a una comparación detectable en el vínculo de los lugares a los que remite su observación en un plano a todas luces sistémico. Las selvas, saltos de agua y los cursos de ríos de la cuenca orinoquense y “los bosques de pinos” en alusión al centro de Europa con algunas de sus zonas cubiertas de coníferas, mueven hacia una reflexión analógica acerca de la relación del hombre y la naturaleza, concebida esta como diversidad y unidad en armonía.

Cuánto da carácter individual a un paisaje: el contorno de las montañas que limitan un horizonte lejano indeciso, la oscuridad de los bosques de pinos, el torrente que se escapa del centro de las selvas y se estrella con estrépito entre rocas suspendidas, cada una de estas cosas ha existido, en todo tiempo, en misteriosa armonía con el hombre. (1972 [1808]), T 1: 189)

Así, cada fragmento del paisaje es un indicador que recompone el todo de la tierra. La alegoría como parte de las operaciones de representación cumple entonces una función, juega

un papel en la composición de modelos de estudio y comprensión del significado del hombre y de la tierra, de sus interacciones dentro de esquemas holísticos legibles¹⁰⁷.

En Humboldt el pensamiento geográfico está atravesado por una “estética del paisaje vinculada a los estados de ánimo” (Tang, 2008: 97) y al “paisaje alegórico producto de la influencia del romanticismo”. La claridad de esta doble relación afectiva y simbólica transformada en un *pathosforlmen*, especie de carga triádica de emoción, cultura y razón; envuelve la seducción del observador ante el mundo de objetos que se abren y la operación retórica de esa emoción que construye un momento de la experiencia geográfica en el Orinoco en la contemplación reflexiva.

Esta fascinación por los saltos de agua y las riberas exuberantes se manifiesta también en la descripción de los geoglifos de la Uruana (La Urbana) y la encaramada (Ibidem: 96). Humboldt detiene su mirada en el paisaje humano inscrito sobre las rocas que hablan de otro tiempo. Enlazan la observación del tiempo del presente con el tiempo de la infancia humana, un calificativo propio del paradigma ilustrado de la construcción del buen salvaje, pero también muestran el signo de una concepción genealógica de la humanidad, el paisaje cultural de su paso por el Orinoco. Morisot toma esta misma experiencia y la amplifica, el paisaje de los geoglifos del Cerro Pintado es inquietante, no solo por las técnicas que se usaron para mostrar el mural compuesto de animales, plantas, y formas geométricas sino por lo que quieren decir. El pintor de la expedición termina por decir de esta suerte de expresión relacionada con la naturaleza que lleva implícita el lenguaje del misterio que se desprende de la experiencia del paisaje que avasalla, “Una cosa me llama la atención en esta inscripción: la pequeñez del hombre comparado con los grandes reptiles que lo rodean, temidos, venerados por el él, y divinizados y engrandecidos por su imaginación, ¿no es el símbolo mismo del indio, del hombre primitivo en la naturaleza?” (2002 [1886]: 285)

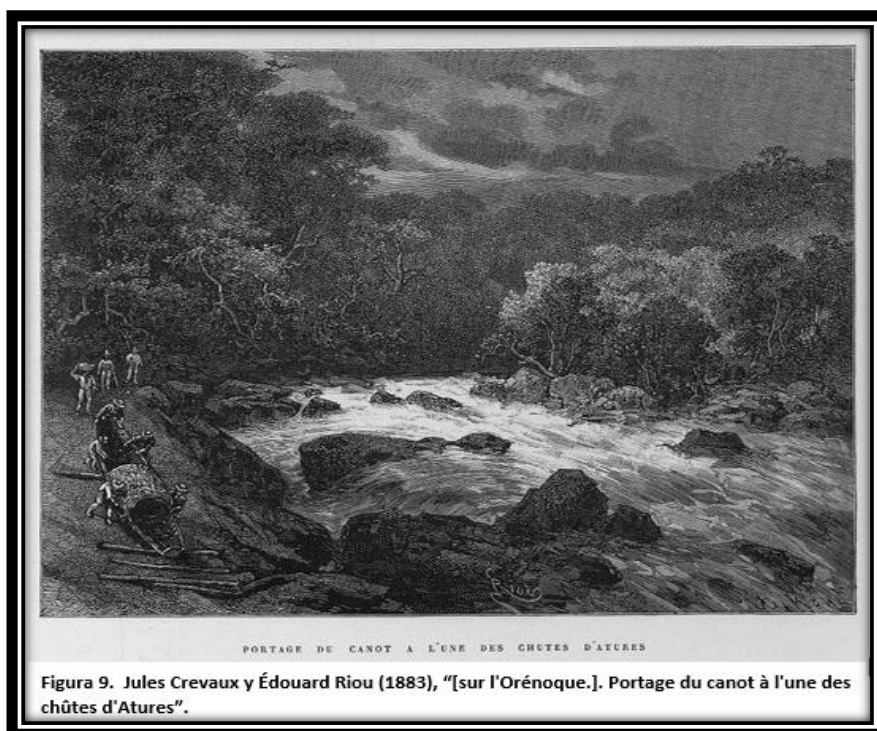
No obstante, hay que domiciliar aún una parte del problema que comporta la lectura múltiple del paisaje orinoquense. La Alegoría busca convertir en imagen al concepto para hacer más fácilmente comprensible la realidad dentro de un esquema general o simbólico que expresa un modo de conocer, de acceder a una experiencia o mostrar analógicamente su relación con el todo espacial. Esta operación vinculada a la construcción de imágenes

¹⁰⁷En tal sentido, T. Tang trata de entender el valor del paisaje y su función en la recomposición del conocimiento de la tierra en Humboldt y en Ritter, vid el capítulo The origin Aesthetic of modern geography, pp. 56-97 en especial el punto Allegorical Landscape and the readability of The Earth.

geográficas permite articular niveles de mensaje y mostrar no solo lo visible del paisaje, sino sus signos y lo que ello convoca.

Así, el paisaje alegórico se convierte en un pasaje entre la descripción del fenómeno físico que se presenta a la experiencia perceptiva del espacio, y la reconfiguración de esta dentro de un esquema analógico en una escala de mayor amplitud que organiza el todo, el cosmos, haciendo un “mensaje comprensible acerca de la posición de los humanos en el gran esquema de las cosas” (Tang, 2008: 97).

En tal orden de ideas, la visión reflexiva que Humboldt construye sobre el paisaje de los raudales del Orinoco porta un valor sobre el encuentro con una naturaleza en un estado “prístino” que se activa en la interacción perceptiva del hombre y la construcción icónica que se contiene en la narración. De esta conexión, se desprende una sensibilidad entre el afuera y el adentro del cuerpo que entrelazadas organizan la relación entre el yo y el lugar, entre el yo y el mundo (Casey, 2001). Años más tarde muchos viajeros vendrán a vivir esa experiencia entre ellos Thiri6n Montauban, Russell Wallace, Crevaux, Chaffanjon y Stanko Vraz quienes completarán la formación de ese paisaje amplificando la mirada y produciendo una iconografía que revela el valor de ese espacio que envuelve naturaleza y determinación humana por entrar en contacto con ellos. En tal sentido dos ilustraciones de Crevaux remiten a esa condición otro al paso de Atures y otro a una imagen de un indio solitario en el ca6o Macareo en el Delta (fig. 9 y 10)





La interrelación de escalas en el discurso humboltiano es clara y organiza la idea del cosmos como red de lugares, una operación que también puede encontrarse en el poema de Bolívar "Delirio del Chimborazo" (1978 [1823]). El viaje trascendental del caminante transcurre en el ascenso a la montaña andina, y propicia un encuentro imaginativo contenido en el discurso que teje lugares en el contrapunto de los ríos Orinoco y Amazonas y Los Andes que conforman el cronotopo del nuevo tiempo de la emancipación. A partir de esta representación imaginaria se compone "El cuadro del Universo físico" (Ídem). En este contexto de las ideas, si hay un grado de especulación en la relación de totalidad y de lugares que exponen Humboldt y Bolívar, este es producto de una experiencia en el lugar, que es una parte del mundo, de la naturaleza cuyo icono-escala es el cosmos. Y allí, en la serenidad de un espacio aterrador, el Orinoco.

Para comprender esta importancia de los fenómenos y los lugares, podemos volver la vista hacia el paisaje de Atures y Maypures. La fuerza de las aguas del Orinoco, espacializan una sensibilidad modelada por dos factores: la experiencia del lugar y su presencia imponente. El paisaje enlaza tiempos, se vive en un presente del observador en el que la emoción actúa, y

el tiempo de otro, del yo que narra y lee en el tiempo que refiere a la memoria que recoge ese instante en ese otro tiempo presente que lo recuerda.

Los cuadros como se sabe, fueron editados en 1808, unos pocos años después del viaje a América. Esos cuadros habían sido compuestos en los lugares y corregidos y organizados más tarde en una obra para difusión pública. En el prefacio de la primera edición Humboldt dirá que, “No sin cierta vacilación es como ofrezco al público una serie de puntos de vista, resultantes del espectáculo grandioso de la naturaleza sobre el Océano, en las selvas del Orinoco y en los Llanos de Venezuela, y en la soledad de las montañas del Perú y de México.” Se trataba entonces de comunicar la experiencia en las tierras tropicales.

El recuerdo de un país lejano y abundante en los dones de la naturaleza, el aspecto de una vegetación libre y vigorosa, reaniman y fortifican el espíritu; oprimidos por el presente, nos deleitamos en él, para gozar de esa sencilla grandeza que caracteriza a la infancia del ser humano” (Humboldt, 1972 [1808], T 1: 189)

Las formas expresivas que el romanticismo europeo había construido de la mano de la poesía de Goethe, Wordsworth y Coleridge, en los que se articula el sentimiento sublime de la naturaleza que como señalamos proponía Schelling, un intelectual de los círculos de Weimar en donde se movía Humboldt¹⁰⁸, se articulan en el cuadro dedicado a los raudales; la exuberancia del trópico vence a la imagen negativa de la humedad de la naturaleza equinoccial y fija una oposición entre un presente opresivo del hombre en la modernidad, y la naturaleza libre que paradójicamente se abre al hombre moderno, aquí el componente metafórico es evidente, en medio de una Europa en crisis, América es el futuro y dentro de la proyección del progreso, aún queda tiempo para que el viajero tome una pausa sospechosa que puede resumirse en la experiencia que traducen tanto Jules Crevaux como Ramón Páez,

El primero da cuenta de su experiencia en la cercanía de los raudales del Orinoco, la experiencia del paisaje que es convocada afecta el espíritu sensible de quién sabe acercarse a la naturaleza.

Hace un tiempo magnífico, El río es muy ancho frente a nosotros. El cielo y el agua están magníficamente colocados por el sol poniente. En el Horizonte, en la otra orilla, divisamos la línea azul violácea de los montes Sipapo. El paisaje es de una tranquilidad y de una grandeza tan imponentes que me cuesta interrumpir mi contemplación y es con cierta pereza que, para tomar parte de la escena, me dedico a abandonar mi hamaca donde estoy soñando con los ojos abiertos. (Crevaux, 1988 [1880-1881]: 262)

¹⁰⁸El contexto intelectual se completaba con las populares novelas ambientadas en zonas tropicales, en especial las de Chateaubriand y las de Bernardin de Saint Pierre, así como las descripciones estilizadas contenidas en algunas descripciones de los botánicos y naturalistas post-linneanos y en la emergente geología.

Por su parte, Ramón Páez que formado en el extranjero recorre el interior de Los Llanos venezolanos siguiendo las huellas de Humboldt y de Watherton pero también recorriendo los extensos latifundios del General, presidente y héroe de la Independencia José Antonio Páez despliega la magnificencia de un paisaje fluvial de la cuenca del Orinoco que le afecta. El viajero se entrega a una contemplación bella y sublime de la naturaleza en el curso del Matiyure, unos de los ríos más hermosos de los tributarios llaneros del Orinoco.

Mientras tanto, me divertía mucho explorando los montañosos bordes del río cuyo selvático aspecto tenía para mí un encanto particular, Aquel fue mi diario retiro, donde acompañado por la majestuosa soledad, ensaye de pintar para los demás las queridas escenas cuyo recuerdo vivía en mi memoria con toda su original frescura. Para quien ame “el fresco regazo de la naturaleza”, no puede existir lugar más encantador. Nada más inspirador que reclinarsse bajo la sombra venerable de algún frondoso guamo; contemplar las nubes de variados colores que pasan bajo el manto azul de los cielos; y parecen confundirse con lejanas copas de los árboles, cuya altura gigantesca y corpulencia forman muro a la magnífica vegetación que crece a ambos lados del río, y se mira en el espejo de su tranquila superficie. (Ramón Páez, 1986 [1862]: 249)

Las imágenes convocan, muestran otra manera de establecer un contacto con la naturaleza, de hacerla visible como una fisionomía, como un escenario que el viajero recorre y que da cuenta de una particular disposición corporal y psíquica que activa las facultades de la imaginación. En la emergencia de la modernidad, la estética del paisaje jugó un papel fundamental, “Humboldt y Ritter naturalizaron la emoción o idea concomitante a la experiencia subjetiva del paisaje, correlacionándolo directamente con el espacio natural que el paisaje simbólicamente representa.” (Tang, 2008: 97).

El paisaje no estaba dado, era el producto de un encuentro (entrecruce) y cada parte representaba un principio del carácter general de la naturaleza terrestre que debía interrogarse como parte del esquema en el cual el hombre también se hallaba inserto.

La idea moderna de El hombre y la tierra que iba emergiendo sobre la mutación de la teología natural y del avance de dos fuerzas ideológicas como la materialista y la romántica, reconfiguraba entonces la visión de modernidad de la geografía. Un giro geográfico articulaba al hombre y su cuerpo con el universo, un giro que en Reclus tomaría más tarde una forma sistemática estableciendo una conexión del mundo físico con la sensibilidad humana. De allí qué, sin dejar de ser materialista, de invocar las fuerzas naturales, sus ideas acerca de la naturaleza lo conduzcan a una reflexión sobre lo que convoca el paisaje, sobre su función estética ligada a lo sublime, una tarea que deja claramente expuesta en “Du sentiment de la

nature Dans les sociétés modernes”(1993 [1866]), o en textos sintéticos como *Étude sur les fleuves* (1859), o *El Arroyo* (1912? [1869]).

Codazzi, otro de los seguidores de Humboldt, explicará la emoción del viajero ante la novedad geográfica del trópico que inevitablemente está ligada no a una abstracción, sino al cuerpo en el espacio conmovido por la exuberancia del paisaje, a la organización de la facultad imaginativa.

Si la belleza de una escena pintoresca lo conmueve, es imposible definir las varias emociones que ocupan su imaginación; apenas puede distinguir lo que más excita su sorpresa, si el profundo silencio de aquellas soledades, la belleza individual y el contraste de las formas o el vigor y frescura de la vida vegetal que caracteriza el clima de los trópicos (Codazzi, 1940 [1840-1841], V.I: 52).

6.3.2 Inscribir el río en el paisaje nacional, articular el río con el mundo.

La nación independiente además imaginó su propio espacio geográfico, lugar donde confluyeron diversos dispositivos icónicos que daban cuenta del paisaje y su diversidad. Su disposición no fue aislada sino articulada con el mundo.

Como bien se ha dicho, entre 1816 y 1820 la llegada de fuerzas expedicionarias europeas a Venezuela al servicio de la Independencia era un hecho. Algunos de esos oficiales venidos en su mayoría de las islas británicas no serían indiferentes al paisaje, sus observaciones de la experiencia americana se jugaban entre el espacio paratáctico y liminar. Muchos de sus textos eran presentados como narraciones de aventuras y así vemos cómo varios de sus pasajes reconstruían el encuentro con la geografía de las aguas en el río Orinoco y sus afluentes e igualmente permitían ver también la subjetividad europea puesta a prueba.

El Capitán Vawell, uno de estos expedicionarios, recrea el espacio vivido del Orinoco desde la entrada azarosa por el Delta siguiendo los laberintos de agua y venciendo las corrientes de los ríos y de los vientos que describe con maestría hasta el Orinoco medio. El texto también viene acompañado de profundas descripciones paisajísticas que refieren a la geografía humana y la naturaleza tropical.

Para Vawell, el encuentro con el Orinoco cuando ingresa en el Delta, es inevitablemente visual, “La vista que se ofrece á los ojos del marino cuando desde el puente del barco pasea sus miradas sobre las ondas tranquilas del río y los deliciosos paisajes de la tierra, es de un efecto encantador”. Para él, la visión que se construye navegado el Delta del río Orinoco es perturbadora, combina la magnificencia de la tupida vegetación con la amenaza de su destrucción forestal, una sentencia que, aunque episódica, muestra la

emergencia de preocupaciones conservacionistas que veremos más tarde en la obra de Salgari dedicada al Orinoco y que encontramos en Thoreau y su descripción de los bosques y ríos de norte América.

Las dos orillas del Orinoco están cubiertas de árboles majestuosos que forman selvas impenetrables a los rayos del sol, y que parecen encadenados entre sí por el bejuco, planta trepadora de la América del Sur, que llega á ser tan gruesa como un cable corriente. Mantienen en pie estos árboles seculares (porque aún no ha resonado en estas soledades el hacha del leñador) esas plantas que tienen una semejanza chocante con las enormes serpientes que rastrean, bajo ellas, en las marismas (Vawell,1974 [¿1819?]: 25)

La necesidad de mirar el espacio geográfico americano que los escritos de Humboldt habían vuelto a abrir toman en el medio local y en la mirada de los criollos nuevos matices. Con Andrés Bello, el paisaje toma significaciones complementarias y diferentes. Este polígrafo además, como se sabe, había escrito libros vinculados a la geografía: *Cosmografía o descripción del universo conforme a los últimos descubrimientos* publicada en Chile en 1848 e inspirada en los principios Humboltianos de totalidad, el *Tratado de Cartología Métrica*, una rama de la cartografía que sometía a cálculo matemático y de escalas a los mapas en las operaciones geodésicas, y una temprana obra con matices geográficos titulada, *Calendario manual y guía universal de forasteros en Venezuela para el año de 1810*, editada en Caracas.

Sin embargo, la clave poética de su obra nos muestra una percepción del espacio impregnada de un espíritu de geograficidad que no se juega en la científica, ni estará apegada al espacio de lo medible, de lo paratáctico. Tampoco es el producto de los recorridos físicos salvo con algunas excepciones. Es el producto de la recepción y del poder articulador de una imaginación que hace de la geografía una poética para construir unicidad. Los contenidos geográficos de su obra se muestran como un gran ensamble de lugares y de paisajes de toda América. En lo que sigue trataremos de entender esta lógica que articula los paisajes en una imaginación geográfica de carácter continental y universal que se mueve entre los paisajes económicos y una concepción estética de tales paisajes.

Aunque sus continuas listas de recursos que contienen los espacios geográficos indiquen que se está abriendo a la idea de una geografía económica activa; para Bello, la naturaleza americana no es pretexto ni es un simple decoro a la voz poética, tampoco reviste

un carácter instrumental. Para él, es esencia geopoética en el que se cultiva la sensibilidad, la “higiene moral” y la imagen identitaria del territorio¹⁰⁹.

“La Alocución a la poesía”, el primer poema fundacional de la nueva conciencia sensible de América marcará un punto de inflexión en la cultura criolla. Bello invoca a la “Divina Poesía” de la “soledad habitadora”, y la invita a volver sus ojos a América, a salir del espacio cerrado.

Divina Poesía, /tú de la soledad habitadora, / a consultar tus cantos
enseñada/con el silencio de la selva umbría, /tú a quien la verde gruta fue
morada, /y el eco de los montes compañía; /tiempo es que dejes ya la culta
Europa, /que tu nativa rustiquez desama, / y dirijas el vuelo adonde te abre/ el
mundo de Colón su grande escena...

El giro es crucial y marcará la emergencia de una imaginación geográfica que podemos encontrar más tarde en Whitman y Henry Thoreau para los EEUU. El poema fundacional de Bello sobre el que mucho se ha hablado, puede ser leído en términos de recuperar en el tiempo presente del escritor y polígrafo, un espacio fugitivo, oculto. Sus antecedentes inmediatos pueden rastrearse en la defensa que del espacio americano hacen los jesuitas sobre todo los expulsos ante una corriente de la ilustración que veía en el clima un determinismo geográfico del atraso. Inclusive, en el plano de una apropiación por parte de las élites nativas, puede conectarse con las preocupaciones del gran geógrafo Jediaiah Morse quién apelaba a la necesidad de una geografía americana hecha por americanos (Withers, 2006)

Sin embargo, aunque está envuelto en la clave neoclásica y romántica, Bello considera el valor real del paisaje para la construcción imaginaria de la poesía nacional. Este paisaje se abre en una explosión de colores, para el autor el cielo, “la verde rama”, “la florecida Vega”, “el enmarañado bosque”, son partes del mundo físico que se ofrece al poeta, los “colores mil a tus pinceles brindan” (Bello, 1979[1823]) conforman aspectos paisajísticos sobre los que se debe llamar la atención en el trabajo creador. Los espacios diversos de América con sus climas contrastantes como señala el poema en uno de sus apartados se abren al oficio de la mirada que debe girar y orientarse hacia el espacio interior. La agrimensura poética de Bello invita a la construcción del territorio.

Esta lucha por cambiar la mirada sobre el trópico, puede observarse también en el otro poema fundacional, *La agricultura de la zona tórrida* (1826); el poeta abrirá su visión de la

¹⁰⁹ Es conveniente recordar que en la mentalidad emancipatoria la geografía política y la emergente idea del territorio, no se limitaba a las actuales naciones. Para el proyecto que vinculaba al Abate Viscardo, a Miranda y a Bolívar, “la América toda existía en Nación”. Bello no escapaba a esta visión idealista del espacio americano.

zona Tórrida invocando las bondades del clima y el valor positivo del calor y de la luz, “¡Salve, fecunda zona, / que al sol enamorado circunscribe/ el vago curso, y cuanto ser se anima /en cada vario clima, / acariciada de su luz, concibes!”.

En este poema, la inspiración poética se une a una lucha por valorar los calores del trópico y cuestionar el determinismo geográfico que condenaba los espacios americanos al atraso. Bello entonces responde también con una cartografía paisajística en el que la naturaleza ofrece en cada clima recursos para el bienestar del hombre y la explotación. El campo para Bello es superior a la ciudad, y en él debe buscarse el impulso para el proyecto fisiocrático (Ramírez, 2008)

Poesía abierta al espacio y al paisaje, la obra de Bello –como lo haría más tarde Neruda en su poema *Canto a América*-, inscribirá a los lugares en el espacio general de la imaginación geográfica. La poesía para Bello, debe ir como señala en la Alocución, a “celebrar las maravillas del Ecuador...” (Verso 140 de la Alocución). El poema se despliega como una cartografía paisajística de América, es así que el Orinoco junto a otros fenómenos geográficos de América ocupa un lugar importante en este giro pues su anclaje, es fijación de identidad y horizonte de futuro.

El poema de la “Alocución a la Poesía” se divide en dos grandes apartados, uno el de la naturaleza abierta a la sensibilidad del poeta, la otra el del paisaje heroico de la guerra en el que la Guayana bélica es vestida de imaginación poética. Bello no escapa a la atmosfera que se ha vivido. El heroísmo es situado narrativamente en los lugares y se geosensibiliza en el paisaje.

Despierte (oh Musa, tiempo es ya) despierte/ algún sublime ingenio, que levante/ el vuelo a tan espléndido sujeto, / [...] que de Angostura las proezas cante, /de libertad inexpugnable asilo, / donde la tempestad desoladora /vino a estrellarse; / y de cuantas provincias Cauca baña, /Orinoco, Esmeralda, Magdalena, / y cuantas bajo el nombre colombiano /con fraternal unión se dan la mano. (Bello, vers. del 312-337)

Su función no es episódica ni de mero escenario; así, el Orinoco y otros espacios ligados a él como la Angostura (Ciudad Bolívar), el Apure, San Félix, El río Caura¹¹⁰, se transforman junto a otros fenómenos y lugares geográficos mencionados en el poema, en parte articuladora de una lucha por el territorio. El paisaje bélico se viste de un pathos heroico y los ríos conforman parte del agonismo territorial de la lucha por la libertad.

¹¹⁰Angostura Versos del 327 al 330, Cedeño y Caura, versos 776 al 795, Anzoátegui y el Apure vers. 758 al 762, Piar, en San Félix y Maturín, vers. del 736 al 745.

La Patria, el cuerpo de la patria en la mentalidad de ésta élite independentista, es un cuerpo en disputa. Los lugares articulan entonces el cronotopo nacional en torno a un tiempo y espacio desplegados en dos luchas: la de la guerra y la de la poética que debe volver sus ojos así misma, a su paisaje; tiempo/espacio de destrucción y de construcción de la nación en ruinas. Así debe interpretarse en un nivel de lectura ligada a la geopoética del espacio la *Alocución*. Recordemos además que retóricamente la *Alocución* era un discurso, una arenga emotiva que formaba parte de la comunicación militar en el ejército romano. El Orinoco en la imagen de Bello, transita entre la idea bélica y la construcción de una territorialidad inscrita en el discurso de la abundancia. Sobre el territorio el sujeto americano debe volver los ojos luego del paisaje en ruinas dejado por la guerra necesaria.

La imagen poética de un hombre libre que habita una naturaleza que le impulsa a trabajar, la idealización de lo bello del paisaje, de sus recursos, frutales en su mayoría, conforman ese discurso de la abundancia en la que se construye la expectativa territorial. En este discurso se inscribe la obra de Codazzi, y dentro de ella, sobre todo el Atlas Físico y Político de Venezuela de Agustín Codazzi (1840) que viene acompañado por una ilustración alegórica que refiere a una representación del territorio nacional. Se ha transitado de la idea de la geografía política unitaria de una América diversa encarnada en Colombia, a una geografía Nacional. Pero ésta que ha cerrado una idea de territorio se abre a otra que además busca conectarse con las redes del comercio mundial y la circulación de las ideas.

El dibujo de Carmelo Fernández (fig. 11), pintor y comandante de ingenieros militares que acompaña el Atlas, -cuyo correlato poético más directo, estaba en la *Alocución* de Andrés Bello-, propone una imagen geográfica fundacional bajo dos códigos paisajísticos: el del *locus amoenus* ligado a la naturaleza abierta, y la geografía bélica o de los lugares de combate (*locus belli*) en que se ha triunfado sobre el despotismo monárquico.

Para una comunidad que emergía de la guerra devastadora de la independencia, la representación iconográfica poseía una fuerte significación, pues en vez de ofrecer un cuerpo devastado, ofrecía, por el contrario, un cuerpo apacible personificado por una serie de elementos geográficos integrando un paisaje cuyo símbolo femenino era la patria, América/Venezuela¹¹¹.

La territorialización funcionaba como un fundamento y como productora de un espacio social cuya representación sintética se encontraba en el carácter simbólico de las ilustraciones.

¹¹¹Sobre este punto vid. Cuevas (2015), La geografía tiene cuerpo de mujer. Alegorías geográficas y otras pinturas entre el siglo XVIII y XIX. (inérito)

Esa reducción de un territorio a una imagen, a un ensamble paisajístico, mostraba una serie de marcas que, en conjunto, se ligaban al proyecto nacional, al menos como era pensado por las élites criollas. En la alegoría se pueden observar fuertes componentes ligados a una naturaleza indómita integrada por Montañas, sabanas, selvas y el río Orinoco.

En estos espacios se disponen animales emblemáticos de los códigos del imaginario tropical, el tigre, el caimán, la tortuga y el caballo. Estos códigos ya aparecían en otras alegorías que formaban parte de los mapas y en descripciones narrativas como las hechas por los expedicionarios británicos impresionados por la biogeografía orinoquense, inclusive se remontan a los códigos fijados por los jesuitas y por Humboldt.

El capitán Vawell para ilustrar esta situación imaginativa, impresionado por el paisaje biogeográfico del Orinoco hace una estampa muy detallada de estas expresiones operativas del paisajismo.

Sobre caletas pequeñas que están enteramente ocultas por árboles siempre verdes hay pelícanos, espátulas y garzas o cigüeñas gigantes dedicadas a pescar. Añádase a este cuadro el tirano de los ríos de esta comarca, el aligátor, que nada majestuosamente, como si estuviera penetrado del sentimiento de su superioridad, en medio de los pesados manatíes y de las ágiles toninas que forman multitud en la superficie de las aguas, y se tendrá una idea, siquiera débil, de una de las más admirables escenas de la Naturaleza” (Vawell, 1974 [¿1819?]: 26).

Si nos detenemos en la imagen alegórica de la primera geografía Nacional de Iberoamérica (fig. 11), y vemos su configuración y sus líneas de perspectiva y disposición de elementos, podemos ver la centralidad del río Orinoco.

El ilustrador, imagina un paisaje exuberante en el que el Orinoco organiza la expectativa de futuro. El espacio ominoso de la humedad y de los ríos indómitos cambia, es transformado por obra de la representación del espacio en un espacio del deseo que se abre al viaje, al trabajo y a la producción.

Articulado con el discurso de la abundancia ahora en manos de la República criolla, el paisaje de la inocencia virginal se corresponde con la idea de Codazzi de zonificar este espacio como de tierras vírgenes. El conjunto se enlaza con la necesidad del progreso nacional, el comercio y sus mercados nacientes en los cuales, los nuevos espacios y las vías de penetración fluvial, invitaban a la penetración y dominación de Occidente con una proyección hacia una terra incognitae en el Orinoco profundo, en el más allá de lo conocido cuya signatura imaginada era la fuente esquivada a toda exploración.

En una sociedad en donde el índice de alfabetización era muy pobre, el valor simbólico de imágenes como esta era significativo. El geosímbolo de los lugares creaba

ataduras y señas de identidad socialmente compartidas y difundidas hasta crear socialmente un sentido de pertenencia con los lugares y los paisajes (Bonemaïsson, 1992; Cunill Grau, 2007).

Codazzi dio una explicación sucinta de la alegoría de Fernández, cuya denominación de “viñeta” cumple una función comunicativa excepcional, contando al instante una historia geográficamente situada y comprimida mediante una operación que ensambla elementos significativos del paisaje nacional.

El señor Carmelo Fernández adornó el mapa general con una hermosa viñeta, que representa Venezuela sentada sobre una roca a la sombra del plátano: corre a sus pies el majestuoso Orinoco, cerca de una gran peña, en la que toscamente grabados los días de la regeneración venezolana y los nombres de las más célebres batallas de la Guerra de la Independencia. Mas ni los fastos y trofeos militares que están á su lado, ni esas armas que rompieron sus cadenas, llaman exclusivamente su atención. El código de sus derechos es su fuerza y su esperanza: apoyada sobre él, busca en otra parte la fuente más pura de su gloria y de su Felicidad. El tigre, el caimán y la tortuga caracterizan el Orinoco. La gran Ceiba, las palmas, las lianas, las plantas parásitas y otras muchas indican la copia y variedad de riquezas que ostenta el reino vegetal en las tierras intertropicales. En las llanuras se ve el caballo cerril, símbolo de la independencia, la piragua que atraviesa el Orinoco indica la paz que reina con las tribus indígenas que viven sobre aquel río y el fondo de la perspectiva manifiesta nuestras grandes montañas y las nieves perpetuas que coronan la elevada sierra de Mérida (Codazzi, 1840)

Dentro de esta lógica de la nación dibujada, otro trabajo de singular importancia es el del coronel, cartógrafo, dibujante y preceptor de ingenieros militares del Colegio de Bogotá, Manuel María Paz junto a Carmelo Fernández quién había ilustrado el Atlas de Venezuela de Codazzi y ya era un afamado dibujante: y Henry Price, dibujante, pintor y músico británico. Paz sería uno de los dibujantes de la Comisión Corográfica de Colombia que había sido creada por el General José H. López.

Organizada en 1850, la comisión a cargo de Codazzi como jefe principal acompañado de Manuel Ancízar¹¹², tenía como “objeto científico”, las funciones principales de cartografiar la Nueva Granada (República de Colombia), hacer cuadros estadísticos y producir -como ya se había hecho en Venezuela-, dos geografías; una física y una política.

¹¹²Luego de la muerte de Codazzi en 1859 la empresa sería retomada por Manuel Ponce de León, un ingeniero militar que terminaría por dar forma al trabajo colectivo, *Atlas de los Estados Unidos de Colombia, Antigua Nueva Granada, que comprende las cartas jeográficas de los Estados en que está dividida la República* de 1865. En ese mismo año y luego en 1883 en una edición corregida, Felipe Pérez publicaría la *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia* en la que el Orinoco aparece como parte de las reivindicaciones territoriales de la nación colombiana correspondiente a gran parte de las vastas llanuras de la margen izquierda del Orinoco medio.

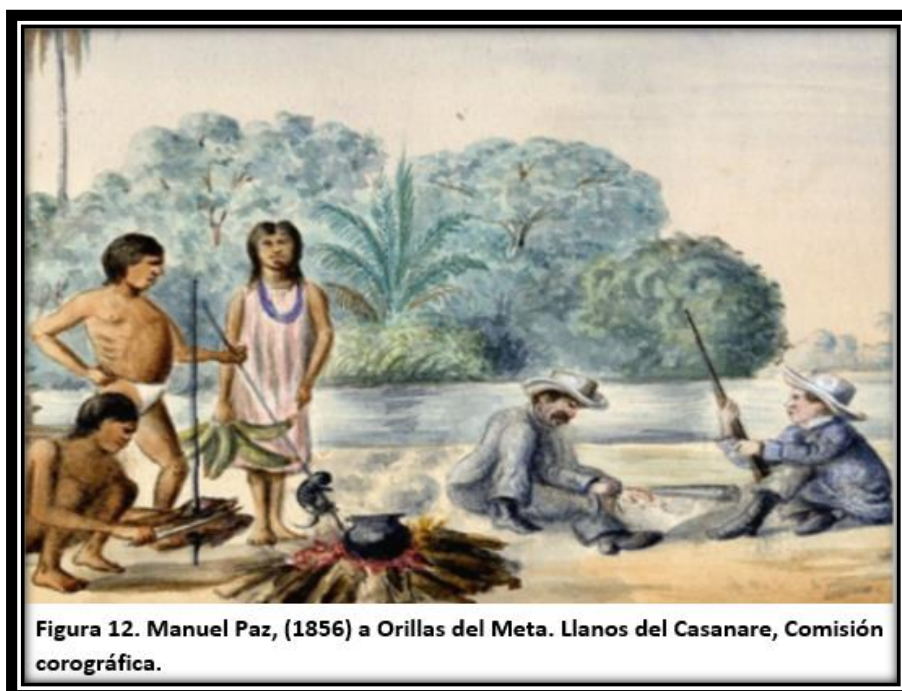


Figura 11. Carmelo Fernández, Viñeta del Atlas Físico y Político de la República de Agustín Codazzi. S/f (edición Facsímil).

Derivado de este trabajo, además de las observaciones geográficas y una extensa cartografía, se produjo el álbum de la Comisión Corográfica que solo conocería edición de forma integrada a mediados del siglo XX. Las imágenes de la Comisión unían el arte a la ciencia geográfica. En su conjunto, los valiosos paisajes que los pintores de la Comisión habían hecho en sus travesías por la geografía colombiana se ofrecían al espectador como una geografía caleidoscópica del movimiento. En lo que respecta a la cuenca del Orinoco, la Comisión solo haría prospecciones en la séptima expedición y solo en una parte de los Llanos, sin llegar propiamente al río Orinoco.

El trabajo de Paz, quién a la postre en 1889 sería reconocido al igual que Codazzi como miembro de la Société de Géographie de Paris, tenía la función de ilustrar la *Geografía y el Atlas de Colombia*. Una de las imágenes que hemos seleccionado (fig12), refiere a Los Llanos del Casanare y del Meta región llanera perteneciente a la cuenca del río Orinoco y a la red de tributarios andinos del río colector.

La escena introduce el paisaje humano -muchas de las acuarelas de esta comisión refieren a cuadros de costumbres- en movimiento y en contraste. La imagen muestra (fig. 12), por un lado, a la población autóctona y por el otro a dos de los exploradores de la Comisión Corográfica que se representan con ciertos emblemas de la civilización. Aparecen vestidos a diferencia de la desnudez o semi-desnudez de los indios. También están armados y se presentan con dos artefactos culturales indispensables de la nueva lógica civilizatoria de la nación en marcha: el catalejo y un mapa que introduce un orden de demarcación sobre el paisaje natural y humano.



6.3.3 El río como bastidor.

Entre 1842 y 1845, inmediatamente después de los trabajos de Codazzi y Carmelo Fernández, y anterior a los de Paz; estuvo en Venezuela Ferdinand Konrad Bellermann. Era un pintor que había sido formado en la Escuela de Artes de Weimar fundada por Goethe y luego continuaría en Berlín sus estudios hasta alcanzar el meritorio puesto de director de pintura paisajista de la academia de las artes berlinesa en 1866 sucediendo a los célebres maestros Karl Blechen y Wilhelm Schirmer, estudiosos de la relación escénica del paisaje con el arte. De Schirmer había sido además su discípulo (Helga Weissgärber, 2007). También había recibido influencias de las reflexiones paisajísticas de Carl Gustav Carus en cuanto a la fisonomía de las montañas y los relieves, su impacto en la mente y su función estética que estaban contenidas en *Nine Letters on Landscape Painting* (2002 [1815-1824]), y de la fisonomía de las plantas y los cuerpos vegetales de Humboldt y Goethe que debían explicarse en relación al lugar que ocupaban dentro de un marco paisajístico. De allí que, una preocupación central en la obra de Bellerman, era caracterizar el aspecto del lugar en donde habitaban las especies con un alto grado de fidelidad (R. Löschner, 1977: 17-18) a la que sumamos una preocupación topográfica y colórica a la hora de pintar un escenario natural que realizara la conexión con lo sublime.

Tras la ruta del trópico establecida por la imaginación geográfica de Humboldt, este viajero, en el lapso de un poco más de tres años, dejó uno de los legados pictóricos sobre el paisaje más extensos y completos de algunas de las regiones de Venezuela en dónde transitó. Sus ámbitos geográficos fueron diversos como diverso fue el paisaje que pintó. Bellerman había sido estimulado por Humboldt quién lo recomendó para obtener financiamiento del Rey de Prusia. La ayuda significaba comprometerse con la condición de enviar los resultados de su visita a las colecciones de arte de Berlín (Löschner, 1977:18). Esta ayuda del Rey de Prusia es negada por Weissgärber (2007) que apoyada en una carta de J. G. Shadow señala. Que Bellerman viajó a solicitud de un empresario alemán, comerciante y Cónsul de Prusia asentado en el Puerto de la Guaira en el Caribe Venezolano y que necesitaba pintores. En todo caso, sí recibió una beca para viajar por parte de la corte y tenía el compromiso de enviar sus obras a los museos Reales en Berlín, una cuestión que la misma Weissgärber no puede negar, o si estaba requerido por el interés de los comerciantes lo importante es que muchos de estos pintores por razones prácticas debían buscar financiamiento para viajar, en consecuencia, este pintor como muchos otros, estaba ligado a redes de intereses políticos y económicos que sin embargo, no empañan su labor artística o científica.

Ya en Venezuela, en uno de sus viajes, ésta vez hacia al oriente, en el macizo de Caripe acompañado de los naturalistas y coleccionistas Johan Karl Moritz y Nicolaus Funck , visitó las famosas Cuevas del Guácharo a las cuales dedicó unas pinturas de mucho detalle, 4 en total, dos de las cuales, representan a Humboldt en la entrada de las Cuevas del Guácharo que el mismo viajero había descrito en toda su compleja naturaleza y de la cual Bellerman, se había nutrido personal y narrativamente al leer los Cuadros de la Naturaleza para armar su composición (Bellerman, 1977 [1842/1845]: 94-96).

Hacia 1843 el pintor alemán se dirige hacia la Guayana partiendo de Puerto Cabello en la costa Norte para entrar por el Delta del Orinoco, un espacio también descrito por Humboldt. En esta región, pinta la *Puesta de sol en el Orinoco* (1843), *Vista desde la Soledad hacia Angostura* (1843?), el Puerto de Angostura (1843), y el cuadro aún no acabado "Atardecer en el Orinoco" elaborado en Berlín cerca de su muerte en 1889 (Lörschner, 1977: 32).

La captura de vistas con atmósferas trabajadas por la iluminación configura el marco de estos cuadros que dedicó al Orinoco (Figuras 13, 14, 15). En ella la luz se encarna en el lugar. Como muchos otros pintores de su tiempo, Bellerman venía a nutrirse de la naturaleza americana como lo señala en sus Diarios (2007).

El espacio europeo y los paisajes locales no contenían la misma luz ni la misma exuberancia. Las excursiones al campo que hacían muchos pintores y que propiciaban los talleres de aprendizaje de la pintura en sus respectivos países y en otros lugares de Europa, eran insuficientes, y un buen número de estos creadores “videntes”, se convirtieron en “nómadas furtivos” que venía en la búsqueda de otros lugares inhóspitos y “salvajes”, estimulantes todos en esa otra geografía para ese encuentro del arte con la naturaleza. A sus ojos, los paisajes de América y el Pacífico ofrecían a la imaginación y a la sensibilidad una experiencia insoslayable para el estudio de la plástica paisajística.

En la obra de Bellerman, la legibilidad de las imágenes del Orinoco está atravesada por el uso de la luz, se crea de esta manera un efecto de presencia, una atmosfera que envuelve al vidente del cuadro dentro de un paisaje tropical, como se aprecia en las pinturas seleccionadas. En el fondo, la luz también era un problema que debía enfrentar el pintor en la zona Tórrida dada la caída perpendicular y directa de los rayos del sol y el efecto de opacidad que las partículas de polvo en el ambiente ocasionaban al refractar los rayos a determinadas horas, una película que iba en contra de los principios estéticos de captura de la belleza del entorno. El pintor debía entonces, estudiar el estado del tiempo y las horas más propicias para captar esa preciada iluminación de los paisajes.

En el interior de la Selva o en el curso de un río, los contrastes de luz marcan un llamado a lo exuberante, dando según Löschner, “una impresión de la fertilidad y la jugosidad de las plantas tropicales o la magnificencia de sus colores” (1977: 29) alcanzando sus imágenes un valor de “ilustración científica” (Ibídem: 30). Pero también, los cuadros fluviales de Bellerman, remitirán a una centralidad de la humedad vista de forma positiva, resaltando, sobre todo, por la ribera vegetal y la luz tropical como observamos en las figuras del río Orinoco (figs.13, 14, 15).

Los ambientes húmedos también podían ser hermosos. El giro perceptivo en la geografía tropical se había reinventado transfiriendo un nuevo modo de disposición del observador ante el paisaje.

La operación geográfica a la que acude el pintor de estos ríos, es la de captar el lugar, este se juega en su realidad física y en la imaginación que amplifica la sensibilidad corporal que se construye con las aguas y su entorno vegetal y humano. Si hablamos entonces de arte concebido con finalidades estéticas y comunicativas, el de Bellerman no es sin el paisaje visto y practicado, sin su traducción y circulación espacial a camino entre el realismo y la sensibilidad romántica en busca de la fisionomía del mundo físico y de su cuadro natural como proponía Humboldt.

En el fondo, sus cuadros se constituían en dispositivos que alimentaban la imaginación geográfica en dos sentidos; eran tiempos de los tratados de libre comercio y libre navegación por los ríos, y dibujar o pintar ríos importaba; pero también, el río en su magnificencia era el espacio idóneo para una experiencia del vidente y la naturaleza fluvial, que construía a su vez otro espacio, el de la naturaleza como escape.

Como aprecia Hans Belting, esta distancia que marca la huida, funcionaba como “contra imagen de la urbanización y la industrialización” (2007:82). También, funcionaba como entrecruzamiento para las emociones con el objeto (Merleau-Ponty, 1986) y como conexión a los otros cuerpos, lo de los espectadores que no podían trasladarse al Trópico puesto que vivían en Europa, o que vivían en las emergentes ciudades criollas sin conciencia de esos territorios que muchos consideraban marginales y que otros, celebraban en la nueva mirada que se construía sobre los trópicos. Estas pinturas del Orinoco marcaban un giro en la apreciación, y estimulaban la atención de los hombres sobre otras geografías compuestas de paisajes diferentes.



Figura 13. Ferdinand Bellermann (1997 [1842-1847]), Sunset in the Orinoco delta, oil on board.



Figura 14. Ferdinand Bellermann (1997 [1842-1847]), The Orinoco.

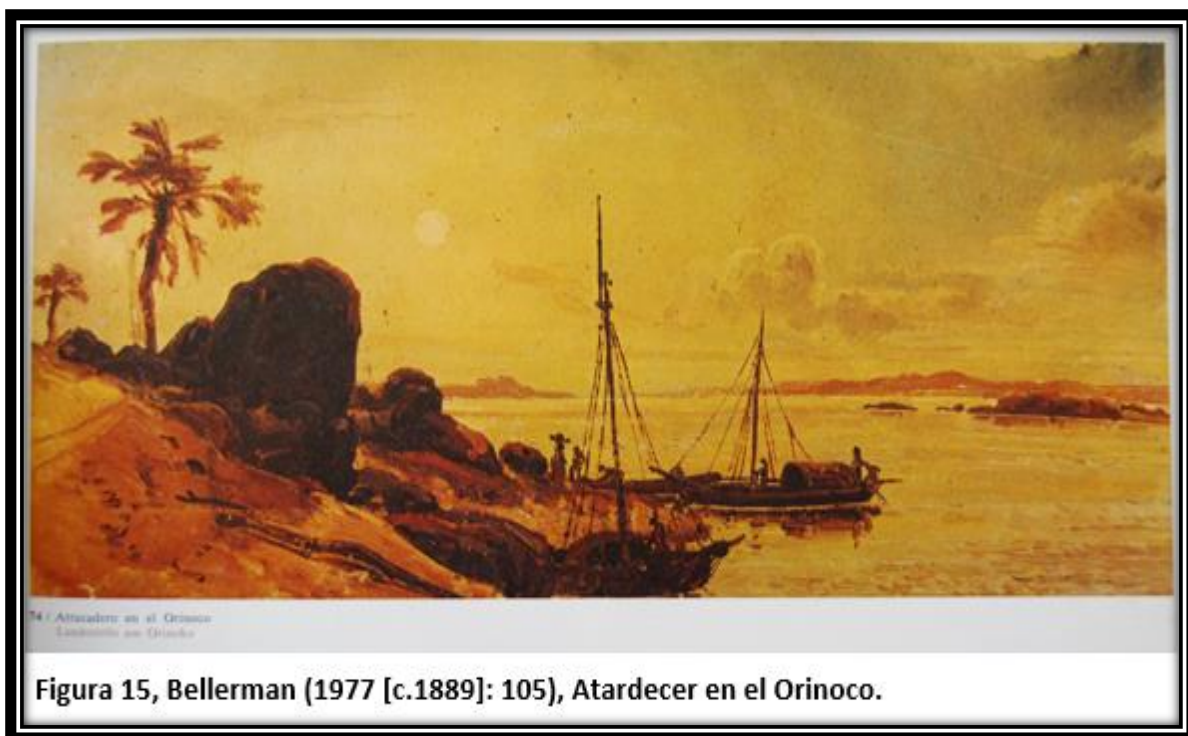


Figura 15, Bellerman (1977 [c.1889]: 105), Atardecer en el Orinoco.

La construcción imaginaria de la geografía del paisaje traducida a pintura, conforma con Bellerman, el primer gran corpus del género pictórico que se hace en la zona del Orinoco impregnado de los ideales del romanticismo y de las prescripciones de Humboldt.

Otras imágenes y grabados se podían conseguir con anterioridad en las obras de los expedicionarios británicos que estuvieron en la guerra y que capturaban el asombro ante la fuerza imponente del río Orinoco (fig. 16), pero es con Bellerman en donde se produce la inscripción de la naturaleza en el texto de la cultura a través de una forma estéticamente más acabada.

La aceleración del movimiento paisajístico cuya densidad en incremento de producciones es notable, universalizará los lugares inscribiéndolos en una perspectiva espacial de flujos de imágenes.

Recordemos que los pintores podían considerarse como una comunidad interpretativa que construía paisajes y los volvía portátiles y por lo tanto vectoriales hacia los públicos consumidores de esos documentos de cultura espacial. No obstante, la luminosidad de estas imágenes sufre si se quiere una reducción en los libros de ilustraciones de viajes como por ejemplo el de Crevaux, allí el río se ilustra como grabado en blanco y negro, ya no ofrece el trabajo del color de los pintores que iban tras los matices de la luz tropical (fig. 17). La imagen se vuelve sobria si se quiere en función de ese aspecto colórico.



Figura 16. James H. Robinson (1822), "Bocas del Inferno. Whirlpool on the Orinoco".

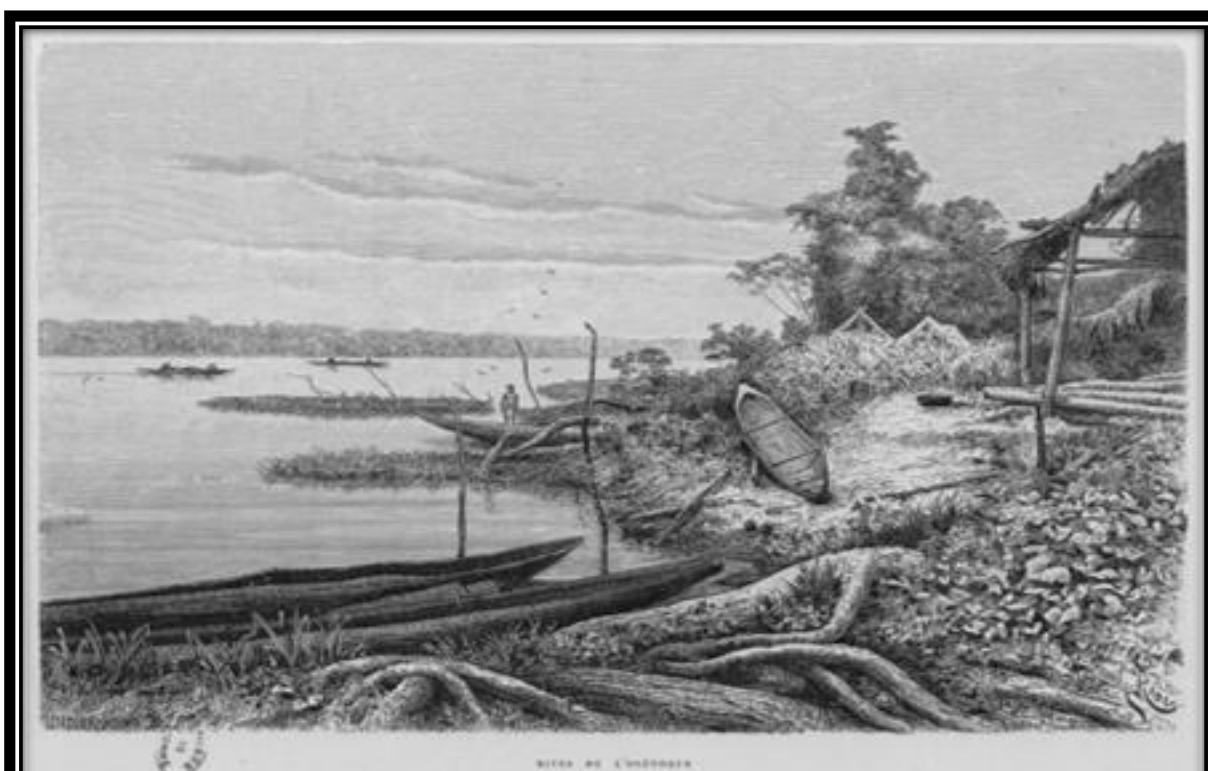


Figura 17. Jules Crevaux y Édouard Riou (1883), "[sur l'Orénoque.] Rives de l'Orénoque.

La obra de Bellerman se inscribe entonces en el horizonte sensible de una comunidad integrada por pintores de la talla de Johann Moritz Rugendas, Camille Pissarro, Carmelo Fernández Páez, Michael Seymour, Frederic Edwin Church, Norton Bush, Anton Göering, Edward Hildebrandt, William John Burchell, Alessandro Cicarelli, José María Velasco, Manuel Paz y Auguste Morisot¹¹³

En conjunto estas obras modelaron una sensibilidad del trópico familiarizando a los espectadores con los lugares, ejercitando una mirada geopoética, geográficamente globalizada. Organizaron un archivo cuya cronotopía, reside en el paisaje que pone en evidencia las formas espaciotemporales que construyeron la imagen geográfica y las diferencias actuales que se muestran en los mismos emplazamientos.

Hacia finales del siglo XIX, Hermann Karsten un ilustre geólogo, botánico y zoólogo que había estado en Venezuela haciendo cartografía geológica y coleccionismo de especies para los museos y centros científicos berlineses, publicó en reconocimiento al pintor de “las selvas vírgenes”, una compilación de la obra de Bellerman titulada: *Cuadros de paisajes y vegetación de los trópicos de Sudamérica. Dibujados del natural* (Weissgärber, 2007).

La afectación estética del entorno del Orinoco se sigue en descripciones como las que hace Auguste Morisot, el dibujante francés que acompañó a Chaffanjon en busca de las fuentes del río Orinoco en 1886. Producto de esa experiencia logró integrarse a los círculos de arte Lioneses e impartió más tarde cátedras en Escuela de Bellas Artes de Lyon.

Sus impresiones pictóricas conforman un vasto corpus de grabados, pinturas, mapas, ilustraciones y fotografías que envuelven la travesía del viaje, en los cuales destacan, los cuadros de costumbres, los dibujos botánicos y vistas del paisaje, a ella agrega un *Diario* en el que narró y describió el viaje hacia el Alto Orinoco en búsqueda de las fuentes.

El ingreso al Delta le permite describir en el Diario la impresión de la naturaleza exuberante, aquí realidad y poética se cruzan, y la experiencia del encuentro del viajero con esa naturaleza, parece expresarse en términos análogos a otras experiencias que ya se han señalado.

Nos deslizamos entre dos riberas abruptas. Bordeadas de altos bosques imponentes, majestuosos. Esta primera visión exterior de la selva virgen es tan inesperada, tan subyugante, que quisiera gritar mi admiración.

¹¹³ Una muestra representativa de 78 pinturas paisajísticas conservadas en la Colección de la Fundación Cisneros en Caracas puede verse en la sección, “Artistas Viajeros a Latinoamérica”. [<http://www.coleccioncisneros.org/es/collections/artistas-viajeros-latinoam%C3%A9rica>]

En las riberas, más o menos accidentadas, planas, hay masas compactas de vegetación: hojas, plantas, lianas, ramas, todo entrelazado y confundido, conformando una verdadera muralla de verdor donde la vida vegetal parece ahogar toda otra vida...”, (Morisot, 2002, [1886-1887]: 126-127)

Para Morisot el encuentro con la riqueza vegetal en el Delta es sorprendente, el laboratorio vegetal de los científicos se abre también al ojo del pintor y a la narración. La imagen geográfica se hace visual, pero convoca también, una profunda reflexión sobre la naturaleza y lo sublime.

La dualidad entre el mundo bello y el mundo hostil del paisaje son convocados en una extensa descripción, Morisot, señala que, “Este bosque en apariencia hostil, impenetrable, como cerrado a todo ser humano. Es tan bello en su grandeza, tan calmo en su imponente majestad, que me siento inmediatamente conquistado por sus maravillosos atractivos” (Ibídem: 127).

La observación prosigue hacia la movilidad del espacio, en el Delta exuberante, en los innumerables brazos que cambian la morfología del terreno, todo parece “...escapar de la masa sofocante para vivir del aire, de la luz, del movimiento, de la vida del río” (idem).

La transformación perceptiva se ha operado y el temor del paisaje se ha trocado en un encuentro de carácter topofílico que estimula los sentidos. El entrecruzamiento fenoménico traduce un tercer espacio en que materia e imaginación se encuentran mediados por la emoción que convocan el contacto con los espacios otros.

Esta impresión del paisaje y lo que ella propicia, se expresa nuevamente en sus notas europeas que revelan una transformación espiritual del pintor en la experiencia del viaje. Amaz ha visto en Morisot una clara tendencia a mostrar la tensión entre dos espacios, el de la naturaleza y el de la ciudad. Su origen lo remonta a la experiencia del viaje de exploración que deviene en una introspección interior del encuentro con lo divino de la creación en lo profundo de las fuentes del Orinoco, el mismo pintor dirá que

Durante esos nueve meses en territorio salvaje, si el joven ciudadano de una ciudad supuestamente civilizada, no tiene la satisfacción de la visión de las fuentes del río majestuoso, estará en contra del favor sin parangón que está en descubrir en la fuente otro río tumultuoso que es nuestra efímera vida humana y, a la vez, de encontrar la revelación de la verdadera vida de nuestro ser espiritual inmortal, el alma eterna que a su vez sólo aspira a su fuente divina " (Morisot, 1943, cit. p. Amaz, 1994)

El encuentro con la naturaleza produce entonces una experiencia que se juega en la necesidad de fijar en imágenes realistas el viaje, su narrativa pictórica y en otro plano, su consecuencia espiritual en el espacio vivido por el pintor.

En otro plano que posibilita otras interrogantes en función a la construcción en un espacio más acá del Río Orinoco y sus paisajes dos imágenes plásticas del vasto corpus de Morisot vienen a propósito.

La primera se refiere a una vista del imponente cerro Yacapana que se eleva entre los ríos Orinoco y Ventuari (figura 18). La imagen de Morisot transmite la explosión de colores que la luz del trópico irradia sobre el paisaje.

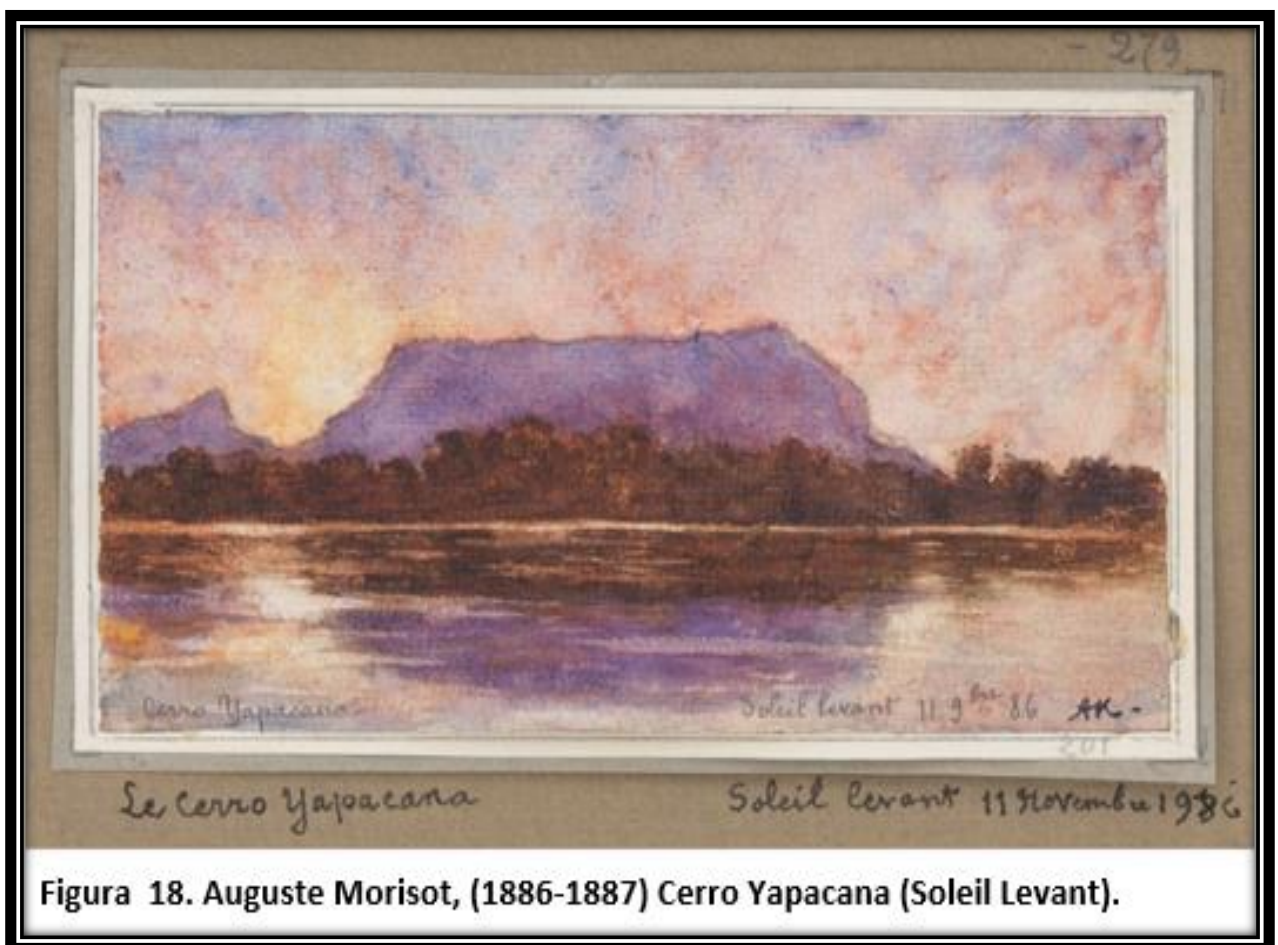


Figura 18. Auguste Morisot, (1886-1887) Cerro Yacapana (Soleil Levant).

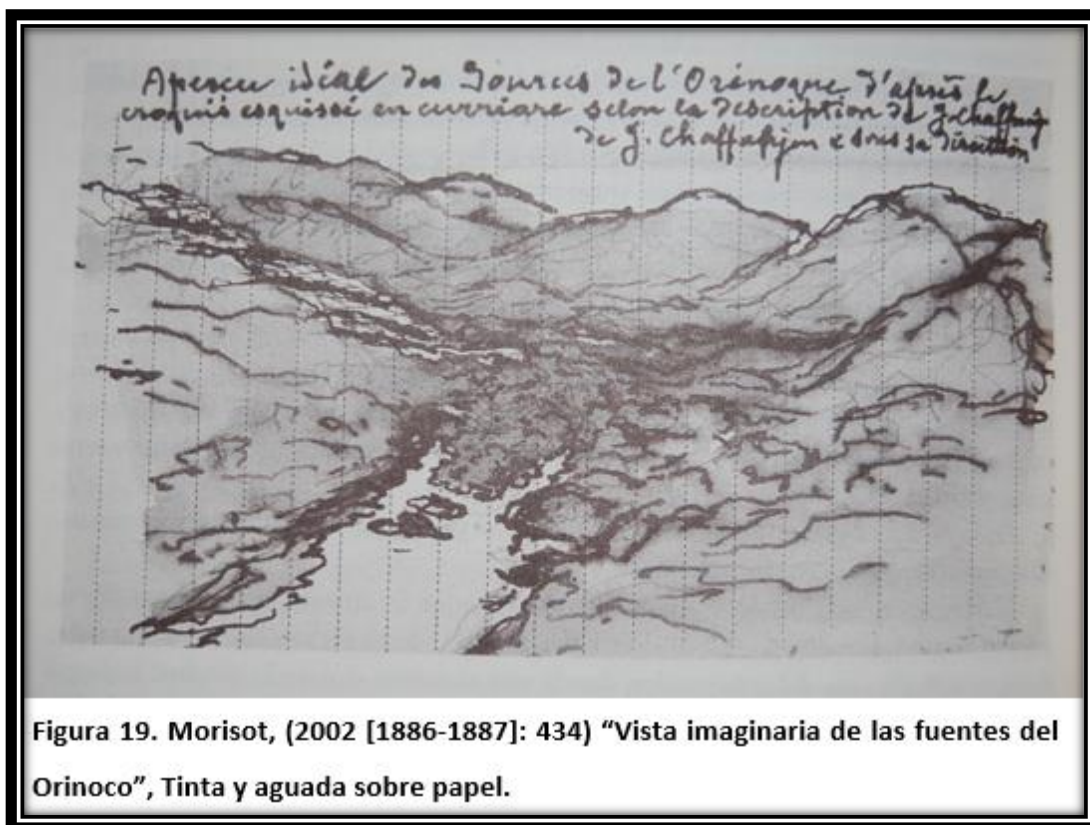
Aquí la obra pictórica en el trópico como se aprecia en los pintores que recorrían y se inspiraban en estos parajes, realiza un trabajo de construcción. Esta operación puede tomar varios caminos, que van desde la idealización a representaciones muy realistas. No obstante, en términos comparativos como ha observado Staszak (2003), al revisar la obra pictórica de Gauguin en el Pacífico, esta se encuentra atravesada por la tensión colonial; esas islas ya no conservan su cultura intacta. Sin embargo, Gauguin magistralmente la reconstruye e inventa un primitivismo impregnado del imaginario exotista que formará parte de las estrategias de construcción imaginaria de la geografía colonial.

En el caso de la experiencia espacial en el Orinoco, los efectos de presencia de las obras pictóricas, crean un archivo de imágenes ligadas al viaje profundo que la razón de la modernidad lleva a cabo en el trópico. La tensión surge entonces entre el viajero y un espacio que todavía permanece relativamente virgen y marginal a los efectos del progreso.

El exotismo que ellas proponen a diferencia del de Gauguin, está envuelto en la fascinación por las *terra incognitae*, y por un culto a la naturaleza. De las pinturas y descripciones de Morisot en el Orinoco emana un aura que conecta al observador de segundo orden con el cuadro y más allá, con la imaginación geográfica que producirá marcas en los cuales metonímicamente se reconocerá en cada cuadro el exotismo general. Ese exotismo contenido en el paisaje del Orinoco comunica y configura un modo de conocer el espacio cuyo referente concreto es el río y lo que a partir de él se articula incluida la geografía humana.

Detrás de la simpleza de la imagen que se ofrece, perceptiblemente hay un conjunto de signos que remiten a lo simbólico y a un momento de la creación de un sentido del paisaje (Cosgrove, 1998; 2006; Staszak, 2003, 2012). En el conjunto del cuadro, el Cerro Yacapana toma una particular forma en el sol de Levante o naciente (Soleil levant), una captura de una atmosfera pictórica ligada a los colores de la luz tropical que le imprime un exotismo lleno de misterio que se dispone para atraer.

La segunda imagen (figura 19) tiene que ver con el objetivo del viaje, ir hacia el Alto Orinoco para resolver el misterio de la posición exacta de las fuentes. Sabemos por su diario y por el de Chaffanjon, que Morisot no pudo llegar a las fuentes porque se encontraba agobiado por las fiebres, y fue Chaffanjon el que remontando el raudal de Waycas, se abrogó para sí la llegada a las mismas, aunque también sabemos (como se dijo en él en Cap. IV), que su descubrimiento fue prontamente cuestionado por sus contemporáneos. De este modo, las fuentes permanecieron esquivas en ese laberinto de ríos y quebradas del Alto Orinoco, Morisot pinta entonces una vista imaginada del Orinoco a partir de la descripción de Chaffanjon.



El dibujo como señala el texto que lo acompaña fue hecho a partir del testimonio de Chaffanjon y revela la importancia que tenía la imagen así fuese imaginaria para respaldar el hallazgo del jefe de la expedición esto en el momento de historicidad del viaje. La narración le imprime un dramatismo y una tensión que es organizada por el cronotopo del paisaje que deben atravesar hasta encontrar ese emplazamiento deseado en donde el Orinoco no es más que un pequeño torrente que se desprende de la topografía abrupta del sistema montañoso del Parima.

Ahora estamos entrando en un vasto pantano fangoso de aguas poco profundas; los bancos están cubiertos de hierbas acuáticas que crecen en una arcilla blanca y suave. Vemos al sur y al este, sobre los árboles, romper una cadena montañosa bastante elevada. [...]

Un poco antes, otra corriente fluye en la orilla derecha. Empleamos cuatro horas de un trabajo activo para cruzar el pantano [...]

Arriba, el Orinoco se reforma en una cama muy estrecha, a veces fluye entre dos paredes arcillosas; a veces entre roca y en cada vuelta, el macizo emerge más claramente por encima de la línea formada por el bosque. (Chaffanjon, 1889: 312-313).

El paisaje de las fuentes se muestra abrupto, y da cuenta mediante una perspectiva que orienta al observador, esta funciona como un dispositivo desde la cual se imagina el paisaje de las fuentes que inscribe el cronotopo dentro de lo sublime, la naturaleza que debe abordarse

con respeto, la medición de una dialéctica del hombre y el medio, de la dificultad para alcanzarla. Luego como señala Schama, “Antes de que pueda ser el reposo de los sentidos, el paisaje es obra del trabajo de la mente. El paisaje se construye tanto a partir de estratos de memoria como de capas de roca” (Schama,1995: 6-7).

El movimiento creador se ha edificado como una carga semántica sobre la naturaleza, los archivos de imágenes paisajeras dan contenido a la geografía, pero esos paisajes son recortes, en ese sentido pueden ser captaciones parciales y singulares, situadas relativamente a la imagen global de la Tierra, pero también componen ese tejido no tan transparente del espacio geográfico mundial. En esa tensión de escalas, en la tensión de la subjetividad y la objetividad, se jugó un régimen de producción de la imagen del Orinoco.

6.3.4 La fijeza y el movimiento de la imagen en el Orinoco, la emergencia del género fotográfico.

Hacia las últimas décadas del siglo XIX, la fotografía introdujo cambios en la percepción del paisaje del Orinoco. Al igual que las pinturas e ilustraciones, poseía una función comunicativa. Organizaban el paisaje en torno a un acontecimiento que se producía dentro del viaje. Las fotografías comenzaron a Circular como formas comunicativas en un momento en que empezó a acelerarse la exploración de los espacios interiores. En tal orden, el viaje fotografiado comenzó a constituirse en práctica. En tal sentido implicaba una observación y selección que se articula con una nueva forma de trabajo.

El trabajo del fotógrafo se ocupa tanto de la sed de nuevos conocimientos y la necesidad de almacenar y organizar la información [...]El fotógrafo participa en este movimiento general de recopilación de información, registro y clasificación en todas las áreas del conocimiento, esta "pasión por el inventario", que caracteriza el siglo XIX (Tissier y Staszak, 2007).

En tal orden de ideas la fotografía es incorporada a las operaciones geográficas, no son elementos decorativos o circunstanciales, presentan visualmente una experiencia espacial y deben considerarse en estos términos. También como señalan Tissier y Staszak, “La fotografía abrió en la geografía un nuevo régimen iconográfico caracterizado por la abundancia del recurso en imágenes” (2007). Permitía paulatinamente en la medida que la técnica iba simplificando el procedimiento, obtener un mayor volumen de imágenes y si se

quiere, pretender una mayor positividad del campo visual del espacio geográfico y de los lugares retratados.

Las fotografías de tema geográfico permitieron producir un efecto de presencia y una tensión entre el aquí del viajero y el allá de los espectadores. También mostraban otra relación que invierte las cosas entre un allá exótico y un acá que representa lo normalizado, lo conocido (vid Stazak, 2012). Esa función de acercar y distanciar permite interrogar las imágenes en un nuevo régimen de historicidad y geograficidad.

La fotografía relativa al paisaje humano o natural, al retrato de los fenómenos geográficos abre un pliegue que permite inscribir la geografía del Orinoco dentro de un horizonte paradójico de las operaciones geográficas ligadas a la producción de imágenes. Al congelar un momento del viaje fluvial, remite el paisaje que retrata a un archivo, pero también da cuenta de operaciones selectivas que nos hablan de otras cosas ligadas a la experiencia del espacio y sus lugares, a la función que cumple el propio viajero que es retratado en el curso del viaje como sucede con Chaffanjon y su famosa fotografía (fig. 20) en la que se muestra como un entusiasta explorador que ha sufrido la travesía del río en beneficio de la ciencia exploradora tan en boga a fines del XIX. Esta foto que forma parte del discurso que el explorador hace sobre el hallazgo de las fuentes misteriosas se convirtió en una de las imágenes emblemáticas de las empresas de descubrimiento a fines del XIX (Vid. Lefébure y Charon, 2007).

En el régimen de la geografía heroica, el explorador-viajero puede poner a riesgo su propia existencia, la fotografía se convierte en parte del aura que envuelve las empresas del conocimiento del mundo dando fuerza al hallazgo como una evidencia en apariencia irrefutable. En consecuencia, es expresión dinámica y es archivo de un acontecimiento. Es también expresión de un discurso y de una preocupación por instituir una autoridad del decir y el hacer sobre el espacio. El documento fotográfico muestra un proceso de objetivación sensorial del viaje, de desplazamiento del cuerpo, de una pausa en el las cuales, la fotografía captura lo geográfico.

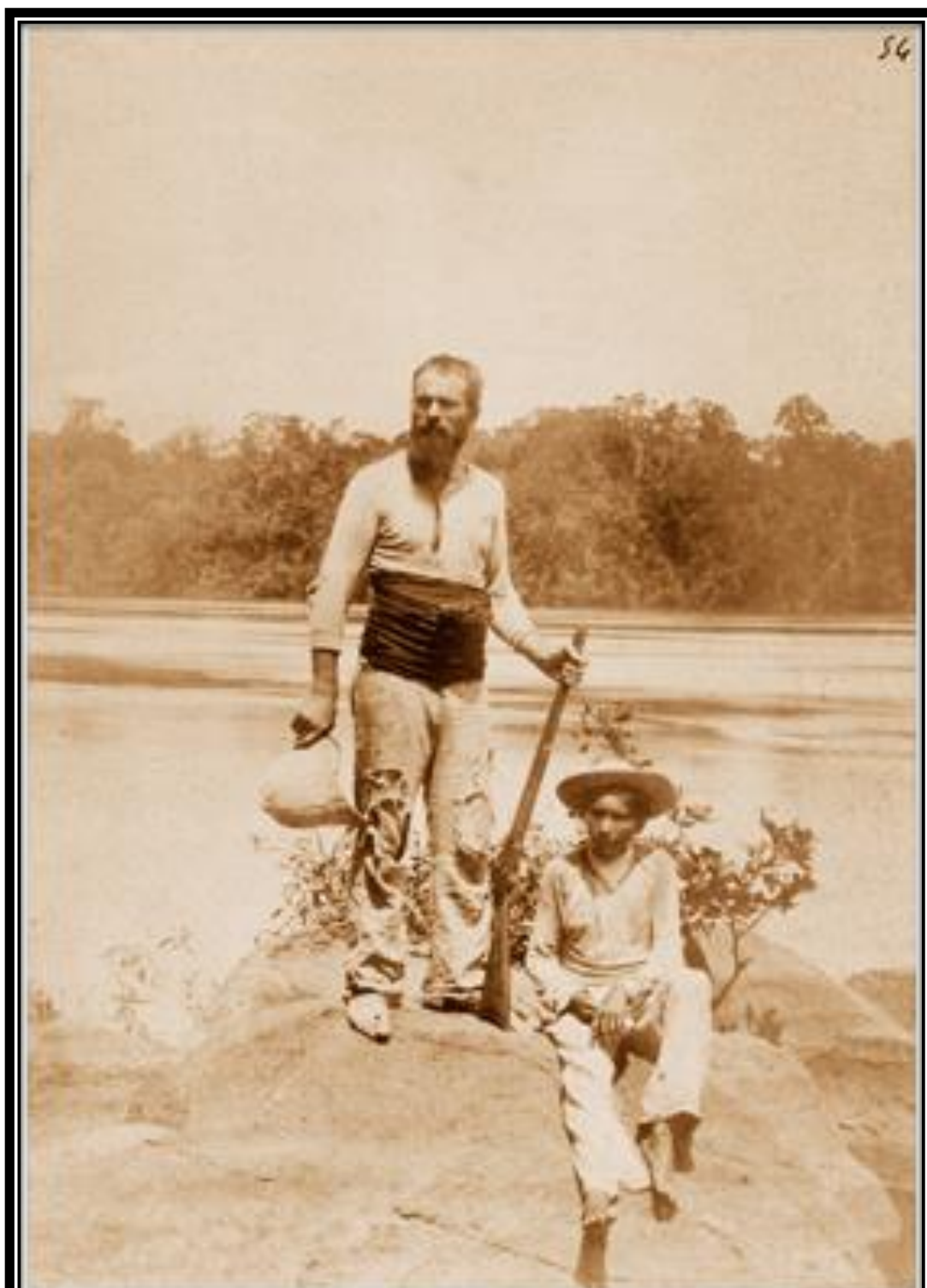
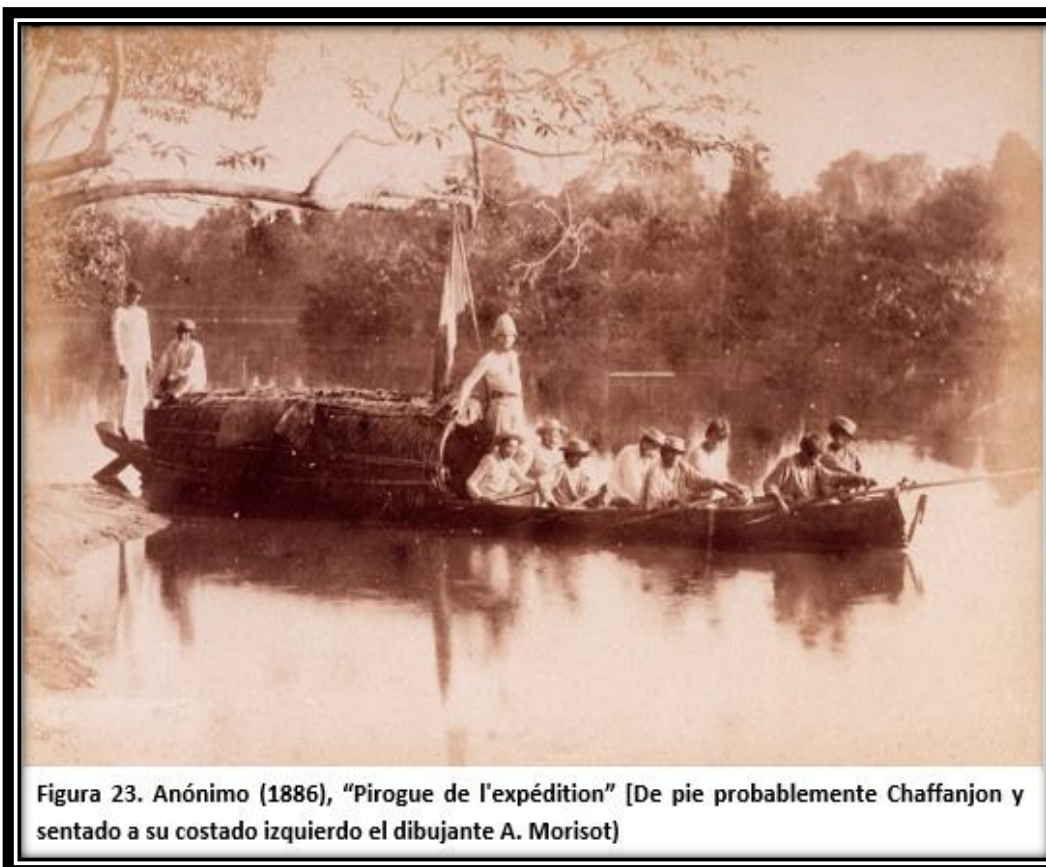


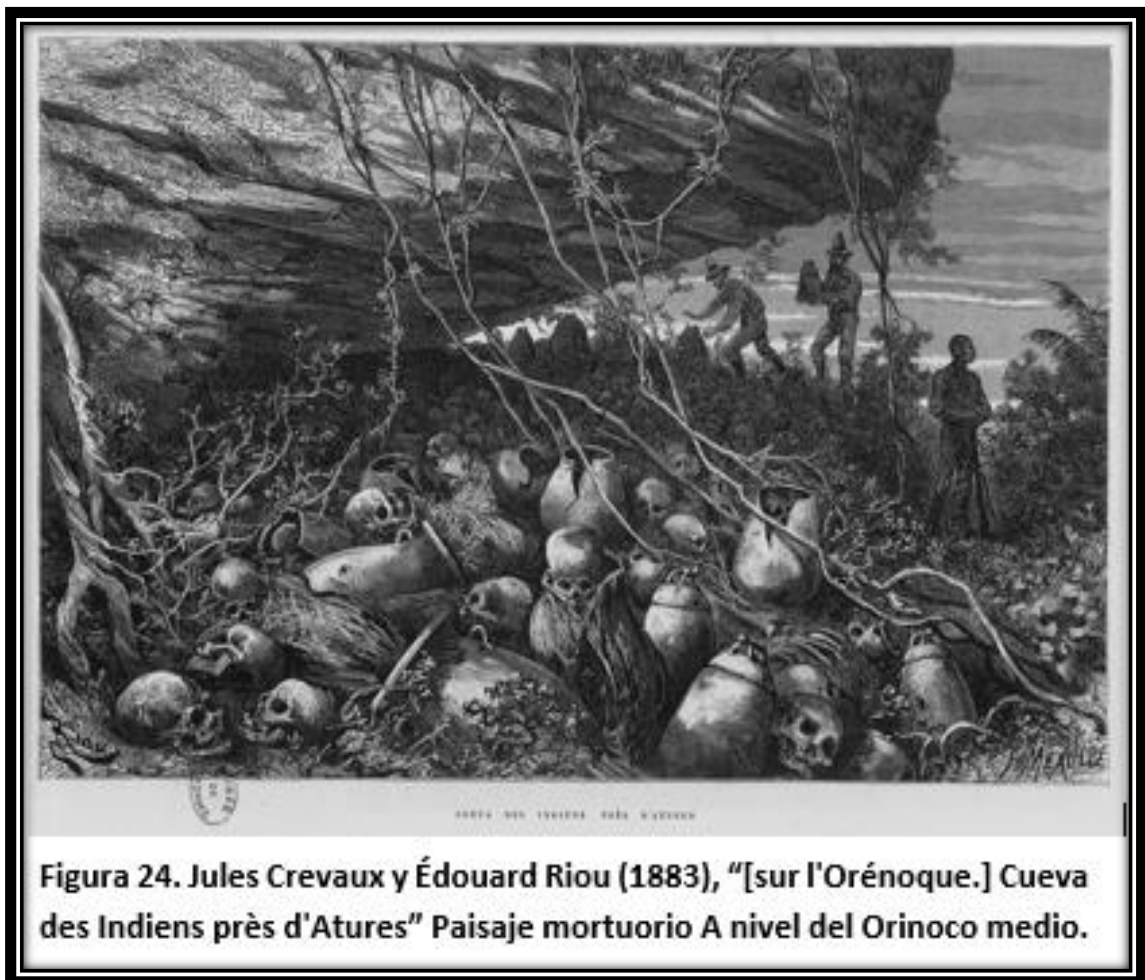
Figura 20. A. Morisot (¿?) (1886), "Portrait de Chaffanjon" Chaffanjon en el Orinoco en el curso de las fuentes.

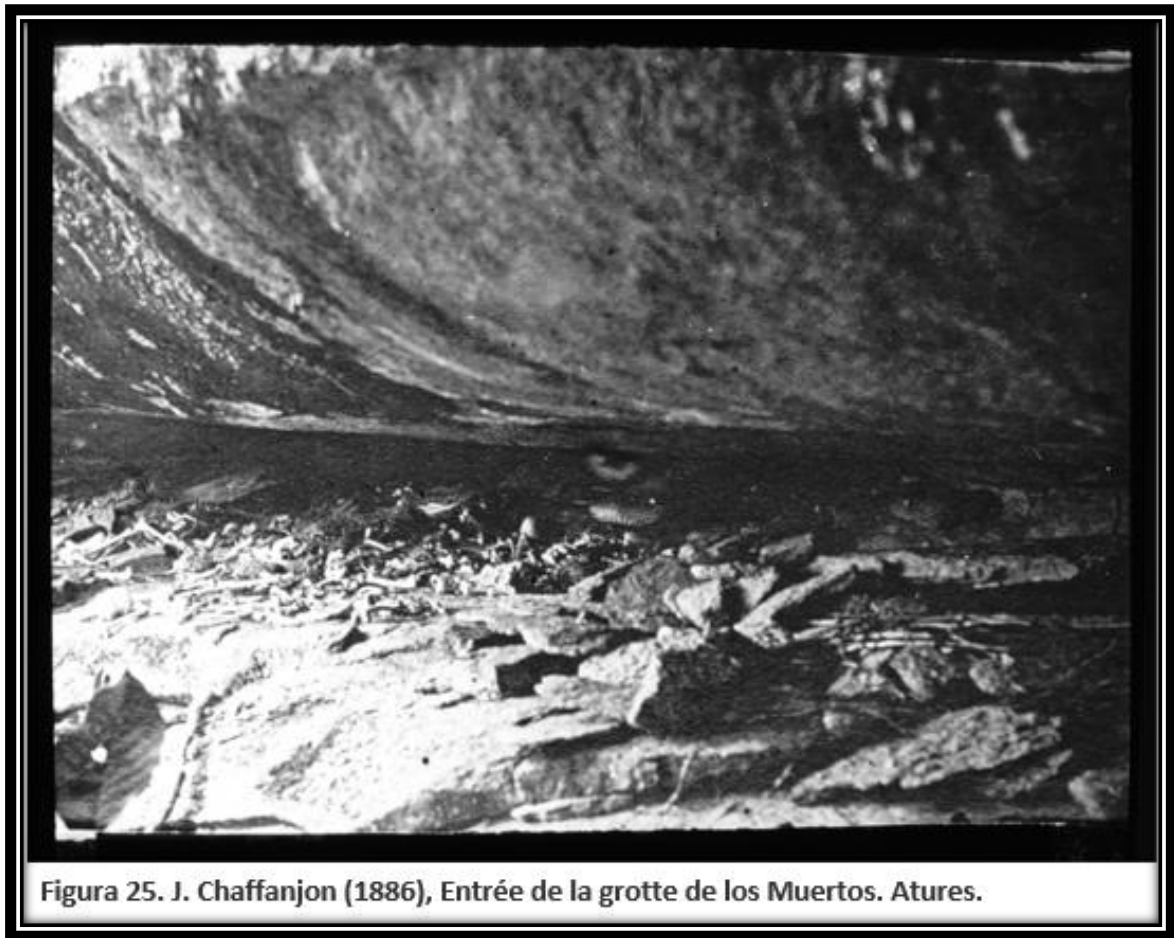
Las fotografías abren un giro en la cultura visual del Orinoco, muestran diversas facetas, entre ellas las que remiten como se ha señalado, a la geografía heroica de campo, en este sentido pasan a representar la prueba de un esfuerzo, la evidencia concreta de que se ha llegado a un lugar, en tal sentido las fotografías del viaje a las fuentes de Chaffanjon y Morisot (figuras 21, 22 y 23) cumplen esa intención. Retratan diversas secuencias de un viaje de exploración hacia las fuentes, muestran el drama, pero también, el encanto del explorador en situación de viaje. Son prueba visual del momento emotivo de una travesía por la ciencia que no es sin sus dimensiones espaciales cuyos contenidos concretos son los lugares, los paisajes. El acto heroico se organiza entonces alrededor de ese paisaje exótico, peligroso, atrayente y dominado por el alcance del objetivo.





La iconografía del paisaje fotográfico también marca un giro en el campo de las evidencias, el ojo de la cámara pretende ser más objetivo que el ojo el pintor. No obstante, en el trabajo de visualización que se hace sobre el Orinoco, sobre todo a un nuevo espacio que se abre en relación a la geografía humana y la etnografía es posible observar la coexistencia de ambas formas por ejemplo en las imágenes que refieren al paisaje mortuorio de los indios Piaroas a la altura de los raudales de Atures y Maypures la primera imagen (fig. 24) muestra el trabajo de los dibujantes que toman el testimonio del viajero, en este caso de Crevaux y lo representan con todo el dramatismo y el exotismo. La otra imagen (fig. 25) muestra otro signo icónico del mismo paisaje mortuorio, la fotografía de Chaffanjon da cuenta de un exotismo de carácter objetivo, sobre todo el que vincula a una forma de atención: la étnica, el paisaje que refiere a un lugar de culto.

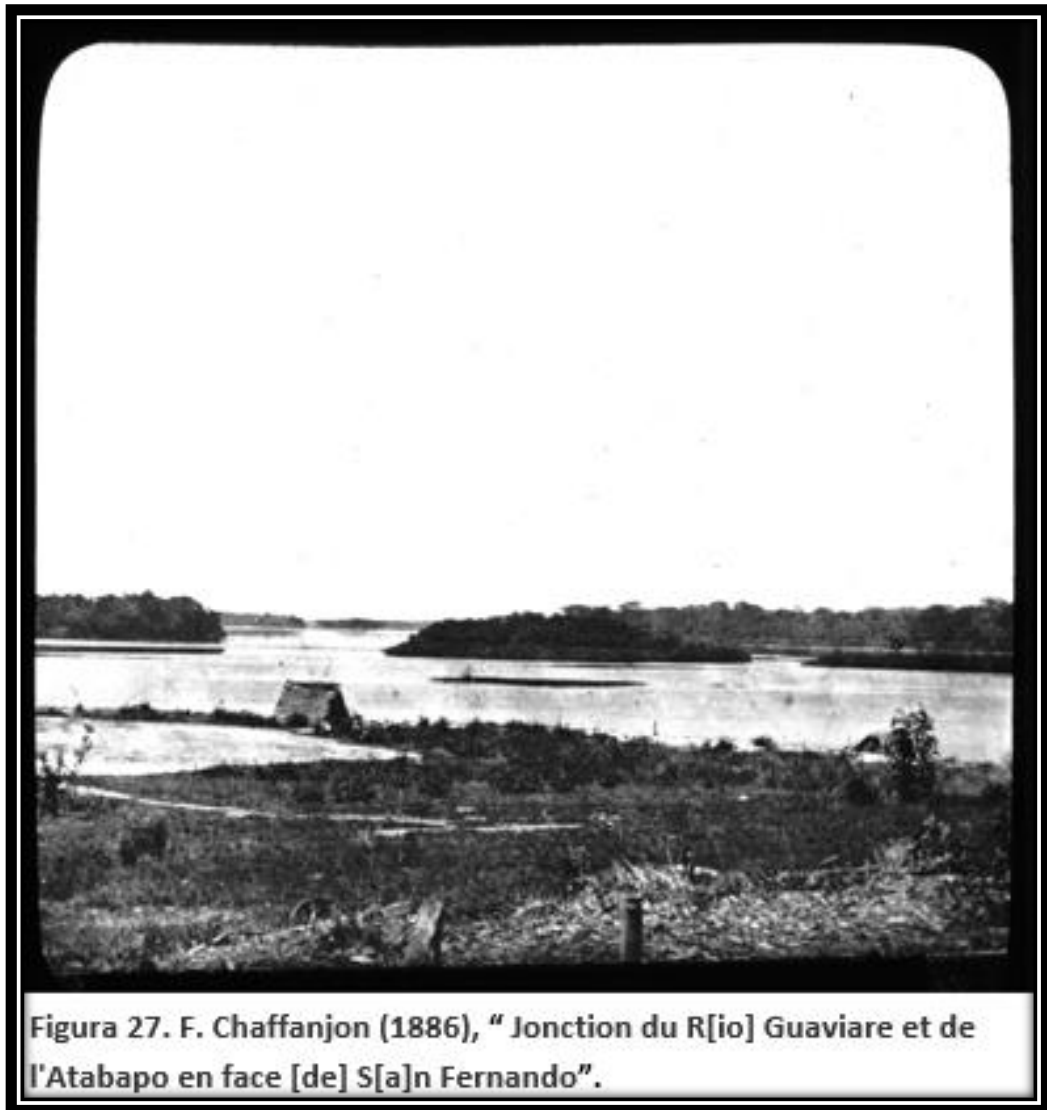




Como complemento de esta preocupación de la nueva cultura visual, una serie de fotografías completan el cuadro del paisaje orinoquense. En una de estas, los indios representan el otro lado de la humanidad en todo su exotismo que se organiza en el cronotopo de un paisaje salvaje como puede observarse en la de “Chez les Guaraounos, Delta de l’Orénoque” de Crevaux/Morin (vid supra figura 10) que muestra con carácter objetivo al hombre y su hábitat. El cronotopo geográfico que articula el discurso del explorador sitúa, enlaza y permite hacerse una idea, pero esta no es sino un recorte. Igualmente muestra su lado de sombra, pues la humanidad del otro espacio, la del paisaje natural es una humanidad que no se reconoce sino en su estado de infancia, en su estado primitivo y se deja de lado otras cosas. Sin embargo, hay un progreso en torno a la consideración de la ecúmene, lo húmedo, las aguas antes negativas se convierten en un espacio para la acción del hombre. Finalmente, en cours d’eau, végétation de Crevaux (fig. 26) y la Jonction du R[ío] Guaviare et de l’Atabapo en face [de] S[a]n Fernando ríos tributarios del Orinoco cuya vista fue fotografiada por Chaffanjon (fig. 27) muestran el poder del espacio paratáctico que incorpora a su inventario el poder de la fotografía que captura el aspecto del medio húmedo del Orinoco.



Figura 26. J. Crevaux (1883), "cours d'eau, végétation".



De fondo, estos paisajes son distantes de los observadores de las ciudades a quiénes iban dirigidas las imágenes, esa distancia y la cualidad situada es constitutiva para la operación geográfica de la diferencia. El nuevo régimen iconográfico del Orinoco abría una amplificación serial de paisajes que comenzaron a fluir a los centros de cálculo de las sociedades científicas. No obstante, y a pesar de la pretendida objetividad, la fotografía construía a su vez un nuevo reencantamiento en la imaginación geográfica del trópico.

En este orden de ideas y vistas en conjunto, las fotografías junto a las pinturas, grabados y narraciones de carácter icónico hechas en el Orinoco y su cuenca; problematizan la construcción de la imagen tropical, mostrando los matices y la repetición de códigos. Sin embargo, al situar a la escritura en relación con sus lugares, varios dispositivos emergen para mostrar las operaciones a través de las cuales se tejieron diversas imágenes en relación con el paisaje del Orinoco.

La poética del espacio en medio de un avance de la razón occidental y nacional sobre los otros espacios -los naturales y los de las etnias- produjo uno nuevo, un tercer espacio que expresaba la tensión de un nuevo imaginario surgido de la tensión entre escalas y entre experiencias situadas. Los lugares descritos y pintados construyeron un archivo de la imaginación geográfica en el Orinoco.

Interrogar al paisaje en estos términos epistemológicos de borde, implica restituir las condiciones de producción y de recepción de conocimientos y saberes geográficos; muestra la paradoja de la observación en el trópico durante el siglo XIX cuyas líneas se entrecruzan entre un código de lo conocido y la emergencia de la novedad vestida de ciencia e imágenes poéticas.

Todos los esfuerzos del conocimiento convergen en la naturaleza y la cultura como campo estético y como materialidad, pero siguen modos de explicación y resolución distintos en torno al Orinoco, allí es en donde radica la diferencia. Sin entrar en mayores explicaciones, cabe nuevamente preguntarse: ¿qué es? y ¿qué significa el paisaje para viajero del siglo XIX? ¿cómo traduce y produce el paisaje?

El paisaje del XIX en el Orinoco, articula las prácticas de observación y representación, así como también muestra la materialidad y cambios de valoración de un espacio fluvial y su entorno. Aquí una serie de prácticas establecen la conexión, la traducción y la apropiación de un espacio. Muestra al “nómada furtivo” en el proceso de captación o de construcción de imágenes que se juegan en la sensibilidad que el objeto paisaje activa.

Esto ubica al estudio de la geografía en una zona de borde que implica reconocer las interacciones entre materia y sensibilidad, entre imaginación geográfica y espacio. Incorpora como problema a la imagen como parte de las operaciones geográficas que asisten el trabajo de la emergente geografía ligada al régimen de exploraciones.

La dimensión estética de la experiencia no fue descuidada. Los naturalistas la vieron como parte integrante de la empresa científica: no sólo eran las sensaciones físicas y las emociones difíciles de separarse. Su objetivo participaba en una concepción más amplia de la unidad de la naturaleza, de la ciencia y la interconexión de los fenómenos. En consecuencia, estas imágenes combinaban la medición y la sensibilidad, la ciencia y el arte.” (Charlotte Big, 2007:79-80)

Los textos son tejidos de imágenes que organizan el mundo físico y el de la imaginación geográfica en un sentido que instituye un proceso de producción de textos-espacios con funciones comunicativas complejas que implican una dimensión de práctica, de estar observando en el campo. La experiencia espacial, la travesía y la disposición de observar

y sentir, cobran importancia al tratar de restituir el pensamiento geográfico a su espacialidad constitutiva y a las operaciones que suscita.

En los itinerarios a lo largo del río Orinoco y en los emplazamientos físicos, los lugares son definidos y convertidos en parte del archivo de una cultura. La expresión visible que el “nomada furtivo” construye y produce en el contacto con el río Orinoco, es la pintura, la narración y la fotografía de un espacio geográfico definido por la presencia fluvial; por un fenómeno dinámico de la naturaleza cuya traducción hace lugares y define al paisaje como un texto con múltiples tejedores.

No en balde, en 1904 luego de su experiencia a lo largo del Orinoco y sobre todo en la sección de las tierras bajas -el Delta y la zona minera de el Callao, Tumeremo y Guasipati- el ingeniero y geólogo Lucien Morisse dirá producto de una reflexión que engloba al lugar y a la extensión de un paisaje fluvial que invita a ser recorrido, explorado:

La imaginación se queda corta cuando tiene que concebir a extensión, el esplendor, la majestuosidad de estos grandes ríos americanos. [...] Sin embargo, todo lo que puede imaginarse se queda corto ante a realidad misma: estos espectáculos hay que verlos para creerlos. (Morisse, 1985 [1904]: 232)

El río Orinoco dejó de ser pintando para convertirse en objeto de la atención fotográfica que comenzó a generalizarse en el siglo XX. Pero la iconicidad del referente fluvial, su cualidad estética no finalizó, no hubo una muerte del paisaje en términos de la representación sino una redefinición de los géneros que comenzaron a dar cuenta de un giro en la cultura visual del espacio y de los paisajes. La fotografía no obstante, no fue la única forma de expresión, a ella se unieron el filme, la poesía y la literatura como géneros conexos de algún modo con el espacio de los geógrafos y más allá, con operaciones geográficas mediadas por un nuevo ejercicio de la imaginación situada.

Capítulo VII

Cronotopías geográficas en la literatura sobre el Orinoco. El aquí y el allá

¡Asombrosos viajeros, qué nobles historias
leemos en sus ojos profundos como mares!
[...] ¡Queremos viajar sin vapor, sin velas!
Para alegrar el tedio de nuestras cárceles,
traigan a nuestro espíritu tenso como una tela
los recuerdos rodeados de horizontes.
Digan, ¿qué vieron?
Charles Baudelaire, *Las flores del mal*

7.1 El viaje literario de la geografía. Los juegos del Aquí y el allá.

No es solo el río Orinoco en sí, sino lo que se articula fenoménicamente alrededor de una experiencia narrativa que acontece en los lugares y en relación con una hidrografía compleja. Aquí la narrativa refiere a una operación y a un desplazamiento vectorial de la imaginación cuya facultad de invención y organización teje redes, conexiones entre geografías no solamente físicas sino imaginarias.

El espacio se muestra como movimiento y los lugares ponen una pausa, fijan, la narración se detiene, construye una geografía diferente que no se aísla, sino que a través de sus redes producen un contacto y una circulación de esas geografías, universalizando a los lugares en procedimientos análogos a los que hemos visto en diccionarios geográficos, atlas, diarios de viajes y mapas.

La consideración geográfica de la literatura es un campo muy rico para comprender los procesos que envuelven el entrecruzamiento fenomenológico del vidente y el objeto espacial. A través de ellos se produce una marca que imprime una carga semántica a las otras geografías de carácter no científico. Pero también, y esto como parte de su amplio espectro, en ocasiones, abre horizontes geográficos imaginando las *terrae incognitae*, o se vuelve en campo receptor de los informes geográficos de carácter científico, difundiéndolos en espacios públicos más amplios.

De esta manera la geografía se hace parte de una cultura que envuelve a lo visual y al resto de los sentidos corporales, las literaturas construyen el lugar y éste edifica la experiencia literaria del espacio.

La experiencia de la narrativa literaria de carácter geográfico se conecta y se reparte en dos niveles que implican la relación del *aquí* y el *allá* en planos más concretos:

a) La vivida en el viaje, en la práctica del campo (esto es observable en algunos escritores que traducen en narración el viaje que han realizado), y b) la experiencia que se activa en los lectores y escritores de los centros metropolitanos, que no pueden viajar a esos mundos periféricos.

Las perspectivas de **a** y **b** responden a lugares de enunciación, pero en contextos de mayor complejidad. Si bien definen un poder de mirar y decir, no son absolutos, también pueden, a la vista del contexto general, ser correlativos. Tal consideración supone invertir la tradicional relación normalizada entre el *aquí* (centro) y el *allá* (periferia), que responden, en un esquema simple, solo a una linealidad sin anomalías, desviaciones e interrupciones. Esa inversión implica un ejercicio de posicionamiento diferente de la experiencia geográfica, que asume el poder contingente de las situaciones que se van construyendo. El *allá* no es únicamente periferia. El *allá* es una convención relativa. También puede ser centro si se considera a la experiencia del espacio como parte fundamental de la operación geográfica que se hace consciente del lugar desde el cual se enuncia el problema de la orientación del sentido.

Si se asume que esta experiencia es practicada, vivida y narrada de modos diferentes y en relación con los espacios físicos e imaginarios, el *aquí* y el *allá* se vuelven análogos, sus posiciones pueden hacerse intercambiables o pueden invertirse, dependiendo de la situación del sujeto en el espacio, redefinen las miradas y las escrituras de la diferencia, que introducen en el espacio uniforme el sobresalto, producto del contacto con fenómenos y lugares.

Esta situación desestabiliza al lector tradicional transformándolo en un lector/escritor furtivo¹¹⁴. En él opera un sentimiento del habitar o imaginar/habitar, que tiene una experiencia instituyente del lugar en el que se está, y de los lugares con los que se conecta no estando físicamente. La experiencia *in situ* es un *aquí*, y su opuesto, el *allá* tradicional, el *plus ultra*, en donde no se está.

La linealidad entre estos dos puntos que mencionamos por ahora como **a** y **b**, invierten por un momento su carácter de centro-periferia. En referencia al problema que nos ocupa, el río Orinoco y el espacio geográfico tropical esta relación es muy importante, pues las literaturas, juegan un poder de desestabilización fundando una inversión del *aquí* y del *allá* que dependen de la enunciación que define la perspectiva y el sentido del acto de estar y narrar.

¹¹⁴ Sobre el lector furtivo vid Michel De Certeau (1996, T. I), *vid supra* cap. VI punto 6. 3- El viajero como nómada furtivo. La imagen narrativa, pictórica y fotográfica del Orinoco (1799-1905)

Hay un *aquí* de la experiencia vivida del espacio, de entrecruzamiento del sujeto y la materia, el *allá* se convierte en el punto hacia donde viajan las noticias y las experiencias narradas; ello sin dejar de considerar la condición del centro de cálculo que remite a una relación de poder. Sin embargo, al domiciliarse la experiencia geográfica, esta devuelve por inversión la operación, pero también, la pone en suspenso, o bajo sospecha según sea la intención de la comunicación.

El juego narrativo no es solo un ejercicio retórico, marca los modos mediante los cuales nos orientamos en el pensamiento y entre geografías. El lector que recibe noticias de los viajes reproduce también el mecanismo de vivir el espacio, lo hace por intermedio de las facultades imaginativas, construye a su modo otra imaginación geográfica.

El juego narrativo también muestra los modos mediante los cuales opera la imaginación geográfica que se vuelve vectorial, y va de un punto a otro modificando el poder del decir sobre el espacio y el del hacer lugares a través del lenguaje (Tuan, 1991, Tang, 2008, Mathey, 2008).

En tal orden de ideas, la literatura relativa a la geografía o a una construcción espacial es cronotópica, imprime un sentido que organiza el campo de legibilidad. El *allá* receptor de las noticias del *aquí* de la vivencia, construye un juego que devuelve la imagen investida de exotismo (Staszak, 2012; Weiz, 2008; Ainsa, 2006), pero también, de una heterotopía (Foucault, 2010 [1966]). Es decir, un lugar posible que cuestiona el *aquí* del escritor y su cultura normalizada, y proyecta en el *allá* las filias y las fobias, pero también una profundidad ontológica al espacio y a sus fenómenos geográficos transformándolos en parte del movimiento del conocimiento.

En el nivel de la construcción o producción de los espacios y lugares ligados a las afinidades electivas o surgidas del contacto espacial, conceptos conexos como paisaje, región, nación y territorios, cobran forma, toman contenido, se cargan semánticamente haciendo menos simplista la definición de lo distante y cercano, interpelando las funciones ligadas a la apropiación de territorios, o a la inscripción de los fenómenos o accidentes geográficos en un campo de imaginación geográfica.

El público lector se conecta a su vez con esos espacios de dos formas, a través de las noticias e imágenes del trópico producidas por los viajeros y exploradores. Y, mediante una serie de narrativas literarias o divulgativas que crean condiciones de la emergencia de ese imaginario tropical, investido por una geopoética del espacio con funciones diversas.

La traducción del espacio geográfico es una norma dentro del trabajo altergeográfico: aquí se visibilizan otras voces y formas de apropiación en las cuales lo ajeno se hace familiar.

Ahora bien, esa familiaridad no es *mimesis* ni duplicado de lo vivido. Su pretensión de objetividad o verosimilitud muestra los procesos de configuración de imágenes que pueden, a su vez, conformar un archivo del paisaje y los lugares que, en términos de una pretendida globalidad, se liga a los “ismos” y a su crítica. En tal sentido, el tropicalismo (Gorou, 1982; Livingstone, 2000; Driver, 2004; Driver y Martins, 2005; Cunill, 2007; Weisz, 2008; Wahab, 2010; Staszak, 2012); el latinoamericanismo (Coronil Hartman, 1999; De La Campa, 1999; Montaldo, 1999), el orientalismo (Said, 1990); el occidentalismo (Marramao, 2006); el romanticismo (Tang, 2008; Tuan, 2013); o el nacionalismo (Anderson, 1993; Cosgrove, 2006; Debarbieux, 2010) forman un tejido dialéctico que expresa las tensiones espaciales del saber-poder que operan de manera metonímica, convirtiendo paisajes y lugares en referentes estandarizados de una realidad que puede ser muy distinta, dado el grado de diversidad que algunos espacios geográficos contienen; abriendo en consecuencia las puertas a una crítica de la imaginación geográfica constituida por otras perspectivas, en las cuales, las narrativas literarias cumplen un papel no menos importante.

Sin embargo, esos espacios imaginados de lugares y paisajes narrados y metaforizados, funcionan como mecanismos de reducción, sin los cuales no podría ordenarse el mundo. Detrás de ellos existe un trabajo que debemos interpretar, pues las narrativas responden no a actividades neutras, sino por el contrario, como se verá, están ligadas a concepciones de poder y contrapoder que subvierten las relaciones del *aquí* y el *allá*.

La imagen geográfica se encuentra modelada por la literatura en el doble movimiento del imaginario instituido y el instituyente, que responde no sólo a un “magma creativo” de vinculación estetizante, sino que también refiere a una crítica del estar y habitar el mundo en donde esa estética cumple también una función.

De este modo una serie de textos literarios construyen sobre el referente río, una serie de narrativas mediante las cuales se expresan los imaginarios espaciales de culturas y tradiciones literarias, que cobran sentido dentro del cronotopo y de una cultura geográfica para la cual, los espacios de las *terra incognitae* —cuyos correlatos de espacios vacíos se reflejaban en los mapas—, se abrían como perspectivas para la imaginación geográfica. La literatura hacía entonces un trabajo sobre la organización de sentidos geográficos en términos divulgativos o de anticipación.

Los ríos del mismo modo en tanto que fenómenos y accidentes geográficos que son aprehendidos, configuran una imaginación geográfica ligada a la concepción de lo que John Kirtland Wright (1947) llamó *terra incognitae*, una especie de dispositivo cultural/espacial para extender y propiciar el poder cognitivo de la imaginación geográfica y movilizar al

viajero hacia los confines y zonas inexploradas. Los ríos al calor de la segunda gran articulación del sistema mundo, configuran no solamente en términos materiales las vías de penetración del capitalismo emergente, y su promesa de futuro ligada a la idea de un progreso del comercio, también habilitan la curiosidad literaria y científica dentro de una ampliación crecientemente acelerada de los conocimientos de la naturaleza, del coleccionismo y de los cuadros descriptivos del paisaje.

También, la imaginación que se teje en torno a los ríos se entendería dentro del poderoso espacio de carácter metafórico que, según Hans Blumenberg (2007), caracteriza la conducta humana de la modernidad. Sobre todo si tal metáfora que él concibe en la figura: *Terra incógnita*, se vincula a la necesidad del saber geográfico por intermedio del descubrimiento que, en el caso de las corrientes fluviales, remite a buscar las fuentes, como aconteció con el Nilo, el Congo o el Orinoco; cuyas exploraciones estimularon la emergencia de una imaginación geográfica ligada al origen de los ríos, y a la causa de los fenómenos naturales a través de los cuales la ciencia y la literatura comparten el dominio de un confín hacia el cual las acciones de la curiosidad y el asombro se dirigen .

De ese modo, la fascinación por los elementos físicos estimuló la curiosidad humana. Bachelard —a pesar de centrar el espacio en el problema del espíritu interior que lo organiza—, otorgó a esos elementos físicos un papel constitutivo en el planteamiento de su poética del conocimiento: el agua era uno de esos elementos, tal y como lo muestra en el texto *El agua y los sueños* (1994 [1942]); tarea en la que le sigue Yi-FuTuan en *The hydrologic cycle and the Wisdom of God: a Theme in Geoteleology* (1968), una obra de amplio espectro con respecto al agua y su formas de valoración.

El agua como elemento físico se convertía en un referente que, estando allí físicamente, permitía crear condiciones para el surgimiento de la poética espacial centrada en los cuerpos, sentimientos y las dinámicas de ese líquido, cuyas correlaciones eran traducidas a los filtros de la imaginación geográfica.

Las metáforas referentes a un espacio por conocer, proyectado en un más allá difuso, comportan igualmente una función pedagógica. Como señala A. Lindón (2011) al mostrar como las imágenes geográficas circulan y son socialmente aprehendidas reconfiguran las visiones del mundo; y con ello el pasaje de las geografías personales de *terra incognitae* a *terra cognitae*. Un juego de apropiación de sentidos que va del cosmos al cuerpo del sujeto, movimiento que permite orientar al sujeto y a las colectividades activamente en el mundo.

En este contexto explicativo y de gran angular, abordamos las literaturas referidas al Orinoco en dos momentos:¹¹⁵

- A) El articulado alrededor de las novelas de William H. G. Kingston, Vicente Moreno de la Tejera, Jules Verne, Emilio Salgari y Guillermo E. Hudson; que tienen directa o indirectamente (episódica) como eje el río y la selva del Orinoco. Una narrativa de descripciones y noticias geográficas sobre aventuras ligadas al régimen de la geografía de descubrimientos, acciones heroicas y románticas.
- B) Otra escritura propone algo nuevo, diferente en la relación del *aquí* y del *allá*. Es la producción literaria de poesías y novelas de Andrés Eloy Blanco, José Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos. Consolidada más tarde por Alejo Carpentier, Luz Machado Ardao y Juan Lizcano. Una geopóetica que se mueve en función al río como geosímbolo de identidad nacional, pero también, como vector en cuya profundidad geográfica se aspiraba a encontrar una identidad hispanoamericana perdida que respondía a las crecientes preocupaciones del giro cultural que se estaba viviendo entre los años de 1920 y 1960 (Ángel Rama, 1984; Cuevas, 2001; Pacheco, Barrera y González Stephan, 2006; Ainsa, 2006).

Es de advertir, que en la interpretación que seguimos, nos interesa una lectura desde la complejidad que muestra que las dinámicas de la imaginación, que se inscriben en el tercer espacio, impulsan posibilidades de interpretación que van más allá del intento de reducir el tema a una condición material o imaginaria como si se tratase de campos separados o, al intento de desechar el valor del documento literario en la conformación y operación escriturística del texto espacial. En consecuencia, se pretende mostrar el valor cognitivo de la cronotopía geográfica que produce un sentido del espacio necesariamente polifónicas y en consecuencia altergeográficas. Ejemplos cercanos a este enfoque, es la monumental *History of Water*, coordinada por Terje Tved en nueve tomos (2006, 2010), un ambicioso proyecto que junta numerosas observaciones sobre la importancia del agua; y dentro de esta problemática, la de los ríos, que refieren a Reclus (1912), L. Febvre (2004 [1935]), Tuan (1968) y Ana Pizarro (2009).

¹¹⁵ El momento fundacional de la literatura sobre el Orinoco ya fue tratado en el punto anterior, Andrés Bello construye una visión geopoética y de geografía política del paisaje americano en la cual los lugares, incluyendo al Orinoco, conforman los anclajes territoriales de la imaginación geográfica hacia la cual los americanos, debían volver los ojos dentro de un proyecto nacional de escalas muy diferentes a las que luego resultaron del quiebre de los proyectos políticos de la formación de las repúblicas y de sus respectivos territorios. Pero esa enunciación se diluyó en el costumbrismo y en las estampas rurales descuidando la formación de una geopoética más amplia, esta solo vería luz en el siglo XX.

Devenidos en «textos geográficos», la literatura sobre el Orinoco porta imágenes, construye un régimen de imaginación geográfica sobre los lugares y los espacios. Aquí, como se señaló en la primera parte, por «texto geográfico» debe entenderse la elaboración de un texto espacial que surge de una relación y articulación entre los mundos materiales y su física, con el mundo inmaterial de los imaginarios fraguados a partir de prácticas y estrategias narrativas.

Un proceso que en el caso geográfico, obedece a varias operaciones ligadas a la observación, la relación cuerpo-espacio, las ideas, y la creación y organización cronotópica de narrativas y descripciones, en la que el texto geográfico resultante cobra sentido(s) en los diversos contextos a que refiere y por los que atraviesa en su producción y recepción, al desplazarse de la experiencia del *aquí* a una espacialización en términos de escritura, narración y explicación a través de las cuales los “trabajadores”, que escriben sobre el mundo, tejen y producen una imaginación geográfica que orienta los sentidos y brinda anclajes, soportes de imaginación a través de la materia y viceversa; soportes de la materia al ejercicio de la imaginación y sus cronotopías.

7.2 El viaje fluvial o de cómo los europeos y americanos imaginaron el Orinoco en el siglo XIX.

The life and most surprising adventures of Robinson Crusoe of York Mariner who lived eight and twenty years in an inhabited island on the coast of America, near the mouth of the great river Oroonoke. With an account of his deliverance thence and after surprising adventures.

Con ese título se presenta literariamente una de las primeras referencias modernas del Orinoco. Escrita en 1719 por Daniel Defoe, esa novela inaugura una preocupación por la relación del hombre con la naturaleza en condiciones límites. Es también una expresión de la necesidad de alteridad en las proyecciones imaginarias del viaje, y las sucesivas etapas de cambio que se presentan como una aventura que transcurre en los confines del mundo. En este punto, su importancia reside en mostrar cómo la novela construye un cronotopo primario, un antecedente que sitúa la trama de la aventura en un área tropical que incluye, como se deduce del título, a un lugar entre Trinidad y las bocas del Orinoco.

El Orinoco literario emerge entonces dentro de un contexto de viajes y exploraciones, del que hasta ahora es únicamente un escenario.

En el siglo XIX, vendrán las referencias de Andrés Bello al río. Como se ha señalado, el polígrafo incorpora al Orinoco en los ensambles geopoéticos de una América que se

presenta diversa y unida, una América que necesita de un nuevo trabajo del discurso construido a partir de la experiencia de sus propios paisajes para tomar cuerpo visible.

Pero no es sino a finales del siglo XIX que el género de las novelas de aventuras construirá una narrativa que tiene, en la ampliación de la escala, su cobertura espacial en el sistema mundo. Paradójicamente, esas novelas, que, a la vez de funcionar como correlatos de la moderna visualización del mundo, ofrecen también, en una escala menor, un conocimiento de los lugares, de los espacios geográficos remotos, en donde transcurren las aventuras. Ofrecen igualmente estos relatos, imágenes de la extrañeza geográfica, construyen y transportan percepciones de los paisajes físicos y humanos distantes, expresan el prejuicio o la admiración ante las singularidades de geografías diversas. Recogen información, pero producen una anticipación al espacio de carácter imaginativo que moviliza la curiosidad. En el contexto de esa producción literaria vinculada a la geografía, las novelas que organizamos para una mejor visualización en el cuadro No. 1 cumplen ese doble movimiento escalar: dan cuenta del mundo y su entramado geográfico compuesto de lugares y de fenómenos físicos. Las miradas de esas obras construyen una visión de paralaje global en cuyo entramado, el mapa geográfico imaginario se muestra a través de los lugares y de los fenómenos que siendo descritos o habilitando explicaciones didácticas de la ciencia emergente construyen imágenes compartidas de las geografías diversas.¹¹⁶ (Vid Cuadro No.1)

CUADRO NO.1 OBRAS DE NORTEAMERICANOS Y EUROPEOS SOBRE EL ORINOCO

OBRA	AUTOR	AÑO
<i>The Wanderers; Or, Adventures in the Wilds of Trinidad and Orinoco</i>	W. G. H. Kingston	1876
<i>A bordo de un bote (viaje alrededor del mundo)</i>	Vicente Moreno de la Tejera	1881
<i>Le Superbe Orenoque</i>	Jules Verne	1898
<i>La Citta dell'Oro</i>	Emilio Salgari	1898
<i>Green Mansions: a Romance of the Tropical Forest</i>	Guillermo Enrique Hudson	1904

Las obras de este periodo divulgan informaciones geográficas, políticas, culturales, económicas y sociales de los lugares donde suceden las aventuras, moldeando en sus

¹¹⁶ Sería interesante cartografiar las coberturas espaciales de esas novelas que funcionan como correlato de las exploraciones, de la expansión europea y de la ampliación de la imaginación geográfica para ese momento universal. Esas novelas dan cuenta de los cinco continentes, del Ártico y la Antártida.

respectivos públicos una sensibilidad y una imaginación geográfica del Mundo del *allá*, desestabilizando también el mundo del *aquí* de los lectores. La consideración de estas literaturas dentro de los marcos de la disciplina geográfica ha sido examinada por una serie de trabajos de carácter general como los de Chevalier (ed. 1993), Bertrand Lévy, (2006), Brosseau (2009, 2013), Matthey (2008), Tuan (2013), Tang (2008), Dupuy y Puyo (2014).

En el caso del imaginario geográfico verniano, destacan en un primer momento, los trabajos de los geógrafos Beatrice Giblin (1978), Sunyer (1988), Michel Roux (2000) y Christian Jacobs (1992). Por otro lado, si se amplía la visión de gran angular, si transitamos el campo del “vecino incómodo”; es decir, los de las críticas literaria e histórica, los textos de Michel Butor: *Le point suprême et l'âge d'or à travers quelques œuvres de Jules Verne*, y *Essais sur les modernes*, (1967); los estudios sobre este tema de M. de Certeau (1986), Serres (1974); Pitol (1998), Chesnaux (1973; 2001); Collot (2015) y el heteróclito y seminal texto *Verne: un Revolucionario subterráneo* (Bellour et al, 1968) con ensayos de Michel Foucault, Serres, Butor y otros; hacen en conjunto, un trabajo que se enfoca en los puntos ciegos que la geografía no ve, y permiten ampliar el rango de relaciones de los sujetos con diversas facetas del conocimiento geográfico y sus formas.

Esta bibliografía es una selección parcial que, sin embargo, muestra un campo complejo al que se agrega el trabajo de Lionel Dupuy, quién produjo un vasto material reflexivo sobre la obra verniana. Así mencionamos: *Jules Verne, l'homme et la terre. La mystérieuse géographie des Voyages extraordinaires* (2006). Pero es en su tesis doctoral (2009): *La géographie et l'imaginaire. Aux sources d'un Voyage extraordinaire: Le Superbe Orénoque* (1898), dirigida por Vincent Berdoulay, que se desprenden líneas de investigación e interpretación que se siguen en *La métaphore au service de l'imaginaire géographique: Vingt mille lieues sous les Mers, 1869* (2011) y *Jules Verne, la géographie et l'imaginaire* (2013), nombre sintético de su trabajo doctoral de 2009.

Otros trabajos interdisciplinarios: Smyth (Edited, 2000), *Jules Verne Narratives of Modernity, Literary Criticism*; *De Jules Verne à nos jours* editado por María Pilar Tresaco Belío, Javier Pérez, María Lourdes Cadena (2013), y recientemente, *De l'imaginaire géographique aux géographies de l'imaginaire. Écritures de l'espace* (Dupuy y Puyo, 2015), adelantan, aunque referidos a la obra en general, puntos de encuentro con la necesidad de abordar el enfoque literario de los viajes extraordinarios de Verne dentro de los marcos de la comprensión de la geografía.

El caso de Salgari es tal vez menos conocido en las referencias de la investigación geográfica de nuestros medios académicos. La crítica ha valorado más la creación fantástica

de sus personajes y de la pasión de aventura dentro de un concepto estetizante (Luisa Villa (coord.) (2007). Vicente Torres, (2012), se ha detenido en los aspectos geográficos de la obra del escritor italiano, profundizando en su interpretación dentro de un marco que, sin negar el trabajo de la imaginación literaria, la desplaza hacia la espacialización que construye la imaginación geográfica.

No obstante, trabajos como los de Paolo Ciampi (2010, 2003), plantean ya el contrapunto de las prácticas espaciales que se producen entre el viajar y el tocar físicamente los otros espacios con el trabajo escriturístico del viaje con la imaginación y la expansión de los horizontes geográficos de la narración y la representación.

Elio Manzi en *Geografie salgariane* (2013), establece puentes entre la literatura y geografía para armar la construcción imaginaria de una sensibilidad geográfica del mundo. Antes este geógrafo reflexionó sobre el tema en *Esplorando Gaia* (1997). Sobre este texto, se han señalado importantes aportes a la geografía cultural, especialmente en los aspectos dirigidos a la relación entre «Geoletteratura e geopercezione» en la obra salgariana, (Mendizábal, 1999: 155-204). Otros trabajos de importancia son los de Arnaldo Di Benedetto [(Curatore), (2012)], *La geografia immaginaria di Emilio Salgari*, que contiene ensayos sobre la reflexión geográfica; de literatos y filólogos que estudian el problema de las construcciones del exotismo, las escalas de la imaginación geográfica, y la geografía política en trabajos tales como: *Il romanzo esotico-popolare del secondo Ottocento de Piero Boitani*, *La geografia immaginaria dell'universo salgariano*, *Gian Paolo Marchi* y *L'ideologia anticoloniale di Emilio Salgari* de Mario Tropea.

El examen de la obra de Guillermo Enrique Hudson ha estado dominado por enfoques literarios que, en cierto modo, se acercan al problema del paisaje estetizante o de sus contenidos íntimos y simbólicos, que son vinculantes con el sentimiento de la naturaleza y la escenografía que enmarcan sus escritos. De estos trabajos se puede mencionar el del premio Nobel John Galsworthy (1915) quién hace un agudo comentario de la estética naturalista que envuelve esa obra, resaltando la comunión del hombre y la naturaleza en el marco de un viaje a lo profundo de un continente. Y el de Jonathan Bate (2000/2004) con su lectura ecológica de los valores ambientales de esa novela, que coincide con las reseñas de Mauro Yberra (2006) y E. Dobry (2007).

Los casos de Kingston y Vicente Moreno de la Tejera son tal vez los más desatendidos por la crítica —esto hasta el momento de esta investigación en curso—, que plantean una dificultad para armar el campo como la de acceder a una bibliografía especializada sobre estos dos autores claves de esa vasta tendencia de escritura, que desde la literatura organizó el

cronotopo geográfico de los lectores del siglo XIX y los receptores sucesivos. Valga para el caso de Moreno de la Tejera, el comentario de A. Sáez (1882), en la que resalta dos virtudes que emparentan la obra de este escritor español con la de su coetáneo Verne: el valor de una trama de aventuras que ensambla noticias científicas con una virtud de enlazar espacios periféricos con las grandes ciudades, como el Orinoco con Madrid.

Como se observa, el tratamiento de las obras señaladas se enfoca en su mayor parte al imaginario geográfico de un autor, a la reconstrucción de la mirada geográfica, o a los aspectos meramente estéticos de corte naturalista o científicista. En la interpretación que pretendemos mostrar, la construcción de la diferencia surge de un cambio en los vectores: no tratamos de centrarnos en el problema del autor, sino en el cronotopo que organiza la mirada y en las operaciones geográficas que asisten un ejercicio de las facultades imaginativas que, desde la deducción, crean formas de caracterización de las geografías del trópico.

Aquí, el viaje de ida y vuelta en la construcción narrativa es clave para comprender la articulación de la imaginación geográfica del Orinoco. Importa mostrar la operación geográfica de describir y construir lugares, tanto como explicar la función de algunas de las inserciones enciclopédicas de carácter didáctico geográfico. El texto literario transporta una visión, y ésta produce una marca, una carga simbólica o metafórica que se espacializa en el Orinoco.

En todo caso, la imaginación geográfica se muestra como encrucijada de géneros: el diario de viaje producto de una práctica concreta en los espacios, y el viaje imaginario de la novela de aventuras que se alimenta de los informes o los anticipa, edifican un tercer espacio en el que ciencia y espacio paratáctico se encuentran con la imaginación y el espacio liminar. Las obras literarias son Imaginativas y tejen ficciones, pero también funcionan como constructoras de una realidad geográfica filtrada por las miradas sobre los lugares que, a su vez, conecta la alteridad. Es vector de ilusiones y de prejuicios, pero también es un dispositivo de organización de lo distante y de la circulación de las otras geografías en públicos que no podían movilizarse. Su función es, pues, la de un vasto delta de conexiones entre espacios.

En las obras de estos autores el entrelazado de noticias sobre el trópico no nace de la mera invención literaria, forman parte de las investigaciones personales de esos escritores, filtradas luego por la narración novelesca que construye la atmósfera de exotismo. Se sabe que Verne era un asiduo lector de *Le Tour du monde, journal des voyages et des voyageurs*,¹¹⁷ donde Chaffanjon editó la relación de sus dos viajes al Orinoco. También, según se desprende

¹¹⁷ Las publicaciones de esta revista ocupan el largo periodo que va de 1857 a 1914 y el mapa que da cuenta de los lugares difundidos a través de una red de obras geográficas es impresionante (Chapelle, 2013)

de las referencias mencionadas en *El Soberbio Orinoco*, leyó a Agustín Codazzi, a Humboldt y Reclus. Salgari, por su parte, comparte esa cultura Enciclopédica pues también porque era asiduo lector del *Bollettino della Società Geografica Italiana*. En *La Citta dell'Oro*, algunas de sus fuentes también son explicitadas: las referencias a las misiones jesuitas en el Orinoco las había consultado en la *Historia Natural* de Gilij (en su texto, Gilli) (Salgari, 1961 [1898]): 58-59, 96, 107).

El caso de Hudson es distinto, si bien no estuvo en el Orinoco, si era un naturalista que vivió varias experiencias geográficas, como la de la Patagonia. No obstante, por su oficio, debió informarse sobre la geografía americana lo que permitió, en cierto modo, ambientar su novela: *Las mansiones verdes* en la Guayana y el Orinoco. W. H Kingston y Vicente Moreno de la Tejera también son expresión de la emergencia y la consolidación de una élite letrada que embona arte y ciencia en sus reflexiones y en su novelística.

Más allá de los datos fácticos, la geografía que transportan y producen las obras literarias se inscriben sobre tres niveles de preguntas: la interrogante por lo exótico, su significado y sus operaciones de construcción; el inquirir por la función de recepción y difusión de noticias geográficas; y elucidar la función ambigua que cumplen como correlatos de la penetración colonial e imperial o como espacios de denuncia. El relato del “vecino incomodo de la geografía” desestabiliza, “La función de texto literario es llamar a una reflexión crítica, para subvertir los conceptos geográficos de ubicación, espacio, territorio, ofreciendo otra mirada sobre otros planos” (Matthey, 2008:402).

La novela brinda modelos de aprehensión del medio y formas de experiencia subjetivas e intersubjetivas, relacionadas con las condiciones de aprehensión y los “registros psicosociales y psicocognitivos” que responden a la lógica de la subjetividad y a la lógica de las acciones del sujeto en el espacio o en la narración espacializada (Ibidem: 408). Estos niveles dan cuenta de la realidad compleja de diversos modos de vivir y narrar el espacio, se muestran esos modos múltiples en contradicción o coexistencia con la acción y el espacio.

En este tipo de obras literarias, inscritas dentro el género de novelas de aventuras o novelas para niños y adolescentes, se esconde un hipotexto que habla de las formas como el poder del decir y del hacer imaginó la geografía universal, estimulando la imaginación geográfica hacia los confines en un momento de aceleración de la modernidad.

La aventura que se despliega en cada obra es crucial, forma parte de la dinámica que moviliza el espacio del *aquí* y del *allá*. Si nos detenemos en el significado de “aventura”, con el cual se califica a esta literatura, se observa el impulso de riesgo que recorre a la geografía

heroica y la geografía en el campo que define Dardel (1952). Es decir, el viaje de exploración es también un viaje a lo inesperado, a la *terra ignota*, el espacio de la aventura por excelencia.

Para Simmel, la aventura es una forma de experimentar la existencia, es un “estar-al-margen y una sensación de extrañeza”, “un enclave del contexto de la vida, algo arrancado de éste”, una “apropiación del mundo”, que rompe el estado lineal de las cosas y de la vida. En medio de su accidentalidad exterior y el azar, incorpora un sentido significativo al mundo interior e impulsa acciones en el mundo externo (Simmel, 2002: 20, 24, 26,32).

La aventura, “aparece como un cruce entre el momento de seguridad y el momento de inseguridad de la vida [...] Trata lo insoluble como si fuese susceptible de solución.” (Ibidem: 27) La aventura es pues una actitud de empuje hacia lo incognoscible, en nuestro caso, remite al riesgo que supone ir hacia los espacios profundos del Orinoco, y de fuerza conquistadora de ese espacio de la geografía profunda tanto en la ocupación territorial como en la producción de nuevos conocimientos.

La novelística de aventuras que produce la modernidad impregnada del espíritu viajero se inscribe en esa forma de experimentar el vértigo que supuso en un momento de la evolución del pensamiento moderno de la geografía, la práctica del viaje y el desplazamiento del observador a los espacios interiores o periféricos. La práctica de escritura también la antecedía la tarea de estar al día con las noticias geográficas, de armar fichas de carácter enciclopédico, con informaciones de esas geografías en las que transcurrirían las aventuras que ellos relataban.

7.3 1898, El soberbio Orinoco de Julio Verne y La ciudad del oro de Emilio Salgari, ficción y espacio del deseo

Describir el paisaje e introducir informaciones geográficas cumplían la función de estimular los sentidos hacia lo otro, y de informar al lector con datos que vitalizan la verosimilitud, en la cual se despliega el cronotopo. Anticipan, como queremos mostrar, un esfuerzo de creación que se asienta en el poder de la imaginación y su poder generalizador que termina por organizar imágenes espaciales.

En tal orden de ideas, pero sin perder la idea de que el Orinoco fue el lugar de un conjunto de prácticas literarias que construyeron una imaginación geográfica del espacio del deseo, solamente referiremos los siguientes aspectos de dos obras paradigmáticas de esta comunidad interpretativa de escritores, la de Jules Verne: *El soberbio Orinoco*, y la de Emilio Salgari: *La Ciudad del Oro*. A) Las Tramas. B) La atracción de las fuentes, el río y el

espacio público. C) Las utopías de la selva. D) Polifonías del paisaje. E) El *topoi* de la naturaleza. La emergencia de actitudes conservacionistas y la denuncia del progreso.

7.3.1 Las tramas.

En *El soberbio Orinoco (Le Superbe Orenoque)*, escrita en 1898, Verne sigue dos estrategias al publicarla: la primera, lo da a conocer por entregas, en forma periódica, en el *Magasin d'Éducation et de Récréation*; después, en la ya consolidada colección dirigida por Hetzel: *Viajes extraordinarios por los mundos conocidos y desconocidos*.

La novela arranca con una discusión geográfica sobre la naturaleza hidrográfica de la Guayana. Tres geógrafos criollos, que se reunían todos los días en la biblioteca de la Universidad de Ciudad Bolívar (el principal centro nodal del Orinoco), los señores Miguel, Varinas y don Felipe discuten incansablemente sobre cuál de los tres ríos de la trifluencia entre el Orinoco, el Guaviare y el Atabapo podía considerarse “el verdadero Orinoco”. Y desde la definición resultante de este debate, rastrear sus fuentes (Verne, 1979 [1898]: 17).

Esta historia, que recoge el desacuerdo de los sujetos de la ciencia, coadyuvará a articular el viaje y otras historias ligadas a la trama novelesca de la aventura de corte romántico. Una búsqueda protagonizada por una mujer travestida en hombre tras la pista de un oficial francés, su padre, convertido en misionero, que renunció al mundo occidental al adentrarse en Alto Orinoco y fundar la Misión de Santa Juana más allá de las fuentes de ese río. A ello se suma la venganza de un ex soldado evadido de la prisión de Cayenne, juzgado por el Oficial Francés en la guerra Franco-prusiana por traición. La historia se entrelaza también con unos naturalistas y curiosos de la geografía que se han adentrado en el Orinoco medio.

Tres científicos criollos preocupados por la hidrografía encarnan los roles de la ciencia. Esos naturalistas: German Paterne, herborista y aficionado a la fotografía; y Jacques Helloch, cazador y apasionado de la geografía. El otro personaje, el del Sargento Marcial, representa la indiferencia, la ignorancia y el excepticismo de la gente no preparada, quién no reconoce la importancia de preocuparse por las fuentes del río, y de otros problemas geográficos; sirviendo de contrapunto didáctico entre saber y opinión.

A medida que se desarrolla el viaje, los científicos criollos debaten sobre la importancia de los ríos tributarios poniendo en cuestión el río principal. Así Don Miguel, que ejemplifica el rol del sabio que es consciente que el debate se disipa a través del método

analítico de las incógnitas geográficas, propone interrogantes sobre si no serán otros ríos las fuentes del Orinoco; así pasa con el Apure, el Meta y el Ventuari, que van descartando por las características de la anchura de la boca y por el color de las aguas, de modo que un cauce turbio no puede ser de las de las fuentes que, según la teoría hidrográfica, deben ser cristalinas o de aguas blancas.¹¹⁸ Luego la narración se desplaza a la búsqueda del coronel en la Misión de Santa Juana: un lugar de paz y de transformación “positiva” del medio y de la geografía humana que se encuentra en un punto del Parima, culminando con el encuentro sorpresivo del oficial francés (cuyo seudónimo es Padre Esperante) con su hija.

Al final, la novela cierra el tema de las fuentes como una discusión no zanjada entre los tres sabios, que representa el debate geográfico al interior del Continente:

Durante este cambio de réplicas en favor de los dos tributarios, don Miguel no cesaba de sonreír, dejando tranquilamente correr el Orinoco por los 2.500 Kilómetros entre sierra Parima y el estuario de 50 brazos, que se ramifican a través del litoral del Atlántico” (*Ibidem*, 225).

Salgari también escribió su obra en 1898. Apareció con el título de *La città dell’Oro* (*La ciudad de oro*). Editada en Italia, La aventura narrada por Salgari se ambienta en 1846, en la región de la Guayana. Dos españoles, un exoficial, propietario de una plantación, y su sobrino, proveniente de Florida, se encuentran en uno de los afluentes del Orinoco, en una jornada de cacería. La escena transcurre en un lugar de la selva profunda, y se abre hacia el espacio del río Orinoco, que se intuye no muy lejano por el “murmullo de la corriente”. Al estar frente a un “yaguar” [jaguar] son providencialmente salvados por un indio de la etnia Casipagote. Entre ellos se entabla una conversación y el indio les refiere la existencia de mucho oro en el Alto Orinoco, ofreciéndose a guiarlos a la antigua Manoa o El Dorado. A partir de aquí, la expectación sobre la *terra ignota* es puesta a andar como un espacio del deseo, que articula el viaje fluvial hacia ese lugar maravilloso cubierto de oro.

Los viajeros emprenden una travesía fluvial plena de aventuras, remontan el Orinoco maravillándose por el paisaje contrastante, y luego se desvían por uno de sus afluentes de la margen derecha, el Ventuari, ascendiendo por selvas y pantanos hacia las fuentes del Orinoco, hasta llegar al Parima en donde establecen contacto con los indios de El Dorado.

Allí, Yopi, el indio Casipagote descubre su verdadera intención, el poder, pues el Cacique reinante de la etnia de los orejones descendientes de los Incas, gobierna La ciudad de Oro, y él quiere destronarlo con la ayuda de los blancos, quienes se niegan a hacerlo pues no

¹¹⁸ Sobre esta discusión referida a la limnología de los ríos es conveniente consultar la obra de Harold Sioli (ed. 1984).

reconocen una causa justa en las motivaciones del aspirante al cacicazgo. Se producen entonces combates que culminan con la condena a muerte de Yopi, —el indio que ha conducido a los viajeros hasta la ciudad—, por traicionar a su pueblo y develar el secreto de la ciudad. Este acto es una advertencia a quien viole el lugar en donde se encuentra la misteriosa ciudad.

Finalmente, a los viajeros solo se les permite ver de lejos la ciudad, bajo la promesa de que no volverían jamás. Ellos, maravillados, ven, “...en medio de un valle rodeado de inmensas rocas cortadas a pico, una gran ciudad, cuyos tejados de oro y cuyas columnas doradas relucían bajo los rayos del sol” (1961 [1898]:158). Luego se retiran con regalos en oro otorgados por los orejones, en una travesía que duró más de dos meses por el Alto Orinoco.

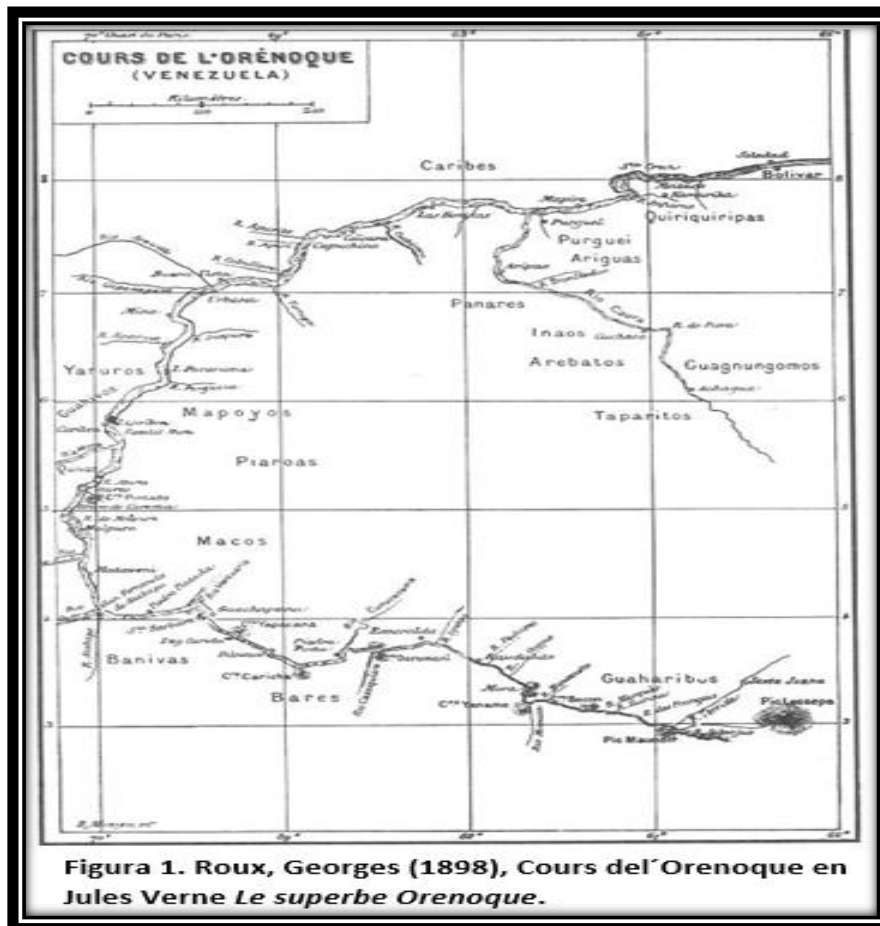
7.3.2 La atracción de las fuentes, el río y el espacio público

Como se planteó, las obras de escritura geográfica sobre el Orinoco y su cuenca hidrográfica, que envuelve a Los Llanos y a la Guayana, conforman el cronotopo del río. Ese espacio del deseo, es objeto de la ciencia, pero también de las novelas que popularizan el lugar del *allá*, definido desde un centro. El espacio se presenta entonces como la *terra ignota* ante los públicos lectores de esas obras.

No obstante, a pesar de que no se conoce el confín del río Orinoco, la geografía de la *terra ignota* sin embargo está y es anticipada en el mapa, señala espacios no cartografiados con exactitud, vacíos en los que se presume debe estar localizada. El conocimiento se dirige hacia esos espacios necesita recorrerlos, medirlos, describirlos. Se busca localizar el punto geográfico del origen. Hay pues una angustia por las fuentes que pasa de la ciencia a la literatura.

Las novelas de Verne y Salgari transportan estas preocupaciones por el río y las fuentes. Pero su narrativa no se juega en el espacio de la mera ficción, sino que se pone a tono con la polémica que envuelve el problema del origen de las fuentes del Orinoco: un tema no solo de los ambientes eruditos como una mera curiosidad, sino que se inscribía en los grandes debates geográficos sobre el origen de otros ríos como el Nilo; objeto de la polémica entre Burton y Speke en el seno de la Royal Society, tal vez el más popular de los debates de época; o el Congo, el Brahmaputra, el Níger y el Amazonas, que fascinaban a los públicos emergentes en el siglo XIX y principios del XX.

Una parte de la estrategia narrativa de Verne, en la creación del espacio del deseo, se apoya en el mapa. La función es clara, además de resaltar el debate ante un hecho empírico que debe ser constatado, muestra las prácticas de discusión entre los científicos, y le da al mapa un lugar central. De hecho, la obra original venía acompañada de un mapa que había dibujado Georges Roux tomando como referencia la cartografía de Chaffanjon (figura No. 1).



El mapa de Chaffanjon, seguido en la travesía de la novela, se presenta como corrección del mapa de Codazzi, pues, “En la época en que Chaffanjon realizaba su extraordinario viaje no existía más mapa que el de Codazzi, en general poco exacto y rectificado por el viajero francés” (Verne, 1979 [1898]: 134). En consecuencia, el mapa corregido por Chaffanjon iba a servir durante esta segunda parte del viaje, es decir, en el Alto Orinoco cartografiado con cierta precisión por la expedición de este geógrafo francés y de Morisot. Sin embargo, la certeza del mapa —que incluye a la mítica misión de Santa Juana al norte de las fuentes—, no impide la discusión sobre los asuntos prácticos que desafían la pregunta por las fuentes.

Verne muestra entonces el problema de los desacuerdos en materia hidrográfica con respecto a los espacios interiores o en zonas que empezaban apenas a ser exploradas de modo

sistemático. Los científicos criollos debaten con intensidad sobre el origen del río. La cita, que a continuación colocamos, aunque extensa, conviene mostrarla, ilustra muy bien el debate científico y las pasiones que se mueven en los desacuerdos geográficos surgidos de distintas perspectivas:

¿Este famoso río de Sudamérica, principal arteria de Venezuela, iba en su curso superior de este a Oeste, como los mapas más recientes indicaban, o venía del suroeste? En caso, el Guaviare o el Atabapo no debían ser considerados afluentes.

—Es el Atabapo —afirmaba enérgicamente don Felipe.

—Es el Guaviare —replicaba con no menos energía el señor Varinas.

La opinión de don Miguel era la adoptada por los modernos geógrafos.

Según estos. Las fuentes del Orinoco están en la parte de Venezuela que limita con Brasil y con Guayana inglesa, por lo que este río es venezolano en todo su recorrido.

En vano don Miguel intentaba convencer a sus dos amigos, que además no estaban de acuerdo en otro punto importante.

—No —repetía uno. —El Orinoco nace en los Andes colombianos, y el Guaviare, que usted considera un afluente, es el Orinoco. Colombiano en su curso superior; venezolano en su curso inferior.

—¡Error! —aseguraba el otro—. El Atabapo es el Orinoco y no el Guaviare.

—¡Eh, amigo! —don Miguel— prefiero creer que ese río, uno de los más preciosos de América, no riega más país que el nuestro.

—No se trata de una cuestión de amor propio-replico el señor Varinas-, sino de una verdad geográfica. El Guaviare...

—No, el Atabapo —exclamo don Felipe.

Y los dos contendientes, puesto de pie. Se miraba cara a cara. (Verne 15).

Don Miguel miraba aquel mapa, que, sin duda, le daba la razón contra sus colegas don Felipe y el señor Varinas. Solo sobre la provincia de Bolívar, un gran río, minuciosamente dibujado, trazaba elegante semicírculo, y tanto en su primera curva, donde un afluente, el Apure, vierte sus aguas, como en los Andes, era bautizado con el nombre de Orinoco en su recorrido.

¿Por qué, pues el señor Varinas y don Felipe se obstinaban en buscar las fuentes de la principal arteria venezolana en las montañas de Colombia, y no en los macizos de sierra Parima, cerca del monte Roraima, gigantesco miliar de 2300 metros de altura, donde se apoyan las esquinas de los tres Estados de Sudamérica: Venezuela, Brasil y la Guayana inglesa? (Verne, 1979 [1898]: 16)

El debate no impide al narrador que introduzca un párrafo que orienta históricamente el problema de las fuentes desde el siglo XVIII, informando de los miembros de la expedición de límites de 1750, pasando por Shomburgk hasta llegar a Chaffanjon. Pero la duda del origen persiste a pesar de “pruebas tan decisivas”. La escena es didáctica pues muestra los desacuerdos y los malentendidos geográficos de la ciencia del momento, respecto a los cursos fluviales de los espacios interiores. No obstante, y a partir de la incertidumbre, un recurso por cierto típico de la obra verniana, el móvil científico está activado: hay que explorar el río hasta sus fuentes:

[Esos científicos] Harían informaciones geográficas, completarían el reconocimiento hidrográfico del Orinoco, estudiando la disposición de sus afluentes, no menos numerosos que sus islas; establecerían la situación de sus rápidos rectificarían, en fin los errores de que aún estaba lleno el mapa de estos territorios. El tiempo transcurre velozmente para los sabios...que quieren saber más. (Ibídem: 49)

En este punto, el río articula la travesía desde Ciudad Bolívar y recrea el viaje de Chaffanjon. La descripción les permite intercalar noticias de carácter enciclopédico, que apelan a las curiosidades de los fenómenos naturales de la región, y a la impresión del primer contacto, del asombro ante el trópico.

Verne y Salgari comparten la estrategia de ofrecer al lector un espacio imponente. Salgari al referirse al río, ha mostrado someramente al principio de la obra que este es, “gigantesco”; y se reparte en su trayecto entre Colombia y Venezuela, este espacio está surcado por numerosos afluentes poco conocidos, y el Orinoco es rival del Amazonas por su longitud (Salgari, (1961 [1898]:5- 6). El escritor decide dedicar un apartado del Capítulo IV, que funciona como digresión enciclopédica, como una ficha en el conjunto de la obra. Para ello, ofrece una descripción sintética de la geografía del Orinoco dando cuenta del espacio paratáctico a través de sus medidas de longitud, caudal y anchura, habitantes y etnias. Mostrando datos y siguiendo los procedimientos retóricos de la didáctica, la escritura refiere a las fuentes, en medio de la confusión de datos precisos y errores de localización de áreas como la Guayana que Salgari extiende hasta el Golfo de México:

Aún se ignora donde tiene sus fuentes, porque es uno de los ríos menos visitados y estudiados, aunque ya no cabe duda de que recorre las regiones más ricas de oro en ambas Américas y quizá del mundo entero. Hay quien cree que nace en Los Andes centrales, en las remotas montañas de Ecuador, no muy lejos de Quito; pero los más suponen que sale del lago Jarimé [sic. (Es el Parime o Parima)], situado en la vasta región que se extiende desde el río Amazonas hasta el Golfo de Méjico y que se llama Guayana (Ibidem: 24)

Salgari sin embargo populariza la idea de la conexión amazónica en el Alto Orinoco a través del “Cassiquiari”, río negro y río blanco (*Ibidem*: 25), Y, a diferencia de Verne, que deja en vilo el problema del río principal y la fuente, para Salgari no hay duda que los ríos Guaviare y el Atabapo son afluentes del Orinoco (*ibídem*:127).

Verne por su parte lleva el viaje al punto geográfico de una curiosidad natural, la trifluencia entre el Guaviare, el Atabapo y el Orinoco. De este modo el encuentro de esos tres ríos da pie al debate que debería zanjarse sobre la base de la observación empírica, que se disputan los tres científicos criollos en el decurso del viaje fluvial:

EL Atabapo y el Guaviare, en el sitio en que se arrojan en el Orinoco admite esta hipótesis hasta más amplia información, están separados por una especie de península. Los lechos de estos dos afluentes limitan esta península; el primero al este, el segundo al oeste, y su punta se dirige al norte.

Allí se dibuja esa encrucijada en la que Eliseo Reclus pone con Razón el verdadero centro hidrográfico de toda la región comprendida entre las Antillas y el Amazonas.

San Fernando de Atabapo ocupa la ribera occidental de dicha península, bordeada por la ribera derecha del Atabapo. ¿Este tributario cae directamente en el Orinoco? ¿No es más que un brazo del Guaviare? Cuestión indecisa, que las nuevas discusiones de don Miguel, del señor Varinas y de don Felipe acabarían por poner en claro. (Verne, 1979 [1898]: 177)

No obstante, la descripción verniana se abre también al paisaje del porvenir dominado por el espacio paratáctico de tipo euclidiano, la referencia a Reclus no es casual, y enlaza con una percepción que gobernará la historia geográfica del Orinoco: su cualidad como arteria comunicacional al interior del Continente que tenía en los puertos, como el de San Fernando de Atabapo, su promesa de futuro, dada su posición relativa entorno a la vinculación del eje amazónico con el eje orinoquense, y de allí como arteria comunicativa con el Atlántico.

El viaje verniano por el Orinoco prosigue su curso hacia el oriente, buscando la misión de Santa Juana (un lugar de ficción literaria que cumple una función clave dentro del espacio de una geografía imaginada, que interpela con sus matices a la razón occidental). Las fuentes por encima de la población de la Esmeralda se muestran orientadas hacia el Parima, hacia el pico que Chaffanjon bautizó como pico Ferdinand de Lesseps. Verne inclusive incorpora como hipotexto el texto del explorador francés:

Por lo demás, siete u ocho jornadas más y las piraguas se detendrían, por no encontrar bastante agua en el lecho del río. El Orinoco quedaría reducido al delgado hilo líquido que sale de parima, y cuyos trecientos afluentes forman la gran arteria de América Meridional. (Verne, 1979 [1898]: 171)

Dentro de esta misma estrategia narrativa, Verne describe un entorno montañoso que pondríamos en correspondencia con el plano imaginario que Morisot hizo a partir de la descripción que Chaffanjon efectuó al remontar el raudal Guayca. La descripción que hace termina por amplificar el lenguaje del mapa dibujado por Roux a partir del mapa de Chaffanjon y, probablemente, el plano de Morisot:

El pico Maunoir domina la sabana de la ribera izquierda desde una altura de 1.500 metros. La cadena que se apoya en su enorme masa, y de la que parece ser inquebrantable contrafuerte, prolonga sus ramificaciones al sudeste hasta perderse de vista.

A 80 Kilómetros de allí está el pico Fernando de Lesseps, con cuyo nombre esta designado en el mapa el Chaffanjon.

Allí comienza la comarca montañosa, en la que el sistema orográfico de Venezuela dibuja sus más altos relieves¹¹⁹. Allí se redondean anchos y enormes arcos de bóveda, allí se desenvuelve la sierra Parima que engendra al Orinoco, y allí se yergue la montaña roja, rodeada de nubes, esa madre fecunda de los arroyos, según dicen los indios, esa Roraima¹²⁰, Gigantesca piedra militar colocada en la intersección de las fronteras de los tres Estados. (Ibidem: 173).

No obstante, y a pesar de quedar claro hacia donde inclina la balanza la narración verniana, el autor no se compromete, ello a pesar de que Chaffanjon ha sido honrado por la Sociedad geográfica francesa, y se ha convertido en un modelo de la ciencia nacional ligada al régimen de exploraciones de los ríos como sucedía en Inglaterra con Mungo Park, Burton, Speke y Livingstone.

Al final de la obra, los debates prosiguen y los tres científicos no se ponen de acuerdo, aun cuando uno de ellos, Miguel, dirige su mirada al mapa, viendo en el arco fluvial que describe en su curso el Orinoco su claro origen guayanés. ¿Intuía Verne que el descubrimiento de Chaffanjon, que motiva a la narración como hipotexto celebrado por la Sociedad Geográfica de París, aún no quedaba bien claro? Recordemos que, en menos de dos años, exploradores como Stradelli, André o Koch Grunberg, dudaron que Chaffanjon llegase realmente a las fuentes. Sin embargo, la paradoja que se expresa entre la duda y la certeza abre, en vez de cerrar el texto, al espacio del deseo. El dispositivo de la *terra ignota* permanecerá y moverá las exploraciones geográficas de la primera mitad del siglo XX, abriendo un espacio al ejercicio de la imaginación geográfica.

Por otro lado, la geografía accidentada de algunos tramos del río Orinoco es descrita con precisión. De este modo, los raudales de Atures y Maipures siguen configurando en la percepción del espacio fluvial un obstáculo geográfico imponente y peligroso (Salgari, (1961 [1898]): 58, 107). Así cuando habla de ellas, el novelista italiano, las valora tal y como Humboldt lo había hecho en su *Viaje*, las percibe estéticamente como una de las más bellas del mundo amplificando el carácter sensorial del escenario natural:

No forma un verdadero salto, sino un descenso rápido y relativamente poco alto, interrumpido por un verdadero archipiélago de islotes y peñas, entre las cuales se precipita el agua con mugidos formidables que se oyen a varias millas de distancia.

A través de los árboles que cubrían aquellas islas y aquellas peñas, que se alzaban en forma de torres negruzcas medio derruidas, se veían las olas blancas de espuma estrechándose a través de los pasajes y lanzando al aire una gran columna de niebla

¹¹⁹ Aquí nuevamente se introduce un error geográfico pues los relieves más elevados /entre 4000 y 5007 msnm. pertenecen a la cordillera de Los Andes en el tramo oriental que se proyecta a Venezuela por el occidente del país en sus límites con Colombia.

¹²⁰ Aquí la narración de Verne puede confundir, pues el Roraima si bien se puede inscribir en el sistema orográfico guayanés está muy alejado del Parima, el sitio en donde nace el Orinoco.

en forma de sombrilla, que se teñía de espléndidos colores del arcoiris. (Ibidem: 102)

Ante ese espectáculo magnífico, Alfonso uno de los expedicionarios rumbo a El Dorado, dirá: “—¡Qué revolución de agua!” (Ibidem:102), una metáfora que connota la fuerza del potencial del río que permite observar en el detalle, la magnificencia del lugar y su desafío a las medidas convencionales.

Por su parte, Verne amplía aún más la descripción de estos saltos de agua, que interrumpen el libre curso del río, y profundiza en su caracterización física dentro de un espacio paratáctico, constituido a partir de la observación topográfica y el cálculo de la travesía:

Este [el raudal de Atures] es una especie de corredor labrado entre las escarpadas montañas de la ribera y de 10 Kilómetros de largo. Las aguas, irritadas por la estrechez del desfiladero donde las arrastra la pendiente, se convierten en torrente. La naturaleza, además, no las ha dado libre paso. El lecho del río, “en escalera “, como dice Humboldt, está sembrando de cornisas que transforman la corriente en catarata. Por todas partes emergen escollos llenos de verde, rocas que toman la forma esférica y parecen sostenerse sobre su base solo por una derogación de las leyes del equilibrio. El desnivel del río entre la parte alta y baja es de nueve metros. Y a través de aquellos bloques, sembrados aquí y allá por la superficie de estos altos fondos, dispuestos a cambiar de lugar, hay que halar los barcos. Verdadero arrastre; y por poco que las circunstancias climatológicas no se presten a ello, esta maniobra exige mucho tiempo y gran trabajo. (Verne, 1979 [1898]: 90)

Pero la descripción se vuelve imponente cuando la naturaleza es descrita en su potencia salvaje e indómita en el raudal de Atures, mostrando la liminaridad del espacio ante la curiosidad y el asombro del espectador:

Figúrense los ensordecedores rumores de las cataratas, los vapores pulverizados que las coronan, el arrastre de los troncos arrancados por la violencia del torrente y, chocando contra las rocas que emergen, las porciones de orilla que se destacan por instantes y amenazan el estrecho sendero trazado en su superficie... Se pregunta uno con asombro como las piraguas le pueden franquear sin dejar allí los bordajes de sus flancos o sus fondos. (Ibidem: 92)

Esa descripción continúa con algunas diferencias cuando refiere a los raudales del Alto Orinoco, Guaharibos y Guaycas:

Allí el lecho del río es sinuoso, ancho, pero lleno de islotes y de isla. Además, está cortado por una barrera, de donde las aguas caen en sonoras cascadas. El lugar es de un salvajismo soberbio, y tal vez uno de los más hermosos que se encuentran en el Orinoco.

Los viajeros tuvieron tiempo de admirarlo, pues necesitaron algunas horas para remontar el rápido de Guahibos. (Ibidem: 97-98).

Estos raudales, arriba de la Esmeralda, son mostrados en el mapa; y Verne aprovecha la ocasión que brinda la narración del viaje en el Alto Orinoco para mostrar al lector la inmensidad del paisaje, en términos de una *comparatio* entre el paisaje modificado de los canales europeos y la naturaleza “indómita” del río Orinoco:

Figúrese el lector una sucesión de estanques escalonados sucediéndose en el espacio de 10 a 12 kilómetros que recordaba la serie de esclusas del canal de Gota en Suecia, con la diferencia de que este canal de Estocolmo Goteborg está provisto de cedazos y puertas que los abren y los cierran, lo que facilita la marcha de los barcos. En la parte del Orinoco a que nos referimos, falta esto último y hay que halar los barcos por la superficie de aquellas mesetas de piedra que no dejan una pulgada de agua bajo los fondos de las falcas. Todos los barqueros tuvieron que ponerse al trabajo y emplear la espilla, sujeta a los árboles o a las rocas. Seguramente si la estación hubiese sido seca, hubiera detenido definitivamente las piraguas. (Ibidem: 172)

Los raudales característicos del Orinoco cobran mayor intensidad como imagen geográfica en la literatura, el sentido dramático de la descripción ya no recae en la conexión espiritual que proponía Humboldt, sino en la expresión de una tensión y una lucha del hombre y la naturaleza, en los marcos del progreso y de la técnica. La corporalidad expresa entonces cierto empecinamiento que es propiciado en el viaje de aventura y su ambivalencia emocionante del riesgo y de la seguridad, de la incertidumbre y la certeza. La progresión del viaje se enfrenta a los obstáculos naturales vencidos en muchos casos, en otros queda a merced de esas fuerzas expresadas por el ímpetu de las aguas y la resistencia de una topografía que quiebra el desplazamiento del río. En todo caso, el punto focal de la geografía profunda queda envuelto en un cronotopo de misterio, en esto tanto Verne como Salgari se encuentran la imagen que Humboldt había legado sobre el espacio desconocido luego del raudal de Guaharibos (Vid el tema científico de las fuentes en el Cap. IV).

7.3.3 Las utopías de la selva

La utopía geográfica tiene sus anclajes en los espacios periféricos, en las zonas selváticas, los valles profundos y las zonas montañosas, los lugares apartados de la influencia de la ciudad, y de un cierto modelo civilizatorio que se le opone. Si hay una utopía, su existencia tiene, paradójicamente, un lugar, y éste se sitúa en un *allá*, en la *terra ignota*. El Alto Orinoco se convierte en la zona donde es posible construir esas utopías.

Pero ¿cómo leer la producción de estos dos espacios ficcionales, el de la Misión de Santa Juana y el de Manoa o El Dorado? ¿Admiten una lectura geográfica?

La emergencia del progreso como una fuerza transformadora y arrolladora de las viejas estructuras rurales y tradicionales, es clave. Verne y Salgari introducen otra

espacialidad ligada a la heterotopía, que se opone a ese avance indetenible; aun cuando en el caso de Verne la técnica, ocupe un lugar ambiguo entre el progreso y la locura.

La continuidad del mundo es interrumpida por esos lugares de esperanza. Funcionan como una discontinuidad y denuncia o contraste con el otro espacio sumergido en la aceleración moderna y en la pobreza, cuyos ejemplos literarios de los bajos fondos los hallamos en Dickens, Víctor Hugo, Alphonse Daudet y en el venezolano Fermín Toro.

Verne y Salgari ubicaron sus ciudades imaginarias, la misión de Santa Juana y El Dorado/Manoa, más allá de las fuentes del Orinoco. El primero se apoya en las utopías socialistas y las de las misiones jesuitas del Paraguay. El segundo se apoya sobre la utopía del lugar maravilloso cuya arqueología mitográfica subyace en las crónicas e historias de Indias. De ese modo, dos construcciones difieren en sus contenidos y, sin embargo, se encuentran en la significación de proyectar en el *allá*, el deseo de una sociedad diferente.

En Verne, la construcción utópica se ejemplifica de forma representativa en la misión de Santa Juana. Su descripción corresponde a un *locus amoenus*, un lugar idílico que parece seguir los patrones de muchas descripciones de lugares utópicos, en los que la naturaleza, aunque intervenida, no es destruida por el hombre. Este espacio no condena el trabajo, sino que lo reivindica dentro de un modelo fisiócrata, no industrial:

Estaba la misión a unos 50 kilómetros al noroeste de las fuentes del río y de la desembocadura del tórrida. El sitio era hermoso: el suelo de asombrosa fertilidad y lleno de árboles útiles entre otros esas marismas cuya corteza forma una especie de fieltro natural, bananos, plátanos, cafetales, que se cubren con la sombra de los grandes árboles de flores rojas, caucho, cacao y además campos de caña de azúcar y zarzaparrilla, plantaciones de ese tabaco del que se saca el “cura nigra” para el consumo local, y el “cura seca” mezclado con salitre, para la exportación; toncas, cuyas habas son muy buscadas; sarrapias, cuyas vainas sirven como drogas. Un poco de trabajo, y aquellos campos iban a producir abundantes raíces de yuca, caña de azúcar y maíz, que da cuatro cosechas al año con cerca de 400 granos por cada uno sembrado.

El suelo de esta comarca poseía tan maravillosa fertilidad, que el buen método del cultivo debía aumentar, porque estaba aún virgen. Nada se había gastado de su poder vegetal. Numerosos arroyos corrían por la superficie, hasta en el estío iban a parar al río tórrida, que durante el invierno aportaba gran tributo de agua al lecho del Orinoco. (Verne, 203)

El espacio de la misión es entonces un espacio de felicidad en donde los habitantes viven a gusto y producen su sostenimiento respetando la naturaleza, sin embargo, la misión no es un espacio aislado, sus habitantes también se inscriben en el movimiento de la circulación económica de los productos:

“...cambiaban sus frutos, los productos de su suelo por los productos manufacturados [que] se proveían del curso inferior del Orinoco”, de modo, “...que su situación no cesaba de mejorar ni de aumentar su bienestar. [...]. [Lo que en la visión verniana se posibilitaba pues el factor de extensión era innegable], “El pueblo crecía, extendiéndose por el bosque que le rodeaba con su eterno verdor. Los cultivos aumentaban sin que hubiera temor de que faltase terreno, puesto que puede decirse que las sabanas del Orinoco no tienen límites” (Verne, 1979 [1898]: 204).

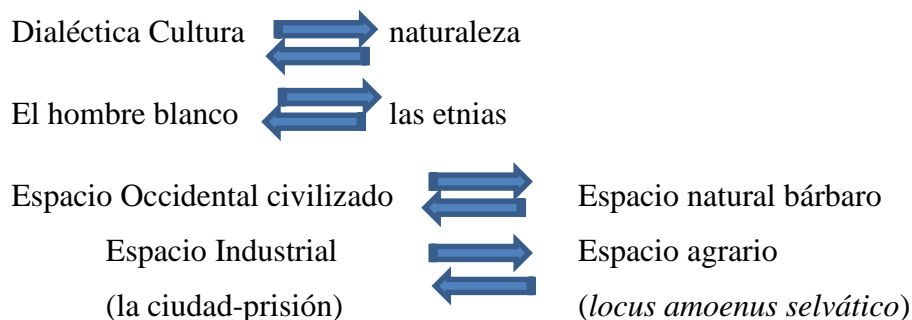
Ahora bien, es conveniente detenerse en la lógica que subyace a esta transformación de lo salvaje dentro de un espacio geográfico abierto a la acción humana. El esquema civilizatorio de Verne no prescinde el hombre blanco que representa la razón, pues, en su enfoque, los indios viven una vida nómada cuyo movimiento marca las condiciones naturales de existencia. La misión de Santa Juana es un espacio creado por los misioneros, por el Padre Esperante (otrora oficial francés), quién en trece años produjo el cambio. De este modo se entiende la ocupación y transformación sobre un espacio “desierto”.

En la superficie de estos territorios no había más que vastas llanuras, fértiles, pero no cultivadas impenetrables bosques, pantanos inundados en el invierno. Nada más que fieras, ofidios, monos, volátiles, sin olvidar los insectos, y particularmente los mosquitos, representaban la vida animal en aquellas comarcas aún desconocidas. Era realmente, el desierto, en el que no se aventuraban nunca ni los mercaderes ni los exploradores de la Republica venezolana (Ibidem: 202)

La descripción utópica de Verne en el decurso de *El Soberbio Orinoco*, ha enunciado otros lugares de contenido utópico. Por ejemplo, la descripción del paisaje productivo en medio de la naturaleza salvaje connota a un hato llanero perdido en el Orinoco Medio. Verne se apoya en la Narración de Chaffanjon, y del mismo Morisot, quizás también en Crevaux que, en sus Diarios de viaje, describirían la apacible armonía de esos hatos, que dominaban como islas la monotonía de las llanuras de la margen izquierda del Orinoco y fascinaban la mirada de los occidentales. Un personaje de los alrededores Mirabal (Marchal en la novela de Verne) es sujeto de estas creaciones armónicas. Tal personaje es conocido gracias al retrato que le hizo Chaffanjon en su relato de viaje, pero describiendo su espacio habitado con las connotaciones utópicas de la vida en el campo en la obra de Verne:

Marchal, un venezolano de avanzada edad, ha fijado desde hace quince años su residencia en la tигра, situada más arriba del pueblo la Urbana. Marchal es un verdadero sabio. Ha fundado un hato, cuyo corral encierra un centenar de animales, cuidados por algunos peones y sus familias. Alrededor se extienden campos de Yuca, de maíz, de caña de azúcar, limitados por bananos soberbios, que proveen con abundancia a la alimentación de aquel pequeño mundo feliz y tranquilo”. (Ibidem: 64)

En conjunto, es posible observar en la narrativa de Verne la construcción de una utopía en el Orinoco, una esperanza que se espacializa para formar un cuadro armónico del hombre y de la naturaleza. El *locus amoenus* vuelve y resemantiza el cronotopo del Orinoco. Lo convierte en un lugar posible frente a la civilización industrial. El esquema de Verne se muestra gráficamente en los siguientes pares de relaciones en los que se observa sobre todo la heterotopía de Santa Juana.



Sin embargo, la geografía del espacio de esperanza es del mismo modo un espacio del miedo y del temor. Este miedo funciona como un dispositivo que denuncia el avance de la civilización occidental, y la posibilidad cierta de un trastocamiento del modo de vida tradicional. Y, sin embargo, contiene de algún modo en su estructura varios valores positivos de la modernidad, entre ellos el progreso en su versión positiva, esto al menos en el caso de la Misión de Santa Juana, cuyo modelo de ordenamiento es occidental y no indígena. Cuestión que a la inversa si se percibe, por ejemplo, en las descripciones de Humboldt de los habitantes de la “ciudad libre” de los Warao del Delta (1972 [1808], T. I), o el extenso poema celebratorio del otro espacio indígena que hace el evolucionista Russell Wallace con respecto a las etnias del cuadrilátero del Guaviare, Yavita, Río Negro y Orinoco y su armónica integración al ambiente selvático (1994 [1853]).

En Salgari, la cuestión toma otro giro: Manoa, la ciudad Inca escondida en la Guayana profunda, se justifica ante la visión de espacios destruidos por la acción europea en la conquista. La genealogía de la tensión entre espacios humanos se vincula acá a la barbarie del conquistador. El territorio de El Dorado, de Manoa deberá permanecer cerrado. Esa permanencia del aura de secreto o lejanía marca el más allá.

Si establecemos una comparación entre los espacios utópicos de Verne y Salgari, la misión de Santa Juana debe permanecer alejada del mundo occidental pero no desconectada, he ahí la diferencia con el lugar descrito por Salgari —como se verá de inmediato—; en aquélla, San Juana, no hay secretismo alguno que defender salvo que el padre Esperante, que

juega rol prometeico o de Fausto, no decide volver al mundo occidental sino quedarse en la misión en la cual el apoyo mutuo, un principio anarquista, es evidente. El *locus amoenus* invierte la condición de felicidad, que ya no reside en la ciudad industrial sino en esos espacios agrarios, armónicos con la naturaleza.

Por su parte, a diferencia de Verne, Salgari refiere un lugar: Manoa, un poco más allá en las “regiones desiertas y absolutamente salvajes” del Ventuari en el Alto Orinoco, y situado luego de las fuentes, hacia el sistema montañoso del Parima-Roraima, un lugar que es desconocido para la civilización “blanca”, y habitado en su camino previo por etnias hostiles y antropófagas, tal y como se aprecia en los mapas italianos del siglo XVIII. Entre éstos, destaca un mapa titulado “America Secondo le ultime Osseruazioni dell Accademia Reale delle Scienze”, del célebre cartógrafo italiano Doménico dell'Acerra Fe que acompañaba la obra del jesuita Claude Buffier, *Geografia Generale esposta nei differenti metodi...* de 1747 en la que se señala la *Citta dell' Oro* entre el Amazonas y la Guayana venezolana¹²¹.

El trayecto hacia esa ciudad mítica es a través de muchos obstáculos geográficos naturales y con presencia de fieras, aditamentos comunes mediante los cuales se construye la relación espacial del relato de aventuras (Salgari, 1961 [1898]: 8-9; 105; 127). Ahora bien, ese lugar permanecerá oculto, inconexo con el otro espacio, el del allá europeo que es su negativo.

Como estrategia discursiva de la novela de aventuras, una de las líneas de narración, a diferencia de Verne, se articula en la búsqueda desarrollada en dos niveles: uno el de la expectación por ver la ciudad de oro, y otro el de la venganza, un motivo típico de las novelas de folletín. El indio, preso de la ambición de poder, que ha conducido a los blancos a El Dorado, ha traicionado el secreto de la localización y existencia de la ciudad maravillosa. Se emprende entonces el viaje fluvial a través del Orinoco medio y alto junto al Indio y el Dr. Velasco que, en la novela, es descrito como un naturalista preocupado de la geografía que encarna, en cierto modo, la construcción heroica y prometeica del sabio en el trópico que duda ante la leyenda y, sin embargo, señala que la posibilidad puede existir y por ello, hay que constatarla científicamente en el sitio, pues los documentos coloniales así lo reflejan; entre éstos, el de Raleigh, Keymis, Berrío y Juan de Martínez (Ibidem: 14-15-16). A lo que se agrega la riqueza mineral del territorio que tanto ha fascinado a la imaginación occidental. La conversación que entablan al inicio de la obra los blancos con el indio se cierra sobre la incertidumbre:

¹²¹ El mapa puede consultarse en versión online en: [<https://searchworks.stanford.edu/view/9864219>]

—¿Luego usted cree que Manoa ha existido?

—Y creo que sigue existiendo mientras no haya pruebas de lo contrario. La inmensa región que se extiende desde el Amazonas al Orinoco no está explorada por completo, por lo cual puede existir la ciudad de oro. (Ibidem: 17)

Esa duda, tal vez planteada ingenuamente, moviliza el viaje, existe un espacio no conocido que es lugar de atracción al cual se dirigen los viajeros.

De estos niveles de orientación narrativa de la búsqueda, nos interesa esclarecer la función del primero, el de la búsqueda del mítico El Dorado o de Manoa. Nos interesa mostrar su rol en la construcción de imágenes geográficas diseminadas en los emergentes círculos de lectores de la cultura moderna del siglo XIX.

Sin embargo, debe quedar claro que los dos niveles son articulados por el cronotopo de la *terra ignota* y el de la tensión entre dos mundos que se están conectando. Ambas constituyen unas poderosas metáforas de espacialización del relato y la imaginación, que construía una representación de las periferias movilizand o mitos geográficos como El Parima y El Dorado, que se imponían como *metalepsis*, es decir como interrupción del razonamiento lógico y común, para dar paso a un raciocinio inverso al negar a través de la introducción de la duda, en este caso, referida a la no existencia de un lugar hasta comprobarse *in situ* su existencia real, o de su valor metafórico; que sin una objetivación concreta, no por ello deja de tener existencia. Esto en el plano de una imagen que otorga valor, que crea una marca en el territorio y lo define, que también, dada su ductilidad, se convierte en dispositivo crítico del mundo, de la vida y del sujeto que, arrojado en el mundo, debe decodificarlo y decidir su modo de vida ante fuerzas amenazantes que le acechan.

La Manoa de Salgari, en lo profundo del Parima, es caracterizada como una ciudad de oro, tal y como lo había codificado el imaginario geográfico de origen, y sus recepciones y valoraciones sucesivas del mito geográfico. En tal sentido, se encuentra en un espacio desconocido, necesariamente más allá de las fuentes del Orinoco, aún ignotas, y hacia las misteriosas cadenas montañosas del sur del escudo guayanés, del sistema Parima-Pacaraima-Roraima en la divisoria de aguas de las cuencas del Orinoco y el Amazonas.

La ciudad se presenta envuelta en una arquitectura maravillosa: “Hay tejados de oro, columnas de oro y palacios...” (Ibidem: 133), también, con “...jardines en los cuales las plantas eran todas de oro...”, similares a los de los incas, pues los indios de Manoa son, en la narración de Salgari, sus descendientes.

Esta idea de enlace no es original de Salgari. En 1844, el escritor y viajero Jacob Adrien Van Heuvel estuvo en la Guayana Británica, entre 1819 y 1820; y publicó, en 1844, *El*

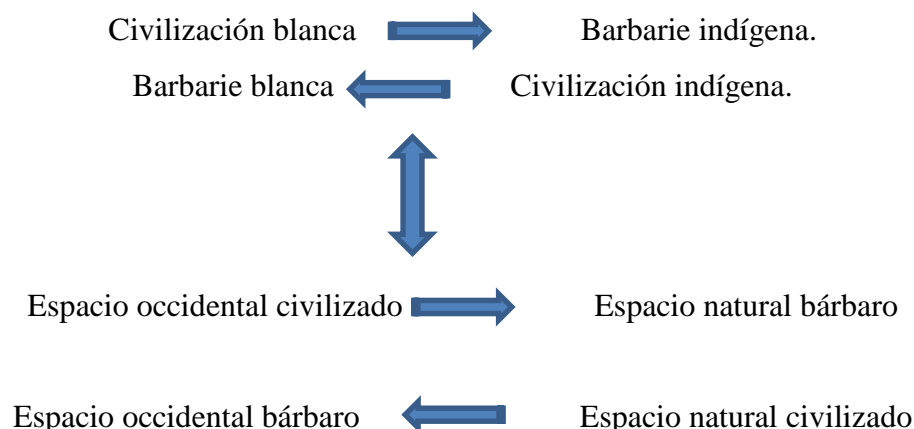
Dorado: Being a Narrative of the Circumstances which Gave Rise to Reports, in the Sixteenth Century, of the Existence of a Rich and Splendid City in South America, to which that Name was Given, and which Led to Many Enterprises in Search of it; Including a Defence of Sir Walter Raleigh, in Regard to the Relations Made by Him Respecting It, and a Nation of Female Warriors, in the Vicinity of the Amazon, in the Narrative of His Expedition to the Oronoke in 1595. Van Heuvel revivía el mito estudiando los documentos y la conjetura de que Manoa estaba vinculada con un supuesto escape de los Incas sobrevivientes hacia el Amazonas luego de la caída del imperio ante Pizarro, y las luchas intestinas entre los grupos de poder dentro del imperio. El texto además inserta importantes informaciones geográficas. Es probable pensar que Salgari hubiese tenido acceso a este libro, estimulando una atmósfera de aventuras sobre un sistema-mundo que imaginaba y avanzaba en los espacios interiores de América, África y Asia organizando en muchos aspectos el lugar y sus relaciones de poder.

Un procedimiento análogo se capta en otras novelas, una muy cercana, la de Arthur Conan Doyle: *El Mundo perdido*, ambientada en el Roraima, así como las de Karl May, *La Montaña de oro* y Rider Haggard con *Las minas del Rey Salomón*. En la primera novela, la de Conan Doyle, el espacio oculto ya no es una ciudad perdida, ni la fundación de un poblamiento humano de rasgos utópicos, sino la creación de un lugar natural que supone un fragmento viviente del pasado prehistórico en los Montes Roraima (Oriente de la Guayana). El otro refiere la existencia de un tesoro oculto en el interior de una montaña en el suroeste norteamericano, en territorios de indios, y el último la ambienta en el África con referencia al mítico lugar de las minas del Rey Salomón custodiado por una tribu sagrada. En todo caso hay un *topoi* del lugar oculto y misterioso que se ubica en las periferias.

Una ciudad maravillosa debe conservar el secreto de su emplazamiento, pues la amenaza “depredadora de los blancos” siempre está latente. Así cuando los viajeros han llegado a sus cercanías y manifiestan querer entrar y conocerla, su paso les es negado bajo los argumentos de que es un lugar prohibido que pertenece a “los hijos del sol”, y la necesidad de protegerla es razonable, pues los blancos la destruirían (Salgari, 1961[1898]: 139), tal y como había sucedido con el imperio de los Incas, arrasado por la ambición de los conquistadores.

Aquí la tensión normalizada de la dicotomía civilización-barbarie del canon occidental hegemónico se interrumpe violentamente, y se invierte en un cambio de roles: la civilización blanca es destructora, y la barbarie indígena es protectora. Hay entonces un juego moral que acusa la ambición y expolio, y otro juego que se inscribe en la superioridad moral del “noble salvaje”.

Esquema de Salgari o de inversión de espacios y lugares:



Sin mayor profundización que la convierta en un ejercicio de las utopías críticas del siglo XIX, la narración introduce una denuncia que es propia del imaginario de Salgari, y que se manifiesta en otras novelas ambientadas en zonas periféricas, en donde los héroes son aquellos que precisamente hacen frente a la civilización occidental, que conlleva la destrucción de su mundo y su territorio. Por ello la ciudad del oro, Manoa, es localizada en un espacio más allá, en la *terra ignota*, cuya ruta es peligrosa. Su penetración depende del guía indígena, que la ubica después de las fuentes del Orinoco (Salgari, 1961 [1978]:.105). Pero esa *terra ignota* deberá permanecer secreta, velada al conocimiento occidental que puede amenazar la fragilidad de su existencia, que puede destruir su armonía y sus valores colectivos.

7.3.4 Polifonías del paisaje

La literatura se mueve en descripciones paisajísticas, que van desde la repetición de ciertos patrones a la pretensión de movilizar emotivamente al observador, donde también cabe espacio para la visión del paisaje ordenado o prospectivo. En las lecturas de esos autores, esa dimensión del paisaje narrado se muestra en varias perspectivas que alimentan el imaginario tropical.

La sensibilidad paisajista no escapa de la construcción cronotópica, es más, forma parte de este dispositivo y permite situar la atmosfera del viaje, le da sentido, pues el viaje implica un desplazamiento de la mirada y del cuerpo sobre espacios distintos al de la vida cotidiana. En consecuencia, es posible observar en las obras de Verne, Salgari, y otros escritores sobre el Orinoco como Hudson, Moreno o Kingston, una serie de construcciones paisajistas cuya tipología adelantamos:

En los textos Hallamos el paisaje fluvial, el de selva, el colórico, el biogeográfico, el de sonido, el cinético y el paratáctico. El espacio fluvial, conforma el eje jerárquico a través del cual se articula no solo la trama de la descripción geográfica, sino los otros paisajes.

El paisaje fluvial del Alto Orinoco lo muestra Verne en su magnificencia y proyección hidrográfica y orográfica. Verne muestra la huella geológica de los antiguos levantamientos que empujaron los ríos al Atlántico. Tal vez siguió las descripciones de Schomburgk, quién, como explorador, cruzó las barreras de montañas desde la Guayana inglesa hasta la población de la Esmeralda, buscando las fuentes del Orinoco y cartografiando el cuadrilátero de las Guayanas de modo más preciso. Sin embargo, es claro que si consultó tales trabajos junto a los de Im Thurn y de Perkin, quienes estuvieron en el Roraima e informaban científicamente sobre una geografía asombrosa. La geografía literaria verniana amplifica el efecto de presencia del paisaje:

Elevándose algunos kilómetros al norte y noroeste, se vería uno perdido en la superficie de una extraordinaria región que se unía tal vez a la de los Andes, antes que los grandes lagos se hubieran vaciado a través de una incoherente red de arterias fluviales en las profundidades del Atlántico. País quebrado donde las aristas se confunden y los relieves parecen estar en desacuerdo con las lógicas leyes de la naturaleza, hasta en sus caprichos hidrográficos y orográficos; área inmensa, generadora inexpugnable de aquel Orinoco que envía al norte y de su río blanco que vierte al sur, dominada por el imponente macizo de Roraima, cuya cima, no violada hasta entonces debían escudriñar Im Thurn y Perkin algunos años más tarde (Verne, 1979 [1898]: 202)

En Salgari se enlazan el juego de colores del trópico con la explosión del sonido. Así en las orillas del Orinoco se construye una escena de sensibilidad naturalista que articula la atmosfera narrativa de la geografía sentida en una cultura, que apela a la mirada y la contemplación de los escenarios naturales, a través de los cuales surge una mirada estilizada:

Comenzaba a amanecer. Una luz rosácea con reflejos amarillentos alzabase rápidamente por Levante, poniendo en fuga las tinieblas densificadas bajo la selva que se perdía de vista en ambas orillas del Orinoco.

El agua, poco antes oscura, se teñía de reflejos nacarados, mientras que por Levante tomaba un matiz rosado de tonalidades de oro.

Los habitantes de la orilla se despertaban, rompiendo el silencio por doquier. Los monos colorados demostraban su alegría lanzando potentes gritos y sus formidables aullidos, que se oían sin dificultad a cinco millas de distancia; los macacos, monos voraces y agilísimos, lanzaban sus agudas llamadas, agitándose en las más altas ramas de los árboles [...], En lo alto de las palmeras, los tucanes, de pico casi tan grande como su cuerpo, emitían sus extraños graznidos, ásperos y desagradables como el estridor de una rueda de grasa; los papagayos revoloteaban de acá para allá, luciendo un plumaje rojo, amarillo o azul... (Salgari, 1961 [1898]: 26).

Verne también recoge el mito de las rocas que cantan, descrito por Humboldt como un dato curioso de la acción de los fenómenos naturales sobre ciertas estructuras materiales. Así la captación del lugar como dispositivo del asombro se mantiene cuando los viajeros pasan por las orillas graníticas de la isla de piedra de Tigre, el emplazamiento de “una curiosa colección de esas rocas sonoras celebres en Venezuela”, de las cuales se desprendían, “...una serie de sonidos musicales distintos, conjunto armónico de particular intensidad”. Se entabla entonces un diálogo didáctico que intenta explicar el curioso fenómeno:

Don Miguel se apresuró a dar la explicación de tal fenómeno de acústica que no es extraño en aquel país.

Al levantarse el sol— dijo—, esta música que llega a nuestros oídos hubiera sido más perceptible aun, y la causa es la siguiente: estas rocas contienen montones de mica, y bajo los rayos solares. Cuando el aire comprimido se escapa por las hendiduras de las rocas, hace que vibren...

—¡Ah!... —Respondió Jacques Helloch-. El Sol es Hábil ejecutante.

—¡Esto vale menos que la cornamusa de nuestra Bretaña! -dijo el sargento Marcial.

—NO- respondió German Paterne- por lo menos es un órgano natural, y esto es un paisaje para un buen efecto.

—Pero ¡hay mucha gente para oírlo! -gruño el sargento Marcial. (Verne, 1979 [1898]: 78)

Estas descripciones no son sólo ornamentales, tampoco se presentan sin sentido alguno. Todas confluyen en la organización del cronotopo narrativo y del *pathosforlmen* (cargas de emoción en las imágenes visuales) que envuelve a la narración de aventuras, es decir, de la emoción que transmiten, como por ejemplo, la referida anteriormente; el paisaje de las rocas que cantan que imprimen al paisaje ese efecto de extrañeza, de rareza que informa a la trama que se desarrolla en los espacios profundos. Este cronotopo del Orinoco organiza el entorno y el viaje, la trama ha sido espacializada y temporalizada, confluyendo en un tercer espacio de contacto liminar, pleno de estímulos y posibilidades diferentes a las acostumbradas.

Las descripciones diagraman del mismo modo una visión biogeográfica del paisaje, que se enlaza en dos niveles de sentido. Un primer nivel enlaza la descripción de una diversidad natural que ya todos reconocen más allá de los prejuicios que la biología de Buffon había forjado; refutada por los jesuitas en el siglo XVIII, con sus largas listas de especies y de sus múltiples usos que daban cuenta de un espacio de promisión (Cuevas, 2012). En un segundo nivel se enlaza en una metanarrativa de la imaginación geográfica que se juega con el discurso de la abundancia. Estos espacios cuentan con ingentes recursos para el avance de la ciencia y para la apertura de la sensibilidad del observador, pues los paisajes transportan la

sensación de goce en el acto de mirar la naturaleza (algo que parecemos olvidar pero que es constitutivo del ejercicio de la imaginación geográfica y de lo que convoca en tanto que percepción de espacios):

Veíanse bandadas de monitos pequeños, de color gris, con los brazos y las patas de largo desmesurado y tan secos de cuerpo que parecían arañas gigantes, por lo cual no les está mal el nombre que se les da en la región de “monos arañas.” Había bandadas de “sais”, monos del tamaño de ardillas llamados también “machines”, que tiene el pelaje rojo y una espléndida melena leonada como la del rey del desierto; tribus de “macacos pegos”, animales voracísimos que producen en las plantaciones daños incalculables, porque tienen la manía del saqueo. Veíanse también nubes de “mailhacos” papagayos pequeños, bastante parlanchines, con la cabeza azul turquí y el dorso amarillo, que son otro azote de las plantaciones, pues devastan toda especie de cultivos. Había también “canindis”, otros papagayos más grandes, con las alas azules y el vientre anaranjado, tucanes, aves grotescas, con el pico tan grande como el cuerpo, pero cartilaginoso, de color rojo o amarillo, los ojos azules y el pecho cubierto de un fino vello de color rojo brillante.” (Salgari, 1961 [1898]: 33)

Pero el paisaje biogeográfico, que revela la abundancia del Orinoco, no es estático: Verne muestra la riqueza de su dinámica, el paisaje en movimiento descubre al lector la cinética del Alto Orinoco:

El bosque estaba muy animado. Millares de pájaro volaban de rama en rama, cantando a pleno pulmón. Los monos hacían cabriolas sobre las ramas, principalmente algunas parejas de esos aluates chillones, que no chillan durante el día y se reservan para la noche o la madrugada sus ensordecedores conciertos. Entre los volátiles, German Paterne tuvo la satisfacción de observar bandadas de guacharos o diabolinos, cuya presencia indicaba que se acercaban al litoral del este. Turbados en una tranquilidad diurna, pues apenas si salen hasta la noche de la anfractuosidad rocosa, se refugiaban en la cima de las matacas, cuyas bayas febrífugas, como la corteza del coloradito les sirven de alimento.

Otros pájaros también volaban de rama en rama, maestros en el arte de hacer piruetas, los machos haciendo la corte a las hembras. A medida que se avanzare hacia el nordeste las especies acuáticas serían más raras, pues se alejan del Orinoco.

German Paterne vio algunos nidos suspendidos de las ramas por un ligero bejuco, que se balanceaban a manera de columpios. De estos nidos, fuera del alcance de los reptiles, como si hubiera estado lleno de ruiseñores, a los que se hubiera enseñado a solfear la escala, se escapaban bandadas de trupiales, los mejores cantores del mundo aéreo”. (Verne, 1979 [1898]: 189)

El espacio vegetal que bordea al Orinoco se describe mediante unas estrategias barrocas de narración: la selva es, pues, no un espacio organizado, sino una zona de tupidas poblaciones botánicas que se mezclan y se entrecruzan abigarradamente en una explosión vegetal, tal y como ya lo mostraban los cuadros descriptivos de Humboldt o Morisot:

Los árboles, que se sucedían sin cesar en la orilla, arrancaban gritos de admiración a Alfonso, el cual no había visto jamás una flora tan variada ni tan majestuosa en La Florida, que es rica en pinos solamente.

Aparecían de cuando en cuando bosques de “miriti”, enormes palmeras con las hojas dispuestas en forma de abanico y tan grandes que un hombre no podría arrastrar más de una cargada del fruto rojo que pende de racimos; grandes grupos de “bojus” otra especie de palmera, pero con las hojas rígidas, dentadas como una sierra por los bordes, rectas y de diez a once metros de largo: palmeras “tucum”, de cuya fibra sacan los indios una especie de cuerda de gran resistencia que emplean en la fabricación de hamacas; palmeras papuñas, palmeras-peces, porque crían unos racimos de fruta semejantes en la forma a los peces y que son deliciosos cocidos con agua y un poco de azúcar; “hacabas”, palmeras viníferas de cuyo tronco se extrae, haciendo una incisión, una especie de vino agrio y embriagador.

Tampoco faltaban en el río las plantas acuáticas representadas por las “aningas” (arum), con las hojas largas en forma de corazón, sobresaliendo sobre un pedúnculo por encima de la corriente; y “muricis”, hojas más pequeñas y humildes que se mantenían a flor de agua” (Salgari, 1961 [1898]:41-42)

De este modo, la selva se viste de un significado dentro del espacio del deseo, explosiva a la vista, desafiante al acto de la organización de las especies en los esquemas normalizados, es “selva virgen”, en consecuencia, intocada por la acción humana.

La selva merecía el nombre de virgen. No había un solo sendero; ni se veían más que estrechos pasos abiertos sin duda por las fieras, y eran angostos y tortuosos [...] Era una confusión enorme de vegetales, de hojas gigantescas, que proyectaban profunda sombra. Veíanse matorrales de palmeras de cera (*Cecocylum andicola*), soberbias plantas de tronco de altura inmensa, pues algunas miden hasta cincuenta metros, y de cuyas hojas se extrae una cera excelente llamada “carnambra”; había sí mismo, palmeras tucamá, murunceru y ayri, con cuyas hojas se fabrican tejidos finísimos, mientras que de la pulpa del fruto se saca aceite...” [Y sigue la lista de especies en un espacio definido por su presencia y su utilidad]. (Ibidem: 66-67 cfr. 106)

La selva que se describe es un conjunto abigarrado de especies que causan esa sensación de lo intrincado, de “lo silvestre” como opuesto al orden artificial del mundo introducido por la cultura. Distinta al paisaje ordenado de los jardines botánicos europeos, la selva es un caos de posibilidades. No obstante, no forman parte de un continuum, como se supondría en una estandarización de la narración, pues el narrador introduce las variantes geográficas de los cambios paisajísticos. Así, junto a las aglomeraciones vegetales, como sucede por ejemplo en la descripción de las orillas cercanas a las tierras llanas de la Orinoquia, donde “las selvas se sucedían a las selvas en ambas orillas...” (Ibidem: 93), puede, de repente, darse una transformación drástica. Las cosas cambian en la medida que llegan a

tierras bajas de la desembocadura del río Meta, en el área de las planicies llaneras de la cuenca del Orinoco.

Las orillas tendían a cambiar. Las grandes selvas se desvanecían rápidamente y aparecían tierras bajas palustres, cubiertas en parte de aguas estancadas u oscuras que exhalan miasmas mortíferos. Eran los pripis, o mejor dicho las sabanas movedizas, pantanos sin fondo, cubiertos de tierras sueltas que tragan al hombre que se aventura a pisar aquellos terrenos acuáticos (Ibidem: 95)

Esas variaciones, que producen discontinuidades, no pasarán desapercibidas en Verne que muestra los contrastes en las dos riberas del Orinoco, la que se abre hacia los llanos y la que está determinada por la presencia de pequeñas cadenas montañosas y selvas en el lado guayanés.

El terreno de la derecha del río presentaba un aspecto muy diferente. No era la inmensidad de planicies que se extendían hasta el horizonte, planicies donde se perfilaban las montañas. Los movimientos del suelo, muy acentuado y muy próximo, tenían tumescencias abandonadas de extraño aspecto, disposición orográfica que en el este formaba verdaderas cadenas. Parecía una especie de cordillera ribereña, que contrastaba con los llanos de la ribera derecha. Entre estos cerros podían distinguirse los de Carichama, caprichosamente dibujados en una región cubierta de árboles y lujuriante verdor. (Verne, 19179 [1898]: 78).

Otro enlace de los estratos de paisaje que se encuentran en estas obras refiere al espacio paratáctico. Los paisajes humanos descritos dan cuenta de la tensión que se produce en las geografías internas de las riberas del Orinoco entre espacios pujantes y espacios arruinados.

La geografía económica se muestra en las descripciones de las plantaciones pujantes en el Orinoco. Por ejemplo, la de un ex oficial español: su hacienda, entre el “Cauca” (realmente río Caura, uno de los afluentes guayaneses del Orinoco medio que describió Chaffanjon en su primera expedición) y el propio Orinoco, encarna la pujanza de la transformación del espacio salvaje en áreas de producción, que son descritas en una especie de cuadro armónico.

Estas unidades de producción representaban un cambio del paisaje, es decir, de la naturaleza virgen a una naturaleza modelada por los campos de cultivos, que siguen el modelo agrario esclavista. La producción sigue un circuito tradicional del proceso de organización de la economía mundo: fluye por el río hasta Angostura (Ciudad Bolívar), y de allí a Europa. En resumen, constituye una clara imagen de la conexión incipiente de estos espacios con el sistema mundo.

Al describir el imponente río Meta un río afluente del Orinoco en su trayecto desde la cadena montañosa nevada de Los Andes, cruzando un espacio accidentado, hasta su desembocadura en el río principal, Salgari resalta el poder no solo comunicativo de los ríos en estos espacios profundos, sino que la inscribe en los *topoi* del discurso de la abundancia y del tiempo inmemorial: “Surca terrenos fertilísimos que dan tres cosechas al año, y selvas inmensas tan antiguas como el mundo, poblada de numerosas tribus...” (Salgari, 1961 [1898]: 96)

En Verne, son tres estampas las que muestran los procesos de auge y eclipse de las poblaciones ribereñas del Orinoco. Los paisajes, además de pintorescos, muestran un dinamismo o un estancamiento articulado con el mundo Atlántico y los mercados europeos, del Caribe, o de las grandes ciudades americanas que configuraban las relaciones de poder a través de las cuales, los espacios profundos eran organizados:

Esta ciudad [Ciudad Bolívar a orillas del Orinoco], tiene entre 11.000 a 12.000 habitantes, se prolonga, (por un puente) hasta el barrio de Soledad; en la ribera izquierda. Se extiende desde el paseo de la Alameda hasta el barrio de perro seco; tal calificativo, le viene por estar más sujeto que ningún otro a las inundaciones provocadas por las súbitas y copiosas crecidas del Orinoco. La calle Principal, con sus edificios públicos sus elegantes tiendas, sus galerías cubiertas, las casas escalonadas sobre la colina que domina la ciudad, el desparramamiento de las casas rurales entre los árboles, las especies de lagos que el río forma, extendiéndose arriba y abajo, el movimiento y la animación del puerto, los numerosos barcos de vela y a vapor, que prueban la actividad del comercio fluvial, aparte del importante tráfico por tierra; todo este conjunto produce satisfacción al viajero. (Verne, 1979 [1898]: 20)

Las otras estampas ofrecen el contraste, por un lado, resalta la descripción de San Fernando de Atabapo, impregnada de un porvenir cuyo potencial está en su emplazamiento que funciona como encrucijada en ese corazón hidrográfico, ya mostrado Reclus.

Si alguna vez una aldea ha tenido la justa esperanza de adquirir gran importancia en el futuro, es San Fernando. Cinco ríos navegables se ramifican en torno a este a este punto geográfico: el Atabapo lleva al Brasil, pasando por Gavita [Yavita] a través de las dársenas del río Negro y del Amazonas; el alto Orinoco conduce a las regiones orientales de Venezuela, y el medio Orinoco a las regiones septentrionales; el Inírida sirve a las comarcas del sudeste; el Guaviare corre por la superficie de los territorios de Colombia.

Sin embargo, aunque San Fernando irradia como una estrella sobre esta provincia Hispano-Americana, no parece que ella se haya aprovechado aun de sus destellos. (Ibidem:117)

Frente a esos espacios del desarrollo, se muestran otros caracterizados por la ruina o el eclipse de las actividades extractivas y expoliadoras ligadas a la explotación de las tortugas

como sucede con la pequeña población de Cariben en el Orinoco Medio (Ibidem: 79) o Buena vista, un lugar que no merecía la palabra de pueblo, espacio deprimido y habitado por unos pocos indios y ocupado solo en la temporada de recolección de huevos de tortugas (ibidem:56).

7.3.5 El *topoi* de la naturaleza. La emergencia de actitudes conservacionistas y la denuncia del progreso.

Ya se mostró el valor de los espacios utópicos en las narrativas de Salgari y de Verne. Esos espacios funcionan como inversión o giro y mutación de la razón occidental, poniéndola en cuestión. Paralelo a ese discurso, se despliega otro que comunica preocupaciones conservacionistas, detectadas en referencia a los paisajes de desove de las tortugas o los hábitats de aves y de especies fluviales.

El paisaje de las playas de desove de las tortugas sigue fascinando a la imaginación geográfica, desde los viajeros como Gumilla, Gilij y Humboldt, hasta los escritores de fines del siglo XIX. Este *topoi* aparece en Verne y en Salgari, no como una continuidad repetitiva de las observaciones realizadas por los jesuitas o por Humboldt, sino que aparecen como una expresión geográfica de lo maravilloso y la vulnerabilidad de esa geografía de los quelónidos, amenazadas por la sobre explotación y la crueldad.

El número hiperbólico de quelónidos del río Orinoco del que informara Gumilla y que acoge Reclus, opera como un discurso de la abundancia: “Los millares de estos animales ejercen una especie de atracción misteriosa, como dice Eliseo Reclus reflujo viviente, lento e irresistible, que lo arrollaría todo como una inundación o una avalancha” (Verne, 1979 [1898]: 58). Esto da motivo a Verne para ilustrar un episodio de la aventura fluvial con una especie de estampida de tortugas que arrollan todo lo que hallan a su paso: “las tortugas avanzaban en masa compacta, oprimidas las unas contra las otras. Era inmensa superficie de escamas, que cubría varios Kilómetros cuadrados y se movía.” (Ibidem: 70).

Verne describe sintéticamente la economía de estos paisajes y muestra la aceleración de la destrucción de estos hábitats por la acción irracional de la sobreexplotación:

Es verdad que el hombre las destruye en proporciones enormes, y la especie podrá desaparecer algún día. Algunos bancos están ya abandonados, con gran sentimiento de los indios, y entre otros las playas de Cariben, situadas un poco más debajo de las bocas del Meta. (Ibidem: 58)

En Salgari, el referente, sin embargo, es presentado radicalmente debilitado por el expolio y la crueldad. El texto funciona como denuncia de las prácticas hechas por las etnias contra estos “pobres animales”. En una dramática descripción, estos animales se presentan “tristes”, despojados de sus conchas de carey por los cazadores o exterminados por la grasa; de la cual se extrae un aceite de gran comercio en las cuencas del Orinoco y del Amazonas. Cazadas, “ultrajadas”, abandonadas, las tortugas, sin sus conchas, se van a recuperar lentamente. Salgari aprovecha este pasaje para interpolar un razonamiento moral: esas tortugas maltratadas se esconden y “esperan a que la naturaleza, más piadosa que el hombre, les proporcione un nuevo caparazón...” (Salgari, 1961 [1898]: 55). El escritor italiano confronta dos lógicas, la utilitaria y expoliadora de la naturaleza, y la visión de esa naturaleza como un espacio de armonía y de respeto. Lanzando una advertencia irónica, vinculada a la ceguera del hombre ante la carrera de los gustos del mercado, señala:

En ciertos ríos comienzan ya a ser raras, y en los mercados no abunda tanto la concha como hace veinte años [...] Si la destrucción continúa, quizá dentro de un siglo no se encontrará concha suficiente para montar las gafas de las generaciones venideras, cada vez más miopes (Ibidem: 56)

Otros procedimientos semejantes, en la “inocencia de la narración de aventura en el trópico”, se introducen al denunciar la destrucción del manatí en los espacios fluviales no solo de América, sino de África e inclusive de Europa (Ibidem, 92). La orientación de tal denuncia, que portan ciertos episodios de la narración referidas a la destrucción de especies en la selva y los ríos, llega a un punto cuando, en una secuencia narrativa, se caza a aves y se topan con los anís: un ave de la especie *cuculidae*¹²², conocida como ave diablo por su fealdad, y para nada peligrosa: esta ave confiada, vive “en armonía con todos los seres” y se protegen mutuamente al compartir las madres sus obligaciones con toda la comunidad alimentando y atendiendo a las crías. Los cazadores deciden no matarlas pues son “aves honradas y buenas”, siendo además, un “ejemplo a imitar por los hombres” (Ibidem: 94-95).

Pueden oírse ecos del anarquismo en esta narración, sin embargo, es innegable la apelación a un principio moral de conservación que debe guiar al hombre en la naturaleza. Todo en un momento en el que las lógicas colonialistas estaban deteriorando el ambiente y la vida de algunas especies en algunas zonas de los trópicos.

Para Salgari esos espacios lejanos, esas fronteras de la civilización de las cuales el Orinoco es parte, no son estáticas y sufren el impacto de la razón colonial. La geografía física

¹²² Vid William Henry Phelps, Rodolphe Meyer De Schaunsee, (1979) *Una guía de las aves de Venezuela*, Gráficas Armitano, Caracas.

y humana de esas zonas se enfrenta al poder del progreso y su lógica destructiva. La naturaleza se personifica y se muestra como espacio de resistencia. Salgari, en sus Memorias, muestra el enfrentamiento realista de las dos lógicas:

La selva no ama al hombre que viene a sorprender sus profundos secretos. La selva odia la civilización y se opone a su camino con las barreras de sus silencios y más todavía con los venenos que expande (...) Cuando una potencia europea quiere apoderarse de un territorio dominado por un, así llamado, soberano bárbaro, comienza por declarar que es de urgente necesidad civilizar aquel territorio. (Salgari, 1977).

Entonces señala Salgari, apelando nuevamente a la ironía, "...el fin es tan elevado y humanitario, que todos los medios empleados para conseguirlo son, de antemano, considerados legítimos y dignos de encomio" (*Ídem*). Como decía Benjamin, todo documento de cultura tiene su documento de barbarie.

Sin duda, la literatura de aventuras, ligada a los espacios geográficos, se convierte en un poderoso medio articulador de imágenes geográficas y de la memoria de lugares. Su exotismo se interpone como un filtro que gobierna la estabilización de la imaginación en los pliegues de los imaginarios geográficos, y define las cualidades de los paisajes descritos en vastas tipologías. Las obras de Verne y Salgari, entre otros escritores, que narraron a fines del siglo XIX el Orinoco, construyeron una dimensión espacial que produjo una marca sobre el río.

Es interesante observar en esas novelas la coexistencia de asuntos realistas, de denuncia, y de difusión de noticias geográficas mediante la ficción. Los avances que, en materia hidrográfica, recorren el largo siglo XIX, echaron por tierra muchos mitos geográficos, y ampliaron la observación sobre ciertos fenómenos como el de la anastomosis del Casiquiare o el esclarecimiento de las conexiones fluviales en un momento en el cual los ríos se convirtieron en "las arterias de los imperios" o de los mercados.

Al diluirse el mito, la ciencia positiva se impuso como constatación de la existencia de lugares o de la localización y la medición de sus fenómenos. Una buena muestra lo constituyen la cartografía decimonónica en atención a cuatro grandes mitos: las fuentes del Orinoco, el canal del Casiquiare como conector de dos cuencas, el lago Parime o mar blanco y Manoa o El Dorado.

Si Salgari recupera el mito de Manoa, su función no es la de reestablecer una creencia: por un lado, remite a la ficcionalización, lo que permite crear un espacio literario para una geografía mítica; y, por el otro, edificar la visión del Orinoco profundo, en el cual la ciudad de Manoa funciona como un dispositivo utópico opuesto al mundo occidental. La misión de

Santa Juana, imaginada por Verne más allá de las fuentes, la envuelve el aura de la utopía, pero esta no se construye sobre el mito, sino sobre una percepción idealizada de las misiones y del anarquismo y del socialismo utópico, tal y como lo hizo Dejacques en su momento, uno de los anarquistas más genuinos al imaginar el espacio como una red de relaciones: el “humanisferio” (Cuevas, 2016b).

Esos cuatro “mitos” geográficos fraguan la interrelación entre el mundo físico y el del ejercicio de la facultad de la imaginación. A finales del siglo XIX, uno de esos mitos seguía vigente: el de los misterios de las fuentes. Se sabía ahora hacia donde se orientaban, pero aún quedaba por establecerse el punto exacto del origen, envuelto entre el espacio paratáctico y el liminar de la imagen polifónica del Orinoco y de su geografía que, a pesar de las coberturas dadas de los exploradores, y de las narraciones literarias que imaginaban un espacio fascinante en la tensión entre su opacidad y la posibilidad de descripciones claras, se mantenía oculto funcionando como *terra ignota*, un dispositivo para el ejercicio de la imaginación geográfica.

7.4 Cronotopías y metáforas geográficas del Orinoco profundo en el siglo XX.

El segundo acercamiento a los textos literarios sobre el Orinoco viene signado por dos géneros discursivos: la novela y la poesía, que muestran una producción e interacción de carácter cronotópico. Este tiene por eje un fenómeno geográfico: el río Orinoco. Y junto a este fenómeno se derivan otros engranajes compuestos por un área, constituida por partes de su cuenca, y unos lugares que incluyen la invención de “ciudades” utópicas, sólo posibles dentro de la conciencia de que el borde y la periferia del espacio movilizan una imaginación geográfica. Este cronotopo permite localizar la antinomia de lo conocido, invirtiendo los sentidos de conciencia del habitar y de la orientación relativa de los posicionamientos del *aquí* y el *allá* que hemos mencionado al principio de este capítulo.

Esos ejes permiten explicar el carácter concreto de la imaginación. Como señala Bajtin (1982), el trabajo literario produce cambios al formar imágenes que poseen un lugar como referente físico. Se pasa entonces de formas abstractas a configurar imágenes reales, determinadas geográficamente, que definieron la relación entre el lugar y el tiempo, entre lo situado y el acontecimiento. Los espacios en las novelas del siglo XX referidas al Orinoco hablan de su inserción dentro de unas escalas que remiten al juego de la identidad y el mundo. El mundo visible y concreto sobre el que se imagina la obra literaria y su poder creador tienen un *espacio* sobre el que se juega la producción del sentido: “Todo es visible, todo es concreto,

todo es corporal, todo es material en este mundo, y al mismo tiempo todo es intensivo, razonado y creativamente necesario.” (*Ibidem*: 235).

Desde este punto de vista, el cronotopo geográfico permite leer e interpretar en las novelas del ciclo orinoquense, los signos de dos interacciones significativas del tiempo-espacio: la naturaleza y la cultura; y, en un segundo movimiento, la interacción humana con esa naturaleza que resulta en un nuevo sentido del espacio impregnado de la experiencia de los lugares.

Así se puede entender que el trabajo de la imaginación no será posible sin el espacio ni el tiempo. Por lo tanto, estas dimensiones organizan las narrativas que emergen de una geografía que sí importa y da consistencia a los actos de leer, de, “...saber leer el tiempo en la totalidad espacial del mundo”. (*Ibidem*: 217)

El ejercicio literario que se desprende de la percepción del Orinoco implica un nuevo giro de modernidad, en el cual la relación con el espacio, continua continúa abierta. Se habla sobre los otros espacios: los del *allá* en progresivo orden de conocimiento, y éstos a partir de la experiencia literaria se transforman en el espacio del *acá*, el de una experiencia en las geografías internas, en lo profundo del río y de las áreas poco conocidas. Hay un juego de inversión en los contenidos semánticos de orientación y de lugar; de enunciación y de emergencia de un cronotopo geográfico diferente.

El giro literario con respecto al trópico concebido como un espacio envolvente, se profundiza luego de las *Mansiones verdes* de Guillermo Enrique Hudson que las prefigura. Se percibe entonces en la labor de escritura, una relación tensa con el medio húmedo, con los ríos irredentos y con las selvas de densidad pavorosa, percepciones que encontramos en términos comparados en *El Corazón de las Tinieblas* y la *Avanzada del Progreso* de finales del XIX de J. Conrad; en *Os sertoes* de Euclides Da Cunha de 1902; en los *Cuentos de la Selva* y *Los Desterrados* de 1917 y 1926 de Horacio Quiroga; y en *Macunaima* del brasileño Mario de Andrade (1928), cuyo motivo es un viaje inverso de un Indio de la zona del Uraricuera (río norte del Brasil cercano a las sierras guayanesas y al Parima) a Sao Paulo, es decir de la selva amazónica a la ciudad, cuestionando las relaciones geográficas y la identidad cultural.

Pero la visión positiva que invierte paulatinamente la topofobia en topofilia con respecto a la geografía profunda investida del valor de *Terra incognitae*, muestra su nuevo giro novelístico en *La Vorágine* del colombiano José Eustasio Rivera, y se continúa con giros importantes desde una ontología del ser y estar en las novelas del venezolano Rómulo Gallegos y del cubano Alejo Carpentier entre 1930 y 1953.

Por otro lado, el género poético venezolano, a inicios de la década de los 20 hasta finales de los 50, contribuirá también a la imaginación geográfica del Orinoco a través de la lírica de Andrés Bello, Luz Machado Ardao y Juan Liscano. Estos dos últimos, exponentes del ciclo final de esta literatura en los años inmediatos al descubrimiento de las fuentes del río Orinoco en 1951, que cautivó a la imaginación geográfica en al menos dos siglos y medio.

La imaginación geográfica del discurso literario delinearé una fisionomía del paisaje que habla de un contacto lo interpreta a su vez, cargándolo estéticamente para cumplir una función clave en la elucidación de lugares. Como señala Besse: “Hablar del paisaje en términos de fisionomía significa que se le atribuye al paisaje una densidad ontológica propia. Si posee una fisionomía, hay que comprenderlo a la manera de una totalidad expresiva, animada por un “espíritu” interno del cual se puede extraer el sentido.” (Besse, 2010: 133)

Desde esas perspectivas se tiende un puente entre la geografía y la literatura que se refieren al Orinoco, escrita por americanos. Este puente de la fisionomía del paisaje, de su aspecto, o de la importancia del cronotopo que organiza el texto espacial con relación al entorno, no se limita a describir los signos externos de la expresión del lugar, sino que opera ontológicamente, se pregunta por la identidad del espacio que se habita, construye la trama no en un simple escenario, convierte al paisaje en parte fundamental de la expresión narrativa. Descubre un modo de decir del espacio que permite acercar la geografía a lo descrito y lo narrado.

Frente a los tradicionales centros nodales, la geografía profunda, periférica, era solo conocida a través de los informes de los exploradores y viajeros, de las pequeñas notas o reseñas enciclopédicas contenidas en diccionarios, atlas y catecismos geográficos. En un plano culturalista ligado al arte, era también conocida por medio de las ilustraciones y estampas de novelas de aventuras, que enlazaban historias de travesías con el color de lo exótico, o también a través de la mediación pictórica o fotográfica. Frente a este contexto, los escritores del siglo XX impulsarán otro proyecto cuya escritura se abre a una *poiesis*, o creación que organiza un modo de abordar y conocer el espacio-tiempo, en términos de una identidad del lugar y de los fenómenos naturales, que cumplen una función metafórica, simbólica, ontológica y por lo tanto geosófica (Wright, 1947), o, inclusive, vinculada a las articulaciones espaciales de conocimiento (Thriff, 1996; Gregory, 2000).

El corpus literario se convierte en objeto de una geografía posible que pregunta de manera diferente por los modos de interrogar el espacio, que privilegia el dato positivo o una correspondencia “objetiva” entre la literatura que narra y los lugares “reales”. Pero también, la

pregunta vuelve sobre la consideración del referente material y sobre la exterioridad sobre la cual opera el discurso que organiza sentidos.

El lenguaje haciendo lugar, como señala Tuan (1991), trabaja sobre la geografía física y humana construyendo un nuevo cronotopo que habla de una búsqueda de identidad, concebida ésta en términos de pertenencia y explicación de su particular circunstancia. Pero la geografía en este caso no es pretexto, tampoco marco o escenario en el cual se desarrolla la búsqueda del ser. La geografía es el espacio en el cual el ser es, está y habita (Heidegger, 2012 [1951]).

En la primera mitad del siglo XX, gran parte de los países latinoamericanos poseían un conocimiento incompleto de la totalidad del territorio. Según Badía Malagrida (1946), las naciones vivían divorciadas de su geografía, y ello era visible en ese conocimiento incipiente de parte de sus zonas, y en los conflictos de orden geopolítico con fronteras inestables sobre todo en las zonas selváticas y en las llanuras de los países colindantes. Por tanto, el sujeto geográfico no llegaba a conocer su situación relativa, ni tampoco se había apropiado efectivamente del territorio. Para esa época, sobre todo en la década de los 40, la profesionalización del geógrafo y del cartógrafo, y los trabajos de campos que implicaron viajes a los espacios internos y hacia las fronteras, produjeron un giro perceptivo, de las que emergen diversas visiones de lo geográfico.

No obstante, Enrique Bernardo Núñez, quien publica en 1943: *Orinoco (capítulo de una historia de este río)*, expresaba, años más tarde, esa necesidad del hombre geográfico que ligaba la percepción del territorio a la identidad en una serie de reflexiones agrupadas en *Una Ojeda al mapa de Venezuela*, cuyo subtítulo era: *(lectura ante un auditorio ausente)* (1949). Otro tanto sucedía con Mariano Picón Salas, Mario Briceño Iragorry, Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri y Antonio Arráiz Mujica, entre otros, cuyos ensayos giraron en torno a una geografía que tomaba en sus discursos un valor de identidad. “Ante todo —dice Núñez— la tierra que tenemos delante reclama de nosotros una interpretación”, para agregar más adelante, una tensión dramática sobre la percepción del territorio, “Parece que el pensamiento nacional estuviera muy por lo bajo del destino geográfico” (1949: 3; 33)

En este contexto, la literatura dará cuenta de los espacios internos, y de un sentido que la conecta con una geografía que se abría al trabajo del lenguaje, que poseía, en consecuencia, una fuerza física cuya fisonomía convoca el despertar de los sentidos que dan consistencia a la imagen geográfica.

El viaje hacia el interior, que alimenta las tramas literarias, se convierte metafóricamente en un encuentro y hallazgo, de entrecruce, situación de la que surge una

consideración del espacio diferente. Hay un giro en la representación y un cambio en la orientación del sentido y su significación. Lo profundo no será solo lo ominoso, será el espacio abierto a una búsqueda, es la *terra incognitae* del origen, de la nación, es el lugar en el cual el sujeto experimenta un giro perceptivo instituyente, un modo nuevo de relacionarse con lo geográfico, y con ello una emergencia de identidad situada.

El giro literario se organiza en función de una tropicalidad recuperada, en la que acontece una experiencia fundada en un reconocimiento de la profundidad del espacio que interpela a la geografía cargada de imágenes negativas, o pone en evidencia las formas del olvido y de las ausencias geográficas. De este entrecruce emerge un tercer espacio, en el cual las grafías objetivas del paisaje, como veía Dardel (1952), se tensionan y articulan con otra grafía que emerge de consideraciones subjetivas de las cualidades paisajísticas que hablan de un giro perceptivo en el observador.

En tal orden, si la geografía, como ejercicio crítico pretende encontrar “algo” en estas obras literarias, ese “algo” no es reducible al dato o la constatación descriptiva del lugar en términos de una exactitud objetiva. La literatura y sus voces fundan otro modo de percibir y de crear una relación con el espacio: describen paisajes, contienen el impulso y el asombro hacia lo desconocido, hacia los espacios que solo estaban organizados por toponimias en el mapa, sin un contenido que les imprimiese movimiento. La literatura trabajará en un espacio que es un entrecruce de la narración con lo geográfico. La geografía observada en las obras literarias sobre el Orinoco muestra una experiencia sensible y trascendental del espacio, muestran también una ampliación del ejercicio descriptivo de los paisajes.

En consecuencia, al acercarse la geografía a la literatura en el caso de este giro geoliterario del Orinoco, supone considerar un pliegue diferente al del dato objetivo, implica comprender los modos con los que se construyen imágenes geográficas subjetivas, cuya representación es diferente a la de la ciencia y, sin embargo, comparte con ella un esfuerzo de imaginación. El esfuerzo metafórico implica una manera de sintetizar y de organizar el valor de un espacio. Hay pues un punto de aproximación con la geografía en tanto campo del saber. Sin embargo, existe una diferencia sutil que se desliza. Giuseppe De Matteis al respecto, señala:

En las bellas artes las metáforas se usan para comunicar lo que no se puede hacer explícito en el lenguaje lógico y racional. En geografía, sin embargo, las metáforas tienen la función opuesta: anticipación de hipótesis, conceptos y perspectivas teóricas relacionadas con funciones que todavía no están bien desarrolladas analíticamente, pero que se formularían mejor en el futuro precisamente porque la metáfora define un proyecto de investigación de algún tipo, cuyo resultado es, de

hecho, la traducción de esta misma metáfora en lenguaje racional. (Dematteis, 2010: 37)

La literatura, por su parte, produce modos de acercamiento con la geografía vivida y con el sentido metafórico que organiza el plano de inmanencia, y atrapa en un tropo la totalidad concreta de la que habla Bajtin (1982:216), a partir de esta relación, es posible interrogar la construcción de la imagen espacial creada por las literaturas.

A pesar de los usos en la domiciliación que diferencia, por ejemplo, la metáfora del espacio de la literatura con la metáfora del espacio de la geografía, es posible construir puentes. Las imágenes, que organizan las metáforas, transportan unas formas de valoración geográfica que son susceptibles de ser interrogadas en la función que cumplen a la hora de construir una visibilidad del espacio. La metáfora comunica una percepción tenor de afectos o desafectos, pueden construir un dispositivo de memoria y otro de olvido, que implica una apropiación del espacio o una desterritorialización. En un pliegue a considerar, el espacio descrito en la novela y la poesía y el tiempo que los envuelven, construyen un cronotopo geográfico que puede ser interpelado en el campo de la geografía cultural, que pregunta por el sentido que toma el texto espacial.

Las obras literarias, que versan sobre los espacios profundos de América, expresan una tensión entre una apropiación y una apertura de horizontes, ambas constitutivas de la identidad territorial y la relación del hombre con su entorno. Esas descripciones no son meras figuras decorativas, cumplen la función de organizar y dar sentido a varios pliegues de la trama mediante los cuales se da una especial conexión con los lugares. Distintos puntos de vista comienzan a organizar un tipo de imagen a través de los cuales es posible leer la interrogante por *la identidad espacializada*. No en balde, muchas de esas novelas se presentan y despliegan como un viaje hacia el interior del continente o hacia la periferia.

La pregunta por la naturaleza convoca un espacio ausente hacia el cual acude el individuo a encontrarse. Ese es un punto común de las novelas y de la poesía sobre el Orinoco, que emergen inscritas en un proceso mayor: el del giro cultural que acontece en las comunidades interpretativas americanas, en un lapso que va desde 1920 a 1950, que implica la pregunta por la identidad.

No obstante, a pesar de considerarse correlatos de los procesos científicos en tanto que realizan un trabajo de búsqueda del ser nacional en los espacios geográficos interiores, sus preguntas se abren a una *geograficidad*, que interroga la relación del sujeto en el espacio en términos de identidad. En este proceso de escritura polifónica organizan un corpus literario

integrado por un conjunto de novelas y de textos poéticos, que seleccionamos en el siguiente cuadro cronológico:

CUADRO No. 2. OBRAS AMERICANISTAS SOBRE EL ORINOCO

OBRA	AUTOR	AÑO
<i>“Orinoco”, “Casiquiare”, “El río de las siete estrellas (Canto al Orinoco)”, “Los tributarios”, “La Parima y Las Fuentes”;</i> <i>“la gota de agua” y otros</i>	Andrés Eloy Blanco	1923, 1927, 1928 y 1934
<i>La Vorágine</i>	José Eustasio Rivera	1924
<i>Canaima</i>	Rómulo Gallegos	1935
<i>Los Pasos perdidos</i>	Alejo Carpentier	1953
<i>Canto al Orinoco</i>	Luz Machado Ardao	1953
<i>Nuevo Mundo Orinoco</i>	Juan Lizcano	1959

En esas obras, el movimiento, entre edificar una unidad y el punto centrífugo de vivencias que organizan la diferencia y lo diverso, muestran el poder de la paradoja y sus líneas de indeterminación. Por ello, quizá, luego de ubicarse en un *acá* constituyente de la experiencia, la conclusión de las novelas queda en una indeterminación, que se proyecta a un más *allá* en un espacio profundo, que inauguran un nuevo orden de la imaginación geográfica, que enlaza la exterioridad del espacio con las representaciones en dinámica expectante.

El análisis de esas obras fuera del ámbito literario nos permite construir, como se ha señalado, puntos de intersección entre los enfoques geográficos y la crítica literaria en torno a problemas que el paisaje, sus fenómenos telúricos y la imagen geográfica delineada convocan. No obstante, sin ser exhaustivos, señalaremos escritos en los cuales el factor geográfico es compartido entre dos campos del conocimiento: el de la crítica geográfica y el de la crítica literaria.

Desde un punto de vista geográfico, Rómulo Gallegos ofrece un foco de atención más crítico por parte de los geógrafos. Marco Aurelio Vila (1986), es el primero en resaltar el valor de la novela galleguiana en la operación de producir imágenes geográficas, y en la constatación de los lugares dentro de los marcos literarios. Charles Minguet, conocido por su estudio sobre *Alejandro De Humboldt Historiador y Geógrafo*, en una “Introducción” a una

edición crítica de *Canaima* reconoce el andamiaje geográfico sobre el cual se asienta la obra, una naturaleza que posee la doble función de dar y quitar en la tensa relación del hombre y la naturaleza. (1991: XVII- XXII). Finalmente, Pedro Cunill Grau, en su estudio monográfico sobre los llanos y la literatura en *Los paisajes llaneros. De Rómulo Gallegos al porvenir* (2009), muestra la interacción entre el trabajo de campo del escritor con la producción de una taxonomía de problemas geográficos que, como parte de la novela, nos revela las complejidades de una geografía de la percepción de los valores de esa unidad fisiográfica llanera, incluida dentro de la cuenca del río Orinoco. Cunill, alejándose de las visiones canónicas y restrictivas de la disciplina geográfica, se desplaza a otros campos del saber, y se hace eco del crítico literario Orlando Araujo que realiza una lectura de la obra de Gallegos bajo la que subyace la tensión entre el determinismo que cede parte de su peso a favor del probabilismo como un espacio abierto al trabajo del hombre. La novela de Gallegos, según de Araujo, no expresa el determinismo de la naturaleza sobre el hombre pasivo, sino que, al contrario: “En ese drama [geográfico], [...] hay hombres que vencen y otros que son vencidos, pero es viva siempre la angustia del hombre por liberarse de sus tentáculos” (Araujo, 1995: 25).

Otros trabajos sobre la obra galleguiana que, desde la crítica literaria, llaman la atención sobre el factor geográfico como estructurador de la narrativa y del valor que reviste en la forja de una conciencia geográfica y de una definición de la identidad en función de la naturaleza, son los de Juan Liscano (1984); F. Ainsa (1986) y Mónica Marinone (2006). En este campo conexo, el valor de los vectores espaciales que construyen la novela de Gallegos se observa con toda claridad en la opinión de José Balza: “*Canaima* comienza y termina con una mirada que avanza desde el Océano Atlántico, atraviesa el Delta del Orinoco y se interna en la selva guayanesa y sus poblaciones, para luego deshacer la ruta.” (1991: XVI). Finalmente, François Delprat, en “Une géopoétique: du récit du voyage à *Canaima* de Rómulo Gallegos” (2009), destaca el valor estético de sus descripciones paisajísticas.

Respecto a *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, solo hemos encontrado algunos trabajos que pueden ser considerados en atención a la problemática que planteamos: Ainsa (1986); Echavarría (1987), “La confluencia de las aguas: la geografía como configuración del tiempo en *Los pasos perdidos* de Carpentier” y *Heart of Darkness*”; y S. Juan-Navarro, (2002), “Las cárceles imaginarias de Sísifo: Visión de la ciudad arquetípica en *Los pasos perdidos*”.

Para el caso de *La Vorágine* de José Eustasio Rivera (que trataremos de soslayo), sólo encontramos del lado de los geógrafos una referencia en Andrés Guhl (2011): “El medio

ambiente en el quehacer de la geografía colombiana”. Para él, el ambiente se reparte en visiones dicotómicas que contraponen el desarrollo y el espacio a conservar; por otro lado, como escenario del hombre que lucha con la naturaleza, con saldos cuya valoración cambia según la perspectiva esté ligada al desarrollismo o a una concepción negativa del impacto ambiental sobre el hombre. En este sentido señala que la obra de Rivera muestra el fracaso del proyecto al mostrar como el hombre sucumbe ante la selva. Sin embargo, señala que “La percepción de muchos colombianos es que la naturaleza hay que conquistarla, y que el medio ambiente es para transformarlo. Hay un imaginario muy poderoso de que un paisaje transformado es una muestra de progreso y desarrollo” (*Ibidem*: 141). En la crítica literaria se destaca las importantes interpretaciones de Ainsa (2004a; 1986), quien destaca el poder de la selva sobre el sujeto geográfico como propuesta valorativa que hace Rivera; en este caso, la naturaleza actúa sobre los personajes, que son devorados poco a poco por el entorno geográfico sin poder encontrarse en él, el espacio se mueve pues en una tensión con cargas paradójicas que, sin embargo, terminan por extraviarse en la geografía interior del “mapa americano”.

En los repertorios críticos sobre la poesía del Orinoco, la atención a la relación geografía-literatura es escasa por no decir inexistente. Para el caso de Andrés Eloy Blanco y la geografía solo hemos encontrado un trabajo descriptivo y sin mayor profundidad crítica del geógrafo F. Escamilla (2004), quién resalta los valores múltiples de la obra de este poeta, sobre todo en atención a las ciencias sociales, entre ellas la geografía. Escamilla pone en relevancia los conflictos territoriales y las relaciones comparadas entre lugares. Resaltan por otro lado, los valores poéticos del paisaje en la obra de Andrés Eloy Blanco, que Sambrano y Miliani (1971) destacaron en ese giro social que presentaba la literatura emergente de la tensión entre dictadura y democracia. En relación con Juan Liscano y Luz Machado Ardao, no hemos hallado textos sobre el tema en estudio.

En atención a las valoraciones del paisaje en relación con la visión positiva o negativa, como señala Ainsa (2004a), existe un corpus de obras que se reducen a un gran enunciado: son novelas de la selva en las que aparece una tensión entre “el jardín del edén y el infierno verde”. En el contrapunto de esas dos metáforas, se construye una interpretación geográfica que pregunta por las formas de percepción y de valoración de los lugares. De ese corpus de relatos —salvo *La Vorágine* ambientada en la cuenca Amazónica en su mayor parte y en la zona fronteriza de la cuenca Orinoquense de Colombia y Venezuela en algunos episodios—, nos ocuparemos en lo que sigue.

La identidad geográfica en las novelas a considerar, indican una *espacialización* que implica una búsqueda y un encuentro siempre redefinido: el texto que traduce el viaje (se presentan siempre como un desplazamiento que causa un desequilibrio en la observación estable y las convenciones y prejuicios elaborados sobre los espacios naturales), contenido de lugares que se archivan, pero también de asombros de un viaje paralelo, el geográfico. En ese trayecto hacia lo profundo, el sujeto se mueve y siente el espacio que configura el trayecto cultural de lo conocido a lo desconocido, como expresa muy bien la metáfora de “los pasos perdidos” de Carpentier con relación a algún lugar del Alto Orinoco.

La narración es, pues, un tránsito entre espacios y una fijación de lugares a través del paisaje. La alter-geografía aquí indica la voz que nombra polifónicamente, considera el valor material y no material del espacio, la imagen como organizadora del cronotopo geográfico del Orinoco, que concentra en sí mismo el *pathosformeln*, la forma emotiva, que es también un modo de conocer.

Si observamos grosso modo y en términos comparados para ganar en el ejercicio crítico, la relación que se puede establecer entre literatura y geografía en el siglo XIX con respecto al Orinoco y otros espacios tropicales con las que emergen de una nueva situación en el XX, podemos distinguir al menos tres vectores importantes:

A). El primer discurso literario se vincula al género de novelas de aventuras y científicas o con contenidos didácticos del último tercio del siglo XIX, y cuyo vector eje concierne a un conocimiento que llamaremos con Otmar Ette (2001), *Humboltian Writing*: una práctica que articula la curiosidad de la ciencia y del dato con la capacidad de asombrarse e invocar, como señala Humboldt —cuya presencia subyace en los textos literarios y científicos sobre el Orinoco— el poder de la imaginación en la relación hombre y cosmos. El contacto de los sentidos con el paisaje, imprimen un goce no explicable sin la interacción sujeto-mundo, sin la configuración de la superficie del globo y de los fenómenos físicos (Humboldt, 1944 [1848-1858]: 25).

El ejercicio estético cumple una función narrativa, emotiva y literaria que no es mero decoro, sino que inviste al lugar de significación y, a la vez, traduce lo bello en un lenguaje que recoge esa impresión ante el paisaje valorado en términos artísticos como creación de la naturaleza, como efecto del espacio en el individuo. El sentimiento de la naturaleza no es ajeno a ese discurso de borde, que la modernidad primera de la geografía que Humboldt (*ídem*) y Reclus (1993 [1866]) proponían como valor resultante del contacto con la naturaleza, una aspiración romántica y anarquista que impregna los discursos y las actitudes de los viajeros humboldtianos en su tránsito por ríos, montañas, selvas, planicies y desiertos.

B). La otra actitud ante el espacio que se detecta en el siglo XIX tiene, como también hemos sostenido, su fundación en el proyecto de Andrés Bello esbozado en su poética que convoca el espacio, que lo organiza dentro de una imagen de la América. Ese giro de la mirada de Bello (Cuevas, 2016a), tiene una significación importante porque marca el germen de una búsqueda y un detenerse en los lugares que se habitan, en los paisajes que se contemplan para darle sentido al sujeto nacional dentro de una escala americana. Bello es, por otro lado, como era común para la élite letrada americana, un lector de Humboldt. Estos lectores no eran meros seguidores, sino que en la recepción de las ideas imprimían un giro distintivo, que implicaba un modo diferente de valorar el espacio y los lugares dentro de un proceso de construcción identitaria, signado por una mirada paisajística envuelta en los colores locales y en la celebración del campo.

Sin embargo, los exponentes de esos discursos literarios, en su mayoría, no recorrieron el Continente, no remontaron los ríos, no subieron montañas, ni estuvieron en las periferias, aunque sí se nutrieron de los informes geográficos sobre los cuales fraguó la imaginación poética. No obstante, cumplieron una función fundamental: construyeron una imaginación geográfica del espacio interior, en especial del rural contiguo que investían de costumbres, de estampas paisajísticas que dotaban de significado bucólico a ese otro mundo diferente a la ciudad, envuelto en la atmósfera de la modernización. En todo caso, encontramos en Bello un giro de la mirada que indica un vector espacial que liga a las comunidades de los letrados criollos con el espacio, concebido en términos de una identidad que empieza a interrogarse por el lugar que se habita y por el lugar en el orden del mundo.

C) La literatura de la primera mitad del siglo XX, se nutre del quehacer literario del siglo XIX, pero marcando una diferencia dialéctica: los escritores del Orinoco han vivido la experiencia espacial del río o del trópico, es decir, viajaron a los espacios interiores y contemplaron los paisajes fluviales y selváticos. Esta vivencia funda algo novedoso, que moviliza e invierte el prejuicio sobre las otras geografías. Rivera siendo, funcionario del Estado colombiano, participa de las comisiones de límites colombo-venezolanas en 1922; por ello, visita los llanos y las zonas selváticas en los límites entre ambas naciones, recorriendo el Orinoco Medio y Alto desde Puerto Carreño hasta el Guaviare y San Fernando de Atabapo, en un tránsito que luego lo lleva a Manaos por el río Pimichín y Río Negro. Rómulo Gallegos emprendió, por su parte, viajes al interior de Venezuela, en especial la cuenca del Orinoco; el primero, el de 1927, al río Apure; y el segundo, en 1931, al Orinoco, que recorre en buena parte. Alejo Carpentier transitará el Orinoco y la parte sur de su cuenca en la Guayana, en 1947. Los poetas Andrés Eloy Blanco, Luz Machado Ardao (nacida en Ciudad Bolívar a

orillas del Orinoco) y Juan Liscano, entre 1920 y 1955, recorrieron tramos del Orinoco, de allí que el fenómeno fluvial les proporcionó esa grafía objetiva, esa materia abierta a la mirada, que luego era traducida en términos de la otra grafía, que produce el sentido estético y la carga de iconicidad de lo experimentado.

La geografía vivida en el decurso de sus travesías les permite a estos escritores organizar un cronotopo que deja sin efecto la concepción del mero escenario de la trama, y transforma el espacio en el lugar de la experiencia que afirma el objeto paisajístico y al sujeto que interactúa con éste.

En este sentido, la novela y la poesía urden un nuevo signo de identidad. El sujeto que participa en la narración busca su ser en el espacio interior, y en el reto paradójico que suscita descubrir, en el espacio profundo de las *terra incognitae*, una nueva forma de orientar su puesto en el mundo, en conexión entre lo interno subjetivo y la geografía de la periferia. Esa búsqueda del viaje que actúa como metáfora y símbolo de un encuentro que tiene lugares, que se constituye a partir de un espacio practicado y vivido, pero también el develar de lo ausente, de lo que vuelve a aparecer y de lo no nombrado que, sin embargo, abre su horizonte de expectativas.

Los juegos del *aquí* y del *allá* se convocan otra vez en la literatura y la ciencia.

En este punto es importante resaltar que uno de los niveles del espacio es el simbólico (Meinig, 1979; Claval, 1982; Cosgrove, 1998), y esta particularidad hace que la geografía sea parte de la experiencia cultural del espacio (Gómez Rojas, 2001:122). En tal orden de ideas, ciertos textos literarios organizan un *corpus* y les da sentido en torno a una región. En esa operación geográfica reside uno de sus valores geo-simbólicos (Bonnemaison, 1981), y no en una correspondencia exacta de lo narrado y descrito con el mundo fáctico, con el espacio físico.

Hay una lectura que liga la representación de un lugar con el espacio físico, se carga semánticamente en el lenguaje bajo el cual toma sentido. Por ello, la literatura del Orinoco edifica una imaginación geográfica del río, organiza la historia narrativa en sus lugares y paisajes, y en la relación emotiva que de que de la misma surge. De este modo la literatura comporta un esfuerzo correlativo al geográfico, al delinear la imagen de una región, al ejecutar la visualización espacial con metáforas envolventes.

Representar una región es construirla como un icono, y no como una imagen copia, sino una especie de modelo geográfico en que la explicación dada “vale por...”, hace las veces de ... ese ausente de nuestra propia experiencia que es ese espacio desconocido, el *allá*. Esta relación de representación de lugartenencia es inherente a la intencionalidad del conocimiento geográfico. Hay, por un lado, el espacio

colectivamente vivido por los hombres del allá y, por otro, el espacio de la explicación que de él se hace. (Gómez-Rojas, 2001: 122).

En ese momento las posiciones del *aquí* y del *allá* se hacen vectoriales, conectan la relación de habitar e imprimir sentido a ese “estar”, un lugar de enunciación. Al hablar del espacio practicado que convoca un nuevo *pathos* ligado a la identidad, el habitar es un ensamble de paisajes cargados de emociones y portadores de una relación ética, que impulsa a la crítica expresa o implícita en muchas de las obras literarias de tema americano, que refieren al espacio ausente donde es posible volver a encontrar la identidad, donde es posible una fuga del mundo de la ciudad para vivir la utopía.

El valor emotivo del paisaje, portador de nuevas sensibilidades literarias, remitirá a una dimensión práctica de la territorialidad, no explicable sin el concurso de lo corpóreo y los sentidos, a través de la cual se conecta con la exterioridad, reorganizándola en la representación de lo visto y lo sentido: “El paisaje es la liga, el vínculo, el lugar de una reunión y una sensación casi sensual entre el hombre y la tierra” (Bonnemaisson, 1981: 256).

Como veremos a continuación, los paisajes con respecto al Orinoco se suceden como imágenes. Responden a una economía del discurso geográfico que subvierte los cánones. Son recortes que fijan los lugares brindando una estabilidad. Estimulan, por otro lado, una proyección de la imaginación, establecen la diferencia y producen el asombro, así como efectos de presencia. En su conjunto, muestran los diversos modos de acercamiento ligados al espacio paratáctico y liminar. También muestran el cronotopo que da sentido al paisaje, y a los paisajes que conformarán el archivo geográfico, que brinda anclajes al imaginario y le da sentido en el espacio público al brindar una metáfora del espacio que organiza la mirada en la distancia y una proximidad inquietante que carga en sí misma la posibilidad de territorializar.

La literatura, en ese movimiento constructivo, juega un papel alter-geográfico como correlato de la ciencia en la producción de imágenes geográficas, amplía la grafía subjetiva a través de la cual, según Dardel (1952), la geografía se vincula a la dimensión existencial. Aquí el *ethos* y el *pathos*, como formas afectivas de argumentación retórica, convocan para el uno, el *ethos*, una imagen del sujeto que se compromete con el espacio que habita, que se siente movido a develar y decir, que tiene una autoridad moral; y para el otro, el *pathos*, la vinculación se aleja de lo que se presenta como dado, para urdir un modo de comunicar la emoción, el sentimiento de la contemplación del lugar, la emergencia del espacio como una apropiación y reconocimiento de la diferencia. Ambas operaciones tejen una *topofilia* peculiar sobre el espacio fluvial. Tras de la cual se esconden metáforas que parten del río para explicar

la triple relación del hombre, de la naturaleza y de la cultura, cuyas metáforas y cronotopos geográficos dan consistencia ontológica a la condición geográfica de habitar y de narrarlo, en términos de una relación más íntima del hombre con los lugares y con los fenómenos geográficos que, como el río Orinoco, organiza un referente sobre el cual se teje la imaginación geográfica.

7.4.1 Espacio, paisaje e identidad en *Canaima* de Rómulo Gallegos.

Canaima de Rómulo Gallegos, editada en 1935, se ambienta en el área del Orinoco y la Guayana venezolana. La trama de esta novela, inscrita en los llamados ciclos de la selva, envuelve a dos personajes: a Marcos Vargas y al paisaje del Orinoco, que muestra una tensión entre los paisajes naturales y la dicotomía entre dos geografías humanas: la de los indios y la occidental, “civilizada o racional”, que propicia la implantación del modelo de explotación capitalista, que se superpone sobre relaciones de poder tradicionales ligadas a los caudillos locales. Junto a ese pliegue se presenta otro existencial, el de la crisis de conciencia de sus actores, entre ellos Marcos Vargas que intenta encontrar su identidad en estos espacios periféricos.

Marcos Vargas encarna el ideal de la geografía de la aventura y de la pulsión del viaje. Pero el sujeto geográfico del relato no lo envuelve el aura romántica de la aventura, que era el rasgo de las novelas del XIX. El sujeto geográfico encarna una nueva disposición del cuerpo, que obedece a la imaginación geográfica en construcción de una comunidad que se busca en el espacio. Marcos Vargas ha sido formado desde niño con un conocimiento “vasto de la geografía de la región”, la ha aprendido en sus derroteros y en los relatos de los viajeros, de los caucheros. Se mueve entre la biblioteca y la vivencia del viaje, y de una comunicación “viajera” que se construye en los prácticos de los ríos, las selvas, los llanos y las montañas. El sujeto geográfico, encarnado por Vargas, confronta dos modos de conocer, mediante los cuales la geografía concreta se muestra superior a la geografía libresco. Para este sujeto, la geografía practicada, la que se recorre, es forma superior de conocer: “La geografía viva, [había sido] aprendida a través de los relatos de los caucheros, mientras que para la muerta que podían enseñarle en la escuela, así como para todo lo que allí quisieran meterle en la cabeza, no demostraba interés alguno.” (Gallegos, (1991 [1935]): 9)

En el marco orinoquense se produce un movimiento importante en los juegos entre el *aquí* y el *allá*. Desde este punto de vista, los itinerarios en los que se despliega la novela importan y deben leerse tanto en la perspectiva de un trayecto vectorial (Ette, 2012), como la

de un viaje con desvíos que alimentan la imaginación geográfica a partir de lo inesperado (Gregory, 2000), que tiene en el río Orinoco, en su compleja hidrografía y en las selvas guayanesas su eje. Las sendas fluviales y terrestres recorridas marcan a su vez cinco ritmos del viaje que envuelven sendos actos de percepción espacial:

-El desplazamiento centro/periferia, el encuentro de apertura con el Orinoco ascendiendo desde el Delta.

-El giro perceptivo del paisaje, que pone en juego e invierte las cargas semánticas del valor negativo o positivo del río y de la selva.

- La búsqueda de riqueza al calor de la explotación de recursos básicamente caucho y oro.

-La desestabilización del ser-estar en un lugar.

-Y, finalmente, el movimiento centrífugo. La huida hacia el espacio interior, buscando un horizonte nuevo que se viste de utopía en la imaginación geográfica, de un más allá que representado en la naturaleza profunda del río, se reviste de la esperanza.

La lectura geográfica cobra forma a partir de estos movimientos.

Canaima se abre describiendo la entrada al río Orinoco desde el Atlántico y la isla de Trinidad por las intrincadas bocas del Delta. El paisaje es asombroso, “inquietante”, imbuido de “un primaveral espanto de la primera mañana del mundo” (Gallegos, (1991 [1935]): 4). El Delta laberíntico es un umbral, su primer acceso enfrenta al viajero con la percepción del ambiente de superficie bifurcada que es umbral hacia otro mundo: “Bocas del Orinoco. Puertas apenas entornadas todavía, de una región en donde imperan tiempos de violencia y de aventura...” (Ibidem: 3)

A partir de este punto, se desprende otra caracterización imaginaria del río que se hace orgánica, se lo personifica siguiendo los estadios del tiempo de los hombres. El Delta fase terminal del despliegue en arco del río Orinoco, desde la sierra Parima en donde están sus fuentes es pues en el dibujo de la travesía fluvial:

Término fecundo de una larga jornada que aún no se sabe precisamente en donde empezó, el río niño de los alegres regatos al pie del Parima, el río joven de los alardosos escarceos de los pequeños raudales, el río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atures, ya viejo y majestuoso sobre el vértice del Delta, reparte sus caudales y despide sus hijos hacia la gran aventura del mar... (Ibidem: 3-4)

La descripción de las aguas y su inmensa red de ríos dibuja una imagen fluvial imponente: la cuenca es investida de una naturaleza húmeda que impregna el espacio en el cual se desarrolla la novela. De ese modo, el Orinoco se convierte en un eje físico que organiza la geografía de *Canaima*, y en un espacio cuya magnitud se presenta desafiante a la experiencia humana de los sentidos.

Las que manaron al pie de los páramos andinos y perdieron la cuenta de las jornadas atravesando el llano; las que vinieron de la remota Parima, de raudales en chorreras, de cataratas en remansos, a través de la selva misteriosa y las que acaban de brotar por allí mismo, tiernas todavía, olorosas a manantial. Todas estaban allí extendidas, reposadas, hondas y eran todo el paisaje venezolano bajo un trozo de su cielo. (Ibidem:5)

El espacio de la Guayana se define en *Canaima* en el marco de una geografía dominada por una serie de factores físicos y humanos, que responden a una tensión entre el determinismo y el posibilismo que en términos comparados se percibe de un modo más directo en *Doña Bárbara*, anterior a *Canaima*, ambientada en el río Apure, tributario del Orinoco (Cunill, 2009).

El espacio geográfico de *Canaima* es visto como un trabajo inconcluso del movimiento de los hombres y, por ello, se amplifica la posibilidad que esta labor promete sobre la naturaleza, a expandir en un primer movimiento la civilización sobre la barbarie, sobre el mundo salvaje. La geografía del viaje convoca a una sensación de estar en una geografía inestable que presenta características diversas, cuyo punto de intersección está en el misterio de las fuentes de los ríos, y en la opacidad de su precaria organización espacial, esta tierra vasta será:

La de los innumerables ríos de ignotas fuentes que la atraviesan sin regarla —aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta—, la de la trocha de sabana y la pica de montaña al rumbo incierto por donde debieran ser ya los caminos bien trabados, la de las inmensas regiones misteriosas donde aún no ha penetrado el hombre, la del aborígen abandonado a su condición primitiva, que languidece y se extingue como raza sin haber existido como pueblo para la vida del país.

Venezuela del descubrimiento y la colonización inconclusos. Pero la de la brava empresa para la fortuna rápida: selvas caucheras desde el alto Orinoco y sus afluentes hasta el Cuyuní y los suyos y hasta las bocas de aquél, sarrapiales del Caura, oro de las arenas del Yuruari, diamantes del Caroní, oro de los placeres y filones inexhaustos del alto Cuyuní... Guayana era un tapete milagroso donde un azar magnífico echaba los dados y todos los hombres audaces querían ser de la partida. (Gallegos, (1991 [1935]): 6)

La disposición de un espacio propenso a la penetración también muestra la cara de los obstáculos de una naturaleza peligrosa al avance de la modernidad:

Porque junto al tesoro [expresado en sus recursos naturales], vigilaba el dragón. El mortífero beriberi de los bajumbales caucheros, las fiebres fulminantes que carbonizan la sangre, las fieras, la arañamona y el veinticuatro de las mordeduras tremendas, la culebra cuaíma del veneno veloz, el raudal que trabuca y vuelve astillas la frágil curiara que se arriesga a correrlo, el hombre de presa, fugitivo de la justicia o campante por sus fueros, el Hombre Macho, semidiós de las bárbaras tierras, sin ley ni freno en el feudo de la violencia y el espectáculo mismo de la selva antihumana, satánica, de cuyo fascinante influjo ya más no se libra quien la ha contemplado. Pero Guayana era una palabra mágica que enardecía los corazones. (Ibidem: 6, 7).

Junto a esta relación compleja del cuerpo con el entorno practicado, se muestra otra visión sobre la vida indígena, que habla de otra tragedia ligada a la implantación de un modelo occidental sobre las frágiles condiciones de una geografía humana que, en el caso de las etnias orinoquenses, estaba vinculada a la práctica de un espacio marcado por una interacción con los ciclos naturales de abundancia y carestía. No obstante, para los nativos, la selva no era hostil: “Los enemigos implacables del aborígen, causas de la migración de sus tribus [son]: la tuberculosis, que los diezma y el cauchero, que los explotaba y los tiranizaba” *Canaima* toma un giro de denuncia comparable al de *La Vorágine* de José Eustasio Rivera, que muestra, la trágica vida de los caucheros y de los indios. Pero también se mueve en la denuncia con cierta ambigüedad, pues ese espacio de la explotación del caucho y del Balatá deteriora los espacios naturales, ante “La costumbre de perseguir riquezas ilusas a costa de los indios y los árboles...” la naturaleza es un órgano vivo que se defiende, pero además es un poder invocado por los oprimidos: “¿Por qué no ruge toda la selva y nos aplasta como a reptiles para castigar la explotación vil?” El espacio en Rivera esgrime una fuerza de justicia sobre el hombre que violó el pacto natural. En Gallegos, esta relación es ambivalente, por un lado, expresa un encanto maligno y de extravío en la selva: el Dios Canaima, por otro, es condición de posibilidad de una transformación del hombre que huye de la civilización, que porta un signo destructivo. El hombre que huye puede encontrarse así mismo en lo profundo de las selvas.

De ese modo, la oposición entre los racionales, los blancos, frente a los irracionales, los indios sin mestizaje, se invierte en la personalidad de los caucheros descritos en *Canaima*. Hombres que cada vez son más violentos y, sin embargo, conservan ciertos códigos que limitan de cierta forma el Estado de naturaleza. En todo caso, en el espacio plácido del Orinoco, la civilización y sus pretendidos logros comienza a mostrar su impacto negativo sobre las otras geografías humanas. La tensión resultante marca la simbología que tomará el final de la obra, cuando Marcos Vargas |-que se pregunta siempre por su ser que convoca la virilidad para adentrarse en esos espacios-, cuya interrogante por la identidad gira en torno al:

“se es o no se es”, encuentra la respuesta en el espacio de la geografía profunda. Opera entonces una inversión entre civilizados y bárbaros

Al drama geográfico que moviliza al hombre ante un entorno difícil pero abierto a posibilidades, conviene agregar la percepción de que, en el futuro, ante la crisis de relaciones entre el hombre y la naturaleza, entre la ciudad y la geografía profunda, entre el logos de la implantación de los valores de occidente y de sus modos de explotación, se abre la brecha incierta de la positividad o la negatividad de esta lucha, que muestra las paradojas de la relación humana con el entorno que practica. Éste en la medida en que los trayectos hacia el espacio interior se amplían, expresan la conflictividad de los pliegues de la trama, marcada por los cambios en los personajes en la medida que son determinados por el entorno, pero también por las relaciones de poder y la tensión entre la naturaleza y la cultura hasta ser modelados por Canaima: el Dios maligno de los Maquiritares y Waicas (etnias del alto Orinoco y del Paragua), encarnación del poder destructor de la naturaleza, expresión del encanto enceguecedor de los misterios de la selva, que atrapan poco a poco a Marcos Vargas. En tal sentido, la siguiente cita expresa esa relación de contemplación y pequeñez del hombre ante el peso de la naturaleza del Orinoco y de la Guayana.

¡Árboles! ¡Árboles! ¡Árboles!... La exasperante monotonía de la variedad infinita, lo abrumador de lo múltiple y uno hasta el embrutecimiento. Al principio fue la decepción. Aquello carecía de grandeza; no era, por lo menos, como se lo había imaginado. No se veían los árboles corpulentos en torno a cuyos troncos no alcanzasen los brazos del hombre para abarcarlos; por el contrario, todos eran delgados, raquíuticos diríase, a causa de la enorme concurrencia vegetal que se disputaba el suelo. —¿Y esto era la selva? —se preguntó—. ¡Monte tupido y nada más! Pero luego empezó a sentir que la grandeza estaba en la infinitud, en la repetición obsesionante de un motivo único al parecer. ¡Árboles, árboles, árboles! Una sola bóveda verde sobre miríadas de columnas afelpadas de musgos, tiñosas de líquenes, cubiertas de parásitas y trepadoras, trenzadas y estranguladas por bejucos tan gruesos como troncos de árboles. ¡Barreras de árboles, murallas de árboles, macizos de árboles! Siglos perennes desde la raíz hasta los copos, fuerzas descomunales en la absoluta inmovilidad aparente, torrente de savia corriendo en silencio. Verdes abismos callados... Bejucos, marañas... ¡Árboles! ¡Árboles! He aquí la selva fascinante de cuyo influjo ya más no se libraría Marcos Vargas. El mundo abismal donde reposan las claves milenarias. La selva antihumana. (Gallegos, (1991 [1935]): 119)

Los espacios fluviales y selváticos articulan literariamente una zona ominosa, amenazante. El imaginario geográfico gira alrededor de una oposición entre naturaleza y cultura. Con anterioridad a Gallegos, La selva en *La Vorágine* personifica un poder salvaje irredento contra las fuerzas del progreso que terminan por envolver al hombre: “¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel

verde?” (1953 [1924]), Sin embargo, ante la opresión de una naturaleza impregnada del horror sublime, que convoca la topofilia y la topofobia en el juego de las paradojas del trópico visto con mayor complejidad en Gallegos, el sujeto geográfico no sucumbe del todo —como sucede en *La Vorágine* al modo de los personajes de Conrad— pues aún a éste le queda su voluntad de trabajar en el espacio de promisión.

En el trayecto final de *Canaima*, cuando Marcos Vargas se halla en el alto Ventuari (uno de los ríos guayaneses tributario del Orinoco más importantes), la posibilidad de otro orden que emerge de un dejar que la normalidad de la civilización explique el principio de esperanza utópico, que se constituye como otro espacio de posibilidades, como horizonte nuevo sobre el cual desplazarse en busca de una vida diferente a la que ofrecía el modelo de implantación occidental.

Una idea bullía en su cerebro y se había ido a ventilarla a orillas del Ventuari, ante la noche fosca con un ruedo de rojizos resplandores en el horizonte y en su vasto silencio el mugido del gran raudal de Tencua. ¿Sería posible —se preguntaba sacar algo fuerte de aquellos indios melancólicos? ¿Quedarían rescoldos avivables de la antigua rebeldía rabiosa bajo aquellas cenizas de sumisión fatalista? ¿Quién sería aquella india, de una raza desconocida, de que hablara el arinacota?... Él quería llamarla Tararana —algo de guarura guerrera sonaba en esta palabra guaraúna— e imaginársela anunciada en alguna leyenda mesiánica... Pero ¿no sería él capaz de reunir bajo su mando todas aquellas comunidades dispersas en un vasto territorio y a la cabeza de ellas emprender aquella obra grande que una vez le aconsejara Gabriel Ureña? Decirle al blanco explotador: —¡Fuera de aquí! — Y crear un gran pueblo indio... Pero ¿no sería ya la raza indígena, degenerada por enfermedades, sin cuidado ni precaución y por falta de cruzamientos y por alimentación insuficiente algo total y definitivamente perdido para la vida del país? ¿Y él mismo, por su parte, qué ideas se había traído en la cabeza que sirviesen para algo? ... Gallegos, (1991 [1935]:457)

El párrafo es esclarecedor para entender la inversión de la imaginación geográfica que pregunta por el ser y estar en un espacio, en relación con los lugares y el paisaje, en los cuales la identidad no es dada sino construida. El sujeto geográfico se desestabiliza y cobra conciencia de su puesto en el mundo. Se abre una posibilidad espacial de fuga frente al logos europeo. Sin embargo, el problema no se queda en esa edificación de una posibilidad diferente, de un cronotopo nuevo para las narrativas de identidad, también en la obra de Gallegos hay lugar para el progreso de ese logos cuya modernidad incipiente, inconclusa, es una tendencia inevitable sobre el otro espacio, el rural, el de la selva, el del río. Marcos Vargas lleva en sí el conflicto entre el logos occidental y la nueva experiencia del espacio. *Canaima* se mueve entre las paradojas del cierre y de la denuncia de ese logos, y de la incertidumbre y condición de posibilidad del horizonte abierto que encarna el mestizaje.

Las imágenes geográficas hacen un trabajo en el interior de las sociedades distantes (las del *allá* civilizado), hacia las que dirigen sus mensajes. Los lectores metropolitanos encarnan el *allá* urbano, son sus destinatarios. Hilan un imaginario geográfico que transporta visiones ambivalentes sobre el espacio geográfico. Lo salvaje desde ese enfoque puede significar obstáculo civilizatorio a vencer, o, por el contrario, muestran el espejo invertido de una utopía natural, que redime la caída del salvaje ante la implacable lógica del progreso.

Esa operación de inversión del valor de los espacios trabaja sobre esa doble condición de lo salvaje-obstáculo y lo salvaje-esperanza, tomando partido por una suerte de idealización del espacio salvaje. Pero también como una perspectiva bajo la que se esconde el poder crítico del realismo en relación con los espacios naturales.

El río Orinoco y las selvas que lo rodean en la margen oriental y sur, se convierten en metáfora que enlaza la materia y la imaginación literaria para denunciar el impacto del progreso, que lleva la impronta de la explotación del caucho, el oro y los diamantes. Pero no descansa sobre este acto de crítica, también invita a construir otra relación, que siendo borde frente a lo establecido, retoma la defensa de la otra geografía.

En estos términos entenderemos la relación estética funcional que contienen las descripciones del paisaje en *Canaima*. No cumplen solo una descripción decorativa, son también dispositivos de captura de una imagen que permite situar al sujeto en un cronotopo geográfico de la esperanza, del tercer espacio que admite la convivencia, la coexistencia y el apoyo mutuo o, al modo de pensar de los intelectuales de la década de los 30 del siglo XX, del mestizaje como un factor de cambio.

Desde esta perspectiva, que confronta discursos, es impensable un espacio neutro. El espacio se carga semánticamente de visiones encontradas. Así tenemos desde la imagen idealizada del río hasta imágenes menos complacientes de una geografía existencial que forma parte de la alter-geografía, que convoca la novela y que presiona la pregunta por la imaginación geográfica.

7.4.2 El Orinoco, cronotopo y metáfora espacial de América, desplazamiento e inversión del *aquí* y del *allá* en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier.

Los pasos perdidos, editado en 1953, casi dos años después del hallazgo las fuentes del Orinoco, prosigue el trabajo de la imaginación geográfica y construye un cronotopo narrativo sobre el río. Surgida de la vivencia del autor y de una focalización de escritos ajenos y anteriores profundiza la ontología espacial.

En su estadía en Venezuela y a través de diversos medios, entre ellos el periodístico, Carpentier escribió alrededor de 18 artículos¹²³ referidos al Orinoco y a la Guayana; en los que este escritor de origen cubano expresaba la fascinación por una geografía interior que se abría como *terra incognitae*, sobre la cual se proyecta un trayecto que cuestiona la relación unívoca del *aquí* y del *allá* y, con ello, de una identidad que se explica en el giro cronotópico de la experiencia a la que remite la geografía profunda del continente, los espacios omitidos, la otra geografía.

El sujeto que viaja, que dará cuenta del espacio, que vive la aventura de la travesía y del paisaje que ve, es radicalmente diferente a “el poeta” o al escritor que habla del Orinoco sin haber estado allí como, por ejemplo, Jules Verne. En tal sentido, Carpentier contrapone el acto del hablar sobre el espacio a practicarlo y vivirlo a la vista del descubrimiento de las fuentes del Orinoco en 1951 (2014: 21-22). Una de las fotografías de esa expedición convoca para él, otro tipo de emoción y efecto de presencia que moviliza el *pathosformelm*, que dinamiza las relaciones escalares, pues el lector a la distancia toma conciencia de ella y fija en la memoria los lugares, que los sujetos presentes en las fuentes han retratado. Pero el cronotopo bajo la forma del espacio de experiencia del trópico no se detiene allí, permite construir un sentido de profundidad y de alteridad de los juegos del tiempo del *aquí* y del *allá* que trastocan todo, hasta la facultad de imaginar la dimensión del espacio y sus cualidades geo-sensitivas.

Ante esa foto cargada de sugerencias, de fluido poético, que debemos a las cámaras de la victoriosa expedición franco-venezolana, pienso en todo lo que no pudieron imaginar, lejos del Orinoco, ni el poeta ultramarino ni el novelista imaginativo. Porque las visiones, las imágenes que nos ofrece el padre Río van mucho más allá de los vuelos de garzas, de los caimanes que dormitan un playón, en cuanto a la presencia de lo fantástico real, de lo real maravilloso... (Ibidem:22).

Esa relación corporal se halla en *Los Pasos perdidos*. Allí, el protagonista —que va a buscar instrumentos musicales en lo profundo del Orinoco para redefinir el nacimiento de la polifonía y la armonía como teoría fundacional de la música— vive el espacio, transita de Europa, el *allá*, al Orinoco, que se convierte en el *aquí* para encontrar en la selva una emergencia diferente de la relación del hombre con la naturaleza, expresada en el despertar de todos los sentidos del conocimiento. Ese hombre en la selva orinoquense transita desde la sensación de estar a otro nivel perceptivo que se abre a la contemplación de la naturaleza, que impele a meditar y activar la curiosidad: ...mi cerebro [dice el protagonista], se ha puesto a

¹²³ La mayor parte de estos artículos fueron compilados en *Visión de Venezuela* (2014)

trabajar, como después de un reposo necesario, en un ritmo impaciente y ansioso. Hay mañanas en que quisiera ser naturalista, geólogo, etnógrafo, botánico, historiador, para comprenderlo todo, anotarlo todo, explicar en lo posible. (Carpentier, 1980 [1953]): 213).

El lugar, el espacio del Orinoco, el río como fenómeno importan en el cambio de percepción que edifica entonces un impulso a la curiosidad, hacia lo que podríamos llamar lo múltiple cognitivo, que emerge de la experiencia del Orinoco, del entrecruce del sujeto con la exterioridad. La novela convoca varios niveles de lectura, que se tocan con los problemas geográficos que la alter-geografía literaria puede privilegiar, y propone, entre esos niveles, el problema de la identidad en el espacio (el cronotopo del espacio de experiencia y de los diferentes tiempos que interactúan entre el logos occidental y el logos de lo salvaje que se reivindica al encontrarse con los indios y con el paisaje).

Ese movimiento aparece en *la Vorágine* y en *Canaima*, pero se vuelve meditación geosófica en Carpentier. En tal sentido, Ainsa (2004b) capta el viaje en *Los Pasos Perdidos* como un “espacio que va accediendo a la experiencia”. Nosotros por otro lado, vemos en el espacio practicado, la emergencia de un cronotopo geográfico que habla de un giro en la imaginación geográfica, que contiene, en su dinámica y en su urdimbre, la traducción del mundo material, una novedad para la identidad americana en el reconocimiento de su geografía. A partir de una frase en la novela, que funciona como paradoja al final de la misma: “Los mundos nuevos tienen que ser vividos, antes que explicados” (Carpentier, 1980 [1953]): 278), se despliega una problematización del mundo de la vida que implica el estar orientado en el espacio, de ser con él.

El viaje culmina hacia un nuevo centro, que el sujeto encuentra luego de una búsqueda intensiva en los ríos y las selvas: “El verdadero centro del mundo [dice Ainsa]. está donde el hombre ha decidido abrir un claro en la selva y significar el espacio para convertirlo en su tiempo presente. El centro del mundo buscado con ansiedad, está finalmente en donde se logra ser uno mismo” (Ainsa, 2004b). No obstante, en nuestra lectura, ese viaje a lo profundo del río Orinoco se mantiene abierto, alimentando la angustia y la incertidumbre por los espacios internos que se esconden en las fuentes del río.

Sin embargo, es conveniente amplificar el proceso de constitución de esa identidad en el espacio. La identidad geográfica, ligada a un proceso de *espacialización*, marcado por el viaje hacia el Orinoco profundo, define su territorio en negativo frente al otro espacio, el de las metrópolis. La localización de un nuevo centro, está ejemplificado por Santa Mónica de los Venados, una ciudad convertida en otra esfera de lo posible, en metáfora espacial para

organizar una crítica de las relaciones de centro-periferia de la vida desgastada de la ciudad con la nueva vitalidad del ser en la naturaleza.

La figura del Adelantado (un ser enigmático que fundó una ciudad en algún lugar de las cabeceras de los ríos del Alto Orinoco) personifica, junto al protagonista, al sujeto de la identidad que deja la ciudad de la decadencia para fundar otra vestida por la utopía. Este adelantado ha sido cautivado por la *terra incognitae*:

Repasa los extraños nombres de ríos ignorados por los libros; obsesionado por la percutiente sonoridad del Cataniapo o del Cunucunuma, sueña frente a los mapas, contemplando incasablemente las zonas coloreadas en verde, desnudas, donde no aparecen nombres de poblaciones. y un día, al alba sale por una ventana de su laboratorio, hacia el embarcadero donde los mineros izan la vela de su barca, y ofrece remedios a cambio de ser llevado. Durante diez años comparte las miserias, desengaños, rencores, insistencias más o menos afortunadas, de los buscadores. Nunca favorecido, se aventura más lejos, cada vez lejos, cada vez más solo, habituado ya a hablar con su propia sombra. (” (Carpentier, 1980 [1953]): 197)

En ese trayecto al corazón de la selva, el sujeto geográfico no desaparece aplastado por la vegetación como en *la Vorágine* o en *El Corazón de las Tinieblas*. El sujeto geográfico se impone como agente. Sin embargo, la nueva acción transforma el mundo, como sucede en el antecedente inmediato de ciudad utópica: *El Soberbio Orinoco*, con la misión de Santa Juana en lo hondo del Parima. y con la fuga del sujeto hacia alguna parte que lleva la impronta de lo diferente para que pueda ser libre como en *Canaima*.

Carpentier completa de este modo la construcción de la utopía en la selva, funda una ciudad que, a pesar de contener aspectos de la ciudad del *allá*: de la Europa en ruinas, y de copiar los procedimientos de ocupación e implantación del modelo de ciudad hispánica colonial, no deja de inquietar porque es espejo invertido, es imagen positiva del *aquí* que es esperanza. Santa Mónica de los Venados y el Valle de las mesetas en el Orinoco profundo donde es fundada, expresa esa inquietud de un paso que, al estar perdido, se encuentra y se abre a una condición de posibilidad de edificar algo diferente:

Un día [el adelantado] se percata de que ha fundado una ciudad. Siente, probablemente, la sorpresa que yo mismo tuve al comprender que era conjugable el verbo “fundar” al hablarse de una ciudad. [...] Levanta la casa de gobierno. Firma un acta, y la entierra bajo una lápida en lugar visible. Señala el lugar del cementerio para que la misma muerte se haga cosa de orden. Ahora sabe dónde hay oro. Pero ya no le afana el oro. Ha abandonado la búsqueda de Manoa, porque mucho más le interesa ya la tierra, y, sobre ella, el poder de legislar por cuenta propia. El no pretende que esto sea algo semejante al paraíso Terrenal de los antiguos cartógrafos. Aquí hay enfermedades, azotes, reptiles venenosos, insectos, fieras que devoran los animales trabajosamente levantados; hay días de inundación y días de hambruna, y días de impotencia ante el brazo que se gangrena. Pero el brazo que se gangrena.

Pero el hombre, por muy largo atavismo, está hecho a sobrellevar tales males. Y cuando sucumbe, es trabado en una lucha primordial que figura entre las más auténticas leyes del juego de existir.” El oro – dice el Adelantado – es para los que regresan allá”. (*Ibidem*: 198)

El problema espacial de *Los Pasos Perdidos* se inscribe en este nuevo régimen de escritura. La inversión del valor del espacio es crucial. El juego tradicional de oposición: civilización/barbarie-cultura; occidente/naturaleza/cultura indígena, es alterado e invertido por una relación que se construye en un viaje hacia la profundidad periférica.

Centro y periferia son, dentro de la propuesta literaria, posiciones relativas a una experiencia ligada a la identidad espacializada que subvierte el prejuicio, trocándolo en la emergencia de un proceso de apropiación, fundador de un modo de territorializar. De esta manera, la inversión del discurso hegemónico que instrumentaliza el otro espacio, opera al *modus operandi* clásico de las utopías. Entre un espacio y lugar del deseo, y un espacio de repulsión y degradación sobre el cual se construye fuera de sus límites otro lugar, que ordena lo que en el centro es caos. Carpentier inventa un lugar, San María de los Venados, pero esa invención se localiza en ese espacio profundo, y funciona como dispositivo de inversión.

La antinomia gira hacia un centro que es el espacio profundo frente a una periferia que es el espacio exterior. El juego del *aquí* y el *allá* se desplaza convirtiendo al tradicional “aquí” europeo en un “allá”. Y el allá de los espacios fluviales y selváticos envuelto en un aura tropicalista del discurso hegemónico es cuestionado y trocado por un contra-discurso que transforma el trópico en un *aquí*. En este juego de relación e inversión, el sujeto se reconoce como agente de una promesa de hacer algo diferente, no en balde el Adelantado al referirse a los mineros que incursionan en el Alto Orinoco dice:

El oro es para lo que regresan allá.” Y ese allá suena en su boca como timbre de menosprecio- como si las ocupaciones y empeños de los de allá fuesen propias de la gente inferior. Es indudable que la naturaleza que aquí nos circunda es implacable, terrible, a pesar de su belleza. Pero los que en medio de ella viven la consideran menos mala, más tratable, que los espantos y sobresaltos, las crueldades frías. Las amenazas siempre renovadas, del mundo de allá. Aquí, las Plagas, los padecimientos posibles, los peligros naturales, son aceptados de antemano: forman parte de un orden que tiene sus rigores. La creación no es algo divertido, y todos lo admiten por instinto, aceptando el papel asignado cada cual en la vasta tragedia de lo creado. (*Ibidem*: 199)

La relación paradójica muestra la relatividad de las posiciones. Pero esta posibilidad de cambiar los sistemas de referencias no es sin el problema de la operación perceptiva de un espacio que se concibe como un centro que no está dado y por ende debe descubrirse en la relación del ser estar en el espacio, y de forma concreta en una geografía. El espacio se

convierte en un eje de un valor referencial que emerge de la compleja relación del ser y el estar en el espacio que funda la apropiación y la diferencia, el cronotopo del Orinoco (trinomio: río-selva-ciudad) se viste de una condición de futuro.

En este caso, el espacio geográfico transita de lo impreciso que puede ser cualquier punto de la geografía americana a una localización en la Orinoquia que se vuelve autorreferencial. Es decir, que parte de sí misma al fracturar el referente anterior y delinarse a partir de la negatividad frente a las convenciones del logos occidental.

El cronotopo geográfico domina entonces los sentidos del decir de la novela, del espacio geográfico que presenta y actúa como un factor determinante de la trama. En este sentido, la utopía de Carpentier puede ser descrita como contracultura de la modernidad, un espacio semejante a las antiguas misiones de los capuchinos y jesuitas del siglo XVIII en la Orinoquia, o al de la Misión de Santa Juana en Verne, o la Citta dell'Oro de Salgari; que además le sirven de marco para entender, a través de la figura del Adelantado, la larga marcha del poblamiento y su promesa de un orden gobernado por una disposición ética ante la naturaleza.

La apelación hacia ese espacio otro, permite una generalización que se abre a la condición de posibilidad, que emerge a partir del pasaje entre el mundo conocido y el nuevo mundo que está en el confín de una geografía misteriosa y asombrosa. EL descubrimiento de una razón y una metáfora libertaria que acontece en la experimentación del otro espacio que se va haciendo el espacio de identidad, se juega en el reconocimiento de un habitar, que se construye en la medida en que esa razón libertaria se despoja de la subalternidad de la herencia colonial, y restituye la experiencia al espacio vivido.

El sujeto, portador de esa pulsión erótica por un espacio diferente, es el músico que va a la selva y retorna forzosamente a la civilización, para después, transido por una nostalgia naturalista y del amor), volver y buscar la ciudad nueva oculta en la selva del alto Orinoco. Aquí los lugares importan en un momento del giro cultural emergente entre los años 30 y 50 del siglo XX, la imagen del trópico que se contiene en la obra muestra el juego de oposiciones y tiene como solución de continuidad una revaloración del espacio geográfico. En cierto modo este proceso reviste las características de una recuperación o relectura que busca, en palabras de Said, una “imaginación geográfica perdida” (1996), encontrada en el viaje literario que está marcado por la experiencia de los lugares.

La paradoja cronotópica se muestra en esa operación del cambio nacida del contacto espacio-temporal del despliegue de una “gama de alteridades”, expresada en una conexión triádica entre heterotopía, heterocronía y heterología. Todas se reagrupan en una geografía

que crea las condiciones para la emergencia del nuevo discurso de lo americano. Es como si volviéramos en otro plano del giro de la historia, a la prescripción de Bello de volver los ojos hacia los paisajes y espacios profundos de América, para reencontrar y reinventar un sendero de identidad. Ese esfuerzo implica un viaje hacia el interior del Continente.

El desplazamiento del cuerpo en el espacio juega a la inversión del *allá* y del *aquí*, y se convierte en movimiento constitutivo de la narración, cuya clave está en la geografía que practican y sienten. La interacción hombre, geografía y narración produce y modifica los documentos de cultura, cambia también la visión del espacio narrado, y también la condición de su valor. La imagen geográfica se hace móvil en correspondencia con el *homo viator* que se desplaza. “De modo que moverse es cambiar, *aliter et aliter se habere*, cambiar en sí y con relación a otros. Esto implica, por un lado, un término de referencia con relación al cual la cosa movida cambia su ser o su relación...” (Koyré, 1977: 160). En este caso la inversión, el contra-discurso modifica el espacio, trueca el lugar de enunciación.

En la obra de Carpentier, el sujeto del cambio, el americano extraviado, perdido, que vuelve sobre los pasos, representa la fractura entre las dos culturas: la occidental y la de los bordes. La tensión centro periferia se trastoca, y va de la fisura a la angustia, y de ésta a la ruptura: el sujeto encuentra paradójicamente en la selva de la Orinoquia su identidad. Por todo ello se puede decir que la metáfora naturalista de América encuentra su ser y estar en la geografía profunda. “Los pasos perdidos” son un movimiento de búsqueda que acontece en el espacio y de forma concreta en los lugares y los fenómenos que se entrecruzan en la experimentación de la naturaleza que interpelan al hombre.

El río entra, en el espacio que abarcan mis ojos, por una especie de tajo, de desgarradura hecha al horizonte de las albas para derramarse en la otra vertiente, allá donde comienza la proliferación de sus islas incontables, a cien leguas del Océano. Junto a él que es granero, manantial y camino, no valen agitaciones humanas, ni se toman en cuenta las prisas particulares. (Carpentier, 1980 [1953]): 114)

La función estética de los paisajes recorridos, contemplados y narrados convoca los poderes de la imaginación geográfica del Orinoco, se despliega para darle contenido semántico a esa naturaleza. El viaje de la ciudad a la selva, el viajar siguiendo el cauce del río se hace inconmensurable y, aun así, el juego de espacios del *allá* de la ciudad occidental, Europa, y del *aquí*, la ciudad nueva, América, confirma la dialéctica espacial que urde el cronotopo del futuro cargado de incertidumbre, que enfrentará el sujeto que retorna a la *terra incognitae* en busca de la ciudad utópica. Pero en realidad nadie vuelve dos veces sobre el mismo espacio:

Un día comete el irreparable error de desandar lo andado, creyendo que lo excepcional pueda serlo dos veces, y al regresar encuentra los paisajes trastocados, los puntos de referencia barridos, en tanto que los informadores han mudado el semblante...” (*Ibidem*, 273)

Pero ese imposible retorno habla de la necesidad constante de moverse, de sentir el espacio y practicarlo, reconocerlo en la experiencia, “Los mundos nuevos tienen que ser vividos antes que explicados” (*Ibidem*: 278). Esa experiencia se funda un cronotopo que, al alterar la relación del *aquí* y del *allá* tradicionales, autorizan una forma peculiar de decir y de construir otra imagen geográfica diferente a la paratáctica. Explosiva en lo que interpela, la imaginación que se despliega sobre el río Orinoco es en la operación geo-literaria metáfora de identidad emergente.

7.4.3 Travesías y poéticas de la imagen fluvial. Andrés Eloy Blanco, Luz Machado Ardao y Juan Liscano.

La “Travesía” connota un problema complejo, se concibe, en dos sentidos, según sus direcciones: La imagen modifica los textos, pero los textos también transforman la imagen (Marín, 2009:146). Por ello, la imagen no es una apariencia de las cosas, algo artificial, por el contrario es, según Marín, una fuerza que atraviesa y cambia la relación con las cosas, posee una virtud cualitativa. Pero la travesía indica también, según el *Diccionario de Real Academia*, un desplazamiento, un viaje, una distancia entre dos lugares. En tales premisas, poniendo un puente con nuestro planteamiento que coloca en el borde la relación entre literatura y geografía, la imagen del texto poético dinamiza la relación del lector con el espacio, coloca una distancia que impulsa a dibujar un trayecto entre el lugar del lector y el lugar geográfico, posee eficacia y, por tanto, poder de atracción por los espacios que están más *allá*, y los transforma en el *acá* al apropiárselos, al inscribir los paisajes en la geosensibilidad de la nación. La descripción poética, la fuerza creativa de la imaginación inviste a la geografía de unas cargas semánticas que conviene revisar.

Este punto, que completa el segundo movimiento de la literatura sobre el Orinoco en la primera mitad del siglo XX, adelanta una interpretación a partir de las obras poéticas de Andrés Eloy Blanco, Luz Machado Arado y Juan Liscano, escritas a partir del cronotopo del río Orinoco, eje referencial sobre el cual se teje una mirada que imprime a la imagen geográfica una función estética. Aquí la cualidad del lugar permite girar el foco de atención de la audiencia sobre la geografía profunda, la conecta afectivamente, le brinda un anclaje en tanto que comunidad imaginada sobre un territorio cuya audiencia no conoce ni conocerá tal

vez, salvo por la mediación de un texto inscrito sobre el marco geográfico para brindar un modo de apropiación (esta importancia en la fundación de la comunidad imaginada la explica muy bien B. Anderson, 1993; y en el plano cartográfico Schulten, 2001).

La imagen poética del lugar cumple una función estética y pedagógica, según Lindón, transforman las *terrae incognitae* en *terrae cognitae* (2011). Este proceso siempre se juega en la tensión del acto de descubrir o inventar con el acto de fijar, de archivar el paisaje, de congelar un momento de su aprehensión y comunicación específicas. La imagen no es fugaz, instituye un modo de reconocer y de valorar el paisaje, de captar su “propio mundo de la vida”, proceso de contacto que afecta en el entrecruce fenoménico. Al movilizar la imagen, la narración da una sensación de travesía, produce una presencia que permite reconocer la producción de la imaginación geográfica.

En tal sentido, en un enfoque de gran angular del proceso de producción de imágenes geográficas, la poesía convoca un sentimiento de la naturaleza, comprensible en el contacto emotivo del hombre con los paisajes. Se da, pues, en el trabajo geopoético del Orinoco, un entrecruce del sujeto con el paisaje, mediado por la relación de la imaginación con el referente material.

La representación resultante produce unas significaciones y maneras de valorar al espacio. El valor estético que porta el *corpus* poético del Orinoco en el campo geográfico, muestra otro modo de producción del espacio, investido del poder de la imagen que cambia en la relación con los fenómenos fluviales y los ambientes selváticos que, siendo ominosos y hostiles, pasan a ser atractivos (la topofobia se vuelve topofilia). A partir de esos aspectos es posible interrogar la *praxis* poética y construir el puente que las alter-geografías brindarían a una operación geográfica que pregunta por los campos de sentido que emergen del contacto entre el sujeto, el espacio, los lugares y los fenómenos físicos.

El primer movimiento poético sobre el Orinoco durante el siglo XX viene de Andrés Eloy Blanco: escritor y político. De *Poda* (1936), elegimos varios poemas, escritos entre 1923 y 1936, cuyo centro es el Orinoco: “Orinoco”, “Casiquiare” (1923), “El río de las siete estrellas (Canto al Orinoco)” (1927), “Los tributarios” (1928), “La Parima y Las Fuentes”; “la gota de agua” “Angostura”, “La órbita del Agua”, “La Parima y las fuentes”, e “Invocación al Dios de las Aguas” (1934).

En esos textos el paisaje narrado funciona como un dispositivo que comunica visualmente una relación peculiar con la naturaleza. La recreación del entorno fluvial, de una exterioridad que impacta los sentidos, implica traducir un texto espacial que explica las maneras mediante las cuales una sociedad construyó ciertos valores espaciales. Ese constructo

operativo de la imaginación geográfica se observa en el poema “Casiquiare”, que remite a la famosa bifurcación que había cautivado a la fascinación científica de los siglos XVIII y XIX. La voz poética lo personifica, le da carta de ciudadanía, lo integra como un sujeto a la comunidad imaginada:

Ciudadano venezolano,
Casiquiare es la mano abierta del Orinoco
y el Orinoco es el alma de Venezuela,
que le da al que no pide el agua que le sobra
y al que venga a pedirle, el agua que le queda.
Casiquiare es el símbolo
de ese hombre de mi pueblo
que lo fue dando todo, y al quedarse sin nada
desembocó en la Muerte, grande como el Océano.

En esa equivalencia entre el fenómeno geográfico y la identidad existe una preocupación por el olvido y por la ausencia del binomio pueblo/geografía en la conciencia nacional, que lo dieron todo y se quedaron sin nada, entendido esto en la metáfora del río y los desprendimientos del agua, de un espacio pleno de recursos y una acción humana relativas al expolio y a la desigualdad de la distribución de la riqueza en el aprovechamiento del trabajo sobre la tierra.

Por otro lado, en relación complementaria a la identidad, el poema el “Río de las Siete estrellas” realiza un juego diferente a la denuncia sobre la distribución de las riquezas. El poema es propositivo en los marcos de la imaginación, y elabora al modo de Andrés Bello un marco geográfico que desplaza la cuenca física a la representada por el ejercicio geopoético, cuyo cronotopo se vuelve trascendente y apela a la historia, recayendo en la Independencia como un “nuevo” horizonte libertario.

Desde una visión de paralaje, el poema se despliega como una vista aérea sobre el espacio, una mujer indígena que simboliza la patria lleva de la mano al poeta. Se recorre ese todo de aguas que es en la visión del poeta el Orinoco, el río principal:

Fue en el momento en que evocamos
al Orinoco de las Fuentes, al Orinoco de las Selvas,
al Orinoco de los saltos,
al de la erizada cabellera
que en la Fuente se alisa sus cabellos
y en Maipures se despeina;
y luego hablamos del Orinoco ancho,
el de Caicara que abanica la tierra,

y el del Torno y el Infierno
que al agua dulce junta un mal humor de piedras,
y ella quedó colgada de mis labios,
como Palabra de carne que hiciera vivo el Poema,
porque le dije, amigos, mi Parábola,
la Parábola del Orinoco,
la Parábola del Volcán y las Siete Estrellas.

En el poema “Los tributarios”, la imagen se convierte en un entrelazado de ríos, que irrumpen sobre la geografía “como siete caballos al galope”, que tejen un espacio cuyo colector es el Orinoco, considerado por la voz poética como “el alma nacional”. En el poema se resaltan siete afluentes principales agrupados, pero con fuerzas dispares en sus caudales al llegar al Orinoco: el Caura, el Guaviare, el Vichada y el Meta, que son “los guardianes de sus fuentes”, “guardajoyas del misterio [de las fuentes]”; el río Caroní que, procedente del sur desde las sierras de la Guayana, se muestra como un “potro desbocado”, cual “bucéfalo del continente”. El sexto río, por su parte, es el Arauca, presentado como agua cristalina cual “Caballo de Troya”. Por último, el séptimo, el Apure:

Y el séptimo fue el río que bajó de los Andes
y cruzó el llano, espoleado por la Leyenda,
en el lomo le floreció un Centauro
injerto de tritón, que tomó Las Flecheras,
caballo del Prodigio, cimarrón de la Hazaña,
Apure es el Pegaso de los ríos de América.

Esos ríos confluyen en el Orinoco que termina siendo, “todo lo que llega al mar”. En esos poemas, la imagen geográfica es cinética como los ríos que tejen una inmensa hoya hidrográfica. Al final, *las siete estrellas* (los ríos tributarios), que simbolizan las siete Provincias de la República fundada, metaforizan la relación del hombre con la geografía, para ofrecer un nuevo signo a la identidad, y a la conciencia geográfica que emergía en Venezuela en la segunda y tercera década del siglo XX.

Finalmente, sin agotar las dilucidaciones de la postura existencial en el espacio, de la función estética del lenguaje en la dotación de sentidos a la geografía, cuatro poemas de Andrés Eloy trasladan la relación a la pregunta del hombre y la tierra. Dos de ellos, “La órbita de las aguas” e “Invocación al Dios de las aguas”, se inscriben en esa inversión del valor de las tierras húmedas, que serán sinónimo no de obstáculo sino de promisión. La propuesta geopoética de Blanco deviene en una geosofía, que se articula a partir del ciclo hidrológico, convocando el despliegue del río desde su origen accidentado hasta su llegada intempestiva al Delta; y de allí al mar para luego volver bajo el ciclo de las lluvias, tal y como casi un siglo

atrás hizo Reclus -con las diferencias discursivas de una narración romántica, filosófica y científica- en *El arroyo*.

Pero la escritura poética se vuelve más íntima y se abre en escalas cuando el fenómeno fluvial del Orinoco se incorpora al texto espacial y al tejido de lo imaginario. Junto a la distancia geográfica, se despliega el correlato del exotismo o de la extrañeza. En efecto, el espacio interior, aunque registrado en el mapa, aún no ha sido traducido en sus cualidades, a una imagen o metáfora que construya un geosímbolo. La geografía y la literatura cumplirán esa función discursiva. Así el poema "*Orinoco*" recoge esa explosividad heterogénea del espacio, transforma al río en polifonía abierta al mundo, a la nación y al sujeto que va a su encuentro para sufrir una transformación que es, a todas luces, una conciencia del territorio y de la naturaleza:

La prueba, oh mi fuerte Orinoco, te filtró toda el agua. Tú mismo, desordenado ,pródigo, invasor, subversivo, venezolano [...] Te profundizaste, escupiste el freno de las barras, te recogiste en tu designio definitivo.[...] .Tú mismo te empinaste hacia abajo, esotérico, con un hondo respeto de la tierra y diste a tus mil brazos aptitud atlética para recibir la crianza del trasatlántico ,para prenderte a las orillas grandes ciudades que te caen como tributarios de vida, para ser el zaguán del mar traficado por los gritos de la tierra que se echa a las calles del mundo .Denso, populoso ,te caen y se te ahogan duras palabras engranadas en todos los idiomas del planeta. Pero, todavía, fuerte Orinoco, todavía eres el Río Indio, [...] Orinoco, gran Río Útil, primer ciudadano de Venezuela, tu prueba nos pasó por tu mismo filtro. Yo mismo me vi colar entre mi conciencia y me sentí dragado hasta la raíz de mi carne verdadera. Aquí estoy, mi río sereno, como lago que anda, mi viejo río de las siete estrellas, aquí estoy. Mi poema [...] frondoso como tus selvas, desbordado como tú fue talado en la prueba, filtrado, dragado, y regresa a ti en la pureza de una palabra que cabe en una mano con holgura de sorbo y que te cae con el sentido caudaloso de una gota tributaria, voz de la lengua que trabaja, canta, el salado sudor de los trabajadores, ya desde los raudales, ¡te hace marina el agua!

Para esos creadores verbales interpelados de nuevo por la geografía, el giro de la mirada supondrá un entrelazamiento íntimo que remite a una búsqueda interior, de despertar de la conciencia, no comprensible sin la dimensión de un espacio que se volvía parte interactiva de una especial emoción.

El trabajo inverso, del individuo que va hacia afuera, tendrá, en el curso del río y de la terra incognitae de la fuente, un nuevo motivo para espacializar la mirada, y para la condición que el espacio propone a la imaginación que organiza el sentido, que abre otra vez el foco de atención sobre las desconocidas fuentes del Orinoco. Esta situación se observa en "La Parima y las fuentes". En el binomio: geología e hidrografía, el poema abre un espacio para la geosensibilidad, con imágenes geográficas que hablan de un olvido, pero también de

la escritura que se moverá hacia lo ignoto, y da cuenta de una vivencia, que es el espacio consubstancial a la experiencia fluvial del confín, que instituye la pregunta por la existencia en relación con la tierra que se habita, o con la tierra que espera por ser descrita y traducida a un texto.

La Parima es el sueño faraónico y la piedra de Moisés, [...] Catedral del misterio, Sierra del Sur, ignota lengua escondida de la voz del agua, párpado mal cerrado de Dios, que deja ver la hebra azul de una mirada. Yo soñé para tu Gloria, río de la Patria, escribir una palabra esencial en la hoja de la sabana, mojando en tus fuentes oscuras el agujijón celeste de una pluma de garza. Pero, solo encontré mi sangre con su rojo atenuado por la mezcla de las lágrimas. Sin embargo, te ofrecí venir ¡y en tu camino estoy! Tu saldrás de tus fuentes: el Dios de la Parima, el Dios Indio, te abrirá la puerta de su gran casa oscura; el Viejo Dios te dejará venir como todos los días y en tu camino estaré yo...Tú sales de las manos de tu montaña, como sale un milagro de la mano de Dios, como todas las noches, de la jaula del cielo se escapa y va a los campos el pájaro del Sol.

Las percepciones líricas de Blanco remiten a unas emociones sobre lo tropical, pero también, a una crítica que redefine la imaginación geográfica, abriendo el espacio para un nuevo reconocimiento del entrecruce entre los observadores y los objetos paisajísticos. De allí, emerge una condición íntima que vuelve sobre los lugares y sobre los fenómenos para cargarlos dialógicamente.

Luego del trabajo poético de Blanco, quién moriría en un accidente en México, donde vivía exiliado luego del golpe de estado de 1948, la literatura progresivamente pasará a otras experimentaciones del espacio orinoquense, a una postura más íntima del lugar y del fenómeno fluvial. Tal es el caso de Luz Machado Ardao, que publica el *Canto al Orinoco* en 1953, un sintético poemario que habla de la relación fenoménica de la poetiza con el río y su naturaleza circundante y, más tarde, Juan Liscano que al final de la década de los cincuenta da a conocer *Nuevo Mundo Orinoco* (1959), un extenso poema cuyos textos, imprimen un giro radical a la dimensión metafórica. La lectura y la escritura de Liscano, convierten al río en metáfora conflictiva de un espacio que despliega una historia de ilusiones y fracasos, que culminan con una visión negativa de las minas de la Guyana y, sobre todo, del petróleo que altera las relaciones del hombre y la tierra.

En el *Canto al Orinoco*, Luz Machado Ardao (1964 [1953]), desencadena una voz femenina que se detiene en varias propuestas para dar cuenta del ser en el río en sus trece poemas. Por un lado, existe, sin duda alguna, una recurrencia de imágenes paisajísticas que cargan de color, sonido, olor y tacto al aspecto al río; y, por el otro, se articula el río Orinoco con Ciudad Bolívar y con la vivencia de la voz poética.

La experiencia íntima se construye con la percepción del río y las imágenes cotidianas de tiempos diferentes que atraviesan el sentir del espacio que se organiza en la presencia fluvial dominante. El principio de la percepción estética de la poetisa es el río, “la fuente inicial” que se muestra en el horror sublime de la fuerza natural y de la mediación divina.

El telurismo acompaña un tiempo y un espacio que es naturaleza, expresada en el carácter dominante de las aguas. La sensibilidad va modelando un límite y una condición de apertura, como si la relación espacial la marcara las paradojas de la terrible y placentera experiencia del río Orinoco, que es una “forma inviolable”. De allí que Luz Machado Ardao intente desplazar la relación del *aquí* y del *allá* con la ciudad y el río. La persona vive entre dos tiempos en espacios contiguos, que invitan a la travesía, que modifican la relación de valor con el entorno. De aquí se desprende una búsqueda y un encuentro que polariza el espacio de la ciudad y el espacio natural. Esto se ve claramente en el poema “El reconocimiento”:

Me acerco a ti, vengo de la ciudad atormentada,
Llena de ruidos y voces,
Donde los caminos tienen su nombre
Y toda flor ya ha olvidado su origen.
Me acerco a ti / Buscando la verdad sobre la tierra
Aquí donde es más solitaria y pura,
Reclamando también su breve espejo y el sitio de su amor.
(1964 [1953]): 16)

Pero junto a la conflictividad y diferencia entre los dos espacios, la voz opera sobre una construcción del ser en el espacio, de la superación de la limitación de la vida cívica para ir a la fuente del río, del espacio prístino. Dado el año de edición, 1953, resulta claro que la noticia del hallazgo de la fuente por parte de la expedición franco-venezolana de 1951, no resuelve en la voz poética el problema del confín, esto al menos, con relación a la carga misteriosa de la *terra incognitae*. Aquí, el espacio paratáctico aún no ha impuesto su discurso de lo medible al espacio liminar, que apela a la constante curiosidad y asombro ante el espacio. El río en la voz poética de Machado de Ardao se presenta mediante un tratamiento diferente del “lenguaje haciendo lugar” que traduce la belleza del paisaje como una paradoja de tiempos desplegados sobre un espacio: “antigüedad naciendo”, río en constante fluidez desde el origen, es decir, fenómeno cuyo un tiempo y espacio permanece, pero que también cambia, resistiéndose a la mirada del que llega hasta la fuente a buscar el secreto en una “elástica pelambre cristalina”, que intenta leer en el “libro verde” una naturaleza que desborda el acto del decir y mantiene por ello el secreto de la *terra incognitae*:

Quiero ya poseerte sabiendo que he encontrado
Al fin certidumbre de su fuente
Mas, no el secreto que erige y salva,
/Que de saberlo /No vendría sedienta,
Y si el entendimiento recodara,
Olvidaría, /Sólo por ser la antigüedad naciendo. (1964 [1953]): 19)

Pero el espacio vivido por la poetisa nacida en Ciudad Bolívar estructura esa experiencia ante el río y la impresión que plasma en su mente. Recordemos que este factor vivencial es resaltado por Tuan en la introducción de *Space and place*. El cuerpo que vive con intensidad la experiencia del río, fija anclajes, teje a través de la iconicidad narrativa una memoria de ese espacio que impregna su identidad. Machado Ardao, contemplando el Orinoco dirá:

Que es a orillas del Rio
Donde se queda el alma
Aprendiendo la exacta
Palabra [...] cuando a solas quedaba
con tu líquida imagen (1964 [1953]: 28)

Finalmente, el ejercicio poético de Machado Ardao abre la identidad al espacio que se habita y al lugar distante conectado vectorialmente en la palabra, estableciendo con el fenómeno fluvial y con la selva una relación singular de inquietante proximidad que, sin embargo, es difícil de traducir en toda la realidad del “espacio ecuatorial del verde” (*Ibidem*: 51), que llama precisamente al goce del paisaje cargado del horror sublime de una tierra siempre renovada en la experiencia del lugar y del paisaje que termina siendo en cada detalle “imagen de la tierra” (*Ibidem*:53). La poetisa carga el espacio de una geografía que entrecruza la experiencia del conocimiento con la fascinación de la naturaleza del Orinoco y su misterio irreductible a los números y datos, del resto que se abre por momentos sin perder el poder de atracción en tanto que espacio del deseo:

Es conocerlo todo de una vez, ser exhausto
Y no morir del todo en el conocimiento.
Ay, violento Orinoco antiguo y en misterio,
Así conmigo siempre, más allá, acompañándome, [...] temblor de maravilla,
Resistiendo conmigo, antiguo, resistiendo,
fecundo en la remota verdad, luz y comienzo,
Sin palabras, sin signos, antiguo, resistiendo,
Acompáñame siempre RIO-DIOS-ORINOCO. (1964 [1953]): 58)

Hasta el momento la función estética produce imágenes que se juegan en una geografía íntima, que aborrece el vacío, y tiene en el referente fluvial, en el valor líquido del espacio, un objeto fundante en el entrecruce fenoménico de valores y “objetos físicos”. Esta

escritura delinea un lugar en cual el autor, los personajes y los lectores viven el drama del viaje, pero donde también, el espacio se convierte en problema universal enlazando la singularidad de una experiencia única.

Esta disposición ante el espacio post hallazgo de las fuentes del Orinoco tomará un giro con *Nuevo Mundo Orinoco* de Juan Liscano (1976 [1959]). ¿Cuál es su contenido?, ¿qué describe?, ¿qué significa dentro del campo de la fragua de imágenes geográficas? Esta obra, que cierra un ciclo del giro espacial de la literatura orinoquense, articula un cronotopo vuelto continuamente sobre las dimensiones temporales y espaciales de la historia de Venezuela y la Guayana, parece presentarse como si fuese una metonimia de situaciones que sufren los demás países americanos “divorciados” de lo geográfico, y también de una visión realista de sus sendas historias, por tanto extraviados en la pregunta por el ser en el espacio que, sin negar el lugar, los trasciende en una historia compartida. En una carta, donde reflexiona sobre su obra escrita en el exilio, Liscano expresará:

Por nombrar nuestras cosas para que nuestras cosas sean-,yo usaba el poder de la palabra escrita para matar, mediante la evocación apasionada de mi realidad; mediante la mágica operación literaria de nombrar el clima, la flora y la fauna, los hechos históricos , los recursos naturales (el petróleo) la gente , los mitos los horrores, los espantos de mi país en función tropical americana y geográfica, telúrica , el dolor difícilmente soportable desde el punto de vista psicológico que no económico, pues he gozado siempre de fortuna para mi bien y mi mal, de haber perdido a Venezuela.(Liscano 1973, cit. P. Robles, 1976:12).

La escritura en consecuencia se espacializa, tomando en el trabajo del poeta una función de recuperación de la memoria, de compromiso social y de emergencia estilística en un estilo vanguardista, impulsado por la pertenencia de Liscano al grupo de Sardi en la década de los 50. Dentro de los principios estéticos susceptibles de una consideración geográfica, este grupo expone:

Es imperioso elevar a perspectivas más universales los alucinantes temas de nuestra tierra. La anécdota, el paisajismo, la visión pintoresca de la realidad no son más que fraudes a los requerimientos de la época. Debemos alimentar una firme voluntad de estilo, una vigilante dedicación al estudio y una ideología más original y moderna. (Cit p. Robles, 1976:14).

Esta postura frente “paisajismo” idealista se ve con mayor fuerza en *Nuevo Mundo Orinoco* de Juan Liscano. Esa obra vuelve sobre la geografía del río de un modo radicalmente diferente, sin ofrecer imágenes equivalentes a sus referentes concretos, trasciende el espacio en una lectura relativamente novedosa, desde el *leit motiv* de lo maravilloso de la penetración

de la Guayana y de la historia de ilusiones en torno a sus recursos, con conexiones con esa narración histórica y literaria que E. B Núñez realizó en *Orinoco...* (1943).

Escrito en la distancia que traza el exilio en Francia, el poema se abre apelando a un espacio mayor: América, sobre la cual se despliega el acto de nombrar y renombrar, hasta tomar consistencia en una identidad que coloca a la palabra en juego con la geografía. En medio de la acción nominativa, el poeta apela a los fenómenos geográficos del territorio: “Dije río. Fluyeron las aguas del diluvio [...] Dije selva. Torrencial follaje [...] Dije Llanura [...] etc. (Liscano, (1976 [1959]: 25).

América resulta de esta triple relación del hombre, la naturaleza y la palabra. La voz poética viaja a lo profundo, al origen para retornar desovillando una historia, que en el caso del Orinoco y la Guayana se torna relación ambivalente, es conflicto pero también afirma, con metáforas de alta factura estilística: “la casa de agua”, la explosividad de los verdes de la selva, su abigarramiento, la humedad y la sequía; el texto lírico conecta el ser con la geografía, con una naturaleza prístina en la que se escenificó un conflicto entre los Indios y los europeos, entre lógicas enfrentadas en torno a acto de aprovechar los recursos, en un territorio de quimeras en busca del Dorado, también más tarde, en el lugar de explotación del caucho, y de la minería hasta llegar al petróleo. Cada una de estas relaciones marca una tragedia, un parto doloroso de la historia y una incertidumbre ante la riqueza factible del territorio.

No obstante, nos interesa recuperar un sentido nuevo en la metáfora del Orinoco que imprime sentido al habitar. En virtud de ello, el poema pone en juego aspectos para comprender y reconocer un espacio, su apropiación y la emergencia de una mirada que resignifica la geografía:

Hube de darme cuenta un día muerto
—día vivísimo en estar muy solo—
Que nadie en esta zona tórrida
Que nunca nadie y más jamás que nunca
Salía a recoger el tiempo verde
Dormía sobre el musgo del domingo
Perdíase jugando entre los árboles
Buscaba al paraíso en una esquina. (*Ibidem*:143)

El poema transporta una crítica a la modernidad y llama la atención sobre el espacio ausente. El sujeto geográfico es en función del espacio que habita, de allí en los sucesivos cronotopos contenidos en el extenso poema, la cura del ser que expresa un malestar de la cultura, tenga en la percepción del espacio y en la conciencia de sus modos de proceder, un valor fundamental.

Con Liscano se completa la recuperación del valor del Orinoco tropical que deja abierta la puerta del “paraíso en la otra esquina”. La identidad tiene lugar. La imagen del Orinoco es ontología en el espacio. “Me puse a arder entonces, a ser trópico.” (Ibidem: 143).

La lectura fenomenológica renueva el foco de atención sobre el problema de la imagen y, con ella, el problema de la imaginación geográfica y las representaciones. El corpus literario toma entonces un novel valor para interrogar la relación con el mundo a través de las diversas formas de representar el paisaje, de valorarlo, como dice Besse: “...la función del paisaje [...] permite mantener una relación viva entre el hombre y la naturaleza [...] El paisaje desempeña el papel de mediador, permitiendo a la naturaleza subsistir como mundo para el hombre” (2010: 150).

La ontología del ser en el espacio se convierte en el poema de Liscano en una concreta relación de cuerpo y lugar, no en un más allá, es un acá vivido, el exotismo de la imaginación del paisaje se invierte al reconocer que somos en función del habitar el trópico. Es posible señalar con Liscano y a la vista del corpus literario sobre América, que la visión geográfica negativa del trópico ha sido superada.

El Orinoco en esta narrativa es un geosímbolo, un dispositivo que apela al origen y al encuentro en renovación continua. La carga de geograficidad es elocuente y potencialmente radical en la relación de lo visible e invisible, de los sentidos que interpela en un ambiente gobernado por el agua y las sequías que, a fin de cuentas, son las dos matrices del clima tropical:

Trópico que me funda y me deshace,
Que me junta compacto y me dispersa,
Que me da tierra amada y me destierra,
Que me llena de mundos y me exilia.
(Liscano (1976 [1959]: 158)

7.5 Geograficidad y cartografía literaria del Orinoco, las cargas semánticas y la transmisión de las imágenes.

En el largo periodo que va del último tercio del siglo XIX hasta fines de la década de los cincuenta la fascinación por los espacios interiores apenas cartografiados estimulará el trabajo de diversos discursos, así, el campo de la terra incognitae concebida como un espacio que mueve a la imaginación geográfica será un campo compartido por la ciencia, la literatura y la geopolítica. Tal vez el mapa de Victor Adolphe Malte-Brun, “Planisphère indiquant l'état

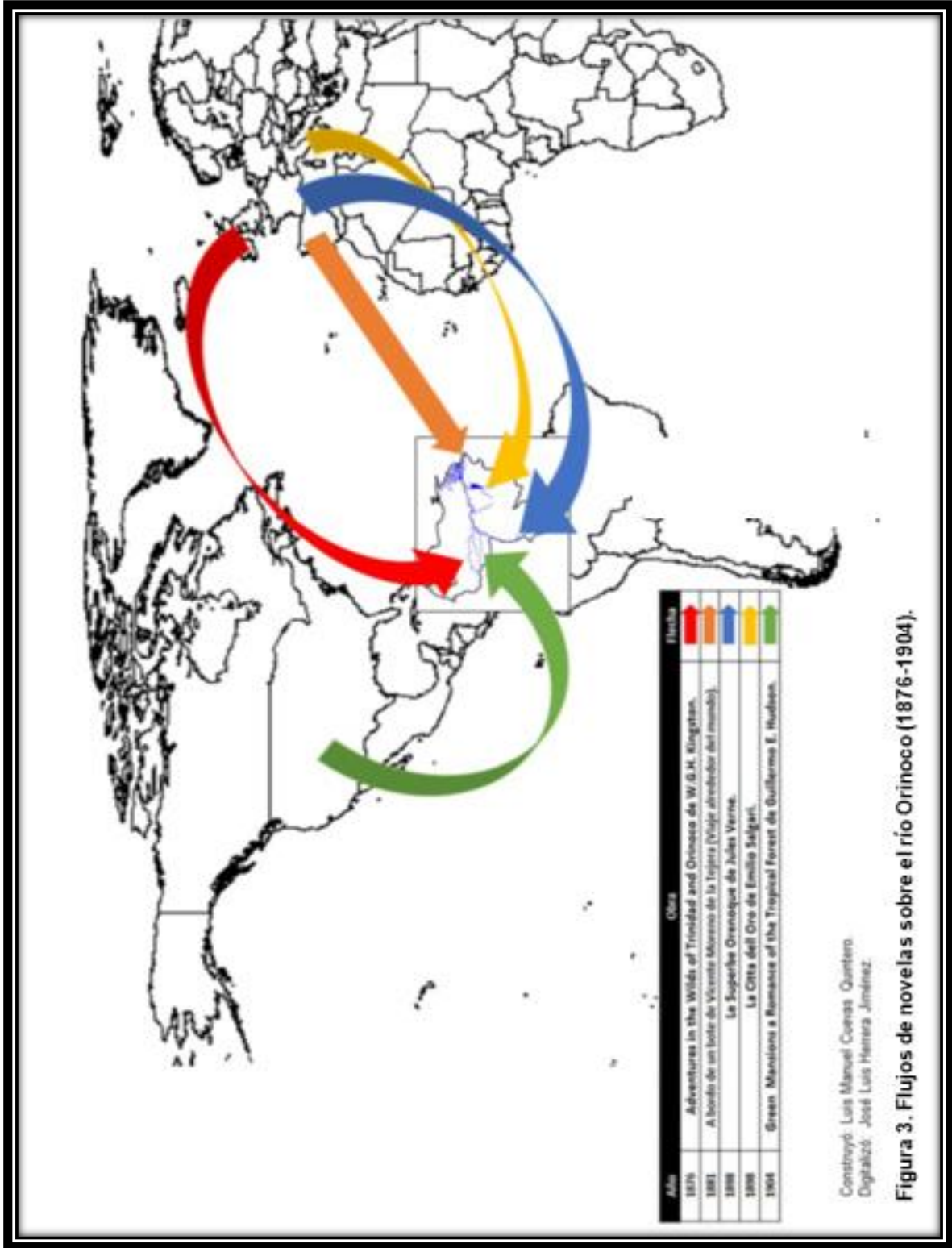
des connaissances géographiques de 1875” (fig. 2) presentado en el Congrès international des sciences géographiques de París, muestre el proceso de tensión espacial entre los mundos conocidos y desconocidos. Así es posible observar que los ríos de Sudamérica entre ellos el Orinoco aparecen indicados como espacios en blanco y por tanto, inexplorados. La imaginación del espacio sin grafía, sin contenido se convierte en motor para el ejercicio en el cual la ciencia y la literatura, el científico, el amateur y el escritor se encunetran

En ese campo y como correlato instituyente de la formación de imágenes geográficas con alto poder de iconicidad, las obras literarias realizan un trabajo que abre desde la posibilidad de la ficción un ejercicio de construcción del espacio del deseo. Dos mapas literarios resumen la tensión comunicativa del espacio orinoquense en conexión con el resto del mundo entre 1876 y 1959. El primer orden literario (1876-1904) supuso la formación de un *corpus* ligado a la novela de aventura y ciencia; el segundo (1920-1959) está vinculado al despliegue de la crisis y búsqueda ontológica del ser en el espacio. Las miradas y los cuerpos en travesía concreta e imaginaria, directa o indirectamente, marcaron sendos giros en estas creaciones literarias:

- A) El primer giro, como vemos en el primer mapa, supuso un encuentro con una geografía en la distancia, que abrió el Orinoco al exotismo y a las curiosidades de la ciencia. Producción verbal hecha por europeos y americanos no hispanos, que conectó al Orinoco con Francia, Italia, EE. UU., Inglaterra y España (Vid fig. 3).
- B) En un segundo giro, la literatura impregnada del sentimiento de la naturaleza, del horror sublime y del espacio como metáfora de identidad practicada y vivida, tuvo en el Orinoco el dispositivo de sentidos diversos que abrieron la conexión de los ibero-americanos con su entorno, con el lugar que habitaban, y reconvirtieron la tensión entre el allá y el acá, entre la ciudad y la naturaleza. (Vid fig. 4)

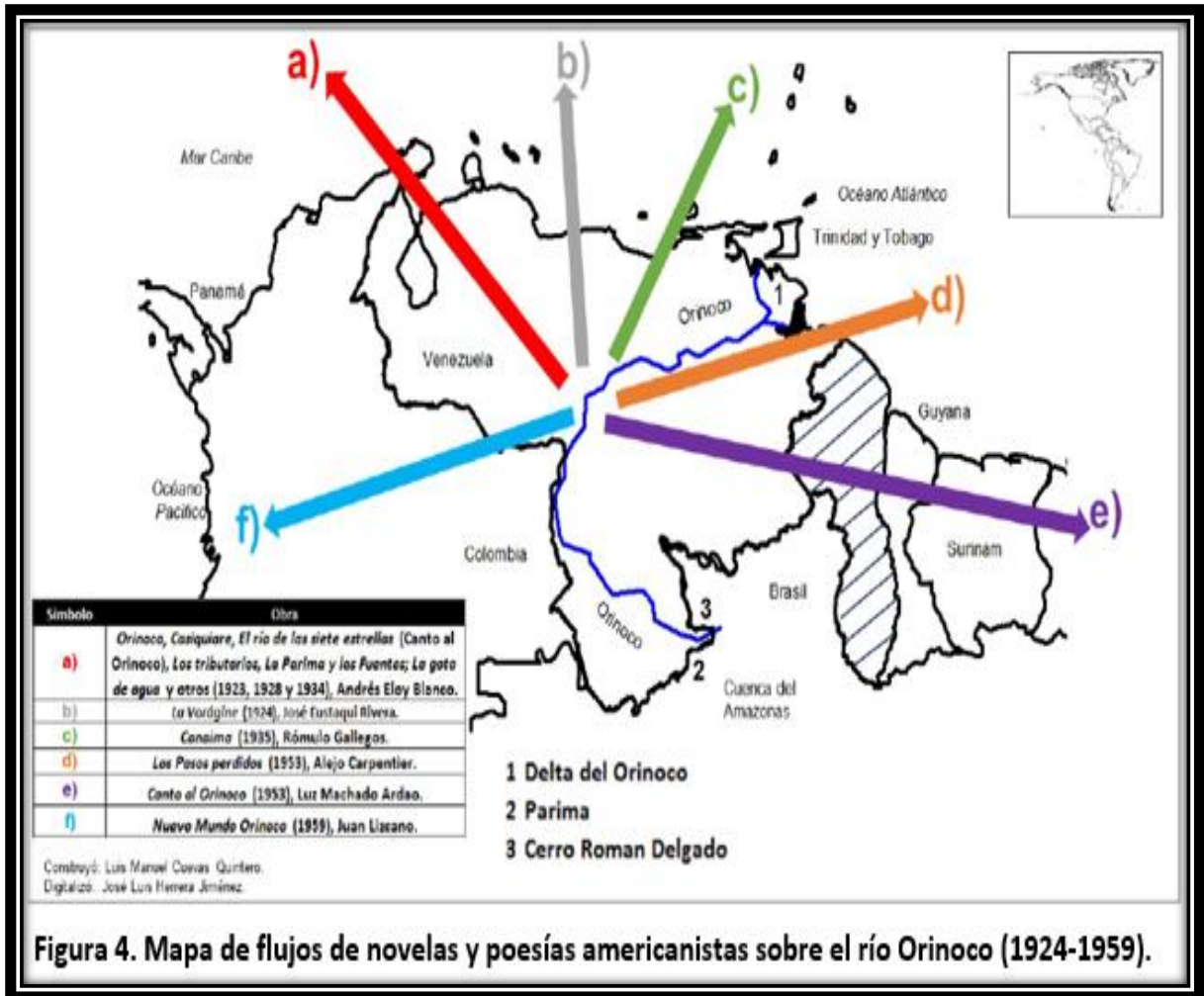


Figura 2. Malte-Brun, Victor Adolphe (1875), Planisphere indiquant l'état des connaissances géographiques en 1875.



Construyó: Luis Manuel Cuevas Quintana
 Digitalizó: José Luis Herrera Jiménez

Figura 3. Flujos de novelas sobre el río Orinoco (1876-1904).



En su conjunto, la escritura sobre el Orinoco delinea y dinamiza la imagen geográfica como el resultado del acto de estar en contacto con la materia. Aquí, el viaje de la literatura hacia la geografía nos interesa por lo señalado, además de interpelar el problema de la formación de imágenes sobre el río con cargas semánticas polifónicas y por problematizar la función de orientación en el espacio.

El paisaje descrito se carga de un sentido estético, es el producto de una operación poética construida y producida a partir de un vivir en los lugares. De este modo, el paisaje traducido también viaja, en su tránsito hacia el libro conecta a los lectores del *allá* con los espacios desestabilizando la normalidad de su *locus* de enunciación. La lectura se desdobra entre su inscripción cronotópica y la referencia visual física que es igualmente tejido de fenómenos naturales que se recrean narrativamente. De esa manera, se hace pensable la complejidad de una lectura desde la geografía cultural y humanista sobre la geografía del Orinoco. La percepción del trópico se movió entre el proceso de contacto, acumulación y

emergencia de contenidos complejos: contrapuestos, complementarios, múltiples, localizados y conectados; que le imprimían una tensión a la imaginación geográfica entre un proceso de producción de discursos estables, una imagen estandarizada, y, lo inestable, una imagen en emergencia, que atendía a las sorpresas que cada encuentro con un paisaje fluvial o selvático o de desierto suponían. Esa visión territorial se abre en varios pliegues:

a) La del medio que asombra al espectador y lo conmueve.

b) La visión realista de un espacio abierto desde la ausencia de la conciencia geográfica que mueve a un reconocimiento e inscripción del espacio del deseo como signo legible de una geografía distinta plena de posibilidades, pero también, conflictiva, ambivalente y paradójica en las interacciones hombre medio. Sus expresiones concretas, el despoblamiento y la soledad de las selvas aún no sometidas al logos occidental. La conflictividad de la relación de implantación. La oposición de dos espacios, el centro metropolitano y la naturaleza cuyo geosímbolo es el Orinoco profundo en tanto que *terra incognitae*. La fuente del río, por su parte, si se sigue a Luz Machado Ardao, ha sido hallada pero su sentido profundo se resiste a la reducción paratáctica.

c) Estas visiones que coexisten en las obras expresan ese contacto siempre renovado en la narración que da cuenta del otro espacio, de lo desconocido. En la travesía invierte la orientación y la posición construyendo sentidos de pertenencias y en consecuencia redefine el *aquí y el allá*. De aquí emerge un tercer pliegue que resemantiza la relación espacial, que tiene en la geograficidad una condición existencial, una ontología del ser en el espacio. La *terra incognitae* del Orinoco sobre la cual incide la imaginación ordenadora se constituye en el dispositivo privilegiado de la búsqueda de un tiempo y un espacio perdidos o ausentes en la pregunta que convoca la relación del hombre y la tierra.

El cronotopo geográfico, que organiza la narración espacial, plasma una atracción cuyo enigma no detiene el ejercicio de la imaginación, sino que lo habilita, moviliza la representación viajera para conectar los fenómenos. El lenguaje poético volcado sobre la percepción física, según Tuan, se verifica, ha hecho lugar, y marca también, la relación vectorial en la cartografía que habla de cómo viajan los textos y articulan los lugares con el mundo.

Las obras literarias expresan un giro en la mirada geográfica interna, cincelan una metáfora del espacio orinoquense a través una travesía narrada de la imaginación geográfica que otorga fundamento a la experiencia americana, a su sentido de pertenencia y a los

replanteos siempre factibles y constantemente renovados en dicha experiencia. Existe una inscripción de marcas espaciales, de lugares físicos y de la memoria, que son dispositivos a mediante los cuales surge la diferencia identitaria emergida del espacio que se habita, del paisaje y sus cualidades abiertas a los sentidos.

Durante la primera mitad del siglo XX en América Latina, los escenarios naturales enmarcan novelas, y articularán en *Canaima* y *Los pasos perdidos* sin olvidar *la Vorágine* cuya narración se reparte entre el Amazonas y una parte del Orinoco, y en la obra poética de Andrés Bello, Machado Ardao y Liscano, las señas de identidad vinculada al territorio, a la toponimia y a una imaginación geográfica de la “América profunda” (Kusch, 1962), aquí el fenómeno geográfico permite articular polifonías del río tal y como demostró para el caso del Amazonas Ana Pizarro (2009), o para Europa, Lucien Febvre (2004 [1935]), y Claudio Magris (2004).

Capítulo VIII

En busca de las fuentes: la expedición Franco-Venezolana y el descubrimiento de las fuentes del Río Orinoco, 1950-1951

“El joven cacique se me acerca mucho en su canoa y se informa cortésmente en buen castellano “de dónde vengo y a dónde voy”.

El me comprende inmediatamente y me pregunta si quiero explorar el río”

(Koch Grunberg (1917[1979]): 366)

“One hears fearsome tales of this region from Brazilian to Venezuelan end of the flowing road...” (Caspar Whitney, 1912: 137)

Longitud: 63° 15'; Latitud: 2° 18' con estos datos, El 27 de noviembre de 1951 una parte de los integrantes de la Expedición Franco Venezolana hacia el Alto Orinoco dio cuenta de las coordenadas geográficas del nacimiento del río Orinoco.

Un poco más tarde y mediante los trabajos de rectificación cartográfica dichos datos unívocamente daban cuenta de la posición de las fuentes del río siendo los siguientes: Long. 63°, 21' 42"; Lat. 2° 19' 05" con una altitud según cota barométrica de 1.047, 35 msnm. Con ello mediante un dato que describía un hecho empírico se zanjaban alrededor de tres siglos de fascinación científica, literaria y cartográfica por las fuentes del río.

Pero la tensión entre el campo de explicaciones e interpretaciones definido por el espacio paratáctico y el que se muestra continuamente abierto al espacio liminar es más compleja. Si bien el dato marca la fijación de un lugar y con ello el cese de todo un régimen de la imaginación geográfica ligada a la exploración de los ríos y al origen de los mismos, la liminaridad presenta un carácter abierto cuyos cierres no son absolutos como si lo son, los que están expresados en datos dentro del espacio euclidiano, que es como sabemos, el dominio de lo medible. Ahora bien, esta tensión puede resolver la continuidad de un régimen de imágenes mediante la constatación de un conjunto de coordenadas que representan la fijeza de un lugar o del origen de un río, pero no la anulación absoluta del poder de las imágenes geográficas que se reconfiguran con nuevos discursos y son integradas en distintos contextos de circulación y recepción.

La operación geográfica que da cuenta del hallazgo de las fuentes del Orinoco está atravesada por una lógica (en el sentido de logos, conocimiento, modo de conocer) viva, es decir dependiente de un conjunto de relaciones espaciales entre objetos, dimensiones e ideas que expresan una dinámica y una interacción hombre-medio. Observación, trabajo de campo y movimiento espacial y, escritura reflexiva conforman dentro de la operación geográfica una trilogía fundamental que acontece en el viaje de exploración o que es un producto del mismo.

La geografía heroica o de campo de la que habla Dardel (1952) expresa un esfuerzo que envuelve un espíritu de empresa individual o colectiva. El cronotopo narrativo del viaje a la geografía profunda resultante de la traducción y organización de la experiencia en un conjunto de textos no es sin el referente. El texto espacial que surge de la práctica corporal y de la escritura envuelve en el caso de las expediciones geográficas modernas envuelven varios géneros y con ellos varias formas de construcción y presentación de las imágenes: la imagen fotográfica, cinematográfica, la cartográfica, la narrativa y la descriptiva, comunican la idea de un espacio que cargado de incertidumbres moviliza diversos modos de abordaje que intentan resolver un campo complejo que emerge del contacto y que se resiste a la reducción dadas la características de novedad que podría presentar.

Para el caso que nos ocupa, la Expedición franco-venezolana hacia el Alto Orinoco —llevada a cabo entre 1950 y 1951—, es un ejemplo de la etapa final de este tipo de exploraciones. Ella cierra y abre cognitivamente un nuevo régimen de la imaginación geográfica y de las prácticas de producción de conocimientos del espacio.

En atención a ello centraremos este capítulo en torno a dicha expedición contemplando su enlace inmediato con las expediciones anteriores a 1950 a objeto de comprender como se fue produciendo un incremento del interés por estudiar diferentes áreas y zonas del Orinoco y sobre todo, ir hacia la Sierra Parima (el lugar montañoso que se revestía de la signatura *Terra incognitae*) y, luego, procederemos a estudiar a la Expedición Franco Venezolana en torno a sus textos, para finalizar con una reflexión sobre el cierre y apertura de la imaginación geográfica que significó el hallazgo de las fuentes del Orinoco en el contexto de un proceso marcado por la presencia de un fenómeno fluvial.

8.1 Orinoco *terra incognitae*. Ciencia y expediciones previas. 1905-1949

El río se introduce en los debates del siglo XX mediado por el trabajo del siglo XIX. No obstante, el régimen de viajes de exploración y de observación científica en el río Orinoco abre, nuevos espacios para las rupturas y las emergencias del conocimiento que tocan diversos puntos entre ellos, el de las fuentes que en el plano de la imaginación geográfica continuará dominando la atención de muchos exploradores hasta su cierre cognitivo.

En conjunto los textos que van referidos al trabajo sobre el río Orinoco entre 1905 y 1951 se organizan en tres grandes sub espacios geográficos:

- A). El Delta del Orinoco/Bajo Orinoco
- B). La gran Sabana y la zona de los tepuis, que se encuentran en el segmento sur de la cuenca del Orinoco hasta las sierras del parte aguas con la cuenca amazónica
- C). El alto Orinoco y las fuentes del río en la sierra Parima.

Estos espacios físicos habilitan el trabajo de unas escrituras y producciones de textos que llevan en si la impronta de las *terra incognitae* y del espacio abierto al trabajo de la ciencia y de una imaginación que organiza las prácticas de obtención de datos y del dibujo de un horizonte de promisión.

El espacio se carga de varios sentidos: científico, explotación agrícola y minera, laboratorio natural, gama de alteridades de otra geografía humana y, espacio para ocupar y defender dentro de la lógica de la territorialización de los estados nacionales. A ellos se suma el pliegue de la percepción geográfica que construye con el medio y con el paisaje practicado y visto, una forma afectiva que nos habla de la geosensibilidad del trópico, de sus diversas formas de resolver la relación y la traducción de la experiencia del espacio y del tiempo.

El extenso periodo que va de 1905 a 1949 limita cronológicamente lo que podríamos convenir con llamar antecedentes inmediatos a la Expedición Franco-Venezolana de 1950-1951. Este periodo, tiene como característica central un aumento del trabajo científico y de observaciones sobre el espacio socioeconómico del Orinoco, expresa también, el proceso de emergencia de una escritura espacializada sobre el mismo fenómeno fluvial que liga con la historia y la geografía cultural impulsadas por la búsqueda en la geografía interna de la cuenca del río Orinoco de las fuentes del río colector. El movimiento de la escritura espacializada es a su vez, la expresión de este esfuerzo por territorializar y traducir a la seguridad del texto informes confiables de la región.

En este apartado, sólo nos referiremos cronológicamente a las principales expediciones cuyas coberturas espaciales y prácticas de observación se tradujeron en un

incremento del interés por el río y, un creciente foco de atención hacia las *terra incognitae* del alto Orinoco cuyo lugar principal, lo constituía las fuentes del río envueltas en el encanto narrativo de la imaginación geográfica del confín.

En tal sentido, la mayor parte de las coberturas espaciales de algunas áreas del Orinoco continúan profundizando el estudio científico y la labor de cartográfica. Las exploraciones territorializan, dan consistencia a los espacios vacíos.

Dentro de los discursos científicos podemos mencionar el trabajo constante sobre todo en materia etnográfica y geopolítica de Bartolomé Tavera Acosta quien escribió *Recuerdos de río Negro, Viajes, observaciones, historias; Amazonas, memorias de 1900-1901; El caucho en Venezuela (Atabapo)* en 1903, y *En el sur (dialectos indígenas)* 1907 con importantes observaciones sobre la geografía humana y, la distribución de las etnias en función de sus variantes lingüísticas.

Pero en referencia específica al río, destaca el trabajo del miembro de la sociedad geográfica de Berlín, Alfredo Jahn un destacado ingeniero civil quién en dos viajes hizo importantes observaciones hidrográficas. En un primer momento había estado haciendo trabajos de medición astronómicas y meteorológicas en 1887 en el Alto Orinoco y en el portage del Yavitá-Pimichín que hace un divorcio de aguas entre el Orinoco y el paquete fluvial: río Guanía-Río Negro-Amazonas. Jahn vuelve sobre la zona entre 1907 y 1908, y producto de su trabajo en la Comisión designada para el levantamiento cartográfico del Plano Militar del país¹²⁴ auspiciado por la administración de Gómez que serviría de base para un nuevo Mapa físico y político, presentaría en 1909 ante la Sociedad geográfica berlinesa unas memorias *Contribuciones a la hidrografía del Orinoco y río Negro*, que contenían sus trabajos hidrográficos llevados a cabo en el río Orinoco referidos en su mayor parte a obtención de datos como: el caudal y fuerza de arrastre de las aguas; y explicaciones en torno a la relación del río principal con la fuerza de empuje de tributarios como el Guaviare, el Ventuari y el Apure.

Pero son sus observaciones astronómicas y meteorológicas las que dominan el discurso explicativo sobre los diversos tramos del Orinoco y sus diferencias, su interés es

¹²⁴ Ese plano se tradujo también en 1909 en una “Carta Demostrativa del progreso de los trabajos Del Plan Militar de Venezuela” impulsada por la Oficina Central del Plano Militar de Venezuela. En conjunto en ese mapa se puede observar la diferencia del mapeo hidrográfico de los Llanos con el de la Guyana caracterizado por una baja densidad de cobertura de los trazos de los ríos, una prueba además de la precariedad que para la época tenía la cartografía guayanesa y la del Alto Orinoco. (se puede consultar en Barry Lawrence Ruderman Antique map [https://www.raremaps.com/gallery/detail/53573/Carta_Demostrativa_del_progreso_de_los_trabajos_Del_Plan_Militar_de_Venezuela/Oficina%20Central%20de%20Plano%20Militar%20de%20Venezuela.html])

cartográfico y de corrección de las antiguas mediciones llevadas a cabo en la zona, entre ellas las del propio Humboldt al que sigue continuamente.

De esas observaciones legará un mapa detallado del curso del Atabapo “Map del Alto Orinoco-Atabapo y Guanía”, y cuadros de cálculos astronómicos como de mediciones de temperatura y humedad en distintos puntos a lo largo del río. Jahn intenta demostrar el poder de los datos obtenidos mediante instrumentos científicos de alta precisión tales como: el barómetro de mercurio, Teodolito astronómico de Trougriton v Simms, Sextante de seis pulgadas de Elliott Brothers, Cronómetro marino N 613 de Delolme, el aneroide N 9 1895 de Otto Bohne, Aneroide NV 12.237 de Negretti y Zambra, Reloj áncora de Waltham, 1 Psicrómetro, 1 hipsómetro y varios termómetros. La lista habla por sí misma de la importancia de la precisión en un nuevo régimen de la ciencia.

Además de estos problemas, la obra incluye una enumeración de cuestiones referentes a los grupos humanos que habitaban la zona: “ujaribos, macos, Maquiritares, y shirinas” como de sus conexiones en las vertientes orinoquense y amazónica de la sierra Parima. Jahn profundamente preocupado por cuestiones geológicas también adelantará horizontes científicos para la exploración de los sistemas de sierras del escudo guayanés occidental, es decir, la zona en las cuales se encontraban las fuentes de importantes ríos como el Venturari, el Caura y por supuesto, el río colector de la cuenca El Orinoco. En lo que respecta a datos, su texto ofrece un conjunto de rectificaciones de las posiciones astronómicas del Guaviare, San Fernando de Atabapo y la Esmeralda. Desde estas posiciones Jahn proyecta las coordenadas posibles de las fuentes del Orinoco en dos secciones, una hasta el raudal de “ujaribos” y otra desde allí hasta las misteriosas fuentes: 63° 35'00"O.Gr. y 2° 20'00"L.N. (Jahn, 1909: 15)

Jahn, como se observa, mantendrá la atención sobre el problema de las cabeceras del Orinoco y para ello evalúa en una breve exposición las expediciones del siglo XVIII y XIX hacia el Alto Orinoco. Al referirse al explorador prusiano R. Schomburgk que fue uno de los que más cerca estuvo en el siglo XIX, señalará, que la tarea permanece abierta al trabajo de la observación de la ciencia que hasta ahora solo debía contentarse con las “informaciones imprecisas” de los indígenas:

Las fuentes de este gran río y las del Ventuari y Parima (Río Blanco) quedaron fuera del alcance de sus investigaciones y han permanecido hasta hoy una *térria incógnita*, hermoso y dilatado campo, prometedor á los afanes de futuros geógrafos y naturalistas.

Las informaciones poco fidedignas de los indígenas hubieron de suplir aquí la falta de observación y con su ayuda se han trazado los cursos de los pequeños ríos y arroyos que concurren á la formación y origen de aquellas poderosas arterias y la dirección de las sierras que circunscriben y separan sus respectivas hoyas. (Ibidem, 8).

Por la misma época una expedición integrada por Elías Toro, que junto a los ingenieros S. Aguerrevere e Ibarra Cerezo formaban parte de la Comisión de Límites con la Guayana Británica, realiza trabajos en el bajo Orinoco y en las dos vertientes que dividen el área oriental en dos cuencas: la del Orinoco y la del Esequibo.

Toro siguiendo el esquema tripartito de Humboldt y Codazzi divide el territorio nacional en: Zona del Litoral, zona de selvas y región alpina de Guayana. De estas zonas, dos envuelven de forma directa al área de la cuenca del Orinoco; la de selvas que abarcaría desde la cota de cien metros hasta los “primeros eslabones del Parima”, y la “región alpina de Guayana” que delimitaría un área que “comprende las sierras Imataca y Parima y las altas mesetas de esta última” (Toro, 1905: 183-185).

El esquema de zonificación de Toro se hace a partir de dos criterios: uno de observación científica que es el producto de un diagnóstico en el recorrido de diversas zonas geográficas, que tiene como objetivo crear un marco para “...estudiar sistemáticamente las condiciones agrícolas de la vasta región recorrida por nosotros.” Y otro, de la utilidad de estos estudios para un plan de desarrollo que considerase dentro del binomio agricultura-nación, la base de la riqueza. No obstante, ello no deja de lado que, a lo largo del diario de viaje, Elías Toro haga alusiones continuas a los potenciales mineros de la Guayana y al valor comunicativo del Orinoco dentro de la imaginación geográfica de un horizonte de progreso que se dibujaba en las descuidadas zonas orientales (delta y bajo Orinoco) sobre las que se proyectaba la ambición geoestratégica británica —que ya había ocupado pese a la protesta venezolana, la margen occidental del río Esequibo amenazando el control de las bocas principales de entrada Atlántica en el Delta—, dada las comprobadas prospecciones mineras que prometían riquezas en el Yuruari y dentro del contexto del espacio socioeconómico, del de las comunicaciones interfluviales que tenían en el Orinoco la arteria principal de ingreso hacia el corazón de los llanos de Venezuela y Colombia, y la zona del Río Negro.

Toro ve en la zona de las selvas las bases del desarrollo agrícola vinculando erróneamente el aspecto exuberante del paisaje con un indicador de su fertilidad. Sin embargo, percibe los grados de diferenciación en cuanto al valor de uso de los suelos. Para él, la excepción son las tierras muy bajas que, por esta condición de relieve, sumado a las lluvias excesivas y, a las inundaciones, constituyen una limitante a la expansión agrícola y ganadera. No obstante, esta situación puede resolverse con la habilitación de drenajes. Otra limitante de los suelos de la Guayana lo constituyen la pobreza en terrenos calcáreos que según Toro son

los que más favorecen el desarrollo civilizatorio, pese a ello, en su visión paratáctica, es la técnica la que ayuda a vencer las condiciones físicas (ibidem: 62-63).

De acuerdo a este punto de vista, la zona de selvas y de bosques resume la triple relación entre explosión de diversidad geobotánica, el factor hídrico y riqueza de suelos, en tal sentido se consolida un cambio perceptivo del valor de la humedad tropical y de los ríos que se enlaza con la preocupación del siglo XIX en torno al valor de las redes fluviales, Toro recoge en cierto modo las preocupaciones que Morisse (1985 [1904]) había observado en sus viajes por las regiones mineras del Callao y el Cuyuni y por el Alto Orinoco que abría la imaginación geográfica al progreso dentro del binomio recursos naturales/vías de comunicación.

Aquí el terreno, abonado por siglos enteros de renovación vegetal; irrigado por una red fluvial de incomparable riqueza; ríos navegables que son caminos naturales para el transporte de los frutos; riachuelos pequeños que se internan, dividen y unen entre sí, como canales secundarios de riego, pero de suficientes aguas para la navegación de curiaras; cascadas y saltos que están pidiendo turbinas que utilicen para la industria aquel derroche de fuerza; inmensas extensiones completamente planas; otras ligeramente onduladas por suaves colinas y en fin una exuberancia de variedad vegetal, que sólo recorriéndola se puede formar idea exacta de ella. (Toro, 1905: 185)

La apreciación de Toro impulsa un giro sobre las condiciones geográficas del trópico orinoquense, ya no estamos ante un simple determinismo, sino que estamos en presencia de una imaginación que está moviéndose sobre la base de una posible activación económica que observa y evalúa los potenciales edafológicos, hidrográficos, hidráulicos, botánicos en la producción de un espacio económico que anuncia la industrialización, aunque envuelta en la ilusión de modernidad.

Esta modernidad, sin embargo, no es solamente una ilusión construida sin una clara visión de la materialidad y sus posibilidades. Por la misma época, en la prestigiosa revista *Scientific American*, G. Brown publica sus reflexiones sobre los valores que en tanto vías de comunicación posee el río Orinoco en, “The Orinoco—a wasted waterway (1905). La posibilidad de las comunicaciones se imagina sobre un espacio concreto y abierto al trabajo del hombre, en tal sentido, la visión del río se asocia a una riqueza que se amplifica en la mirada del explorador y escritor Arturo Hellmund Tello, este último ubica la perspectiva dentro de una panorámica del valor económico de la cuenca, sobre todo, en los contratos que presenta ligados a la presencia de los hidrocarburos y, las actividades mineras que se reparten a ambos lados del medio y bajo Orinoco.

Si en la izquierda, bajo las arenas de los Llanos, existe y se explota hoy el petróleo; en la derecha la composición del subsuelo parece haber sido creada exclusivamente para la explotación minera.

Allí además del oro diamante y piedras amalgamadas con diversísima clase de metales, se encuentran grandes yacimientos de hierro. Uno de esos conglomerados corre en la vasta región del Bajo Orinoco He tenido oportunidad de ver una parte de la llamada Formación Imataca, cuya extensión no me atrevo a calcular. (A. Hellmund Tello, 1943: 69)

En este periodo se profundiza una perspectiva que ve en la zona de la Guayana y del Orinoco un espacio socioeconómico para el desarrollo en el cual los ríos, siguen manteniendo el poder. De esa inmensa malla fluvial en la que puede irse del Esequibo hasta algunas leguas al interior del Orinoco a través de los pasajes entre el Pomarón el Barima y el Amacuro en la parte sur del Delta del Orinoco Elías Toro adelantará una apreciación de valor:

La riqueza fluvial de la zona que atravesábamos era incomparable: Ríos caudalosos y de fondo capaz para buques de mayor tonelaje, surcan y fertilizan esta región fecunda; unidos y anostomosados entre sí por caños o riachuelos de aguas dormidas y profundas, forman una red intrincada y tan extensa que, en una simple curiara pueden recorrerse trayectos de dos y trescientas leguas (Toro, 1905: 94-95)

Esta idea del río como arteria para la aceleración de los cambios se proyectará hasta la década de los 40 cuando Hellmund Tello al valorar el potencial del río en el viaje que hizo al bajo Orinoco señale que: “Cuando la navegación del Orinoco se intensifique, y las grandes y ricas regiones que atraviesa, se conviertan en el emporio de riquezas y de la explotación a que tienen derecho, es seguro que grandes dragas abrirán un canal en las barras”. (A. Hellmund Tello, 1943: 24- 25).

El interés sobre el Delta y de una parte del curso del río Orinoco hizo que la Oficina hidrográfica de los EE. UU. impulsase varios trabajos a fines del siglo XIX y durante el siglo XX. En 1892 el comandante A. S. Crowinshield hace un levantamiento del rumbo y distancia del río Orinoco. Entre 1890 y 1899 el USS Dolphin hace un levantamiento cartográfico de las bocas del Río Orinoco de los cuales destaca el trabajo del teniente Snowden en la llamada Boca Grande. En 1899 el USS Wilmington continúa los trabajos. Entre 1930 y 1938 el USS Hannibal realiza trabajos en el área que va del Golfo de Paria hasta las bocas del Orinoco y la transición hacia el bajo Orinoco (Sobre este punto vid Rohl, 1990: 442-443)

Pero en medio de este empoderamiento del discurso paratáctico la percepción del viajero también se hace presente y actúa en la comunicación del efecto de realidad que emerge del contacto con las selvas y río ecuatoriales. En este caso Elías Toro a pesar de su pretensión de objetividad y exactitud paratáctica propia de un funcionario con conciencia geográfica ligada al valor del límite y los recursos en la definición del territorio, incursiona en el espacio liminar al dar cuenta de la relación psíquica que acontece en la relación del hombre con el medio, su apreciación recuerda mucho a algunas enunciadas por los grandes

exploradores del siglo XIX entre ellos el propio Reclus e importa porque nos habla de esa condición especial, de esa carga psíquica que acontece en los lugares del trópico.

Dos fenómenos de índole análoga se verifican en el viajero por estas lejanas tierras de Guayana: fenómenos que aún no hemos visto señalados por nadie y que nos permitiremos llamar: la obsesión de los grandes ríos y de las selvas.

El primero se verifica remontando en curiaras, por largos días, los grandes ríos. La monotonía del paisaje: dos líneas verdes, sombrías y angostas y una central más ancha, luminosa y brillante, que se pierde y se confunde al fin en el horizonte de verdura ; el viajero inmóvil, siente algo así como una fascinación : la mirada queda vacante, los sentidos en suspenso; se os habla y no escucháis; la voluntad está inerte; y este estado podría prolongarse largas horas, si un accidente del viaje, como el cambio súbito del panorama, ó choque de la embarcación con un obstáculo, no rompiera aquella especie de pausa de la vida . (Toro, 1905: 186-187)

La percepción es expresiva y connota un comportamiento que define el poder de atracción de una imagen materializada y el efecto de magnificencia de la selva y de los ríos tropicales que afecta el interior del hombre y lo ponen en relación con la explosión de la vida y sus dinámicas.

Pero más allá de las observaciones que se hacen sobre el valor fluvial para las comunicaciones, de las prospecciones económicas sobre las riquezas de las Guayanas que giran en torno al discurso de la abundancia y de la promesa de naturaleza pródiga como la de la cuenca vecina del Amazonas, más allá de la percepción directa del espacio vivido de la selva, el tema de las fuentes sigue presente en los círculos de académicos y amateurs configurando un foco de atención.

Entre 1911 y 1950 se emprenden una serie de viajes de exploración hacia el Alto Orinoco y la zona del Parima y Río Negro. El viajero Caspar Whitney reúne importantes descripciones de los ríos sudamericanos en *The flowing Road: Adventures on the Great Rivers of South America*, (1912) que marcan la fase final de los modos de descripción de los exploradores amateurs y diletantes fascinados por el exotismo de las zonas ecuatoriales. Se entiende entonces que en la introducción Whitney quién recorrió la importante arteria fluvial del Orinoco hasta San Fernando de Apure y luego desde allí hasta Atabapo, el Casiquiare y la conexión amazónica hasta Manaos, señale que el viaje no era para tomar datos de las riquezas de las tierras recorridas, ni tampoco para hacer amplias explicaciones científicas, su libro cuando servía, para “ir y ver cosas” dentro de un “instinto primordial” (1912:4).

Esta actitud del explorador resumía la actitud romántica y anarquista del paseante en la naturaleza del que hablaban Humboldt, Thoreau y Reclus y que expresa en todo momento en el texto al ofrecer descripciones que siguen el modelo humboltiano de ciencia y estética que dan cuenta de los cambios a lo largo de las riberas cambiantes del río. No obstante, también le

queda tiempo para criticar los prejuicios geográficos y enlazar el encanto del discurso geográfico con la necesidad del viaje y el valor de este en la visión del mundo.

En los coloquios populares es frecuentemente escuchado que Sudamérica "no está en nuestro mapa"; y la burla no es una mera broma, como puede determinar al consultar el número del "Atlas del mundo" de 1907, donde, en la página 67, encontrará que el "Orinoco y sus afluentes son navegables por 4,300 millas". "¡! A la luz de su proximidad geográfica y de su poderosa promesa comercial, ¡cuán extraño parece nuestro desconocimiento de este gran continente! (Ibidem: 5)

Caspar Whitney no obstante haber explorado ríos como el Ventuari y el Casiquiare percibe el alto Orinoco como un país lejano que invita a viajes más organizados pues, a la altura de la Esmeralda se abre un espacio en el Orinoco superior que mantiene su fuerza de atracción "salvaje".

...aquí está el portal a una zona encantada, porque, aunque la ilusión de El Dorado se disipa, la fábula y el misterio todavía envuelven a este país en donde están las cabeceras del Orinoco, que comienza en este lugar natural trance de seis días de viaje y alrededor de ciento veinte millas o más al sureste de Esmeralda. Hasta este punto, ninguna dificultad insuperable para viajar ofrece el río, al menos, no en mayo; más allá, sin embargo, está la *terra incognita*. Uno escucha historias espeluznantes de esta región desde el extremo brasileño al venezolano del camino que fluye... (Ibidem:137)

A partir de la segunda década del siglo XX la mayoría de los viajes tienen como objetivo común resolver el tema de las fuentes del río que se ha vuelto a activar luego de la puesta en duda del descubrimiento hecho por parte de Chaffanjon y Morisot (vid cap. IV). En efecto, espacio del deseo enfocado en las fuentes se vuelve a activar con Theodor Koch Grünberg, un etnólogo alemán y profesor de la Universidad de Friburgo-Brisgovia quién había estado varias veces recorriendo los ríos del Amazonas, el alto Xingú y parte de la cuenca del Orinoco entre 1899 y 1924.

En 1911 y por el lapso de tres años, Koch Grünberg emprendió un viaje que sigue el mismo sentido de su antecesor Robert Schomburgk, es decir, que se propuso cubrir el viaje desde Manaos hasta la Esmeralda y Atabapo pasando por la divisoria de aguas del Roraima, y el Pacaraima, para remontar los ríos Caura y Ventuari y de allí tomando el Padamo bajar hasta el Orinoco. Sus objetivos se dirigían a buscar además de importantes colecciones etnológicas y botánicas, trazar el curso de ríos como el Ventuari y dirigirse hacia las fuentes del Orinoco. La narrativa del diario de Grünberg titulado *Del Roraima al Orinoco* que forma el primer volumen de una unidad compuesta por 4 (los otros tres corresponden con sus descripciones etnográficas y su impresionante archivo fotográfico), es importante pues muestra el sentido vivido que toma la travesía por las intrincadas redes fluviales.

Del conjunto de observaciones que contiene el diario pues esta es la forma como el viajero alemán presenta su texto, importan dos. La primera se refiere a la práctica de confección de planos y mapas en los cursos fluviales que el etnólogo alemán traza en condiciones difíciles. Permite observar el proceso de descentramiento que acontece en el espacio practicado y vivido. La práctica de elaboración se hace reflexiva en torno a las dificultades que envuelve el trazado y a la comunicación que debe establecerse con los prácticos del aquí que se experimenta y el allá de los geógrafos del gabinete.

No es fácil levantar en semejantes viajes fluviales un mapa más o menos utilizable. Uno está sentado sobre un madero redondo usando a cada instante la brújula, consultando entre tanto el reloj, preguntando al remero principal por los nombres de los afluentes, sierras y raudales. Uno escribe y dibuja mientras la pequeña embarcación se mueve constantemente entre rocas y olas turbulentas. [...] ¡hay de los geógrafos ajenos al mundo!, que frecuentemente miran con menosprecio nuestro trabajo de precursores, por no pertenecer nosotros al gremio. ¡Cómo les convendría un viaje semejante! (Koch-Grunberg (1979 [1917]: 365).

La otra observación surge cuando ya en el Alto Orinoco en las cabeceras del Ventuari y el Caura, Koch Grunberg intenta persuadir sin resultado a los prácticos de la zona para ir hacia las fuentes. El viajero se contentará con trazar el curso de esos ríos desconocidos de la margen derecha en los inicios del curso superior, no sin antes adelantar un juicio práctico de cómo podría llegarse de forma más organizada a las fuentes tanto del Orinoco como del Uraricoera, el testimonio importa además porque da un valor implícito a los conocimientos de los habitantes de la zona

... Las fuentes del Uraricoera y las del Orinoco únicamente se pueden alcanzar mediante una expedición provista de medios mayores y preferiblemente una expedición geográfica [...] la continuación del viaje [desde Brasil] seguiría el curso del Uraricoera, el cual nace según las indicaciones de los indios en la misma montaña donde nace el Orinoco. La mayor perspectiva de éxito la daría una expedición emprendida desde dos lados al mismo tiempo, es decir, que Brasil y Venezuela mandaran simultáneamente sendas expediciones que se ayudasen para fijar así definitivamente las regiones de ambas fuentes y, por lo tanto, la frontera de los países. La expedición venezolana tendría que comenzar en el Alto Orinoco, más arriba de la desembocadura del Padamo donde empiezan las verdaderas dificultades (íbidem: 342).

Años más tarde Koch-Grunberg moriría en 1924 en la zona del Roraima cuando formaba parte de la expedición que Hamilton Rice -un explorador que había estado en el Guaviare, Guainía-Río Negro- y el fotógrafo brasileño Silvino Santos que sería conocido por sus

importantes filmaciones en las selvas amazónicas¹²⁵, emprendían para estudiar la zona del Roraima y de allí dirigirse a disipar el misterio de las fuentes del Orinoco y el río Parima.

La contribución de Alexander Hamilton Rice al conocimiento de los ríos fue muy importante. Era físico y profesor de geografía en la Universidad de Harvard, y había fundado el Harvard Institute of Geographical Exploration. De esas expediciones legó tres trabajos importantes además de los cartográficos titulados, “The Río Negro, the Casiquiare canal and the upper Orinoco” (1921), “Plans for Exploration at the Headwaters of the Branco and Orinoco” (1925), “The rio Branco, Uraricoera and Parima” (1928). Los intentos de Rice fracasaron por oposición de las tribus hostiles a la penetración blanca en sus territorios. Se sabe que llegó hasta el raudal de Guaharibos e hizo un mapa que fue considerado como el más completo al menos hasta la década de los años cuarenta.

Para el año de 1921 el *Atlas de los Estados Unidos de Venezuela* de Vicente Lecuna, elaborado a partir de las observaciones del Cuerpo de ingenieros encargado del levantamiento del Mapa físico y político de Venezuela, seguía señalando al Alto Orinoco como una zona inexplorada y, por lo tanto, abierta al trabajo de la geografía. En tal sentido, y a la par de los trabajos de Rice, se hicieron reconocimientos, prospecciones y trabajos de campo en el área del Duida, Casiquiare y Río Negro. El American Museum of Natural History impulsó en 1928-1929 la llamada Tyler-Duida Expedition que se veía a sí misma como un viaje de exploración hacia los mundos perdidos (Lost Worlds). En esta expedición participó Charles Hitchcock geólogo, cartógrafo y más tarde director de la American Geographical Society quién realizó una importante labor cartográfica en la producción de mapas de vegetación de las tierras bajas del Valle del Orinoco y el Monte Duida que se elevaban hacia el norte del río Orinoco¹²⁶. Una parte de estos trabajos fueron recogidos en coautoría con el zoólogo y botánico Georges Hamilton Tate “The Cerro Duida Region of Venezuela” (1930). Otra expedición importante dentro del conjunto de intereses científicos lo fue la H Anthony, Gleason y Platt hacia el Pacaraima en 1930 cuyos resultados se recogieron en, “The Pacaraima-Venezuela Expedition” (1931).

En la década de los años treinta destacan varios intentos de exploración dirigidos a pasar el raudal de Guaharibos. Tres de estas expediciones hacia el alto Orinoco corresponden a Herbert Spencer Dickey, quién recogió sus impresiones en *My jungle book* (1932), y otra al

¹²⁵ De sus muestras cinematográficas son importantes: “No paiz das Amazonas”, “No rastro do Eldorado” e “Terra encantada” que se envuelven en la condición que establece el exotismo y el encanto por las selvas y ríos ecuatoriales de la América del Sur.

¹²⁶ Vid, <http://plants.jstor.org/stable/10.5555/al.ap.person.bm000057813>. Este geógrafo participó activamente en la elaboración del, The American Geographical Society's Map of Hispanic America concluido en 1947

viaje emprendido desde Ciudad Bolívar a Manaos siguiendo el río Orinoco por Lady Dorothy Mills.

En *The Country of the Orinoco* escrito en 1931 la viajera y exploradora Lady Dorothy Mills (figura 1), deja un importante documento que tiene la importancia de ser un documento de género en el que se envuelve la travesía emotiva de un viaje interfluvial con las visiones objetivas. La exploradora se ha propuesto ir desde el Delta y Ciudad Bolívar hasta el Alto Orinoco, descubrir las fuentes y luego bajar por el Casiquiare hasta río Negro y luego culminar el trayecto en Manaos (figura 2). A lo largo del diario se cruzan narraciones con cargas emotivas con descripciones de la geografía humana de los pueblos ribereños y de los grupos indígenas con descripciones estilizadas del paisaje físico y de explicaciones de la naturaleza tropical. Luego de un azaroso viaje que la lleva a San Fernando y a San Carlos de Río Negro el objetivo de llegar a las fuentes se trunca por un ataque de fiebres y una disminución de los recursos económicos para remontar el río Orinoco

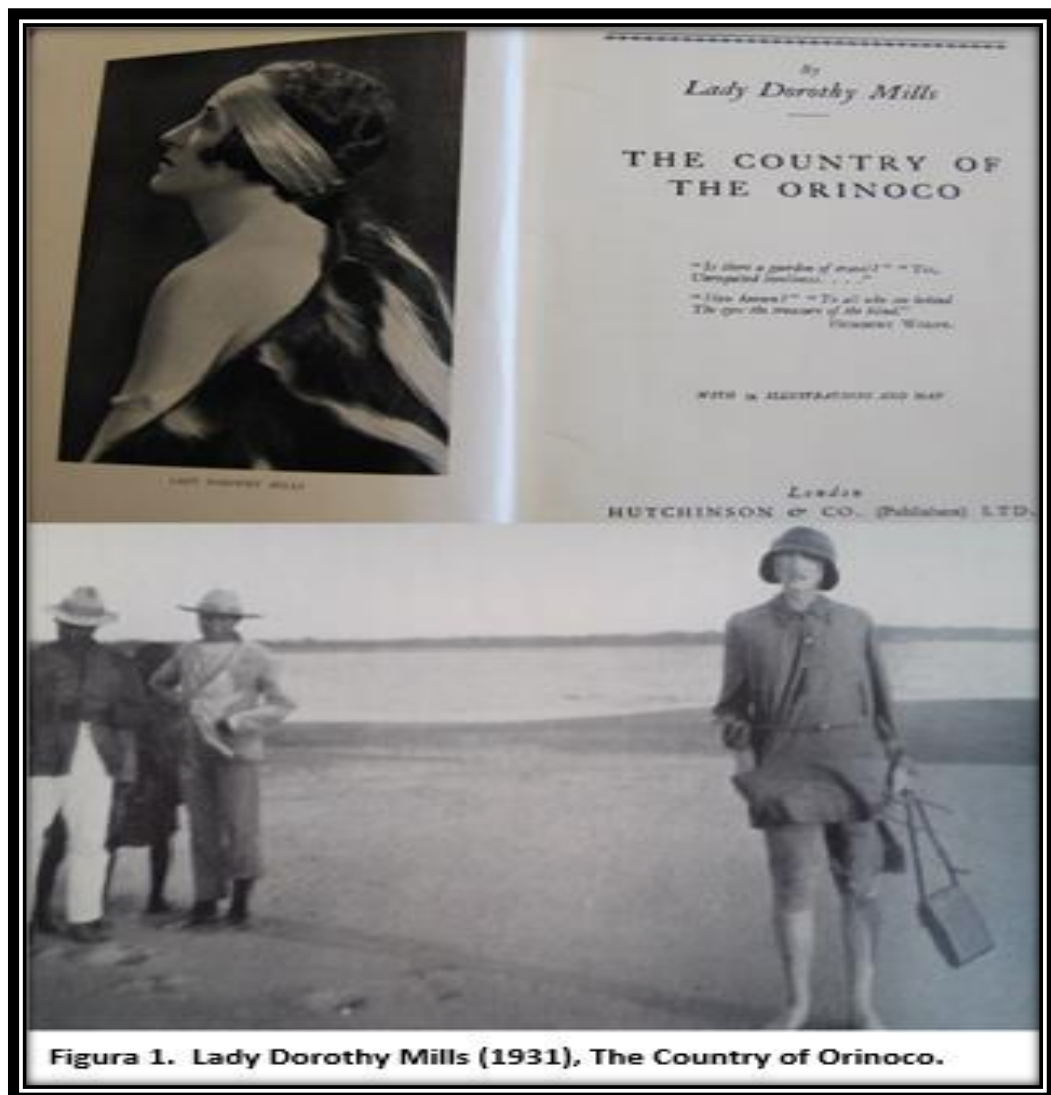


Figura 1. Lady Dorothy Mills (1931), *The Country of Orinoco*.

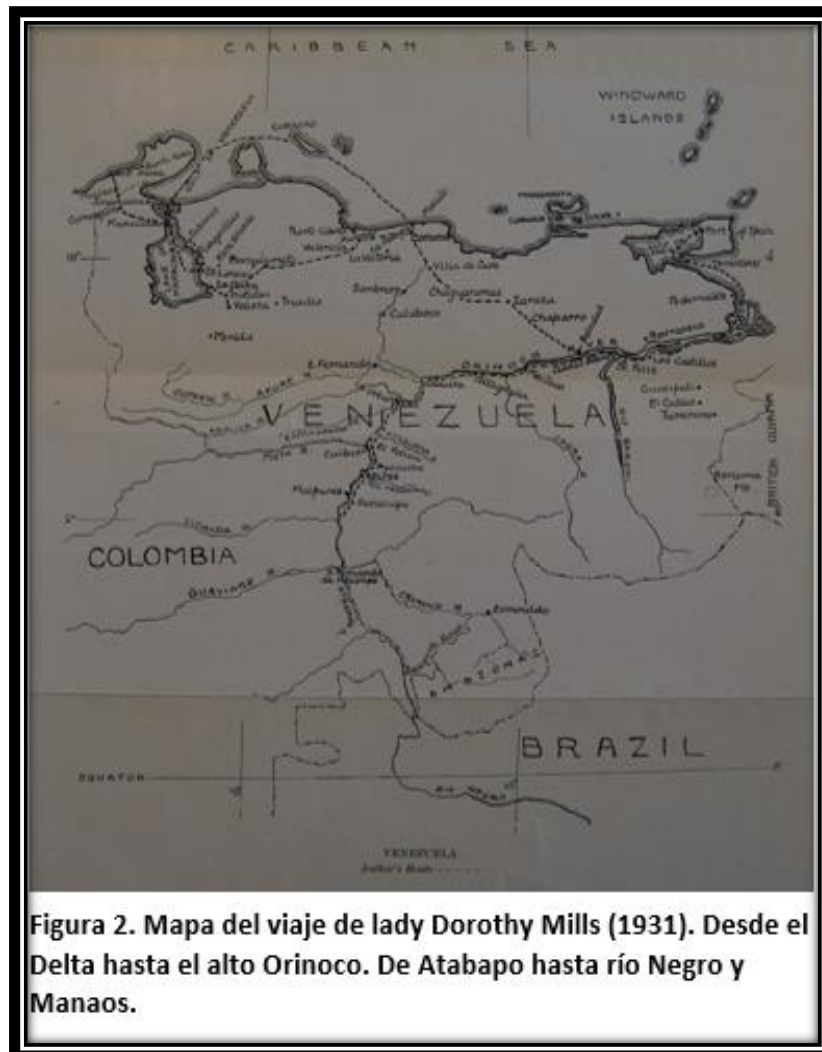


Figura 2. Mapa del viaje de lady Dorothy Mills (1931). Desde el Delta hasta el alto Orinoco. De Atabapo hasta río Negro y Manaos.

En 1931 se lleva a cabo la última expedición Dickey que se abrogó el hallazgo de las fuentes, incluso se sabe que un mapa en donde se localizaba a las fuentes fue publicado en New York auspiciado por el New York Times. Con Dickey se inicia un nuevo giro en las expediciones modernas orinoquenses que tienen como estructura común el carácter de empresas organizadas desde el punto de vista logístico. Sargent Burrage Child quién participó de la tercera expedición Dickey en 1931 representando al Amherst College y a la Universidad de Yale legó un importante testimonio. En un documento expresivo titulado *La Conquista Del Orinoco*, que documenta el día a día de dicha empresa, recoge la combinación del dato junto a la emoción de la travesía fluvial. Los objetivos que perseguían eran claros: resolver el tema del origen del río, trazar su curso y elaborar un mapa de la zona. Child ofrece una descripción importante que nos habla de lo relativamente cerca que estuvieron.

Desde nuestra posición podíamos ver la serranía cuyas cimas decrecían hacia aquel valle enorme que corre de norte a sur. A nuestra derecha desemboca un pequeño valle, alargándose unas siete millas hacia la alta cima hasta topar con una montaña de poca altura. Aquel valle contenía la rama principal del Orinoco, en aquel lugar de muy poca envergadura. Aquella era una de las dos ramas que formaban el río que corría junto a nuestro campamento. La rama más pequeña venía del sur en forma similar, desde una montaña que cerraba otro valle, desde nuestra posición no podíamos ver el punto en donde ambos valles se unían. (Child, 1958: 245)

Probablemente solo rebasaron el raudal wayka o Peñascal con lo que ampliaron el reconocimiento y el trayecto del río unos cuantos kilómetros antes de la unión del Ugueto con el Orinoco. Al igual que expediciones anteriores repitieron el ritual del dato como prueba objetiva del hallazgo, pero sin acceder realmente al lugar. Esto se deduce de los cálculos hechos por Francis y Lanz otros de los miembros de la expedición que tenían a cargo las labores cartográficas. "...allí estábamos a los 63° 45' 31" Long. Oeste y 2° 2' 30" Lat. Norte y calculamos que el nacimiento del río, en el vértice de los dos vallecillos que desde la cima habíamos divisado, debían hallarse a unas ocho millas al este de esta posición". (Ibidem: 247).

Sin embargo y a pesar de los objetivos paratáticos la expedición no pierde el lugar común de la retórica viajera que enlaza a la geografía heroica con un esfuerzo físico que posee en las imágenes del trayecto por el río su *leitmotiv*. La ciencia para estos hombres era un trabajo sobre el espacio que envolvía la emotividad y la empresa viril. Contrastemos dos textos: una descripción en lo profundo de la selva orinoquense con imágenes visuales de la expedición Dickey (figura 3).

Al abrir los ojos escuché el despertar de la selva. El aire húmedo se llenaba de los cantos melódicos de cientos de pájaros: trinos, silbidos, gorjeos y hasta el graznido lejano de una guacamaya se mezclaban armoniosamente en aquella hora temprana. Y yo volví a pensar en Nueva York, ciudad en la que se apiñan seis millones de personas que allí permanecen por años dando la espalda a todo lo que queda fuera de su "Zona civilizada" ...en algunos de sus ciudadanos que incluso llegan a alardear de haber pasado treinta años de su vida haciendo cuatro viajes diarios en metro... (Ibidem, 1958:196)

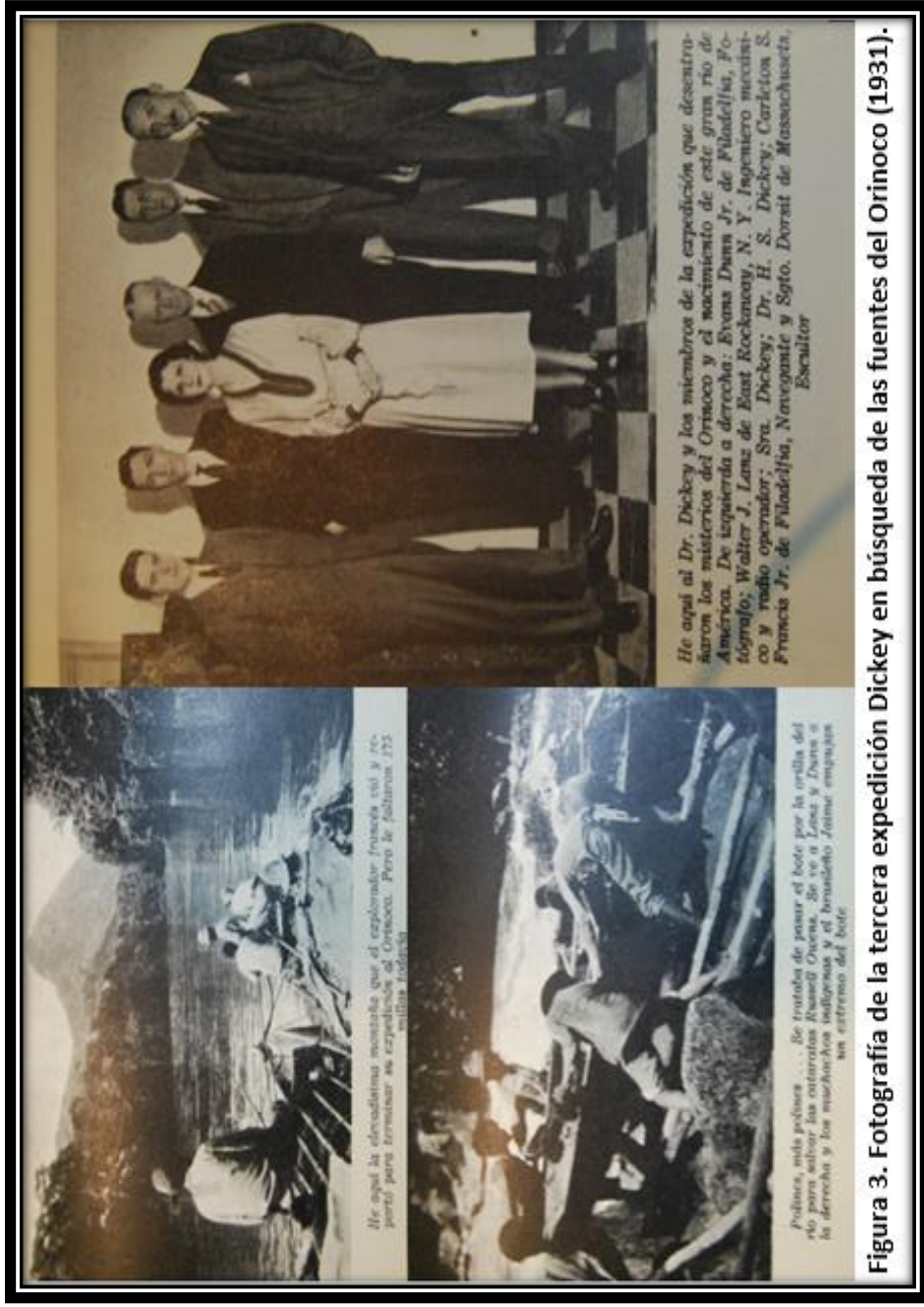


Figura 3. Fotografía de la tercera expedición Dickey en búsqueda de las fuentes del Orinoco (1931).

El contraste entre estos dos textos de naturaleza diferente nos permite acercarnos a los modos en que se producía una geosensibilidad ligada al trópico. Empecemos por las tres imágenes seleccionadas, por un lado, los expedicionarios se presentan como académicos que emprenden una empresa de descubrimiento que integra un equipo en el que aparece también una mujer, la esposa de Dickey que viajó acompañando a los expedicionarios. Las otras dos imágenes presentan el viaje como un drama que se explica en el cronotopo del paisaje orinoquense: el paisaje hacia el Parima y el Pico Lesseps (que había bautizado Chaffanjon) se abre misterioso antes los ojos de los expedicionarios que van en una curiara remontando el Orinoco en búsqueda de las misteriosas fuentes. La tercera imagen que integra el conjunto refiere a la tarea viril de vencer los obstáculos, el documento fotográfico es la prueba de ese esfuerzo en beneficio de la ciencia que se construye en el campo.

La descripción del paisaje que hace Child termina por completar el cuadro geosensible de la corporalidad visual en campo para abrirse a un trabajo de la imaginación que traduce el paisaje contemplado que apela a la vista y a los sonidos. Pero también la imagen descriptiva convoca dos estilos de vida que se enfrentan, el de la vida en la naturaleza un *topoi* que tiene en la imaginación geográfica norteamericana un lugar muy importante, y el de la vida en la ciudad. La selva del Orinoco sirve entonces para cuestionar el documento de cultura de los civilizados en uno de los sentidos pues todavía, queda un resto que remite al acto descubridor.

La expedición Dickey pese a su pretensión no resolvió el problema. Entre la década de los años 20 y 30 otras exploraciones se dirigen hacia la margen derecha del Orinoco medio y bajo haciendo prospecciones geológicas e hidrográficas dentro de un horizonte industrial y minero que parece anunciarse. En 1939 un equipo de investigadores de varias disciplinas, realizaron un estudio y un diagnóstico de la Guayana (Aguerrevere, y Zuloaga, G. et all, 1939) con conclusiones importantes sobre el valor socioeconómico y el esbozo de un proyecto prospectivo de desarrollo en provincias mineras y en áreas de explotación hidráulica e hidroeléctrica. Señalaron también la necesidad de profundizar la exploración y el cartografiado de las zonas profundas de la Guayana y del Alto Orinoco.

Durante esa misma época, exploradores norteamericanos, misioneros salesianos y protestantes de las Nuevas Tribus, y aventureros exploradores como el marquis Robert de Wavrin de Villers-au-Tertre, explorador, etnólogo y cineasta documental belga continúan amplificando el interés por el Alto Orinoco, pero fue Wavrin quien estuvo fascinado por el tema de las fuentes y entró en contacto con Auguste Morisot a quién animó a publicar su Diario del Orinoco en el viaje que hizo con Chaffanjon. En *Le mystère de l'Orénoque; récit d'aventures et d'explorations* (1939), Wavrin hacía un recuento de las exploraciones para

dejar abierto el tema de las fuentes y abogar por su exploración definitiva. Félix Cardona Puig y Joan Mundó Teixeira¹²⁷ continúan un trabajo de coberturas espaciales en la llamada gran sabana y la zona de tepuis haciendo prospecciones mineras y cartografiando la región.

De esos viajes, uno de los más publicitados será el de Jimmy Angel (James Crawford Angel Marshall) –un experto piloto de vuelos de reconocimiento minero y de apoyo a las Comisiones de límites venezolano- brasileña–, que traerá como consecuencia la constatación en 1937 de la existencia de una cascada de magnitud impresionante que terminará por ser la caída de agua más alta del mundo. Algunos exploradores anteriores a Angel como Ernesto Sánchez de La Cruz, Félix Cardona Puig y Joan Mundó Freixas habían dado noticias en sus sucesivas expediciones hacia las cabeceras del río Caroní, el gran afluente del bajo Orinoco, de la existencia de tal fenómeno hidrográfico.

Coetáneo a este acontecimiento la llamada expedición Phelps que coordinó William H. Phelps y el Museo Americano de Historia Natural representado por el botánico y zoólogo George Hamilton Tate miembro del American Museum of Natural History de New York y la American Geographical Society quién había hecho trabajos de campo en Venezuela entre ellos el del monte Duida entre 1928 y 1929 y el ornitólogo E. Thomas Gillard en 1937-1938, realizarían importantes estudios biogeográficos con la obtención de importantes colecciones de fauna endémica de la cuenca sur del Orinoco. El trabajo de Tate, “Auyantepui: Notes on the Phelps Venezuelan Expedition” (1938) resume los descubrimientos botánicos y las explicaciones biogeográficas de las especies endémicas de las formaciones geológicas típicas de esa subregión de la cuenca del Orinoco.

Junto a este movimiento de los exploradores y viajeros es conveniente mencionar el papel de las comisiones de límites de los países que hacen frontera con Venezuela y que comparten el Orinoco en uno de sus tramos como lo es Colombia. Sin embargo, no tenemos más espacio para dar cuenta de ese discurso del agrimensor, del cartógrafo en los ríos y selvas tropicales, solo nos queda tomar un atajo, hacer un recorte. En 1948 Hilario Itriago da cuenta de las actividades llevadas a cabo por la Comisión Mixta Venezolano brasilera Demarcadora de Límites, entre ellas señala, la de haber descubierto las fuentes del Orinoco mediante vuelos y mediante la tarea cartográfica que él había realizado en ambas vertientes del Parima, la del Orinoco y la Amazónica.

¹²⁷ La documentación sobre estos importantes viajeros y exploradores amateurs catalanes que recorrieron la gran Sabana y el Alto Caura, Ventuari y Orinoco es difícil encontrar de primera mano no obstante parte de sus diarios pueden consultarse en Casanova (2012) y el esbozo biográfico que hacen los historiadores de la geografía venezolana E. Rohl (1990) y Cunill Grau (2009a); P. Grases (1983).

De hecho, en un extenso texto titulado “Geografía Amazônica: nas fronteiras do norte” (1944), del Consultor Técnico do Conselho Nacional de Geografia Comte Brás Dias de Aguiar se señala expresamente que la Comisión Mixta la trabajar en la zona del Parima delimitando la frontera, habría dado con el área de las fuentes del Orinoco. La empresa de las comisiones se veía como una tarea de sacrificio nacional, Aguiar aprecia que el despliegue de muchos exploradores –una cuestión válida también para la Comisión venezolana–, se ha hecho sobre el “Gran y agresivo espacio del gigantesco cuadro territorial de Brasil, mundo misterioso, que bajo muchos puntos de vista sigue ignorado” (Aguiar, 1944:327). Esta percepción abre a la imaginación geográfica de los confines inexplorados válida para el Orinoco en donde también trabajó la Comisión mixta de demarcación. En el recuento que envuelve el supuesto nuevo descubrimiento de las fuentes, Aguiar habla de un vuelo de reconocimiento hecho por la Comisión en 1939 que partió de Caranacuni un tributario del río Caura (tributario a su vez del Orinoco) integrado por el técnico brasileiro Luís de Sousa Martins, Félix Cardona Puig, el técnico de aeropostal Cirilo Auzeau y el piloto James Angel (Ibidem: 342). Este equipo avistó el área de las fuentes.

Nuevamente la tensión entre la duda y la certeza del hallazgo aflora en el espacio público. En 1948 Hilario Itriago un importante cartógrafo, explorador y miembro de la Comisión de Límites publicó un largo relato de los acontecimientos ligados a la fuente y al descubrimiento que hizo de uno de los ríos formadores el río Ugueto. Más allá de las polémicas que suscitó, lo cierto es que Itriago remontando el río Negro y el Demeni y luego el río Mariduu conectó con ríos desconocidos en la vertiente norte del Parima entre ellos el río Tigre y sobre todo uno de mayor envergadura al que llamó Ugueto.

La importancia de la exploración de Itriago radica en que llegó al punto más cercano a las fuentes y cartografió el área (fig. 4). Sin embargo, pese a no dar el emplazamiento exacto, sostuvo que se habían despejado las incógnitas en torno a las fuentes. Para él, se trata de un trabajo conjunto llevado a cabo por un equipo de ingenieros y hombres que integraban las Comisiones Mixtas sobre un espacio geográfico accidentado y selvático que dificultaban hallar fácilmente el divisor principal de las hoyas y con ello el lugar de las fuentes de los ríos principales del Parima: el Orinoco y el Parime que drenaba hacia el Brasil.

Una vez hubo cruzado en Parima en la contravertiente amazónica y trazado el Ugueto, Itriago siguió su curso hasta la unión con un río mayor a los 63° de Longitud que identificó como el Orinoco. Una vez allí lo exploró en una buena parte y por seis días. “Dejé [aprecia Itriago], el río con unos 80 metros de ancho, corriendo siempre hacia el Poniente. El punto hasta donde llegué a explorarlo es bien característico: está inmediatamente después de una

alta cordillera que se desprende del Norte y muere en su margen izquierda. La posición geográfica aproximada de ese punto es: latitud 2° 10'N y Long. 63° 55'WG." (Itriago, 1948).

Este ingeniero estuvo entonces muy cerca, pero la escasez de provisiones lo obligó a no seguir. A pesar de ello, dejó sentado que las fuentes están muy cerca y que, si hubiese tenido más tiempo, hubiese hecho un viaje aguas abajo por el lado venezolano para comprobar que ese río colector del Ugueto era el Orinoco y que a esa altura estaban las fuentes pues no se avizoraba más horizonte que el de la sierra Parima.

Al retornar a Belem do Pará Itriago confirmó sus datos obtenidos en tierra con los datos de los vuelos aerofotográficos hecho por el Mayor norteamericano James Williams y el técnico brasileño Leónidas de Oliveira que enfocaron sus reconocimientos en la Parima y sobre el curso del Orinoco tomando el río Tootobi y la contravertiente del río Catrimani, ríos de la hoya amazónica (vid fig. 4) y con ellos reconociendo en visión de paralaje, el área de emplazamiento de las fuentes. El levantamiento aerofotogramétrico coincidía con el de Itriago (aunque él señala que llegó a un punto más allá) y otros comisionados como Enrique Rivas y Oscar Teixeira que son reconocidos como los determinadores de la posición del Catrimani y su contravertiente en el cual debía encontrarse el área de las cabeceras del Orinoco a unos 1300 mts de altitud. Itriago cierra su comunicación polémica al señalar que las fuentes ya estaban descubiertas, esto en respuesta a un clima de debates que habían comenzado a aflorar entre 1947 y 1948 de la mano de Ardila Plaz, Marc de Civireux y René Lychi exploradores del Duida y el Ventuari en torno de la necesidad de descubrir las fuentes.

De esta manera quedo determinado el nacimiento de nuestro Orinoco, el cual está formado por dos brazos: el del Norte, Inexplorado por la tierra y localizado por el vuelo de reconocimiento del Mayor Williams, asesorado por el técnico brasileño Leónidas de Olivera; y el del sur, un poco menor, contravertiente del catrimani, reconocido en sus nacientes por los ingenieros Rivas Rojas y Texeira en 1942, alcanzado en 1943, de nuevo, por otra expedición de la comisión mixta que tomó por el Mariduu por haber llegado a él en un trecho donde corre SW y reconocido finalmente por mí cuando lo designé con el nombre de "Ugueto" e hice su levantamiento desde su confluencia con el Tigre hasta que se une con el brazo principal. (Itriago, 1948: 37)

Como se deduce de la exposición de Itriago, la tarea del supuesto descubrimiento obedecía a un trabajo acumulativo de un equipo de ingenieros acompañados del apoyo tecnológico de los vuelos de reconocimiento aéreos y la obtención de pruebas aerofotogramétricas, aun así, Itriago deslizaba como eslabón final de todo el proceso, su viaje en la contravertiente del Parima dejando como prueba un plano del mismo (fig. 4). Esa misma perspectiva del hallazgo como producto de un trabajo en equipo la sostendrá Aguiar quién además de reconocer el trabajo de los vuelos de 1939 y el de Williams y de Oliveira en 1943 da al

trabajo de desplazamientos y mediciones terrestres un valor clave entre ellos el trabajo de Itriago y de Rubem Nelson Alves que conduciría al hallazgo por parte del primero del río Ugueto y en la desembocadura de este determinar la posición de la fuente del Orinoco.

Este nuevo curso de agua que: tiene una media de 55 metros de ancho y una profundidad de 4,5 metros, fue identificado, como el brazo principal del Orinoco determinado por el reconocimiento aéreo. Descendiendo por ese nuevo río el grupo explorador lo acompañó durante 45 kilómetros, dejándolo con 80 metros de ancho y gran volumen de agua.

Esta región es una maraña de ríos de las dos cuencas y montañas en todas las direcciones, pero todo nos lleva a creer que estamos ciertos y que esas aguas son las del brazo principal del majestuoso río venezolano (Aguiar, 1944: 346)

No obstante, y a pesar de la larga y concienzuda afirmación de Aguiar y de Itriago, la tarea de remontar el río luego del encuentro con el Ugueto estaba pendiente sumando a ello, el trabajo de trazar por vía terrestre y con precisión su curso dificultado no solo por la presencia de saltos de aguas y raudales, sino por la excesiva nubosidad de una zona caracterizada por la alta concentración de humedad y lluvias orográficas. El curso del río en su trazado sinuoso desde el raudal de Guaharibos a las fuentes estaba por fijarse. También quedaba la tarea de encontrar el emplazamiento exacto para cumplir con el rito científico de la fijación del Hito geográfico que contuviese la posición exacta en términos matemáticos.

En otras palabras, estaba y pesar del anuncio de Itriago incompleta la tarea de hallar las fuentes. La *terra incognitae* continuaba abierta para el trabajo limar y paractático. El mismo Itriago señala que un año después de su hallazgo del Ugueto la Comisión de Límites integrada por los Doctores. Miguel Lemos y Hugo Paredes presentaron un proyecto a la Oficina de Fronteras para llevar a cabo un proyecto de “acceso a la frontera por los ríos venezolanos en beneficio de muestra geografía, seguridad y economía”. El proyecto no fue considerado.

en el caso del Orinoco tenía su antecedente inmediato en Lady Dorothy Mills y en la conservacionista australiana Kathleen Deery de Phelps quién publicó *Memorias de Misisia Kathy. Historia de un Yavi Desconocido* (1987) en la que daba cuenta del viaje emprendido en una de las expediciones del ornitólogo Billy Phelps (William H. Phelps JR.) a la Guayana en 1947, zona del Alto Ventuari, que contó entre sus participantes con Charles Hitchcock de la Sociedad Americana de Geografía y de la American Geographical Society incorporando un mapa de la región en el artículo “The Orinoco - Ventuari Region” (1947).

Deery Phelps y Ruth Robertson expresan modos diferentes de acercarse a la selva orinoquense, una despoja al paisaje de la descripción romántica ofreciendo secuencias del viaje que se contienen en libretas de anotaciones precisas de animales, vegetación, itinerarios mediados por la cantidad; Robertson por su parte, documenta en el ojo de la cámara la belleza de la geografía fluvial del Caroní y los ríos tributarios de esta subcuenca, su narración está mediada por un nuevo encanto del sentimiento de la naturaleza captado fotográficamente¹²⁸

Esta situación del discurso de la geografía heroica que envuelve una relación corporal, existencial y paratáctica se repite nuevamente en la Expedición francesa hacia el Orinoco y el Amazonas atravesando un parte del Parima que coordinó Alain Gherbrandt un importante editor francés de textos vanguardistas y libertarios vinculado además a los círculos de etnólogos estructuralistas.

Nuevamente la pasión del viaje fluvial organiza un discurso que envuelve empresa y emoción. En el prefacio de su libro el explorador francés medita: ¿Es así como uno se prepara para embarcarse hacia el país de los sortilegios, de la movilidad, fuera de este tiempo? ¿No exige un viaje así vaciar los sentidos y, desocupar la cabeza para que la travesía se haga en un estado de la mayor receptividad?” (Gherbrandt, 1997: 10)

El texto fotográfico acompaña y completa el relato de la travesía que pretendía ir por el Ventuari hasta el Parima y atravesarlo para conectar con los ríos amazónicos y llegar a Manaos. Nuevamente el esfuerzo de los hombres de ambos mundos se hace presente, hombres blancos en pos de un descubrimiento e indios que los acompañan en ese esfuerzo descubridor (fig. 5).

Si bien prevalece la idea de descubrir, que es la forma como se presenta el discurso del poder geográfico occidental aún no se ha logrado volver sobre la implicación del gesto que se abroga la nominación del lugar y la apropiación dentro de un imaginario del poder geográfico

¹²⁸ No hay espacio en este momento para continuar la reflexión sobre el valor de estas geografías que podríamos llamar de género. Al respecto poseo notas para un trabajo futuro dirigido a las percepciones geográficas feministas de las cuencas del Orinoco y Amazonas.

que territorializa un espacio localizándolo, delimitándolo, volviéndolo un dato que da consistencia al espacio y disuelve el espacio vacío. No obstante, en pasajes de la obra de Gherbrandt es posible observar un deslizamiento, la geografía de los otros también importa. Esta fisura del discurso aparece claramente cuando por ejemplo reconoce los modos como los Maquiritares se transmiten el conocimiento del río. Vale la pena observar en su totalidad el testimonio de una conversación entre el explorador Gherbrandt y el Cacique Frenario.

Le digo [habla Gherbrandt]:

-Frenario, ese hombre es tu alumno; ¡tú eres el verdadero cantor!

- ¿Y luego? [contesta Frenario]: ¿No tienen los viejos que enseñar lo que saben a los jóvenes, verdad? ¿No es así también en tu país?

- ¿Y qué les enseñas en este momento?

-Los afluentes de la orilla derecha del Orinoco- contesta -, desde Puerto Ayacucho hasta la fuente.

La fiesta de la casa nueva es, pues, entre otras, la oportunidad de dar una lección de geografía a todos los jóvenes Maquiritares. (Gherbrandt, 1997: 296)



8.2 La expedición al Alto Orinoco de 1950-1951

A la vista del contexto anterior es posible comprender que en el último lustro de la década de los cuarenta las preocupaciones de los gobiernos venezolanos vinculados a la democracia o a la dictadura militar se dirigiesen a una amplificación del conocimiento del territorio. El correlato de esta preocupación se encuentra repartido en voces diferentes que vienen de la ciencia y la literatura, que se enuncian desde afuera o desde adentro del país (expresión de articulación de intereses en las diferentes escalas) y que completan un cuadro general de intereses cuyo motor y espacio organizativo corresponderá al Estado.

Los objetivos de la empresa que empieza a organizarse en torno al conocimiento del Alto Orinoco tienen como punto focal las fuentes del río, fenómeno a través del cual se siguen organizando las prácticas de la espera, del movimiento y del decir sobre el espacio geográfico.

De este modo y entre otros posibles enfoques, la imaginación geográfica, el concepto de comunidad imaginada y el de geograficidad que son parte de nuestra arquitectura explicativa e interpretativa envuelven el horizonte de expectativas que se abren en el plano organizacional del viaje de exploración que tomará como nombre Expedición Franco-Venezolana hacia el Alto Orinoco.

En cuanto al concepto de imaginación geográfica, es posible pensar que un juego de imágenes y de discursos unido a acciones prácticas movilizan la acción sobre el espacio de la Expedición hacia el alto Orinoco y le imprimen un significado y un sentido que interactúa con distintos juegos del tiempo: pasado, presente y futuro. Así la empresa se moviliza hacia la *terra incognitae* que es el espacio de incertidumbre. Se enlaza con los procesos acumulativos del conocimiento y sus sucesivas correcciones y amplificaciones, y construye en el contexto del espacio vivido y de la situación geopolítica, científica y de poder, una emergencia que marca la diferencia del estar en el tiempo presente del viaje que produce una nueva forma de considerar los lugares, así como propicia el acto de comunicar un conocimiento del mismo.

Por otro lado, y de forma conexas, el concepto de comunidad imaginada (Anderson, 1993), que expresa un lazo que se construye a partir del ejercicio de imaginar territorialmente una pertenencia, de un sentimiento de comunión que liga a un dominio sobre el territorio permite situar la dinámica de territorialización en función de la representación que transporta un pliegue del discurso expedicionario. En tal sentido, la empresa en su concepción nacional es la expresión de un deseo de conocimiento del cuerpo de la patria que es la geografía interior envuelta en la imagen de la *terra incognitae* que funciona de forma doble: como un

suspensión del movimiento y como una invitación al viaje en términos de un dispositivo que aglutina a las comunidades políticas.

Junto a este binomio conceptual, puede considerarse un más acá que liga al individuo frente a los contextos que tienen dimensión espacial como el Estado, las regiones, los lugares y los fenómenos geográficos. Esta geograficidad o modo de relación del sujeto en el espacio geográfico, envuelve una actitud que anticipa y se forja en la experiencia que el sujeto extrae dentro de un entrecruce subjetivo con los objetos materiales y con el espacio como concepto que refiere tanto al mundo concreto, la física; como al mundo de la cultura y la sociedad que resuelve a la geografía en tanto que imágenes geográficas que son el producto de una necesidad de traducción y comunicación de lo experimentado, incluyendo en esta experiencia, la imaginación.

Al preguntarse de forma intencional o al asumir la inmanencia de la existencia del río y de sus fuentes, la imaginación se convierte en un ejercicio de anticipación cuya construcción de metáforas como la fuente misma, tienen un referente material pero también, una polisemia que en nuestro caso refiere a un régimen de la geografía heroica y de campo en la que va implícita una actitud existencial del ser y estar en el espacio que adquiere producto de las operaciones geográficas una cualidad sensible.

Estos tres conceptos permiten dejar a un lado la obviedad que significa la simple organización de la Expedición y sitúa el contexto de su emergencia, sus juegos de poder y su sentido. En tal sentido tenemos la posibilidad de acceder a ese momento especial de la organización de una expedición en términos de una modernidad de las prácticas que rigen su aparición y su finalidad y meta.

Una serie de eventos y propuestas impulsan la creación de una Expedición que se dirigiese hacia las fuentes. Por un lado, el ya mencionado proyecto de la Comisión de Límites de 1945 que fue presentado a la Oficina de Fronteras en la que según Hilario Itriago uno de los participantes, se delineaba un proyecto de recorrido, trazado y valoración de los ríos venezolanos, este proyecto como se dijo, no fue considerado. Años más tarde, los debates en prensa nacional suscitados entre dos actores de amplia experiencia en política de fronteras como Luis Ardila Plaz y el propio Itriago en 1948, imprimirían una nueva velocidad al tema de las exploraciones fluviales en zonas desconocidas y fronterizas.

Paralelamente a esta situación institucional, se sabe que Marc de Civrieux y René Lichy quienes habían estado haciendo exploraciones en la zona del Alto Orinoco: en 1945 habían recorrido la ruta fluvial Casiquiare-Río Negro-Guaninía-Atabapo; en 1946 habían

estado en el portage Pimichin-Yavitá; y luego en 1950 junto al famoso práctico y guía Ildefonso Villegas exploraron el cerro Duida y el Macizo Marawaka, presentaron en junio de 1949 un anteproyecto y luego en noviembre de 1950 un proyecto científico a los ministerios de Defensa y de Educación.

Lichy en su obra *Ya Ku*, anexa la documentación del proyecto: “documentación sobre un proyecto de Expedición a las Fuentes del Río Orinoco. Comité Organizador de la Expedición las Fuentes del Río Orinoco, acompañado del *Memorandum* del anteproyecto (Lichy, de Civrieux, 1978 [1949]: 317-329) que puede considerarse hoy día como la base del proyecto que luego elaboraría el Mayor Rísquez-Iribarren junto a Cruxent, Anduze y Carbonell.

El proyecto de De Civrieux-Lichy tenía una conciencia clara de los valores que suponía una empresa geográfica de tal magnitud en términos de un interés universal de la ciencia. Para estos dos franceses nacionalizados venezolanos,

El descubrimiento de las fuentes del río Orinoco tiene su trascendental importancia en el hecho de ser este el único gran río del continente americano cuyas fuentes son todavía desconocidas. Por lo tanto, entre las exploraciones mundiales realizadas en este siglo, la de las nacientes de nuestro río Máximo debe considerarse como una de las de más realce (Lichy, M. de Civrieux, 1978 [1949]: 321).

La visión de estos dos científicos y exploradores se enlazaba como se desprende explícitamente del documento con la tarea de Humboldt en el conocimiento de las regiones equinocciales; incluso le dan un lugar geosimbólico a los emplazamientos estratégicos que este naturalista y geógrafo señaló en la Esmeralda, el Casiquiare y el raudal de Guaharibos. En tal sentido, expresan otros objetivos puntuales geoestratégicos y geopolíticos de una región que estaba en una frontera indeterminada entre Venezuela y Brasil.

Según el acuerdo entre ambos países la línea de división de las aguas del Orinoco con las del Amazonas es la frontera natural.

Por lo tanto, el levantamiento de los ríos en sus partes más elevadas con la consiguiente determinación de las divisorias de aguas resulta de primordial importancia para el trazado de la frontera. A ese respecto, la localización de las fuentes vendría a completar natural y oportunamente la difícil e inmensa labor comprendida actualmente por la Comisión de Límites y Fronteras, y constituiría un conocimiento utilísimo para los ministerios de relaciones exteriores y defensa nacional. (Ibidem:3222-323)

A este importante objetivo geoestratégico vinculan un objetivo económico referido a identificar la posible presencia de suelos auríferos y diamantíferos dada las similitudes con la vecina gran sabana y las provincias geológicas del sur guayanés (Ibidem: 325). Es

conveniente además señalar, que el anteproyecto se bifurcaba en otros intereses tales como los etnográficos, hidrológicos, cartográficos, biogeográficos, entomológicos, topográficos etc. que debían producir materiales tales como artículos científicos, mapas, informes técnicos, fotografías y documentales cinematográficos cuya exclusividad quedaba en manos del Estado para su control y difusión tal y como sucedió después con el proyecto definitivo de Rísquez-Iribarren de 1950 y con los resultados obtenidos de la Expedición en 1951.

Al evaluar en una panorámica histórica el proceso de exploraciones que habían tratado de llegar a la fuente incluyendo en ella la del Ingeniero Itriago que dio como resultado un mapeo de la zona más cercana a las fuentes, Marc de Civrieux y René Lichy a partir de las observaciones de Itriago, sobre todo la referida a que el brazo principal del Orinoco tenía unos 80 mts. de ancho aprecian que las cabeceras estaban todavía muy lejos de los cálculos estimados por Itriago pues la teoría hidrográfica señalaba que las fuentes se caracterizaban por una disminución drástica de la anchura del río hasta convertirlo en quebrada. Estos dos científicos concluyen señalando que a partir de la confluencia del río Ugueto debía ascenderse hasta dar con un punto cuyas condiciones físicas permitiesen determinar el origen y con ello, astronómicamente la posición exacta. “Lo importante en todo intento de llegar con certeza a la fuente del Orinoco es efectuar una exploración desde Venezuela y remontando el río” (Ibidem: 324).

Finalmente, el proyecto del grupo Louis Liotard de la Sociedad de Exploradores de Francia integrado por jóvenes amateurs encabezados por Joseph Grelier quién si poseía formación en hidrología, idearon la idea de impulsar una “Expedition Orénoque-Amazone” que venía recomendada por el gobierno francés del presidente Auriol. El grupo Liotard entró en contacto con el gobierno venezolano y luego a través del Ministerio de Defensa se pasó de una simple idea esbozada por aficionados del grupo Liotard, a un inicio de conversaciones que terminaría por dar forma y solidez al proyecto de exploración de las fuentes y que coordinó el Mayor del Ejército Franz Rísquez Iribarren. Este comenzó a percatarse del rumbo que podía tomar el proyecto y enlazó al Ministerio de Educación ante quién un poco antes, Lichy y de Civrieux habían adelantado otro proyecto.

Por otro lado, Rísquez-Iribarren refiere a un interés que el presidente de la Junta de gobierno militar Carlos Delgado-Chalbaud le había manifestado el 9 de noviembre de 1950 luego de que lo enviase junto a otros oficiales a hacer una gira por el todo el territorio nacional poco antes de morir asesinado.

Me hablo de nuevo de la importancia que tenía para Venezuela el Estudio sistemático de inmensas regiones inexploradas, que su pensamiento abrigaba la

esperanza de que podía ser enormes reservorios de materias primas que necesitábamos con carácter de urgencia y que la comisión científico-militar se integraría tan pronto como otro grupo de Oficiales de Estado Mayor completara igualmente de gira por Venezuela. (Rísquez-Iribarren. 1962: 9)

Así fue cobrando forma la Expedición franco-Venezolana del Alto Orinoco. Cuatro ministerios fueron los encargados principales de organizar la Empresa: El Ministerio de Educación; el de Defensa; Obras Públicas a través de su Dirección de Cartografía Nacional; y el de Minas e Hidrocarburos.

En sus inicios el proyecto fuera del propio Rísquez-Iribarren tuvo otros actores principales como Pablo Anduze y José María Cruzent, profesionales que habían sido formados en Bélgica, Francia, Inglaterra y Cataluña, quienes organizarían varias reuniones en el Museo de Ciencias de Caracas en donde como es de suponer se fueron afinando las ideas que terminarían por dar forma concreta al proyecto y a sus objetivos principales.

En resumen, la confluencia de estos proyectos que se esbozan entre 1945, 1949 y 1950 hizo que el Estado venezolano tomase en serio la posibilidad de impulsar una empresa que se ligó con la idea de una empresa nacional cuyo objetivo espacial, era la localización de un lugar que había cautivado la imaginación geográfica de tres siglos. Además del poder movilizador de la imagen, el interés del Estado se veía apremiado en la carrera hacia las fuentes por la diseminación de rumores que hablaban de intereses brasileños sobre el Parima que, "...quitaría a Venezuela el beneficio moral de la empresa" (Lichy, de Civrieux (1978[1949]: 322). A ello se sumaba la presencia de expediciones como la Gherbrandt que se había dirigido a la Parima desde Colombia o la de un aficionado colombiano llamado Héctor Aceves¹²⁹ a los cuales los impulsaba esa obsesión por descubrir propia de las empresas de exploración en la etapa final de todo un régimen de la ciencia ligada a los viajes.

La organización de la Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco enlazaba una gama de preocupaciones territoriales, de construcción nacional y de pasión por la ciencia de descubrimientos que pueden ser inscritos en un giro de la modernidad que amplifica el saber poder ligado al espacio geográfico dentro de un proyecto científico y geopolítico.

Los objetivos que se desprenden de la misma son siguiendo a Contraamaestre:

- 1.- Remontar el Orinoco hasta sus fuentes y efectuar sobre él y las zonas adyacentes estudios geográficos, hidrográficos, topográficos y cartográficos.
- 2.- Establecer las coordenadas de su nacimiento.
- 3.- Hacer contacto con las diferentes tribus de indios que habitan la región y llevar a cabo estudios antropológicos, etnográficos y etnológicos.

¹²⁹ Este explorador publicaría un texto denominado Orinoco adventure.

- 4.- Estudiar detenidamente la flora y la fauna existentes.
- 5.- Efectuar investigaciones geológicas tanto en la superficie como en el subsuelo.
- 6.-Llevar a cabo estudios arqueológicos en lo posible sobre toda la región explorada, con miras a establecer un criterio preciso acerca de la existencia de civilizaciones desaparecidas o desconocidas.
- 7.- Obtener fotografías y películas que facilitaran el conocimiento de la región y sirvieran de base para futuras investigaciones. (Contramaestre 29-30; Cfr. Rísquez, 1962: 14-15)

Rísquez agrega dos objetivos más: Estudiar y corregir la cartografía de la zona y Presentar un informe general e informes por Departamentos de Seccionales científicos (Rísquez-Iribarren, 1962: 15) que nos hablan, por un lado, de la necesidad del mapa y por el otro, del control de la información en atención a los departamentos de estudio en los que fue dividida la Expedición.

De estos objetivos se desprenden a su vez un conjunto de reglas formales que habrían de regir el despliegue de la empresa y de esta manera optimizar la forma de llevarla a consecución. Ello implicaba además salvar el obstáculo del factor humano, y a la vista de errores anteriores plantear nuevos objetivos que hablaban de mayor claridad.

Un cambio en la naturaleza de la empresa necesita de un grupo de actores que no fuesen simples aficionados, por ello, necesitaba organizarse con un grupo humano muy especializado, así según vemos en los cuadros No.1 y 2, se observa una presencia mayoritaria de profesionales que tienen además la característica de pertenecer a disciplinas diferentes.

Tal diversidad profesional se entendía en función de los objetivos y en función de una amplificación del conocimiento. No obstante, la empresa estuvo militarizada con el objetivo de darle una mayor disciplina, según se deduce de los testimonios de los expedicionarios hubo factores humanos demasiado humanos que en algunos pasajes del viaje atentaban a la creación de una atmosfera de comunidad, sin embargo, también es posible deducir de los testimonios, que tal empresa fue exitosa debido al apoyo mutuo que los exploradores y los guías prácticos antepusieron dada las dificultades que el despliegue sobre un terreno accidentado proponía y que exigía además de destrezas individuales, experiencia y fortaleza física y psíquica, un trabajo de equipo.

**CUADRO NO. 1 INTEGRANTES DE LA MISIÓN VENEZOLANA.
(EXPEDICIÓN FRANCO-VENEZOLANA)**

- **Mayor Franz Antonio Risquez-Iribarren. Oficial activo de las fuerzas Armadas, jefe de la Expedición y representante del ministro de la Defensa.**
- **Profesor José María Cruxent, arqueólogo, director del Museo de Ciencias Naturales, representante del ministerio de Educación**
- **Doctor Luis Carbonell, médico antropólogo. Representante de la Universidad Central de Venezuela.**
- **Doctor Pablo J. Anduze, entomólogo – médico, individuo de número de la academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales de Venezuela.**
- **Señor Félix Cardona Puig. Cartógrafo, Geodesia y radio. representante del Ministro de Obras públicas.**
- **Doctor Carlos Carmona. Geólogo. Representante del Ministerio de minas e Hidrocarburos.**
- **Doctor León Croizat, Botánico, Universidad de Los Andes**
- **Doctor Jean Marc De Civrieux, geólogo, representante del Ministerio de Minas e Hidrocarburos.**
- **Teniente Alfredo Alas Chávez. Oficial activo de las Fuerzas Armadas, representante del ministerio de la Defensa.**
- **Doctor Edmar Van der Osten. Geólogo, representante del Ministerio de Minas e Hidrocarburos.**
- **Profesor René Lichy. Entomólogo y naturalista, Representante del Ministerio de Educación**
- **Félix Cardona (hijo) ayudante.**
- **Ildefonso Villegas, ayudante**
- **Manuel Butrón, jefe de peones.**
- **Pierre Ivanoff. Ayudante.**

CUADRO NO.2 INTEGRANTES DE LA MISIÓN FRANCESA. (EXPEDICIÓN FRANCO-VENEZOLANA)

- **Joseph Grellier, Hidrólogo, jefe.**
- **Franz Laforest, artista, diplomado de Bellas Artes en París y Montreal.**
- **Pierre Couret, estudiante de medicina**
- **Raymond Pellegrini, operador y técnico de radio.**

En todo caso, de una composición tan diversa de actores, era de esperar que alrededor del objetivo común, el hallazgo de las fuentes, distintos trabajadores del conocimiento tejiesen una parte de ese mundo desconocido en función de un contraste continuo entre el conocimiento de la biblioteca mental que les acompañaba en tanto que profesionales y las novedades que el espacio del Alto Orinoco ofrecía, esto en términos de la botánica, la topografía, el comportamiento del río, la geomorfología y geología, la entomología y la zoología.

En este sentido, las clases de conocimientos particulares, disciplinarios, reflejarán el valor de una empresa global del conocimiento que reflejaba el carácter moderno de una investigación en campo y, de los intereses que envolvió a la Expedición franco-venezolana.

Una empresa de tales características debía dividirse en distintos departamentos que hablaban de una operación funcional bajo la responsabilidad de cada uno en el reparto de las tareas (*vid infra* diagrama de departamentos organizacionales de la Expedición) y debía desplegarse de acuerdo con un plan que Riskey Iribarren estructuró en fases:

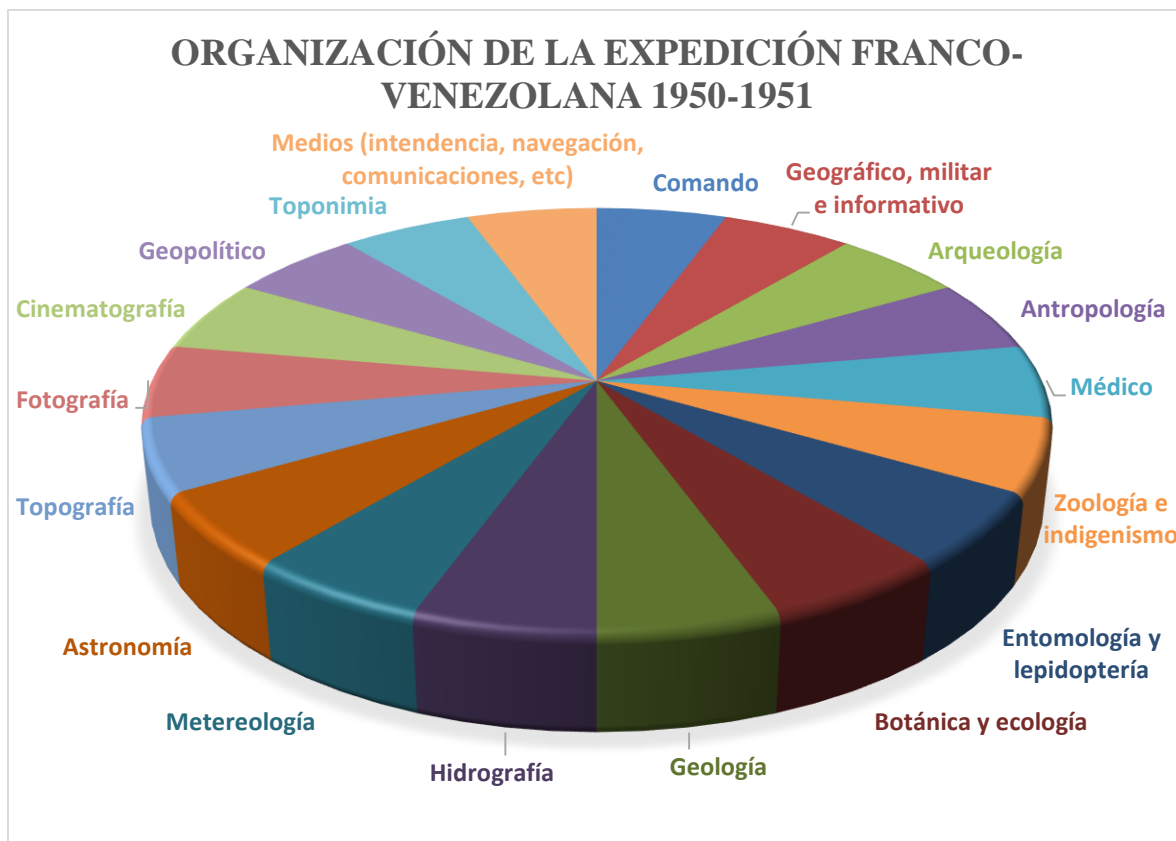
-Primera fase: Plan y Organización. Cuatro meses. Desde el 28-XI-50 hasta el 9-IV-51. Que incluía además de vuelos de reconocimiento, la preparación del material científico para investigaciones geológicas, hidrológicas, hidrográficas, arqueológicas, botánicas, zoológicas, etnográficas, geodésicas, etc.

-Segunda Fase: Etapa Experimental en el campamento de base No. 1. La Esmeralda. Tres meses. Desde el 9-4-51 hasta el 2-6-51

-Tercera fase La fase de remontar el Orinoco, hasta el Descubrimiento de sus fuentes y regreso a Caracas. Seis meses. Esta fase tuvo como punto de culminación el día 27 de noviembre de 1951.

-Cuarta Fase: Coordinación, información, Archivos, Trabajos de Gabinete, Exposición, Divulgación, Varios.

Esta división apelaba a una optimización del tiempo que garantizaba de acuerdo con las operaciones lógicas el éxito de la empresa expedicionaria desde su arranque hasta la medición del desempeño. La expedición produjo informes geológicos, botánicos, entomológicos, etnográficos, cartográficos, zoológicos e hizo importantes colecciones de flora y fauna endémica cuyo estudio excede los límites de este trabajo.



Una empresa de tal naturaleza se vio a sí misma como una expresión y modelo de sinergia institucional y participación de actores diversos conscientes de la complejidad existente en el espacio geográfico que debían enfrentar. El Mayor Risquez Iribarren resume los objetivos generales envueltos en la imaginación geográfica de la travesía y el esfuerzo en el cual se inscribe la Expedición.

Teníamos la idea fija de que llegando a las Fuentes del Orinoco demostraríamos que, si se podía por Venezuela hasta la Frontera con el Brasil, y que, si llegamos, no podría ya existir nada desconocido para Venezuela, lo cual permitiría refutar con hechos una serie de conceptos errados que se sustentaban como verídicos en muy diversos medios venezolanos y del exterior.

La otra idea fija que teníamos era la de demostrar que no necesitábamos el tutelaje absoluto de ayuda externa para nuestras investigaciones y exploraciones, y sobre todo si podíamos demostrar el formidable hecho de que el Orinoco era una vía navegable tanto en invierno como en verano, con alguna que otra dificultad de tipo natural, desde su desembocadura hasta prácticamente, abriría el camino de completar en base a futuras empresas técnico-especializadas, el conocimiento de las inmensas riquezas que albergamos. (1962: 20)

8.3- La producción de textos narrativos, fotográficos y cartográficos sobre las fuentes del río Orinoco

El conjunto de obras referidas al Orinoco elaboradas por los expedicionarios del 51 bien sea en el momento o en la distancia, a los que sumamos algunos textos inmediatos que dan cuenta de la primera recepción como el de Contra maestre (que formó parte de la logística en Caracas) y el destacado geógrafo Pablo Vila (vid cuadro No. 3), se insertan en un gran texto espacial que es el producto de una observación, una experiencia y una escritura del espacio, los lugares y los fenómenos que no se reducen solamente a datos o a meras descripciones. Son también tejidos que organizan la imagen geográfica y dan sentido a la narración en un momento del giro geopolítico y científico que implica los objetivos principales de la expedición como hemos señalado.

Es posible entonces afirmar, que tanto el espacio paratáctico como el liminar, reflejaban el momento presente de la Expedición. En otro nivel referente al sentido, el cronotopo de estos textos se articula en torno al viaje fluvial. Desde este punto de vista, el Orinoco se convierte no solo en el referente material sino también, en una gran metáfora realista del movimiento espacial del conocimiento y de la interrelación de escalas pues, a pesar de que el discurso nacional tiene un peso muy fuerte, la empresa se valoró dentro de un juego de transversalidad entre los lugares y el mundo que espacializan relacionamente ese *pathos* que envuelve el valor del viaje y del hallazgo. Se trabajan indicios que permiten recomponer una totalidad en movimiento, es decir, representaciones del espacio y prácticas en interacción con el entorno físico y social que permiten reconstruir la imagen del Orinoco concebida como totalidad polifónica. Sin pensar ingenuamente en una supresión de la dialéctica entre discursos hegemónicos y subalternos que transportan estos textos, y reafirmando espacialmente la tensión e interacción centro-periferia, metrópoli-fronteras. La disposición de los espacios otros, de las heterotopías y heterocronías, nos introducen en un universo complejo, cuya reductibilidad solo es posible en la organización del sentido que aglutina problemas, del cronotopo que rige las narraciones plurales. De la tensión entre la totalidad y los componentes diferenciados de esa totalidad. De este modo cada imagen es única en cuanto a diferencia situada, el lugar; pero idéntica en cuanto a ciertos procedimientos y estrategias comunicativas, operaciones geográficas que brindan coherencia y ciertos grados de estabilidad para que la comunicación fluya y sea posible.

Cuadro No. 3 Textos de los exploradores de la Expedición franco-venezolana a las fuentes del Orinoco 1950-1951. Y textos de recepción Inmediata.

OBRA	AUTOR	AÑO
- “Resumen de la Expedición”, <i>Revista de las fuerzas Armadas</i> (3 entregas)	Alberto Contramaestre Torres (Cap.)	1951; 1952 y 1954
- <i>La Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco</i> (con mapas y material fotográfico)		1954
“Las etapas históricas de los descubrimientos del Orinoco”, <i>Revista Nacional de Cultura</i>	Pablo Vila	1952
- <i>Aux Sources De l'Orénoque</i> (con mapa y material fotográfico)	Joseph Grelier	1954
- <i>Souvenirs d'explorations. No. 1: François sur le haut orénoque (Mono Version) 2 canciones, BNF Collection. Disco.</i>	Christian Fourcade y J. Grelier	1955
<i>Shailili- ko Descubrimiento De Las Fuentes Del Orinoco</i> (Con mapas y material fotográfico)	Pablo Anduze	1960
<i>Donde nace el Orinoco</i> (Con material fotográfico)	Franz Antonio Risquez Iribarren (Mayor)	1962
<i>YAKU: Las Fuentes Del Orinoco</i> (Con material fotográfico)	René Lychi	1978

Diversas apreciaciones permiten sustentar las afirmaciones anteriores sobre el valor de los textos y de la Expedición misma. El destacado antropólogo y naturalista Walter Dupouy al resaltar el interés geográfico del hallazgo, señala que el “triumfo geográfico” de esta empresa había cautivado las expectativas nacionales e internacionales (Prólogo en Anduze, 1960: 7). Por su parte, el diplomático e historiador Salcedo Bastardo en el prólogo a la obra de Rísquez Iribarren señala que el “descubrimiento de las fuentes del río Orinoco es sin duda alguna la más notable proeza geográfica cumplida en nuestro país en este siglo”, agregando, que significaba, además, “una contribución de incalculable alcance para el conocimiento científico cabal del continente americano” (Prólogo en Rísquez Iribarren, 1962: 3). Una valoración completa del hallazgo que articula el pasado y el presente del río para el momento del acontecimiento la ofrece Pablo Vila quién en “Etapas históricas de los descubrimientos del Orinoco” señala que el mayor propósito logrado de la Expedición era el cartográfico, y con él, la nueva visión de un territorio que ya no tenía en la tierra incógnita el signo de la incertidumbre; para este excepcional pensador del giro moderno de la geografía en Venezuela, “El descubrimiento constituía un progreso de la geografía del mundo y una base firme para el conocimiento de la Geografía de Venezuela”.(Vila, 1952: 80).

Obviamente los textos de los participantes directos de la expedición actores principales del viaje y del acontecimiento geográfico insertaron sus narrativas dentro de un vasto movimiento del conocimiento que teniendo como polo de atracción las *terra incognitae* buscaba mediante el acto descubridor disolverla, darle existencia “real” en el dato, en el emplazamiento exacto del río.

Rísquez Iribarren el Coordinador general de la expedición expresa muy bien el carácter que reviste la empresa en términos de lo objetivo y lo subjetivo, de su valor íntimo y su valor trascendental en términos de un saber-poder sobre el espacio y sobre la relación del espacio con el proceso de generalización del conocimiento del globo a partir de la determinación exacta de los lugares, –cuestión en la que coinciden todos los demás testimonios–. En efecto, la narración del viaje se ve como “gesta científica venezolana y emocionantemente humana”; un gran esfuerzo de contribución “...a la gran historia de acontecimientos científicos” (Rísquez-Iribarren, 1962: 5). De modo que junto a la narración íntima propia del diario de viaje se van agregando estos propósitos de una ciencia para la nación y para el mundo en torno a un fenómeno geográfico como lo es el río Orinoco. Grelier otro de los participantes terminaría por enlazar el descubrimiento de las fuentes con los grandes viajes que hacia los espacios interiores había emprendido la ciencia geográfica

general revistiendo de un encanto de romanticismo tardío a la travesía en búsqueda de las misteriosas fuentes (J. Grelier, 1954).

Al ser un producto de una experiencia espacial que contiene muchas voces, es posible articular a pesar de la procedencia disciplinaria de los actores de la expedición, una operación geográfica que trabaja en el proceso de construir una percepción geográfica del río y, de trazar las marcas espaciales de orden paratáctico vinculadas a la necesidad del informe constante sobre posiciones geográficas y sobre relación de especies encontradas. La producción de la imaginación geográfica se resuelve entorno a tres secuencias de un mismo movimiento en el espacio en atención al punto focal, el desplazamiento fluvial y la práctica paratáctica de la obtención del dato:

- La presencia de la terra incognitae,

-El viaje que pretende resolver la incognita del origen del río y,

-La solución de continuidad del problema mediante el acto “descubridor” de su localización astronómica.

Cada texto se estructura en función de los aspectos anteriormente descritos, aunque, cada uno, produce acentos distintos bien sea en lo paratáctico o en lo liminar. En consecuencia y para reducir la complejidad que se contiene en ellos, dos aspectos de vinculación geográfica resaltan y ponen en el plano de la interacción dos gestos espaciales:

A) El que muestra la diferencia del espacio y del lugar en términos de una emoción y una dimensión que es determinante en la trama. La narración no es sin ese cronotopo que organiza el sentido.

B) El valor paratáctico del acontecimiento del hallazgo de la fuente

El valor paratáctico que se desprende de los textos es innegable, la empresa lleva en sí misma la carga paradójica del movimiento de la imaginación geográfica que se desplaza en un campo de incertidumbre y atracción hacia el confín, pero también resuelve el problema mediante el imperio del dato. No obstante, la acción comunicativa del dato y su función principal no elimina del todo los aspectos subjetivos de la experiencia en un espacio que se hace vivido

Haciendo un recorte de la riqueza que contienen estos textos podemos reducir el valor a varias apreciaciones que abren la polifonía del documento geográfico: La primera, es de carácter descriptivo y refleja el drama de la travesía hasta el hallazgo de las cabeceras, aquí

los textos enlazan narrativa y lenguaje visual a través del extenso archivo fotográfico que legó. La segunda, muestra el problema de las toponimias y, la tercera, muestra el valor cartográfico que significó la misma al disipar la terra incognita de las fuentes mediante un trazado más preciso. Junto a estos tres pliegues comunicativos se agrega otro que refiere a las descripciones del lugar del deseo, de las fuentes a la cual le dedicamos un punto aparte.

A). Narraciones dramáticas y documentos visuales.

Desde su salida desde el campamento base No. 1 en la Esmeralda, las narraciones testimoniales (Rísquez-Iribarren, Lichy, Anduze, Grelier), de la expedición se despliegan como travesía, es decir, connotan un manejo del lenguaje que remite a la emoción del esfuerzo de remontar un curso fluvial caracterizado por una irregularidad que va de trayectos de fácil navegación a trayectos con obstáculos considerables como la presencia de formaciones rocosas que dan lugar a la formación de raudales, saltos y cascadas.

El curso del viaje atravesando paisajes diferenciados cada uno con sus propios grados de complejidad, le permite a Anduze resumir el impacto perceptivo que envuelve no solo la relación ambiental física, sino también, la relación entre los exploradores al punto que, todo el ambiente parece contener y propiciar “Una tempestad emocional y psíquica” (Anduze, 1960: 119).

El curso de las aguas cautiva a los expedicionarios y el placer de la contemplación se une a la conciencia realista de estar en un lugar y de moverse en un espacio natural. El encuentro del río Orinoco con uno de sus afluentes el Sipapo moviliza el ojo del observador.

Era interesante esta experiencia; mis ojos no se cansaban de mirar aquella enormidad de agua dulce que iba lentamente bajando codiciosa de catástrofes, de desgracias y cuya quietud solamente iba a romperse unos kilómetros más abajo en esas compuertas naturales que forman los dos inmensos raudales de Atures y Maipures, compuertas enormes, milenarias y resistentes que ni siquiera las tremendas crecidas le habían hecho mella ni tampoco le harían en milenios más del constante paso de ese inmenso caudal.(Risquezi-Iribarren, 1962: 113)

Paralelo al discurso narrativo, los documentos visuales (figuras 6 y 7) captan muy bien la función de auto-representación de los expedicionarios en la travesía. En la forma que archiva el movimiento de los exploradores, repiten el gesto de las anteriores expediciones fluviales en las que se ve el esfuerzo corporal como indicador de los grados de “heroicidad”, sin embargo, establecen una diferencia en cuanto al cierre cognitivo de las empresas de descubrimientos.



Figura 6. Anduze, P. (1960), expedición franco-venezolana travesía de un raudal del alto Orinoco.

La remontada de los numerosos raudales que debió afrontar la Expedición no podía realizarse sin el concurso de los habitantes de la zona, de los llamados prácticos o guías. Estos no solo eran cargadores de los instrumentos como suele deducirse de las narraciones e imágenes estereotipadas. Cuando Anduze valora el esfuerzo humano que implicó la empresa no puede dejar de ofrecer un retrato realista de estos hombres de los ríos rudos, pero a la vez muy comprometidos con las necesidades del viaje.

¿De los hombres que verdaderamente hicieron posible el éxito de la expedición? Entre ellos, los había avezados a la selva: caucheros, exploradores de chiquichique y de madera, cazadores y navegantes expertos del río de las mil sorpresas. Iban también muchachos que apenas principiaban a formarse, pero que por atavismo estaban ligados al río. Con la sangre aborigen a flor de piel, malogrados ya por la civilización, sin olvidar sus miedos ancestrales, pusieron todo su empeño, toda su fuerza y todo su conocimiento de la selva para llevarnos a las fuentes del Orinoco. (Anduze, 1960: 55)

Ellos eran expertos conocedores de las rutas de la selva y navegantes experimentados de los impredecibles ríos tropicales del Alto Orinoco. Contra maestre ofrece una larga lista de estos hombres, alrededor de 36 (Contra maestre, 1954: 25, Vid, Risquez-Iribarren, 1962: 18-19; 105-106;). De ellos dirá Lichy en una estampa que narra lo que la imagen fotográfica captura.

En el agua, sobre rocas, en la orilla, los muchachos se aferran y tiran, empujan, retienen la embarcación. Es un trabajo penoso, arriesgado, en el que los makiritare son maravillosos. Conocen tan bien el río y sus raudales, que saben reconocer si hay rocas profundas o superficiales, según el tipo de ondulación y de estremecimiento del agua de superficie. (Lichy, 1978: 152)



Estas imágenes aumentan su tensión dramática en dos descripciones que hizo el Mayor Rísquez. La primera muestra el carácter imponente de los obstáculos que debieron afrontar en pos de las fuentes. La relación entre el esfuerzo corporal y la magnitud del terreno y sus dificultades desplaza la atención al realismo de la travesía.

Había bloques de piedra que parecían haber sido cortados por una cuchilla gigantesca que dejó aristas perfectamente definidas, filosas y no erosionadas, de longitudes de 9 y 12 metros de altura: el agua pasaba vertiginosamente por hendiduras, huecos y fisuras de las peñas enormes, produciendo un ruido característico, como si fuera un inmenso escape de vapor; piedras enormes, rugosas, formaban por todas partes promontorios inaccesibles; así era el conjunto de peñascos que hacía desaparecer en una muralla gigantesca de margen a margen, el río. En las peñas, de repente, se levantaban árboles cuyas raíces, siguiendo la separación de los peñascos y nutridas con la tierra dejada por el arrastre del río se metían en forma de cuñas, que tarde o temprano, irían rompiendo por presión, semejantes moles granicas; ha debido ser un

cataclismo gigantesco el que produjo semejante muralla natural. (Rísquez-Iribarren, 1962: 148-149).

Ante una topografía tan abrupta es lógico que los expedicionarios de la época sintiesen que el reto era en extremo exigente lo cual le daba un valor agregado a la auto-descripción del expedicionario tipo que arriesgaba todo en beneficio de la ciencia.

Puedo garantizar con absoluta certeza, que aquello nos hizo el efecto de que no terminaría nunca, saltos, chorros, raudales, corrientes rapidísimas, esfuerzo, sudor, gritos, golpes, caídas de agua, arrastres, adolorido cansancio, y extenuante hambre, nos hizo más de una vez pensar en las consecuencias no muy equilibradas para nuestro deseo de cumplir la misión. Pero seguimos luchando sostenida e incansablemente. (Ibídem, 186).

En su viaje a las fuentes, los expedicionarios ascendieron por el río en sus partes navegables en curiaras y falcas empujadas por motor y luego por fuerza humana, ascendieron sobre pisos escalonados de grandes moles graníticas propias de la región.

Enfrentaron los retos propios de un curso fluvial profusamente entretejido de ríos afluentes, bifurcaciones y horquetas que extraviaban a los expedicionarios convirtiendo el trayecto en una medición constante de aforos para saber que ramal o brazo seguir en función del caudal y magnitud de la corriente así como la anchura de mismo y la inclinación topográfica hasta el punto de producir desacuerdos como el suscitado entre Rísquez y Cardona Puig (Ibidem: 378) quienes ya en las cercanías de las fuentes, tuvieron que decidir en una horqueta que dividía al río, si el río que remontaban era el Orinoco o si a partir de dicha horqueta era el otro río. Las consecuencias de tomar uno u otro cambiaba la dirección de las fuentes. Luego de proceder a las mediciones, tomaron el de mayor caudal y magnitud y al otro río lo bautizaron como Estado Mayor coincidiendo que era junto al Ugueto uno de los principales ríos formadores a esa altura del curso del Orinoco en la sierra Parima.

B) Sobre nombrar y borrar el problema de las toponimias

Es sabido que los actos de nombrar constituyen en una cierta manera, un proceso de identificar la diferencia que establece simbólicamente el nombre, pero también, en otros términos, connota un trabajo de dominio, de posesión sobre un lugar o sobre un espacio. La territorialización tiene en el acto de nombrar uno de sus dispositivos de estabilización de la imaginación geográfica y produce un anclaje a la angustia geográfica que disipa en el mapa los vacíos que convocan el antiguo gesto espacial del *horror vacui*.

No sin razón, el problema del poder refleja el acto de dar nombre. “El bautismo del espacio y de todos sus puntos notables no se hace solamente para ayudar a señalar. Se trata de una verdadera toma de posesión (simbólica o real) del espacio” (Claval, 1999: 162). En el caso de América, el sabio Arístides Rojas ya a fines del siglo XIX, había denunciado el intenso borrado en los mapas de nombres indígenas que tenían su relación geográfica bien ganada y sancionada por la tradición y la historia (Cit. P. Anduze, 1960: 123)

La tensión de nombrar marcaba entonces una práctica que, si bien, era antiquísima, mostraba la dialéctica geográfica del poder como un juego de implantación que es expresión del discurso hegemónico sobre las altergeografías de las naciones sometidas al dominio o al control que el nuevo orden territorial produce.

Para los expedicionarios hacia las fuentes del Orinoco el ascenso del río implicaba elaborar mapas y cartografías del mismo. El reconocimiento *in situ* de los lugares y de los fenómenos antecedió a la labor cartográfica y planteó un problema en cuanto a los nombres que debían designar tales fenómenos geográficos al traducirse al mapa.

De los diarios de la Expedición se deduce que algunos de sus miembros entre ellos Cruxent y Rísquez Iribarren comenzaron a designar con nombres personales y caprichosos a los diferentes lugares que iban reconociendo y traduciendo al mapa, esto produjo conflictos en torno a qué nombres asignarles y si debían respetarse los nombres de los habitantes de la zona. Uno de esos conflictos surgió a nivel de la confluencia del río Ugueto con el Orinoco, algunos de los expedicionarios pretendían que luego de esa confluencia y aguas arriba, el río se llamase “Río Venezuela”. Anduze criticó fuertemente esta pretensión que cambiaba luego de esa confluencia la signatura del histórico río Orinoco. El mismo Anduze aprovechó la oportunidad para generalizar el desacuerdo con las nuevas toponimias entre ellas las caprichosas como el “Cruxentcarfel”, o “serranía Ma”, “isla Bu” o nombres de parientes cercanos o aquellas que no tomaban en cuenta los nombres otorgados por sus habitantes tradicionales aun cuando uno de los misioneros protestantes, ¬James Barker de Nuevas Tribus que hacían actividad misionera y etnográfica en aquella zona de los raudales de Guaharibos¬, había proporcionado un plano con la lista correcta de los nombres indígenas de muchos de los lugares de esa geografía abrupta¹³⁰ . “Manifesté claramente [dice Anduze] que debía permitírsele a una comisión de cartografía Nacional que le diera nombres apropiados, definitivos y volví a recalcar la necesidad de respetar los autóctonos. (Anduze, 1960: 112). René Lichy miembro de la expedición y un decidido indigenista compartía la misma opinión.

¹³⁰ Los trabajos de Barker fueron publicados en 1953 en varios números del *Boletín Indigenista Venezolano*

En cuanto a la toponimia, es de esperar que sea muy provisional. Los nombres indígenas, ya que existen, lo sabemos. ¡Qué osadía dar nombres amigos, parientes, y peor: de sí mismo!... pretensión extrema, sin ninguna base seria. Tengo que recordar que el instituto de Geografía e Historia (Tercera Asamblea general, Lima 1941, Resolución XXIX Había hecho una recomendación en el sentido anotado. (Lichy, 1978: 187)

Ese reclamo que revela una inversión en el juego del poder nominativo no prosperó debidamente y, algunos de los nuevos nombres, se fijaron en la cartografía nacional ignorando los nombres autóctonos.

La mirada de Anduze parece oponer al acto nominativo del logos occidental una nota crítica, así en el trayecto entre los raudales Guaharibos y Wuayka al dar cuenta de las alineaciones montañosas que se observan en la lejanía de las dos riberas rescata el nombre indígena. Reconoce que el Awei-Mak es el Pic Manuoir, y el Ishawardi-mak es el Pic De Lesseps, ambos bautizados de ese modo por Jean Chaffanjon (Anduze, 1960: 78). Esto le servirá para señalar categóricamente que

...todos los accidentes topográficos de esa zona [del alto Orinoco] tienen sus nombres autóctonos. Por lo tanto, si se quiere respetar lo convenido en el Congreso Interamericano de Geografía e Historia, celebrado en Caracas, habrá que invalidar la nomenclatura espúrea que se dio durante el curso de la Expedición, y sobre todo los nombres indígenas falsos, inventados, que solo conducen a mayor confusión (Ibidem: 87)

[Una afirmación similar se encuentra en Lichy]

Desde que yo escribí esto, mucho se ha hecho, desde mapas aérofotografiados, hasta estudios antropológicos de las poblaciones autóctonas. Pero creo que aún no se han aceptado los nombres indígenas que existen sobre muchos lugares de la región (cerros, ríos, caños) que, como se sabe, por más pequeño que sean poseen sus nombres dados por los que viven desde remotas épocas en la región.

La honradez nos obliga a conservar esos nombres que existen, cuya significación tiene su razón de ser y, debemos reconocerlo, son eufónicos. ¡Cuántos nombres de nuestra expedición deberán ser cambiados por infantiles, sin ningún derecho válido para conservarlos! (Lichy, 1978: 62 [cit. pie de página])

Los gestos críticos de Anduze y de Lichy en lo referente a las tensiones y desacuerdos en cuanto a la designación de los lugares resumía una preocupación que ya venía del siglo XIX cuando desde algunos sectores de las élites criollas, comenzó a recuperarse el pasado indígena y con ello, aunque de forma un tanto ambivalente, la conciencia de alteridad de otra manera de experimentar la geografía y dar voz a los habitantes que la practicaban.

Cordilleras, altiplanos, sabanas y praderas, lagos y ríos, volcanes cataratas y promontorios, providencias y naciones, con sus nombres primitivos, son los representantes de la historia de América, los testigos de sus épocas geológicas, los

guardianes de millares de generaciones que se han sucedido, desde el día en que aprecio el primer hombre en la tierra americana. Esos nombres y muchos más pertenecen al tiempo, que el tiempo en su marcha triunfal ha respetado. (A. Rojas Cit. p. Anduze, 1960:113)

No obstante, y a pesar de que Anduze señala que *Shailili-Ko* es el nombre con el cual la nación Waika habitante del Parima designa el curso final del río Orinoco, el lugar de las fuentes fue bautizado como Cerro Carlos Delgado Chalbaud, en honor la presidente de la Junta militar de gobierno que había impulsado la expedición y que había sido asesinado en circunstancias misteriosas el 13 de noviembre de 1950.

El nombramiento del confín no se envuelve ni en la casualidad ni en la obviedad, en una panorámica histórica referida al Orinoco, muestra varias etapas que relacionan el nombramiento de las cabeceras primero con nombres míticos como el antiguo lago Parima, Paranapitinga o Mar blanco. Luego con el pequeño lago Casipo, después con Humboldt, Arrowsmith y Schomburgk, el lugar se difumina en un punto no preciso después del raudal de Guaharibos hacia la Sierra Parima activando el espacio del deseo. Posteriormente, se vincula con un sitio montañoso que se encontraba al pasar el raudal Waika y que Chaffanjon bautizó como pico Lessep. Finalmente, el lugar de las cabeceras ubicado en la sierra Parima nombrado por sus habitantes como *Shailili-Ko* pasó a bautizarse con el nombre de un presidente. Como corolario de las prácticas conviene volver sobre la perspectiva crítica de Claval.

También sucede que los nombres cambian brutalmente tras la instauración de un nuevo poder, de una invasión o del triunfo de nuevos modelos. Nombrar lugares es impregnarlos de cultura y poder (Claval, 1999: 173; cfr. Harley, 2005 y Monmonier, 1996).

A pesar de las polémicas suscitadas en torno a los nombres el Mayor Rísquez Iribarren en algunos pasajes de su diario reconoce la necesidad de respetar los nombres indígenas ofrece una larga y detallada lista de los lugares que fueron nombrando. El criterio de esa lista jugaba con “el hecho de haber sido nosotros quienes primero conocimos de todos y cada uno de los accidentes geográficos, hidrográficos y orográficos de la zona que recorre el Padre de nuestros ríos”, no sin aclarar que, “en lo posible, siempre han sido utilizados los nombres indígenas autóctonos de la región”.

La lista es larga 116 nuevas toponimias que indican raudales, saltos, caños, cerros, islas, chorros (pequeños saltos de agua), ríos, lomas y otros puntos dan cuenta del trabajo toponímico que caracterizó a la expedición el trazado del curso del río hasta sus fuentes (Rísquez-Iribarren, 1962: 399-403).

C) Las cartografías como dato paratáctico, el lugar, el mapa y la imaginación geográfica.

Uno de los objetivos de la Expedición franco-venezolana era la de mejorar el conocimiento cartográfico del Alto Orinoco y corregir los errores del hasta entonces mapa más completo, el de Hamilton Rice. Aunque, se sabe que también que tuvieron en sus manos los planos de un misionero llamado James Barker que seguro les sirvió de guía a la hora de constatar los lugares y el mapa que Itriago hizo al atravesar el Parima y descubrir uno de los ríos formadores del Orinoco.

La expedición proponía, además, corregir las proyecciones astronómicas hechas en la distancia y afectadas por la influencia de la humedad y la nubosidad que afectaba los aparatos de medición produciendo márgenes considerables de error que en cartografía significaba kilómetros o desvíos de orientación de su curso. Se imponía la tarea de campo, el trabajo del topógrafo. También esa tarea, tenía como objetivo reconocer nuevos lugares y ríos y trazar sus cursos para ofrecer la imagen más completa de un universo hidrográfico tan variado como lo es el del Alto Orinoco.

La expedición produjo un detallado corpus de planos y mapas que mostraban la complejidad de las prácticas del trabajo en campo que, como es de suponer, se realizaban en un medio accidentado y caracterizado por altas tasas de humedad y pluviosidad que afectan las mediciones. De esa muestra solo hacemos referencia a tres mapas de la fase final, es decir del trayecto que va del río Ugueto hasta las fuentes.

Esos tres mapas (figuras 8, 9 y 10) revelan las dificultades de la empresa y el trabajo minucioso de indicación de las particularidades de la hidrografía del Alto Orinoco en su curso. Funcionan como correlato paratáctico de una mirada que mide, establece. Calcula, precisa para ordenar el caos y el vacío de la *terra incognitae*. Conforman un logro concreto de los objetivos de la Expedición que produjo una cantidad de planos que reflejaban la complejidad de la geografía a partir de la Eseméralda y del raudal de Guaharibos hasta las caceras del Orinoco y sus redes fluviales formadoras del curso superior. Contramaestre (1954) anexa en su obra sobre la Expedición 15 planos que fueron el fruto de las observaciones en campo y el trabajo técnico de la Dirección de Cartografía Nacional, en ellas se conservó parte de la toponimia que los expedicionarios asignaron a los diferentes fenómenos y puntos estratégicos del curso del Orinoco.

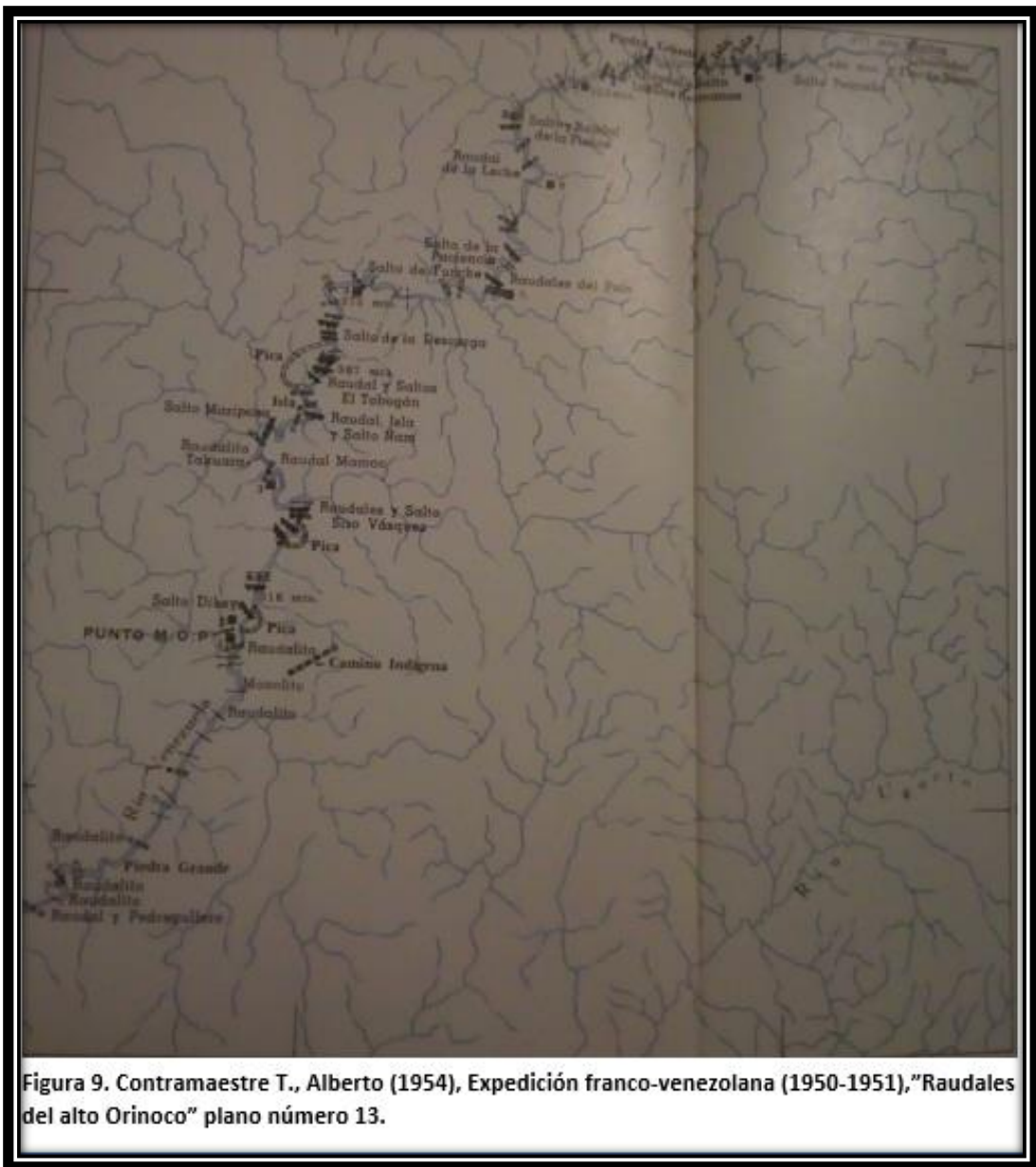


Figura 9. Contra maestre T., Alberto (1954), Expedición franco-venezolana (1950-1951), "Raudales del alto Orinoco" plano número 13.

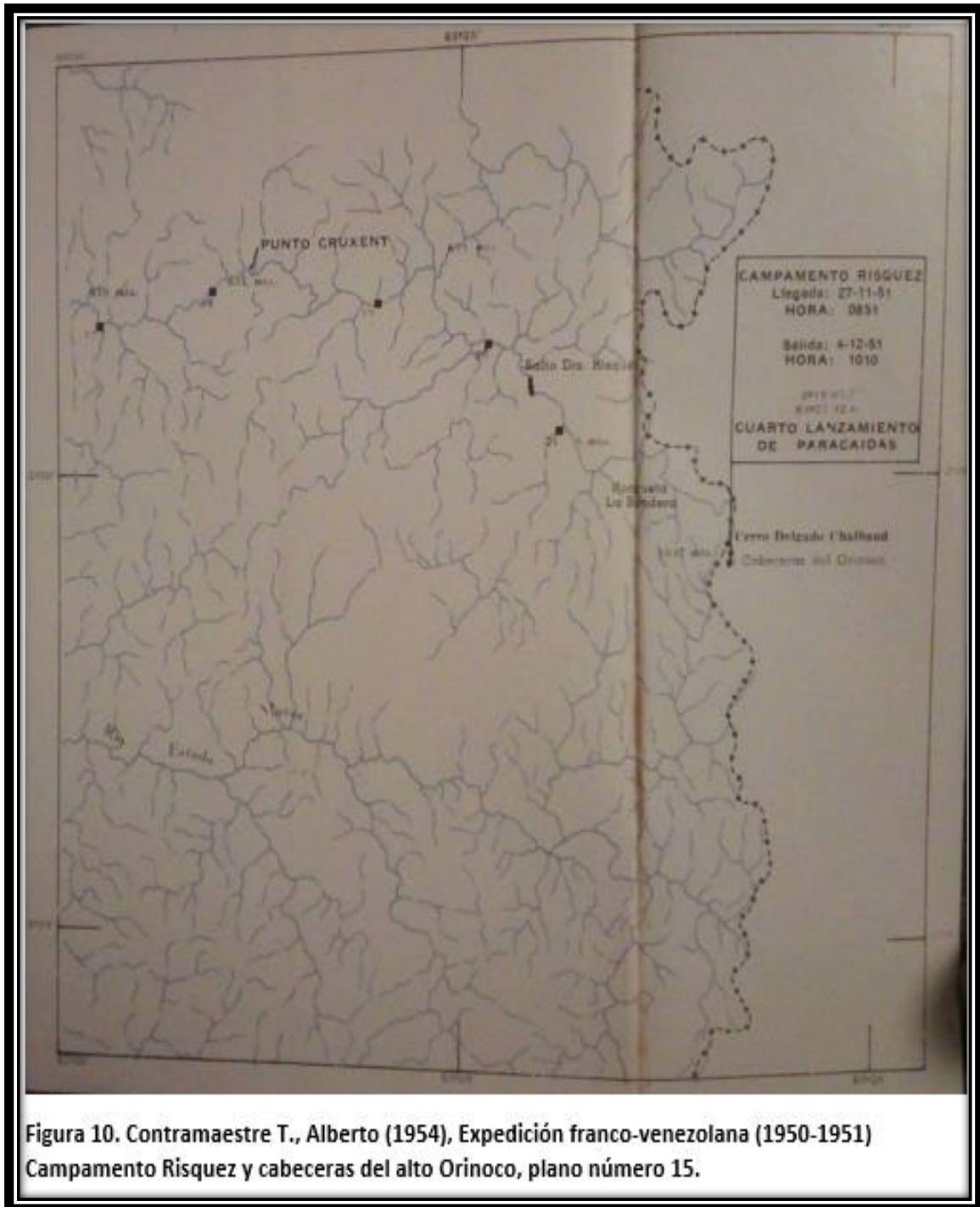


Figura 10. Contramaestre T., Alberto (1954), Expedición franco-venezolana (1950-1951) Campamento Rísquez y cabeceras del alto Orinoco, plano número 15.

Este último mapa (figura 10) que indica el punto del nacimiento en el Cerro Carlos Delgado Chalbaud integra el paquete de evidencias paratácticas con las cuales la expedición daba cuenta del final de una obsesión, junto a él van otros documentos como veremos más adelante que terminan por dar cuerpo a la constatación del punto fijo. El mapa también disuelve la *terra incognita*, territorializa en función de coordenadas, define un nuevo punto focal para futuros proyectos, estabiliza el movimiento en el la divisoria de aguas entre Venezuela y Brasil.

8.4- El paisaje y las fuentes: imaginación geográfica y espacio del deseo

Comencemos por dos imágenes fotográficas (figura 11) que retratan el paisaje exacto del emplazamiento de las fuentes. La imagen marcha como correlato de las coordenadas y del mapa. Otorgan un campo visual a lo que los datos precisan traducen el aspecto del lugar y formaban un archivo.



Aquí el campo paratáctico se vuelve imagen y sustituye la incertidumbre por los datos y el poder de la imagen visual fotográfica. No obstante, uno podría suponer que siendo la Expedición Franco venezolana el producto de una confluencia de intereses entre el Estado militar y las comunidades de científicos que se inscriben en el dominio paratáctico, no hay espacio para la descripción y la emergencia de una geosensibilidad ligada al acontecimiento que propician el lugar al que remiten las fotografías del nacimiento del río, y los paisajes naturales y humanos del Alto Orinoco entre la Esmeralda y el Parima.

Ya hemos visto un pliegue de esta relación del valor del paisaje en la corporalidad que exige la travesía, en la relación situada del desplazamiento en el medio practicado. Nada pasa desapercibido para los exploradores. Y el paisaje no se ha despedido ante la llegada del dato.

Una revisión de los textos que marchan paralelamente a las fotografías nos coloca en términos comparados sobre una pregunta que recientemente ha vuelto a formular Massimo Quaini para inquietar sobre todo a quiénes de forma simplista liquidan la presencia del paisaje, “el paisaje ha muerto, pero, a ¿cuál paisaje se refieren? (2016).

La pregunta en su simpleza habilita en el marco de esta investigación un escepticismo crítico sobre las salidas fáciles. Lo paratáctico en nuestro caso forma parte de los objetivos dominantes de la Expedición, pero los paisajes, acompañan en todo momento la dimensión íntima del encuentro y la interacción con los diversos medios naturales que tuvieron que atravesar los expedicionarios.

Los cuadros del paisaje sirven para repensar la tensión que suscita el discurso prístino sobre la naturaleza y el discurso del progreso o si se quiere, de la fuerza de la modernidad. En este sentido, esos cuadros de la naturaleza constituyen un archivo a ser interrogados continuamente a través del tiempo. Hablan de otro paisaje, de un momento del paisaje del trópico y su cualidad estética.

Vistos en un conjunto, gran parte de los textos se reparten en dos tipos de estrategias: la fotográfica, y la narración descriptiva. Sin perder la imagen con la que iniciamos este punto podemos desplazarnos al carácter emocionante de la etapa final del viaje.

El río se mete en forma impresionante dentro de un follaje, una vegetación que jamás imagine existiera. Es algo que verdaderamente maravilla. Troncos centenarios, aún vedes, esbeltos, enorme; otros ya caídos como enormes caminos negros en la selva cubiertos de toda suerte de alimañas, insectos mariposas, hongos musgos: un concierto formidable a la virginidad de la cuenca orinoqueña, extrañada de verse conquistada. (Risquez-Iribarren, 1962: 380)

La mirada se despliega en forma plástica con un paisaje que traduce al lenguaje del primer encuentro, el paisaje se presenta virgen, dispuesto al ojo del expedicionario quién traza una grafía que inscribe el gesto en el trabajo del campo y en la imaginación del descubrimiento.

Decidí que me acompañaban Ildelfonso Villegas, mi ayudante personal, Juan Guapo y Javier D' Acosta. Nos comenzamos a internar sin perder un instante el hilillo de agua que corría, y picábamos, picábamos sin cesar, bastante cansados y sudando. Vi a lo lejos como a dos kilómetros, un cerro enorme que no nos dejaba ver nada y pensé (y no me había equivocado), que ese hilillo de agua no podría subir esa enorme mole ni bordearla. A las 08.40 seguí rápido por el fondo de la ladera que iba subiendo en una forma vertiginosa. Once minutos después desaparecía el hilillo de agua y solo me quedaba un fondo entre dos cerros que subía en medio de enormes piedras. Me fui de lado a lado explorando y no había duda de que tenía que subir por allí. Ayudándome con las manos, en cuatro patas, subí, hasta llegar a la cumbre, tenía exactamente 1050 metros (mil cincuenta metros), estaba muy fatigado y como por obra de milagro, al sur exactamente, vi un gran claro, que me hacía comprobar un bello y sublime panorama; la cordillera se iba al Sur franco y se extendía como un mar de suaves olas, ninguna más alta que en donde estaba. (Ibidem: 381)

El cronotopo geográfico muestra planos narrativos del sentido de imaginar, desplazarse y estar en un tiempo y un espacio nuevo, un espacio sobre el cual se había trazado un designio de modernidad que se deslizaba sobre la incertidumbre del espacio y lo convertía en el lugar del deseo, en el espacio privilegiado de varios discursos. De allí, en la porosidad de las narrativas de los espacios paratácticos y liminares se desprendería un nuevo régimen de geograficidad.

El trabajo de la imaginación no excluye la relación del mundo físico y el mundo sociocultural. Por el contrario, supone interrelaciones de la construcción narrativa ligada a un esfuerzo de estilización de los lugares que dan cuenta de una preocupación de orden existencial cuya pulsión transporta el deseo de completar de cerrar algo.

Este paisaje que Rísquez carga de una semántica erótica “virginal”, no impresiona sin embargo a Anduze, quién percibe el entorno de forma diferente y tal vez menos cargado de la emoción descubridora del primer momento pues Rísquez se les había adelantado.

Imperceptiblemente, pues allí el horizonte no alcanza quince metros y la visibilidad a veces aún menos, debido a la densidad del monte, llegamos al manantial, en un paisaje relativamente claro, en una greda colorada y pegajosa, con guijarros de cuarzo, algunos con pequeñas incrustaciones de turmalina esparcidos por su superficie. El piso de la selva circundante estaba revestido de hojarasca, musgos, helechos y en el lecho naciente había heliconias en profusión. Allí brotaba, de un manantialito, limpio como un cristal, reflejando colores con debilidad y dulzura, lento

y perezoso, el gigante que más adelante se convertiría en el quinto río de América. Viéndolo así, sentí desengaño. No había nada espectacular, ni farallones, ni peñones gigantescos. Yo esperaba que el coloso tuviera un nacimiento portentoso y no pude menos de compararlo con la cabecera de otros grandes ríos de nuestra patria que había visto: cabecera de Kukenàn, Surukùn; cabecera del Aro y Uribante; cabecera de Oirà y Yeguines y la más espectacular de todas, cabeceras de Churun con el Churùn – merù al que suelen ahora llamar “Salto Ángel”. (Anduze, 1960: 136).

Se existe estando en el lugar o si se quiere imaginando ese estar como un campo que organiza los afectos y el resto de condiciones del mundo de la vida. El tiempo y espacio que presiona a los individuos y a las sociedades en términos de sentido y de experiencia de vida se muestra narrativamente, por lo tanto, toma consistencia en el lenguaje que comunica la experiencia del espacio y los lugares.

El mundo de la vida, el espacio vivido, remiten a una condición clave, la de ser espacios de representación organizados por relaciones cognitivas y afectivas.

La repetición de estas imágenes revela un proceso de estructuración de una forma, una repetición que sin embargo está atravesada por un *pathos*, por una emoción con respecto al lugar de las fuentes que rompe la monotonía del canon figurativo.

La imagen se lee entonces como forma y como *pathos* (emoción creadora), la imagen vista no es exactamente mimética no contiene en sí misma la pretensión del absoluto pues es el resultado de un recorte, de una selección y una perspectiva, aun cuando quiera referir el lugar tal y como es, posee en sí misma un resto que remite al valor perceptivo, un valor agregado que solo se recompone en una visión de conjunto. Esta solo se explica en la formación de una comunidad interpretativa que ve en el paisaje del río, una relación fenoménica que afecta al hombre en el espacio y fundamenta un contrato de veridicción.

En todo caso, la memoria del paisaje que traducen y transportan los textos espaciales de la Expedición del Alto Orinoco muestran un universo lábil entre lo paractático y lo liminar. Revelan no solo la imaginación geográfica ligada a la promesa del trabajo sobre los recursos, sino que también, al mostrar los cuadros hermosos de los raudales, saltos y del mismo origen del Orinoco les permite meditar sobre la existencia y la relación del hombre con la naturaleza

8.5- El hallazgo de las fuentes. ¿El final de una terra incognitae? ¿Cierre y apertura cognitiva de la imaginación geográfica?

El proceso que condujo al hallazgo de las fuentes y el acontecimiento que se desprende de ese proceso cierran cognitivamente todo un régimen de producción de las imágenes geográficas



Cuando Franz Risquez Iribarren hace un balance del área de las fuentes, inscribe el hecho en un marco más amplio. Han hallado las fuentes, pero pese a todos los datos y viendo la presentación del paisaje fluvial señala que más que un punto exacto, es una convergencia de pequeños riachuelos los que dan vida al río principal que se va formando a partir de esa presencia plural. El punto exacto refiere, no es entonces tan exacto en relación con el espacio que quiere encerrar en el dato y otros artefactos como el hito. Sin embargo, lleva la carga simbólica del descubrimiento.

No es conveniente continuar sustentando que los ríos nacen en un punto. Los ríos nacen en una zona que se denomina Zona de las fuentes, comienza cuando se encuentra la última división del río hacia dos hoyas distintas y termina en las cabeceras o el nacimiento del último hilo, producto de subdivisiones sucesivas; la subdivisión a considerar debe ser la más lejana y más caudalosa.

Nosotros llegamos, sustentando este criterio, al nacimiento o a las cabeceras del Brazo principal del Orinoco. Es prácticamente imposible en cualquier zona de las Fuentes de cualquier río determinar todas las cabeceras o nacimientos de estas inmensas esponjas. (Rísquez-Iribarren, 1962: 398)

La geografía que se desprende de este discurso emergente de la última frontera no es el un cuerpo estático, cambia en sus dimensiones material y representacional. Los cambios

marchan a velocidades distintas y la duración de las estructuras o de las formas de traducción al texto espacial integrado por imágenes y discursos poseen duraciones diferentes. Así tenemos imágenes geográficas que activan el poder atención y movilización sobre el espacio del deseo atravesado por diferentes intereses: científico, político, económico, literario, artístico y ecológico entre otros. Pero también y en relación con el pasado tenemos imágenes geográficas que ya no movilizan, que forman parte de un archivo. Anduze da el corolario,

Si hay una verdad incontrovertible, es esta: la comprobada por las coordenadas geográficas determinadas por la Dirección de Cartografía del Ministerio de Obras públicas, basada en las observaciones astronómicas del capitán Félix Cardona Puig quien hizo sus observaciones en las propias cabeceras del río, cuyo curso nosotros seguimos sin apartarnos ni un metro, navegándolo hasta donde fue humanamente posible, siguiéndolo siempre hacia el Este por el brazo aparentemente más caudaloso y más profundo. (Anduze, 1960: 16)

La verdad incontrovertible remite al espacio euclidiano, a las coordenadas que fijan un punto en el espacio disipando la imagen liminar. “El río [agrega Anduze], nace en el propio divorcio de aguas que separa a Venezuela de Brasil”. En la relación geopolítica el hito que construyeron los expedicionarios cumple su función, indica el punto del origen, y sirve de referencia para visualizar el espacio de frontera en un parte aguas que está un poco más allá de 50 metros desde donde convinieron fijar el punto exacto de las coordenadas que daban existencia euclidiana en el mapa a las fuentes del río, “Desde el sitio del hito geográfico se divisa un amplio panorama hacia el Este de selvas y serranías pertenecientes a la hoya brasileña del Río Branco, así como el tupido valle del Orinoco que nosotros acabamos de recorrer desde el Oeste. (Ibidem: 16-17)

La triple relación del tiempo del viaje se corresponde con relaciones similares del espacio. Pero la complejidad que subyace a estas relaciones espacio temporales no se resuelve tan esquemáticamente como podría parecerlo. Hay entonces tiempos y espacios que se rompen, se continúan, cambian, mutan y el cuerpo de la geografía podría parecer estático o demasiado fluctuante para poder hacernos una idea de su naturaleza y agruparla en un campo de conocimiento más o menos estable o sometido a un inquietante movimiento de la acción humana y de las propias fuerzas naturales del medio.

El hecho se coloca en un más acá del dato, en la emoción de la aventura, de la experiencia del espacio, el lugar y los fenómenos geográficos que afectan al hombre y a los cuales les devuelve una carga de significados y sentidos.

Un solo hecho incontrovertible [repite Anduze] el único sensacional, seguro. Descubrimos una de las cabeceras del río Orinoco, la más oriental, donde ningún civilizado jamás había puesto sus plantas, si es que se quiere se

detallista. Alcanzamos uno de los últimos reductos considerados como inaccesibles, de los más recónditos que quedaban en este mundo que ya no parece tener más nada que descubrir. (Ibidem: 163)

Puede aplicarse sobre una visión panorámica de los acontecimientos que fueron construyendo un campo de fascinación por las fuentes del Orinoco la idea esbozada por Brunhes, de que, los esfuerzos minúsculos que se despliegan en algunos territorios del Globo, en un lugar, en un momento,

...alcanzan una perfección global impresionante ¿Por qué? Porque, sobre ese espacio del Globo, y en ese momento de la historia, un impulso colectivo, siempre de carácter psíquico [...], acrecienta el sentido de la solidaridad de los esfuerzos de todos y multiplica por ello mismo la fuerza efectiva de cada uno de los más insignificantes actos individuales” (1988 [1913]): 265-266)

Diferencia y repetición parecen gobernar la producción de discurso y fijan las condiciones para la formación de un pensamiento espacial con comunidades en las cuales el conocimiento se produce y circula, sin embargo, prevalece la diferencia como un indicador del incremento de conocimientos y de la emergencia de un nuevo saber. Esto no quiere decir que sobre un espacio no se realice un trabajo de reconocimiento y apropiación de recursos, de planificaciones de desarrollo que tienda a estabilizar un espacio, un territorio, pero este trabajo cambia según cambian las percepciones y prácticas relacionales, y sobre todo, según cambia el trabajo de la imaginación situada que abre un entre, un tercer espacio de posibilidad que disuelve el marco de lo dicho y lo escrito, que rompe el archivo estático que organiza a la estructura para producir nuevos discursos y formas de comprender y explicar las relaciones del hombre y la tierra.

Con justa razón Reclus hablaba de que la geografía era un campo del trabajo intelectual y técnico y estaba en consecuencia, sometida a constante mutaciones y cambios que son el producto de la espacialización del conocimiento en la tierra en función de los lugares. Ese principio de la fluctuación va en lo que hemos querido mostrar, ligado al viaje, a la travesía hacia las *terra incognitae*.

La imaginación geográfica se cerró en torno al poder disolvente del dato ligado a las fuentes para abrirse paradójicamente a otro régimen de promesa y expectativa de un espacio en el que comenzaron a trazarse los diseños del desarrollo en el Orinoco y la Guayana. En ese espacio comenzaba a dibujarse el proyecto de la minería a escala industrial, en 1954 Gilbert Butland en “*Iron Ore Development in Venezuelan Guiana*”, daba forma a la nueva imaginación emergente, a un nuevo giro y aceleración de la modernidad sobre los paisajes naturales y sobre los espacios habitables de las comunidades étnicas.

El mayor Rísquez Iribarren quien dirigió férreamente la expedición y fue junto con los prácticos indígenas el primero en llegar. Construye esa visión espacial que implica un ejercicio de imaginación geográfica que define las nuevas coordenadas para la metáfora del río Orinoco, anticipa la condición de posibilidad de un espacio que se inviste de un nuevo deseo que impulsaba un nuevo giro y una diferencia con el pasado con el cual sin embargo mantiene pese a las borraduras del saber poder emergente su condición en tanto que futuro - pasado. En esos juegos del tiempo leemos las formas cambiantes del cronotopo que da cuenta de los movimientos de la imaginación geográfica y sus vectores.

Considero que el corazón de Venezuela lo debemos trasladar definitivamente del Zulia, en donde es inconcebible que esté, hacia la región comprendida desde la margen izquierda del Caroní hasta donde nos encontramos en este momento, y que toda esa inmensa región, desde el Caroní hasta donde nace el Orinoco, se debe declarar Zona de Reserva Nacional, y todo debe hacerse bajo la vigilancia de una gran Ministerio para esta región que la considero lo más rico de Venezuela. El petróleo se acabará algún día, pero es probable que lo podamos compensar con otras riquezas, ya que estoy seguro de que tenemos hierro y con el aluminio que ya sabemos que poseemos, nos faltaría carbón para ser una potencia económica, no militar, como parece que se ha propuesto. Aquella celebre “política del cemento armado”, las debemos consolidar en la política de la educación y de la sanidad, sembrando nuestras riquezas y descubriendo otras para sembrar más, cuando se nos acaben las primeras. En Venezuela parece que pensamos que las siete vacas gordas van a durar una eternidad, cuando a mí me parece que estamos en el periodo de las siete vacas flacas, porque teniendo tanto, no hacemos nada. (Rísquez-Iribarren, 1962: 388)

Los discursos no entran en un grado cero del espacio, están determinados también por el lenguaje y los imaginarios que le anteceden y se juega en las prácticas constitutivas de una imaginación geográfica que viene del pasado, se debilita en el presente, sufre el impacto del acontecimiento geográfico del descubrimiento para abrirse a un nuevo horizonte en lo porvenir que constituye una emergencia de otro régimen de la imaginación geográfica.

A partir de la década de los 60 del siglo XX y bajo una nueva forma de gobierno democrático, sobre el inmeso territorio de la Guayana y sobre el Orinoco, se comenzaron a dibujar nuevos planes de desarrollo. En 1960 bajo la administración de Rómulo Betancourt se crea la La Corporación Venezolana de Guayana (CVG)¹³¹. En 1969 el desarrollo regional se impulsa bajo la imagen de la “conquista del sur” y se crea CODESUR. Estos proyectos reflejaban la consolidación del discurso paratáctico y un giro de la imaginación geográfica.

¹³¹ Este movimiento tenía sus antecedentes inmediatos en los trabajos de prospección hecho en la década de los años treinta y de forma más concreta, a las instituciones creadas en la década militar, específicamente la Empresa Siderúrgica de Venezuela S.A. (SIVENSA) en 1948 y luego, Comisión de Estudios para la Electrificación del Caroní, para 1958 es creado el Instituto Venezolano del Hierro y el Acero.

CONCLUSIONES

“La historia de la geografía no es un largo y tranquilo río cuyas aguas nunca dejan de hincharse. Está hecho de discontinuidades...” (Paul Claval, 2013)

En esta investigación se ha tratado en todo momento de mantener las descripciones densas acompañadas de explicaciones e interpretaciones que consideran un amplio espectro de voces y formas plurales de expresión dentro del marco del enunciado que se propone en esta tesis: *Viajes, ciencia e imaginación geográfica*. En este sentido, el supuesto que guio el trabajo es, que siendo el espacio geográfico un campo de relaciones e interacciones materiales y representacionales, el texto espacial que emergió de las operaciones geográficas realizadas en y en torno al río Orinoco, produjo una imaginación geográfica. Esta poseyó un carácter correlativo: produjo imágenes y fue producida a su vez, por otras imágenes modelizantes en tanto que estas, anticipaban el trabajo sobre la geografía o emergían de las propias prácticas. Esta doble condición de la imaginación geográfica tomó concreción, significado y sentido alrededor de un fenómeno fluvial y de su lecturas y escrituras.

En tal sentido la experiencia directa o vectorial del Río que se desplegó entre 1799 y 1951 implicó una consolidación de una imagen geográfica integrada por una polifonía que habla del poder de la imaginación en la formación de los conocimientos espaciales que emergen de las prácticas del espacio y de la circulación de las ideas y percepciones geográficas. También el poder de la imagen vinculado a los confines de las llamadas *terra incognitae*, se movió en el campo de las paradojas, autorizó un trabajo constante sobre una geografía abierta, pero a la vez, este movimiento en el espacio llevaba en sí mismo la promesa de su cierre cognitivo vinculado al hallazgo de las fuentes del río Orinoco.

El estudio de los ríos puede enfocarse desde distintas perspectivas que pueden reducirse en varios pares de matrices complejas: realismo y construccionismo; espacio paratáctico o liminar, o la de su estudio en términos de cualquiera de las ramas especializadas de la geografía cuyas vertientes canónicas, remiten a geografía física o un campo tripartito definido por lo social, la cultura y lo humano; todas con pretensiones, formulaciones de preguntas y consecuencias diferentes. Cualesquiera de estas perspectivas ofrecen un conocimiento parcial que se acentúa sino se entiende el problema geográfico en sus condiciones de historicidad y geograficidad, es decir, si no se entiende la relación del tiempo y del espacio en el que se sitúan las prácticas y las operaciones y discursos geográficos. Este

problema de definición o de distinción e intercambio, no es como se trató de mostrar en esta investigación una relación simple implica, por el contrario, un punto de partida que pregunta por ¿qué tipo de historia y qué tipo de espacios problematizan una historia geográfica posible que tiene como objeto un río?

En esta investigación el enfoque ha partido de una confluencia de perspectivas dialógicas que ponen en conexión el realismo y el construccionismo, esto en el entendido de que no es posible acercarse a una visión compleja del objeto geográfico sino lo situamos en función de una interacción o entrecruce entre sujeto-objeto, entre representación y materia.

Cuando Paul Claval —que abre como una llave esta conclusión—, recurre a la metáfora del río para hablar del proceso de producción de conocimientos geográficos, está mostrando una posición dinámica en cuanto a la consideración de perspectivas múltiples del conocimiento, no hay una historia perfectamente lineal de la geografía. Tampoco hay líneas causales homogéneas de carácter unívoco. Lo que tenemos es una historia geográfica de la modernidad (en la larga duración y en sucesivas fases) que fluye como un río cuyo caudal se incrementa en cada giro. Esta acumulación de conocimientos geográficos no necesariamente es el producto de una continuidad, por el contrario, remite a formas complejas de la dialéctica espacial y, abre un espacio a la contingencia y emergencia del conocimiento no lineal que tiene su potencia y acción constitutiva en el viaje y las exploraciones.

Por un lado, es cierto que hay un trabajo geográfico que puede trazarse en una time line que implica la formación de interrogantes para buscar verdades; la dialéctica del pensamiento, las prácticas y las operaciones geográficas pueden jugarse con relación al pasado, pero también, no es menos cierto, que hay contingencia, siempre hay un campo para lo imprevisto, bien sea se evidencie en el campo de las observaciones científicas, o en el campo de la subjetividad que envuelve la experiencia del espacio, los lugares y los fenómenos geográficos. De modo que la emergencia de un conocimiento nuevo surge del propio contacto del geógrafo con la realidad que estudia mediada por una imaginación que anticipa u organiza las preguntas y la curiosidad que mueve al investigador.

Todo este proceso en el campo de una nueva postura de la ciencia enfocada en el más acá, en los lugares y espacios practicados y experimentados en los que emerge, se produce y se transmite el conocimiento y, las sensibilidades del espacio geográfico, implica por otro lado, un desafío tanto epistemológico como ontológico, como es posible plantearse a través de las tesis de Tuan (2008 [1977]); David Livingstone (2002, 2004); Soja (1997); Shapin y Ophir

(1991); Latour (1992); Prigogine y Stengers (1984); Serres (2004) entre otros. La consideración implica un giro pues, pensamos, desplaza la orientación kantiana de tiempo y espacio como pensamiento trascendental, a una articulación del pensamiento con la materia y, más específicamente con la naturaleza y la tierra.

Todo este tejido no puede comprenderse sin el papel que tiene la imaginación geográfica y sus conceptos conexos como metáforas y cronotopías geográficas en la estructuración de significados y sentidos del espacio. El trabajo en el espacio que es un supuesto que sostiene esta investigación, vuelve sobre la consideración de un pliegue que no solo es explicación, sino que envuelve un desplazamiento de la investigación a un más acá, es decir, al posicionamiento en un tercer espacio que abre la comprensión de la geografía a un ejercicio hermenéutico. Esta preocupación no es nueva y nos viene desde la fenomenología, específicamente nos lleva a Merleau Ponty y el planteamiento del contacto con el paisaje, con la materia y lo que de allí se desprende no solo en términos del objeto, sino de la afección de los sujetos y sus modos de conectarse en el entrecruce que emerge del contacto.

Es cierto que un libro de geografía contiene un amplio conocimiento científico sobre los paisajes, los ríos, los mares, pero este conocimiento es accesible solo sobre la base de una experiencia original más fundamental y más absoluta. Esta experiencia requiere un contacto diario con los paisajes, los ríos y mares (Merleau Ponty, cit. p. Sanguin, 1981: 561).

En atención a ello y ante un campo complejo, afirmamos con el realismo que es posible conocer la realidad exterior que está integrada por elementos diferentes y que se presenta en nuestro caso como naturaleza, como materia, como fenómenos fluviales y botánicos, como alteridades que emergen de la situación del viaje, pero también, afirmamos con el construccionismo, que una historia geográfica del río Orinoco como la que se ha querido mostrar se comprende mejor en la experiencia que da cuenta de un espacio imaginado y practicado, en el entrecruce del sujeto con el objeto. La dimensión icónica del realismo y del construccionismo que transportan las narrativas, ilustraciones, cartografías y fotografías se organizan en el plano de la imaginación y de las operaciones geográficas que reducen el caos exterior, la materia física, a un cronotopo que denominamos siguiendo a Bajtin cronotopía geográfica.

En lo que sigue, tratamos de esquematizar las conclusiones en función de varios aspectos:

1-explicitamos las interrogantes o nodos que formulamos e intentamos mostrar y resolver en esta investigación. 2- Resumimos de forma concreta que se planteó y qué se alcanzó a

responder en cada capítulo y, 3- En una suerte de coda geográfica dibujamos un horizonte para futuros proyectos con una apelación a la ética geográfica.

1- La imaginación geográfica del Orinoco y sus nodos.

A) Los caminos o métodos que se siguen en una investigación, no escapan a la tensión del curso plácido o accidentado de la misma, y vienen antecidos por un conjunto de interrogantes que son las que mueven el caminar de la investigación y sus itinerarios.

Cuando se planteó iniciar un trabajo de investigación sobre el río Orinoco enfrentamos varios problemas, entre ellos, el de tratar de delimitar geográficamente el área de estudio (para ello hicimos un mapa base que mostrase la magnitud de la cuenca del río Orinoco) y, definir dentro de ella y sin menoscabo de la conciencia de la multiplicidad de problemas, el tratamiento del fenómeno fluvial como eje que organizaba a la investigación.

En tal sentido, también hicimos un ejercicio de imaginación que coloca nuestro trabajo en el orden de la hermenéutica espacial, de allí, se desprende otra dificultad que planteaba un dilema en torno a la polifonía expresada en voces y textos de naturaleza diferente: u ofrecíamos una reducción drástica o combinamos selecciones y reducciones con descripciones densas de los problemas que convocó la historia del río Orinoco. Decidimos tomar el camino del borde para combinar los recortes con las descripciones densas.

Las preguntas se organizaron a partir del valor que como categoría posee la imaginación geográfica. Pero esta categoría por sí misma, no resolvía la totalidad de los problemas que mueven a una investigación de historia geográfica posible. Decimos “posible” porque tratamos en todo momento de abrir la investigación a la polifonía, a las altergeografías entendiendo entonces que debíamos trabajar con paquetes complejos de categorías que permitiesen considerar a diferentes documentos no como ciencia geográfica en sentido institucional, pero sí, como documentos portadores y productores de un conocimiento geográfico y de imágenes geográficas.

Tales categorías usadas fueron: imaginación, operación geográfica, cronotopo geográfico, metáfora, espacio paratáctico y liminar, paisaje, comunidad científica e interpretativa y el viaje como factor movilizador de las prácticas de contacto. Estos paquetes de conceptos y categorías, son el producto de una interacción que surge de las preguntas y sus referentes, de las interacciones que se descubren cuando nos preguntamos sobre el valor de las imágenes geográficas del Orinoco y sobre las prácticas que asisten su producción, circulación

y función dentro del campo del conocimiento geográfico de orden sintético, pues la imagen del río se vincula a este preciado principio de la cadena de operaciones geográficas a través de la cual es posible contener la diversidad.

B) El mundo no es sin los lugares y sin los fenómenos.

La producción de la certeza en el campo de la ciencia geográfica no se da sin los referentes y sin su enlace escalar, otro tanto sucede con la imaginación geográfica, esta no es sin las condiciones materiales sobre las que trabaja la imaginación anticipando u organizando sus significados y sentidos. Cuando Merleau Ponty se pregunta por el texto geográfico, no reduce la realidad a la escritura, sino que coloca el problema en el contacto con el espacio concreto, esto también es válido para otras formas de la imaginación que trabajamos en esta investigación como lo son: las novelas del siglo XIX e ilustraciones de libros de viaje surgidos sin una experiencia directa del río; las producciones de conocimientos cartográficos y de Atlas, diccionarios e enciclopedias surgidas del gabinete y de los centros de cálculo. A pesar de que media esa distancia, hay un segundo pliegue de la experiencia del espacio que se articula con una observación de segundo orden, sin embargo, la experiencia en la distancia y en la propia ficción novelada o icónica, no disuelve sea cual sea la práctica, al referente físico, sino que lo traduce a un sistema de signos y a un lenguaje que lo carga semánticamente.

Una perspectiva ahistórica de este proceso de espacialización, no permite ir más allá de la contemplación del dato. Si se quiere y recurriendo a una conocida metáfora, una perspectiva tal ve el árbol en el bosque sin ver el bosque y su intrincada maraña de vegetación y signos de complejidad. Una perspectiva histórica interroga el mundo, los lugares y los fenómenos en su singularidad y en conexión y por tanto en perspectiva de gran angular, ve el árbol y ve el bosque; también traduce ambos fenómenos individuales y de aglutinamiento en la tan preciada síntesis global; esta se presenta entonces como un tejido, como un sistema.

Esta perspectiva que guio la investigación como es de suponer tiene sus riesgos, el lector puede extraviarse al no contar con una time line muy delineada. También supone una forma de atención diferente centrada en una mirada de tiempos y espacios que se acercan y se separan, se rompen y se yuxtaponen. Supone también, que las prácticas en el espacio concreto parecen repetirse, y que el trabajo sobre un punto en el espacio como por ejemplo el Casiquiare o las fuentes del Orinoco, son objeto de una atención en la larga duración en la que es posible detectar, los cambios y permanencias de la percepción y la observación. Es posible determinar, su solución de continuidad como se mostró al final de esta investigación en el

capítulo 8 con el cierre cognitivo de la *terra incognitae* ligada al origen del río en la Sierra Parima.

C) Los juegos de escrituras y lecturas del tiempo/espacio del río Orinoco se entienden mejor en sus condiciones de geograficidad e historicidad.

“En el espacio leemos el tiempo”. Esta frase de Ratzel retomada por Schlögel nos permite ir más allá de la obviedad de una práctica, nos remite a la complejidad de los regímenes de temporalidad que les imprimen un sentido a los procesos de exploración de las fuentes del Orinoco y a la producción de discursos gobernados por la operación geográfica y su fijación en un texto espacial. Hemos en consecuencia considerado las coberturas espaciales y el trazado de varios itinerarios geográficos que surgen a partir de una imagen y a su vez deviene en otra. Cada una de estas imágenes en su interior, -como si se tratase de un conjunto-, integra varias imágenes dentro de un juego de tiempos que se corresponden con un discurso paradigma y con subdiscursos que organizan las dimensiones cronotópicas de la geografía. Como se observó a lo largo del desarrollo de la segunda parte de esta investigación, esto nos planteó cuatro cortes temporales: uno de orden general y tres subcortes que permitiesen organizar los regímenes de historicidad que gobiernan la producción de imágenes geográficas.

En virtud de ello, en términos generales, el trabajo central de la investigación implicó el periodo que va de 1799 hasta 1951. Para ello se tomó como hechos puntuales de los límites cronológicos, la llegada de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland quienes salieron rumbo a América el 5 de junio de 1799; y en su itinerario del Orinoco consolidaron en el binomio ciencia/estética la conversión del Orinoco como un laboratorio de la ciencia. El límite superior de esta cronología es el 27 de noviembre de 1951 que fue el día en que se dio noticia del hallazgo de las fuentes del Río Orinoco cerrando una imagen paradigmática que había gobernado el régimen de viajes en el río.

No obstante, para poder entender el discurso geográfico de la secularización de la ciencia y la emergencia de ciertas rupturas, se hizo necesario hacer otros recortes cronológicos que redujesen la complejidad de inscribir el trabajo solamente en los marcos del planteamiento general, lo cual operativamente, dificultaba la elaboración de una escritura coherente en términos de una sintaxis adecuada al despliegue de los discursos geográficos. Es de advertir, además, que cada subcorte se muestra paradójicamente como continuidad y despedida de un cierto régimen de discurso y de producción de imágenes que nos coloca en la

tensión e interacción de las paradojas geográficas que se mueven en la diferencia y la repetición.

El primer subcorte es anterior a la llegada de Humboldt y Bonpland y abarca el siglo XVIII gobernado por dos grandes discursos: el de la teología natural en manos de los misioneros exploradores jesuitas, capuchinos y franciscanos; y el discurso paratáctico de la ciencia ilustrada en manos de funcionarios y de científicos que comenzaron a penetrar los espacios interiores. Estos en nuestro esquema temporal plantearon un problema sobre las continuidades, las rupturas y las emergencias de temas y de formas de conocimiento que dibujan un horizonte nuevo que debilita las imágenes y mitogeografías imaginarias.

Un segundo subcorte nos ubica en el siglo XIX e implica sendas articulaciones de escalas del río con el sistema mundo, entendiendo este, no solo como una articulación de espacios-tiempos socioeconómicos sino como un vasto proceso de articulación de escalas nacionales y mundiales. El río pasó de esta manera a integrar por obra de diversas operaciones geográficas, diferentes dispositivos de una imagen geográfica global de los ríos que se reparten los discursos científicos, bélicos, políticos, económicos y artísticos, y hacia fines del siglo XIX los discursos literarios que hablan de formas de territorialización y de confrontación entre los espacios tropicales y los espacios metropolitanos .

El tercer subcorte cronológico se dibuja en el siglo XX hasta 1951 y un poco más – pues sabemos que el recorte se hace en función de un acontecimiento, pero su proyección va más allá de la fecha-; este periodo está gobernado también por un trabajo de observación incesante sobre el río destacándose en especial, el tema de las fuentes del Orinoco. Este último recorte o segmento del movimiento de las imágenes geográficas compartido por la ciencia, la geopolítica y la literatura, construye un particular enfoque sobre el espacio del deseo en el confín del Parima en la *terra incognitae*. El hallazgo de las fuentes, y de los ríos formadores cerró cognitivamente un elemento constante que integraba los discursos que van del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. En efecto, la determinación del punto exacto de las fuentes disolvió la última de las *terra incognitae* con alto poder de propaganda geográfica y de impulso a las exploraciones inscritas dentro del *ethos* de la geografía heroica y de campo.

D) Los viajeros del río Orinoco, trabajadores del espacio.

El conocimiento geográfico de la larga duración del estudio del río implicó alrededor de 17 nacionalidades: venezolanos, franceses, estadounidenses, alemanes, ingleses, españoles,

belgas, catalanes, brasileños, cubanos, italianos, húngaros, checos, colombianos, francocanadienses, anglo-argentinos y lituanos. Además de proporcionar un dato curioso en cuanto a la diversidad de procedencias, connotan un interés de orden global. A ello hay que sumar la formación de estos científicos y amateurs que, junto a las naciones indígenas, Makiritares, Guaharibos, Shirinas, Waykas, Piaroas y Waraos –cuyas voces por ser aún más complejas quedan como tarea pendiente– son los sujetos de la producción del texto espacial del Orinoco.

Es posible entonces afirmar en función de los textos que produjeron, que el río se internacionalizó en el plano de una imagen geográfica que funcionó como conexión del lugar con el mundo integrada por los desplazamientos vectoriales de diversos actores. Aun cuando es posible evidenciar los aportes de los individuos que viajaron al Orinoco, este no puede entenderse sin el proceso de producción, traducción y circulación de las ideas. Cuando preguntamos partiendo de las tesis de Michel de Certeau (2006) sobre, ¿qué es lo que fabrica el geógrafo? junto a esta pregunta, se despliega otra más compleja que nos lleva a las redes de voces que están representados por diferentes actores cuyos textos transportan ideas y percepciones geográficas. De allí que la condición de una formación espacial del conocimiento tal y como lo proponen Gregory (2000) Y Trhifft (1996) permita inscribir las diferencias de discursos y ponerlas en relación. La pregunta no es simple y se muestra con relación a todo un régimen de historicidad gobernado por lo que Dardel (1952) llamó geografía heroica o de campo, o lo que Driver (2001) llamó geografía militante. En todo caso este marco de las practicas nos permite ir sobre la idea de que sin anular a los individuos y a sus aportes, podemos situarlos en un campo compartido por muchos discursos y prácticas, estos no son sin la inscripción en un trabajo colectivo cuya síntesis es posible observar en las figuras narrativas de orden paratático o liminar, y en la formación de la cronotopía geográfica, la metáfora y la imaginación geográfica.

E) Operación y cronotopía geográfica del Orinoco.

La historia del río Orinoco en el periodo estudiado remite a dos movimientos, uno de carácter físico que tiene en la praxis del viaje y las exploraciones su fundamento instituyente, otro de carácter vectorial que enlaza el lugar con centros de cálculo y comunidades científicas e interpretativas que implica la circulación de las imágenes y de las ideas, también de las ficciones y los prejuicios. Los actores de la empresa cognitiva del Orinoco produjeron textos representados por géneros diferentes. El cronotopo producto de la interacción entre espacio

físico y lenguaje produjo diversas imágenes cargadas de un sentido que fue cambiando los modos de percibir y de experimentar el río. Esto condujo a una reflexión sobre el valor de los textos del pasado. El abordaje de los textos del pasado implica mostrar en cierto modo, las prácticas que instauran un orden a través del cual marcan un sentido para el desciframiento y su lectura, pero también, remite el problema a la condición de movilidad del texto a través de las sucesivas recepciones que complejizan la emergencia plural de lecturas.

En cierto modo, estamos en presencia de un movimiento dialéctico que implica la espacialización de las imágenes del río Orinoco. Las obras terminan por habilitar un sentido y muchos sentidos, son, un producto entre lo que propone a nivel de su escritura primaria, y lo que moviliza en el campo inestable de los lectores y sus diferentes competencias e intereses. De este modo la relación temporal con la producción del espacio o de su representación, está mediada por una serie de textos que responden a su vez, no a una visión monológica, sino dialógica. esto es clave pues enlaza la operación geográfica con la polifonía. Podemos decir, que, en ciertas situaciones, la condición de espacialidad del río Orinoco activa las experiencias como una especial conexión sobre un lenguaje de los espacios del pasado con un lenguaje de los espacios del presente.

La operación geográfica resuelve el problema en el texto, pero es de advertir que estamos lejos de suprimir las operaciones de recorte y selección que esos textos hacen y que lanzan determinadas temáticas a un borde oscurecido en el que se aloja la omisión, los olvidos y los ocultamientos. Recordemos con Tuan (1991) que el lenguaje hace un lugar, pero ese lugar no escapa ni a la voluntad de poder ni a su dialéctica. Esto se hace visible sobre todo en los discursos geográficos del Orinoco en el siglo XIX y XX investidos de dos formas de imaginar el progreso en torno de los espacios paratácticos y liminares.

En el momento en que la lógica hegemónica de la modernidad propugnaba el progreso indetenible de la razón occidental, otra lógica también producto de la modernidad investida de una poética de la naturaleza, rescataba el carácter indisociable del hombre con la tierra. Todo el movimiento romántico, y la visión conservacionista del siglo XX, si se entiende más allá del prejuicio y de las fórmulas simplistas de la lectura, abre las puertas a esta comunión con el medio que se resuelve en Humboldt, Bello, Russell Wallace y los propios expedicionarios de 1950-1951. Ocupar o habitar un espacio significaba no solamente aprovechar los recursos sino conservarlos, esta conservación establecía un control a las formas de explotar, esto al

menos desde una perspectiva moral, pero también transportaba un concepto que me parece muy importante y que transversaliza un meta discurso: el sentimiento de la naturaleza.

2- Lo que alcanzamos a aprender con cada capítulo.

Los nudos de problemas anteriormente expuestos se resolvieron en seis capítulos que se corresponden con partes articuladas de un problema el río y su historia geográfica. Sus conclusiones específicas son las siguientes:

-Capítulo III. Teología natural y ciencia ilustrada. La naturaleza local y global de un saber geográfico en los espacios tropicales del río Orinoco. Este capítulo fue pensado para mostrar la diferencia y la conexión secularizada de los cambios que acontecieron en el siglo XIX. Los misioneros exploradores produjeron expresamente historias geográficas o corográficas, textos portadores de percepciones de una geografía que desafiaba radicalmente la idea del cosmos creado, sin embargo, estos misioneros portadores de una concepción de la ciencia ligada a la teología natural constituyeron las primeras visiones modernas del río. Luego y de forma paralela, vinieron en medio de una reorganización del control de América por parte del régimen monárquico español, una cantidad no despreciable de funcionarios que hicieron un trabajo clave en la producción de saberes de orden paratáctico sobre el espacio del Orinoco y la Guayana. Aquí se determinaron problemas de orden múltiple que remitían al orden de la imagen mítica, la sagrada y la de la naturaleza concreta de la geografía del Orinoco.

-Capítulo IV. Poder e imaginación geográfica. El Orinoco un espacio para la ciencia. En este capítulo hemos tratado de articular las prácticas y operaciones geográficas que se hicieron en el Orinoco dentro de la concepción de un saber poder que lo convierte en un laboratorio para la ciencia. En tal orden de ideas la llegada de Humboldt y Bonpland, marcan un parteaguas y trazan un canon que se ha querido enmarcar "acertadamente" en una concepción de escritura y de conceptos científicos y estéticos denominados Humboltian science y Humboltian writing (Cannon, 1978; Ette, 2001).

En tal sentido la mayor parte de viajeros que se dirigieron al Orinoco reprodujeron las prácticas humboltianas y, produjeron una formación espacial del conocimiento ligada al ejercicio de una imaginación geográfica que a la par que resolvía problemas puntuales en torno a cuestiones esenciales de la medición del río, de sus fenómenos específicos como el Delta, la anostomosis o bifurcación del río en el Casiquiare que junto a las enigmáticas fuentes en algún lugar del Parima configuró un foco de atención en los modernos estudios de

hidrología e hidrografía, o incrementaba el poder descriptivo del espacio mediante sus diarios de viaje e informes científicos que producían diferencias al valorar en su especificidad el entorno practicado. En tal orden de ideas la labor de Agostino Codazzi marca el canon que fija las coordenadas del primer texto de geografía nacional y su comunidad imaginada ligado a cuatro dispositivos de organización: El texto de geografía, el catecismo, el Atlas y los mapas.

Experiencia espacial del conocimiento, operaciones geográficas, producción de textos espaciales, circulación de las ideas aceleraron la articulación del Orinoco en el campo de la naturalización de los problemas de la geografía. Para los exploradores del siglo XIX la autoridad del estar y ver fue fundamental para reescribir en un nuevo giro, la repetición y la diferencia del gesto científico que se anunció en el siglo XVIII.

Capítulo V Poder e imaginación geográfica. El Orinoco un espacio para la guerra 1816-1841. Este capítulo refirió a un aspecto muy particular en la historia del río vinculada a la conversión de la imagen del mismo en el discurso bélico de la Independencia y por lo tanto, de carácter paratáctico. Aquí el cronotopo del río se transforma en arteria principal para los flujos de insumos para la guerra: armas y alimentos, y para los flujos de tropas que implicó una alta movilidad y un reforzamiento con la llegada de la legión británica. El control del río significaba además articular el espacio Atlántico y con ello el apoyo de Inglaterra, lo que creó, condiciones inmejorables para el triunfo de las ideas republicanas. Luego del conflicto y ganada la Independencia, sobre el discurso bélico que cargó del *epos* de la heroicidad al río, fue tomando forma dentro de la comunidad imaginada una imaginación geográfica nacional e internacional que lo investió del discurso del progreso y de la feracidad de unas tierras que se abrían al sistema mundo.

-En el Capítulo VI titulado: Perspectivas y travesías de la experiencia espacial en el río Orinoco: El cronotopo de las paradojas, estética del paisaje y discurso del progreso, se organizaron los discursos y prácticas alrededor del paisaje y su estabilización dentro de un cronotopo geográfico que remitió a una condición paradójica de las imágenes geográficas que se juegan en su condición paratáctica y liminar, vale decir, en la condición que establece el discurso del progreso y las condiciones funcionales de una estética que apela al sujeto en el lugar y a la necesidad de preservar el paisaje. A través de diferentes géneros que apelan a la iconicidad tales como las descripciones, pinturas, ilustraciones, fotografías y mapas

elaborados en el siglo XIX, pudimos observar como se fue formando un archivo paisajístico sobre los diferentes tramos del Orinoco, esto es, desde el Delta hasta el Alto Orinoco.

En este punto, Los paisajes en la concepción de Humboldt, marcaron un canon en la operación de los “cuadros de la naturaleza” que impulsaban una condición cognitiva que reunía ciencia paratáctica y estética. Esta impronta de la Humboltian Writing que envuelve la filosofía natural, el romanticismo y el imperio del dato, establece la condición a través del cual operaron la mayor parte de las descripciones y representaciones paisajísticas. Los paisajes formaban parte de un inmenso sistema, del *cosmos* en la mirada de Humboldt, o de *La Tierra* en la mirada de Reclus, cada uno en su especificidad formaba parte de un vasto conjunto de interacciones físicas y humanas que eran la expresión de un amplio rango de adaptabilidad y de producción de transformaciones de carácter gradual sobre la superficie terrestre. Los paisajes del Orinoco se inscribían en esta perspectiva.

Cuando vemos estos paisajes fluviales y selváticos, no estamos en presencia de una serie de formas paisajísticas estáticas, cada una recrea un momento de la observación, un registro textual del lugar, pero también enlaza la especificidad con nociones más amplias que se inscriben en los intereses de los observadores y en las cuadrículas a través de las cuales, producen el sentido y la significación. Cada parte es el producto de una selección, de un recorte que privilegia un paisaje entre muchos. ¿pero se integran en una imagen global? Esta imagen global se reconstruye en la interpretación y en la articulación con las escalas propuestas por Humboldt y Reclus, en ella se observan las variaciones, pero también las semejanzas.

En todo caso el paisaje fluvial del Orinoco puede responder a una operación que se repite, pero nunca es idéntico, hay un exceso en la imagen que desborda la observación de observaciones, pero que es condición de interrogación constante. En perspectiva global, estas miradas conforman la realidad. La invención geográfica que producen se juega en el campo de un imaginario instituido e instituyente. El paisaje es entonces una ventana geográfica que invita al trabajo, también es una ventana en la que el sujeto se construye como habitante de la tierra y expresa una inquietante pregunta sobre la función estética del conocimiento. Cuando Humboldt, Bello o Rusell Wallace contemplan el paisaje del río Orinoco, lo hacen no desde una posición estática del cuerpo, sino desde una experiencia del fenómeno fluvial y de lo que a través de él se organiza y se imagina en términos de lo porvenir.

-Capítulo VII. *Cronotopías geográficas en la literatura sobre el Orinoco. El aquí y el allá.* En este capítulo mostramos dos diferentes tiempos de producción de las imágenes geográficas del río. Uno ligado al régimen de novelas de aventuras fascinadas por un lado, por el exotismo que se despliega en las periferias y por otro, por la popularización del conocimiento científico ligado a la extrañeza de los fenómenos geográficos. Estas literaturas fueron escritas por gente que no viajó al Orinoco.

El segundo régimen va de la mano de escritores de poesías y novelas que construyen un particular *pathos* de la geografía del río y de la cuenca, Estos escritores sí estuvieron en el río Orinoco y escribieron novelas cuyo cronotopo afecta a los procesos de apropiación territorial y con ello de identidad. En tal sentido, estas novelas del espacio profundo implican para tomar dos expresiones de Rómulo Gallegos y de Alejo Carpentier, una búsqueda del ser, una vuelta sobre los pasos perdidos. La dimensión ontológica que se desprende de los textos es clara, refieren a una trama que tiene como dinámica el viaje interno y luego, una interrogación por el lugar del sujeto en el trópico. Este punto es crucial e implica un giro en la inversión de los juegos de posición del aquí y del allá. El Orinoco se territorializa como espacio de apropiación con cargas ontológicas.

-Capítulo VIII *En busca de las fuentes: la expedición Franco-Venezolana y el descubrimiento de las fuentes del Río Orinoco, 1950-1951.* Este capítulo se organizó en torno al valor de las fuentes del río Orinoco situadas en los confines del sistema de sierras del Parima en la divisoria de aguas de la cuenca del Amazonas y la cuenca del Orinoco. Aquí de nuevo se confrontan problemas que hablan de la condición paradójica del llamado “descubrimiento” o hallazgo de las fuentes. La imaginación geográfica ligada a la *Terra incognitae* conoce aquí una aceleración que termina por resolver su continuidad en 1951. La clausura de uno de los aspectos geográficos dominantes que se proyectan desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX muestra además, el eclipse de las últimas prácticas ligadas a la geografía heroica y de campo.

En tal contexto de larga duración, los esquemas narrativos que se siguen en los textos del Orinoco parecen configurarse en torno al cronotopo río-selva-viaje hacia las fuentes. El movimiento y la búsqueda de un lugar satisface el deseo de saber y conocer el confín y con ello, el trabajo del viaje sobre un espacio abierto se cierra.

Los testimonios de la Expedición franco-venezolana que se revisaron, nos hablan de ese momento y nos ofrecen la doble condición de modernidad que liga al viaje de exploración

dentro de un espacio paratáctico del nacionalismo de la década militar y de las preocupaciones de la ciencia. Esta aceleración por resolver el asunto de las fuentes se mueve entre el incremento de conocimientos del río entre 1905 y 1940 y, la presión constante en el campo de la ciencia y de las políticas territoriales de Estado por disolver las marcas en el mapa de los vacíos geográficos. Esto creó las condiciones inmediatas para que en 1950 y 1951 se organizara una Expedición que disipó mediante una serie de artefactos y datos paratácticos, el encanto de la *terra incognitae* y con ello, el fin de todo un régimen tejido en torno al espacio del deseo.

No obstante, esto no significó el cese de producción de imágenes, sino su reconversión dentro de la necesidad de territorializar los espacios periféricos e imaginar su futuro dentro del horizonte de una nueva imaginación geográfica ligada al desarrollo y la explotación de los recursos, junto a ello de forma paralela, el problema ético que implicaba dicha explotación sobre espacios naturales frágiles pero llenos de recursos mineros e hidráulicos y, sobre la condición diferente que proponían las otras geografías humanas, las no integradas a la nación, las geografías indígenas. En todo caso, la idea de acontecimiento que emerge del descubrimiento viene bien para acercarnos al valor del hallazgo de las fuentes. El acontecimiento se mueve entre apertura y cierre, es la solución de continuidad al poder de atracción de las *terra incognitae* que funcionaban como un dispositivo límite entre lo que se puede saber y el horizonte de expansión. El trabajo de la imaginación movió comunidades de científicos y de intérpretes del espacio, pero también construyó su permanencia que se archiva para dar paso a otra emergencia de la imagen geográfica.

Finalmente volvemos sobre el viaje considerado como un acontecimiento que remite al menos en geografía, a una extensión que se debe recorrer, a un itinerario que se traza sobre puntos localizables, a un viaje que también va hacia las *terra incognitae* buscando algo que se puede localizar y consta por tanto de un referente. También y en un segundo orden, la operación geográfica que impregna a los textos de los expedicionarios de 1950-1951, inscribe el acontecimiento en un campo de problemas ligados al movimiento espacial del conocimiento de la modernidad, construye un cronotopo que al emerger, desorienta al canon solo para dar un nuevo orden del sentido de las cosas y de los fenómenos.

El cronotopo organiza el lugar y organiza lo global. Esto es posible en el plano de la producción de una comunicación que negocia con el estado de cosas del mundo en términos de verdad, pero también de verosimilitud. En todo caso, y en una visión de conjunto, es

posible observar tanto las correcciones del conocimiento, como los procesos acumulativos, las permanencias y los cambios que se dieron en torno al río Orinoco. La comprensión de todo este vasto tejido espacial pasa por determinar las condiciones bajo las cuales la producción del sentido nos orienta en tiempo y espacio. Los actores de este proceso como hemos visto en esta investigación sobre el río Orinoco son múltiples, son los trabajadores de la geografía de la que habla Reclus, son los que anteceden al trabajo de los centros de cálculo y a la producción de textos científicos más rigurosos. Todas las voces plurales integran un saber del Orinoco que se explica en el régimen de la geografía heroica y de campo y en la recepción de los saberes del río en diversos contextos interpretativos.

El espacio del Orinoco deviene entonces en espacio compartido por diversas comunidades científicas e interpretativas que son heterogéneas y por lo tanto, enriquecen el tejido de significados del río como se ha demostrado. Las condiciones del pensamiento geográfico y de su imaginación se mueven entre la repetición y a diferencia. Su tensión se resuelve en la condición paradójica de las respuestas, cierran cognitivamente, pero también, abren fisuras en el discurso autorizando otro ejercicio de la imaginación que invitan a un nuevo trabajo sobre el espacio.

3- Coda geográfica sobre la totalidad conflictiva del río Orinoco y la Guayana y una apelación a la ética de la naturaleza

Las imágenes e ideas geográficas cobran su real dimensión en una triple relación de temporalidad que refiere al pasado, al presente y al futuro. En tal sentido las imágenes que se construyen en el presente del observador remiten a un imaginario cultural que es su presente/pasado. Esta consideración del tiempo que le imprime un sentido al espacio no puede dejarse de lado y, es base de disipación del prejuicio que suelen tener quiénes no logran situar los problemas de reflexión, de la producción de conocimientos y de la imaginación geográfica en su doble y simultánea relación de historicidad y de geograficidad. Las imágenes del pasado del río Orinoco transitan diversos ámbitos de recepción, también sufren la presión del tiempo presente que se presenta de dos formas: es contemporáneo al acto de producción de las imágenes (contexto del pasado/presente); y se reelabora en el presente de los futuros lectores incluyéndonos a nosotros en la condición de autonomía. La estructura del texto a través de la cual traducimos más o menos la experiencia directa del observador, cobra una significación concreta, pero también es desbordada dejando sin lugar, la idea superficial de que esos pasados no tienen nada que decir para la comprensión de la ciencia y la imaginación

geográfica en sus movimientos, en el *corsi e recorsi* y dentro de una ética de la naturaleza que nos incluye a nosotros a pesar de la distinción cultural. Al respecto y para entender la producción de conocimientos y sus motivaciones, A. Buttimer (1980, 1983), prescribía el método de respetar los contextos que permiten interrogar las ideas en un campo diferente, extrañamente diferente o familiarmente cercano.

Por otro lado, Las imágenes sufren la presión del futuro en tanto que expectativa sobre la cualidad de habitabilidad del espacio bien sea ésta, imaginada como utopía o espacio de promisión, o de progreso y, su opuesto, el subdesarrollo, la barbarie, o la distopía. En este sentido, es claro que toda representación es afectada por el tiempo y los regímenes de historicidad, pero también por el régimen de geograficidad que implica la producción de un conocimiento que no es sin el papel activo del sujeto en el espacio vinculado a conceptos conexos como lugar, territorio o paisaje. Esta afectación o interacción fenoménica no sólo se da en el momento de su producción, sino en el momento de su recepción coetánea y en la proyección a futuros posibles de lectura en otros lugares y tiempos, es decir, en las sucesivas recepciones. La vigencia o la supervivencia cultural del texto espacial en el campo de la significación depende de las prácticas espaciales, de las operaciones geográficas y de las lecturas. Todos estos gestos del conocimiento definen problemas que impulsan a nuevas lecturas de los textos del pasado que refieren a una geografía de carácter abierto como la es la del río Orinoco.

Entre el espacio material y el no material hay un intersticio, otro espacio que conecta o vincula las dos esferas de la experiencia geográfica del viaje y del carácter vectorial entre los espacios concretos de producción del conocimiento y los centros de cálculo metropolitanos. Estos espacios son indisociables de la observación y de la mirada geosensible, operan de modos diversos, pero tienen en común el poder organizador y creador de la imaginación, y de su conversión en comunicación: mapa, diario, fotografía, video, texto científico y literario. La relación de poder en términos de espacio queda clara en el proceso de penetración y de dilatación de un dominio no sólo físico, sino de control sobre la producción de conocimientos. Los sistemas de objetos que éste reconoce y el mundo de la ficción que se despliega paralelamente al esfuerzo material y de la ciencia, plantean problemas para el tratamiento de una historia geográfica que se desplaza entre los campos de representación y sus referentes materiales que remiten a las condiciones paratácticas y liminares en las que se resuelve el valor de uso y la construcción de una sensibilidad. También son un ejercicio de una imaginación que traza el camino para los movimientos en el espacio.

No obstante, los poderes del espacio paratáctico que cerraron todo un régimen de la imaginación ligada a la fuente y al propio paisaje geo-diverso de sus tramos, el encanto del río Orinoco no se perdió, solo fue debilitado estéticamente para resurgir bajo nuevas propuestas aparte de la poesía emergió la música. Tal vez la canción de Enya “Orinoco Flow” que apareció en el influyente disco *Watermark* (1988) de la New Age Music, recupere un poco de ese encanto. “llévame en las ondas a las tierras que nunca he estado, llévame en las ondas a las tierras que nunca he visto... déjame navegar sobre el flujo del Orinoco”. Con anterioridad en 1976 una gaita zuliana del grupo Rincón Morales, “Orinoco”, celebraba la belleza del río, su explosividad vegetal y su valor vital para la nación. Ambas composiciones de géneros diferentes indican un pasaje del río hacia otras formas de geosensibilidad y de documentos para la geografía cultural diseminadas en el espacio público de alcance global y nacional. Ambas también son constitutivas de la imaginación geográfica que desborda el canon del dato y de la ciencia.

Sin embargo, la historia geográfica del tiempo presente no puede obviar las tensiones que se dan entre los proyectos de desarrollo y los ambientes naturales y de otras geografías humanas. En este tiempo presente, el río Orinoco es nuevamente un campo de confrontación.

El Estado venezolano tras la búsqueda de un nuevo horizonte para el desarrollo alternativo a los hidrocarburos, ha dibujado un nuevo proyecto sobre el espacio socioeconómico de la Guayana que afecta un área de aproximadamente 111.843 kilómetros cuadrados. El proyecto tiene varios ejes comunicativos: eje Apure-Orinoco y los nuevos puentes sobre el río hecho con el concurso de transnacionales entre ellas las brasileñas. La imaginación geográfica del nuevo progreso se contiene en el llamado decreto del “Arco Minero del Orinoco” dirigido a la explotación minera en un espacio que comprende cuatro zonas: Guanay, La Paragua y El Caura, la cuenca del Caroní y Sierra de Imataca. Este proyecto levanta de nuevo un debate que confronta los documentos de cultura y barbarie en el plano de una conciencia geográfica que vuelve en un nuevo régimen de la imaginación geográfica que se asocia a la condición ética de la naturaleza y al biocentrismo opuesto como es de suponer, a una lógica técnica que solo ha visto en los espacios naturales, fuentes de recursos que deben obtenerse a toda costa, incluyendo en la acción, el silenciamiento de los habitantes originarios que habitan la zona. El proyecto de impacto ecológico pone en cuestionamiento la supuesta geometría del poder pues no da voz a los sujetos que habitan el espacio algo que ya había alerta el antropólogo belga Walter Coppens (1972), al alertar sobre la necesidad de integrar estas voces pues la Guayana y el Orinoco, no era “no man’s land”.

Tal vez frente al nuevo proyecto de la estructura de poder interna del Estado ligada a los intereses del capital transnacional que amenaza con una explotación de recursos mineros y naturales que amenazan la vida y que parece ser, son parte de las formas de atención sobre el espacio geográfico que articula lugares y sistema mundo en términos desiguales, convenga volver los ojos sobre el pasado para interrogar de nuevo y de forma diferente el archivo espacial de los textos que produjeron las imágenes diversas del río Orinoco. Nos movemos en el espacio y nos detenemos en los lugares, sin embargo, tras el acto preprogramado hay sorpresas que envuelven la relación entre ética y geografía. Emerge una apelación a la conciencia geográfica que habla también de la finitud y de la infinitud de la experiencia geográfica y sus imágenes. Los cambios forman parte de la dialéctica, pero también la conciencia del cambio puede impedir que las afinidades electivas de atracción y rechazo produzcan colapsos sobre los ambientes naturales y sobre otras geografías humanas.

En todo caso, la incompletud del hombre en el espacio lo devuelve a la interacción constitutiva de un biocentrismo que debe revisar la deuda con el pasado de la geografía romántica y la geografía anarquista, del encuentro y sentimiento de la naturaleza que es un poderoso instrumento de la filosofía natural que apela para nosotros a un tercer espacio. Este sentimiento convoca la relación afectiva y física del hombre y la tierra, nos hace consciente del cosmos que es entramado de lugares y fenómenos que forman parte del entrecruce del ser y la geografía que habita. En el plano de la imaginación, podemos poner en diálogo a dos hombres: Élisée Reclus decía, la vida de los ríos obra poderosamente sobre la vida de los hombres; por su parte, Andrés Bello invitaba a volver los ojos sobre el paisaje para renovar el horizonte de la vida en la práctica de la contemplación y traducción del paisaje. Ese diálogo nos devuelve no a la nostalgia del pasado, sino al presente de la geografía que habitamos y que volvemos a interrogar dialógicamente en el apoyo mutuo y en la simbiosis natural.

FUENTES IMPRESAS Y DIGITALES

AGUERREVERE, S. E. ZULOAGA, G. et all (1939), *Exploración de la Guayana*, Ministerio de Fomento, Caracas

AGUIAR, (1944), “Geografia amazônica: nas fronteiras do norte,” *Revista brasileira de geografia*, julho- setembro, Ano VI, No. 3, pp.327-348

ALCEDO, Antonio (1786-1789), *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América: es a saber: de los Reynos del Perú, Nueva España, Tierra Firme, Chile y Nuevo Reyno de Granada. Con la descripción de sus Provincias, Naciones, Ciudades, Villas, Pueblos, Ríos, Montes, Costas, Puertos, Islas, Arzobispados, Obispados, Audiencias, Virreynatos, Gobiernos, Corregimientos, y Fortalezas, frutos y producciones; con expresión de sus Descubrimientos, Conquistadores y Fundadores: Conventos y Religiones; erección de sus Catedrales y Obispos que ha habido en ellas: Y noticia de los sucesos más notables de varios lugares: incendios, terremotos, sitios, é invasiones que han experimentado: y hombres ilustres que han producido*, Imprenta de Blas Roman, 5 volúmenes, Madrid. Disponible en:

[<https://archive.org/search.php?query=creator%3A%22Alcedo%2C+Antonio+de%2C+1735-1812%22>]

ALVARADO, Eugenio, (1999 [1760]), “Apuntes para una descripción geográfica de lo que debe ser la Provincia de Guyana en toda su extensión y sus límites, conforme a la línea divisoria que debió tirarse entre los dominios de España y Portugal, por E. Alvarado”, en Manuel Lucena Giraldo, *Viajes a la Guayana Ilustrada: El Hombre y el territorio*. (Estudio introductorio, selección y notas de M. Lucena Giraldo). Banco Provincial, Caracas, pp. 149-154

ANDRÉ, Eugéne (1964 [1904]), *Un naturalista en la Guayana*, [con un Prefacio de J.Scott Keltie, Secretario de la Royal Geographical Society], Banco Central de Venezuela, Caracas

____ (1903), “Wild Venezuela: Interesting Adventures of a Bird Collector Along the Great Caura River.” *Rev. of A Naturalist in the Guianas*, by Eugene André. The New York Times. Disponible en:

[<http://query.nytimes.com/gst/abstract.html?res=9D03E1DE1F3AE733A25757C1A9639C946597D6CF>, 20 de noviembre de 2013]

ANDRIVEAU-GOUJON, J. (1829), *Atlas de choix ou Recueil de cartes de geographie ancienne et moderne dressees par nos meilleures auteurs*, Chez J. Andriveau-Goujon Geographe-Editeur, Rue Du Bac, No.6, Pres le Pont – Royal, Paris.

ANDUZE J, Pablo (1960), *Shailili- ko. Descubrimiento de las Fuentes del Orinoco*, Talleres Gráficos Ilustraciones, S.A, Caracas Venezuela

ANÓNIMO (1999 [¿1745-1746?]), “Noticias del Viaje del Padre Manuel Román al descubrimiento del caño Casiquiare, anónimo”. En Manuel Lucena Giraldo, *Viajes a la Guayana Ilustrada: El Hombre y el territorio*. (Estudio introductorio, selección y notas de M. Lucena Giraldo), Banco Provincial, Caracas, pp. 43-50

ANÓNIMO (1994 [1795-1801]), *El viajero Universal. La descripción del territorio venezolano*, Universidad de Granada, Granada

ANTHONY, H. E.; H. A. GLEASON, R. PLATT (1931), “The Pacaraima-Venezuela Expedition”, *Geographical Review*, Vol. 21, No. 3, pp. 353-362

APPUN, Karl Ferdinand (1961 [1849-1868]), *En los trópicos*, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, Caracas

ASCANIO, Domingo ([1820] 1975), “Memoria al Consulado, Nueva Guayana, 7 de marzo de 1820”, Documento anexo en PRINCEP, *Diario de un viaje de Santo Tomé de Angostura en la Guayana Española, a las misiones capuchinas del Caroní por John Princep*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas

BELLERMAN, Ferdinand, (1977 [1842/1845]), *Bellerman y el paisaje venezolano (pinturas)*, R. Löschner (editor), Editorial Arte, Asociación Cultural Humboldt, Caracas

BELLIN, Jacques Nicolás ([1763]1986), *Descripción geográfica de la Guayana. Contiene Las Posesiones y Establecimiento de los Franceses, de los Españoles y de los Holandeses en estas vastas comarcas...* Jacques Nicolás. *Descripción geográfica de la Guyana*. (Prólogo Caupolicán Ovalle), Ediciones de la Presidencia de la República [con Mapas despleables), Caracas

BELLO, Andrés (1979 [1823,1826]), Alocución a la poesía; Silva a la agricultura en la zona Tórrida en A. Bello; *Obras literarias* / selección y prólogo Pedro Grases; cronología Oscar Sambrano Urdaneta, Biblioteca Ayacucho, Caracas

_____ (1848), *Cosmografía o descripción del universo conforme a los últimos descubrimientos*, Imprenta de La Opinión, Santiago de Chile

BLANCO Andrés Eloy (1996 [1923/1934/1936]), *Poesía*, Compilación y prólogo: Domingo Miliani. Cronología y bibliografía: Rafael Ángel Rivas Dugarte, Biblioteca Ayacucho, No. 214, Caracas

BOLÍVAR, Simón, (1978a ([1817]), “Carta a Fernando Peñalver”, Guayana 6 de agosto, en Simón Bolívar, *Obras Completas*, Biblioteca Simón Bolívar, Editorial Cumbre, México, Vol. III, pp. 268- 269

_____ (1978b [1817]), “Carta a Martín Tovar Ponte”, Guayana, 6 de agosto de 1817, en Simón Bolívar, *Obras Completas*, Biblioteca Simón Bolívar, Editorial Cumbre, México, Vol. III, pp. 268- 269

_____ (1978c [1817]), “Carta a Sir Ralph Woddford, Gobernador de Trinidad”, Guyana, 3 de septiembre de 1817, en Simón Bolívar, *Obras Completas*, Biblioteca Simón Bolívar, Editorial Cumbre, México, Vol. III, p. 275

(1978 [1830]), Mensaje al Congreso Constituyente de la República de Colombia, Gaceta de Colombia, No. 449, 24 de enero de 1830 fechado en Bogotá el 20 de enero de 1830, en Simón Bolívar, *Obras Completas*, Biblioteca Simón Bolívar, Editorial Cumbre, México, Vol. VIII, pp. 454-459

_____ (1978 [1823]), “Mi delirio sobre el Chimborazo”, Imprenta del Venezolano, en Simón Bolívar, *Obras Completas*, Biblioteca Simón Bolívar, Editorial Cumbre, México, Vol. VIII, pp. 363-364

BROWN, G. L. M. (1905), “The Orinoco—a wasted waterway”, *Scientific American*, Vol. 93, No. 22, pp. 420-422. Disponible en: [<http://www.jstor.org/stable/24999258>]

BUACHE, Phillipe; Delisle, Guillaume (1751), *Cartes et tables de la geographie physique ou naturelle. Presentees au Roi le 15. Mai 1757*, Paris. Disponible en:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~25821~930094:Title-Page--Cartes-et-tables-de-la-?sort=pub_date&qvq=w4s:/who%2FBuache%25252C%2BPhilippe%25252C%2B1700-1773;q:Buache;sort:pub_date;lc:RUMSEY~8~1&mi=15&trs=22]

BUFFIER, Claude (1747), *Geografia universale esposta nei differenti metodi, che possono abbreviare lo studio, e facilitar l'uso di questa scienza: col soccorso de' versi artificiali, Quarta edizione; col Trattado della sfera del medesimo autore*. Appresso Francesco Pitteri, Venezia

BUTLAND, Gilbert J. (1954), “Iron Ore Development in Venezuelan Guiana”, *Geography, Geographical Association*, Vol. 39, No. 1, pp. 40-42 Disponible en: [<http://www.jstor.org/stable/40564678>]

CAPMANY Y DE MONTPALAU, Antoni de (1793), *Diccionario geográfico universal: que comprehende la descripción de las quatro partes del mundo : y de las naciones, imperios, reynos, repúblicas, y otros estados, provincias, territorios, ciudades, villas y lugares memorables, lagos, ríos, desiertos, montañas, volcanes, mares, puertos, golfos, islas, penínsulas, istmos, bancos, cabos, [etc.] que se encuentran en el globo terráqueo*, Tomo 2 (G-O), Quinta edición, corregida y enmendada, En la oficina de la viuda é hijo de d. Pedro Marin, Madrid

CARPENTIER, Alejo (1980 [1953]), *Los Pasos Perdidos*, Editorial BRUGUERA, S.A, Barcelona España

CARPENTIER, Alejo (2014), *Visión de Venezuela*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A, Caracas Venezuela

CARREÑO, M. A. (1854), *Manual de Urbanidad y buenas maneras*, Appleton and Company, New York

CARUS, Carl Gustav (2002 [1815-1824]), *Nine Letters on Landscape Painting, Written in the Years 1815-1824. With a Letter From Goethe a way of Introduction*, Getty Research Institute, Los Angeles, Canadá

CAULIN, Fray Antonio (1779), *Historia coro-graphica natural y evangelica de la Nueva Andalucia, provincias de Cumaná, Guayana, y vertientes del rio Orinoco*, J. de San Martin, Madrid

CENTURIÓN, Manuel de (1757) *Ciencia de Militares: Que Contiene Unos Breves Principios de Geometría, Para la Perfecta Inteligencia de la Fortificación, Un Utilissimo Tratado de Este Arte*

CENTURIÓN, Manuel y Vicente DÍEZ DE LA FUENTE (1999 [1770-1776]), “Cartas sobre el descubrimiento de la Laguna Parima y el Cerro Dorado por Manuel Centurión y Vicente Díez de la Fuente”] en Manuel Lucena Giraldo, *Viajes a la Guayana Ilustrada: El Hombre y el territorio*. (Estudio introductorio, selección y notas de M. Lucena Giraldo). Banco Provincial, Caracas,

CHAFANJJON, Jean, ([1889]1989), *Relación de viajes realizados en 1886 y 1887 con 56 grabados y mapas*. Estudio preliminar y edición crítica de Miguel A. Perera, Organización Orinoco, Caracas

___ (1889), *L'Orénoque et le Caura: relation de voyages exécutés en 1886 et 1887; contenant 56 gravures et 2 cartes*, Hachette & cie, Paris

CHANNING Woodbridge, William; WILLARD, Emma (1836 [1824]), *A System of Universal Geography of the Principles of Comparison and Classification. Accompanied by Modern and Ancient Atlases*, John Beach, Belknap and Hamersley, United States

CHILD, Sargent Burrage (1958), *La Conquista Del Orinoco*, Editorial Intercontinental, S.A, México

CODAZZI, Agustín (1840), *Atlas físico y político de la República de Venezuela*, Caracas, S.N. [Edición facsímil]

___ (1841), *Catecismo de la Geografía de Venezuela precedido de unas breves nociones de Geografía General y de Cosmografía*, Parigi

_____ (1940 [1840-1841]), *Resumen de la geografía de Venezuela. Venezuela en 1841*, Taller de Artes Gráficas, Escuela Técnica Industrial, Caracas, 3 V.

CODAZZI, Agostino; PONCE DE LEÓN, Manuel; PAZ, Manuel M. (1865), *Atlas de los Estados Unidos de Colombia, Antigua Nueva Granada, que comprende las cartas jeográficas*

de los Estados en que está dividida la República, construídas de orden del Gobierno Jeneral con arreglo a los trabajos corográficos del Jeneral Agustín Codazzi i a otros documentos oficiales. Por Manuel Ponce de León i Manuel María Paz. París, Tipografía i litografía de Renou i Maulde.

CODAZZI, Agustin; PAZ, Manuel María; PEREZ, Felipe (1889), *Atlas Geográfico e Histórico de la República de Colombia (Antigua Nueva Granada), el cual comprende las Repúblicas de Venezuela y Ecuador, con arreglo á los trabajos geográficos del general de ingenieros Agustín Codazzi ejecutados en Venezuela y Nueva Granada. Construida la parte cartográfica por Manuel M. Paz, Miembro de la Sociedad de Geografía de París y redactado el texto explicativo por el doctor Felipe Pérez, todo de orden del Gobierno Nacional de Colombia. París, Imprenta A. Lahure*

CONDAMINE, Charles Marie de la ([1745] 1921), *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América Meridional desde la costa del Mar del Sur hasta las costas del Brasil y de la Guayana, siguiendo el curso del río Amazonas, Calpe, Madrid*

CONDORCET, Jean-Marie-Antoine Nicolás de Caritat Marqués de (1997 [1793-1794]), “Fragmento sobre la Atlántida o de los esfuerzos realizados por el género humano para el progreso de las ciencias” en Condorcet, *Bosquejo de un Cuadro Histórico de los Progresos del espíritu humano y otros textos*, Fondo de Cultura Económica, México, pp.211-250

CONTRAMAESTRE TORRES, Alberto(Cap.) (1954), *La Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco*, Ministerio de Obras Públicas, Caracas

CREVAUX, Jules (1883), *Fleuves de l'Amérique du Sud 1877-1879*, Sociéte de Géographie, Paris,

___ (1988 [1880-1881]), *El Orinoco en dos direcciones / relatos de viajes de Sir Henry Alexander Wickham, 1869-1870 y Jules Crevaux, 1880-1881*; estudio preliminar y edición crítica de Miguel Ángel Perera, Organización Orinoco, Caracas

CREVAUX, Jules (1883), *Voyages dans l'Amérique du Sud*, [Illustrations de Voyages dans l'Amérique du Sud / Riou, J. Hansen, dessinateur]. Hachette, Paris. Disponible en: [<https://archive.org/search.php?query=publisher%3A%22Paris+Hachette%22>]

CURTIS, William Elroy (1993 [1896], *Venezuela la Tierra en donde siempre es verano*, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, Caracas

DAUXIÓN LAVAISSÉ, J.J. (1967 [1813]), *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América meridional*, Universidad Central de Venezuela, Caracas

DICKEY, Herbert Spencer (1932), *My jungle book*, Little Brown, Boston

DIDEROT, Dennis, (1992 [1753]) *Sobre la interpretación de la naturaleza*, Anthropos, Barcelona

DÍEZ DE LA FUENTE, Apolinar ([1760], 1954), “Reconocimiento del Orinoco y del Río Negro en la confluencia de ambos hechos por Apolinar Díez de la Fuente, por orden de D. Josef Solano, con objeto de averiguar las naciones de indios, examinar el territorio y escoger el sitio para establecimiento de un fuerte” en, *Relaciones geográficas de la Gobernación de Venezuela (1767-1768)*, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela-Edime, Caracas, pp. 289-304

DEL REY FAJARDO, José, s.j. (1966-1974), *Documentos jesuíticos relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. (Col. Fuentes para el Estudio Colonial de Venezuela), Tomos I, II y III, Caracas

ERNST, Adolf (1873) “Report” en, *Orinoco Navigation Company, Charter, prospectus, map, and report*, Office of the Company, Union Building, April, 1874, New York, pp. 25-43

FADEN, William (1845), *Atlas of the battles of the American Revolution, together with maps shewing the routes of the British and American Armies, plans of cities, surveys of harbors*, Disponible en Library of Congress: [<https://www.loc.gov/item/74175034/>]

FOURCADE, Christian; GRELIER, Joseph (1955), Souvenirs d'explorations No. 1: *François sur le haut orénoque* (Mono Version) 2 canciones, BNF Collection

GALINDO, Aníbal (1873), *Memoria que Anibal Galindo Ministro residente de Colombia en Venezuela dirige a su gobierno para que la haga valer, cuando llegue el caso, en defensa de los derechos del pueblo de los Estados Unidos de Colombia, a la libre navegación del Orinoco*, Imprenta Gaitán, Bogotá

GALLEGOS, Rómulo (1991 [1935]), *Canaima*, Edición crítica a cargo de Charles Minguet, Consejo Superior De Investigaciones Científicas, Universidad de Costa Rica, San José

GERSTÄCKER, Friedrich (1968 [1868]), *Viaje por Venezuela en el año 1868*, Universidad Central de Venezuela. Facultad de Humanidades y Educación, Caracas

GHEERBRANT, Alain (1997), *La Expedición Orinoco-Amazona (1948-1950)*, El Áncora editores, Banco de la república, Colombia

GRELIER, Joseph (1954), *Aux Sources De l' Orénoque*, La Table Ronde, PARIS

GILIJ, Filippo Salvatore (1965 [1780-1784]), *Ensayo de Historia Natural*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 3 Tomos, Estudio preliminar de Antonio Tovar. (Col Fuentes para el Estudio Colonial de Venezuela), Caracas

GUMILLA, José (1983, [1741-1745]), *El Orinoco Ilustrado y Defendido*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. (Col. Fuentes para el Estudio Colonial de Venezuela), Caracas

GUZMÁN, Antonio Leocadio (1961 [1831]), “Memoria del Interior y Justicia”, en Pensamiento político venezolano del siglo XIX, ediciones de la Presidencia de la República, Vol. 5, Caracas, pp. 443-444

HELLMUND TELLO, Arturo (1943), *En el Bajo Orinoco*, A. Hellmund Editor, Caracas

HERRIG, C., JAFFRAY, R. (1975 [1819]), “Comunicación al Congreso, “Proyecto de mejoramiento de las misiones del Caroní” 30 de enero de 1819; El Correo del Orinoco, No 29, Angostura 1 de mayo de 1819; en John Princep, *Diario de un viaje de Santo Tomé de Angostura en la Guayana Española, a las misiones capuchinas del Caroní por John Princep*; Apéndice documental, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 78-82

HUMBOLDT, Alexander Von; BONPLAND, (1831), Voyage de MM. Alexandre de Humboldt et Aime Bonpland *Atlas Geographique et Physique, pour Accompanyer la Relation Historique*, J. Smith. Sixieme livraison. Paris, Rue Montmorency; Londres, Dulau et Compie., Soho-Square

___ (1997 [1805]), Essay on the Geography of Plants, With Introduction “Humboldt, Ecology, and the Cosmos” Stephen T. Jackson, The University of Chicago Press, Chicago and London

HUMBOLDT, Alexander Von, (1944[1848-1858]), Cosmos, editorial Glem, Buenos Aires

_____ (1972 [1808]), Cuadros de la Naturaleza, Monte Ávila Editores. Caracas, II Vols.

_____ (1991 ([1816/1831]), “Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente”. (2da. ed.), Monte Ávila Editores, Caracas, 5 volúmenes

HITCHCOCK, Charles B (1947), “The Orinoco - Ventuari Region”. [With Map], *Geographical Review*, Vol. 37, No. 4, Oct. pp. 525-566 Disponible en: [<https://www.jstor.org/stable/211185>]

INCIARTE, José F. (1968 [1783]), “Informe de 5 de diciembre de 1783 del Oficial José Felipe Inciarte sobre la parte Oriental del Bajo Orinoco que tenía a su cuidado” en José ARMAS CHITTY, *Guayana su Tierra y su gente*, T. II, Caracas, pp. 330-335

ITRAGO, Hilario (1948), “Las nacientes del Orinoco fueron localizadas durante los años 1943-44”, *El Nacional*, 6 de febrero, Caracas, [documento completo] En P. Anduze (1960),

Shailili-ko. Descubrimiento de las Fuentes del Orinoco, Talleres Gráficos Ilustraciones, S.A, Caracas Venezuela, pp. 30-38

___ ([1779] 1968), “Informe de 27 de noviembre de 1779 del Oficial José Felipe Inciarte al Intendente General de Venezuela sobre reconocimiento y población de la parte Oriental del bajo Orinoco, en José ARMAS CHITTY, *Guayana su Tierra y su gente*, T. II, Caracas, pp. 322-328

JAHN, ALFREDO (1909), *Contribuciones a la hidrografía del Orinoco y río Negro*. Memoria presentada á la Sociedad de Geografía de Berlín, Tipografía Universal, Caracas

JEFFERYS, Tomás (1775), *The West-India Atlas, or, A compendious description of the West-Indies: illustrated with forty correct charts and maps, taken from actual surveys: together with an historical account of the several countries and islands which compose that part of the world, their discovery, situation, extent, boundaries, product, trade, inhabitants, strength, government, religion, &c*, Printed for Robert Sayer and John Bennett, London

Disponible en Library of Congress: <https://www.loc.gov/item/74175045/>

JOVELLANOS, Gaspar Melchor (2001[1800]), “Discurso sobre la geografía histórica” en G. JOVELLANOS, *Obras en Prosa*, Biblioteca Clásica Castalia, Madrid

KANT, Immanuel, (1982 [1786]), *Cómo orientarse en el Pensamiento*, editorial Leviatán, Buenos Aires

___ (2010 [1781, 1784, 1788]), *Obra selecta*. Vols. I y II, Editorial Gredos, Biblioteca de Grandes Pensadores, Madrid

KOCH-GRUNBERG, Theodor, (1979 [1917]), *Del Roraima al Orinoco*, Tomo I. Ediciones del Banco Central de Venezuela, Caracas.

LECUNA, Vicente (1921), *Atlas de los Estados Unidos de Venezuela*, [del Cuerpo de ingenieros encargado del levantamiento del mapa físico y político de Venezuela], Talleres de Litografía de la Escuela de Artes y Oficios, Caracas,

LETRONNE, Jean- Antoine (1830), *Curso elemental de Geografía antigua y moderna* Imprenta que fue de Fuentenebro, Madrid

LISCANO, Juan (1976 [1959]), *Nuevo Mundo Orinoco*, Edit. Alfa Argentina, Buenos Aires

LICHY, René; de CIVRIEUX, Marc (1978 [1949]), “Memorándum sobre el anteproyecto de una exploración de las fuentes del río Orinoco. Junio de 1949” [Doc. anexo] en LICHY Rene, (1978), *Yaku. Las Fuentes Del Orinoco*, Monte Ávila editores, Caracas Venezuela, pp.321-335

LICHY Rene, (1978), *Yaku. Las Fuentes Del Orinoco*, Monte Ávila editores, Caracas Venezuela

MACHADO de ARNAO, Luz (1964 [1953]), *Canto Al Orinoco*, Caracas, Venezuela

MALTE-BRUNN, Conrad (1828 [1810]), *Diccionario Geográfico Universal que contiene la descripción de todos los países de las cinco partes del mundo, coordinado con arreglo a la geografía universal de M. Malte Brun*, parte segunda, Librería de Mame y Delaunay-Vallé, París.

MARMIÓN, Miguel (1943 [1788]), “Descripción corográfica-mixta de la provincia de Guayana en que se da razón de los ríos que la bañan y facilitan sus comunicaciones: de su población, tierras de labor útiles, de sus frondosos montes, frutos y comercio, y se proponen algunos medios los más asequibles y conducentes a su verificación y aumento, 1788”. En *Boletín del Archivo General de la Nación*. Caracas, marzo-abril, 1943

MARMOCCHI, Francesco C. (1862), *Atlante geografico universale per corredo al Dizionario di geografia universale del professore F. C. Marmocchi*

MARSH, George Perkins *The Earth as Modified by Human Action*, Sampson Low, & Searle, London

METCHNIKOFF, Léon (1889), *La civilisation et les grands fleuves historiques*, [con un prefacio de Eliseo Reclus, p. V-XXVIII] Hachette, Paris

MICHELENA y ROJAS, F. (1867), *Exploración oficial por la primera vez desde el norte de la America del Sur siempre por ríos, entrando por las bocas del Orinóco, de los valles de este mismo y del Meta, Casiquiare, Rio-Negro ó Guaynia y Amazónas, hasta Nauta en el alto Marañon ó Amazónas, arriba de las bocas del Ucayali bajada del Amazonas hasta el Atlántico ... Viaje a Rio de Janeiro desde Belen en el Gran Pará, por el Atlántico, tocando en las capitales de las principales provincias del imperio en los años, de 1855 hasta 1859, por F. Michelena y Rójas*. A. Lacroix, Verbockhoven y Cía, Bruselas

MILLS, Lady Dorothy Walpole (1931), *The Country of the Orinoco*, Hutchinson & Co.: London,

MONTENEGRO Y COLÓN, Feliciano (1833-1837), *Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela*, Imprenta de Damirón y Dupouy, Caracas, (4 Vols.)

MORISOT, Auguste (2002, [1886-1887]), *Diario de Auguste Morisot, 1886-1887. La apasionante exploración de dos franceses a las fuentes del Orinoco*, Fundación Cisneros, ed. Planeta, Bogotá

MORISSE, Lucien (1985 [1904]), *Excursión a El Dorado*, Editado por Cochano Films para Corporación Venezolana de Guayana, Caracas

MORSE, Jedidiah; MORSE, Sidney Edwards (1822), *A New System of Geography, Ancient and Modern, for the Use of Schools: Accompanied with an Atlas adapted to the work*, Richardson & Lord, Boston

MURRAY, Hugh; Bradford, Thomas Gamaliel (1857), *The Encyclopædia of Geography: comprising a complete description of the earth; physical, statistical, civil and political, exhibiting its relation to the heavenly bodies, its physical structure, the natural history of each country, and the industry, commerce, political institutions, and civil and social state of all nations*, Blanchard and Lea, Philadelphia

NEBRIJA, Antonio de (1492), *Gramática de la lengua española*. Disponible en Internet: [<http://www.antoniodenebrija.org/indice.html>]

NÚÑEZ, Enrique Bernardo, (1987 [1943]), *Orinoco (capítulo de una historia de este río)*, en E.B. Núñez, *Novelas y Ensayos*, Colección Biblioteca Ayacucho, Caracas, pp. 241-255

___ (1949), *Una Ojeda al mapa de Venezuela, (lectura ante un auditorio ausente)*, Editorial Ávila Gráfica, Caracas

PÁEZ, Ramón, (1986 [1862]), *Escenas rústicas en Sur-América o la vida en Los Llanos de Venezuela*, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, Caracas

___ (1872), *Libro segundo de geografía descriptiva, destinado á seguir al primero de Smith adornado con doce grandes mapas*, (edición corregida y aumentada), D. Appleton y Compañía, New York

PÉREZ, Felipe (1875), *Los Gigantes*, Imprenta de Gaitán, Bogotá

PHELPS Kathleen Deery de (1987), *Memorias de Misia Kathy. Historia de un Yavi Desconocido, Expedición Phleps al Cerro Yaví. 31 de enero al 14 de Marzo de 1947*, Talleres de Cromotip, Caracas

PRINCEP, John (1975 [1818]), *Diario de un viaje de Santo Tomé de Angostura en la Guayana Española, a las misiones capuchinas del Caroní por John Princep*; prólogo Efraín Schacht A., introducción y notas de J. Tello, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas

RECLUS, Élisée (1912 [1869]), *El Arroyo*, F. Sempere y Compañía editores, Valencia

___ (1859), *Étude sur les fleuves*, Extrait del *Bulletin de la Société de Géographie*, París, Disponible en BNF: gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

___ (1913 [1905-1908]), *El Hombre y la Tierra*, (versión de A. Lorenzo), Tomos 1-6, Casa Editorial Maucci, Barcelona.

___ (1892), *Nueva geografía universal. La tierra y los Hombres*. (Versión española bajo la dirección de Martín Ferrero), Tomos 1 y 2, El progreso editorial, Sociedad geográfica de Madrid, Madrid.

___ (1893), *Nouvelle géographie universelle; la terre et les hommes. Amérique du Sud. Les régions Andines*, (Tomo 18), Hachette, Paris.

Disponible en: [<https://archive.org/details/nouvellegograp18recl>]

___ (1894), *Nouvelle géographie universelle; la terre et les hommes. Amérique du Sud. L'Amazonie et La Plata*, (Tomo 19), Hachette, Paris.

___ (1993 [1866]), "Du sentiment de la nature Dans les sociétés modernes", *Écologie politique*, No.5, hiver, et réédité par les "*Cahiers Libertaires*" de la CNT de Pau. Disponible en:

[http://classiques.uqac.ca/classiques/reclus_elisee/sentiment_nature_soc_modernes/sentiment_nature_soc_mod.pdf]

RESTREPO, José Manuel (1858 [1827]), *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, Vol. I (Introducción), Imprenta J. Jacquin, Besanzon

RICE, Alexander Hamilton (1928), "The rio Branco, Uraricoera and Parima", *Geographical Journal*, Vol. 71, Nos 2, 3 y 4, pp. 113-143; 209-223 y 245-357

___ (1921), "The Rio Negro, the Casiquiare Canal, and the Upper Orinoco, September 1919[-]April 1920", *Geographical Journal*, No.58/5, 321-344

___ (1925), "Plans for Exploration at the Headwaters of the Branco and Orinoco", *Geographical Review*, Vol. 15, No. 1 (Jan., 1925), pp. 115-122

RÍSQUEZ IRIBARREN, Franz Antonio (1962), *Donde nace el Orinoco*, Ediciones Greco, Caracas

RIVERA, José Eustasio (1953 [1924]), *La Vorágine*, Losada, Buenos Aires

ROBERTSON, Ruth (1975), *Churun Meru--The Tallest Angel: Of Jungles and Other Journeys*, Whitmore Publishing, EE.UU

ROBERTSON, William (1780), *The History of América*, Vol. 3, (The third edition), Printed for W. Strahan, T. Cadell, in the Strand, and J. Balfour, at Edinburgh, London

___ (1783), *The History of América*, Vol. 3, (The fourth edition), Printed for W. Strahan, T. Cadell, in the Strand, and J. Balfour, at Edinburgh, London

ROBINSON, James (1822), *Journal of an Expedition 1400 miles up the Orinoco and 300 up the Arauca*. Illustrated with seven plates. Black, Young and Young, London

ROJAS, Arístides. CODAZZI, A. (1870), *Primer libro de geografía de Venezuela según Codazi; aumentado, corregido de acuerdo con la actual division política de la República I acompñado de ejercicios geográficos....* por A. Rojas, Rojas Hermanos librereros editores, Caracas

ROSTI, Pál (1968 [1861]), *Memorias de un viaje por América*. Publicaciones de la Escuela de Historia. Universidad Central de Venezuela, Caracas

ROTELLA, Bernardo (1999, [1747]), "Noticias sobre la Geografía de la Guayana". (Carta fechada en Caicara del Orinoco, 1747), en Manuel Lucena Giraldo, *Viajes a la Guayana Ilustrada: El Hombre y el territorio*. (Estudio introductorio, selección y notas de M. Lucena Giraldo), Banco Provincial, Caracas, pp. 51-53

ROYAL GEOGRAPHIC SOCIETY (1832), "On the Hydrography of South America", *Journal of the Royal Geographical Society of London*, Vol. 2. Pp. 249-251. Disponible en: [<https://archive.org/stream/jstor-1797765/1797765#page/n1/mode/2up>]

RUSSELL WALLACE, Alfred (1994 [1853]) *Dos naturalistas británicos en la Amazonia venezolana: Alfred Russel Wallace, Richard Spruce*, Fundación Cultural Orinoco, Caracas

____ (1853), *A Narrative of Travels on the Amazon and Rio Negro*, Reeve and Company, London

SACHS, Carl (1987 [1878]), *De los Llanos: descripción de un viaje de ciencias naturales a Venezuela*, Fondo Editorial CONICIT, Caracas

SAEZ DOMINGO, A. (1882), "Bibliografía" [Sobre la novela de V. Moreno de la Tejera], *El Fígaro diario liberal, científico, literario y algo más*. Disponible en: <http://vmdlt.blogspot.mx/>

SALGARI, Emilio (1961 [1898]), *La ciudad de oro, La città dell'Oro*, Barcelos, Editorial Molino

____ (1977), *Mis memorias*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires

SIMMEL, Georg (2002 [1911]), *Sobre la aventura: Ensayos de estética*. Epílogo de Jürgen Habermas, Península, ed. de bolsillo, Barcelona

SCHELLING, Friedrich (2014 [1807]), *La relación del arte con la naturaleza*, Globus, España

SCHOMBURGK, Moritz Richard (1922 [1840-1844]), *Richard Schomburgk's Travels in British Guiana 1840-1844*, Vol. 1, Daily Chronicle Office, Georgetown

SCHOMBURGK, Robert. H (1840/1841), *A Description of British Guiana, Geographical and Statistical*, Surpkin,

____ (1840a), "Journey from Esmeralda, on the Orinoco, to San Carlos Moura on the Rio Negro". *Journal of the royal Geographical Society of London*, Vol. 10 (1840), pp. 248-267

____ (1840b), "Journey from Fort San Joaquim, on the Rio Branco, to Roraima, and Thence by the Rivers Parima and Merewari to Esmeralda, on the Orinoco, in 1838-9", *Journal of the Royal Geographical Society of London*, Volume 10, pp. 191-247

SCHOPENHAUER, Arthur (1983 [1859]), *El mundo como voluntad y representación*, Porrúa, México.

SOLANO, Francisco de (ed.) (1991), *Relaciones topográficas de Venezuela, 1815-1819*. Transcripción, Estudio Preliminar y Edición F. de Solano, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América, Sevilla

SOLANO Y BOTE, José (1954 [1767-1768]), “Viaje del Excmo. Señor D. Josef Solano Marqués del Socorro en la Provincia de Guyana; siendo Capitán de Fragata de la Real Armada, y Comisionado por Estado con D. Josef de Iturriaga Jefe de Escuadra, D. Eugenio de Alvarado Marqués de Toveloso; Coronel de infantería y D. Antonio de Urrutia Capitán de Navío, para efectuar los acordados límites de los Dominio del Rey y del Rey Fidelísimo, en la parte Septentrional de la América Meridional” en ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, *Relaciones geográficas de la Gobernación de Venezuela, 1767-68*, (prólogo y notas de Altolaquirre y Duvale), Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, Caracas, pp. 243-28

SPRUCE, Richard (1994 [1849-1864/1908]) *Dos naturalistas británicos en la Amazonia venezolana: Alfred Russel Wallace, Richard Spruce*, Fundación Cultural Orinoco, Caracas

___ (1908 [1849-1864]), *Notes of a Botanist on the Amazon & Andes: being records of travel on the Amazon and its tributaries, the Trombetas, Rio Negro, Uaupés, Casiquiari, Pacimoni, Huallaga, and Pastasa; as also to the cataracts of the Orinoco, along the eastern side of the Andes of Peru and Ecuador, and the shores of the Pacific, during the years 1849-1864*. Vol. I-II. Edited by Alfred Russel Wallace, Macmillan, London

STRADELLI, Conde Ermanno (1991 [1887]), *Expedición a las fuentes del Orinoco (1887-1888*, Fundación de promoción cultural de Venezuela, Caracas

TATE, George. H. H. (1938), “Auyantepui: Notes on the Phelps Venezuelan Expedition”, *Geographical Review*, Vol. 28, No. 3 (Jul.,1938), pp. 452-474 Disponible en: [<http://www.jstor.org/stable/209741>]

TATE, G. H. H; HITCHCOCK. C. B. (1930), “The Cerro Duida Region of Venezuela”, *Geographical Review*, Vol. 20, No. 1 (Jan., 1930), pp. 31-52 Disponible en: [<http://www.jstor.org/stable/209125>]

THIRION MONTAUBAN, Eugene (1968 [1846]), *Viaje por el Orinoco, de Angostura a Río Negro*. O.C.I. (Oficina Central de Información), Imprenta Nacional, Caracas

TORO, Elías (1905), *Por Las Selvas De Guayana*, Tip Herrera Irigoyen & c.a, Caracas

TRATADO FIRMADO EN MADRID, 13 de enero de 1750, para determinar los límites de los estados pertenecientes a las coronas de España y Portugal, en Asia y América [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/tratado-firmado-en-madrid-a-13-de-enero-de-1750-para-determinar-los-limites-de-los-estados-pertenecientes-a-las-coronas-de-espana-y-portugal-en-asia-y-america--0/html/ff8d40ae-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html]

VAN HEUVEL, Jacob Adrien, (1844), *El Dorado: Being a Narrative of the Circumstances which Gave Rise to Reports, in the Sixteenth Century, of the Existence of a Rich and Splendid City in South America, to which that Name was Given, and which Led to Many Enterprises in Search of it; Including a Defence of Sir Walter Raleigh, in Regard to the Relations Made by Him Respecting It, and a Nation of Female Warriors, in the Vicinity of the Amazon, in the Narrative of His Expedition to the Oronoke in 1595*, J. Winchester

VAWELL, Richard Longeville (1974 [¿1819?]), *Memorias de un oficial de la legión británica: campañas y cruceros durante la guerra de emancipación hispanoamericana*. Biblioteca. Banco Popular, No. 56, Talleres Gráficos, Banco Popular, Bogotá

(1973 [1831]), *Las Sabanas de Barinas*, Ministerio de Educación, Academia Nacional de la Historia, Caracas

VEGA, Agustín de (2000 [1730-1950]), *Noticia del Principio y Progresos del establecimiento de las Misiones de Gentiles en el Río Orinoco, por la Compañía de Jesús*, Estudio introductorio: José del Rey Fajardo y Daniel Barandiarán. (Colección Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia), Academia Nacional de la Historia, Caracas

VELOZ GOITICOA, N (edited and compiled), (1904), *Venezuela. Geographical sketch, natural resources, laws, economics conditions, actual development, prospects of future growth*, International Bureau of the American Republics, Washington, D.C.

VERNE, Jules (1979 [1898]), *El Soberbio Orinoco*, Hispamerica, Caracas

VILA, Pablo (1952), “Las etapas históricas de los descubrimientos del Orinoco”, *Revista Nacional de Cultura*, Nos. 90-93, Caracas, pp.115-154

VIRGILIO, Marón (1997 [Siglo I. A.C.]), *La Eneida*, Gredos, Madrid

VRAZ, Stanko (1992 [1900]), *A través de la América Ecuatorial. Viaje por Venezuela*, Fundación Cultural Orinoco, Caracas

WALKER, Alexander (1822), *Colombia: being a geographical, statistical, agricultural, commercial, and political account of that country*, 2 vols. Baldwin, Cradock, and Joy, London.

WATERTON, Charles (1839), *Wanderings in South America, the North-West of the United States, and the Antilles, in the years 1812, 1816, 1820 and 1824: with original instructions for the perfect preservation of birds, &c. for Cabinets of Natural History*, B. Felowes, London

WAVRIN, ROBERT, marquis de (1939), *Le mystère de l'Orénoque; récit d'aventures et d'explorations*, Payot, Paris

WICKHAM, Henry Alexander (1872), *Rough notes of a journey through the wilderness from Trinidad to Pará, Brasil, by way of the great cataracts of the Orinoco, Atabapo and Río Negro*. With illustrations drawn on the spot by the author. London: W. H. Carter.

WHITNEY, Caspar, (1912), *The flowing Road: Adventures on the Great Rivers of South America*, J. B. Lippincott co., Philadelphia

REFERENCIAS BIBLIOHEMEROGRÁFICAS

AÍNSA, Fernando (1986), *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Ed. Gredos, Madrid

___ (2004a), "¿Jardín del Edén o infierno verde? Naturaleza y paisaje en la novela de la selva" Disponible en: [<http://www.resonancias.org/content/read/316/jardin-del-eden-o-infierno-verde-naturaleza-y-paisaje-en-la-novela-de-la-selva-por-fernando-ainsa/>]

___ (2004b), "Pasos perdidos, identidad encontrada. La edad del paisaje en Alejo Carpentier" en Alexis Márquez Rodríguez (Compilación y Prólogo), *Nuevas lecturas de alejo Carpentier*, Fondo Edit. de humanidades de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 195-210

___ (2006), *Del topos al logos. Propuestas de geopoética*. Iberoamericana, Madrid

AMAZ, Jacques (1994), "Un artiste spiritualiste lyonnais Auguste Morisot (1857- 1951)", *Chrétien et sociétés* [En ligne], No. 1 pp. 57-68

Disponible en: [<https://chretienssocietes.revues.org/61>]

AMODIO, Emanuele (1995), "El Dorado ilustrado, las expediciones españolas al Parime (Guyana), 1770-1777", en *Revista de Indias*, LV, No 203, pp. 67-100

___ (1998), "El paraíso vegetal. Las fronteras étnicas de un botánico ilustrado", en María SAN PÍO ALADREN (coord.), *La Comisión naturalista de Löffling en la Expedición de Límites al Orinoco*, Real Jardín Botánico, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Lunwerg editores, Caja Madrid, Madrid, pp. 61-84

ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México

ARAUJO, Orlando (1996), *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*, Editorial Nova, Buenos Aires

BACHELARD, Gastón (1994 [1942]), *El agua y los sueños: ensayo sobre la imaginación de la materia*, FCE, México

BADÍA MALAGRIDA, Carlos (1946), *El factor geográfico en la política sudamericana*, Instituto Editorial Reus, Madrid

BAJTIN, Mijail (1981), "Forms of Time and of the Chronotope in the Novel. Notes towards a Historical Poetics", en Bajtin, *The Dialogical Imagination*. University of Texas Press, Austin, pp. 84-85

___ (1982), *Estética de la creación Verbal*, Siglo XXI, México

BAKER, Alan R.; GREGORY, Derek, (Edited) (2010), *Explorations in Historical Geography: Interpretative Essays*, Cambridge University Press, New York

BALZA, José (1991), "Liminar, ¿Se es o no se es?" en Rómulo GALLEGOS, *Canaima*, Edición crítica a cargo de Charles Minguet, Consejo Superior De Investigaciones Científicas, Universidad de Costa Rica, San José, pp., XV-XVI

BARBER, Peter (compilador) (2006), *El Gran libro de los mapas*, Paidós, Barcelona

BARANDIARÁN, Daniel (1992), "El Orinoco amazónico de las Misiones Jesuíticas". En: José DEL REY FAJARDO (coordinador), *Historia de las Misiones Jesuíticas de la Orinoquia*, T. II, Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, pp. 129-360

BARANDIARÁN, Daniel y DEL REY FAJARDO, J. (2000), "Estudio introductorio", en VEGA, Agustín de, *Noticia del Principio y Progresos del establecimiento de las Misiones de Gentiles en el Rio Orinoco, por la Compañía de Jesús*, (Colección Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia), Academia Nacional de la Historia, Caracas

BATE, Jonathan (2006), "El canto de la tierra: W. H. Hudson y el estado natural" en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Volumen 33, pp.15-31

BAYLE, Constantino (1943), *El Dorado fantasma*. Madrid: Publicaciones del Consejo de la Hispanidad

BAULIG, Henri, (1950), *Essais de Geomorphologie*, Les Belles Lettres París,

BELTING, Hans (2007), *Antropología de la imagen*, Katz, Buenos Aires

BELLOUR, R., M. FOUCAULT, M. SERRES, y otros (1968), *Verne: un revolucionario subterráneo*, Paidós, Buenos Aires,

BENEDETTO, Arnaldo Di (Curatore), (2012), *La geografia immaginaria di Emilio Salgari*, Il Mulino, Bologna

BERTRAND, Claude; BERTRAND, Georges (2007), *Geografía del medio ambiente. El sistema GTP: Geosistema, Territorio y Paisaje*, Universidad de Granada, España

BESSE, Jean-Marc (2010), *La sombra de las cosas. Sobre paisaje y geografía*, Editorial Biblioteca Nueva; Colección: Paisaje y Teoría, Madrid

BENJAMIN, Walter (1999 [1955]), *Ensayos escogidos*, Ediciones Coyoacán, México

BERDOULAY, Vincent; D. LAPLACE-TREYTURE; X. Arnauld DE SARTRE, (2010), “La question du sujet et la géographie”, *Cahiers de géographie du Québec*, vol. 54, No. 153, p. 397-418.

BERGER, Peter, Thomas LUCKCMANN, (1997), *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*, Paidós Ibérica, Barcelona

BERIAIN, Josetxo (2005), *Modernidades en disputa*. (Prefacio de Shlomo Noah Eisenstädt), Anthropos, Barcelona

BETHEMONT, Jacques (1999) *Les grands fleuves. Entre nature et société*. Paris, Armand Coli

BIG, Charlotte (2007), “The Panorama, or La Nature a Coup d’Œil”, en Erna FIORENTINI, (Edited), *Observing Nature – Representing Experience. The Osmotic Dynamics of Romanticism 1800–1850*, Verlag, 73-96 pp.

BLEICHMAR, Daniela (2008),” Training the Naturalist’s Eye in the Eighteenth Century: Perfect Global Visions and Local Blind Spots” en Andrew GRAZIANO (editor), (2008), *Visualising the Unseen, Imagining the Unknown, Perfecting the Natural: Art and Science in the 18th and 19th Centuries*, Cambridge Scholars Publishing, New Castle

BLUMENBERG, Hans (2016), *Fuentes, corrientes, icebergs*, FCE, Buenos Aires

___ (2000), *La legibilidad del mundo*. Paidós, Barcelona México

___ (1992), *La inquietud que atraviesa el río: un ensayo sobre la metáfora*, Península, Barcelona,

___ (2003), *Paradigmas para una metaforología*, Editorial Trotta, Madrid

___ (2003b), *Trabajo sobre el mito*, Paidós, Barcelona

BONNEMAISON, Joël (1981), “Voyage autour du territoire”, *Espace géographique*, tome 10, No. 4, pp. 249-262. Disponible en:

[http://www.persee.fr/doc/spgeo_0046-2497_1981_num_10_4_3673]

BRENDEKE, Arnd (2016), *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*, (2ª ed. rev. y ampliada), Iberoamericana Vervuert Verlag, Madrid, Fráncfort

BROSSEAU, Marc; LE BEL, Pierre-Mathieu (2007), “Lecture chronotopique du polar. Montréal dans La trace de l’escargot”, *Geographie et Cultures*, No. 61, 12 p. Disponible en: [<https://www.researchgate.net/publication/273183359>]

BROSSEAU, M. (1995), “The City in Textual Form: Manhattan Transfer's New York”, *Cultural Geographies*, Vol. 2, No. 1, pp. 89-114, disponible en: [https://www.researchgate.net/publication/249821241_The_City_in_Textual_Form_Manhattan_Transfer%27s_New_York]

_____ (2013), *Imaginaires géographiques et géographies de L’imaginaire: approches interdisciplinaires de l’espace* Géographie et littérature: acquis ouverture, (audiovideo)

Disponible en: [<https://mediakiosque.univ-pau.fr/avc/courseaccess?id=1727&type=hq>]

_____ (2009), “Literature”, en KITCHIN R, THRIFT N (eds), *International Encyclopedia of Human Geography*, Vol. 6, Elsevier, Oxford, pp. 212–218

BROWN, Matthew (2007), *Adventuring through Spanish colonies: Simón Bolívar, foreign mercenaries and the birth of new nations*, Liverpool University Press, Liverpool.

BRUNHES, Jean “El carácter propio y el carácter complejo de los hechos de geografía humana”, en Gómez Mendoza, Josefina et al. (1988), *El pensamiento geográfico*, Colección Alianza Universidad- Textos, Madrid, Ed. Alianza, pp. 252-266

_____ (1955 [1910]), *Geografía Humana*, Ed. Juventud, Barcelona

BUENO, Beatriz. P. S. (2011), *Desenho e desígnio, o Brasil dos engenheiros militares (1500-1882)*, Editora da Universidade de São Paulo, Fapesp, São Paulo

- BULLOT, Daniel et Danielle (2012), “Plan, cartes, globes terrestres et globes célestes, succès et désillusions dans la vie de Jean-Baptiste Poirson”, *Bulletin de la Société d’Histoire et d’Archéologie de l’arrondissement de Provins*, No. 166, pp. 55-112
- BURKE, Peter (2002), *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Paidós, Barcelona
- BURNETT, Graham (2000), *Masters of All They Surveyed: Exploration, Geography, and a British El Dorado*, University Chicago Press, Chicago
- BURNS, Bradford (1990), *La pobreza del progreso: América Latina en el siglo XIX*, Siglo XXI Editores, México, D.F
- BUTOR, Michel (1967), *Sobre literatura II: estudios y conferencias, 1959-1963*, Editorial Seix Barral, Barcelona
- BUTTNER, Anne (1993), *Geography and the Human Spirit*, (Foreword Yi-Fu Tuan), The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London
- ____ (1983), *The Practice of Geography*, Longmans, London
- ____ (1980), *Sociedad y medio en la tradición Geográfica Francesa*, oikos-tau ediciones, Barcelona.
- BUTTNER, Anne y D. SEAMON (Eds) (1980), *The human experience of space and place*, Croom Helm, London
- CALVINO, Ítalo (2002), “El viandante en el mapa”, en Colección de arena, Ediciones Siruela, Madrid
- CAMPA, Roman de la (1999), *Latin Americanism*. University of Minnesota, Minneapolis
- CANNON, Susan (1978), *Science in Culture: The Early Victorian Period*, Science History, Publications, New York
- CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge (2007), *Cómo escribir la historia del nuevo mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México

CAO, Tian Yu (1998), *Postmodernity in Science and philosophy*, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Coordinación de Humanidades, México

CAPEL, Horacio (2003), “Los diccionarios geográficos de la ilustración española”, en José Moncada Maya (coordinador), *La geografía de la Ilustración*, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 41-156

____ (1985), *La Física Sagrada. Creencias religiosas y teorías científicas en los orígenes de la geomorfología española, siglos XVII y XVIII* Ediciones del Serbal, Barcelona

____ (1977a), Institucionalización de la geografía y estrategias de la comunidad científica de los geógrafos (I), *Geo Crítica, Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, Universidad de Barcelona, No. 8 (I) pp.1-28, [<http://www.ub.edu/geocrit/geo8.htm>: 5 de octubre de 2012]

____ (1977b), Institucionalización de la geografía y estrategias de la comunidad científica de los geógrafos (II), *Geo Crítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, Universidad de Barcelona, No. 9 (I); pp. 1-28; [<http://www.ub.edu/geocrit/geo9.htm>: 5 de octubre de 2012]

CAPEL, Horacio, MONCADA, José y otros (1983), *Los Ingenieros militares en España, siglo XVIII: repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Universitat de Barcelona. Edicions i Publicacions, Geo-crítica. Textos de apoyo; No. 3, Barcelona

CÁRDENAS, Antonio L. CARPIO CASTILLO, Rubén, y ESCAMILLA, Antonio (2000), *Geografía de Venezuela* (2da Ed.), Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Fundación Programa de Formación Docente, Caracas

CARROCERA, Buenaventura de Fray, (1979), *Misión de los capuchinos en Guayana*, 3 Vols. Academia Nacional de la Historia, Caracas

CARTAY, Rafael (2010), *Entre Gustos y Sabores: costumbres gastronómicas de Venezuela*, Editorial Fundación Bigott, Caracas

Casanova, Eugeni (2012), *La conquesta de l'Orinoco. Fèlix Cardona i l'exploració catalana de Veneçuela*, Edit. Símbol, Barcelona

CASEY, Edward (2001), "Body, self and landscape And geophilosophical inquiry Into the Place-World" en Paul C. ADAMS y otros (editors), *Textures of Place: Exploring Humanist Geographies*, University of Minnesota Press, Minneapolis, London, pp. 403-425

____ (1997), *The Fate of Place: A Philosophical History*, University of California Press, Berkeley

____ (2000 [1976]), *Imagining: A Phenomenological Study*, Indiana University Press, 2nd edition, Bloomington.

CASSIRER, Ernst (1984), *La filosofía de la Ilustración*, Fondo de Cultura Económica, México

CASTORIADIS, Cornelius (1983), *La institución imaginaria de la sociedad: marxismo y teoría revolucionaria*. Tusquets editores, Barcelona

CERTEAU, Michel de (2006), *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, México

____ (2004), "El espacio del deseo". En José L. Bermeo (coordinador), *Arte y espiritualidad jesuitas. Principio y fundamento. Artes de México*, No 70, pp. 38-47

____ (1986), *Heterologies: Discourse on the Other*, University of Minnesota Press

____ (1996), *La Invención de lo cotidiano* (Tomo 1). *Las artes del hacer*, Nueva edición, establecida y presentada por Luce Giard, Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México, Guadalajara

____ (1986), "Writing the Sea: Jules Verne", en De Certeau, *Heterologies: Discourse on the Other (Theory and History of Literature)*, University of Minnesota Press, Minnesota

CHAPELLE, Pierrette (2013), *Zone monde. le tour du monde* (1860-1914). Disponible en:

[<http://www.le-cartographe.net/dossiers-carto-91/monde/258-le-tour-du-monde-nouveau-journal-des-voyages>]

CHEVALIER, Michel (Dir.), (1993), *La Géographie dans tous ses espaces*, CNRS Éditions, Paris

- CHESNAUX, Jean (2001), *Jules Verne, un regard sur le monde*, Bayard, Paris
- _____ (1973), *Una lectura política de Julio Verne*, Siglo XXI Editores, México
- CHRISTIE, John (2005), “El desarrollo de la historiografía de la ciencia”, en Sergio Martínez, y G. Guillaumin (Comp.), *Historia, filosofía y enseñanza de la ciencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, pp. 43-66
- CIAMPI, Paolo (2010), *I due viaggiatori Alla scoperta del mondo con Odoardo Beccari ed Emilio Salgari*, Mauro Pagliai, Firenze
- CIAMPI, P.; MELLONI, Arnaldo (2003), *Gli occhi di Salgari. Avventure e scoperte di Odoardo Beccari, viaggiatore Fiorentino*, Polistampa, Firenze
- CLAVAL, Paul (2013), “¿Como construir a história da geografia?”, *Terra Brasilis (Nova Série)*, No. 2, disponible en: [<http://terrabrasilis.revues.org/637>]]
- ___ (1982), *Espacio y poder*, Fondo de Cultura Económica, México
- ___ (1974), *Evolución de la geografía humana*, Oikos-Tau, Barcelona
- ___ (1999), *La geografía cultural*, Eudeba, Buenos Aires
- ___ (1993), “La geographie science Carrefour”, *Acta Geographica*, No. 96: pp. 2-15
- ___ (2008), “Les géographies de l’altérité: géographie de l’exploration, géographie coloniale, géographie tropicale, géographie du développement, géographie postcoloniale”, *Revista Universitaria de Geografía*, pp. 11-27
- ___ (1995), *Histoire de la Géographie*, Presses universitaires de France, (2e éd. corr. Que sais-je? No. 65), París
- ___ (2011), “New Paradigms for Geography at the Beinning of the Third Millenium, Lucrârile Seminarului Geographic “Dimitrie Cantemir”, No. 32
- ___ (1972), *La Pensée Géographique. Introduction À son Histoire*, Publications de la Sorbone. (Serie n. s. Reechersches, No. 2, Societe d’edition d’enseignement superieur), París.
- ___ (2012), *De la Terre aux Hommes. La Géographie comme vision du Monde*, Armand Colin, Colletion Le Temps des idées, Paris

___ (2010), *Terra dos homens: a geografia*, Editora Contexto, São Paulo

COLLIGNON, Béatrice (2004), "It's a long way to the other geographers and geographic knowledges", *GeoJournal*, August 2004, Volume 60, Issue 4, pp 375-379. Disponible en:

[<http://link.springer.com/article/10.1023%2FB%3AGEJO.0000042973.66983.cd#/page-1>]

COLLINGWOOD, R. G. (1980 [1946]), *La idea de la Historia*, Fondo de Cultura Económica, México

___ (2006 [1946]), *Idea de la naturaleza*, Fondo de Cultura Económica, México

COLLOT, Michel (2015), "Pour une géographie littéraire: une lecture d'archipel de Claude Simon", *Carnets: revue électronique d'études françaises*. IIe série, No. 3, pp. 8-23. Disponible en: [<http://ler.letras.up.pt/uploads/ficheiros/13031.pdf>]

COPPENS, Walter (1972), "La Conquista del Sur: ¿ocaso de los indios amazónicos?" *SIC, Revista del Centro Gumilla*, pp. 338-383

COSTANTIN, J. (1898), "Essai de biologie géographique sur la végétation tropicale" *Annales Geographies, Annales de Géographie*, t. 7, No. 33, pp. 193-200. [DOI: 10.3406/geo.1898.18111 www.persee.fr/doc/geo_0003-4010_1898_num_7_33_18111]

CONSTANTINE, David (1993), *Los primeros viajeros a Grecia y el ideal helénico*, Fondo de Cultura Económica, México

CONRAD, Joseph (2009), *Fuera de la literatura*, Ediciones Siruela, Madrid

CORBIN, Alain (1993), *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1850)*, Mondadori, Barcelona

CORONIL-HARTMAN, Fernando (1999), "Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories", *Cultural Anthropology*, Vol. 11, No. 1 pp. 51-87

Disponible en: <http://www.istor.org/stable/656209>

COSGROVE, Denis (2008), *Geography and vision: seeing, imagining and representing the world*, I.B. Tauris, London

- ___ (Editor, 1999), *Mappings*, Reaktion Books, London
- ___ (2006), *Modernity, Community and the Landscape Idea*, pp. 1-34 Disponible en: [www.sscnet.ucla.edu/geog/downloads/418/46]
- ___ (1998), *Social formation and symbolic landscape*, The University of Wisconsin Press
- ___ (1994), “Worlds of Meaning: a Cultural Geography and Imagination”, en FOOTE, K.; HUGILL, P.J.; MATHEWSON, K. & SMITH, J. M. *Re-reading cultural geography*. University of Texas Press, Austin, pp. 387-395
- CRAIB, Raymond (2013), *México Cartográfico. Una historia de Límites fijos y paisajes fugitivos*, Universidad Nacional Autónoma de México
- CRANG, Mike (2003a), “Rhythms of the city: temporalised space and motion” en Jon MAY and Nigel THRIFT (edited), *TimeSpace: geographies of temporality*, Routledge, London, New York, pp. 187-207
- CRANG, Mike; THRIFT, Nigel (Edited), (2003b), *Thinking Space*, Routledge, London, New York
- CRESWELL, Tim; Merriman, Peter (2011), “Introduction: Geographies of Mobilities-Practices, Spaces, Subjects” en T. CRESWELL and P. MERRIMAN *Geographies of Mobilities- Practices, Spaces, Subjects*. Ashgate Publishing Company, London, pp. 1-18
- CUEVAS QUINTERO; Luis Manuel (2012), *Como el río que fluye: los jesuitas en el Orinoco, producciones de espacialidad y experiencia de lugares en el siglo XVIII* (Tesis de Maestría), Universidad Iberoamericana, México
- ___ (2009), “La construcción del paisaje en Venezuela, la modernidad Europea en los trópicos: Karl Ferdinand Appun y Friedrich Gerstaecker (siglo XIX), en Aura Guerrero (coordinadora, 2009), *Los paisajes de la modernidad en Venezuela (1811-1960)*, Universidad de los Andes, Grupo de Investigaciones de Arte Latinoamericano, Mérida, Venezuela, pp.123-144

___ (2016a), "El giro de la Mirada. La Imaginación geográfica en Andrés Bello o del arte de volver los ojos hacia el paisaje americano", Ponencia presentada en las Jornadas de Investigación del Posgrado en Desarrollo Agrario, Universidad de Los Andes, 2016

___ (2000), *Hombre, Naturaleza, Cultura e Historia en Joseph Gumilla: ideas. Imaginarios y mentalidades*. (Tesis de Licenciatura en Historia, Tutor, Alberto Rodríguez Carucci), Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes

___ (2001), "Mariano Picón Salas, diálogos, cultura, Historia", *Actual*, III Etapa, No. 46, Dirección General De Cultura Y Extensión, Universidad De Los Andes, Mérida, Venezuela

___ (2017), "Navegando en el mar de los gentiles. Metáforas del espacio sagrado en el discurso jesuita del Orinoco (Siglo XVIII)", *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 58, No.1

___ (2016b), "La organización anarquista del espacio Élisée Reclus y la geografía del mundo en el siglo XIX", *Terra Brasilis (Nova Série)*, 21 pp. [En línea], 7 | 2016, Publicado el 09 diciembre 2016, consultado el 03 enero 2017. URL: <http://terrabrasilis.revues.org/1802>

___ (2006): *Percepción y discurso geográfico sobre la Orinoquia: La invención del espacio en Joseph Gumilla*, Universidad de Los Andes, (Trabajo de Ascenso Tutorada por la Dra. Ana Hilda Duque). Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes

___ (2014), "Volver a la espacialidad ¿Qué lugar posee el espacio para una hermenéutica de la experiencia americana?" (Ponencia), Universidad Nacional Autónoma de México, Cuarto Congreso de Alumnos de Posgrado, 23,24 y 25 de abril 2014. Unidad de Posgrado. Publicado en las Memorias del 4to Congreso de Doctorados. Disponible en:

[<http://www.posgrado.unam.mx/congresoalumnos2014/memoria/detalle.php?id=1311>
revisado el 21 de agosto de 2014]

CUNILL GRAU, Pedro (1987), *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 3 vols.

___ (2007), *Geohistoria de la Sensibilidad en Venezuela*. 2 Tomos, Fundación Empresas Polar, Caracas

___ (1999), "Hacia una geohistoria ambiental de Venezuela", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo LXXXII, No. 328, Caracas, pp.6-22

___ (2009a). *Historia de la geografía de Venezuela: siglos XV-XX*, 2 Vols. Consejo Nacional de Universidades, Oficina de Planificación del Sector Universitario

___ (2009b), *Los paisajes llaneros. De Rómulo Gallegos al porvenir*, CELARG, Cátedra Rómulo Gallegos, Caracas

___ (1996), *Las transformaciones del espacio geohistórico latinoamericano, 1930-1990*, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, México

___ (1990), *Venezuela: Opciones Geográficas*. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas

CUNILL Grau y otros (2001), *La geografía histórica del poblamiento territorial venezolano. La tropicalidad venezolana*. Fundación Empresas Polar, Caracas

DARDEL, Eric (1952), *L'homme et la terre: nature de la réalité géographique*, Presses Universitaires de France, Nouvelle encyclopédie philosophique, Paris

DASSOW WALLS, Laura (2009), *The Passage to Cosmos. Alexander von Humboldt and the shaping of America*, The University Chicago Press, Chicago and London

DEBARBIEUX, Bernard (2008), “Construits identitaires et imaginaires de la territorialité: variations autour de la figure du «montagnard””, *Annales de géographie*, vol. 2 (Nos. 660-661), pp 90-115

___ (2015), *Espace de l'imaginaire: Essais et detours*, CNRS Editions, París

___ (2010), “Imaginaires nationaux et post-nationaux du lieu”, *A paraître dans la revue Communications*, Editions du Seuil, No. 87, pp. 27-42

Disponible en [http://www.academia.edu/2030083/Imaginaires_nationaux_et_post-nationaux_du_lieu]

___ (2012), “Los imaginarios de la naturaleza” en A. LINDÓN y D. HIERNAUX (directores), *Geografías de lo imaginario*, Anthropos, UAM, México, pp.141-157

___ (2008), “Mountains Between Corporal Experience and Pure Rationality: Buache and Von Humboldt’s Contradictory Theories” en Denis Cosgrove and Veronica della Dora (edits.), *High Places. Cultural Geographies of Mountains, Ice and Science*, Taurus Libris, pp. 87-104

_____ (2012), “The various figures of Mountains in Humboldt’s Science and Rhetoric”, *Cybergeog: European Journal of Geography* [Online], Epistemology, History, Teaching, document 618, [connection on 24 October 2014. URL: <http://cybergeog.revues.org/25488> ; DOI : 10.4000/cybergeog.25488]

DEFFONTAINES, Pierre (1948), *Géographie et religions*, París, Gallimard

DEL REY FAJARDO, José s.j., (2003), *El aporte de la Javeriana colonial a la cartografía orinoquense*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

_____ (1975), “Apuntes para una historia de la cartografía jesuítica en Venezuela”, *Boletín Histórico*, Fundación John Boulton, Caracas, No. 38, pp. 152-170

___ (2011), “Los Hombres de los ríos” *Suplemento Encuentro de Provincia*, Bogotá, No. 7. Agosto, pp. 2-23

_____ (1992), “Introducción al estudio de la Historia de las Misiones Jesuíticas de la Orinoquia” en J. Del Rey Fajardo (coordinador). *Las Misiones Jesuíticas en la Orinoquia*, T. I, Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, pp. 197-682

_____ (1998), *Una Utopía sofocada: reducciones jesuíticas en la Orinoquia*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas

DELEUZE, Gilles (1988), *Diferencia y repetición*, Júcar Universidad, Gijón

DELPRAT, François (2009), “Une géopoétique: du récit du voyage à Canaima de Rómulo Gallegos en *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, no. 93, pp. 145-162

DEMATTEIS, Giuseppe (2010) “25 Anni di Metafore Antipasti e Contorni” Atti della giornata di studio “Le metafore della Terra 1985- 2010 (a cura di Carla Lanza), Torino,

Novembre 2010, Available at PORTO, Publications Open Repository Torino: Disponible en: [http://www.diter.polito.it/it/news/allegato/(idnews)/3196/(ord)/1]

___ (1985), *Le Metafore della Terra*. Feltrinelli, Milan

DENEVAN, William (1992), "The Pristine Myth: The Landscape of the Americas in 1492", *Annals of the Association of American Geographers* (Washington, D.C.: Association of American Geographers), no. 82/3, pp. 369–385.

DIAMOND, Jared (2006), *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, Barcelona

DOBRY, E. (2007), "Mansiones verdes de W.H. Hudson" disponible en *Letras Libres*: [http://www.letraslibres.com/mexico-espana/libros/mansiones-verdes-wh-]

DOMINGUES RIBAS, Alexandre; CARLOS VITTE, Antonio (2009), "O curso de *Geografia Física* de Immanuel Kant (1724-1804): entre a cosmologia e estética", *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. XIV, No. 844, [disponible en: <http://www.ub.es/geocrit/b3w-844.htm>]

DOMÍNGUEZ OSSA, Camilo (1998), "La gran cuenca del Orinoco" en C. DOMÍNGUEZ (editor), *Colombia, Orinoco*, Fondo editorial FEN, Bogotá, pp. 39-67

DONÍS RÍOS. Manuel (1997), *Guayana: historia de su territorialidad*, Universidad Católica Andrés Bello, Instituto de Investigaciones Históricas; Ferrominera del Orinoco, Caracas

___ (2013), *La Provincia de Guayana para mediados del siglo XVIII: una visión a través del mapa del P. Bernardo Rotella, S.J. Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la historia colonial de Venezuela*, vol. 272, Caracas

DOLLFÜS, Olivier, (1975), *El espacio Geográfico*, Oikus-Tau, Barcelona

D'ORS, Miguel (2014), "Alexander von Humboldt explora el Orinoco (1799)". Disponible en *Geografía de América Latina*: [http://alatinaiapa2011.blogspot.mx/2014/11/alexander-von-humboldt-explora-el.html]

DRIVER, Felix (2001), *Geography Militant: Cultures of Exploration and Empire*, Blackwell Publisher Inc., Malden, Massachusetts

____ (2004), “Imagining the tropics, Views and Visions of the Tropical World”, *Singapore Journal of Tropical Geography*, Volume 25, No. 1, pp. 1–17

DRIVER, Felix; MARTINS Luciana (edited), (2005), *Tropical Visions in an Age of Empire*, The University of Chicago Press, Chicago and London

DUPUY, Lionel (2009), “Géographie et imaginaire géographique dans les Voyages Extraordinaires de Jules Verne: Le Superbe Orénoque (1898)”, L’Université de Pau et des Pays de l’Adour UFR Lettres, Langues, *Sciences Humaines et Sport Laboratoire « SET » (Société, Environnement, Territoire)* École Doctorale des Sciences Sociales et Humanités.

Disponible en: [<https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-00437934v1>]

____ (2013), Jules Verne. *La géographie et l’imaginaire*, La Clef d’Argent, coll. KhThOn, No. 3

____ (2006), Jules Verne, l’homme et la terre. La mystérieuse géographie des Voyages extraordinaires, La Clef d’argent, Dole

____ (2011), “La métaphore au service de l’imaginaire géographique: Vingt mille lieues sous les Mers de Jules Verne (1869)”, *Cahiers de géographie du Québec*, vol. 55, No. 154, pp. 37-49

DUPUY, Lionel; PUYO, Jean-Yves (2015), *De l’imaginaire géographique aux géographies de l’imaginaire. Écritures de l’espace*, Presses de l’Université de Pau et des pays de l’Adour

____ (2014), *L’imaginaire géographique. Entre géographie, langue et littérature*. Pau, Presses de l’Université de Pau et des pays de l’Adour

ECHAVARRÍA, Arturo, (1987), La confluencia de las aguas: la geografía como configuración del tiempo en Los pasos perdidos de Carpentier y Heart of Darkness de Conrad, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Colegio de México, T. 35, No. 2 pp. 531-541. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/40298770>

EISENSTÄDT, Shmuel (2000), “Multiples Modernities”, *Daedalus*, Vol. 129, pp.1-29

ECO, Umberto (2009), *El vértigo de las listas*, Lumen, Barcelona

ELDEN, Stuart (2013), *The Birth of Territory*, University of Chicago Press, Chicago

ESCAMILLA VERA, F. (2004), Andrés Eloy Blanco (1896 -1955). *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. IX, nº 550, Disponible en: [<http://www.ub.es/geocrit/b3w-550.htm>]

ETTE, Ottmar (2012), “Archeologies of Globalization. European Reflections on Two Phases of Accelerated Globalization in Cornelius de Pauw, Georg Forster, Guillaume-Thomas Raynal and Alexander von Humboldt”, *Culture and History*, Vol 1, No. 1, [<http://cultureandhistory.revistas.csic.es/index.php/cultureandhistory/article/view/4/19>]: 19 de abril de 2013]

___ (2008), “Las dimensiones del saber (geográfico). Los Cuadros de la cultura de Alexander von Humboldt” en Mariano CUESTA y Sandra REBOK, *Alexander von Humboldt. Estancia en España y viaje americano*, CSIC y RSG, España, pp. 299- 325

___ (2001), "Un «espíritu de inquietud moral». Humboldtian writing: Alexander von Humboldt y la escritura en la modernidad." en Leopoldo ZEA; Hernán TABOADA, *Humboldt y la modernidad*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, UNESCO, (Latinoamérica fin de milenio, 16), México, pp. 25-50

FARINELLI, Franco (2013), *Franco Farinelli del mapa al laberinto*, Ed. Y selección de textos a cargo de Bernat Lladó, Icaria, espacios críticos, Barcelona

FEBVRE, Lucien (2004 [1935]), *El Rhin*, Siglo XXI Editores, México

FERRARIS, Maurizio (2012), “Manifiesto por el “Nuevo realismo”, International Conference, Universität de Bonn, disponible en Internet:

[<http://clionauta.wordpress.com/2012/03/30/manifiesto-por-el-nuevo-realismo/>]

FERREIRO, Larrie D. (2011), *Measure of the Earth. The Enlightenment Expedition That Reshaped Our World*, Basic Books, Perseus Books Group, New York

FERRO, Gaetano (1983), *Geografía e libert . Temi e problemi di geografia umana*, Patr n editore, Bologna

FISH, Stanley (1982), *Is There a Text in this Class? The Authority of interpretative communities*, Harvard University Press, Massachusetts

FOLCH-SERRA, M (1990), Place, voice, space: Mikhail Bakhtin's dialogical landscape. *Environment and Planning D: Society and Space* No. 8: 255–74

FOUCAULT, Michel (2010 [1966]), *EL cuerpo utópico: las heterotopías*, Nueva Visión, Argentina

___ (2009), “De los espacios otros”, *Caosmosis*, Disponible en Internet: [<http://estafeta-gabrielpulecio.blogspot.mx/2009/11/michel-foucault-de-los-espacios-otros.html>, 5 de junio de 2012]

___ (1999), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI Editores, México

___ (1976), “Preguntas a Michel Foucault sobre la Geografía”, (Entrevista del equipo de Herodote) en *Microfísica del poder*, Las ediciones de La Piqueta, Madrid, pp. 111-124

___ (2006), *Seguridad, territorio, población, Curso en el College de France: 1977-1978* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires

FRÉMONT, Armand (2010), “  propos de l'espace v cu”, *Communications*, No. 87, pp. 161-169

FRYE, Northrop (1988), *El Gran código: una lectura mitológica y literaria de la Biblia*. Gedisa, Barcelona

GALSWORTHY, John (1915), Foreword, en W. H. HUDSON, *Green Mansions A Romance of the Tropical Forest*. Disponible en:

<http://web.archive.org/web/20041206233158/www.eldritchpress.org/whh/gmans.htm>

GEORGE, Pierre (1985 [1972]), *El medio ambiente*, Ediciones Orbis, Barcelona

____ (1973), *Los métodos de la geografía*, Oikos-Tau, «Que sais-je?» No. 96

____ (1974), *Sociología y Geografía*, Ediciones Península, Barcelona

GERBI, Antonello (1982), *La Disputa del nuevo mundo, Historia de una polémica 1750-1900*, Fondo De Cultura Económica, México

GIBLIN, Béatrice (1978), “Jules Verne, la géographie et ‘L’Île mystérieuse’.” *Hérodote*, No. 10, pp. 76–90

GILLEY, Jessey (2010), “Geographical Imagination”, en Barney Warf (Edited), *Encyclopedia of Geography*, University of Kansas, USA, disponible en:

[DOI: <http://dx.doi.org/10.4135/9781412939591.n477>]

GLACKEN, Clarence, (1996 [1967]) *Huellas en la playa de Rodas: naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la antigüedad hasta finales del siglo XVIII*, Ediciones del Serbal, Barcelona

____ (1999), “Reflections on the History of western Attitudes to Nature” en BUTTIMER, Anne; WALLIN, Luke (edited) en *Nature and Identity in Cross-Cultural Perspective*, Springer-Science Business Media, The GeoJournal Library, Vol. 48, Wolf Tietze, Helmstedt, Germany, pp. 1-18

GODLEWSKA, Anne (2000), *Geography Unbound: French Geographic Science from Cassini to Humboldt*, University of Chicago Press, Chicago

GODLEWSKA, Anne; SMITH, Neil (edited), (1994), *Geography and Empire*, The Institute of British Geographers special publications series 30, Oxford and Cambridge

GÓMEZ ROJAS, Juan C. (2001), “La experiencia cultural del espacio: el espacio vivido y el espacio abstracto. Una perspectiva rícoeureana”, *Investigaciones Geográficas, Boletín del Instituto de Geografía*, UNAM, No. 44, pp. 119-125

GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz y Néstor GARCÍA CANCLINI; (Comp) (1996), *Cultura y tercer mundo*, Nueva Sociedad, Caracas

GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz, PACHECO, C.; BARRERA, L (2006), *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*, Fundación Bigott, Banesco, Editorial Equinoccio Universidad Simón Bolívar, Caracas

GOROU, Pierre (1982), *Terres de bonne espérance: le monde tropical*, Plon (Terre Humaine), Paris

GRASES, Pere (1983), *Fèlix Cardona y Puig. Mito y realidad al corazón de América del Sur (Ensayo de interpretación personal)*, Tierra Firme, Patronato de Cultura del Centro Catalán de Caracas. Ayuntamiento de Malgrat, Caracas

GREGORY, Dereck (2000), “Cultures of travel and spatial formations of knowledge”, *Erdkunde*, Vol. 54, No. 4, pp. 297-31

___ (2009), “Geographical Imaginary”; “Geographical Imaginations”, en D. GREGORY; R. JOHNSTON, G. PRAT, M. WATTS, S. WHATMORE, (EDITED), *The Dictionary of Human Geography*, John Willey and Sons, 5ta edición, Singapore, pp. 282-285

___ (1994), *Geographical Imaginations*, Blackwell, Oxford

___ (1991), “Interventions in the Historical Geography of Modernity: Social Theory, Spatiality and the Politics of Representation”. *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography, Meaning and Modernity: Cultural Geographies of the Invisible and the Concrete* No. 1, (Vol. 73), pp. 17-44

___ (2008), *Power, knowledge and geography. An introduction to Geographic thought and practice*, Blackwell, Oxford

GUHL, Andrés, (2011), “El medio ambiente en el quehacer de la geografía colombiana”, en Gerardo BOCCO, Pedro URQUIJO y Antonio VIEYRA, *Geografía y ambiente en América latina*, UNAM, CIGA, México, pp.131-149.

GUILLAUMIN, Godfrey (2005), “De las teorías a las prácticas científicas: algunos problemas epistemológicos de la “nueva” historiografía de la ciencia”, en Sergio MARTÍNEZ, y G.

GUILLAUMIN (Comp. 2005), *Historia, filosofía y enseñanza de la ciencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, pp. 235-246

GUIRAO VIERNA, Ángel (1989) “Análisis Cuantitativo de las expediciones españolas con destino al Nuevo Mundo”, pp.65-94 en José Luis PESET (Coordinador), *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, Volume 3, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

_____ (1987), “Clasificación de las expediciones españolas a América según su finalidad y disciplina científica” en *La Real Expedición Botánica a la Nueva España, (1787-1803)*. Quinto Centenario, Real Jardín Botánico, Madrid, pp. 17-24

HABERMAS, Jürgen (1993), *Identidades nacionales y postnacionales*, Red editorial iberoamericana, México

HARLEY, J.B. (2005), *La nueva naturaleza de los mapas*, Fondo de Cultura Económica, México

____ (2005 [1990]), “Textos y contextos en la interpretación de los primeros mapas”, en J. B. Harley, *La nueva naturaleza de los mapas*, Fondo de Cultura Económica, México pp. 59-78

HARTSHORNE, Richard ([1958] 1991), “El concepto de geografía como ciencia del espacio: de Kant y Humboldt a Hettner”. *Documents d'analisi geográfica*, 8, pp. 31-54

HARTOG, François (2007), *Regímenes de historicidad*, Universidad Iberoamericana, México

HARVEY, David (1990), “Between space and time: Reflections on the Geographical imagination” *Annals of the Associations of American Geographers*, Vol 80, No 3, pp .418-434

____ (2008), *La condición de la postmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu, Buenos Aires

HEIDEGGER, Martín, (2012 [1951]), “Construir, habitar, pensar”, en *Heidegger* en Castellano disponible en:

[http://www.heideggeriana.com.ar/textos/construir_habitar_pensar.htm: 15 de Julio de 2012]

HIERNAUX-NICOLÁS, Daniel (2011), “Elisée Reclus: los albores de una “altergeografía”, en Guénola CAPRON, C. ICAZURIAGA, S. LEVI, (dirs.), *La geografía contemporánea y Elisée Reclus*, Centro de estudios Mexicanos y Centroamericanos, El Colegio de Michoacán, Centro de Investigación en Geografía y Geomática "Ing. Jorge L. Tamayo", (CIESAS), Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. 23-41

HOWLETT, Peter; MORGAN, Mary S. (Edited), (2011), *How Well Do Facts Travel?: The Dissemination of Reliable Knowledge*, Cambridge University

HOLLOWAY, Julian; KNEALE, James (2003), “Mikhail Bakhtin. Dialogics of space”, en CRANG, Mike; THRIFT, Nigel (Edited), *Thinking Space*, Routledge, London, New York, pp. 71-88

HOLTON, Gerald (1985), *La imaginación científica*, Fondo de Cultura Económica, México

HOBBSAWM, Eric; T. RANGER (1983), (edited), (1983), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, UK.

HOWARTH, William (2001), “Reading the Wetlands”, en Paul C. ADAMS, S. D. HOELSCHER, K. E. Till (editors), *Textures of Place: Exploring Humanist Geographies*, University of Minnesota Press, Minneapolis, London, pp. 55-83

HUGHES, Ben (2010), *Conquer or Die! Wellington's Veterans and the Liberation of the New World*, Bloomsbury Publishing PLC, United Kingdom

HULME, Peter y RUSSELL McDougall (2007), *Writing, travel, and empire: in the margins of anthropology*. J.B. Tauris; (International Librar yod Colonial History, 10), New York

INGOLD, Tim (2011), *Being alive: essays on movement, knowledge and description*, Routledge, London and New York

JACOB, Christian (1992), *L'empire des cartes. Approche théorique de la cartographie à travers l'histoire*, Editions Albin Michel, París

JAUSS, Ernst- Robert (1976), “La Historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria” en E. R. JAUSS (1976), *La literatura como provocación*, Editorial Península, Barcelona, pp. 133-221

JOHNSON, Steven (2010), *La invención del aire*, Turner, Noema-Fondo de Cultura Económica, México

JUAN-NAVARRO, S. (2002), Carpentier, “Las cárceles imaginarias de Sísifo: Visión de la ciudad arquetípica en Los pasos perdidos” en N. PONCE (ed.). *La représentation de l'espace dans le roman hispano-américain*. Editions du temps, Paris, 167-178

KARJALAINEN, Pauli Tapani (2012), “Place in Urwind: a Humanistic Geographical View”, *Geograficidade*, Vol. 2, No. 2

KANTOROWICZ, Ernst H. (1985), *Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval*. Alianza Editorial, Madrid

KOYRÉ, Alexandre (1977), *Estudios de historia del pensamiento científico*, Siglo XXI, Madrid

____ (2000 [1962]), *Del mundo cerrado al universo infinito*, Siglo XXI editores, Madrid

KUSCH, Rodolfo (1962), *América profunda*, Hachette, Buenos Aires,

LACOSTE, Yves (1977), *La Geografía un arma para la guerra*, Editorial Anagrama, Barcelona

LACOTOURE, Jean (1993), *Jesuitas: los conquistadores*. T. I. Barcelona: Paidós, (Col. Estado y Sociedad n 12)

LAFUENTE, Antonio (2012), *Modernidad epistémica y sociedad expandida*, Madrid, [http://digital.csic.es/bitstream/10261/56386/1/modernizacion_epistemica_sociedad_expandida.pdf]: 10 de diciembre de 2012]

LAFUENTE, Antonio; DELGADO, A. J. (1984), *La geometrización de la Tierra (1735-1744)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

LAFUENTE, Antonio, MAZUECOS, Antonio (1987), *Los caballeros del punto fijo: ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*, Ediciones Serbal, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

LATOURE, Bruno (1992), *Ciencia en Acción. Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*, Editorial Labor, Barcelona

LAUDAN, Larry (2005), “La historia de la ciencia y la filosofía de la ciencia”, en Sergio MARTÍNEZ y G. GUILLAUMIN (Comp. 2005), *Historia, filosofía y enseñanza de la ciencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, pp. 131-146

LAUDAN, Rachel (2005), “La “nueva” historia de la ciencia: implicaciones para la filosofía de la ciencia”, en Sergio MARTÍNEZ y G. GUILLAUMIN (Comp. 2005), *Historia, filosofía y enseñanza de la ciencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, pp.121-130

LAVE, Rebecca et all (2013), “Intervention: Critical physical geography”, *The Canadian Geographer / Le Géographe canadien*, Vol. 58, No. 1 1–10

LAWSON, James (2011), “Chronotope, Story, and Historical Geography: Mikhail Bakhtin and the Space-Time of Narratives”, *Antipode, A Radical Journal of Geography*, Volume 43, No. 2: 384–412

LEFEBVRE, Henri (1970), *Lógica formal, lógica dialéctica*, Siglo XXI Editores, México

LEFÉBURE, Antoine; CHARON, Séverine (2007), “Aux sources de l’Orénoque”, Trésors photographiques de la Société de géographie. Disponible en:

[<http://expositions.bnf.fr/socgeo/arret/11.htm>]

LEHMAN, K. (1998), “Geography and gender in the narrative of Argentinean national origin: the ‘Pampa’ as chronotope”. *Revista de Estudios Hispánicos*, No. 32(1): 3–28

LEVY, Bertrand, (2006) “Geografía y literatura”, en Alicia LINDÓN, Georges BERTRAND, Daniel HIERNAUX, *Tratado de geografía humana*, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana, Barcelona, México, pp. 461-480

LEY, David (2001), “Introduction. Landscapes of Dominance and Affetion” en Paul C. ADAMS, S. D. HOELSCHER, Karen E. TILL (editors), *Textures of Place: Exploring Humanist Geographies*, University of Minnesota Press, Minneapolis, London, pp. 3-7

LEZAMA LIMA, José (1979), “Imagen de América Latina”. En César FERNÁNDEZ (ed.) *América Latina en su Literatura*. Siglo XXI; México, UNESCO, París, pp. 462-468

LINDÓN, Alicia (2011), “la educación Geográfica: del Transitar los espacios de proximidad a la socialización espacial”, *Anekúmene*, No. 1, 14 pp.

LINDÓN, Alicia y D. HIERNAUX (directores), (2010), *Los giros de la geografía humana*, Anthropos, UAM, México

LISCANO, Juan (1984), *La geografía venezolana en la obra de Rómulo Gallegos*, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, Caracas

LIVINGSTONE, David N. (2004), “Cultures of Science”, en DUNCAN, James, N. JOHNSON y R. SCHEIN (Edited), *A Companion to Cultural Geography*, Blackwell Publishing, (Blackwell Companions to Geography), United Kingdom, pp. 139-150

___ (1992), *The Geographical Tradition: Episodes in the History of a Contested Enterprise*. Blackwell Publishing, Oxford

___ (1984), “The history of science and the history of geography: interactions and implications” *History of Science*, Vol. XIII; pp.271-302

___ (2002), *Science, Space and Hermeneutics*, Hettner-Lecture 2001, Department of Geography, University of Heidelberg, Heidelberg

___ (1990), “Tradition and the scientific revolution: An interpretative essay”, *Transactions of the Institute of British Geographers*. No. 3 (Vol. 15); pp. 359-373

___ (2000), “Tropical Hermeneutics: Fragments for a Historical Narrative: an Afterword”. *Singapore Journal of Tropical Geography*, Vol 21, No. 1, pp 76-91

LIVINGSTONE, David; WITHERS, Charles (edited), (1999), *Geography and Enlightenment*, University of Chicago Press, Chicago

LOIS, Carla (2009), “Imagen cartográfica e imaginarios geográficos. Los lugares y las formas de los mapas en nuestra cultura visual”, *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y*

ciencias sociales, Vol. XIII, núm. 298, pp. 1-32. Disponible en:
[<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-298.htm>]

___ (2014), *Mapas para la Nación. Episodios en la historia de la cartografía argentina*, Biblios Ed., Buenos Aires.

LÓPEZ PIÑEIRO, José (1982), *La ciencia en la historia hispánica*, Salvat Editores, Barcelona

LÖSCHNER, Renate (1977), “Bellerman y el paisaje venezolano, 1842/1845”, en BELLERMAN, Ferdinand, *Bellerman y el paisaje venezolano (pinturas)*, Editorial Arte, Asociación Cultural Humboldt, Caracas, pp. 17-33

LOTMAN, Iuri (1996), “Acerca de la semiosfera” en *La semiosfera (I) Semiótica de la cultura y del texto*, Madrid: Cátedra-Frónesis, pp. 11-26

LOWENTHAL, David, (1961), “Geography, experience and imagination: toward a geographical epistemology” *Annals of the Association of American Geographers*, No. 51, pp. 241-260

___ (2000), “Nature and morality from George Perkins Marsh to the millennium”, *Journal of Historical Geography*, Vol. 26, No. 1, pp. 3–27

___ (1998), *El pasado es un país extraño*, Akal ediciones, Madrid

___ (1975), “Past Time, Present Place: Landscape and Memory”, *Geographical Review*, Vol. 65, No. 1, pp. 1-36

LYOTARD, Jean-François (2004), *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. Cátedra, Madrid

LUBRICH, Olivier (2002), “Como antiguas estatuas de bronce”. Sobre la disolución del clasicismo en la Relación histórica de un Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Mundo de Alejandro de Humboldt”. *Revista de Indias*, Vol. 61, No. 223, pp. 749–766

LUCENA GIRALDO, Manuel (1998), “El Dorado geométrico. La Expedición de Límites al Orinoco 1754-1761” en María SAN PÍO ALADREN (coord.), *La Comisión naturalista de*

Löfling en la Expedición de Límites al Orinoco, Real Jardín Botánico, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Lunwerg editores, Caja Madrid, Madrid, pp. 23-40

____ (1992b), “La última búsqueda de El Dorado: las expediciones al Parime” *Ibero-Americana, Pragensia*, No. 21, pp. 67-86

____ (1993), *Venezuela Laboratorio Tropical* Monte Ávila editores Latinoamericana, Caracas

____ (1999), *Viajes a la Guayana Ilustrada: El Hombre y el territorio*. (Estudio introductorio, selección y notas de M. Lucena Giraldo.), Banco Provincial, Caracas

LUCENA GIRALDO, Manuel, Antonio E. DE PEDRO (1992a), *La frontera caríblica: expedición de límites al Orinoco, 1754/1761*, Lagoven, Caracas

LUDLOW, Leonor, María MARTÍNEZ de López Ocón (Coords.) (2007), *Historia del liberalismo Económico: del mercantilismo al liberalismo*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de México, Instituto Mora, México

LYNCH, John (1987), *Hispanoamérica, 1750-1850: Ensayos sobre la sociedad y el Estado*, Universidad nacional de Colombia, Bogotá

MAGRIS, Claudio (2004), *Danubio*, Anagrama, Barcelona

____ (1998), “Los lugares de la escritura: Trieste”, en C. Magris (1998), *Ítaca y más allá*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas

____ (2006), *Microcosmos*, Anagrama, Barcelona

MANN, Charles C. (2006). *1491: una nueva historia de las américas antes de Colón*. Taurus, Madrid

MANDRINI, Raúl (1992), “Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX): balance y perspectivas. *Anuario del IEHS*, No. 7, pp. 59-73

MANZI, Elio (1997), *Esplorando Gaia: saggi geografici*, Loffredo, Napoli

___ (2013), *Geografie salgariane*, Viglongo, Torino

MARIN, Louis (2009), “Poder, representación, imagen”, *Prismas, Revista de historia intelectual*, No. 13, pp. 135-153

MARINONE, Mónica (2006), *Rómulo Gallegos. Imaginario de nación*, El otro el mismo, Mérida, Venezuela

MARRAMAIO, Giacomo (2006), *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*, Katz Editores, Buenos Aires

MARTÍN-MERAS, Luisa (2007), “Fondos cartográficos y documentales de la Comisión de Límites de Brasil en el siglo XVIII en el Museo Naval de Madrid”, *Terra Brasilis (Nova Série)*, No. 7 - 8 – 9. Disponible en: <https://terrabrasilis.revues.org/402?lang=es>

MATHEY, Laurent (2008), “Quand la forme témoigne: réflexions autour du statut du texte littéraire en géographie” en *Cahiers de géographie du Québec*, vol. 52, no. 147, pp. 401-417. Disponible en: [<http://id.erudit.org/iderudit/029868ar>, DOI: 10.7202/029868ar]

MAUCH, Christof; ZELLER, Thomas (2008), *Rivers in history: perspectives on waterways in Europe and North America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh

MAYHEW, Susan (2004), *A Dictionary of Geography*, Oxford University Press

MEINIG, Donald (edit.) (1979), *The Interpretation of Ordinary Landscapes, Geographical Essays*, Oxford University Press

MENDIZÁBAL I RIERA, Enric (1999), “Algunes reflexions sobre la (nova) geografia cultural des de la perifèria”, *Doc. Anàl. Geogr.* No. 34, 119-132

MENDOZA Vargas, Héctor (2003), “La geografía de la Ilustración española y novohispana: la organización y los proyectos a finales del siglo XVIII”, en José MONCADA MAYA (coordinador), *La geografía de la Ilustración*, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp.157-198

MEDINA PUIG, María (1984), *Proyecto Cuencas Hidrográficas Internacionales de Venezuela. Evolución del Derecho Internacional en materia de recursos hídricos*, Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina, Mérida, Venezuela. V. 1

MERINO, Olga, Linda Newson (1995), "Jesuit Missions in Spanish América: The Aftermath of The Expulsion" en *Yaerbook, Conference of Latin Americanist Geographers*, University of Texas Press, Austin, pp. 133-148

MERLEAU-PONTY, Auguste (1994 [1954]), *Fenomenología de la percepción*, Planeta Agostini, España

_____ (1986 [1964]), *El ojo y el espíritu*, ediciones Paidós, Barcelona

MIGNOLO, Walter (2003), *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, Colonization*, Ann Arbor, University of Michigan, Michigan

MIKULINSKY, S. R. (1989 [1977]), "La controversia internalismo-externalismo como falso problema", en SALDAÑA, Juan José (Comp.), *Introducción a la teoría de la historia de las ciencias*, 2a. edición, UNAM, Coordinación de Humanidades, México, pp. 231-256

MINGUET, Charles (1991) "Introducción", en Rómulo GALLEGOS, Canaima, Edición crítica a cargo de Charles Minguet, Consejo Superior De Investigaciones Científicas, Universidad de Costa Rica, San José, pp. XVII- XXII);

MONCADA Maya, José Omar (coordinador), (2003), *La Geografía de la ilustración*, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, México

MONMONIER, Mark (1996), *How to Lie With Maps*, The University of Chicago Press, Chicago and London

MONTALDO, Graciela, (1999), *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*, Viterbo, Buenos Aires

NIETO OLARTE, Mauricio (2008), *Remedios para el Imperio: Historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*, ICANH, Bogotá

NICKLES, Thomas (2005), “¿Cuál es la relación entre la filosofía de la ciencia y la historia de la ciencia?” en Sergio Martínez y G. Guillaumin (Comp. 2005), *Historia, filosofía y enseñanza de la ciencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, pp.195-224

NICOLÁS-OBADIA, George (1991), *El espacio de los geógrafos. Epistemología de la geografía*, Universidad Central de Venezuela, Caracas

OJER, Pablo (1962), "El Mapa de Guayana del P. Bernardo Rotella S. J." *Revista SIC*, Vol.25, No 250, pp. 489-492

O'REILLY, K. 2007: 'Where the knots of narrative are tied and untied': the dialogic production of gendered development spaces in North India. *Annals of the Association of American Geographers*, 97: 613–34

OLWIG, Kenneth Robert (2002), *Landscape, Nature, and the Body Politic. From Britain's Renaissance to America's New World*, University of Wisconsin Press, Wisconsin

ORTEGA VALCÁRCEL, José (2000), *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*, Ariel, Barcelona

PALASMAA, Juhani (2012), *La mano que piensa: Sabiduría existencial y corporal en la arquitectura*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona

PÉREZ MEJÍA, Ángela (2002), *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia 1780-1849*, Clío Editorial de la Universidad de Antioquia, Medellín

PERERA, Miguel (2006), *El Orinoco Domeñado. Frontera y límite. Guayana siglo XVIII, ecología cultural y antropología histórica de una colonización breve e inconclusa*, Universidad Central de Venezuela, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Caracas

PERKINS, C. (2009), “Mapping, Philosophy” en Rob KITCHIN and Nigel THRIFT (Eds. 2009), *International Encyclopedia of Human Geography*, Elsevier, Amsterdam-Oxford, Vol.6, pp.385-397

- PIMENTEL, Juan (2008) *Jorge Juan, Mutis y Malaspina. Viajeros científicos*. (Prólogo Luis Carandell), Nivola, Madrid
- PIMENTEL, Juan (2003), *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la ilustración*, Marcial Pons, Ediciones de Historia, Madrid
- PITOL, Sergio (1998), *Pasión por la trama*, Ediciones Era, México D.F
- PIZARRO Ana (2009), *Amazonia. El río tiene voces*, Fondo de cultura económica, Chile
- PLAZAOLA, Juan. S.J. (ed.) (2006), *Jesuitas exploradores, pioneros y geógrafos*, Ediciones Mensajero, Bilbao
- POLANYI, Karl ([1947] 1992), *La gran transformación*, Juan Pablos Editor, Buenos Aires
- POPA, Délia (2009), “La matérialité de l’imagination”, *Bulletin d’analyse phénoménologique*, V. 9, pp. 1-18
- PRATT, Mary Louise (2010), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Fondo de Cultura Económica, México
- PRIGOGINE, Ilya; STENGERS, Isabelle (1984). *Order out of Chaos: Man's new dialogue with nature*, Flamingo.
- PORRO, José (2103), “Un mito geográfico de larga tradición: la perduración cartográfica de la laguna Parime”, *Biblio 3W Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona*, Vol. XVIII, No. 1032. Disponible en: [<http://www.ub.edu/geocrit/b3w-1032.htm>]
- QUAINI, Massimo (1981), *La construcción de la geografía humana*, Oikos-Tau, Barcelona
- ___ (2016), “Le paysage est mort, vive le paysage!”, *Le Globe. Revue genevoise de géographie*, tome 156, 2016. [No. especial Italie. Paysage et identité], pp. 7-1
- RABASA, José (1993), *Inventing America: Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*. University of Oklahoma Press, Norman
- RAMA, Ángel (1984), *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hanover

RAMÍREZ, Marcos (2010), “Albores de la Independencia: emergencia del americanismo telúrico en la lírica colonial criolla (1798-1805)”, en C. CARRASQUEL y L. CUEVAS (Compiladores), *El Otro Lado del Imperio, Nueva Miradas en torno a la crisis del Orden Colonial*, Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, Mérida, Venezuela, pp. 63-84

___ (2008), “El paisaje americano en cinco poemas de Andrés Bello”, en Marco RAMÍREZ, *Antología poética de Andrés Bello*, Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, CDCHT, Mérida, pp. 21-92

RAMOS PÉREZ, Demetrio (1944), “Las ideas geográficas de Gumilla. La comunicación Orinoco-Amazonas y su navegación.” En *Estudios Geográficos*, Madrid, pp. 179-199

___ (1973), *El mito de El Dorado: su génesis y proceso*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas

___ (1946), *Tratado de Límites de 1750 y la Expedición de Iturriaga al Orinoco*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

RELPH, Edward (1976), *Place and Placelessness*, Pion, London

REYNOLDS, Nedra (2007), *Geographies of writing: inhabiting places and encountering difference*, Southern Illinois University, Carbondale, EEUU

RICOEUR, Paul (2004), *La memoria, la historia, el olvido*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires

RODRIGUES, Francilene Dos Santos (2010), “Narrativas culturais e identitárias das populações do lugar e sobre o lugar Guayana” en *II Encontro da Sociedade Brasileira de Sociologia da Região Norte* 13 a 15 de setembro de 2010, Belém, pp.1-16 [<http://www.sbsnorte2010.ufpa.br/site/anais/ARQUIVOS/GT11-432-440-20100831203558.pdf>: 19 de junio de 2013]

ROJAS LOPEZ, J. (2007), “Una apreciación crítica del modelo trizonal de Humboldt-Codazzi en la geografía de Venezuela”, *Procesos Históricos*, No. 12, pp.75-90

ROHL, Eduardo (1990), *Historia de las ciencias geográficas de Venezuela, 1498-1948*, prólogo de Pascual Venegas Filardo, Talleres Gráficos de Cromotip, Caracas

ROUX, Michel (2000), “Moby Dick et Vingt mille lieues sous les mers: les géographies de l’imaginaire au cœur de la complexité”, *Cahiers de géographie du Québec*, vol. 44, No. 121, pp. 65-85

RYDEN, Stig (1957), *Pedro Loefling en Venezuela (1754-1756)*, Instituto Ibero-Americano Gotemburgo Suecia, Ínsula, Madrid

SACK, Robert (1980), “Conceptions of Geographic Space”, *Progress in Human Geography*, No 4, pp. 313-345

SAID, Edward (1996), *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona

___ (1990 [1978]), *Orientalismo*, Libertarias, Madrid

SALDAÑA, Juan José (edit.) (1986), *El perfil de la ciencia en América*. Cuadernos Quipu No 1, Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología, México

SAMBRANO URDANETA, Oscar; MILIANI, D. (1971), *Literatura Hispanoamericana*, vols. I y II, Monte Ávila Editores Latinoamericanos. Caracas

SAMUDIO, Edda (1992), “Las haciendas jesuíticas de las misiones de Los Llanos del Casanare, Meta y Orinoco”. En Del Rey (ed.), *Misiones jesuíticas en la Orinoquia* T. I Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, pp. 717-782

SANGUIN Andre-louis (1981), “La géographie humaniste ou l’approche phénoménologique des lieux, des paysages et des espaces”, *Annales de Géographie*. T. 90, No. 501. pp. 560-587.

SANTOS, Milton (2000), *La Naturaleza del espacio: Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Ariel, Barcelona

SARTRE, Jean-Paul (2006 [1936]), *La imaginación*, Edhasa, Barcelona

___ (1948 [1940]), *Lo imaginario: psicología fenomenológica de la imaginación*, IberoAmericana, Buenos Aires

- SCHAMA, Simon (1995), *Landscape and Memory*, Alfred A. Knopf, New York
- SCHLÖGEL, Karl (2007), *En el espacio leemos el tiempo. Sobre la historia de la civilización y geopolítica*, Biblioteca de Ensayo Siruela, Madrid
- SCHULTEN, Susan, (2001), *The Geographical Imagination in America, 1880-1950*, University of Chicago Press, Chicago
- SERNA DIMAS, Adrian (2006), *Ciudadanos de la geografía tropical: ficciones históricas de lo ciudadano*, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá
- SERRES, Michel (2004), *El contrato natural*, Pre-Textos, Valencia
- _____ (1974), *Jouvences. Sur Jules Verne*, Éditions de Minuit
- _____ (1991), *El paso del noroeste*, Hermes (V Serie Ciencia), Editorial Debate, Madrid
- SHAPIN, Steven (2005), “Disciplina y delimitación: la historia y la sociología de la ciencia a la luz del debate internismo-externismo” en Sergio MARTÍNEZ y G. GUILLAUMIN (Comp.), *Historia, filosofía y enseñanza de la ciencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, pp.67-120
- SHAPIN, Steven; OPHIR, Adi, (1991), “The Place of Knowledge: The Spatial Setting and Its Relation to the Production of Knowledge”, *Special Issue of Science in Context*, Vol. IV, No. 1, Cambridge University Press, pp. 3-21
- SILVA LEÓN, Gustavo (2005), “La cuenca del río Orinoco: visión hidrográfica y balance hídrico”, *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 46, No. 1, enero-junio, pp. 75-108
- SIMMEL, Georg (2002), *Sobre la aventura: Ensayos de estética*. Epílogo de Jürgen Habermas, Ediciones Península, Barcelona
- SMYTH, Edmund J. (Edited.), (2000), *Jules Verne Narratives of Modernity, Literary Criticism*, Liverpool University Press, Glasgow
- SIOLI, H. (ed.) 1984. *The Amazon: Limnology and landscape ecology of a mighty tropical river and its basin*. Dr. W. Junk Publishers, Kluwer Academic Publishers Group, Dordrecht, Boston, Lancaster

SKÁRMETA, A. (2013), “Una canción para Humboldt”, Goethe-Institut e. V., Humboldt Redaktion, disponible en: [<http://www.goethe.de/wis/bib/prj/hmb/the/159/es11284117.htm>]

SUAREZ, Edna, (2005), “La historiografía de la ciencia”, en Sergio Martínez y G. Guillaumin (Comp.), *Historia, filosofía y enseñanza de la ciencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, pp. 17-42

SOJA, Edward (1997), “El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica” *Geográfikos*, vol. 8, p. 71-76.

STASZAK J.-F. (2012), “La construcción del imaginario occidental del allá y la fabricación exótica: el caso de los toi moko maorís”, en A. LINDÓN y D. HIERNAUX (directores), *Geografías de lo imaginario*, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 179-210

_____ (2003), *Géographies de Gauguin*, Bréal, Paris

STROHMAYER, Ulf (2009), “chronotope”, en Derek GREGORY, Ron JOHNSTON, G. PRATT, M. WATTS, S. WHATMORE, (edited), *The Dictionary of Human Geography*, John Wiley & Sons, 5ta edición, Singapore, pp. 83-84

SUNYER Martín, Pere (1988), “Literatura y ciencia en el siglo XIX. Los viajes extraordinarios de Jules Verne”, *Geocrítica, Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, No. 76, disponible en: [<http://www.ub.edu/geocrit/sv-56.htm>]

TANG, Chenxi (2008), *The Geographic Imagination of Modernity: Geography, Literature, and Philosophy in German Romanticism*, Stanford University Press, Stanford

TAYLOR, Charles (2006a), *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona

_____ (2006b), *Imaginarios sociales modernos*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona

TISSIER, Jean-Louis; STASZAK, Jean-François (2007), “Des paysages et des hommes”, Trésors photographiques de la Société de géographie; disponible en:

[<http://expositions.bnf.fr/socgeo/arret/21.htm>]

TORRES, Vicente F. (2012), “América y Emilio Salgari”, *Crítica, Revista Cultural de la Universidad Autónoma de Puebla*, No. 51, Disponible en:

[<http://revistacritica.com/contenidos-impresos/ensayo-literario/america-y-emilio-salgari>]

TRESACO B., María Pilar; Javier V, PÉREZ, María L. CADENA (edit.), (2013), *De Jules Verne à nos tours*, Prensas de la Universidad de Zaragoza

TUAN, Yi-Fu, (1968), *The hydrologic cycle and the wisdom of God: a theme in geoteleology*, University of Toronto Press, Toronto

___ (1991), “Language and the Making of place: a narrative-descriptive approach”, *Annals of the Association of American Geographers*. No. 4 (Vol. 81), 684-695

___ (2013), *Romantic Geography: In Search of the Sublime Landscape*, University of Wisconsin Press

___ (2008 [1977]), *Space and Place: the Perspective of Experience*, University of Minnesota Press, Minneapolis

___ (1989), “Surface Phenomena and Aesthetic Experience”, *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 79, No. 2, pp. 233-241

___ (1978) Sign and metaphor. *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 68; No.3, pp. 363–372.

___ (1990 [1974]), *Topophilia a Study of Enviromental, Perception, Attitudes and Values*. Columbia University Press, New York

TURCO, Angelo (2010), “Figuras narrativas de la geografía humana”, en A. LINDÓN y D. HIERNAUX (directores), *Los giros de la geografía humana*, Anthropos, UAM, México, pp. 91-119

___ (2016), “Por una crítica de la razón geográfica. la imaginación territorial entre filosofía, ciencia y reflexividad”, [Discurso del premio geocrítica 2016], XIV Coloquio Internacional de Geocrítica Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro, Geocrítica, Barcelona.

___ (2007), “Sémantiques de la violence: territoire, guerre et pouvoir en Afrique mandingue”, *Cahiers de géographie du Québec*, vol. 51, No. 144, pp. 307-332.

TVEDT, Terje, (editor) (2006), *A History of Water*, Series I, (3 vols.), I.B. Tauris, London

___ (editor) (2010), *A History of Water*, Series II, (3 vols), I.B. Tauris, London

___ (2015) *Water and Society. Changing Perspectives of Societal and Historical Development*. I.B. Tauris

TVEDT, TERJE; COOPEY, Richard (2010), *Rivers and Society: From Eearly Civilizations to Modern Times*, in *A History of Water*, Series II, vol. 2, (Series Editor Terje Tvedt). I.B. Tauris.

TVEDT, Terje; OESTIGAARD, Terje. 2016. *A History of Water*, Series III, Volume 3: *Water and Food - From hunter-gatherers to global production in Africa*. I.B. Tauris.

TYREE, E. (2012), "The numinosity of wáter", en BREBBIA Y D.W. PEPPER (edited), *Water and Society*, University of Nevada-Las Vegas, USA and C.A. Brebbia, Wessex Institute of Technology, UK, pp. 39-44

URTEAGA, Luis (1987), "Descubrimientos, exploraciones e Historia de la Geografía", *Geocrítica, Cuadernos críticos de Geografía humana*, Universidad de Barcelona, Barcelona, No. 71, pp. 7-35

___ (1997), *Ideas medioambientales en el siglo XVIII. Naturaleza, clima y Civilización* Akal, Madrid

VICEDO, Marga (2005), "¿Es pertinente la historia de la ciencia en la filosofía de la ciencia?", en S. MARTÍNEZ y G. Guillaumin (Comp.), *Historia, filosofía y enseñanza de la ciencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, pp. 225-234

VILA, Marco Aurelio (1986), *Lo geográfico en Doña Bárbara*, Ministerio de relaciones exteriores, Caracas

VILA, Pablo (1960), *Geografía de Venezuela, el territorio nacional y su ambiente físico*, Ministerio de Educación, Caracas

___ (1980), *Síntesis geohistórica de la economía colonial de Venezuela*, Banco Central de Venezuela, Caracas

_____ (1969), *Visiones geohistóricas de Venezuela*, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas

VILÁ-VALENTÍ, J. (1983), *Introducción al Estudio teórico de la Geografía*, Ariel, Barcelona

VILLA, Luisa (coord.) (2007), *Emilio Salgari e la grande tradizione del romanzo d'avventura*, ECIG, Genova

WALLERSTEIN, Immanuel (2007), *Geopolítica y Geocultura, ensayos sobre el moderno sistema mundial*, Kairós, Barcelona

WAGENSBERG, Jorge. (1990), *Sobre la imaginación científica*, Colección Metatemas, Tusquets, Barcelona

WAHAB, Amar (2010), *Colonial Inventions: Landscape, Power and Representation in Nineteenth*, Cambridge Scholar Publishing

WEBER, David (2007), *Bárbaros: los españoles y sus salvajes en la era de la ilustración*, Crítica, Barcelona

WEISZ, Gabriel (2008), *Tinta del exotismo. literatura de la otredad*, FCE. México

WARF, Barney y Santa Arias, (Edited, 2009), *The Spatial Turn. Interdisciplinary Perspectives*, Routledge, Series: Routledge Studies in Human Geography, London and New York

WEISSGÄRBER, Helga (2007) “En torno a Ferdinand Bellermann”, *Analítica.com*, disponible en:

[<http://www.analitica.com/entretenimiento/en-torno-a-ferdinand-bellermann/>, 23 de agosto de 2007]

WHITE, Andrew (1972 [1986]), *La lucha entre el dogmatismo y la ciencia en el seno de la cristiandad*, Siglo Veintiuno Editores, México

WHITE, Hayden (2010 [1968], “Romanticismo, Historicismo y Realismo: Hacia una Concepción Epocal de la Historia Intelectual de Principios del Siglo XIX”, en H. WHITE, *La*

ficción de la narrativa. Ensayos Sobre Historia, literatura y teoría, 1957-2007, Eterna Cadencia Editora, Buenos Aires, pp. 167-182

WITHERS, Charles C. W. J. (2006), "Eighteenth-century geography: texts, practices, sites". *Progress in Human Geography*, vol. 30, No. 6 pp. 711–729

___ (2007), *Placing the Enlightenment: Thinking Geographically About the Age of Reason*, University of Chicago Press, Chicago and London

WOHL, E.; D. J. MERRITTS (2007), "What is a natural river?", *Geography Compass* Vol. 1, No. 4, pp. 871–900

WRIGHT, John Kirtland (1947), "*Terrae Incognitae: The Place of Imagination in Geography*", *Annals of the Association of American Geographers*, no.37, pp. 1-15

WULF, Andrea (2015), *The Invention of Nature. Alexander von Humboldt's New World*, Penguin Random House, New York

YBERRA, Mauro (2006), "Verdes mansiones de W. H. Hudson", en W. H. HUDSON *Mansiones verdes*, Acantilado, Barcelona, pp. 5-8

ZIESLER, R.; ARDIZZONE, G.D. (1979). "Amazon River System". *The Inland waters of Latin America. Food and Agriculture*, Organization of the United Nations. Archived from the original on 8 November 2014, disponible en:

[<http://www.fao.org/docrep/008/ad770b/AD770B05.htm>].

ZINCK, Alfred (1982), *Ríos de Venezuela*, Lagoven, Caracas

ZUSMAN, Perla (2000), "Desierto, civilización, progreso. La geografía del Gran Chaco y el proyecto territorial de formación del Estado argentino", *Eria*, No. 51, pp. 60-67

___ (2013), "La geografía histórica, la imaginación y los imaginarios geográficos", *Revista de Geografía Norte Grande*, No. 54, pp. 51-66

INDICE CARTOGRÁFICO, FOTOGRÁFICO Y DE ILUSTRACIONES
POR CAPÍTULOS

CAPÍTULO III.

A) Mapas Base y Mapas temáticos

Figura 1. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016), “Mapa de la cuenca del Río Orinoco”. 96

Figura 2. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016), “Mapa hidrográfico de Venezuela” 97

Figura 3. CUEVAS QUINTERO Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016), “Mapa de Vegetación y Relieve. Cuenca del Orinoco2. 98

Figura 4. CUEVAS QUINTERO Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016), “Expedición de Límites. Exploraciones 1754-1758”. 100

Figura 5. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016), Expedición de Límites. Exploraciones 1759-1760 101

Figura 6. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016), “Exploraciones de Antonio Diez de La Fuente hacia el Alto Orinoco (1759-1770)”. 102

Figura 7. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016), “Exploraciones entre 1770-1783” 102

B) Mapas históricos

Figura 8. JEFFERYYS, Thomas (1775), “Coasts of Caracas, Cumana, Parla [Paria], and mouths of Rio Orinoco”, en T. JEFFERYYS, *The West-India Atlas, or, A Compendious Description of the West-Indies*, Printed for Robert Sayer and John Bennett, London.

Figura 9. DELAROCLETTE, Louis Stanislas d'Arcy; THOMPSON, Edward, Capt. (1783/1781), "The coast of Guyana from the Oroonoko to the River of Amazons and inland parts as far as they have been explored by the French & Dutch engineers, with the islands of Barbadoes", engraved & published by Willm. FADEN, Geographer to the King, London.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~24864~970018:Guyana-coast-?sort=pub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_date&qvq=q:author%3D%22Thompson%2C%2BEdward%2C%2BCapt.%22;sort:pub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_date;lc:RUMSEY~8~1&mi=1&trs=2] 113

Figura 10. ANÓNIMO (1732), "Orinoco, nuebamente obserbado en bajante, a fin de espresar sus raudales, ysias y bajos, rios y caños que vezibe: año 1732"

Disponible en Library of Congress Geography and Map Division Washington, D.C.:

[<https://www.loc.gov/resource/g5282o.ct000329/>] 115

Figura 11. GUMILLA, Joseph ([1741-1745] 1993), "Mapa de la Provincia y Misiones de la Compañía de IHS (Jesús) del Nuevo Reyno de Granada"; en José GUMILLA, S.J. (Facsimil), *El Orinoco Ilustrado y defendido*, Academia Nacional de la Historia. (Colección Fuentes para el Estudio Colonial de Venezuela), Caracas, p. CXXXIX 118

Figura 12. FRITZ, Samuel (1707), "El gran río Marañón o Amazonas con la Misión de la Compañía de Jesús". Disponible en World Digital Library:

[<https://www.wdl.org/en/item/1137/view/1/1/>] 119

Figura 13. CONDAMINE, Charles Marie de la ([1745] 1921), "Carte Du Cours Du Maragnon ou de la Grande Riviere Des Amazones" en A. La Condamine, *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la America Meridional desde la costa del Mar del Sur hasta las costas del Brasil y de la Guayana, siguiendo el curso del río Amazonas*.

Disponible en Biblioteca Digital de Cartografia Historica, Universidade de Sao Paulo:

[http://www.cartografiahistorica.usp.br/index.php?option=com_jumi&fileid=14&Itemid=99&idMapa=649] 122

Figura 14. D'ANVILLE, Jean Baptiste Bourguignon (1748), "Amerique Meridionale. Publiee sous les Auspices de Monseigneur le Duc D'Orleans", en David Rumsey Historical Map Collection, reproducido en Venezuela-British Guiana Boundary Commission. Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~203996~3001758:Facsimile--South-America-by-DAnvil?sort=Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No&qvq=q:Anville;sort:Pub] 126

Figura 15. BELLIN, Jacques Nicolás (1764), "Cours de l'Orenoque depuis ses sources jusqu'à la Mer avec les rivieres qui s'y déchargent" en *Le Petit Atlas Maritime: recueil de cartes et plans des quatre parties du monde*, Vol. II, [mapa] No. 27.

Disponible en Biblioteca Nacional de Portugal: [<http://purl.pt/103/1/catalogo-digital/registo/051/051.htm>] 127

Figura 16. DIEZ DE LA FUENTE, Apolinar (1760), "Mapa de una parte del Alto Orinoco que comprende desde el origen de este río hasta que se le une el Cunucunuma y por el norte hasta las cabeceras del Caura y el Ventuari por A.D LF". Museo de América, Madrid. Reproducido en Manuel LUCENA GIRALDO (ed.) (1999), *Viajes a la Guayana Ilustrada: El Hombre y el territorio*. (Estudio introductorio, selección y notas de M. Lucena Giraldo.), Banco Provincial, Caracas, p. 284 129

Figura 17. MOLL, Hermann (1709), "Map of South America, according to the Newest and most exact observations" (Fragmento). Herman Moll Geographer.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection: [<http://purl.pt/877/2/>] 132

Figura 18. BARCELONA, Fray Carlos de (1779), "Sketch Map of the Missions of the Catalonia Capuchins in the Spanish Province of Guayana", Reproduced from a Photolithographic Facsimile of the Manuscript Original in the Archives of the Capuchin Order at Rome given by Father Joseph STRICKLAND, S.J., in his *Documents and Maps on*

the Boundary Question between Venezuela and British Guayana, Rome, 1898. Photo. Lith. by A. Hoen & Co., Baltimore, MD.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~204086~3001793:Capuchin-Missions-of-Guayana-by-Car?sort=pub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_date&qvq=q:Carlos%2Bde%2BBarcelona;sort:pub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_date;lc:RUMSEY~8~1&mi=1&trs=2]

137

Figura 19. CANO Y OLMEDILLA, Juan de la Cruz, (1775), “Mapa geográfico de América Meridional” (Grabado No. 1). Dispuesto y Gravado por D. Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, Geogfo. Pensdo. de S.M., individuo de la Rl. Academia de Sn. Fernando, y de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País, teniendo presentes varios Mapas y noticias originales con arreglo á Observaciones astronómicas; impresa y gravada la letra, por Hipolito Ricarte año 177

Disponible en Fondos de la Biblioteca Nacional de España:

[<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000051497>]

146

Figura 20. CANO Y OLMEDILLA, Juan de la Cruz (1775), “Mapa geográfico de América Meridional (Grabado No. 2 con el "Plano del sitio de la Angostura donde se ha establecido el Quartel Gral. De R. Orinoco, la población de la Nueva Guayana y Fortaleza de S. Gabriel, construida de orden de S.M. y dedicada al S. Sr. D. Gabriel Antonio Nro. Infante, por disposición de D. Juan Moreno de Mendoza, Gobernador de dichos establecimientos)”. Dispuesto y Gravado por D. Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, Geogfo. Pensdo. de S.M., individuo de la Rl. Academia de Sn. Fernando, y de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País, teniendo presentes varios Mapas y noticias originales con arreglo á Observaciones astronómicas; impresa y gravada la letra, por Hipolito Ricarte año 1771.

Disponible en Fondos de la Biblioteca Nacional de España:

[<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000051497>]

147

CAPÍTULO IV

A) Mapas temáticos

Figura 1. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016)
“Cobertura Espacial de Humboldt y Bonpland en el Orinoco (1799-1800)” 172

Figura 2. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016).
“Exploración de Humboldt y Bonpland hacia el Casiquiare y las Fuentes del Orinoco”
[Trazado de la ruta hacia El Alto Orinoco] 173

Figura 3. “Desprendimiento del río Casiquiare”. Imagen satelital. Google Earth. 187

B) Mapas históricos

Figura 4. HUMBOLDT, Alexander (1805), “Histoire de la Géographie de l'Orénoque, Lac Parime, Dorado, Bifurcation: pour servir d'éclaircissement aux discussions contenues dans le Chap. 24 de la Relat. Hist. de Mr. de Humboldt”. En Alexandre de Humboldt et Aimé Bonpland, *Géographie des Plantes Équinoxiales: tableau physique des Andes et Paysvoisins dressé d'après des Observations & des mesures prises sur les lieux depuis, le 10e. degré de latitude boréale jusqu'au 10e. de latitude australe en 1799, 1800, 1801, 1802 et 1803*, Langlois, Paris

Disponibile en A cartografia Cartografia do Brasil nas coleções da Biblioteca Nacional:
[<http://purl.pt/103/1/catalogo-digital/registo/205/205.html>] 177

Figura 5. HUMBOLDT, Alexander (1946 [1814]), “Carte itinerairé du tours de LÓrenoque, de LÁtabapo, du Casiquirae, et du Río Negro”, Atlas géographique et physique du Nouveau Continent fondé sur des observations astronomiques, des mesures trigonométriques et des nivellements barométriques (1814) en, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, *Cartografía Histórica de Venezuela, 1635-1946*, Comisión Preparatoria de la IV Asamblea General Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Caracas 178

Figura 6. ANÓNIMO, (1799- ¿1800?), “Mappa do Rio Orinoco e comunicação deste com o Rio Negro [Cartográfico]: pelo canal, ou Rio Caciquari.”

Disponível em Biblioteca Nacional de Brasil:

[http://objdigital.bn.br/objdigital2/acervo_digital/div_cartografia/cart511920/cart511920.jpg]

179

Figura 7. DE L'ISLE, Guillaume (1722), “Facsimile part of America”, [Recorte] Disponível em David Rumsey Historical Map Collection:

[[https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~203994~3001757:Facsimile-Part-of-America-by-](https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~203994~3001757:Facsimile-Part-of-America-by-Delisl?sort=pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no&qvq=w4s:/who%2FL%252527Isle%25252C%2BGuillaume%2Bde%25252C%2B1675-1726;q:Delisle%2C%2Bamerica;sort:pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no;lc:RUMSEY~8~1&mi=2&trs=125)

[Delisl?sort=pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no&qvq=w4s:/who%2FL%252527Isle%25252C%2BGuillaume%2Bde%25252C%2B1675-1726;q:Delisle%2C%2Bamerica;sort:pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no;lc:RUMSEY~8~1&mi=2&trs=125\]](https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~203994~3001757:Facsimile-Part-of-America-by-Delisl?sort=pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no&qvq=w4s:/who%2FL%252527Isle%25252C%2BGuillaume%2Bde%25252C%2B1675-1726;q:Delisle%2C%2Bamerica;sort:pub_list_no_initialsort%2Cpub_date%2Cpub_list_no%2Cseries_no;lc:RUMSEY~8~1&mi=2&trs=125)

189

Figura 8. BUACHE, Philippe (1756), “Planisphere physique ou l'on voit du Pole Septentrional ce que l'on connoit de Terres et de Mers, avec les grandes chaines de Montagnes” Disponível em David Rumsey Historical Maps Collection:

[[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~25809~1080050:Planisphere-physique-?sort=pub_date&qvq=q:author%3D%22Buache%2C%2BPhilippe%2C%2B1700-1773%22;sort:pub_date;lc:RUMSEY~8~1&mi=3&trs=22\]](http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~25809~1080050:Planisphere-physique-?sort=pub_date&qvq=q:author%3D%22Buache%2C%2BPhilippe%2C%2B1700-1773%22;sort:pub_date;lc:RUMSEY~8~1&mi=3&trs=22)

192

Figura 9. BUACHE, Jean-Nicolás (1798), “Carte générale de la Guiane Dressée d'après les Observations les plus récentes pour servir aux Recherches à faire dans cette partie intéressante et encore peu connue de l'Amérique”.

Disponível em Bibliothèque nationale de France:

[<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b53103837x/f1.item>]

193

Figura 10. CODAZZI, Agostino (1740), “Mapa físico de Venezuela dividida en hoyas hidrograficas”, en Codazzi, A. *Atlas físico y político de la República de Venezuela dedicado*

por su autor, el Coronel de Ingenieros Agustin Codazzi al Congreso Constituyente de 1830. Caracas 1840. Lith. de Thierry Fres. Cite Bergere 1 a Paris.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~20064~590057:Mapas-fisicos-de-Venezuela-?sort=pub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_date&qvq=q:Codazzi;sort:pub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_date;lc:RUMSEY~8~1&mi=10&trs=64] 195

Figura 11. RADEFELD, Carl Christian Franz (1847), “El mapa de sistemas de montañas Sud-América con sus áreas actuales que delimitan claramente sus Cuencas” [Sud-America's Bergsysteme, Stromgebiete]. En Herausgegeben von J. MEYER (1860), *Grosser Hand-Atlas uber alle Theile der Erde in 170 Karten*. Verlag des Bibliographischen Instituts, Hildburghausen. Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~21949~690047:Sud-America-s-Bergsysteme,-Stromgeb?sort=pub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_date&qvq=q:basin%2Bof%2Bthe%2Bworld;sort:pub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_list_no_initialsort%2Cpub_date;lc:RUMSEY~8~1&mi=29&trs=152] 196

Figura 12. SCHOMBURGK, R. H (1840a y b), “Map of Guayana to illustrate the route of R. H. Schomburgk Esquire”, *the Journal of the Royal Geographical Society*, (1840) y en Schomburgk and Bentley (1841), *Twelve views in the interior of Guiana from drawings executed by Mr. Charles Bentley, after sketches taken during the expedition carried on in the years 1835 to 1839, under the direction of the Royal Geographical Society of London, and aided by Her Majesty's government with descriptive letter-press* by Robert H. Schomburgk, Ackermann and Co London.

Disponible en New York Botanical Garden:

[<http://mertzdigital.nybg.org/cdm/fullbrowser/collection/p9016coll23/id/23539/rv/compoundobject/cpd/23613>] 205

Figura 13. CHAFFANJON, Jean (1885), “Carte générale de l'Orénoque / [mission] J. Chaffanjon”; [cartographie?]; [carte reprod. par] Molténi [pour la conférence donnée par] J. Chaffanjon. Disponible en BNF:

[<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b5964339f.r=Jean%20Chaffanjon%2C%20carte?rk=85837;2>] 209

Figura 14. CHAFFANJON, Jean (1885), “Cours comparés de l'Orénoque / [mission] J. Chaffanjon”; [cartographie?]; [carte reprod. par] Molténi [pour la conférence donnée par] J. Chaffanjon. Disponible en BNF:

[<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b59643381.r=Jean%20Chaffanjon%2C%20carte?rk=107296;4>] 210

Figura 15. CHAFFANJON, Jean; Jules HANSEN (1887), “Lever du Haut Orénoque par J. Chaffanjon” en Charles MAUNIOR, *Rapport sur les progrès des sciences géographiques*. Disponible en BNF: [<http://expositions.bnf.fr/socgeo/grand/241.htm>] 211

Figura 16. SURVILLE, Luis de (([1778]1992), “Mapa Coro-gráfico de La Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná y Guayana, Vertientes del Ríos Orinoco, su cierto origen, comunicación con el de las Amazonas, situación de la Laguna Parime, y nuevas poblaciones”. En A. Caulin ([1778]1992), *Historia Corográfica...* [Fragmento en el que se resalta el sistema de aguas asociadas al Lago Parima] 214

Figura 17. ARROWSMITH, Aaron (1817), “South America”, en *Atlas to Thompson's Alcedo (1819); or dictionary of America & West Indies; collated with all the most recent authorities, and composed chiefly from scarce and original documents, for that work, by A. Arrowsmith, Hydrographer to His Royal Highness the Prince Regent. Printed by George Smeeton, Great Saint Martin's Lane, Charing Cross. London.*

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~26070~1110391:Composit e--South-America-?sort=Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No&qvq=q:Thompson%2C%2BOrinoco;sort:Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No;lc:RUMSEY~8~1&mi=2&trs=3#] 218

Figura 18. ARROWSMITH, Jhon (1832), "Part of Venezuela, Guiana", 2. Part of a Map of Colombia by J. Arrowsmith, London, 1832". Reproduced from a Certified Manuscript Copy of the Original (in his *London Atlas*, London. [1834?]) in British Museum. Photo.Lith. by A. Hoen & Co., Baltimore, MD.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~204018~3001766:Facsimile--Part-of-Venezuela,-Guian?sort=Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No&qvq=q:Arrowsmith%2C%2BORinoco;sort:Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No;lc:RUMSEY~8~1&mi=0&trs=4#] 220

Figura 19. CHANNING WOODBRIDGE, C (1824), "South America", en CHANNING W. WILLARD, E. *Modern Atlas On A New Plan; To Accompany The System Of Universal Geography, Exhibiting In Connection With The Outlines Of Countries, The Prevailing Religions, Forms Of Government, And Degrees Of Civilization; The Comparative Size Of Towns, Rivers And Mountains; And The Climates And Productions Of The Earth*, Oliver D. Cooke & Sons, Publishers, District of Connecticut.Hartford

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~220118~5504915:South-America?sort=Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort&qvq=q:Pub_Type%3D%22School%2BATlas%22%2B;sort:Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort;lc:RUMSEY~8~1&mi=828&trs=2033] 224

Figura 20. RUHLE VON LILIENSTERN, August (1824), "Westindien. von R.v.L." En, *Allgemeiner Schulatlas*, Espenhorst, Vol. II, 32.1. Berlin.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~227689~5507416:Westindien--Berlin-1824-von-R-v-L-?sort=Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort&qvq=q:Pub_Type%3D%22School%2BATlas%22%2B;sort:Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort;lc:RUMSEY~8~1&mi=886&trs=2033] 226

Figura 21. ANDRIVEAU-GOUJON, J. (1829), "Tableau Comparatif et Figure de La Hauteur des Principales Montagnes et du Cours des Principaux Fleuves due Monde", en J.

ANDRIVEAU-GOUJON, *Atlas de choix ou Recueil de cartes de geographie ancienne et moderne dressees par nos meilleures auteurs*. Chez Geographe-Editeur, Rue Du Bac, No.6, Pres le Pont – Royal, Paris.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~279649~90052835:Des-Principales-Montagnes-et-du-Cou?sort=Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No&qvq=q:rivers%2Bof%2Bthe%2Bworld;sort:Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No;lc:RUMSEY~8~1&mi=40&trs=4587] 227

Figura 22. CORNELL, Sarah (1864), “The World, showing its great river systems”, en S, CORNELL, *Cornell's companion atlas to Cornell's high school geography: comprising a complete set of maps, designed for the student to memorize, together with numerous maps for reference, etc. By S.S. Cornell, corresponding member of the American Geographical and Statistical Society*. D. Appleton and Company, New York Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~28039~1120179:World,-river-systems-?sort=Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort&qvq=q:Pub_Type%3D%22School%2BAtlas%22%2B;sort:Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort;lc:RUMSEY~8~1&mi=1481&trs=2033] 228

Figura 23. HASENSTEIN, B; FAY, T. S. (1867), “Plate II. Natural Land - & Water-Divisions of the World. Drawn by B. Hassenstein, Cartographer”, en *Atlas To Fay's Great Outline Of Geography For High Schools And Families*, G.P. Putnam & Sons, New York. Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~228890~5507893:Plate-II--Natural-Land---&-Water-D?sort=Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort&qvq=q:Pub_Type%3D%22School%2BAtlas%22%2B;sort:Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort;lc:RUMSEY~8~1&mi=1510&trs=2033] 229

Figura 24. DIERCKE, Carl y GABLER, Eduard (1896), “Sud- Amerika [Gabelung des Casiquiare]” en, Diercke y Gabler, *Diercke Schul-Atlas fur hoehere Lehranstalten. Bearbeitet*

und herausgegeben von C. Diercke und E. Gaebler. Zweiunddreissigste Auflage, George Westerman, Braunschweig.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~281222~90054018:Sud---Amerika?sort=Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort&qvq=q:Pub_Type%3D%22School%2BAtlas%22%2B;sort:Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort;lc:RUMSEY~8~1&mi=1666&trs=2033]

230

Figura 25. RECLUS, E (1913 [1905-1908]), “Vías navegables y ferrocarriles de la América del Sur”, en RECLUS, *El Hombre y la Tierra*, T. 6, Casa Editorial Maucci, Barcelona, p. 133

231

Figura 26. RECLUS, E. (1913 [1905-1908]), “Leyendas del Diluvio” en RECLUS, *El Hombre y la Tierra*, T. 1, Casa Editorial Maucci, Barcelona, p. 487

232

Figura 27. RESTREPO, José Manuel (1827), “Carta del Departamento del Orinoco o de Maturin”, en RESTREPO, J. M., *Historia de la revolución de la República de Colombia, por Jose Manuel Restrepo, Secretario del Interior del poder ejecutivo de la misma Republica. Atlas*. Libreria Americana, Paris. Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[<http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~20372~590081:Orinoco-?qvq=q:author%3D%22Restrepo%2C%2BJose%2BManuel%2C%2B1781-1863%22;lc:RUMSEY~8~1&mi=10&trs=18#>]

235

Figura 28. CODAZZI, A. (1840), “Isla y Provincia de Margarita. Provincia de Cumana. Provincia de Barcelona). Canton de Piacoa de la Provincia de Guayana [Delta del Orinoco]” en CODAZZI, *Atlas físico y político de la República de Venezuela dedicado por su autor, el Coronel de Ingenieros Agustin Codazzi al Congreso Constituyente de 1830*. Caracas 1840. Lith. de Thierry Fres. Cite Bergere 1 a Paris.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~20071~590064:-Provincias-de-Margarita,-Cumana,-B?sort=Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort&qvq=q:Codazzi;sort:Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort;lc:RUMSEY~8~1&mi=15&trs=64#]

236

Figura 29. CODAZZI, Agostino (1840), “Tabla comparativa de ríos que salen del sistema de La Parima, de la Nueva Granada y de la serranía de Venezuela”, en CODAZZI, *Atlas físico y político de la República de Venezuela*, Caracas, S.N. (Edición facsímil). 239

Figura 30. WORCESTER, Joseph (1826), “Comparative lengths of rivers”. An atlas accompanying Worcester's Epitome of geography, Hilliard, Gray, Little and Wilkins, Boston. Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[<http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~29554~1130599:Lengths-rivers->

?sort=Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort&qvq=q:Pub_Type%3D%22School%2BAtlas%22%2B;sort:Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort;lc:RUMSEY~8~1&mi=914&trs=2033]

240

Figura 31. CODAZZI, Agustin; PAZ, Manuel María; PEREZ, Felipe (1889), “Corte geológico y ríos navegables de Colombia”. Carta XVI en CODAZZI, A.; PAZ, M.; PEREZ, F. *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia*. Disponible en:

[https://commons.wikimedia.org/wiki/Agustin_Codazzi_Atlas_de_Colombia_1890#/media/File:Orograf%C3%ADa_e_hidrograf%C3%ADa_de_Colombia_1890.jpg] 241

Figura 32. CODAZZI, Agustin; PAZ, Manuel María; PEREZ, (1889), “Carta que representa el sistema orográfico, y las hoyas y vertientes hidrográficas de Colombia”. Carta XIV, en CODAZZI, A.; PAZ, M.; PEREZ, F. *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia*. Disponible en:

[https://commons.wikimedia.org/wiki/Agustin_Codazzi_Atlas_de_Colombia_1890#/media/File:Carta_orogr%C3%A1fica_%C3%A9_hidrogr%C3%A1fica_de_Colombia_1890.jpg] 242

Figura 33. CODAZZI, A. (1840), “Carta del Cantón de Rio Negro de la Provincia de Guayana”, en CODAZZI, *Atlas físico y político de la República de Venezuela, Atlas físico y político de la República de Venezuela dedicado por su autor, el Coronel de Ingenieros Agustin Codazzi al Congreso Constituyente de 1830*. Caracas 1840. Lith. de Thierry Fres. Cite Bergere 1 a Paris.

Disponible en David Rumsey Historical Maps Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~20077~590070:Carta-del-Canton-de-Rio-Negro,-Prov?sort=Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort&qvq=q:Codazzi;sort:Pub_Date%2CPub_List_No_InitialSort;lc:RUMSEY~8~1&mi=21&trs=64#]

244

Figura 34. CODAZZI, Agostino (1840), “Mapa Físico de Venezuela dividido en tres zonas”, en CODAZZI, *Atlas físico y político de la República de Venezuela dedicado por su autor, el Coronel de Ingenieros Agustin Codazzi al Congreso Constituyente de 1830*. Caracas 1840. Lith. de Thierry Fres. Cite Bergere 1 a Paris

256

CAPÍTULO V

A) Mapas temáticos

Figura 1. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; QUINTERO, Yobany (2015/2016) Mapa de los espacios bélicos en el Orinoco, 1816-1819.

270

B) Mapas históricos

Figura 2. CODAZZI, Agostino (1840), “Mapa de Venezuela para servir a la historia de las campanas de la guerra de independencia en los años 1812-1819”, (3 mapas), en CODAZZI, *Atlas físico y político de la República de Venezuela, Atlas físico y político de la República de Venezuela dedicado por su autor, el Coronel de Ingenieros Agustin Codazzi al Congreso Constituyente de 1830*. Caracas 1840. Lith. de Thierry Fres. Cite Bergere 1 a Paris.

282

Figura 3. CODAZZI, Agustin; PAZ, Manuel María; PEREZ, Felipe (1889), “Carta que representa el teatro de la guerra de independencia años 1815 a 1819”. Carta VII, en CODAZZI, A.; PAZ, M.; PEREZ, F. *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia*. Disponible en:

[https://commons.wikimedia.org/wiki/Agustin_Codazzi_Atlas_de_Colombia_1890#/media/File:Guerras_de_independencia_en_Colombia_1815-19.jpg]

283

Figura 4. CODAZZI, Agustin; PAZ, Manuel María; PEREZ, Felipe (1889), “Carta que representa el teatro de la guerra de independencia años 1819 y 1820”. Carta VIII en

599

CODAZZI, A.; PAZ, M.; PEREZ, F. *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia*. Disponible en:

[https://commons.wikimedia.org/wiki/Agustin_Codazzi_Atlas_de_Colombia_1890#/media/File:Guerras_de_independencia_en_Colombia_1819-20.jpg] 284

Figura 5. COLUMBINE RN, Captain (1803), “West Indies Dragons Mouths (Bocas de Dragos) reeditado en 1838 y 1850”.

Disponible en Royal Museums Greenwich Colletion:

[<http://collections.rmg.co.uk/collections/objects/540898.html>] 292

Figura 6. MUÑOZ TÉBAR, J; Vicente LECUNA? (1897), “Mapa del bajo Orinoco”. *El Cojo Ilustrado*. 293

Figura 7. HEYWARD GIGNILIAT, T. (1896), “Valley of The Orinoco River Map”.

Disponible en National Geographic Historical Map:

[<https://www.nationalgeographic-maps.com/national-geographic-old-historical-map-collection/1896-valley-of-the-orinoco-river-map.html#>] 294

Figura 8. MUÑOZ TÉBAR, Jesús (1898?), “Mapa de Venezuela”, (se muestran ríos navegables, ferrocarriles y proyectos de ferrocarril), en *El Cojo ilustrado*. 295

Capítulo VI.

A) Ilustraciones, Fotografías y mapas históricos

Figura 1. THIRION-MONTAUBAN, Eugene (1968 [1846]), “Navegación fluvial por el Orinoco”, Ilustr. en THIRION-MONTAUBAN, E. *Viaje por el Orinoco, de Angostura a Río Negro* 305

Figura 2. THIRION-MONTAUBAN, Eugene, (1968 [1846]), “Navegación fluvial por el Orinoco. Los raudales”. Ilustr. en THIRION-MONTAUBAN, E. *Viaje por el Orinoco, de Angostura a Río Negro*. 305

Figura 3. CREVAUX, Jules, “Muerte de Burban en el Orinoco”. [Ilustr.]

Disponible en BNF:

[<http://gallica.bnf.fr/services/engine/search/sru?operation=searchRetrieve&version=1.2&startRecord=0&maximumRecords=15&page=1&query=%28dc.title%20all%20%22Or%C3%A9noque%22%29&filter=dc.type%20all%20%22image%22>] 306

Figura 4. SMITH, Charles, & Son (1836), “A Comparative Picture of the Principal Waterfalls in the World”, London. Disponible en David Rumsey Historical Map Collection:

[Collection:http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~260472~5522870:A-Comparative-Picture-of-the-Princi?sort=Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No&qvq=q:rivers%2Bof%2Bthe%2Bworld;sort:Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No;lc:RUMSEY~8~1&mi=44&trs=4587] 310

Figura 5. EMSLIE, John; REYNOLDS, James (1851), “Panoramic plan of the principal rivers and lakes”, Published by James Reynolds 174 Strand. (To accompany) Geological Diagrams, London. Disponible en David Rumsey Historical Map Collection:

[http://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~288324~90059861:Panoramic-plan-of-the-principal-riv?sort=Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No&qvq=q:rivers%2Bof%2Bthe%2Bworld;sort:Pub_List_No_InitialSort%2CPub_Date%2CPub_List_No%2CSeries_No;lc:RUMSEY~8~1&mi=20&trs=4587] 311

Figura 6. ARBUCKLE BROS (1889), “Venezuela (estampa)”, en *Arbuckles' Illustrated Atlas of Fifty Principal Nations of The World*, New York.

Disponible en The Portal to Texas History:

[<https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metaph310721/m1/11/zoom/?resolution=1.5&lat=1885.5&lon=750>] 312

Figura 7. RAUDAL DE ATURES. (2016), Imagen satelital, Google Earth 338

Figura 8. RAUDAL DE MAYPURES (2015), Imagen satelital, Google Earth 338

Figura 9. CREVAUX, Jules y Édouard RIOU (1883), “[sur l'Orénoque.]. Portage du canot à l'une des chûtes d'Atures”. Disponible en BNF:

[<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b23007000/f234.item> paso de Maypures] 341

Figura 10. CREVAUX, J y F. MORIN (1883), “Chez les Guaraounos. Delta de l'Orénoque / [mission]”. Disponible en BNF:

[<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b5966243m?rk=150215;2>] 342

Figura 11. FERNÁNDEZ, Carmelo (1840), “Viñeta alegórica del territorio venezolano” en A. CODAZZI (1840), *Atlas físico y político de la República de Venezuela*, Caracas, S.N. 352

Figura 12. PAZ, Manuel, (¿1856?), “A Orillas del Meta. Llanos del Casanare”, Comisión corográfica, Disponible en Biblioteca Nacional de Colombia:

[http://www.bibliotecanacional.gov.co/recursos_user/bookreader/fc_corografica_5/index.html#page/30/mode/2up] 353

FIGURAS 13. BELLERMAN, Ferdinand (1843), “Sunset in the Orinoco delta, oil on board”. Disponible en:

[http://www.christies.com/LotFinder/lot_details.aspx?intObjectID=4091466] 357

Figura 14. BELLERMAN, F. (s.f; ¿1843?), “The Orinoco”.

Disponible en: [<http://www.ourpaintingsale.com/the-orinoco-p-118163.html>] 357

Figura 15. BELLERMAN, F. (1977 [c.1889]), “Atardecer en el Orinoco” en F. BELLERMAN (1977 [1842/1845]), *Bellerman y el paisaje venezolano (pinturas)*, R. Löschner (editor), Editorial Arte, Asociación Cultural Humboldt, Caracas, p.105. 358

Figura 16, ROBINSON, James (1822), “Bocas del infierno”; “Whirpool on the Orinoco” en J. Robinson, *Journal of an Expedition 1400 miles up the Orinoco and 300 up the Arauca. Illustrated with seven plates*. Black, Young and Young, London. 359

Figura 17. CREVAUX, J. y Édouard RIOU (1883), “[sur l'Orénoque.] Rives de l'Orénoque. Disponible en BNF: [<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b23007000/f247.item>] 359

Figura 18. MORISOT, Auguste (1886-1887) Cerro Yapacana (Soleil Levant) [Yapacana Mountain (Rising Sun)] Watercolor on paper.
disponible en Colección Cisneros:

Figura 19. MORISOT, (2002 [1886-1887]) “Vista imaginaria de las fuentes del Orinoco”, Tinta y aguada sobre papel. En A. MORISOT, *Diario de Auguste Morisot, 1886-1887. La apasionante exploración de dos franceses a las fuentes del Orinoco*, Fundación Cisneros, ed. Planeta, Bogotá, p. 434. 364

Figura 20. MORISOT, A. /CHAFFANJON (1886-1887), “Portrait de Chaffanjon” Chaffanjon en el Orinoco en el curso de las fuentes. (probablemente entre el Casiquiare y el raudal de los Waycas. [Fotografía tomada probablemente por Morisot] Disponible en B.N.F, département des Cartes et Plans, Société de géographie: [<http://expositions.bnf.fr/socgeo/grand/050.htm>] 367

Figura 21. CHAFFANJON, J. [photogr.?] (1886), “La Curiara de l'expédition” (probablemente uno de los ocupantes es A, Morisot). Disponible en B.N.F: [<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b59643403?rk=429186;4>] 368

Figura 22. CHAFFANJON, J. (1886), “Passage par terre d'une piragua. Raudal de Maypure. Baradero de Maypure. 5 octobre 1886”. Épreuve sur papier albuminé. Disponible en BNF, département des Cartes et Plans, Société de géographie, Sg Wf 105 (42): [<http://expositions.bnf.fr/socgeo/grand/054.htm>] 369

Figura 23. ANÓNIMO (1886), “Pirogue de l'expédition” [De pie probablemente Chaffanjon y sentado a su costado izquierdo el dibujante A. Morisot). Disponible en BNF, département des Cartes et Plans, Société de géographie, Sg Wf 280 (51): [<http://expositions.bnf.fr/socgeo/grand/231.htm>] 369

Figura 24. CREVAUX, J. y Édouard RIOU (1883), “[sur l'Orénoque.] Cueva des Indiens près d'Atures” [Paisaje mortuorio A nivel del Orinoco medio]. Disponible en B.N.F: [<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b23007000/f233.item>] 370

Figura 25. CHAFFANJON, J. (1886), “Entrée de la grotte de los Muertos. Atures, Orénoque II”. Disponible en B.N.F.: [<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b5964349t?rk=922751;2>] 371

Figura 26. CREVAUX, j. (1883), “cours d'eau, végétation”; [photogr.] J. Crevaux?
Disponible en B.N.F: [<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b5964261x?rk=557942;4>] 372

Figura 27. CHAFFANJON (1886), “Jonction du R[io] Guaviare et de l'Atabapo en face [de] S[a]n Fernando”, Orénoque II. 13, [photogr.] J. Chaffanjon?
Disponible en B.N.F: [<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b59643455?rk=1566531;2>] 373

Capítulo VII.

A) Mapas históricos

Figura 1. ROUX, Georges (1898), “Cours del'Orenoque”, en Jules VERNE, *Le superbe Orenoque*. Disponible en:
[https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/c/c9/%27The_Mighty_Orinoco%27_by_George_Roux_17.jpgVerne, Jules] 392

Figura 2. MALTE-BRUN, Victor Adolphe (1875), Planisphère indiquant l'état des connaissances géographiques en 1875.
Disponible en B.N.F, département des Cartes et Plans, Société de géographie, Sg K 0 (1875, t. 9) [<http://expositions.bnf.fr/socgeo/grand/001.htm>] 453

B) Mapas Temáticos.

Figura 3. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; HERRERA, José (2017), 454

Figura 4. CUEVAS QUINTERO, Luis Manuel; HERRERA, José (2017), 455

Capítulo VIII.

A) Fotografías y Mapas

Figura 1. MILLS, Lady Dorothy (1931), Travesía hacia el Alto Orinoco y Manaos. [Fotografías] En L. D. MILLS, (1931), *The Country of the Orinoco*. 470

Figura 2. MILLS, Lady Dorothy (1931), Mapa del Viaje de Lady Dorothy Mills desde el Delta hasta el Alto Orinoco. De Atabapo hasta Río Negro y Manaos. En L. D. MILLS, (1931), *The Country of the Orinoco*. 471

Figura 3. Tercera expedición Dickey en búsqueda de las fuentes del Orinoco. [Fotografías] En S. B. CHILD (1958), *La Conquista Del Orinoco*. 473

Figura 4. ITRIAGO, Hilario (1943-1944), trabajo realizado en las proximidades del río Mariduu y descubrimiento del río Ugueto en la zona de las fuentes del Orinoco [Plano cartográfico] En ANDUZE J, Pablo (1960), *Shailili- ko*. 479

Figura 5. GHERBRANDT, Alain (1949-1950), “Travesía de la expedición Orinoco-Amazonas (1948-1950)” [Fotografías]. En GHEERBRANT (1997), *La Expedición Orinoco-Amazona (1948-1950)*. 481

Figura 6. EXPEDICIÓN FRANCO-VENEZOLANA, travesía de un raudal en el Alto Orinoco [Fotografía] en Anduze, P. (1960), *Shailili- ko*. 496

Figura 7. EXPEDICIÓN FRANCOVENEZOLANA, “travesía del Salto Salas en el alto Orinoco rumbo a las fuentes” [Fotografía], en CONTRAMAESTRE T., A. (1954), *La Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco*. 497

Figura 8. EXPEDICIÓN FRANCO-VENEZOLANA (1950-1951), “Confluencia Orinoco-Ugueto”, plano número 12. En CONTRAMAESTRE T., A. (1954), *La Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco*. 503

Figura 9. EXPEDICIÓN FRANCO-VENEZOLANA (1950-1951), "Raudales del alto Orinoco", plano número 13. En CONTRAMAESTRE T., A. (1954), *La Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco*. 504

Figura 10. EXPEDICIÓN FRANCO-VENEZOLANA (1950-1951), "Campamento Riskey y cabeceras del alto Orinoco", plano número 15, en CONTRAMAESTRE T., (1954), *La Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco*. 505

Figura 11. EXPEDICIÓN FRANCO-VENEZOLANA (1950-1951), "Fotografías del emplazamiento del nacimiento del Orinoco" en RISQUEZ- IRIBARREN, Franz (1962), *Donde nace el Orinoco*. 506

Figura 12. EXPEDICIÓN FRANCO-VENEZOLANA (1950-1951), "Acta del descubrimiento del río Orinoco". En CONTRAMAESTRE T., A. (1954), *La Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco*. 510

Figura 13. EXPEDICIÓN FRANCO-VENEZOLANA (1950-1951) "Hito geográfico del marcador de las fuentes del río Orinoco" [fotografía] en ANDUZE, P (1960), *Shailili- ko*. 511